René Treuil, Pascal Darcque,
Jean-Claude Poursat, Gilles Touchais

Las civilizaciones egeas

ne[illegible] y de la edad del bronce

NUEVA CLIO
la historia y sus problemas

Las civilizaciones egeas

del neolítico y de la edad del bronce

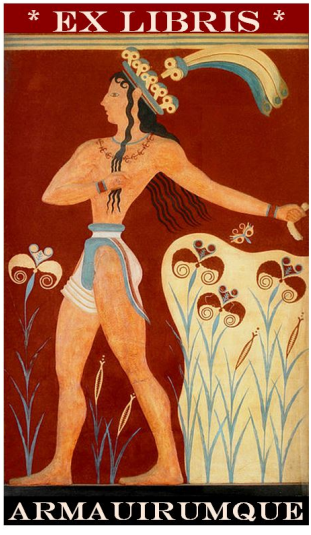
René Treuil, Pascal Darcque,
Jean-Claude Poursat y Gilles Touchais

con contribuciones de

Lucien Faugères, Jean-Pierre Olivier,
Cornelis J. Ruijgh, Haïganuch Sarian

y la colaboración de

Jean Blécon,
autor de las ilustraciones



EDITORIAL LABOR, S.A.

NUEVA CLIO ▸ La Historia y sus problemas

Colección fundada por
ROBERT BOUTRUCHE y PAUL LEMERLE

y dirigida por
JEAN DELUMEAU y PAUL LEMERLE

Traducción de

Montserrat Rubió i Lois

Cubierta de

Jordi Vives

Primera edición: 1992

Título de la edición original:
Les civilisations égéennes de Néolithique et de l'Age du Bronze

© Presses Universitaires de France, 1989
© de la edición en lengua castellana y de la traducción:
Editorial Labor, S.A. – Aragó, 390 – 08013 Barcelona, 1992
Grupo Telepublicaciones

Depósito legal: B. 6647-1992
ISBN: 84-335-9350-1

Printed in Spain – Impreso en España

Impreso en Gràfiques 92, S. A. – 08930 Sant Adrià de Besòs

PRESENTACIÓN

La historia de las más antiguas civilizaciones del Egeo es una disciplina joven, aunque ya presenta un trayecto muy movido. Hubo primeramente la época de los padres fundadores, la del alemán Heinrich Schliemann (1822-1890), el británico Arthur Evans (1851-1941) y el griego Xristos Tsuntas (1857-1934); época caracterizada por los primeros trabajos realizados en Ítaca en 1868 y en Troya en 1870, y también por el descubrimiento del Círculo A de Micenas en 1876, la excavación intensiva del palacio de Cnosos, de 1900 a 1903, y las excavaciones de Dimini y Sesklo entre 1901 y 1908. Durante esta primera fase, la visión del pasado egeo está extremadamente influida por la epopeya homérica, pero las bases de la cronología, tanto relativa como absoluta, ya están establecidas. Los investigadores de las generaciones posteriores despliegan una considerable actividad en todas las regiones del mundo egeo, de Tracia a Mesara y de Lerna a Troya. Sitúan en campos muy variados los jalones que todavía utilizamos actualmente.

El acontecimiento de importancia más próximo a nosotros se sitúa en 1952: el momento en el cual Michael Ventris descifra el lineal B. Este descubrimiento permite afirmar que la lengua griega estaba ya en uso cinco siglos antes de Homero por lo menos, y permite también justificar y refutar a la vez el ambiguo calificativo de «prehelénico», aplicado frecuentemente a los períodos anteriores al primer milenio antes de Cristo. En los últimos decenios se ha asistido también a importantes descubrimientos en los habituales campos de investigación: bástenos mencionar Sitagri y Dikili Tash, Mirtos y el barrio de Mu en Malia, el emplazamiento de Akrotiri en Zira, el Círculo B de Micenas y la ciudadela baja de Tirinto. Pero, al mismo tiempo, se ha visto el inicio de las excavaciones submarinas en el cabo Gelidonia y en Ulu Burun, el florecimiento de las prospecciones, especialmente en Mesenia y en las islas, la mejora de los métodos de excavación y, en general, la modernización de los métodos de investigación. Estos progresos no han producido hasta ahora los resultados esperados. Sin embargo,

la explosión urbanística que sufre, desde los años sesenta, el territorio griego, provoca la multiplicación de las excavaciones de urgencia, aunque no siempre de salvación. La gestión de dichas excavaciones es cada vez más problemática.

El hecho de no seguir el habitual plan de la colección se debe a lo siguiente: lo que tanto ha cambiado en los últimos veinte o treinta años puede seguir cambiando con la misma rapidez. Plantear de una forma organizada «lo conocido» no tendría sentido. Las más de las veces nos hemos limitado al planteamiento de las «cuestiones», consideradas en su orden natural, es decir, cronológico. Muchos temas, como ocurre con todos los períodos de la historia cuyo conocimiento se basa en datos arqueológicos, pueden cambiar profundamente gracias a nuevos descubrimientos: la cronología absoluta, las costumbres funerarias de la época neolítica, la lengua o las lenguas de la Creta minoica, etc. Además, la atomización de los datos y la multiplicación de trabajos, indefinidamente repetitivos y tan analíticos que provocan el desánimo, hace muy difícil alcanzar la *síntesis histórica* sobre algunos temas que van más allá de las actuales fronteras de los países a que se refieren (Albania, Bulgaria, Grecia, Turquía y Yugoslavia), o algunas regiones, como Creta, en las cuales el progreso de los conocimientos no resulta siempre en proporción con la intensidad de las excavaciones arqueológicas.

Puesto que la historia se inscribe en un marco geográfico, no deberemos asombrarnos al observar la importancia que se concede aquí a la descripción del medio, teniendo en cuenta las recientes adquisiciones que se refieren, sobre todo, a la situación de los relieves, la transformación de los paisajes, así como la evolución del clima y de la vegetación. El marco natural es el del mar Egeo, ampliado hasta las regiones vecinas de Anatolia y los Balcanes. Chipre, que según las épocas tiene diversos dueños, está fuera de dicho marco, y solamente será mencionado de manera puntual.

Los textos que presentamos no son solamente el resultado de la yuxtaposición de unos capítulos escritos por ocho autores. Además de habernos reunido una coincidencia en el método, nos hemos esforzado también en armonizar nuestros puntos de vista,[1] sin negar por ello nuestras diferencias o incluso nuestras divergencias. Hemos tenido, sobre todo, interés en que ningún testimonio interesante de cada uno de los períodos quede en la sombra, como ocurre a menudo, por ejemplo, con las viviendas o con las actividades humanas más humildes. También hemos procurado presentar una síntesis de las cuestiones importantes, proporcionando al lector los elemen-

1. Esta preocupación nos ha obligado a recortar particularmente los textos de Cornelius J. Ruigh de los libros III (cap. 1) y IV (cap. 1), a pesar de los inconvenientes que ello plantea en una exposición exhaustiva.

tos esenciales de la información de que se dispone actualmente, y también las diferentes interpretaciones propuestas anteriormente, unidas a nuestro propio punto de vista con todos sus matices.

Pascal DARCQUE y René TREUIL

Esta obra ha sido elaborada y puesta a punto dentro del marco del Centre de Recherches Protohistoriques de la Universidad de París I y, más especialmente, en la Unité de Recherche de Protohistoire égéenne, asociada al CNRS. Expresamos nuestro profundo agradecimiento a todos los que han leído nuestros textos y nos han aconsejado, Claude Baurain, Paul Courbin, Albert Declercq, Jean-Paul Demoule, Patrick Maechetti, Olga Polychronopoulou, Jeremy Rutter, Georges Rougemont, Carole Zerner, a todos los que nos han ayudado moral y materialmente, en particular a Paul Courbin, así como a Jean Blécon, el cual ha dibujado todos los mapas y varias de las figuras que ilustran este texto. Damos también las gracias a las instituciones y a los editores que generosamente y con frecuencia gratuitamente nos han autorizado a publicar aquí dibujos y planos publicados por ellos. Citamos sus nombres en el índice de ilustraciones. Y expresamos también nuestra gratitud a Paul Lemerle, perfecto director de la colección, vigilante pero comprensivo. Su repentina desaparición, unos meses antes de que este libro viera la luz, nos ha impedido el presentarle una obra que siempre se sintió apoyada por su solicitud y estímulo.

ABREVIATURAS

BA	Bronce antiguo
BM	Bronce medio
BP	*Before Present* (= antes de 1950): abreviatura convencional aplicada a las dataciones C 14 no corregidas, correspondiente a una cronología relativa y no absoluta
BR	Bronce reciente
C 14	Carbono 14
CA	Cicládico antiguo
CM	Cicládico medio
CR	Cicládico reciente
HA	Heládico antiguo
HM	Heládico medio
HR	Heládico reciente
MA	Minoico antiguo
MM	Minoico medio
MR	Minoico reciente
NA	Neolítico antiguo
NM	Neolítico medio
NR	Neolítico reciente

Índice de materias

Presentación, por Pascal Darcque y René Treuil 5
Abreviaturas 8

INTRODUCCIÓN

A. **El marco geográfico,** por Lucien Faugères 21
El mar, la montaña y la llanura 21
1. Algunas observaciones preliminares 22
El Creciente fértil y la cuenca del Egeo, 22; arqueología y geografía física, 23.
2. Las tierras del Egeo: decorado e historia 25
Un centro, unas periferias, 26; la compartimentación del Egeo, 27; ¿un clima o varios climas?, 28; una cobertura vegetal degradada a lo largo del tiempo, 30.
3. Los dos motores naturales: movilidad tectónica y movilidad climática 31
Volcanes y seísmos, 31; el progresivo ensamblaje del marco morfotectónico, 33; movilidad tectónica y movilidad climática: las interferencias, 35.
4. El entorno del Egeo en el neolítico y en la edad del bronce 37
Crónicas de la vegetación, 37; los paleosuelos y la evolución de las laderas, 40; sedimentación lacustre y marina, 42; las primeras sociedades sedentarias, 44.

B. **El marco cronológico** 47

LIBRO PRIMERO

EL NEOLÍTICO Y EL BRONCE ANTIGUO

CAPÍTULO I. **El neolítico,** por René Treuil 53
Las fuentes, 53; el paleolítico, 54; el mesolítico, 56.

A. Aspectos regionales y la secuencia cronológica 56
1. La «neolitización» y el neolítico «acerámico» 56
El problema, 56; los datos, 57; la interpretación y la cronología, 58.
2. El neolítico antiguo y medio 58
El NA: definición estratigráfica y cronología, 58; el NM: definición estratigráfica y cronología, 59.
3. El neolítico reciente (calcolítico) 60
La cuestión de la terminología, 60; la definición estratigráfica, 61; la cuestión del neolítico «final», 62; la cronología, 62.

B. La evolución de la civilización 62
1. El hábitat y la vivienda 62
El hábitat, 62; la construcción, 65; la vivienda, 66.
2. Costumbres funerarias 71
Los datos, 71; la interpretación, 74.
3. La sociedad y las ideas 71
La demografía, 75; las diferencias sociales, 76; las maquetas y figuritas, 77; la religión, 79; las notaciones simbólicas, 79.

C. La economía y las técnicas 80
1. Las bases de la economía 80
La agricultura y la recolección, 80; ganadería, caza y pesca, 81; alimentación, 82.
2. Las técnicas y la producción 82
La cestería y los textiles, 82; las materias primas minerales, 83; la cantería, 84; el trabajo de la madera, 85; técnicas de alfarería, 87; producción de los recipientes y sus formas, 88; la decoración de los vasos y de los objetos, 89; el trabajo del metal, 90; vestidos y adornos, 92.
3. Intercambios 93

Capítulo II. **El bronce antiguo**, por René Treuil 95

A. Los aspectos regionales y la secuencia cronológica 95
1. El paso a la edad del bronce y el bronce antiguo I 96
El paso a la edad del bronce: ¿ruptura o continuidad?, 96; el BA I: definición estratigráfica y cronología, 96.
2. El bronce antiguo II 98
El BA II: definición estratigráfica y cronología, 98; la ruptura final, la posición del BA III y el paso al bronce medio, 99.

B. La evolución de la civilización 99
1. El hábitat y la vivienda 99
El hábitat, 99; la construcción, 102; la vivienda, 103.
2. Las costumbres funerarias 106
El BA I: tradición e innovación, 106; el BA II: diversificación, 107.
3. La sociedad y las ideas 110
La demografía, 110; la diversificación social, 110; las maquetas, las figuritas y las estatuillas, 111; la religión, 113; las notaciones simbólicas, 114.

C. La economía y las técnicas 116
1. El modo de subsistencia 116
La agricultura, 116; la ganadería y la caza, 116; la alimentación, 117.
2. Las técnicas y producciones 117
Cestería y textiles, 117; las materias primas minerales, 118; la cantería, 118; el trabajo de la madera, 118; las técnicas de la cerámica, 119; la producción de recipientes: las formas, 120; el decorado de los vasos y demás objetos, 122; los metales: ¿el principio de la edad del bronce?, 122; el vestido y los adornos, 124.
3. Los intercambios 124
Transportes, 124; intercambios, 125.

LIBRO II

EL PERÍODO DE LOS PALACIOS CRETENSES

CAPÍTULO I. **El bronce medio en Creta**, por Jean Claude Poursat 129

A. La cronología del minoico medio 129
1. El MA III y el principio del MM I 129
2. Las fases de la cerámica del MM 130
3. Las referencias cronológicas 132
Cronología relativa, 132; cronología absoluta, 132.

B. El desarrollo urbano y la aparición de los palacios 134
1. Poblamiento y nacimiento de las ciudades 134
2. Los primeros palacios cretenses 138
La aparición de los palacios, 138; la arquitectura de los palacios, 139.

C. Las estructuras políticas, socioeconómicas y religiosas 140
1. La organización política 140
Los territorios palaciales, 140; el poder político, 141.
2. La sociedad 141

3. Las formas de la religión y las costumbres funerarias 142
Los santuarios, 142; las costumbres funerarias, 143.
4. La organización económica y los contactos exteriores 144
La economía, 144; las relaciones exteriores, 146.

D. La evolución de la cultura material 147
1. La arquitectura 147
Las técnicas y formas nuevas, 147; el hábitat, 148; la arquitectura funeraria, 149.
2. Las producciones artesanales 149
Las herramientas y las armas, 149; vasos y recipientes, 151; los sellos, 152.
3. El arte palacial y las culturas regionales 152
El arte palacial en la época de Camares, 153; las culturas regionales, 155.

E. El final de los primeros palacios y la fase final del minoico medio 155
1. El final de los primeros palacios 155
Las destrucciones del final del MM II, 155; la definición del período protopalacial: ¿con o sin el MM III?, 156.
La fase final del minoico medio 157
Los inicios de la arquitectura neopalacial, 157; la cultura material: tradiciones e innovaciones, 158; el principio de una nueva era, 159.

Capítulo II. **Las escrituras cretenses**, por Jean-Pierre Olivier 161

Los signos que preceden a la escritura, 162; de la creación a la desaparición de las escrituras cretenses, 164; la documentación, 165; las funciones de las escrituras, 166; la naturaleza de los sistemas gráficos, 167; las lenguas y los problemas para descifrarlas, 171; la suerte de las escrituras cretenses, 173; las otras manifestaciones de la escritura en Creta en el II milenio, 174.

Capítulo III. **El bronce medio fuera de Creta**, por Gilles Touchais 175

A. Los aspectos regionales y la secuencia cronológica 176
La Grecia central y meridional, 176; la Grecia septentrional, 180; las Cícladas, 182; el Egeo oriental, 186.

B. La cultura material 189
La arquitectura y el hábitat, 189; las tumbas y las costumbres funerarias, 191; el artesanado, 194.

C. Los hombres 196
El poblamiento, 196; la sociedad, 198; la religión, 198; arte y pensamiento, 199; la economía, 199; los contactos e intercambios, 200.

CAPÍTULO IV. **El inicio del bronce reciente en Creta**, por Jean-Claude Poursat 204

A. La cronología del final del MM III y del MR I 204
1. Las fases de la cerámica 204
2. Las referencias cronológicas 206
3. La historia de Creta en el MR I 206

B. El apogeo de la civilización palacial 207
1. La arquitectura y el urbanismo 207
Los segundos palacios, 207; la extensión de la arquitectura monumental, 209; las ciudades neopalaciales, 210.
2. La evolución de las técnicas 211
Las herramientas y las armas, 211; vasos y vasijas, 214; los sellos, 215.
3. Las artes palaciales 215
Los frescos, 215; el decorado de la cerámica, 217; las artes del relieve, 218.

C. Las transformaciones políticas, sociales y religiosas 222
1. Las «grandes residencias» del MR I y el poder en Cnosos 222
Las «grandes residencias», 222; el poder palacial y el papel de Cnosos, 223.
2. La sociedad minoica del MR I 224
3. Las costumbres funerarias 226
4. Las formas de religión 226
Arte y religión, 227; los santuarios, 228; ritos y creencias, 229; «sacerdote rey» y teocracia, 230.

D. La expansión del poderío minoico 231
1. La economía y los intercambios 231
2. Las relaciones con Oriente y el problema keftiú 232
3. La talasocracia de Minos 233
Los datos arqueológicos, 233; la presencia minoica en el Egeo: naturaleza y límites, 235; los factores de la expansión minoica en el Egeo, 236.

E. Las destrucciones de 1450 y el final del MR I 237

CAPÍTULO V. **El inicio del bronce reciente fuera de Creta**, por Gilles Touchais 239

A. La cultura material: tradición e innovación 242
La arquitectura doméstica y urbana, 242; la pintura mural, 245; la arquitectura y las costumbres funerarias, 245; la escultura, 250; la cerámica, 251; las armas y herramientas, 253; joyas y adornos, 256; las piedras y anillos grabados, 258; los vasos metálicos, 259; los objetos de piedra, cerámica vidriada, vidrio y marfil, 260.

B. El florecimiento demográfico y la evolución del hábitat 260
El poblamiento, 261; la emergencia de los centros de poder, 262.

C. La aparición de nuevas estructuras políticas y sociales 263
El advenimiento de una clase dirigente, 263; la organización sociopolítica, 263; la religión, 264; la economía, 266.

D. El desarrollo de los contactos y de los intercambios 266
Las relaciones entre Creta y el resto del Egeo, 267; los intercambios en el mar Egeo, 268; las relaciones exteriores, 269.

CAPÍTULO VI. **La erupción del volcán de Zira (Santorini)**, por René Treuil . 272

A. La actividad volcánica y la ocupación humana en Zira 272
Antes de la erupción, 273; ¿un seismo como precedente?, 273; la erupción, 276; después de la erupción, 277.

B. Los efectos de la erupción en Creta y en el mundo egeo 278
La teoría de Marinatos, 278; el problema cronológico, 278; ¿un terremoto?, 279; las lluvias de ceniza, 279; los maremotos, 281; conclusión, 282.

C. ¿La Atlántida en Zira? 283
El «relato» de Platón, 283; mito y realidad, 284; la función del mito, 284.

LIBRO III

EL MUNDO MICÉNICO Y SUS LÍMITES

CAPÍTULO I. **Las fuentes de la historia micénica** 289

A. **Los documentos literarios**, por Pascal Darcque 289
Micenas y la Grecia micénica, 290; Cadmo el «fenicio», 290; la «colo-

nización» micénica de Chipre, 291; la guerra de Troya, 291; Homero y los «siglos oscuros», 292.

B. **Los documentos arqueológicos**, por Pascal Darcque 292

C. **Los documentos epigráficos**, por Pascal Darcque 293
Historia de los descubrimientos, 294; el aspecto de los documentos, 296; la datación de los documentos, 298.

D. La escritura y la lengua micénicas 300
1. **El linear B y su descifre**, por Jean-Pierre Olivier 300
La escritura linear B, 300; el descifre, 303.
2. **El micénico entre el protoindoeuropeo y el griego histórico**, por Cornelis J. Ruijgh 305
El carácter protoaqueo del micénico, 307; las teorías de Risch y de Chadwick, 308; la posición del micénico entre el protogriego y el griego histórico, 311; el vocabulario micénico y los préstamos «egeos», 312.
3. Descripciones del dialecto micénico, por Cornelis J. Ruijgh 314
Las reglas ortográficas, 314; la interpretación fonológica de las grafías, 316; la naturaleza de los textos micénicos, 318; la más larga frase micénica, 320; la fonología, la morfología y la sintaxis, 322; el vocabulario jurídico, social y técnico, 324.

CAPÍTULO II. **La historia del mundo micénico**, por Pascal Darcque 327

A. El apogeo de la Grecia micénica 328
El marco geográfico, 328; el marco cronológico, 328; continuidades y rupturas, 329; el continente en la época de las grandes destrucciones en Creta, 332; una civilización palacial, 332.

B. La presencia micénica fuera de la Grecia continental 336
Las causas y los medios de la expansión micénica, 338; Europa y el Mediterráneo occidental, 339; las Cícladas, 340; el Dodecaneso y Anatolia, 342; Chipre y el Mediterráneo oriental, 344.

C. El final del mundo micénico 347
El final de los palacios, 347; la cerámica y la cronología, 348; la Grecia del HR III C, 349; las hipótesis, 351; el final de la civilización micénica, 355.

CAPÍTULO III. **La civilización micénica**, por Pascal Darcque 357

A. El hábitat y la vivienda 357

Las casas, 358; los edificios «intermedios», 359; los palacios, 365; las técnicas de construcción y el decorado, 370; la organización interna y el mobiliario, 371; las fortificaciones y las ciudadelas, 372; urbanismo y hábitat, 373.

B. Arquitectura y prácticas funerarias 375
Tipos de tumbas, 375; las costumbres funerarias, 379; la interpretación sociopolítica de las costumbres funerarias, 382.

C. La organización política, administrativa y social 383
Las instituciones, 383; los escribanos y las oficinas, 385; la organización militar, 386; la sociedad, 387; las personas, 388; la geografía política de los estados continentales, 389.

D. La organización y las producciones económicas 391
La fiscalidad, 391.
1. La agricultura 392
La propiedad agrícola, 392; los cereales, 394; las plantas oleaginosas, 394; la viticultura, 395; la alimentación, 395.
2. El artesanado 396
Las materias primas y la organización de la producción, 396; la industria textil, 398; los vasos de barro cocido, 399; los vasos metálicos, 403; los vasos de cerámica vidriada, piedra y marfil, 404; las armas y herramientas, 405; vestidos, joyas y adornos, 408; las estatuillas y las figuritas, 409; los sellos, 413.
3. El funcionamiento económico y los intercambios 414

E. La religión 415
Los objetos y las representaciones, 415; los lugares de culto, 417; las citaciones epigráficas, 419; el sincretismo de los ritos, 420.

Capítulo IV. **La Creta micénica**, por Jean-Claude Poursat 422

A. Los problemas cronológicos 423
La cronología relativa, 423; la cronología absoluta, 423.

B. El último palacio de Cnosos 426
1. Los cambios del MR II-III A1 426
Los enterramientos, 426; las artes palaciales y la cultura material, 427.
2. ¿Micenios o minoicos? 430

3. La organización de Cnosos 431
La administración, 431; las relaciones exteriores, 432.
4. El final del sistema palacial en Creta 433

C. Creta en la época de los palacios micénicos continentales 433
1. La «reocupación» en el MR III A y B 434
Poblamiento y hábitat, 434; las necrópolis, 436; los santuarios, 436; las producciones artesanales, 436.
2. Creta en el mundo micénico 437
3. El florecimiento de Kydonia (La Canea) y la nueva organización política en Creta 438

D. El final del bronce reciente en Creta 439
1. Los movimientos de población 439
2. Las transformaciones de la cultura material en el MR III C 440
El hábitat, los santuarios y las tumbas, 440; el artesanado, 441.
3. Los contactos exteriores y la organización interna 443
4. El subminoico y el final de la civilización minoica 443

CAPÍTULO V. **El bronce reciente en Macedonia y en Tracia**, por René Treuil 445

A. La secuencia cronológica 446
La estratigrafía, 446; la cronología, 446; las relaciones con los Balcanes y la Grecia continental, 447; el paso a la edad del hierro, 448.

B. El hábitat y las tumbas 448
Los asentamientos, 448; la construcción, 449; las viviendas, 449; las tumbas, 450.

C. La agricultura y la ganadería 452
La agricultura, 452; la ganadería, 452.

D. El artesanado 453
Los textiles, 453; la cerámica, 453; las armas y las herramientas; los metales, 454.

LIBRO IV

LA HERENCIA MICÉNICA: CONTINUIDADES Y RUPTURAS

CAPÍTULO I. **La lengua y la escritura**, por Cornelis J. Ruijgh 457

A. Los dialectos griegos en el primer milenio antes de Cristo 457

B. La lengua homérica 459
El estilo oral, formulario y tradicional, 459; la fase aquea (micénica), 461.

C. La escritura silábica y la escritura alfabética 466

CAPÍTULO II. **La civilización**, por Haiganuch Sarian 471
El hábitat y la vivienda, 472; las costumbres funerarias, 473; los santuarios, la mitología y la religión, 474; la tradición poética y la sociedad, 476; el arte y el artesanado, 476.

BIBLIOGRAFÍA

Abreviaciones bibliográficas 479
Obras generales 480
Obras colectivas 480
Estudios temáticos 481
Bibliografías e instrumentos de investigación 485
Estudios regionales y publicaciones de excavación 485
Peloponeso, 485; islas jónicas, 489; Grecia central, 490; Epiro, Iliria, Tesalia, 493; Macedonia, Tracia, 495; noreste egeo, 498; sureste egeo, 499; Cícladas, 499; Creta, 501.
Libro I. **El neolítico y el bronce antiguo** 507
Capítulo I. El neolítico 507
Capítulo II. El bronce antiguo 511
Libro II. **El período de los palacios cretenses** 515
Capítulo I. El bronce medio en Creta 515
Capítulo II. Las escrituras cretenses 518
Capítulo III. El bronce medio fuera de Creta 520
Capítulo IV. El inicio del bronce reciente en Creta 523
Capítulo V. El inicio del bronce reciente fuera de Creta 528
Capítulo VI. La erupción del volcán de Zira (Santorini) 533

Libro III. **El mundo micénico y sus límites** 535
Capítulo I. Las fuentes de la historia micénica 535
Capítulo II. La historia del mundo micénico 538
Capítulo III. La civilización micénica 541
Capítulo IV. La Creta micénica 547
Capítulo V. El bronce reciente en Macedonia y en Tracia 550
Libro IV. **La herencia micénica: continuidad y rupturas** 552
Capítulo I. La lengua y la escritura 552
Capítulo II. La civilización 552

Mapas 555
Índice geográfico 569

Introducción

A. *EL MARCO GEOGRÁFICO*

El mar, la montaña y la llanura

Trilogía fundamental de los paisajes mediterráneos, imagen clásica de una naturaleza que se va desplegando, con todos sus matices, en las orillas de un incomparable espacio marino... En ninguna parte esta imagen es más clara ni más exacta que en el Egeo. Esta amplia cuna tiene en su centro las Cícladas. Se extiende desde las sombrías alturas de los Balcanes al norte, hasta los deslumbrantes acantilados de Creta hacia el sur, desde las cuencas polvorientas de Anatolia al este, hasta las cordilleras boscosas del Pindo y el Epiro hacia el oeste. La trilogía está siempre presente: el mar para viajar y relacionarse, para la pesca que alimenta y para el comercio; la llanura para las ciudades, los pueblos y las grandes cosechas; la montaña para los pastores, los leñadores y los fugitivos. Este medio puede considerarse como un espacio único, enriquecido por el encuentro de elementos contrastantes pero complementarios. Los griegos de la época histórica lo creyeron territorio de los dioses, en cierta manera proyectado como la escena más favorable para la economía y la vida social, el que más posibilidades presentaba para los hombres emprendedores.

Iniciamos el estudio de las civilizaciones egeas del neolítico y de la edad del bronce con un análisis del paisaje. Esto nos permitirá, por de pronto, fijar los caracteres originales de los territorios, y especialmente el abanico de recursos y dificultades que presentaban a los pueblos. Servirá también para proporcionar un marco concreto, indispensable para introducir la fundamental discusión sobre la naturaleza de las interacciones establecidas durante varios milenios entre el medio natural y sus actividades socioeconómicas. El mundo egeo se considera muy a menudo como un medio privilegiado por la naturaleza, rico en posibilidades y en retos. Sería muy fácil caer en el determinismo y evocar el peso y la fuerza de dicho medio en ayuda de las numerosas innovaciones que caracterizan este período. Sin embargo, no fue aquí donde nacieron las primeras sociedades sedentarias, capaces de valorizar de una forma mucho más eficaz que cualquier otra sociedad anterior los recursos que les ofrecía el medio.

El Creciente Fértil y la cuenca del Egeo

Parece, efectivamente, que las sociedades neolíticas más antiguas se inscribieron en los paisajes del Creciente Fértil, muy distintos a los que rodean el mar Egeo. Es decir, en el amplio piedemonte apoyado en las montañas de Siria y del Líbano y que se abre generosamente hacia Mesopotamia. La «neolitización» se formó allí, al parecer, no como una revolución repentina, sino como una evolución lenta y compleja, que se extendió entre el X y el VI milenio: los hombres habrían ido agrupándose en aldeas, y poco a poco habrían diversificado su economía; más adelante, habrían dado el paso decisivo de domesticar las plantas y los animales (*infra*, p. 56). Esta evolución es más o menos contemporánea de importantes modificaciones del medio geográfico regional, unidas, en lo esencial, al importante recalentamiento que caracteriza el final del último período frío y el mesolítico. Este recalentamiento vino acompañado de modificaciones importantes en el régimen pluvial, que provocaron los desplazamientos en latitud y altitud de las formaciones vegetales (desierto, estepa, praderas, bosques), así como de las faunas asociadas a ellas; es decir, de los recursos disponibles de los cazadores-recolectores. En el Creciente Fértil se desarrollaron en aquel entonces paisajes abiertos, dominados por las estepas de gramíneas con faunas herbívoras, y los bosques se refugiaron en los relieves del oeste.

Los pueblos no podían dejar de sensibilizarse por estas transformaciones. El medio físico es capaz realmente de tomar caminos muy diversos (fauna, flora y régimen de alimentación, disponibilidad de agua y de leña, lugares donde refugiarse, catástrofes naturales...) que condicionarán la vida diaria de los individuos y limitarán la posibilidad de libertad de las sociedades. ¿La modificación del medio en el Creciente Fértil llegó a tener un papel determinante en el desarrollo de las primeras sociedades neolíticas? Es una hipótesis que se ha planteado a menudo. Evidentemente, debemos admitir, como parte de la ordenación general, una muestra completa de interacciones posibles entre la organización social y los recursos, así como los peligros que se encuentran en dicho medio en un momento y un espacio determinados. Se trata, sin embargo, de relaciones de una gran complejidad. Las modalidades variables de percepción y el desigual tiempo de respuesta dado por los grupos humanos a necesidades nuevas, a nuevas posibilidades o a nuevas obligaciones tendrán sin duda un importante papel.

En el ámbito del Egeo, hay que plantearse la discusión partiendo de datos geográficos y arqueológicos absolutamente distintos. Al parecer, las primeras poblaciones neolíticas, sucediendo a los pueblos paleolíticos y mesolíticos, nos muestran de golpe su dominio de las nuevas técnicas en conjunto. De manera opuesta a lo que ocurre en el Próximo Oriente, no parece

que se encuentren huellas del largo período inicial de aprendizaje y transición (*infra*, p. 57). Esta observación puede darnos la idea de que el neolítico egeo podría representar, en lo esencial, una cultura importada desde el foco oriental. Sin embargo, debemos interrogarnos sobre la verdadera naturaleza de las transformaciones ocurridas en el paisaje egeo en el alba del neolítico. Efectivamente, el aumento general de temperaturas, tuvo aquí como resultado no la creación de paisajes de estepa, sino un manto forestal de gran importancia. Los espacios abiertos se limitaban a porciones pequeñas, estrechas, orillas de ríos, o a las costas marítimas o lacustres, las cuencas húmedas. Los retos, los recursos y los impedimentos no eran los mismos que en el Creciente Fértil.

Si llegara a confirmarse que el mundo egeo no fue el iniciador de su propia «neolitización», nos sentiríamos tentados a ver en ello la confirmación de la importancia de los paisajes esteparios en la neolitización del Próximo Oriente. En este caso, la emergencia de un neolítico tan completo en un paisaje tan cerrado como la cuenca egea, sería muy difícil de interpretar. No hay manera de eliminar una contribución propiamente egea, cuya importancia se verá más adelante (*infra*, p. 58), a causa de las innovaciones que se observan. Si existió realmente una difusión, en lo esencial, a partir del foco oriental, hemos de preguntarnos sobre sus caminos y sus direcciones. Desde luego, la geografía física marca posibles caminos, no muy fáciles, medio terrestres y medio marinos, siguiendo el arco egeo meridional o bien el puente de las Cícladas, o quizá las cuencas de Anatolia, y luego los Dardanelos y las orillas del norte del Egeo. Pero las primeras instalaciones neolíticas egeas no están suficientemente datadas para que se pueda dar una opinión definitiva y quedan, todavía, muchos puntos dudosos.

Arqueología y geografía física

Para el historiador que trata de saber de qué manera los hombres del neolítico y de la edad del bronce se aprovechaban de su entorno hay un punto de partida obligatorio: los paisajes actuales, que han conservado, desde estos lejanos períodos, algunos rasgos fundamentales, relacionados con la morfología, el clima, la hidrología y la biogeografía... Estos paisajes nos proporcionan, pues, un telón de fondo, un decorado mínimo, en el cual situar el poblamiento neolítico y posterior. No hay duda ninguna que este decorado ha sufrido, durante más de ocho milenios, poderosas transformaciones debido a las actividades del hombre. Numerosos elementos han desaparecido (sobre todo el manto vegetal y su fauna, así como también partes enteras de su relieve como en el caso del valle de Zira) y otras partes se han desarrollado, como ocurre en las colmataciones de los valles y de algunas bahías.

Un paso natural e indispensable, si queremos reconstituir con precisión el entorno original, consiste primeramente en tratar de resituar todos estos elementos en el paisaje, o de eliminar los elementos nuevos. Esto no se puede hacer mediante las excavaciones, hay que buscar otros caminos. Una primera posibilidad es tratar de utilizar el recuerdo conservado de los acontecimientos que influyeron en el paisaje durante estos últimos milenios y basarse en la memoria y en la historia para reconstituir hacia atrás la evolución del paisaje, pero alimentada solamente por el recuerdo. Esta trama sería lógicamente muy dudosa, y por lo demás solamente nos permitiría remontarnos hasta la edad de bronce. Para alcanzar un pasado más lejano y particularmente el período de la mutación inicial, hay que recurrir a otros métodos: los de la geografía física.

Para ésta, la escala del tiempo es mucho más abierta que para la arqueología: alcanza desde el presente y desde la fracción de segundo necesaria para desencadenar un seísmo hasta los períodos geológicos antiguos y hasta los diez millones de años necesarios para levantar una montaña. La primera tarea de la geografía física es precisamente la de observar estos elementos permanentes del decorado, de los que hablábamos hace un momento, llegar hasta el pasado más lejano y hallar las etapas y procesos que explican su formación. En otras palabras, se trata de analizar lo que lleva el nombre de morfoestructuras: las grandes cordilleras, los grandes escarpes y las grandes cuencas, los ejes de la red hidrográfica..., que constituyen el esqueleto del paisaje. El dispositivo actual de este esqueleto es, en primer lugar, el resultado de acontecimientos tectónicos escalonados en varias eras geológicas y, en segundo lugar, de las fases de alteración y de erosión que se sucedieron a lo largo del tiempo, en función de las modificaciones del clima y de las deformaciones de la corteza terrestre. Así se fueron situando las líneas maestras del paisaje bajo el signo de una movilidad doble y fundamental: tectónica y climática. Esto ocurrió con más fuerza que en otros lugares en la cuenca del Egeo.

Sin embargo, el estudio de la movilidad del paisaje no es más que una primera etapa. El verdadero objetivo de una geografía física funcional no es fijar las líneas de un decorado y atenerse a ellas; es tratar de comprender la manera concreta de funcionar de un paisaje. Éste, de hecho no es más que la expresión visible de un complejo sistema, un geosistema dinámico, en el cual están las morfoestructuras y los volúmenes de rocas de los que hemos hablado, pero también todo lo que constituye su epidermis: los suelos, la cobertera vegetal, la fauna, los hombres..., así como los varios agentes responsables de la intervención permanente de una multitud de procesos: agentes telúricos, climáticos, hidrológicos, biológicos... En el paisaje, nada está en reposo: todos sus elementos sufren transformaciones incesantes y a un ritmo muy variable; continuamente se están elaborando dentro de ellos recursos... y también aparecen los peligros.

Así pues, para reconstruir el paisaje de un momento determinado del pasado, hay que aplicar una dinámica muy compleja. Para ello, es necesario aprovecharse de todos los posibles indicios sobre el estado de la vegetación, las características del clima y de la erosión contemporáneos. Estos indicios pueden ser macro-restos vegetales, vestigios de fauna, depósitos eólicos o coluviales, suelos... Pocas veces se conservan en las laderas y pueden ser observados a simple vista. Las más de las veces hay que ir en busca de sus equivalentes en los depósitos correlativos, atrapados en los sedimentos sincrónicos de un fondo de cubeta, y para reconstituir sus características y su sucesión hay que utilizar, o bien los cortes naturales debidos a la erosión, o bien, y son los mejores, los testigos de los sondeos, puesto que es realmente necesario observar todas las herencias de anteriores períodos que se conservaban todavía en la época que se estudia. Consideramos herencias todo aquello que se elaboró con anterioridad en la forma de las laderas, la alteración de las rocas, las capas de derrubios, debido a condiciones climáticas diferentes.

En las tierras del Egeo, las múltiples alternancias de los períodos glaciares e interglaciares que vieron sucederse en sus laderas bosques y estepas, dejaron pues importantes vestigios en el paisaje de los inicios del neolítico, que fueron, en su mayor parte, eliminados más adelante. Ahora bien, algunos de éstos pudieron tener un papel importante en el momento en que empezaron a ser explotados por los hombres: terrazas y suelo de *loess* fértiles, gruesas formaciones poco consistentes de derrubios gelifractados en las laderas... Todos estos elementos deben tenerse lógicamente en cuenta cuando se trata de «revestir» las laderas con su antigua cobertera, y de «limpiar» los rasgos de la costa y del fondo de las cuencas de su reciente enmascaramiento, y de reconstituir la antigua manera de ser del paisaje en las tierras egeas.

2. Las tierras del Egeo: decorado e historia

Contemplado por el moderno observador, el espacio egeo refleja la superposición de dos lógicas. Por un lado, este espacio presenta un centro muy claro, alrededor del cual se organizan las periferias. Por otro lado está, en todas partes, dominado por la parcelación: es un mosaico de compartimientos, bloques o fosas, montañas o valles, mares y lagos o islas y continente. También es un ambiente determinado unido a un clima y a una vegetación particulares.

El centro es el mar Egeo. Un mar joven, cuyo fondo está también muy compartimentado, en el cual se alternan las profundas fosas que se aproximan a los dos mil metros o los superan: al sur y al norte de Creta, al norte de las Espóradas; y las plataformas que afloran a nivel de agua: Cícladas, golfo de Salónica, la franja de Asia Menor. Un mar intermedio, suavizado por las aportaciones septentrionales que tienen orígen en el mar Negro o en los relieves balcánicos, que se enfría fácilmente tanto en invierno como en verano, y que comunica mal con las aguas cálidas del sur; en resumen, más bien un callejón sin salida que una apertura hacia la gran extensión de aguas del Mediterráneo. Un mar con contrastes, de humor variable, peligroso en todas las estaciones, porque este centro es también una brecha, un canal por el cual se vierten las masas de aire del macizo danubiano, *boras* en invierno, *meltem* en verano, pesadillas de los marinos.

Las periferias son las alturas que rodean el mar Egeo, en una barrera casi continua, con estrechos puertos que permiten franquearla. Al norte la barrera es más maciza: los montes Rodopi, entre los grandes valles meridionales del Vardar-Axios y del Evros-Maritsa, presentan un frente continuo, que alcanza de los 1900 a más de 2000 m (Perelik: 2191 m). Están situados como una primera avanzada ante una segunda barrera montañosa, aún más elevada, la de los Grandes Balcanes o Stara Planina, que dominan el Danubio (Botev: 2376 m) y lanzan hacia el sur las alturas que se prolongan por las tres estrechas penínsulas de la Calcídica.

El relieve es aún mucho más espectacular por el oeste. Adosadas unas a otras, múltiples ramas paralelas, reforzadas por contrafuertes, apoyados por macizos de formas más pesadas, aunque muy elevados de vez en cuando, forman una verdadera cadena montañosa: la cordillera de los Helénidas, columna vertebral y depósito de agua de la península. Las aguas vierten directamente al mar, a no ser que se hundan en el *karst*. La barrera, orientada del nornoroeste al sursureste durante centenares de kilómetros, despliega sus poderosas laderas, coronadas de vigorosas murallas calcáreas o de macizos de rocas sombrías, desde Iliria hasta los extremos del Peloponeso. No tiene más que una profunda abertura: la de Corinto, donde el mar se introduce en ambas partes del istmo. La línea de crestas se mantiene alrededor de los 2500 m al norte del golfo (Pindo: 2637 m, Parnaso: 2457 m). Sigue conservando altura en el sur (Killini: 2376 m, Taigetos: 2407 m). La ladera externa y lejana de la cordillera, Epiro al norte, Acaya al sur del golfo, abierta hacia otro mar, limitado por el archipiélago de las islas Jónicas, pertenece aún al mundo egeo, a pesar de que se trata de un universo diferente. En la vertiente interna, en el ángulo formado por la cordillera y el Rodopi, el Olimpo constituye por sí solo un mundo aparte: debido a su altitud, debido a su posición y debido a su misma forma. Ele-

vándose hasta 2917 m, bordeando directamente el mar Egeo, que domina desde la altura de sus laderas y cuyas líneas de costa domina, el Olimpo se presenta como una inmensa y pesada cúpula, elevada en bloque por encima de las altas tierras que lo rodean. Todo se unía, al parecer, para que este relieve se convirtiera más tarde en lugar supremo de la cuenca del Egeo.

Las fronteras orientales y meridionales de esta cuenca se presentan como un débil y deformado reflejo del Rodopi y de los Helénidas. En las costas orientales del mar Egeo, bloques montañosos de perfiles gastados que alcanzan los 200 m (macizo del Boz Dağ: 2157 m) alternan con grandes cuencas que recorren cursos de agua irregulares pero poderosos (Menderes). Al sur, el Egeo se cierra por un arco desmantelado, que recorre las islas, Citera y Anticitera, Creta, Kasos, Karpazos y Rodas, para unirse por fin a la costa meridional del Asia Menor y a los poderosos relieves del Taurus. A pesar de las roturas producidas por los movimientos tectónicos, la cadena helénica se reconoce claramente en el paisaje, pero su ordenación se desvía hacia el sur y sus compartimientos tan pronto llegan a grandes alturas (Ida: 2456 m), como se ven profundamente hundidos en el mar. Sólo en Creta la barrera periegea encuentra de nuevo un poderío y una homogeneidad casi continentales.

La compartimentación del Egeo

El dispositivo centro-periferias que acabamos de describir predispone, sin duda alguna, a la emergencia de una unidad, tanto de orden natural (climático, hidrológico, biogeográfico) como de orden social, económico, político. Pero en la cuenca egea existen poderosos factores contradictorios. Por de pronto, la presencia del mar central, que separa y atrinchera, tanto como pueda unir. Después, una disimetría norte-sur muy acentuada y, por fin, esta intensa división del espacio, a escala de algunos kilómetros o de algunas decenas de kilómetros. La contradicción y la compartimentación fueron muy pronto reconocidos como rasgos característicos del mundo egeo. La compartimentación, de la que explicaremos el origen, aparece por todas partes. En las tierras continentales, la parte más esencial pertenece a las escarpadas laderas y a las altas cimas. Las superficies planas, las pendientes suaves, únicas propicias para una explotación duradera, se insinúan en el centro del relieve, entre las montañas y el mar: cubetas cerradas, a menudo pantanosas, depresiones cársticas, cuencas fluviales cerradas por desfiladeros, situadas a media altura o a alturas elevadas, salientes de terrazas marinas o fluviales, piedemontes de conos de deyección que se unen en altitudes más bajas, llanuras de nivel de base al fondo de las bahías... Estos elementos proporcionan una base suficiente para desarrollar cultivos agrícolas casi autónomos y para que arraiguen comunidades, que se en-

cuentran aisladas naturalmente de sus vecinos por el bosque, un difícil relieve o por el agua. Los desplazamientos e intercambios representan un esfuerzo, no una necesidad y menos aún una tentación. A no ser que el mar abra una puerta hacia el exterior, pero en este caso nos encontramos con otro universo: el de los espacios marítimos libres.

Efectivamente, quedan aún el mar y las islas. Éstas ofrecen situaciones extremas en el *puzzle* egeo. El aislamiento se inscribe en la naturaleza, inspira tanto la búsqueda de la autarquía como la de los recursos externos por y en el mar. En la Grecia de hoy, algunas islas se distinguen por su gran vocación marítima, otras viven de espaldas al mar. Islas de marinos, islas de terrícolas, por la historia y por la naturaleza. La mayoría, exceptuando las más pequeñas, ofrecen un verdadero microcosmos, sirviendo de maravilla para ilustrar la trilogía egea básica. El mar, la llanura y el monte se confunden en todos los rincones de los archipiélagos: en las Espóradas al norte y este, en las Cícladas en el centro, en el arco y en el Dodecaneso, al sur. En las islas más grandes, la división vuelve por sus fueros: aparecen razones para que se desarrollen células autárquicas. Sin duda alguna, solamente en el grupo de las Cícladas se siente una cierta unidad del mundo insular, que nota muy claramente el navegante actual. La razón está en la homogeneidad relativa de las islas en cuanto a su superficie y en cuanto a su morfología, a su dispersión bastante regular, que les permite estar situadas a distancias parecidas (cada isla «ve» perfectamente a sus vecinas) y a la existencia de divisiones muy claras del lado de los dos continentes. Por el contrario, las demás islas, más grandes o más pequeñas, debido a su posición, o bien están marcadas por un profundo aislamiento, o bien transformadas en simples prolongaciones de la vecina tierra firme.

¿Un clima o varios climas?

Islas, costas, relieves escarpados, todos estos elementos del paisaje se encuentran hoy bañados en una única luz y llevan el sello de un mismo clima, de gran originalidad. Se ve claramente su pertenencia al ámbito mediterráneo. Esta propiedad se expresa por la existencia de dos estaciones muy marcadas. La estación fría es también la húmeda. Las lluvias, que varían según los lugares, entre 400 y 1200 mm en altitudes bajas y concentradas en chaparrones violentos y poco numerosos, caen principalmente en otoño y secundariamente a finales de invierno. La estación calurosa se caracteriza por un calor intenso y una gran evaporación. Los largos períodos de sequía dejan los ríos secos, hacen disminuir el caudal de las fuentes y resecan el suelo. La presión estacional que se ejerce con ello puede ser, según los años, más o menos fuerte. Efectivamente, la variabilidad pluviométrica interanual, y en menor grado térmica del clima del Egeo son muy

acusadas especialmente en las islas y en las zonas litorales. La relación entre los años más lluviosos y los más secos es de 5,3 en Andros, de 4,4 en Eskopelos, y de 4,6 en Tesalónica. Esta variación produce graves riesgos y puede hacer variar considerablemente la productividad de las cosechas. La cobertera vegetal se adapta lógicamente a estos contrastes. Dominan las especies capaces de soportar una deficiente alimentación hidrológica en verano y asimilar al máximo el agua cuando los suelos están empapados: árboles de altura modesta, arbustos de hoja perenne y hojas pequeñas, a menudo barnizadas, a veces cubiertas de agujas o espinas (encina, carrasco, pino de Alepo, laurel, lentisco, enebro... o especies frutales como el olivo) y numerosos vegetales esclerófilos de sotobosque y de espacios abiertos; algunos que se secan en la estación seca (jaras y gramíneas...), otros capaces de concentrar las reservas de agua en sus tejidos (plantas grasas, bulbos).

En realidad, esta vegetación tipo sólo cubre una parte del mundo egeo, porque las condiciones climáticas están lejos de ser uniformes. El área de precipitaciones débiles (400-500 mm) y de sequía estival acentuada abarca el mar Egeo en conjunto y sus orillas suroccidentales, que están muy resguardadas. Las lluvias aumentan claramente en las orillas orientales, en las orillas occidentales de la Grecia media (Eubea, Espóradas) y aún más en la vertiente jónica (más de 700 mm). A medida que interviene la latitud, se intensifican: entre 1 y 2 m en el Pindo y sobre el Olimpo. Ahora bien, la más mínima cuenca encajada entre el relieve recibe solamente la mitad o el tercio de dichas cantidades. Aún más, el régimen de precipitaciones se modifica hacia el norte. Más allá del Olimpo, sobre la ladera del Rodopi, las temperaturas medias son más bajas y las lluvias se reparten de otra forma: el máximo de la estación fría se suaviza y la pluviosidad es notable en verano en forma de tormentas. En esta región se hallan los únicos ríos de importancia y de caudal constante en verano, especialmente el Aliakmon, de Macedonia oriental, único río cuya trayectoria discurre entera en el ámbito egeo. Así pues, existe un verdadero clima macedónico, caracterizado por una sequía mucho menos marcada y, además, unas repentinas bajadas de temperatura en otoño e invierno debidas a penetraciones de aire polar, y que son capaces de extenderse por todo el mar Egeo. Como es lógico, la cobertera vegetal se adapta a estos matices. Las laderas de las montañas presentan una gradación en la que aparecen el pino negro, el abeto o el castaño desde los 900 o 1000 m, el roble y el haya de hojas caducas hacia los 1500 y las coníferas de altitud a partir de los 1800 m. Asimismo, hacia el norte, la encina y el olivo no se apartan mucho de la línea de costas del Egeo. Más allá son sustituidos por el roble (*Q. pubescens*) de hoja caduca, el fresno, el olmo, el carpe y el pino.

Una cobertera vegetal degradada a lo largo del tiempo

Más que su originalidad, lo que hoy nos llama la atención es la degradación de la cobertera vegetal. Las rocas dominan casi por todas partes; en la mayoría de islas lo que contemplamos son verdaderos paisajes minerales. Teniendo en cuenta solamente la Grecia actual, se calcula que para un ámbito forestal de 26 000 km^2 (el 33 % de su territorio), los bosques propiamente dichos de cobertera densa ocupan en realidad menos de 10 000 km^2. La diferencia se cubre por formas variadas de jaral y monte bajo, en formaciones arbustivas o matorrales. Los yermos, grado último de la degradación, corresponden a comunidades discontinuas que sirven de tierras de paso. Cubren por sí solos más de 30 000 km^2 (39 % del territorio). Compárense estas cifras con la extensión de las tierras realmente cultivadas: 23 000 km^2 (28 %). Sin embargo, existen algunos bosques en el Pindo, el Olimpo y el Rodopi de bastante extensión y suficientemente bien conservados para que sus pisos nos den aún una idea bastante clara de lo que pudo haber sido la cobertera vegetal primitiva.

Las etapas de la destrucción progresiva de dicha cobertera no se conocen aún perfectamente. Se sabe, desde luego, que todos los pueblos que ocuparon el Egeo hicieron, uno tras otro, recular el bosque para conseguir tierras de cultivo, abrir tierras para la ganadería y proporcionarse el material para construir casas y barcos, alimentar los hornos de carbón vegetal y, periódicamente, desalojar las tropas enemigas y oponer la tierra calcinada a su progresión, o bien para rendir por el hambre los pueblos que debían ser sometidos. La historia se repite continuamente en la cuenca del Egeo. Los griegos de hoy recuerdan fácilmente los incendios de los bosques de Macedonia durante la guerra civil de los años cuarenta, y las roturaciones masivas realizadas debido a la llegada de los refugiados del Asia Menor en 1923-1924, y también las talas salvajes realizadas como represalia o por motivos económicos durante el período de la ocupación turca. Los episodios más lejanos se olvidaron, aunque su huella subsiste en numerosos textos. Pero acaban únicamente de comenzar a explorarse por parte de los investigadores los detalles que permiten reconstruir la historia del paisaje.

Uno de los estudios más avanzados en este terreno se ha realizado en Macedonia [20]. Se deduce de éste que la degradación de los paisajes de la región no comenzó antes del siglo VII a. de C. y que la destrucción acusada del bosque en las laderas se realizó por etapas, durante tres períodos seculares en los cuales surgieron verdaderas «épocas de plenitud»: el de la *pax romana* (del siglo I a. de C. al siglo V d. de C.), el del Imperio bizantino tardío (del siglo X a la mitad de XIV), y el de la época contemporánea (de la mitad del siglo XIX hasta principios del siglo XX). En las partes meridionales del ámbito egeo la desforestación generalizada pudo comenzar mucho antes. Por lo menos es lo que sugiere el célebre texto de Platón en el *Critias*

(111 *a-b*). El relato se refiere a Solón, en el momento en que éste se informa sobre la historia de los atenienses, y contiene, situándolos en un pasado muy lejano, acontecimientos descritos con una asombrosa precisión: «Hubo numerosos y terribles diluvios en el transcurso de esos nueve mil años [...] la tierra que se deslizaba de los lugares elevados no se depositaba, como en otros lugares, en sedimentos importantes, sino que, siempre deslizándose, acababa por desaparecer en el abismo [...]. Las partes ricas y blandas de la tierra corrieron por las pendientes y no queda más que el esqueleto desnudo de la región [...]». Esta descripción podría referirse a crisis erosivas engendradas por los progresos de la agricultura ática, en los siglos que le precedieron de inmediato, a no ser que incorpore recuerdos de desastres ocurridos mucho antes, unidos ya sea a causas naturales, ya sea a la desforestación de las poblaciones del neolítico o de la edad del bronce, o, en fin, a la conjunción de ambos factores (*infra*, p. 37). Con ello queda planteado el problema del papel relativo de los motores de la evolución del paisaje.

3. Los dos motores naturales: movilidad tectónica y movilidad climática

Anteriormente hemos mencionado el caso de Zira, la isla desmantelada por una erupción volcánica de las que solamente se producen una o quizá dos en un milenio (*infra,* p. 272). La catástrofe indica claramente que el ámbito egeo es un ámbito de alto riesgo, en el cual las condiciones naturales de funcionamiento del paisaje, y naturalmente de su explotación, se replantean periódicamente. Los riesgos son variados. Dependen de dos causas principales: el motor, o causa, tectónico y el motor climático. El ámbito egeo pertenece efectivamente a la vez a una zona donde se enfrentan violentamente dos grandes estructuras de la corteza terrestre y a una zona de competición entre dos grandes ámbitos climáticos.

Volcanes y seísmos

La erupción que pulverizó la mayor parte de Zira en plena edad del bronce fue sin duda alguna excepcional, pero no es en absoluto un caso aislado en el espacio egeo. La corteza terrestre en toda esta cuenca se caracteriza, efectivamente, por su extrema fragilidad, herencia de una historia geológica especialmente atormentada. Pero las erupciones volcánicas, las expulsiones de magma hacia la superficie no son las más frecuentes ni las más extendidas en el espacio. El peligro que se presenta más a menudo, manifestándose de manera casi permanente, es el terremoto. Los movi-

mientos de las innumerables fallas del Egeo son capaces de levantar en algunos segundos un bloque montañoso, de modificar de golpe el diseño de una línea de costa, de provocar maremotos devastadores, de cambiar la dirección de un río, de secar las fuentes, de quebrantar acantilados, de provocar avalanchas de grandes bloques y deslizamientos de tierras, de desestabilizar toda una parte de bosque en una pendiente muy pronunciada y poner con ello en marcha una oleada de erosión... Únicamente algunas regiones muy privilegiadas, que corresponden a compartimentos más compactos de la corteza, escapan hoy a tal amenaza, sobre todo en la Macedonia occidental griega, incluidos el macizo del Olimpo y la mayor parte de la plataforma de las Cícladas. Las zonas más débiles, en las cuales se concentran actualmente los seísmos, son las mejor conocidas. Se trata de un arco meridional externo que engloba las islas Jónicas, el Peloponeso, Creta y el Dodecaneso; el golfo de Corinto entre las islas Jónicas y el Ática; el sureste de las Cícladas: el eje Espóradas Septentrionales-Volos-Karpenisi; la Calcídica y la Macedonia yugoslava; y finalmente, la fachada de Anatolia, entre el mar de Mármara y Rodas.

Podemos preguntarnos si está justificado trasladar este mapa del riesgo tectónico a períodos alejados por milenios. A grandes rasgos, desde luego. Por un lado, se ha conservado la memoria de numerosos seísmos de gran intensidad de la Antigüedad, responsables de la destrucción de ciudades importantes o de repentinos cambios de las costas: Atalanti (426 a. de C.), Helike-Aigion (373 d. de C.), Delfos (373 d. de C.), Corinto (551 d. de C.), Olimpia (siglo VI d. de C.)... Todos estos lugares están situados en zonas aún muy inquietas actualmente. Por otro lado, podemos también basarnos en las manifestaciones volcánicas, mucho más localizadas que los terremotos. Efectivamente, existe una serie de volcanes apagados pero aún bien conservados, al oeste y al este de Zira, formando un arco de posición interna, desde la isla de Egina a las Cícladas meridionales y hasta Nisiros. Este arco volcánico del Egeo no coincide en conjunto con la red actual de grandes accidentes sísmicos. Otros aparatos volcánicos más recientes, se encuentran al noreste de la cuenca (Lesbos, Samotracia), en una zona de sismicidad más notable. En conjunto, la existencia de un vulcanismo egeo, muy poco activo actualmente, aparece como un dato permanente desde millones de años en la ordenación y evolución de los paisajes de la cuenca, al lado de la actividad sismotectónica.

Esto ocurre por razones fundamentales, relacionadas con la naturaleza de la corteza terrestre bajo la cuenca egea. La repartición en el espacio de grandes relieves y de las manifestaciones volcánicas o sísmicas asociadas obedece, en efecto, a dos lógicas profundamente inscritas en las estructuras. Una es antigua y tiene un papel esencial en la orientación de las grandes morfoestructuras. La otra, mucho más reciente a escala geológica, es determinante en la repartición del espacio, en cuanto a la compartimentación

de las formas de relieve, y en cuanto a la repartición de los seísmos y las manifestaciones volcánicas.

El progresivo ensamblaje del marco morfotectónico

Por las investigaciones realizadas durante los treinta últimos años se sabe que la cuenca del Egeo está dominada por el enfrentamiento entre la llanura eurásica al norte y la placa africana al sur, entre las cuales durante toda la era secundaria se abrió una vasta región marina, el Tetis, cuyo suelo, constituido por corteza oceánica, estaba recubierto por sedimentaciones detríticas o bioquímicas de mucho espesor (fig. 1). La contracción de este espacio debido a la aproximación de ambas placas se inició hacia el final de la era secundaria, acelerándose a principios del terciario. Provocó la construcción de un sistema de plegamiento, el sistema alpino, cuya orientación general estaba condicionada por la existencia de desgarres longitudinales contemporáneos. Éstos provocaron movimientos laterales deslizantes y esta característica sucesión de segmentos curvos orientados hacia el exterior que se designan con el nombre de arcos inducidos. Así se explican la instalación de las estructuras paralelas del sistema helénico en Grecia continental, y la combadura suregea entre el Peloponeso y el Taurus.

Esta primera fase concluyó hace unos cuarenta millones de años. Entonces se inicia una segunda etapa, la del enfrentamiento directo entre las dos placas rígidas. De ello resulta la aparición de nuevas estructuras, muy independientes de las anteriores pero a menudo modificando su dirección a causa del dispositivo anterior. La parte frontal de la placa africana, más pesada, se hunde bajo la placa euroasiática, lo que provoca el levantamiento del plegamiento reciente y grandes fracturas que lo dividen en dos partes de corteza continental, la placa egea y la placa anatólica, cada una con sus propios movimientos. Durante el mioceno y plioceno esta estructura se conserva y la distensión general de las placas en su desplazamiento motiva la aparición de una apretada red de fallas que cortan dicha estructura. A lo largo de las fallas, ocurren movimientos esencialmente verticales y en la construcción anterior al sistema de plegamiento, así como en los antiguos macizos consolidados del ámbito europeo, aparecen de golpe el mosaico de bloques elevados y de cuencas subsidentes, invadidas por las aguas, dulces, salobres o saladas.

Este doble movimiento nos permite comprender cómo se organizan en conjunto los relieves del ámbito del Egeo, así como las particularidades del mapa actual de los riesgos vulcano-sísmicos. La subducción sigue ante nuestros ojos a un ritmo regular: África y Europa continúan aproximándose, a una media de 4 cm por año. El hundimiento de la placa meridional produce la profunda fosa helénica en oposición al frente arqueado y levantado de

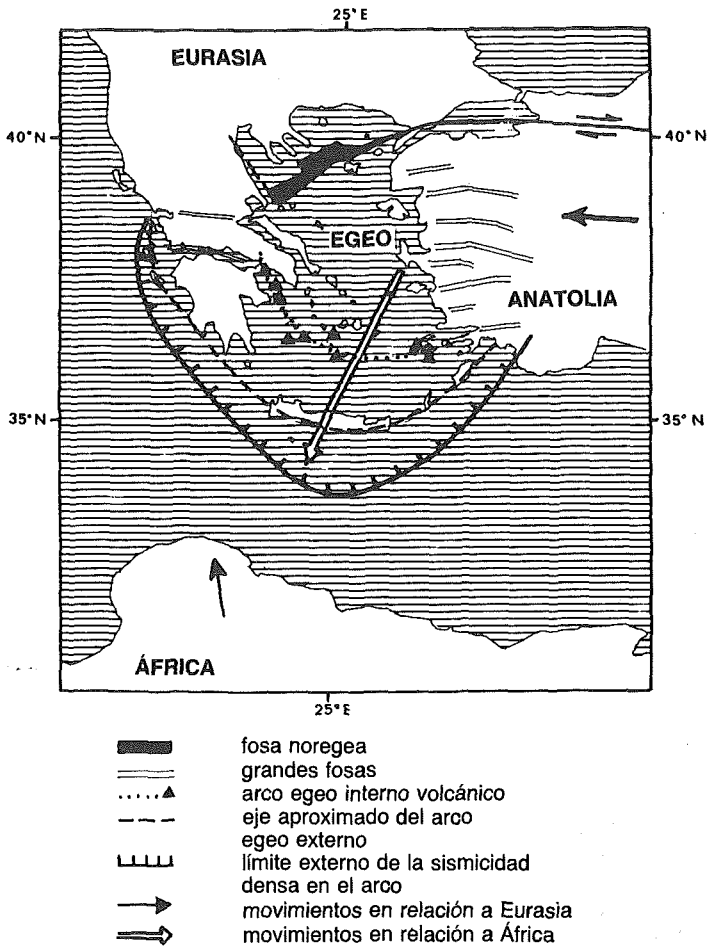


Fig. 1. El juego de las placas en la zona egea.

la placa egea, desde las islas Jónicas al Peloponeso y al sur de Creta. Los frotamientos producidos por el hundimiento bajo la placa egea se traducen en una sismicidad elevada, en la cual la profundidad de los focos disminuye progresivamente hacia el noreste. En todo el plano inclinado, a medida que va descendiendo, los materiales de la placa africana y los sedimentos de su cobertera se calientan, se funden y dan lugar a un magma que periódicamente busca un camino de salida hacia la superficie. El camino de subida se fragua gracias a las fracturas que jalonan el arco volcánico egeo, retirado en relación con el arco externo más de un centenar de kilómetros. Las deformaciones transmitidas hacia la superficie debido a la subducción y al desplazamiento en sentido inverso de la placa egea se manifiestan por distensiones que originarán numerosos seísmos de focos no tan profundos, pero cuya intensidad puede ser elevada. Dichos seísmos están localizados a lo largo de fracturas internas de la placa (Corinto) y, sobre todo, a lo largo de las líneas de contacto y de corrimiento, tanto con la placa anatólica al este como con la placa europea al norte (accidente de las Espóradas y accidentes paralelos de la Calcídica, Bulgaria y sur de Yugoslavia).

Teniendo en cuenta que mediciones efectuadas recientemente demuestran la continuidad actual de fenómenos que se considera que aparecieron hace más de 20 millones de años, no podemos dudar sobre la situación de la región hace unos milenios. Los lugares y las modalidades de manifestación de riesgo volcánico y sísmico de la época no deberían separarse del cuadro de conjunto que acabamos de esbozar. Lo mismo ocurre con otros aspectos igualmente fundamentales de la geografía antigua de los paisajes del Egeo; por ejemplo, el reparto entre tierras emergidas y espacios sumergidos (bajo el mar, o bajo los lagos), en el cual intervienen en primer lugar las deformaciones tectónicas, pero en el que también influyen las interferencias por la evolución de los climas.

Movilidad tectónica y movilidad climática: las interferencias

En función del complejo juego de las diversas tendencias tectónicas descritas anteriormente, la cuenca egea tan pronto se vio abierta a las influencias marinas como apartada de ellas. Hacia el final del mioceno (período mesinense, 6-5 millones de años), un episodio importante tiene como resultado la casi completa desecación del antepasado del Mediterráneo. En el plioceno está de nuevo recubierto de agua y el clima, más húmedo, recuerda el del sur de China actual. Así y todo, en conjunto, el ámbito egeo permanece emergido. Entonces se cubre de agua dulce. Los tres últimos millones de años (pleistoceno) son los de las grandes rupturas. Primeramente tectónicas: varias fases de deformaciones distensivas o compresivas acentúan el recorte del relieve y la energía de los bloques levantados. En

este momento el Olimpo consigue la mayor parte de su altitud, el curso de un río tan importante como el Aliakmon se transforma, el ámbito de las depresiones lacustres disminuye, el mar Egeo sobrepasa sus orillas meridionales y ocupa el centro de la cuenca, para acabar su transgresión al mismo pie del Olimpo. Todos estos acontecimientos, que definen el marco egeo de manera definitiva, están relacionados entre ellos. Siempre la tectónica los domina.

Pero ya empiezan a notarse, debido a la fuerza de las modificaciones paleogeográficas y también a las mutaciones planetarias que están ocurriendo, las interferencias con el segundo motor de la evolución del paisaje, el climático. El clima de tipo mediterráneo con estaciones contrastadas y sequía estival se instala en la región tras el plioceno, hace de tres a dos millones de años. Primeramente sufre una degradación lenta e irregular que hará desaparecer los vestigios de la flora y fauna tropical pliocena. Al final sólo aparece en breves intervalos (interglaciares) separados por largos períodos fríos, que también sufren varias «crisis» interrumpidas por temporales.

En efecto, el último millón de años se desarrolla bajo el signo de oscilaciones cada vez más rápidas y acentuadas de las temperaturas, de la pluviosidad y más adelante de las formaciones vegetales y del nivel del mar. En las laderas, los sistemas de erosión se relevan, dominados o bien por los procesos periglaciares o bien por la escorrentía de las aguas y la disolución. El último paroxismo de frío no está ya muy lejos de nosotros (18 000 BP). El interglaciar más próximo está a 110 000-120 000 BP. En total, se cuentan para el pleistoceno una veintena de oscilaciones, y de cuatro a seis crisis importantes por lo menos caracterizan el último millón de años. Durante todo este período los paisajes del Egeo fueron sometidos a climas en general fríos o muy fríos. De hecho, las condiciones interglaciares aparecieron solamente en una décima parte del tiempo y no hace mucho más de 8000 a 10 000 años que la cuenca tiene un clima de un tipo próximo al que hoy domina.

Nos queda aún por tratar el significado de la emergencia de las primeras sociedades neolíticas, en los primeros milenios del último interglaciar. Pero antes de llegar a la menor conclusión debemos plantearnos tres cuestiones correlativas. Primeramente, ¿cuáles fueron las modalidades y las etapas de la modificación climática y de la consiguiente conquista de las laderas? En segundo lugar, ¿en qué momento y con qué medios aparecieron en el paisaje las primeras sociedades neolíticas y a qué recursos potenciales les permitía acceder y a qué peligros los sometía el entorno contemporáneo? Finalmente, ¿en qué momento dichas sociedades o sus herederas de la edad del bronce fueron suficientemente numerosas y bien equipadas para poner en marcha en el paisaje evoluciones específicas (retroceso y transformación de la cobertera vegetal, modificaciones de la riqueza hidrológica y de los

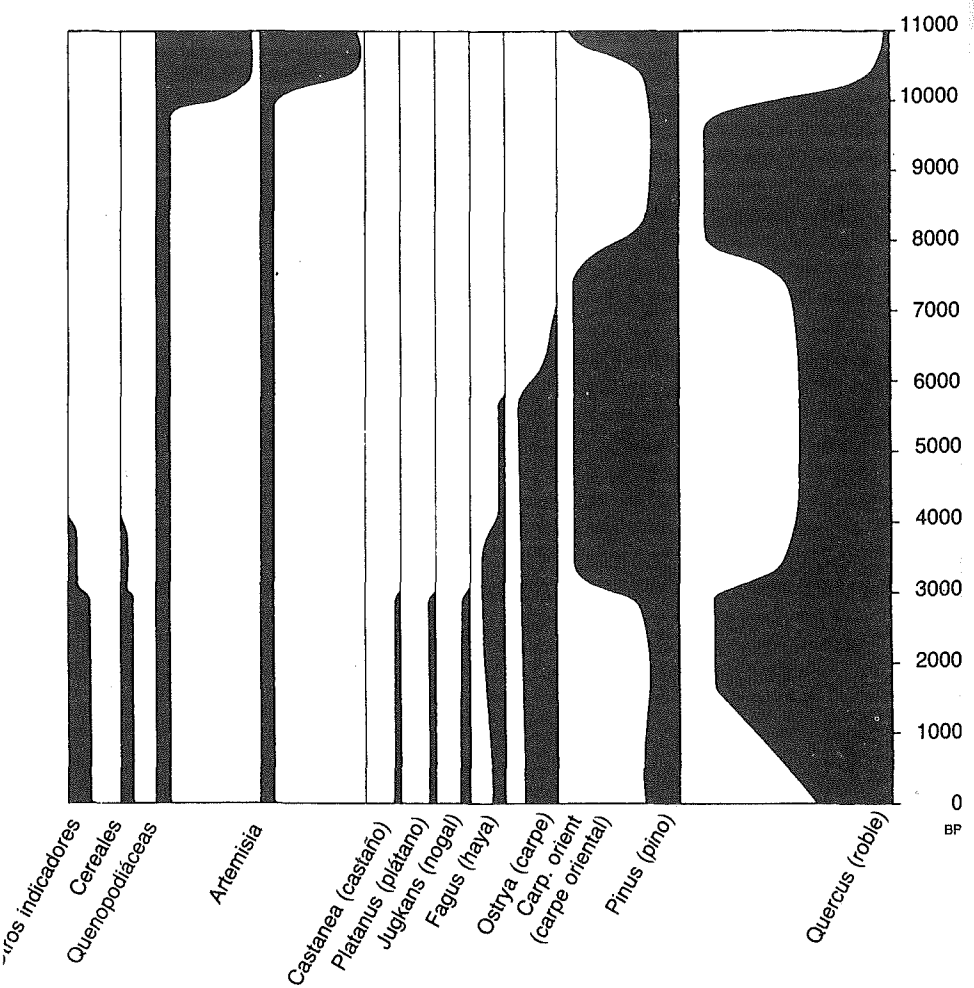
sistemas de erosión, etc.) que se superponían a las evoluciones debidas únicamente a los factores naturales, tectónicos y climáticos, ya en marcha y podían en ciertos casos enmascararlos radicalmente?

4. El entorno del Egeo en el Neolítico y en la Edad del Bronce

Las muestras de sondeos de sedimentos tomados de las capas superiores, ricas en materia orgánica, de los rellenos de las múltiples cubetas pantanosas egeas proporcionan un registro casi continuo de la lluvia estacional de polen que llegó a los fondos de las cubetas durante los milenios fundamentales del principio del interglaciar. Las curvas de los espectros palinológicos, establecidos de nivel en nivel a partir de los porcentajes de polen de diversas especies, permiten formar una imagen muy precisa de la composición y de la variación de esta lluvia y, a través de ella, de la cobertera vegetal del paisaje de su alrededor. Sin embargo, teniendo en cuenta las particularidades de la lluvia polínica y de las distintas variedades de su conservación y de la forma en que quedaron atrapados los pólenes, no resultará inútil valerse también de otros elementos disponibles que, o bien están aún en su lugar de origen en las laderas, como las formaciones detríticas y los paleosuelos, o muy alejados de aquéllas pero correlativos en su evolución, como los depósitos, de gran espesor en general, acumulados en el fondo de las bahías o bien otros, más finos, que tapizan los fondos marinos. Los estudios alcanzan actualmente toda la cuenca del Egeo y las crónicas que nos proporcionan presentan una tal similitud que podemos considerar como seguras las grandes líneas de la evolución del paisaje a lo largo de los últimos diez milenios.

Crónicas de la vegetación

El fenómeno más importante es la inicial reconquista de las faldas de los montes por una cubierta forestal continua (figs. 2 y 3). Dicha reconquista hace que se sucedan dos paisajes. El primero es el del bosque poco espeso, dominado por el pino. Desde antes del 9500 BP Creta presenta este bosque, en el que se introducen únicamente unos pocos robles. El segundo paisaje, que dominará en el milenio siguiente es el de un bosque rico en árboles y arbustos de distintas especies, dominado en este caso por los robles unidos a algunas encinas de tipo mediterráneo. Dicha sucesión refleja un marco climático que rápidamente se va aproximando al que conocemos. Refleja también una regla ecológica válida para los ambientes profundamente degradados, que nos dice que las formaciones vegetales pioneras, herbáceas,


11000
10000
9000
8000
7000
6000
5000
4000
3000
2000
1000
0
BP
Otros indicadores
Cereales
Quenopodiáceas
Artemisia
Castanea (castaño)
Platanus (plátano)
Jugkans (nogal)
Fagus (haya)
Ostrya (carpe)
Carp. orient
(carpe oriental)
Pinus (pino)
Quercus (roble)

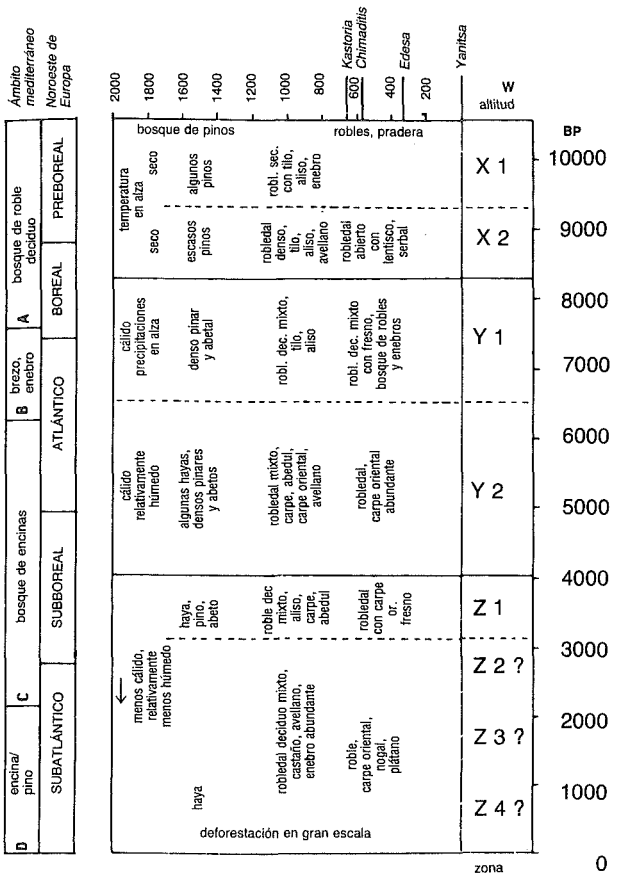


Fig. 3. Evolución de los pisos vegetales al noreste del Pindo a partir del 10 000 BP.

← *Fig. 2. Diagrama polínico simplificado (Epiro y Macedonia).*

pinares, dejan luego paso a especies más exigentes, después de haberles preparado el terreno, es decir, después de haber comenzado a proporcionar los elementos orgánicos necesarios para que se cree la primera capa edafológica continua.

Así y todo, el bosque original del IX milenio, perfectamente virgen de toda influencia humana, presenta sensibles diferencias según las regiones. En Creta, se trata de un bosque abierto, que contiene aún bastantes pinos, que van disminuyendo poco a poco en número mientras que van aumentando los robles, sobre todo después del 8000 BP. Con ellos se mezclan las especies de hoja caduca y las especies mediterráneas. En las orillas del golfo de Corinto, en el sur del Epiro, el bosque presenta los caracteres mediterráneos clarísimos: hacia el 6000-5000 BP está dominado por los chaparros y el roble cerrioide, asociados al carpe, al carpe-ostrya, al avellano. En Grecia central, alrededor del lago Kopais, se encuentra también el bosque de *quercus,* pero más abierto, con un desarrollo importante de las especies arbustivas (enebro), gramíneas, lentiscos y muy pocos pinos. En la Macedonia oriental, en la cuenca de Filipos próxima al mar y en la que se hallan los establecimientos prehistóricos de Dikili Tash y de Sitagri, el bosque abierto de los inicios del interglaciar, con pinos, encinas *(Quercus ilex)*, lentisco, vid, hacia 8500-800 BP se sustituye por un encinar muy denso (*Q. ilex* y *Q. coccifera*), al que se asocian el olmo, el tilo, el lentisco, el fresno en los fondos húmedos, el carpe oriental, el carpe-ostrya y el avellano en las laderas. Se nota aquí el clima suave del Egeo. En las cubetas aisladas de la Macedonia oriental, situadas a 500-600 m, el bosque presenta una fisonomía totalmente distinta: alrededor del lago Vegoritis es de una gran densidad y elimina prácticamente las hierbas. Está dominado por los pinos y en altitud, abetos, asociados al roble cerrioide, al carpe, el tilo, el avellano y el olmo en las laderas más bajas.

Los paleosuelos y la evolución de las laderas

El carácter único de la explosión vegetal de los milenios VIII y VII BP y su extremada importancia para el posterior desarrollo de las sociedades del Egeo se confirma por la evolución edafológica contemporánea, cuyas huellas subsisten en algunos raros sectores privilegiados en los que por casualidad se han conservado los paleosuelos de dicho período. Este es el caso, en particular, del país de colinas situado en la orilla occidental del golfo de Tesalónica, entre el Olimpo y los deltas unidos del Axios-Vardar y el Aliakmon. Sobre un sustrato de *loess,* la conservación de densas cubiertas vegetales (bosque o pradera), durante períodos de varios siglos o milenios de clima húmedo, ha llevado en varias etapas a la elaboración de una serie de suelos que fueron fosilizados a su vez por las aportaciones eólicas de las

fases secas intercaladas. Las dataciones absolutas obtenidas en estos suelos, se extienden entre el centro de la última etapa fría y la época contemporánea. El paleosuelo más desarrollado de esta serie se formó aproximadamente entre el 8000 y el 6000 BP. Su espesor es del orden de un metro y presenta los caracteres muy claros del suelo pardorrojizo de clima mediterráneo. Está fosilizado bajo varios metros de depósitos de limos, arcillas y gravas, en los cuales aparecen suelos menos gruesos, de color gris oscuro y de edad mucho más reciente (en particular, hacia el 3300-3000 BP y 790-780 BP). Está bien claro que el paleosuelo pardo es el producto de la génesis de suelos ocurrida durante el largo período en el cual las laderas egeas estaban cubiertas por el bosque mixto, dominado por las encinas en altitudes medias y bajas, y las coníferas, pinos y abetos en las alturas, con lo que se protegían de la erosión superficial causada por la escorrentía de las aguas. Esta asociación entre la cobertera forestal densa y la intensa génesis de los suelos, es la más importante característica del período que abarca los milenios VIII-VII BP. Sobre las formaciones detríticas heredadas del último período frío y del inicio del interglaciar (conos de deyección, terrazas aluviales, cubiertas de restos más finos y de limos eólicos), se creó entonces, en un ambiente de biostasia producida por la estabilidad climática, una reserva de suelos considerable. Los suelos elaborados durante estos dos milenios de *optimum* climático constituían un recurso inicial tan importante si no más, que el mismo bosque, y una base extremadamente favorable, que en un principio parecía inagotable, para los inicios de una economía agrícola.

Ésta disponía también de un recurso de igual importancia, el agua. Agua para los hombres pero también para el ganado, para los cultivos, especialmente los huertos. El clima del período óptimo era probablemente tan cálido como el de hoy y algo más húmedo. La presencia del manto vegetal contribuía sin duda alguna a mantener el riesgo de carencia a un nivel inferior al de hoy. La pantalla forestal tenía como resultado equilibrar el ciclo hidrológico, prolongar en verano y durante los años de sequía las reservas en los suelos, y mantener el caudal de las fuentes, contribuyendo con ello a una regularidad mayor en el rendimiento de las cosechas y de la ganadería y, como consecuencia, al crecimiento demográfico de las comunidades. También el bosque ofrecía un importante interés en otros campos. Conservaba las laderas, incluso las más abruptas, y limitaba las consecuencias morfológicas de las sacudidas sísmicas, dramáticas con frecuencia, en aquellas condiciones, al pie de los grandes escarpes (derrumbes de acantilados, deslizamiento de bloques o de tierras). Moderaba la violencia de las crecidas otoñales de los ríos, con lo que disminuían los riesgos de destrucción en las numerosas aldeas situadas en sus orillas, así como en los conos de piedemonte en la desembocadura de las ramblas de la montaña.

Un último resultado de la mejora climática interglaciar en el paisaje es la extensión de los espacios sumergidos, tanto bajo las aguas lacustres mejor alimentadas como bajo las aguas marinas durante la transgresión; su conjunto constituía una importante reserva de recursos alimentarios, pero era también un punto de riesgo para las poblaciones instaladas en las orillas, debido a sus fluctuaciones. Por lo que se refiere a los lagos, disponemos de poca información sobre las variaciones de su nivel. Dependía del resultado final producido por la evaporación directa, las precipitaciones y una evapotranspiración bajo el bosque también aumentadas. En Filipos, el nivel del lago parece haber sido en esta época muy alto: los depósitos contemporáneos de turba negra homogénea están casi siempre asociados con conchas de especies de agua dulce, y estas condiciones continuaron hasta aproximadamente el 4000 a. de C. En Dikili Tash, en la orilla oriental, este sedimento se extiende hasta el mismo pie del *tell,* que fue ocupado a partir del neolítico medio (7000-5900 a. de C.): la población vive en la inmediata proximidad del agua, cuando no rodeada de ella.

La rápida ascensión del nivel marino impuso por sí misma modificaciones de gran importancia en el espacio egeo. Esas modificaciones, unidas al aumento general de temperaturas que fundía la nieve y el hielo de las altitudes medias y altas, fueron muy rápidas. En el punto máximo del período glaciar, el nivel se situaba entre 100 y 120 m por debajo del nivel actual. Hacia 11 000 BP, después de una última pulsación fría, probablemente había ya llegado alrededor de 60 m. Hacia 7500 BP estaba solamente a unos veinte metros del nivel actual. Según J. Kraft *et alia* [33], el nivel subió al mismo ritmo hasta los 6000-5000 BP, e incluso podía haber superado el nivel actual. Estas cifras no son más que aproximativas: ya que no pueden excluirse determinados movimientos verticales en los sectores en los que se han efectuado sondeos para proporcionar dichas dataciones. Sea como fuere, en el transcurso de unos pocos milenios, la línea de costa volvió rápidamente más atrás de las plataformas descubiertas anteriormente. Sigue hasta muy lejos hacia el interior de las tierras, en todos los sectores que la tectónica había hundido antes, y configura muchas profundas bahías. Sin embargo, más o menos rápidamente, la nueva configuración de la cuenca ya no podía explicarse sólo por la transgresión eustática.

Sufrió, lógicamente, el efecto de los movimientos tectónicos, que continuaban levantando algunas partes de la corteza terrestre a varios metros de altitud, como ocurre en la Creta occidental o en la región de Atalanti, en la Lócrida; o bien, las hundían en otros lugares, acentuando con ello los entrantes y salientes de las costas, como en el golfo de Salónica (Termaica). Dichos entrantes se convirtieron en el escenario de la rivalidad entre los distintos sedimentos fluviales arrancados de las laderas por la erosión y

los sedimentos transportados anteriormente hasta el límite externo de las plataformas, modificados por el mar en los momentos en que la costa avanzaba o retrocedía. Se formaron gruesos prismas sedimentarios de origen continental, cada vez de más grosor, con frecuencia asomando en forma de deltas, y su frente se adelantó hacia el mar, mientras que en el interior se formaban llanuras de nivel de base, salpicadas de lagunas, de marismas más tarde y finalmente completamente desecadas. Las etapas de formación de dichos prismas son esencialmente un reflejo de los acontecimientos que ocurrieron en las laderas del antepaís. La erosión fue intensa en las primeras épocas del aumento de temperaturas, antes de que el desarrollo de los bosques impidiera los aportes de materiales groseros durante los milenios de *optimum* climático, de manera más o menos eficaz según las variaciones del clima. Las ulteriores modificaciones del medio, bajo la doble influencia de las débiles modificaciones climáticas y de la explotación agrícola, aceleraron nuevamente la erosión de las laderas. En este momento la colmatación de los fondos de las bahías se convirtió en un fenómeno muy general en todo el ámbito egeo e incidió en las poblaciones costeras.

Por ejemplo, en la bahía de Pilos (Navarino), la colmatación se inicia hacia el 9500 BP, en un medio aún seco, y en su parte más importante se realiza durante los cuatro milenios siguientes, con cambios de ritmo que reflejan las modificaciones del manto vegetal de paisajes dominados por los arbustos mediterráneos y el pino, excepto durante un corto período (8700-7500 BP), en el cual aumentan los árboles de hoja caduca y la sedimentación disminuye claramente. La relativa poca aportación de aluviones en la bahía durante períodos más tardíos parece tener su explicación en las importantes modificaciones de la red hidrográfica. En el límite opuesto del ámbito, el valle del pequeño Menderes, el de Troya, fue invadido por el mar en forma de ría poco después del 10 000 BP. El relleno por las arenas y arcillas marinas estaba ya en su mitad hacia el 7000 BP. A partir de esta fecha los aportes fluviales, los depósitos pantanosos y las arenas marinas colmatan progresivamente la ría, en una profundidad de 15 km. Hacia el 4500 BP, los primeros hábitat son aún litorales, a la orilla de un estuario con sedimentación arenosa y pantanosa. Más tarde, el antiguo valle fue remodelado por la erosión fluvial y se convirtió en llanura de nivel de base.

En un contexto morfoclimático muy distinto, el lago-laguna de Yanitsa, apéndice del golfo de Salónica (Termaica), ofrece también un caso de rivalidad entre las influencias lacustres y las marinas. El sondeo de Yanitsa muestra, efectivamente, la existencia de un golfo marino aún muy abierto, en el cual las orillas están ya ocupadas (Nea Nikomedia, desde antes del 7500 BP). La región se cubre entonces de un bosque de hojas caducas, alisos, sauces, avellanos, al que se añaden algunos lentiscos en el piedemonte del Vermion. Luego recula la influencia marina, y se hace intermitente, mientras que se desarrollan en la llanura las marismas, y el bosque

permanece inmutable en las alturas próximas. Más allá del 6500 BP se prolonga una última invasión de agua salada, antes del definitivo establecimiento de un medio lacustre-pantanoso. Estas eventualidades del medio físico tuvieron que afectar a las poblaciones de Nea Nikomedia, como a todas las demás de la misma época, instaladas en lugares parecidos, en los entrantes de la costa egea.

Las primeras sociedades sedentarias

Si nos remontamos hasta estos milenios cruciales, en lo cuales sucediendo a los hombres del paleolítico y del mesolítico, se localizan las primeras sociedades neolíticas del Egeo, debemos situarnos en un mundo excepcional en todos los sentidos, un mundo de tierras e islas vírgenes cubiertas por completo de bosques, excepto en estrechas franjas, orillas marinas y lacustres, lechos principales de los ríos. Desde este momento, la evolución del paisaje ofrece un campo de interferencias complejas, en el que intervienen los caracteres propios de los medios forestales regionales y el peso desigual de las comunidades repartidas en el ámbito egeo. Estas comunidades aún poco numerosas y con pocas herramientas deben enfrentarse y aprovecharse de un ámbito forestal cuyos recursos están todavía intactos (caza; especies vegetales interesantes por sus frutos, sus semillas, su facilidad de adaptación del suelo; suelos ricos y fáciles de trabajar...). Pero estos recursos, así como la resistencia del bosque a la roturación y su aptitud para reconstituirse después de la tala son, como hemos ya visto, variables en el espacio. De hecho, las primeras manifestaciones importantes de la evolución del paisaje forestal original se sitúan en períodos muy separados en el tiempo, de una región a otra.

En la Macedonia oriental, por ejemplo, las sociedades neolíticas están datadas hacia 5900-4800 a. de C. Sin embargo, hay que esperar al bronce antiguo para observar un cambio significativo del manto vegetal, con debilitación del bosque de encinas, el claro desarrollo de los brezos y la probable aparición de la vegetación de matorral mediterráneo. Puesto que en el mismo momento se observa el desarrollo del haya, indicador prácticamente cierto de una humedad atmosférica más importante, hay que llegar a la conclusión de que la degradación del encinar o robledal no puede ser más que el resultado del desarrollo de la agricultura. ¿El aumento de humedad no habría sido, por sí mismo, un factor favorable a este desarrollo? Es posible también que el haya se hubiera aprovechado de las aberturas realizadas en el manto forestal por agricultores y pastores. Sin embargo, no se encuentran huellas verdaderamente claras de actividades agrícolas hasta el medio o el final de la edad del bronce, momento en el cual el paisaje deja un lugar al olivo domesticado, el cual está aquí en el límite de su área.

Desaparece luego para ceder su puesto, al final del período, a un bosque de encinas y al matorral. Vuelve a aparecer más adelante y no se mueve ya durante el primer milenio a. de C. Así pues, lo que caracteriza al paisaje de la región es su inercia, que perdura frente a la agricultura neolítica. Dicha inercia nos lleva a relativizar lo que puede decirse sobre la eficacia de las técnicas neolíticas, así como de la importancia demográfica o de la estabilidad de las comunidades.

Siempre en el Egeo septentrional, cerca de Yanitsa, fuera del área del olivo, el establecimiento de Nea Nikomedia ofrece, desde los inicios del VI milenio a. de C., una primera fase de ocupación con huellas de ganadería y agricultura (trigo, cebada, lentejas, guisantes), en paisajes ocupados por el robledal mixto en el cual las marismas son importantes. Esta fase se interrumpe debido a un período de cambios cuyos efectos se perciben en toda la región (Serbia, Tesalia). En las cuencas interiores, más elevadas (Vegoritis), en las que se encuentra en aumento el haya, como también se observa en Filipos hacia el 4000 BP, la influencia de la agricultura se manifiesta también en la misma época con la retirada del bosque, el aumento de la artemisa y la aparición de los cereales. Más adelante se observa un claro retroceso de las coníferas, y el desarrollo de espacios denudados, herbáceos, y del matorral con roble coccífero (carrasco). Sin embargo, los espacios abiertos representan una parte muy pequeña del conjunto. Se comprende que para los griegos de la época histórica, la Grecia del norte constituyera un campo providencial para aprovisionarse de madera para la construcción. El bosque estaba entonces prácticamente intacto y seguiría siendo de gran importancia hasta la Edad Media.

En la Grecia central y meridional, la evolución parece haber sido muy distinta. Alrededor del lago Kopais, la degradación de un bosque mucho más abierto ya desde su origen, es mucho más precoz. El manto vegetal está dominado por especies arbustivas mucho antes de la aparición del olivo en el paisaje; también aquí en dos períodos distintos separados por siglos oscuros. En el Epiro meridional, en el bosque mixto de carrascos y robles cerrioides, dominante entre el 6000 y el 5000 BP, se observan las huellas de los agricultores que aparecen con el aumento de zonas abiertas en las que crece la artemisa. Esta fase es anterior a la capa de ceniza que puede ser atribuida, o bien a la erupción del Vesubio el 79 d. de C. o, con más probabilidad, a la de Zira (*infra*, p. 272). Las influencias antrópicas parecen atenuarse entonces, en dos fases sucesivas, separadas por una fase de retroceso de los árboles, correspondiente al período clásico, antes de la degradación final. Ya hemos visto que en Creta, desde el VIII milenio BP, el encinar mediterráneo retrocedió ante una formación muy abierta de especies herbáceas numerosas, antes de volver a ganar terreno hacia 7300 BP, para dejar definitivamente paso a una formación que carece prácticamente de arbolado importante.

Por consiguiente, debemos recordar, para la parte meridional de la cuenca del Egeo en el II milenio a. de C., la idea de laderas denudadas en gran parte debido a la manifiesta influencia de las actividades agrícolas, cultivos y ganadería. Los frescos de Akrotiri en Zira, enterrados bajo las cenizas de la explosión, pertenecen al mismo período (*infra*, p. 243). En uno de los más interesantes para el geógrafo figura una ciudad construida en una orilla, en un paisaje dominado por laderas por donde pasta el ganado, con sus pastores, y donde quedan solamente, en la altura, algunos raros bosquecillos por los que corren animales salvajes. En realidad, esta representación, desde luego realizada por un artista de un paisaje difícil de localizar, parece estar extraordinariamente de acuerdo con la realidad del paisaje de aquella región. ¿Simple coincidencia o efectiva integración de un escenario observado con exactitud? Cualquiera que sea la respuesta, podemos estar seguros de que la parte central, vital, del ámbito egeo ha creado ya, en función de sus posibilidades técnicas y de sus capacidades de organización, lo que se ha dado en llamar «un mundo pleno». Ha consumido una gran parte de los recursos ecológicos elaborados durante el período forestal anterior y modelado paisajes que tienen ya muy poco que ver con los de los primeros milenios del interglaciar.

B. *EL MARCO CRONOLÓGICO*

Los cuadros I y II proporcionan una idea general del marco cronológico en el cual se inscriben los períodos, las épocas y las fases de los que se tratará en esta obra. En los capítulos correspondientes se hallará la detallada justificación de las opiniones aceptadas, pero debemos confesar que un cierto escepticismo sobre los métodos utilizados generalmente para llegar a los sincronismos usuales o para interpretar las dataciones mediante el C 14 nos ha llevado a presentar en estos cuadros, especialmente para las épocas más antiguas, un contenido relativamente esquemático. Cualquier otra solución habría, a nuestro modo de ver, creado ilusiones.

La cronología absoluta plantea, como es de suponer, muchos más problemas que la cronología relativa. Las fechas que proponemos aquí y en los textos ulteriores deben ser consideradas, de manera absoluta, solamente como indicativos y utilizadas por convencionalismo. Además son susceptibles de revisión como lo indican los dos ejemplos siguientes:

a) *La fecha de la erupción de Zira* (*infra,* p. 272). En términos de cronología relativa, la erupción de Zira se sitúa en la transición MR I A/HR I-MR I B/HR II A y las cronologías comparativas tradicionales sitúan esta transición alrededor del 1500 a. de C. Sin embargo, una serie de dataciones mediante el C14 dan un resultado medio de 3290 ± 74 BP, o sea, según los sistemas de corrección:

entre 1680 y 1600 (con una probabilidad del 68 %)
1710 y 1570 (con una probabilidad del 95 %)
o entre 1620 y 1525 (con una probabilidad del 68 %)
1670 y 1520 (con una probabilidad del 95 %).

Además, las observaciones dendrocronológicas llevan a la fecha de 1628-1626 y los testigos de los sondeos tomados en Groenlandia indican un depósito de cenizas volcánicas hacia 1644 ± 20 a. de C. Todos estos elementos permitirían situar la erupción de Zira en la tercera cuarta parte del siglo XVII y remontar el principio del MR I hacia 1650, incluso hasta 1700 [41; *contra* 48; *infra,* p. 277].

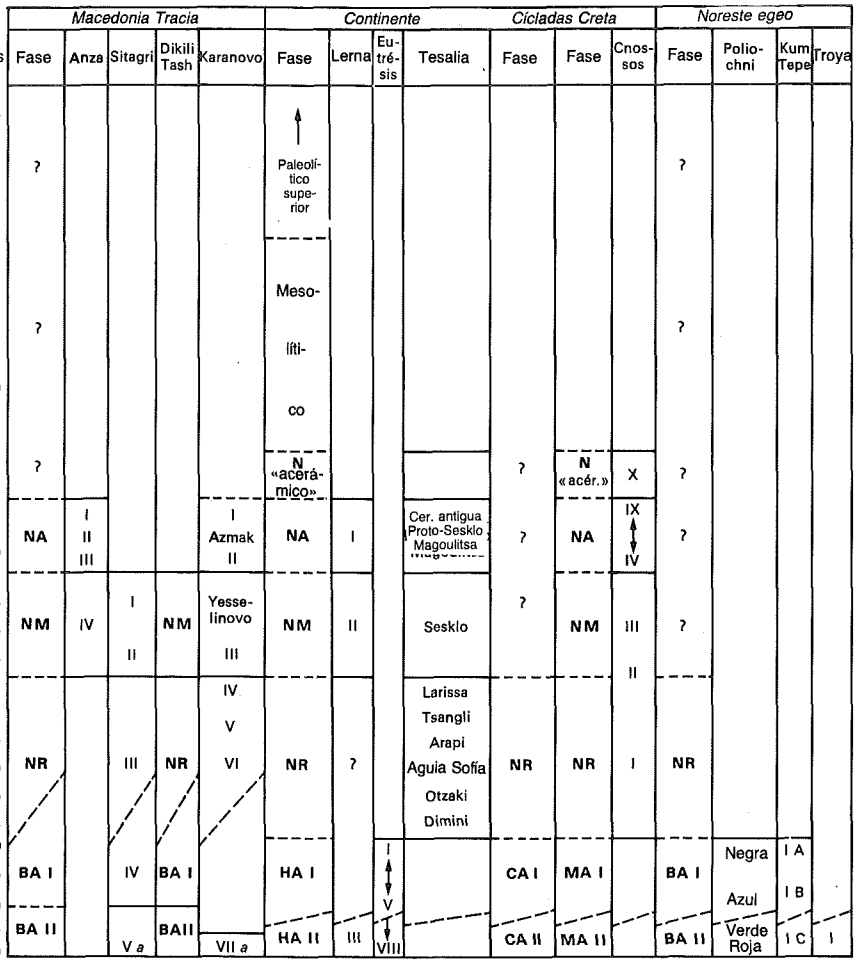


Tabla cronológica I: El neolítico y el inicio de la edad del bronce.

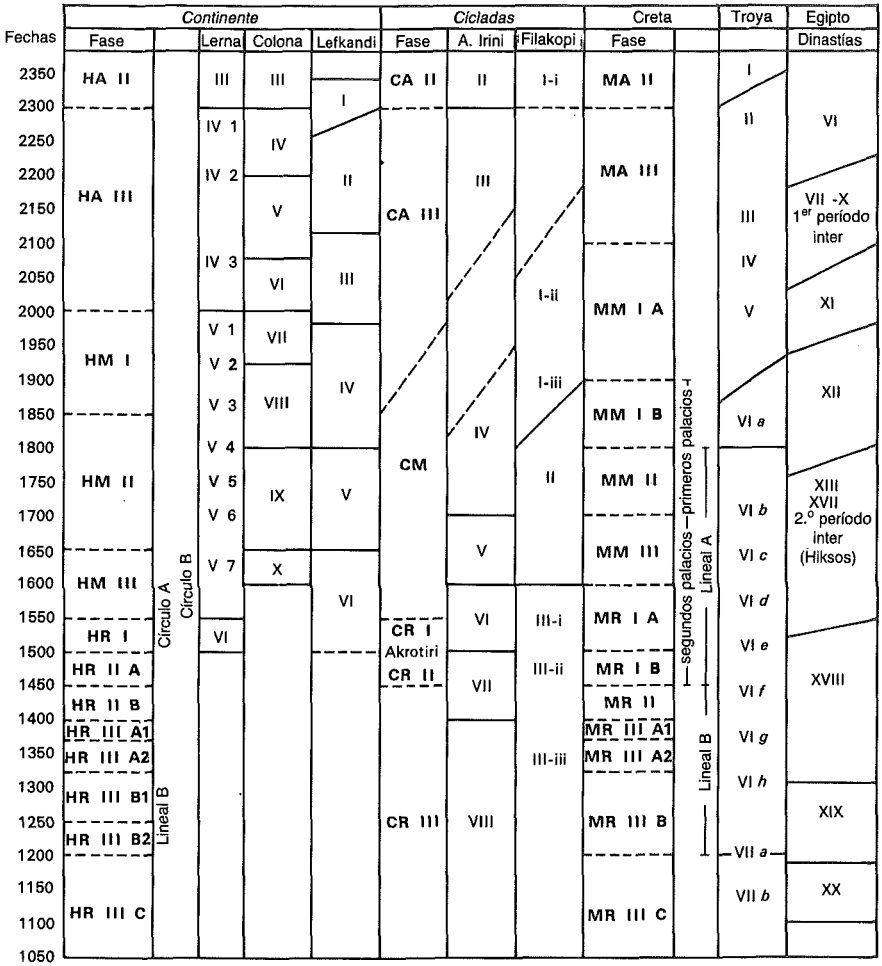


Tabla cronológica II: La edad del bronce.

b) *La cronología egipcia absoluta.* Si bien parece que actualmente se está prácticamente de acuerdo sobre las fechas egipcias posteriores a la subida al trono de Tutmés III (1479), continúan existiendo marcadas diferencias para el inicio de la XVIII dinastía (1550, 1539, incluso 1530) y aún más para el Imperio Medio (principio de la XII dinastía en 1979 o 1937) y para el primer período intermediario. Las fechas absolutas que indicamos (cronología alta de Kitchen, K., *in* 39, pp. 37-55) son, pues, susceptibles de revisión.

c) *La posición de la fase HR/MR III A2 en relación con la cronología egipcia.* Tradicionalmente el HR III A2 está situado entre 1375 y 1325 por la presencia de cerámica de estilo HR III A2 en Tell el-Amarna, capital efímera de Egipto durante el reinado de Amenofis IV-Akenatón (1352-1336) y durante los primeros años del reinado de Tutankamon (1336-1327). Pero algunos fragmentos de estilo HR III B hallados en Amarna pueden hacer suponer que, o bien este estilo había ya comenzado en Grecia antes de que Tutankamon abandonara Amarna, o bien que la ocupación de Amarna continuó después de la marcha de la corte. En la primera hipótesis, el principio del HR III B podría adelantarse en algunos años. En la segunda, el sincronismo entre el estilo HR III A2 y la época de Amarna perdería una gran parte de su valor.

LIBRO PRIMERO

EL NEOLÍTICO Y EL BRONCE ANTIGUO

CAPÍTULO PRIMERO

El neolítico

Las fuentes

Todos los documentos de los que disponemos para recorrer las fases más antiguas de la ocupación humana en el mundo egeo y balcánico son documentos arqueológicos. Procedentes de prospecciones, excavaciones y, sobre todo, de la pequeña parte de ellas que se han publicado, teniendo en cuenta la cantidad inmensa que se han realizado, dichos documentos suponen una interpretación de parte del arqueólogo y del historiador. Pero esta interpretación, hay que insistir sobre ello, no puede ser más que parcial y parcialmente exacta. La falta de textos, efectivamente, deja el campo libre a todas las hipótesis, de las más razonables a las más fantásticas, y a medida que vayamos avanzando se verá por qué medios, siempre insuficientes, se puede tratar de corregir esta situación.

Hay que tener en cuenta, además, que los documentos arqueológicos están muy desigualmente repartidos. Primeramente en el tiempo: los que se refieren al paleolítico son muy raros, los que se refieren a las primeras fases del neolítico son también poco frecuentes, y los que se refieren al neolítico reciente son numerosos. Pero este desequilibrio es también geográfico: en el neolítico, regiones como Creta, Argólida y, sobre todo, Macedonia, Tracia y Tesalia, proporcionan lo esencial de la documentación disponible. Hay que añadir a ello aún un desequilibrio temático, mientras que las demás son poco o mal conocidas. Para el paleolítico y el neolítico la inmensa mayoría de los emplazamientos conocidos son emplazamientos de habitación y se conocen muy pocas tumbas.

La ocupación humana en el mundo egeo y balcánico empieza probablemente en el paleolítico inferior; pero, por el momento, no se pueden atribuir a este período más que hallazgos de superficie, los hallazgos muy discutidos de la cueva de Petralona en Calcídica y los niveles inferiores de la cueva de Yarimburgaz en la Tracia oriental (fig. 4). En el paleolítico medio (44 000-35 000 BP), por el contrario, la ocupación en Tesalia está bien establecida y, sobre todo, en Élida y Epiro. En el paleolítico superior (26 000-10 000 BP) se conocen los hábitat en las mismas regiones y en Argólida (Franchti), probablemente también en el Magno, en las islas Jónicas y en Eubea; la glaciación del Würm provocó la formación de glaciares en el Pindo, al tiempo que el mar sufría una gran regresión, unos cien metros por debajo del nivel actual. Esto hizo que aparecieran numerosos puentes naturales; después de varias oscilaciones el fin del período se caracteriza por un clima muy frío y seco que provoca una nueva extensión de la estepa y un retroceso del bosque.

Las pocas excavaciones y el limitado número de establecimientos conocidos nos impiden bosquejar un cuadro preciso del modo de vida de los pueblos paleolíticos. El seminomadismo que domina en otros lugares puede estar aquí reemplazado por la transhumancia estacional. Las cuevas y los refugios en el roquedo, a veces preparados, no son desde luego los únicos lugares ocupados: los hábitat al aire libre son numerosos desde el paleolítico medio. Las costumbres funerarias solamente se conocen por la cueva de Apidima, en el Magno, donde fue enterrada una mujer en una cavidad de la roca en posición agazapada, con un lote de instrumentos de hueso como mobiliario.

La alimentación se basa en la recolección y la caza. La primera se refiere a los cereales silvestres, como la avena y la cebada, las leguminosas, como las lentejas y las arvejas, y frutos como el pistacho y la almendra. Los animales de caza son, en primer término, los cérvidos (ciervo, gamo, corzo, antílope saiga) y la liebre; luego la cabra montés, sobre todo en el sur, el caballo salvaje, el buey salvaje y el jabalí, pero también los pájaros. También se practican la pesca y la recolección de mariscos. Los instrumentos líticos sólo se consideran atípicos porque han sido poco estudiados y no se integran fácilmente a las tipologías de Europa occidental. Los del paleolítico medio comprenden de todas formas, primeramente un musteriense clásico, en el que dominan las puntas y raederas, y en el que se ha realizado la técnica Levallois, y luego un «micro-musteriense», en el cual el utillaje es más numeroso y más pequeño. En el paleolítico superior las raederas y las hojitas de dorso afiladas son corrientes, pero los punzones y buriles son aún raros. Se habla de analogías confusas con el gravetiense de la Europa occidental; una facies más reciente ha aparecido en el Epiro y Franchti con

Fig. 4. El mundo del Egeo en el paleolítico.

microlitos y microburiles. El utillaje de hueso parece pobre. Los adornos son conocidos por algunos colgantes con dientes de ciervo. La presencia de obsidiana de Melos en Franchti demuestra que ya se navegaba, quizá desde el XI milenio.

El mesolítico

El carácter sospechoso de algunos hallazgos, en Tesalia y Kitnos, pudo plantear dudas, durante un tiempo, sobre la ocupación humana en esta época. Los hallazgos de Sidari en Corfú y las excavaciones de Franchti garantizan hoy su realidad y proporcionan algunas indicaciones sobre la evolución de las formas de vida. Durante las dos fases que parecen poderse distinguir y que corresponden respectivamente al X y al IX milenio BP, la importancia de la pesca parece aumentar, acompañada siempre de la caza, mientras que algunas indicaciones podrían hacernos pensar ya en los trabajos agrícolas. El utillaje, que en un primer momento comprende, sobre todo, láminas de dorso redondeado, denticulados y raederas pequeñas, se caracteriza más adelante por un retorno al microlitismo. La presencia de obsidiana de Melos atestigua, ya claramente, que se practicaba la navegación como en el resto de Europa.

A. *LOS ASPECTOS REGIONALES Y LA SECUENCIA CRONOLÓGICA*

Disponemos para el neolítico de secuencias estratigráficas relativamente sólidas en Creta (Cnosos), en Argólida (Franchti, Lerna), en Tesalia y en Tracia (Sitagri, Dikili Tash, Karanovo).

I. La «neolitización» y el neolítico «acerámico»

El problema

El contraste parece muy grande entre lo que se comprueba en el Próximo Oriente y lo que se observa en los Balcanes. En el Próximo Oriente, en efecto, los recientes trabajos demuestran la falta de adecuación de la expresión «revolución neolítica», que fue propuesta antaño por Childe. Hoy se imagina mejor un proceso lento y progresivo, cuyas distintas etapas se desarrollaron primeramente, desde el X a VI milenio, en el «Creciente Fértil»: se crearon las primeras aldeas, luego se domesticaron las plantas y animales, y más tarde aparecieron nuevas técnicas como la piedra pulida

y la cerámica. Por el contrario, en el Egeo y en los Balcanes, como ocurre por lo demás en el resto de Europa, no se conoce ningún establecimiento que corresponda a dichas fases de transición. Desde la instalación de las primeras aldeas, los grupos humanos parecen estar ya en posesión de las adquisiciones características del neolítico: sedentarización en pueblos, economía de subsistencia, técnicas de la piedra pulida y de la cerámica. Teniendo en cuenta que estas adquisiciones se sitúan en fechas posteriores a las obtenidas en el Próximo Oriente, tenemos tendencia a deducir que son originales de allí, de donde se difundieron por los pueblos que de allí procedían y que se instalaron en un primer momento en Tesalia y las regiones vecinas.[1]

Los datos

Los primeros hábitat neolíticos del mundo egeo y balcánico ofrecen, sin embargo, rasgos originales. Están bien instalados, como los del Próximo Oriente, en la bisagra de varios medios diferentes, lo que permiten explotarlos mejor, gracias a una economía en vías de diversificación; en este caso, la proximidad del agua y, en muchas regiones, la extensión del bosque tienen el papel determinante. Sus dimensiones aumentan en ciertos casos, pero en otros disminuyen y con frecuencia permanecen estables y muy modestos durante todo el neolítico. Pero el hecho nuevo aquí es la aparición, al lado de las chozas y cabañas heredadas del pasado, de verdaderas casas «duras», construidas con adobes o ladrillos sin cocer, según las regiones. Desde este momento estas poblaciones se dedican a la agricultura y a la ganadería. Mientras que sus antecesores no conocían más que los cereales silvestres y utilizaban sus hoces para otras cosas, ellos, en cambio, cultivan ya el trigo y algunas leguminosas. De igual manera, donde sus antecesores se limitaban a la caza, ellos introducen ahora la domesticación del borrego y la cabra, del buey y el cerdo. Conocen la utilización del barro cocido pero no sabemos en qué preciso momento extienden su conocimiento a la alfarería: durante los años de la década de los sesenta se había admitido que esto no se realizaba hasta después de una fase llamada «acerámica», es decir, en el neolítico antiguo propiamente dicho; pero recientemente se ha observado que los niveles supuestamente «acerámicos» contenían ya algo de cerámica. El hecho es que esta cerámica no expresa una etapa de titubeos y contiene ya todos los caracteres típicos del neolítico.

1. Pero la antropología física no puede, en manera alguna, ofrecernos esta prueba: la noción de tipos humanos, utilizada durante mucho tiempo en este campo, no tiene ya sentido después de los recientes progresos de la biología, especialmente en genética de los pueblos: *cf.*, por ejemplo, RUFFIÉ, J.: *De la biologie à la culture*, París, 1976, pp. 375-418.

La interpretación cronológica y la cronología

Algunos fenómenos de difusión partiendo del Próximo Oriente, con o sin desplazamiento humano, o también sencillamente de relación, pueden explicar probablemente la aparición de las construcciones con ladrillos en la mayor parte del ámbito del Egeo. Se trata, efectivamente, de una técnica de tipo oriental y, más precisamente, para la variante que contiene un basamento, del levante de Anatolia. Lo mismo puede decirse de la introducción del barro cocido para fabricar recipientes en todos los Balcanes; de la introducción de algunos cereales cultivados (¿el almidonero, el trigo blando?) que aparentemente no tienen en Europa antepasados silvestres; del cordero y la cabra domésticos, con los que parece que ocurre lo mismo. En cambio, otros rasgos, como la utilización del adobe en Macedonia y en los Balcanes, así como la existencia de tipos de habitaciones muy sencillas en las mismas regiones, no pueden explicarse por difusión a partir del Próximo Oriente. Lo mismo debe ocurrir probablemente con la presencia de algunas especies cultivadas (¿el trigo caucásico y la cebada?), así como la cría del buey y del cerdo, cuyos antepasados salvajes se encuentran aún en Europa y pudieron haberse domesticado allí mismo. Se pueden deducir con ello dos tipos de soluciones: o bien una evolución local, o bien una evolución a partir de la Europa central u oriental.

Las pocas dataciones de que disponemos para los niveles «acerámicos» dan unos resultados comprendidos entre el 8000 y el 7500 BP, lo que corresponde, quizás, a fechas situadas entre el 6900 y 6400 a. de C. A veces se consideran excesivamente altas, especialmente por los partidarios de una «neolitización» de los Balcanes por difusión partiendo del Próximo Oriente.

2. El neolítico antiguo y medio

La distinción entre estas dos fases se basa exclusivamente en la cerámica.

El NA: definición estratigráfica y cronología

En Creta (Cnosos), la fase se caracteriza por el predominio de los dibujos incisos y sobre todo punteados, incrustados en blanco o rojo, y por la presencia de grandes fuentes rectangulares (NA II); las decoraciones acanaladas que serán tan corrientes en el NM aparecerán al final del período. En el Peloponeso (Lerna, Franchti, Nemea, Corinto), se halla una cerámica flameada, llamada de «arco iris» que no tiene dibujos pintados en rojo hasta el final de la fase. Las formas características son tazones hemisféricos con perfil en U. En la Grecia central se hallan decoradas con pinturas, blancas

(Nea Makri) o rojas (Dracmani-Elatea). En Tesalia (Prodromos, Aquileon, Otzaki) y en el sur de la Macedonia central (Nea Nikomedia), una primera fase, llamada cerámico antiguo, no produce más que una cerámica sin decorar, mientras que la fase siguiente, llamada Proto-Sesklo, se caracteriza por dibujos pintados en rojo o en blanco (figs. 9*a-b*); los tipos de tazones son análogos a los del Peloponeso. La decoración en negro obtenida por el cocido diferencial *(black-topped)* no aparece más que en Prodromos. Hacia el final del período domina la cerámica impresa, primeramente en forma de incisiones con la uña (*impresso ware* de la fase Magulitsa antiguo); luego aparecen las líneas de puntos obtenidas gracias a un peine o una concha (*cardium ware* de la fase Magulitsa reciente y cerámicas «cardiales», que se encuentran en Macedonia y en el Epiro, así como alrededor del Adriático y del Mediterráneo occidental). En el norte de la Macedonia central, que pertenece al área de civilización de Starčevo, la fase se caracteriza por decoraciones pintadas primeramente en blanco sobre rojo (Anza I); luego, en ocre sobre rojo (Anza I y III). También son característicos los cuencos de formas casi cerradas. En la Bulgaria occidental se encuentran primeramente decorados pintados en negro y en rojo y más adelante también en blanco. En la Tracia septentrional (figs. 8*d-e*), aparecen primero el decorado blanco sobre ocre o rojo, así como los cuencos casi cerrados y los grandes vasos (fases Karanovo I y Azmak), y más adelante los decorados acanalados (Karanovo II). Las dataciones conocidas dan resultados agrupados principalmente entre 7700 y 6900 BP que pueden corresponder a fechas comprendidas entre 6600 y 5800 a. de C. después de la corrección.

El NM: definición estratigráfica y cronología

En Creta (Cnosos) siguen predominando los decorados incisos pero disminuye el punteado. El decorado acanalado, típico de este período, cubre el exterior de los vasos. También son característicos los vasos ahusados y los cuencos hemisféricos. En el Peloponeso (Asea, Lerna, Franchti), la cerámica con *Urfinis*,[2] caracterizada por una superficie oscura y brillante, de aspecto metálico, reviste con frecuencia formas biconvexas. Sus decorados, en relieve, son frecuentes al principio del período; más adelante, hacia el final del mismo, aparecen decorados lisos.[3] En la Grecia central (Dracmani-Elatea, Queronea), donde se encuentran también formas biconvexas, los decorados pintados son rojos sobre fondo claro o, menos frecuentemente, en negro sobre fondo rojo (figs. 9*d-e*). También se encuentran decorados

2. No debe ser confundida con la del BA II que lleva el mismo nombre: *infra*, p. 98.

3. Por ello se entiende los decorados obtenidos por alisamiento diferencial: las zonas alisadas se destacan por su brillante y oscuro aspecto sobre el fondo mate y más claro.

lisos. En Tesalia, la decoración en rojo u ocre, con frecuencia en sentido oblicuo, es lo más frecuente (fig. 9*f*). La cerámica con decoración en blanco y la pintada en gris oscuro, más tardías, son menos frecuentes. Los decorados con revestimiento y motivos en rojo se presentan con diversas variaciones locales (Lianokladi, Tsangli, Tsapocha). En el norte de la Macedonia central (Anza IV), las formas biconvexas y la pintura se mantienen en la tradición del NA, pero también se hallan actualmente vasos de borde negro. En la Macedonia oriental (Sitagri I-II; Dikili Tash) y en Tracia meridional (Paradimi) aparecen decorados pintados en ocre, lineales (fig. 8*f*) y con acanaladuras, que trazan zigzagues o espirales, en jarras bicónicas o doblemente piriformes, características del período. También se encuentran con frecuencia los vasos de borde negro. En la Tracia septentrional (Veselinovo, Karanovo III), se encuentra sobre todo cerámica con decorados incisos: son típicos de este período los cuencos biconvexos, las jarras piriformes y los altos vasos. Finalmente, el NM de Tracia se caracteriza por las asas con espolón.

Las dataciones, que van multiplicándose, nos proporcionan cifras comprendidas entre 7000 y 5900 BP, o sea, probablemente entre 5900 y 4800 a. de C. Dichos resultados se consideran con frecuencia como excesivamente altos y difíciles de conciliar con las fechas tradicionales. Lo mismo ocurrirá con el siguiente período (*infra*, p. 62)

3. El neolítico reciente (calcolítico)

Este período, el más conocido, es el que contemplará, desde el punto de vista de las técnicas, la aparición de la verdadera metalurgia junto a la utilización de metales nativos.

La cuestión de la terminología

El período que precede al principio de la edad del bronce se llama calcolítico en el Próximo Oriente y en Anatolia. En los Balcanes y en la Europa central se habla de eneolítico, de calcolítico o de edad del cobre, a veces de eneolítico (o calcolítico) y de edad del cobre. En Grecia, a pesar de que a veces se haya hablado de edad del cobre, la expresión consagrada es la de *neolítico reciente*. Es también la que utilizaremos aquí, aunque por otras razones. Las expresiones *calcolítico, eneolítico* y *edad del cobre,* insisten en la importancia de la metalurgia y por consiguiente en los cambios de diversas índoles que se supone que provoca o que la acompañan. Ahora bien, nada nos demuestra que su aparición tuviera consecuencias notables ni que estuviera relacionada con otros cambios técnicos, económicos o so-

ciales. Más bien parece ocurrir lo contrario. Por ello parece preferible utilizar la expresión de *neolítico reciente* en tanto que subraya, sin imponer interpretación alguna, la continuidad, que por lo menos en apariencia, une este período a los anteriores.

La definición estratigráfica

En Creta (Cnosos, Festos) sigue dominando la cerámica con decorados incisos y punteados. Se observan también algunas pinturas en rojo, aplicadas después de la cocción. En el este del Egeo (Emporio VIII [?], Tigani III) predominan los decorados lisos, como también ocurre en una parte, por lo menos, de la Anatolia occidental. En las Cícladas (Saliagos), el inicio del período por lo menos, se caracteriza por las pinturas en blanco. En el Peloponeso (Franchti, Prosimna, Gonia, Corinto) y en la Grecia central (Dracmani-Elatea) las pinturas son primeramente en blanco, y más adelante se realizan en ocre o negro mate y frecuentemente rebordeadas de gris o negro. Los dibujos lisos, con líneas oblicuas, son frecuentes y predominan claramente en Egina, en Ática (Ágora de Atenas, Kitsos, Torikos) y en Keos (Kefala). En Tesalia, la fase Larisa se caracteriza por los dibujos en blanco; las fases Tsangli y Arapi, por dibujos ocres mates, presentados frecuentemente en paneles, y muy a menudo, en la fase Arapi, un relleno rojo en los intervalos. Las jarras globulares y biconvexas son típicas de la fase Tsangli; los cuencos de forma abierta hacia los bordes, de la fase Arapi. Las fases de Aguia Sofía, de Otzaki y de Dimini «clásica» se definen por dibujos ocres o blancos, a menudo presentados en paneles, y por cuencos de boca cuadrada y por canjilones (figs. 9*g-h*). Al sur de la Macedonia occidental (Serbia) los dibujos pintados se realizan en un primer tiempo en gris oscuro; más tarde, en blanco, rojo y ocre. Al norte aparecen dibujos en capa roja y, sobre todo, dibujos con grafito. En la Macedonia oriental y en Tracia, las fases de Karanovo IV-Protomaritsa, Karanovo V-Maritsa y Karanovo VI-Gulmenitsa se caracterizan por el predominio, precisamente, de estos dibujos con grafito (fig. 8*h*) de formas bicónicas. Los dibujos pintados en negro sobre rojo (fig. 8*i*) aparecen en Calcídica, junto a los otros (Olinto) y también en Macedonia oriental (Amfípolis, Sitagri III, Dikili Tash); mientras que en la Bulgaria occidental predominan los dibujos pintados en rojo y las tazas de ancha abertura, con dos asas verticales. Los cuencos de abertura ancha y perfil redondeado y las bandas incisas rellenas de trazos interrumpidos muy juntos (fig. 8*g*) indican más bien las fases Karanovo IV y V; los cuencos exteriormente poligonales con la boca a veces cuadrada indican la fase Karanovo VI.

La cuestión del neolítico «final»

Renfrew propuso, hace ya tiempo, distinguir una fase terminal del NR y llamarla *neolítico «final»* [465, pp. 68-80]. En Creta estaría representada por la cerámica pintada en incrustaciones; en Grecia central, por la cerámica decorada alisada, y en Tesalia por las cerámicas llamadas de Larisa y de Rachmani. Otros arqueólogos se ocuparon más adelante de completar esta propuesta. Pero, aparte del hecho de no basarse en ningún argumento estratigráfico, tiene el defecto de reunir series cerámicas mezcladas y que no necesariamente son contemporáneas. Los decorados con incrustaciones de Creta son muy tardíos en el NR, pero aislados, mientras que los dibujos alisados del Ática son, por el contrario, muy frecuentes durante toda la segunda mitad del NR. La cerámica de Larisa, en cambio, se puede datar más bien en el inicio del período, pero la de Rachmani se asocia regularmente al bronce antiguo.

La cronología

En el este y el centro de la cuenca del Egeo, las dataciones del C 14 sitúan el inicio del período entre 6000 y 5800 BP, o sea, después de la corrección, 4900 y 4700 a. de C. y su final entre 5200 y 5000, o incluso 4700 BP, o sea, después de la corrección, 4100 y 3800 o incluso 3400 a. de C. En Macedonia, en Tracia y en los Balcanes, donde son mucho más numerosas, el principio del período puede situarse hacia 5800 BP, o sea, 4700 a. de C., y el final hacia 5600-5500 o incluso 5000 BP, o sea, 4500-5350 o 3900 a. de C. Todas estas fechas evidentemente son muy altas y difíciles de conciliar con aquellas —aproximadamente 4000-3000 a. de C.— a las que se llegaba anteriormente, mediante métodos más tradicionales. Pero no puede dejar de llamarnos la atención su coherencia, así como su concordancia con las dataciones obtenidas por termoluminiscencia.

B. *LA EVOLUCIÓN DE LA CIVILIZACIÓN*

1. El hábitat y la vivienda

El hábitat

Durante toda la época neolítica, la evolución del hábitat se caracteriza por la tendencia a agruparse y apretujarse que le confiere ya un carácter netamente mediterráneo, pero el tamaño de las aglomeraciones sigue siendo extremadamente modesto y sería excesivo considerarlas como verda-

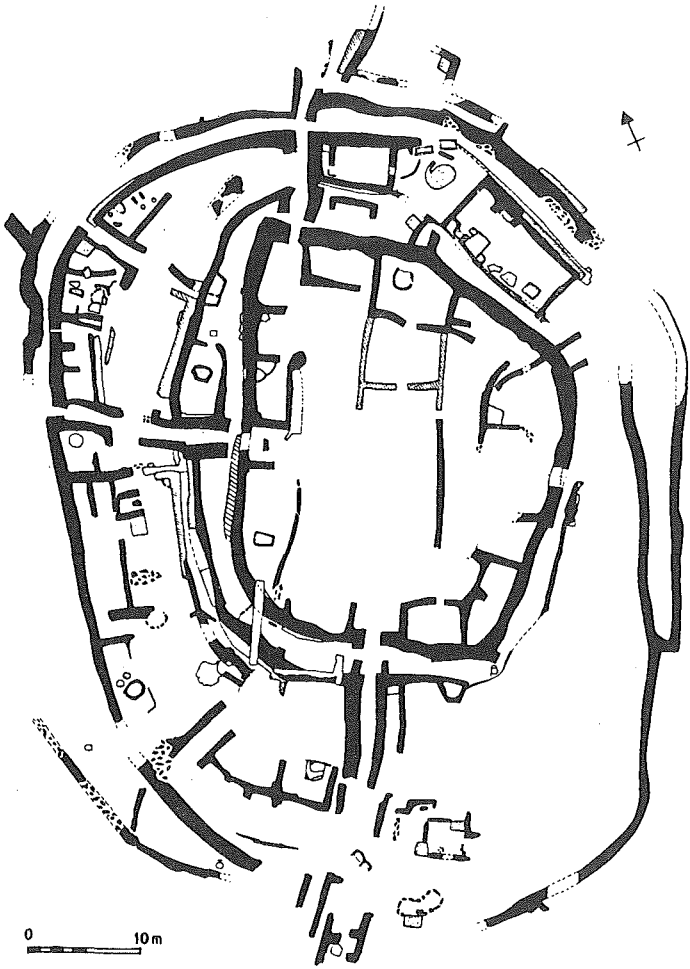


Fig. 5. La acrópolis de Dimini.

deras ciudades, aunque en algunos casos el haber adoptado una planificación regular pueda hacernos pensar en ello. En el NA el hombre se instala preferentemente cerca de una fuente o de un río (Argisa, Otzaki, Nea Nikomedia), a la orilla del mar (Lerna, Nea Makri), en general en zonas de llanura. Pero puede ocurrir también que elija una colina baja o una roca al borde de una llanura (Sesklo), un valle cerca de la costa (Cnosos) o una región de colinas (Aquileon, Eubea). En todas partes la proximidad de una buena tierra y la de un nacimiento de agua parecen ser sus elementos determinantes. Con frecuencia, explota los recursos de las marismas que se encuentran en las depresiones, cultiva las partes cercanas a la llanura, lleva a pastar sus rebaños y caza en las colinas y en los montes. Aldeas y pueblos pueden aparecer con las casas diseminadas como en Nea Nikomedia, donde las casas están separadas por intervalos de varios metros, o concentradas, como en Cnosos y Karanovo, donde tienen una orientación común y están separadas por calles. Su superficie no llega casi nunca a más de 4 o 5 hectáreas y, por lo tanto, es muy inferior a la alcanzada, en la misma época, por las aglomeraciones del Próximo Oriente y Anatolia.

En el NM muchos hábitat se mantienen en el mismo asentamiento, mientras que otros se instalan en otros análogos. Llanuras como la de Tesalia están, a partir de ahora, ocupadas de manera relativamente densa. Las más de las veces se trata de pueblos de habitaciones separadas, de una superficie de 8 a 10 hectáreas.[4] Sin embargo, en Otzaki las casas están agrupadas de dos en dos y las estrechas calles trazan una red ortogonal. En Jasatepe están yuxtapuestas en hileras rectilíneas. Por primera vez aparecen dispositivos de protección, fosos y, sobre todo, muros que las rodean (Dimini).

En el NR muchas aglomeraciones perduran en el mismo lugar, pero otras se instalan en nuevos asentamientos, con frecuencia al borde del mar, de un lago, de un estanque o de un río. Las nuevas construcciones adoptan frecuentemente una disposición apretada (Sesklo, Dimini) o por lo menos una disposición intermedia, como en los Balcanes. Las superficies siguen siendo de tamaño modesto si hemos de juzgar por las aglomeraciones del noreste de los Balcanes, donde son del orden de 0,2 hectáreas. Los dispositivos de protección pueden ser fosos, frecuentes desde Tesalia a los Balcanes, y a veces están reforzados por empalizadas o incluso verdaderos muros que las rodean. Así ocurre en Dimini, donde se construyeron seis muros concéntricos sucesivamente unidos por muros perpendiculares (fig. 5) mientras que en Sesklo se edificaron tres; sin embargo dichos ejemplos permanecen aislados, incluso en Tesalia.

4. Vasilika, en la Macedonia central parece ocupar una superficie de 30 hectáreas aproximadamente.

La construcción

Para construir su vivienda, el hombre neolítico utiliza ya materiales muy variados. Probablemente emplea pieles, tejidos y alfombras de paja tejida, aunque no se encuentre huella de ellas. Utiliza la madera, que algunas veces se conserva hasta nosotros (Prodromos II) y le sirve para múltiples usos. Las ramas sirven para construir el armazón ligero, para aguantar la cubierta, para armadura del muro, para los cimientos. Las cañas se utilizan en los tejados en terrado para aguantar la capa de tierra. La madera propiamente dicha interviene en forma de postes, de vigas, de piezas del armazón del tejado, como elementos de contrapeso en los muros, escuadrados con la azuela y el cincel; a veces se divide en tablones a pesar de la falta de sierra. Las especies utilizadas abarcan las maderas duras (castaño, roble, fresno, olmo...) y los resinosos (ciprés, enebro, pino...).

La piedra es siempre local y por consiguiente de naturaleza variable: con mucha frecuencia aparecen pizarras y calizas. Pero su utilización es limitada: cantos, cantos rodados y losas naturales que sirven para enlosar el suelo; mampuestos y losas se emplean a veces como ortostatos para proteger la base de un muro. De hecho, lo que más se emplea es la arcilla, además de la madera. Basta, efectivamente con añadirle un desengrasante, mojarla y mezclarla, para transformarla en tierra de construcción. Sirve entonces de mortero, de revoque y de material de cubierta. Así y todo, se utiliza más que nada para fabricar ladrillos, adobe y suelos. Los ladrillos, casi siempre paralelepípedos, se fabrican mediante un molde de madera, y luego se secan al sol. El adobe se lanza directamente sobre una armadura de ramas, se iguala rápidamente y luego se deja secar en el lugar de montaje. Finalmente, se utiliza la cal para fabricar revoques, a menudo blancos y algunas veces, rojos.

Las paredes de ladrillo se construyen normalmente sin cimientos, pero poseen un basamento de piedra de 40 a 60 cm de profundidad, construido por mampuestos unidos por mortero de tierra, al que se le incorporan frecuentemente piezas de madera, sobre todo longitudinales, que ayudan a fijar los muros. La técnica sin basamento, oriental y anatólica, solamente aparecen en Otzaki en el NA y en Dimitra en el NM. La parte de ladrillo está formada por hiladas regulares y reforzada a la vez por postes y por elementos de apeo. El conjunto del muro se reviste de un revoque de arcilla y luego una capa de cal mucho más fina, y finalmente de un enjabelgado, en rojo a veces, quizá decorado con motivos en relieve o pintados. El empleo de este conjunto de técnicas se inicia en las regiones egeas a principios del neolítico, como puede comprobarse en Cnosos y en Tesalia, y se mantiene durante todo el período. Si bien se encuentra constantemente en el Próximo Oriente y Anatolia, no predomina allí más que en Creta, en el Peloponeso y en la Grecia central. Más al norte encuentra su rival en la cons-

trucción en adobe y por una razón que no está todavía explicada gana terreno a expensas de ésta: así ocurre que en el NA y en el NM el ladrillo se utiliza en Tesalia al mismo tiempo que el adobe y aparece en el NM en Dimitra, mientras que en el NR es lo que se utiliza en Tesalia y está presente en Macedonia central —excluyendo la Pelagonia— a lado del adobe.

En la construcción de adobe, los elementos fundamentales son los postes, clavados en el suelo a partir de la superficie o bien en el fondo de un foso. Distantes uno de otro de 30 a 60 cm, están a veces unidos por traviesas, y siempre por un zampeado horizontal de ramas que asegura su cohesión y facilita la fijación de la tierra. El adobe no es, pues, por sí mismo más que un relleno que, además, entierra los postes en el espesor del muro. El conjunto está primeramente recubierto por un revoque de arcilla y luego, eventualmente, de un enjabelgado coloreado, rojo, amarillo o blanco. Este último puede aplicarse en paneles uniformes o limitarse a motivos decorativos, rectilíneos o curvilíneos, análogos a los que decoran la cerámica, como nos los muestran los descubrimientos realizados en los Balcanes. La utilización de las técnicas del adobe se inician a principios del NA y se mantienen durante todo el neolítico, pero su repartición geográfica es casi exclusivamente la misma que la del ladrillo: abarca Europa y los Balcanes, Tracia y, por lo menos en parte, Macedonia y Tesalia, pero pierde terreno en el NR, como hemos visto ante el progreso del ladrillo.

Los suelos están algunas veces formados por la misma roca, simplemente allanada si es necesario, pero en general son de tierra batida, establecida a veces sobre una capa aislante de cañas o de hojas y ramas, pero con más frecuencia sustentados sobre un lecho de leños o incluso de tablones: ejemplos de estos procedimientos se encuentran con frecuencia desde la Tesalia a los Balcanes. En algunos casos están enlosados con cantos o cantos rodados, sobre todo en la parte exterior de las viviendas o excepcionalmente recubiertos de losas. Respecto a los suelos recubiertos de un revoque de cal, son mucho menos numerosos que en el Próximo Oriente y Anatolia.

La vivienda

Contrariamente a una idea aún extendida, las cuevas y refugios en las rocas no tienen más que un papel marginal en el neolítico del mundo egeo y de los Balcanes, los mismo que en las demás regiones. En la gran mayoría de los casos, el hombre vive en una vivienda construida, de tipo variable: a lo largo de la época neolítica, los tipos simples se sustituyen progresivamente por más complejos y esta evolución se nota mucho más en Creta que en el continente y en los Balcanes. Las habitaciones más sencillas son las *chozas* semisubterráneas de materiales vegetales ligeros que no dejan más huellas que una fosa poco profunda, oblonga u ovoide y a veces uno o varios

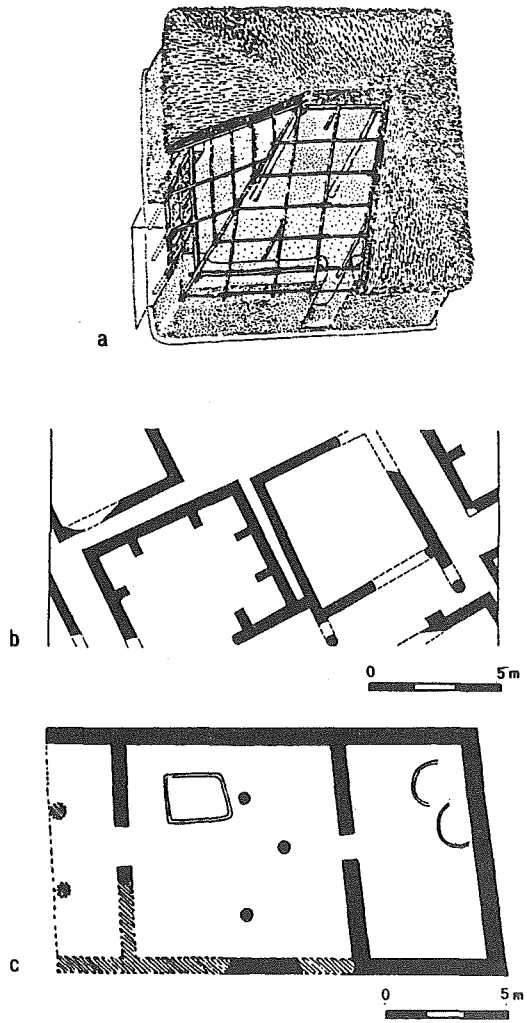


Fig. 6. Las viviendas.
a: Nea Nicomedia, restitución de una casa (NA); *b*: Otzaki (a la izquierda: casa del tipo de Tsangli, NM); *c*: Sesklo, *megaron* central (NR).

agujeros de postes, un hogar y el suelo. Se encuentran muy extendidas en el NA, sobre todo en Creta (¿Cnosos?) en la Grecia central (Nea Makri) y en Tesalia (Sesklo, Sufli, Argisa), donde coexisten en los mismos hábitat con otros tipos, pero más adelante tienen tendencia a desaparecer. En el NM, en realidad solamente se conoce un ejemplar seguro: en Sesklo, una choza formada por dos habitaciones. En el NR no se han encontrado hasta ahora más que algunos casos poco seguros.

Las *casas cuadrangulares de una habitación* están mucho mejor representadas. Pequeñas —de 4 × 5 hasta 10 × 10 m— y de forma cuadrada, rectangular o trapezoidal, se extienden en el NA sobre todo en Tesalia (Sesklo, Prodromos II), en Macedonia (Nea Nikomedia [fig. 6*a*], Anza) y en Tracia septentrional (Azmak, Karanovo I). Casi siempre son de adobe y los agujeros de los postes permiten reconocer su plano. Su techo es seguramente a dos aguas y recubierto de bálago o de tierra. Están, por consiguiente, relacionadas con las casas de adobe.

En el NM este tipo de casa perdura solamente en Tesalia (Otzaki, Sesklo) y en la Macedonia occidental (Serbia, Anza IV), donde conserva las mismas formas y las mismas dimensiones. Pero al lado de este tipo, en Tesalia, aparece una nueva variante, conocida bajo el nombre de *casa de Tsangli* (fig. 6*b*). En Tsangli y en Otzaki, efectivamente, determinadas casas presentan un sistema de pilastras adosadas a cada muro de dos en dos, y el plano resultante no ofrece nada parecido más que en algunos establecimientos del Próximo Oriente, y sobre todo de Anatolia, particularmente en Can Hasan 2 A y 2 B. Se ha tratado de interpretarlos como contrafuertes, pero están situados en el interior de la construcción y por lo tanto esta explicación no parece válida. También se ha creído que eran el principio de divisiones interiores, pero no se comprende muy bien, en este caso, que se construyeran como verdaderos muros, tan gruesos como los demás. Finalmente se ha supuesto que estas pilastras se destinaban a reducir la carga necesaria para cubrir la construcción, pero esta carga, de 5,50 a 8 m, no es muy distinta de la que se encuentra en otras grandes casas y, además, las pilastras poco pueden reducirla. El ejemplo de Can Hasan sugiere otra explicación: puesto que allí las casas están pegadas por todos lados unas a otras y no se vislumbran ni intervalos ni aberturas, hay que admitir que se accedía a las habitaciones que se conocen mediante una abertura en el techo y una escalera de mano, y que la circulación se hacía en el nivel superior, es decir por encima de los muros que se han hallado, y que por consiguiente los muros de este nivel debían de levantarse sobre otro soporte, y en este caso sólo puede tratarse de las pilastras. En las casas de Tsangli las pilastras sirven, pues, muy probablemente para soportar un piso retranqueado.

Otro tipo de vivienda aparece en el NM en Tracia septentrional; se trata de una casa rectangular de dimensiones muy grandes, muy alargada, construida en adobe y caracterizada por la presencia de tres hileras longitudi-

nales de postes interiores. Se trata, probablemente, de un tipo frecuente en la Europa central, que ofrece aquí una nueva difusión. En el NR, el tipo de casa balcánica casi cuadrada se hace más pequeño y menos frecuente. En Macedonia, los dos ejemplares mejor conocidos, en Porodin y Olinto, presentan un plano trapezoidal; en Tesalia, el tipo Tsangli ha desaparecido.

Las *casas cuadrangulares de dos o tres habitaciones,* que son entonces las más extendidas en el Próximo Oriente y en Anatolia sólo aparecen en el NA en algunos puntos de las regiones egeas, quizá en Creta, con seguridad en Macedonia y Tracia. En Nea Nikomedia, durante las dos fases de construcción, coexisten casas de dos y tres habitaciones con las de una habitación: la más conocida presenta dos habitaciones más o menos idénticas, de 8 × 8 m cada una. Otras, que no necesariamente son más grandes, comprenden una habitación principal y, a cada lado, dos habitaciones secundarias estrechas, que probablemente corresponden a un porche y una cocina. En Azmak, una casa se compone de una habitación principal y dos secundarias situadas en el mismo lado. En todos estos casos se trata de planos originales y no de concepciones que se derivan de planos más sencillos.

En el NM, la presencia de casas de dos o tres habitaciones no es segura en Creta, pero sí en Tesalia. Una primera serie, bien representada en Sesklo, presenta un plano rectangular, dos habitaciones más o menos iguales y una entrada en un lado largo. Una segunda serie comprende lo que se llama convencionalmente los *megarons*. Son igualmente construcciones rectangulares, pero se componen de una habitación principal oblonga y de un porche con pilares cuadrangulares que protege la entrada y está situado en un lado corto; a veces, también existe una habitación aneja situada en la parte opuesta. Puesto que se conocen numerosos ejemplares y muy diferentes, desde Palestina hasta la Europa occidental, y ocurre que los de Tesalia son también muy diversos, es probable que no se trate de un tipo verdadero, sino de una tendencia bastante general, de la cual la expresión *megaron* da una idea abusivamente unitaria. En la Tracia septentrional, por el contrario, las viviendas son casi siempre de forma casi cuadrada y de dimensiones medianas (de 6 × 6 a 9 × 10 m), pero formadas por tres habitaciones. Éstas se presentan, a veces, seguidas; a veces, las habitaciones secundarias enmarcan la habitación principal. Una de ellas, que contiene las jarras de víveres, muelas y un horno, está destinada a cocina.

Se admite frecuentemente que en Creta la casa más corriente, en el NR, es análoga a la casa de Magasas, en la cual se ve el tipo mismo, llamado *but and ben*, de la casa neolítica cretense. En Magasas, la construcción se compone de una habitación principal y de una antesala, pero las dos puertas están situadas en planos perpendiculares, según un dispositivo que cada vez será más frecuente en la isla en la edad del bronce. Sin embargo, este mismo

plano, presenta, en realidad, varias graves incertidumbres[5] que nos impiden tomarlo como base y, además, hasta ahora no se ha hallado ningún otro ejemplar de construcción de este género. En Calcídica (Olinto) y en la Tracia septentrional, las casas presentan frecuentemente dos habitaciones seguidas, una mucho más profunda que la otra, pero pueden contener tres o incluso más. Sus dimensiones son generalmente modestas. En Tesalia, la serie de *megarons* continúa encontrándose, en Dimini y en Sesklo (fig. 6*c*), en varios ejemplares diferentes.

Las *casas cuadrangulares complejas,* tan conocidas en el Próximo Oriente, existen en Creta quizá desde el NA, y muy probablemente en el NM, si juzgamos por los fragmentos de los tres edificios que han sido excavados en Cnosos, y con seguridad absoluta en el NR, puesto que se conocen, en el mismo lugar, dos (?) casas caracterizadas por una habitación central rectangular y una serie de pequeñas habitaciones, entre ellas los almacenes, dispuestas en dos de los lados, por lo menos. Pero, al contrario de lo que se supone casi siempre, no es nada seguro que un plano de este tipo, que puede calificarse de *aglutinante*, sea el resultado de sucesivas adiciones.

Todas estas casas presentan determinados *arreglos interiores*. Silos destinados a proteger los víveres están frecuentemente excavados en el suelo. En algunas habitaciones se construyen despensas para guardar los vasos de provisiones, grano u otros productos. Estos vasos mismos pueden ser de tipos muy diversos y para utilizaciones muy distintas. Los hogares están situados a veces en el exterior de las viviendas, por ejemplo en los patios; a veces, en el interior; con frecuencia, en el centro de la habitación principal; pero en las viviendas de varias habitaciones es frecuente que cada una de ellas posea su propio hogar. Hechos de tierra y de cantos, pueden tener un reborde de tierra y se completan, a veces, con un agujero para la ceniza. Los hornos están formados por una sola habitación alargada, en la que se efectúa tanto el calentamiento como la cochura. El basamento está formado normalmente por una capa de cantos y el fondo es de tierra, como la bóveda. El plano puede ser circular, en herradura, oval, cuadrado, rectangular o trapezoidal, sin que sepamos si estas variaciones obedecen a alguna razón. Estos hornos están con frecuencia situados en el interior de las viviendas, preferentemente cerca de un muro alejado de la entrada y completados por un agujero para la ceniza.

El *mobiliario* se compone primeramente de taburetes y, a partir del NR, de sillas con el respaldo redondeado, mesas que pueden ser circulares y provistas de un pie central o rectangulares y provistas de cuatro patas. También se encuentran lámparas de barro cocido, y las plataformas o zócalos de obra que corren a lo largo de determinados muros sirven también de camas y de asiento.

5. Lo mismo ocurre con su datación [468, p. 559].

Es posible que algunos muertos se abandonen pura y simplemente o también que se dejen en tumbas de materiales perecederos, pero los únicos que podemos encontrar son los que se depositaron en tumbas excavadas o construidas. Éstas, en cualquier caso, muestran costumbres cuya evolución es análoga, esencialmente, a la que se conoce en el Próximo Oriente y Anatolia, aunque los cambios no sean necesariamente contemporáneos.

Los datos

En el neolítico «acerámico» y en el NA la mayoría de las sepulturas se sitúan en el interior de las zonas habitadas, tanto si se trata de cuevas (Franchti) como si se trata de establecimientos al aire libre. Únicamente en Karanovo se hallan algunas tumbas de adulto en el exterior del hábitat. Las tumbas no muestran agrupación alguna ni una orientación regular. La forma de sepultura más corriente es, como en el paleolítico, la inhumación: también es la que predomina en el Próximo Oriente y en Europa. Se realiza en tumbas de fosa de tipo muy sencillo, de forma pocas veces regular y solamente de un metro de largo. La sepultura es casi siempre individual, a veces múltiple (Nea Nikomedia). A excepción de los recién nacidos (Anza I) y de los niños muy pequeños (Lerna), que se colocan en una jarra o un vaso grande, el cuerpo se deposita directamente sobre el suelo. Puede estar tendido de espaldas (Franchti, Nea Nikomedia) o sobre el vientre (Cnosos, Argisa), pero generalmente está tendido de lado, con las piernas replegadas en posición fetal. La fosa será luego rellenada. Como lo muestran algunos descubrimientos esporádicos, al muerto se le entierra con todos sus adornos y probablemente vestido; a veces se deposita a su lado un mobiliario compuesto de algunas herramientas y vasos, pero no es seguro que se realice la sepultura secundaria: las tres capas sucesivas de osamentas en desorden halladas en Prodromos I bajo el suelo de una casa no son una prueba segura. En cuanto a la cremación, los primeros ejemplos datan del paleolítico, pero no parece comprobarse su existencia, de momento, más que en Sufli, pero hay que tener en cuenta que los huesos no están colocados en jarras y el contenido de estas tumbas es propicio para hacernos dudar de esta interpretación.

En el NM las pocas tumbas conocidas parecen todas situadas en el interior de zonas habitadas.[6] Aparecen generalmente aisladas, excepto en Prosimna, donde se encuentran en un grupo de seis. Su orientación es siem-

6. Pero en Rumanía en la misma época se encuentran verdaderos cementerios (Cernica, Cernavoda).

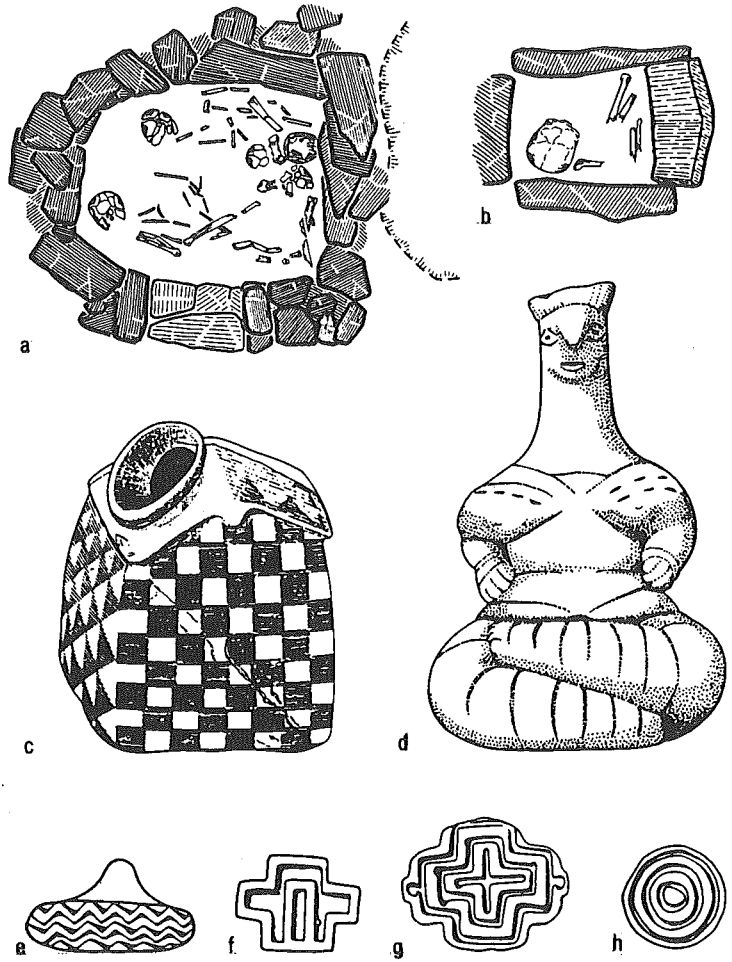


Fig. 7.
a: Kefala (Keos, tumba construida en ladrillo (NR); *b*: Kefala (Keos), tumba de cista (NR); *c*: maqueta de casa de Tesalia (NM); *d*: figurita femenina de Creta (NR); *e-h*: «pintaderas» de Nea Nikomedia (*e-f*: NA) y de Tesalia (*g-h*).

pre variable y la inhumación, que sigue siendo la forma dominante, continúa haciéndose en fosas de tipo sencillo. La sepultura es casi siempre individual, pocas veces múltiple. Normalmente el muerto está tendido de lado, con las piernas muy replegadas. Está enterrado con sus objetos de adorno, probablemente sus vestidos, y a veces un mobiliario compuesto de herramientas, vasos, figuritas... Se supone la existencia de un túmulo en Queronea y la de una sepultura secundaria en Hagiorgitika, pero en ambos casos nos faltan pruebas. Finalmente, la costumbre de la cremación puede demostrarse en las tumbas de Prosimna.

En el NR las tumbas siguen aún a veces situadas en el interior de los hábitat. Es el caso de las tumbas de niño, pero también de algunas tumbas de adulto, sobre todo en el Peloponeso, en la Grecia central (Dracmani-Elatea) y en Serbia. También pueden estar situadas en cuevas. En los Balcanes, con frecuencia se sitúan muy cerca pero en el exterior de la zona habitada y agrupadas en verdaderos cementerios (Janka, Russé). Pero en Keos (Kefala), en Tesalia (Zarkos, Sufli) y en el noreste de los Balcanes (Varna, Devnja), están a menudo situadas más lejos e igualmente agrupadas en cementerios. Algunas veces incluso los niños pequeños se entierran allí como los adultos. Esta migración y este agrupamiento en un lugar especial constituyen, pues, un nuevo fenómeno, pero no es diferente del que se produce en otras regiones. La orientación de las tumbas continúa siendo variable y sigue predominando la inhumación. Se realiza aún en fosa de tipo sencillo, pero también, a partir de ahora, en otros tipos derivados de éstas y bien representadas, sobre todo en Anatolia occidental y en Keos. El más corriente es la tumba con obra de albañilería, en la cual (fig. 7*a*) las paredes de la fosa están revestidas de pequeños mampuestos y la cobertura está hecha de losas. Menos frecuente es la tumba en cista (fig. 7*b*), cuyas paredes están recubiertas de losas. En los tres tipos de tumbas, la inhumación se realiza igual que en los períodos anteriores. La sepultura individual es la más frecuente, pero son menos raras las sepulturas múltiples. Los niños se colocan en jarras hasta la edad de un año (Kefala). Los demás muertos están generalmente tendidos de lado, a veces sobre el vientre o de espaldas: esta última posición, que aparece una vez en Kefala, es la corriente en Varna y sobre el litoral del mar Negro, pero reservada a los hombres. El muerto tiene generalmente las rodillas plegadas en posición fetal, muy forzada, pero en Varna y en Devnja, excepcionalmente, los hombres se entierran en posición estirada. La tumba se rellena luego con tierra si es una fosa, o simplemente cubierta en los demás casos. Al muerto se le entierra con sus adornos, como lo muestran las tumbas de Varna, y probablemente con sus vestidos, pero las huellas y pedazos de tejido hallados pueden proceder también de sudarios. El mobiliario funeral es en general pobre pero una vez más el ejemplo de Varna muestra que puede ocurrir de otra forma: se encuentran allí, sobre todo, instrumentos, vasos y figuritas.

La costumbre de la cremación se encuentra bien demostrada en ambos cementerios tesálicos de Zarkos y de Sufli, en los cuales los muertos están colocados en vasos y depositados en las tumbas en fosa. Si bien en Sufli no están más que incinerados parcialmente, en Zarkos parecen quemados más completamente y los huesos parecen haber sido seleccionados para representar varias partes del cuerpo.

Finalmente, por vez primera se encuentran en Varna y en Goljamo Delčevo cenotafios bien caracterizados. Los objetos de adorno y el mobiliario funeral son idénticos a los de las tumbas corrientes y dispuestos como lo estarían en éstas. Pero el cuerpo no está. En su lugar aparece a veces, en Varna, una cabeza modelada en bajo relieve sobre el mismo suelo de la tumba y adornada con joyas, en algunas de las cuales figuran, quizá, determinados rasgos de la cara. Parece simbolizar claramente el cuerpo del difunto.

La interpretación

A pesar de su aparente diversidad, las prácticas relacionadas con la inhumación tienen, al parecer, una interpretación única. Es el caso, en primer lugar, del comportamiento frente a los muertos anteriores, que se traduce de la misma forma y en todas partes se reconoce por los mismos signos. En determinadas tumbas, efectivamente, aparecen huellas de combustión a la vez sobre el suelo, los huesos y el mobiliario, lo que demuestra que se encendió allí un fuego después del enterramiento. En las mismas tumbas, pero también en otras, los esqueletos se hallan muy desordenados, o incluso destruidos, y los cráneos con frecuencia están amontonados, mientras que el mobiliario está disperso. Ahora bien, como indican las observaciones realizadas en Kefala, esta situación se explica por la acumulación de la tumba: cuando ésta está llena, se intenta hacer un hueco para los nuevos muertos empujando sin grandes miramientos las sepulturas anteriores y si es necesario destruyéndolas, por lo menos parcialmente, por el fuego. De hecho estas observaciones, que se han realizado siempre en sepulturas múltiples, se ven confirmadas, como en la tumba I de Kefala, cuando la sepultura más reciente se encuentra intacta: para instalarla se barrieron las precedentes. ¿Se podrán explicar por este sistema los casos que han llevado a los excavadores a hablar de sepulturas secundarias? No es imposible, puesto que es precisamente el desorden de las osamentas lo que les condujo a dicha interpretación.

El comportamiento frente a los individuos que acaban de morir parece ser también el mismo en todas partes. La costumbre es normalmente, aunque hay excepciones, enterrar a los muertos en flexión, tendidos de lado. Se les tiende de lado porque están flexionados; se trata solamente de una

necesidad práctica. Y esta elección se explica, sencillamente, por la preocupación de limitar el largo de la fosa. Esta preocupación no puede justificarse por la falta de espacio, sino que nos conduce a la idea del mínimo esfuerzo: es preferible excavar una fosa de un metro, más que una de 1,50 o 1,70. También es una costumbre universal enterrar a los muertos con sus objetos de adorno, probablemente sus vestidos y un mobiliario funerario. Se explica fácilmente la presencia de éste por la creencia en otro mundo y, por consiguiente, por la necesidad que tendrá el muerto de continuar en su actividad. Pero los objetos depositados en las tumbas son objetos de utilidad cotidiana, que presentan huellas de haber sido utilizados e idénticos a los que se encuentran en las viviendas. Es pues probable que pertenecieran a los muertos y por esta razón les enterraron con ellos.

3. La sociedad y las ideas

La demografía

Si la importancia y densidad del poblamiento no pueden ser objeto más que de estimaciones arbitrarias, el estado sanitario de las poblaciones es difícil de conocer. Las pocas dentaduras que han sido estudiadas presentan caries frecuentes, pero en número limitado, y signos de desgaste muy marcados, que pueden explicarse por la presencia de partículas minerales duras en los alimentos. Los casos de lesiones dentarias graves parecen relativamente poco frecuentes. A veces se han observado deformaciones óseas, que se refieren, sobre todo, a las vértebras y se atribuyen a afecciones artríticas, que, recuérdese, son enfermedades de los sedentarios. Mientras que en el paleolítico no se conocía ningún caso de osteoporosis, esta afección parece encontrarse en el neolítico en la mitad de los esqueletos examinados, y se explica, quizá, por la presencia del paludismo. Finalmente, en los Balcanes, en el NR, aparecen con bastante frecuencia trepanaciones; todas se han realizado sobre cadáveres y no sobre individuos vivos, pero siguen siendo muy difíciles de interpretar.

Se admite generalmente que en las poblaciones prehistóricas y protohistóricas, la mortalidad máxima, después de una gran mortalidad infantil, se sitúa al principio de la edad adulta y es más precoz en las mujeres que en los hombres. En el caso de las poblaciones egeas, este máximo se sitúa algo más tarde, entre los 28 y los 35 años y la esperanza de vida se evalúa en menos de veinte años. Ahora bien, todas estas estimaciones, en contradicción absoluta con las leyes de la demografía histórica, que predicen un crecimiento constante de la tasa de mortalidad a partir de la edad de 15 años hasta un valor máximo situado entre 60 y 69 años, sólo se explican por errores de método que afectan por una parte a la determinación de edades

realizada a partir de los esqueletos, y por otra, a la elaboración estadística de los resultados. Por lo tanto, en realidad hay que admitir que las poblaciones protohistóricas tuvieron un comportamiento demográfico análogo al de las poblaciones más recientes y, por consiguiente, una esperanza de vida más larga y un máximo de mortalidad más tardío de lo que se había considerado hasta ahora.

Las diferencias sociales

Existe primeramente, y seguramente desde mucho tiempo antes, una división del trabajo según los sexos. Se pueden considerar entre las tareas femeninas el cuidado de los niños, la recolección de los alimentos vegetales, los trabajos agrícolas ligeros, la cría del ganado menor y la preparación de la comida, así como, en cuanto a los trabajos técnicos, trabajar las pieles, hilar las fibras textiles (en las tumbas de mujeres aparecen pesas de rueca), tejer, la cestería y fabricar los cacharros de barro. En cambio, se pueden considerar como masculinas la caza y la pesca, la parte más dura de las labores agrícolas y, en cuanto a las técnicas, trabajar la piedra, los huesos, la madera y los metales, la construcción y, quizá, la confección de los objetos de adorno personal.

Esta repartición se presenta ya acompañada[7] de algunas desigualdades sociales, que se descubren, incluso aunque no exista una directa correspondencia, en el mobiliario de las tumbas. Se encuentran, a veces, en medio de una gran mayoría de tumbas pobres, una minoría de tumbas ricas: el contraste es clarísimo, por ejemplo en Devnja y en Varna en el NR; en esta última excavación, cinco tumbas de 81 (hoy día se han excavado más de 130) no contienen objeto alguno, la mayoría contienen varios objetos, tres son muy ricas y tres, excepcionalmente ricas. Parece, además, que estas desigualdades se dan también en función del sexo y que, en general, los hombres se beneficien de posesiones materiales más numerosas y, quizá, de un estatus social más elevado que las mujeres del mismo ambiente. En Devnja, por lo menos, todas las tumbas ricas son tumbas de hombre y en el noreste de los Balcanes, de manera general, los objetos son más numerosos, por término medio, en las tumbas de hombre que en las tumbas de mujer. En Goljamo Delčevo, los objetos de cobre proceden casi siempre de tumbas masculinas. En Varna, tres tumbas muy ricas son de mujer, pero las tres más ricas son de hombre.

Se supone, a veces, que existían ya artesanos especializados: podría ser el caso de los fundidores y los herreros, o también de los que fabricaban

7. Nos damos cada vez más cuenta de que esta situación se origina en el paleolítico: TESTART, A.: *Les chasseurs-cueilleurs, ou l'origine des inégalités*, París, 1982, *passim*.

determinados objetos de adorno personal. Efectivamente, podría ser necesaria una habilidad bastante desarrollada para dominar ciertas técnicas; como pueden ser necesarias unas complejas instalaciones, con normas de funcionamiento muy estrictas, para utilizarlas. A menudo, se presenta como prueba el hallazgo de algunas herramientas, o de fragmentos de materias primas y de objetos sin acabar o bien acabados, pero no se trata, en realidad, más que de la existencia de un taller y, por consiguiente, de un individuo que dominaba las técnicas de que se trata, pero éste pudiera muy bien haber adquirido estas habilidades sin que su estatus social fuera por ello modificado. Puede ser especialista en el sentido puramente técnico de la palabra o incluso artesano de media jornada. Nada demuestra que la mayor parte de sus recursos procedan de su oficio y que sea, por consiguiente, artesano a tiempo completo.

Las maquetas y figuritas

Una serie de objetos de barro cocido, bien representados en todos los niveles neolíticos, representan, reducidos, objetos o seres conocidos. Las maquetas de construcciones, por de pronto, aparecen en unos pocos ejemplares desde el Próximo Oriente hasta Europa y están relativamente extendidos en Tesalia, Macedonia y los Balcanes, especialmente durante el NM (fig. 7*c*) y en el NR. A pesar de que frecuentemente se consideran modelos y que recuerden, sin duda alguna, las casas, presentan con frecuencia ciertas particularidades que las separan de la simple imitación: carecen de puerta o incluso de aberturas, o por el contrario, cuando estas aberturas existen son de forma circular y situadas en lugares insospechados. Otros objetos, que también han sido con frecuencia calificados de modelos, representan herramientas, hornos, cofres, asientos, mesas, vasos, alimentos..., pero todos presentan una realización muy simple, que no parece que tienda a reproducir con exactitud los detalles del objeto imitado. Las figuritas zoomorfas, que se encuentran en todas partes durante el neolítico y siempre realizadas de manera que tengan estabilidad, presentan idénticos rasgos: son la representación de toda una serie de animales domésticos (bueyes, corderos, cabras, cerdos, perros...) o, con mucha menos frecuencia, animales salvajes (pájaros, serpientes, cérvidos...), todos muy conocidos por los pobladores, pero están realizadas de forma muy esquemática, sin que presenten atributos que permitan identificarlas con una especie precisa.

Las figuritas antropomorfas están mucho más extendidas. Rara vez superan los 15 cm de altura y reflejan dos principales tendencias: una, naturalista, produce personajes femeninos o masculinos, casi siempre de pie, con los rasgos de la cara indicados, las piernas separadas y los brazos moldeados sobre el pecho; la otra, esquemática, ofrece figuras asexuadas, tam-

bién de pie, pero con las piernas juntas y a veces muy cortas, los brazos atrofiados y la cabeza sin detalles. Desde luego, se encuentran también todos los casos intermedios, así como variaciones en cuanto a la posición del personaje. En el NA, las figuritas naturalistas, que son las que dominan, al parecer, representan a un personaje de pie, generalmente femenino, o a veces un personaje sentado, con frecuencia masculino. Las figuras esquemáticas, numerosas en Tesalia, presentan con frecuencia una parte inferior en forma de pera. En el NM, las figuras naturalistas son las más numerosas (v. viñeta al principio del cap.) y representan siempre al mismo tipo de personaje de pie, pero el estilo va siendo ya más realista y a veces se tiene la impresión de contemplar más retratos. Los caracteres sexuales están, además, muy subrayados. Son frecuentes también los personajes sentados. En cambio, las figuras esquemáticas son más raras. En el NR, las figuritas naturalistas predominan aún y representan también a los hombres, a las mujeres y a personajes asexuados, pero además del personaje de pie, otros tipos, especialmente el personaje sentado (fig. 7*d*), van siendo también más frecuentes. Las figuritas esquemáticas, a partir de ahora son bastante frecuentes especialmente en las Cícladas, en Creta y quizá en Macedonia central; tan pronto representan a un personaje agachado, casi siempre femenino, cuyos glúteos y piernas son exageradamente voluminosos, tan pronto adoptan ya (*infra*, p. 111) la forma general del violín. En los Balcanes algunas tienen sencillamente la forma de cruz.

Por lo general, se atribuye a estas figuritas antropomorfas un valor religioso: representan esta Diosa Madre que se supone, se veneraba entre los pueblos prehistóricos de las más diversas regiones y desde los períodos más antiguos y cuya existencia está efectivamente demostrada en las épocas históricas en Mesopotamia, Anatolia y Grecia. Esta interpretación se basa en la preponderancia numérica de las figuritas femeninas y, sobre todo, en la exageración de sus caracteres sexuales, que expresaría, de manera simbólica, la importancia concedida a la fecundidad humana y, a través de ella, a la de los rebaños y a la fertilidad de la tierra. Sin embargo, a pesar de la repetición de esta hipótesis y de la autoridad de sus defensores, no dejan de aparecer puntos débiles. En efecto, la exageración de los caracteres sexuales puede explicar igualmente la voluntad de designar algunas de las figuras como netamente femeninas y, además, la interpretación religiosa deja de lado las figuras masculinas y, sobre todo, las asexuadas, que pueden ser tan numerosas como las femeninas. Pero, sobre todo, ningún argumento positivo obliga a decidir en su favor: cuando las figuritas han sido halladas en un «santuario» no es difícil ver que el tal «santuario» solamente se identifica como tal por su presencia misma.

Las figuras antropomorfas forman parte, sin embargo, de un conjunto que comprende, además de ellas, las maquetas de casas, las maquetas de objetos y las figuras zoomorfas, y este conjunto presenta una serie de ca-

racteres comunes: se trata de objetos de fabricación muy sumaria, que representan a escala reducida objetos o seres existentes, muy diversos, pero siempre familiares; con frecuencia son difíciles de identificar, no por la poca habilidad de la ejecución sino por su esquematismo. Se encuentran, además, siempre en las casas o en sus alrededores, especialmente en las fosas de basura. Ahora bien, estos caracteres pueden explicarse fácilmente si se vuelve a la hipótesis antigua que considera a la mayoría de estas figuritas como juguetes. La fuente principal de los juguetes es efectivamente la imitación: reproducen a tamaño reducido casas, muebles, utensilios, animales y personajes del mundo real. Con esta serie de maquetas y figuritas los niños imitan el comportamiento de los adultos. Tengamos en cuenta, sobre todo, que en las muñecas actuales se halla la misma predominancia de representaciones femeninas y la misma importancia de tipos asexuados que en las figuritas del neolítico; la etnografía y la historia proporcionan, además, ejemplos numerosos de figuritas que se sabe que eran juguetes. El caso es que hasta ahora no se han encontrado ni figuritas, ni maquetas que estén asociadas a los restos, ni mobiliario funerario que las relacione claramente con una tumba de niño. Y si se llegaran a encontrar, haría también falta determinar si algunas de ellas no tuvieron también otras funciones, iniciáticas, pedagógicas o incluso religiosas.

La religión

Se admite con frecuencia que las figuritas por un lado, y las costumbres funerarias, por otro, pueden tener una interpretación religiosa, pero acabamos de ver que se trata simplemente de una petición de principio imposible de comprobar. Lo mismo ocurre con las extrapolaciones a las que nos atrevemos a veces, a partir de la civilización micénica o la minoica. Respecto a los edificios que se han podido interpretar como lugares de culto —por ejemplo en Nea Nikomedia (NA) y en Anza (NM)—, solamente presentan características muy ambiguas, como sus dimensiones o la presencia de murales pintados, o de una gran banalidad, como las de las figuritas. No habría que deducir, sin embargo, que las poblaciones neolíticas carecieran de religión: se trata únicamente de que no es todavía conocida.

Las notaciones simbólicas

Es muy posible que estos mismos pueblos utilicen uno o varios sistemas de notación simbólica, pero los documentos no lo demuestran claramente. En primer lugar, algunas decoraciones incisas que aparecen en los Balcanes en pesos de rueca, discos de barro cocido y vasos, son suficientemente com-

plejos y sugestivos para que se vean en ellos signos simbólicos, que constituirían una protoescritura. Sin embargo, no se ha podido demostrar todavía que se trate de esto. El problema es el mismo que con las marcas —trazos y puntos— que se hallan en Tesalia, incisas en tablillas de barro cocido. Los sellos o *pintaderas* finalmente, no son tampoco fáciles de interpretar. Estos objetos de barro cocido, o a veces de piedra, se conocen en el Próximo Oriente y en los Balcanes, y existen en gran número en el NA y, sobre todo, en el NM, especialmente en Tesalia y Macedonia (figs. 7*e-h*), pero mucho menos frecuentes en el NR. A menudo tienen la forma de un botón y sobre su base plana presentan motivos geométricos en hueco. Excepcionalmente se encuentran cilindros. Se supone frecuentemente que servían para aplicar pinturas corporales, pero esta idea no explica la profundidad del grabado. Igualmente, podría suponerse con verosimilitud que se trataba de tampones destinados a la decoración de panes y pasteles.

C. *LA ECONOMÍA Y LAS TÉCNICAS*

1. Las bases de la economía

El modo de subsistencia de los pueblos neolíticos, basado en la agricultura y la ganadería, presenta muy pronto rasgos que perdurarán con una gran estabilidad a través de los períodos.

La agricultura y la recolección

Hemos visto ya en qué términos más complejos se plantea el problema de los inicios de la agricultura (*supra*, p. 56). Desde el neolítico «acerámico», por lo menos, la gama de especies vegetales presentes es la misma que la que se encontrará más adelante y comprende tanto especies silvestres, que continúan, como es lógico, siendo recolectadas, como especies cultivadas, sometidas a verdaderas labores agrícolas. Son, de hecho, el trigo, la cebada, y las leguminosas (arvejas, guisantes y lentejas, esencialmente) que constituyen según todas las apariencias, la base de la alimentación vegetal. Los frutos son un suplemento más o menos constante.

Entre las variedades de trigo, la del Cáucaso y el trigo almidonero son los más cultivados, sobre todo en los Balcanes. Los demás, especialmente los trigos blandos, son mucho menos frecuentes. La cebada se presenta en dos variedades principales, la ladilla y la de seis órdenes, pero la segunda, especialmente en su forma cultivada, tiende a sustituir cada vez más a la primera. Esta evolución está de acuerdo con la historia de la especie, pero su

difusión geográfica, más bien continental y balcánica, plantea quizá un problema en cuanto a que, hoy en día, está extendida más bien en las regiones de clima mediterráneo auténtico, como las Cícladas. Respecto a los frutos, su variedad llama verdaderamente la atención: cerezas, moras, manzanas, peras, ciruelas, higos, uvas, castañas, bellotas, nueces, avellanas, pistachos... que, en la mayoría de los casos, sólo se handes40recoger.

La preparación del suelo para cultivar se realiza probablemente con herramientas de piedra, de hueso o de asta de ciervo, que hacen las veces de azada o incluso de arado. La cosecha de los cereales se realiza mediante hoces compuestas, formadas por un mango curvo que tiene fijadas en una muesca una serie de lascas de piedra (fig. 8*a*). Se conocen muchas herramientas de este tipo en los Balcanes y muchas piezas microlíticas en Grecia. Cuando están hechas de sílex, muchas de estas lascas tienen un brillo de uso que se había atribuido, en un principio, a la cosecha de cereales, pero que hoy se sabe que puede también estar producido por el corte de otros tallos vegetales.

Ganadería, caza y pesca

Ya hemos visto cómo se plantea el problema de la aparición de la ganadería (*supra*, p. 56). Desde el principio del neolítico, por lo menos, se extienden, al lado de las formas salvajes, las formas domésticas de las especies que acabarán por convertirse en habituales: cordero, cabra, buey y cerdo. Desde este momento el predominio del cordero y de la cabra es característico, lo que no es sorprendente si consideramos que se trata de un medio mediterráneo en gran parte. El buey y el cerdo se encuentran por todas partes, pero generalmente en posición secundaria. Solamente en los Balcanes el buey es la base de la ganadería, probablemente porque su clima templado favorece la formación de pastos. Sin embargo, las finalidades de la ganadería son muy diversas. Se acepta con frecuencia que la primera es el proporcionar la carne, y esto es claramente aplicable al caso del cerdo, pero menos al de la cabra y el cordero. La producción de leche en un caso y la de la lana en el otro pueden también tener un papel de igual importancia. Con el buey, se busca por igual la leche y la carne, pero también es posible que el animal sea más que nada utilizado en las labores agrícolas, especialmente para arar y transportar la carga.

La caza sigue naturalmente teniendo un papel de importancia. La liebre y los cérvidos (corzo, ciervo y gamo) son la caza más preciada pero también se encuentran otras especies extremadamente variadas y sorprendentes en algún caso: uros, lobo, zorro, oso, león, jabalí, gato montés, marta, comadreja, tejón, castor, erizo, tortugas, pájaros... Finalmente, la pesca proporciona un complemento alimentario nada despreciable con los peces

(atún, barbo, merluza...), las conchas o mariscos (chirlas, caracoles, lapas, almejas [*pecten*], ostras, mejillones...) y los crustáceos (erizo de mar, cangrejos...).

Las armas utilizadas para la caza, y de las que algunas son también herramientas, comprenden armas manuales y armas arrojadizas. Las primeras son hachas, cuchillos y puñales. Éstos son normalmente de piedra, y excepcionalmente de cobre a partir del NM, y en este último caso anuncian ya los dos tipos, triangular y alargado que serán típicos del bronce antiguo (*infra*, p. 116). Las armas arrojadizas comprenden las hondas, los arpones y los arcos. Las hondas se hallan representadas por sus proyectiles: por lo menos así se interpretan las numerosas balas de barro cocido halladas en la Grecia continental y en los Balcanes. Los arpones, que se han hallado sobre todo en los Balcanes en el NR, son de hueso o de asta de cérvido, y están provistos de cerdas. De los arcos y de las flechas no quedan más que las puntas, de piedra o, algunas veces en los Balcanes, de hueso; su forma general es triangular (fig. 8*b*) y la forma de la base varía según las regiones y períodos, pero no se diferencian mucho, de hecho, de la serie más grande de las armas penetrantes.

Alimentación

Los procedimientos utilizados para la conservación de los alimentos son diversos: silos, despensas (*supra*, p. 70) y, sobre todo, recipientes numerosos, de forma cerrada, cuya abertura se obtura con facilidad, por ejemplo mediante una piedra llana. Para prepararlos se utilizan las mismas herramientas cortantes que se utilizan para otros menesteres. Se les pone a escurrir en coladores, cuencos de barro cocido agujereados, con muchos agujeros, de los que se hallan ejemplares en todas partes. Se machacan mediante el mortero y la mano de almirez, de piedra o de madera. Se muelen mediante una muela durmiente y un triturador de piedra, en un dispositivo generalmente móvil pero que en los Balcanes en el NR es, con frecuencia, fijo. La harina se recoge con una espátula o con una cuchara que a veces se halla en las inmediaciones. Los alimentos son finalmente cocidos en fuegos abiertos o en hornos (*supra*, p. 70).

2. Las técnicas y la producción

La cestería y los textiles

Las huellas de soporte de cestería son frecuentes en los fondos de vaso, en todas las fases del neolítico (*infra*, p. 87). Trenzados, con tallos de caña

o briznas de paja, dichos soportes demuestran la existencia de cestería tejida y de cestería de cuerda, que dominan en las regiones egeas, pero también la de la cestería en espiral, mucho menos extendida. No parece que pueda plantearse una repartición geográfica ni cronológica entre estos diversos tipos; por el contrario, dan la impresión de coexistir en todas partes.

El lino y la lana son probablemente los textiles conocidos. Las ruecas, que deberían ser de madera, han desaparecido, pero en todas partes se encuentran las pesas que formaban parte de ellas. A veces no son más que simples pedazos de cacharro agujereado. Pero, las más de las veces, se trata de objetos modelados en barro cocido, con frecuencia con adornos incisos, que aparecen en el NA y se multiplican a partir del NR: de plano circular, son a menudo de perfil bicónico. Completan los accesorios para hilar bobinas de barro cocido. Los telares, que sin duda alguna eran de madera, han desaparecido, pero en todas partes se hallan los pesos utilizados que demuestran que se utiliza, como en Anatolia, el telar neolítico de tipo europeo: telar vertical sin marco, en el que los hilos de la trama, verticales, se enrollan arriba sobre un cilindro horizontal, y se mantienen en tensión gracias a las pesas. Éstas, unidas a uno o varios hilos, son de piedra o de barro cocido y casi siempre perforadas. Para coser, la herramienta más corriente es el punzón, que se presta a múltiples usos. Heredado del paleolítico, puede fabricarse de asta de cérvido, a partir de un hueso llano o, más a menudo, de un hueso largo, cuya polea articulada sirve de mango. Menos corriente es la lezna. A partir del NM, quizá, y sin duda del NR, ambos tipos de instrumentos se fabrican en cobre. En cuanto a las agujas, todas son del tipo de ojo, generalmente de hueso, pero algunas veces de metal en el NR.

Las materias primas minerales

Algunos materiales de uso corriente se extraen en las mismas cercanías de las poblaciones: es lo que ocurre con la tierra y los mampuestos utilizados en la construcción. Para encontrar una buena arcilla para la cerámica hay que ir, generalmente, algo más lejos; también para encontrar una roca capaz de proporcionar losas o, como el sílex, que permita ser cortada y partida en trozos. Todavía más difícil es encontrar determinadas materias colorantes, como los ocres y minerales de cobre y la piedra utilizada para fabricar herramientas pulidas, vasos y elementos de adorno personal, porque se buscan a causa de una determinada propiedad. Así ocurre con el esmeril, que circula desde Naxos a Saliagos, y el sílex desde la región de Kalambaka a Argisa o desde la de Madara a una parte de los Balcanes.

La obsidiana, como se demuestra a partir de los análisis espectrográficos, puede también proceder de lejos. La de Melos, que se encuentra en

Franchti desde el final del paleolítico, aparece en Argisa en la fase «acerámica» y se encuentra, en cantidad variable, durante todo el neolítico, en una parte del Dodecaneso, Creta, el Peloponeso, la Grecia central, Tesalia y, en mucho menor grado, en el sur de Macedonia. Esta zona tiende a ensancharse en el NR.

El origen de los metales nativos y de los minerales es más difícil de establecer. El oro se encuentra en Anatolia, la Grecia meridional y central y, sobre todo, en Macedonia y Tracia, pero no ha podido ser identificado ningún yacimiento que se explotara en el neolítico. El cobre abunda en Chipre, en Anatolia, en Tracia, en Macedonia y en Serbia; y es más escaso en el perímetro del mar Egeo y en las islas. Se han identificado dos explotaciones antiguas: una en Rudna Glava, en la Serbia oriental, del que se extrajo a principios del NR malaquita y quizá también cobre nativo, y otra en Aibunar, en la Tracia septentrional, cuya explotación es también del NR. El plomo y la plata están muy extendidos en Anatolia y Grecia, sobre todo en las Cícladas y en el Ática, donde se explotaron, siempre a partir del NR, en Torikos. También se encuentran en Macedonia y Tracia.

La extracción se realizaba a menudo mediante galerías. En Melos, por lo menos, se han hallado en los dos yacimientos de obsidiana de Sta Nychia y de Demenegaki comienzos de galerías que siguen las vetas y amplias capas de escombros, que nos hacen suponer que los bloques se desbastaban en el mismo lugar antes de trasladarlos. En los Balcanes, el sílex de Kriva Reka y el cobre de Rudna Glava y de Aibunar se explotaban mediante galerías excavadas partiendo de pozos verticales en los cuales la roca está cortada con la ayuda de picos de asta de cérvido.

La cantería

El material de base es, como en muchas regiones, el sílex, al que se añaden, en función de los recursos locales, otras rocas duras y clásticas, como el cuarzo (con el cristal de roca y el jaspe), la calcedonia y algunas rocas volcánicas. Pero en el centro y sur de la cuenca del Egeo, por excepción, domina la obsidiana, sobre todo en las zonas más cercanas a Melos, donde, con frecuencia, es el único material utilizado. También se utiliza abundantemente en varias regiones de los Balcanes. La preparación de los núcleos se realiza normalmente en los poblados o cerca de ellos, como lo demuestran las lascas y escombros de tallar, que se encuentran en gran abundancia. Dicha preparación trata de dar al núcleo una forma alargada y formar una o dos aristas, lo que permite, al trocearla por presión o percusión, conseguir una serie de lascas. Las más de las veces, las lascas se utilizan sin más, pero también ocurre que se partan en trozos, como en el caso de la fase «acerámica», para producir piezas microlíticas; y también se

retocan, durante todo el neolítico, para fabricar raederas, buriles, puntas y punzones. Los objetos que se han de colgar o a los que se les coloca un mango pueden estar perforados de dos maneras: o bien mediante un punzón puntiagudo que perfora un agujero cónico o bicónico, o bien mediante un punzón tubular, como una caña, y un abrasivo, que producen un agujero prácticamente cilíndrico. Así es como se enmangan las hachas y azuelas.

El trabajo de la madera

Las herramientas que actúan por percusión lenta comprenden sin lugar a dudas los cuchillos y las raederas, pero éstos no se distinguen mucho de los que sirven para otros usos. La sierra propiamente dicha no se conoce, pero sí existen herramientas de hoja dentada, sencillas o compuestas. Las herramientas que actúan por percusión lanzada son, ante todo, hachas y azuelas. Aparecidas sin duda en el mesolítico, están muy extendidas en todo el neolítico. Generalmente realizadas en piedra dura de grano fino, pueden presentarse pulidas en toda su superficie o solamente por el corte, probablemente en función del mango. A partir del NM, y sobre todo del NR, algunas, principalmente en los Balcanes, están realizadas en cobre nativo, martilleado o pulido (fig. 8*c*) y a veces con un agujero.

Puesto que pocas veces se conoce de qué manera estaban estas herramientas sujetas al mango, no es fácil, desde luego, diferenciar las azuelas de las hachas y, en general, nos limitamos a considerar como hachas las que tienen un corte simétrico y azuelas las que tienen un corte disimétrico. Las hachas presentan casi siempre una hoja sencilla y plana, corta o larga, y un filo rectilíneo o convexo. En el NR aparece un tipo con hoja larga, bordes cóncavos y filo más ancho que solamente existe en cobre y se extenderá mucho en BA II (*infra*, p. 118). Las hojas con cuello para el mango, generalmente sencillas y de piedra, son corrientes en los Balcanes en el NR, y lo son menos en las regiones egeas. Las herramientas dobles, dobles hachas, hachas-azuelas y hachas-martillo, se encuentran también más en los Balcanes que en las regiones egeas y con frecuencia se trata de ejemplares de cobre. Las azuelas tienen también hojas sencillas y planas cuya forma varía en detalles, como ocurre con las hachas. Todas las hojas cortas pueden insertarse a un soporte de asta de cérvido o de hueso que, a su vez, está sujeto a un mango de madera. Las hojas largas pueden estar sujetas en una perforación del mango. Las hojas llanas, de cobre, se sujetan al mango por remaches, mientras que las que aparecen con un agujero tienen un mango inserto en éste.

Para las percusiones más precisas, se utilizan tijeras y buriles, que se distinguen a menudo con dificultad de las hachas y azuelas y que son siempre de metal. La hoja es estrecha y el filo, de doble bisel. Estas herra-

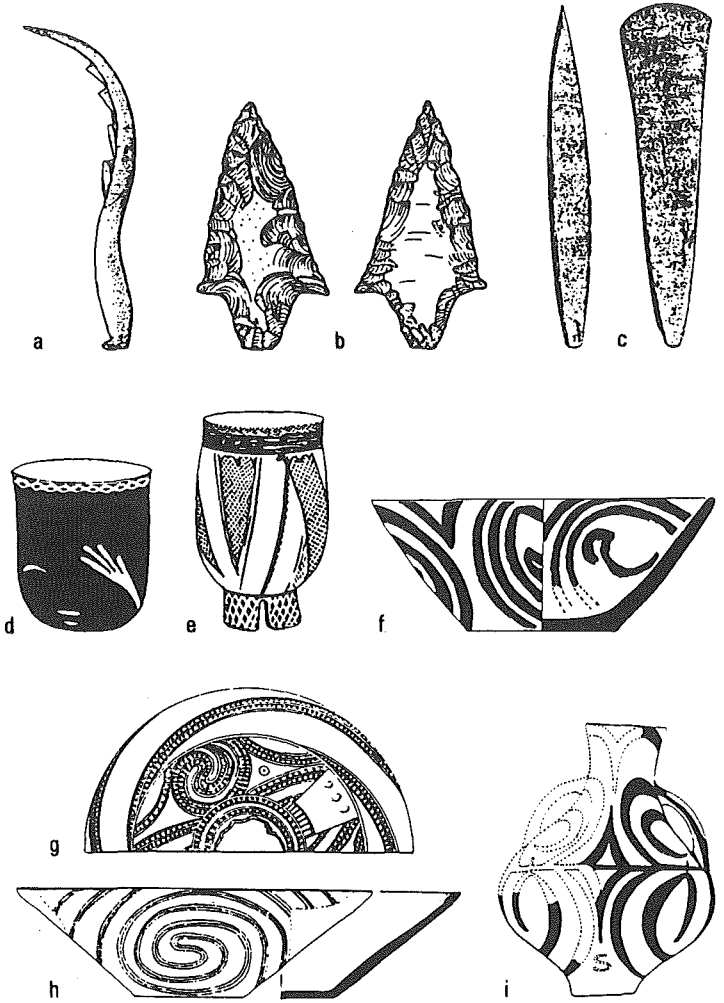


Fig. 8. Herramientas cerámica.
a: hoz compuesta de Karanovo (NA); *b*: punta de flecha de Saliagos (NR); *c*: hacha de cobre de Sesklo (NR); *d-e*: vasos de la Tracia septentrinal (NA); *f*: vaso de la Macedonia oriental (NM); *g*: fragmento de vaso de decorado inciso de la Tracia septentrional (principio del NR); *h*: vaso con decorado en grafito de la Macedonia oriental (NR); *i*: vaso con decoración pintada en negro y rojo de la Macedonia oriental (NR).

mientas aparecen en el NM y van siendo más frecuentes en el NR. Las mazas perforadas y los mazos con un estrangulamiento, casi siempre de piedra, se encuentran en todo el neolítico.

Técnicas de alfarería

La arcilla sigue utilizándose, modelándola a mano y cocida, para crear objetos: figuritas, maquetas, pesas de rueca... y este sistema seguirá usándose en las épocas posteriores. A pesar de que quizá intervenga primeramente una fase «acerámica», la cerámica que aparece, en grandes cantidades, en los niveles del NA, demuestra ya desde estos momentos una técnica bien desarrollada (*supra*, p. 457), que no presentará más que pequeños perfeccionamientos hasta que se utilice en el bronce medio, el torno (*infra*, p. 194). A la arcilla de cerámica, con frecuencia ferruginosa, se le añade un desengrasante mineral o vegetal, en mayor cantidad cuanto más grande sea el vaso. Es posible que a veces se realice mediante un molde. Pero casi siempre está modelada a mano. Los vasos y demás objetos pequeños se fabrican a partir de una bola que se amasa con la mano, con un procedimiento sencillísimo conocido en todos los tiempos. En otros casos, el montaje se realiza sobre un soporte, utilizando rollos de arcilla, enrollados a mano y amontonados. El soporte es casi siempre móvil. Puede tratarse de una estera o de un objeto llano recubierto de hojas que dejan sus huellas en el fondo pero, a veces, puede ser un dispositivo fijo, como una plataforma circular a la que se le dan vueltas con la mano.

Después de una etapa en que se seca, los elementos anejos (asas, lengüetas, picos, pies...), que se modelaron aparte, se fijan al vaso pegándolos con barro líquido que se refuerza a veces por una lengüeta. Después, el vaso se recubre de una capa fina, clara generalmente y formada por barro líquido, que será el soporte de la decoración pintada en tonos oscuros. Se enluce y, si es necesario, se pule y, por fin, se decora. Las pinturas probablemente se realizan casi siempre con un pincel, y a veces con el dedo o por chorreones. El grafito quizá se aplica con un cono que actúa como un lápiz. Los dibujos en relieve se obtienen, o bien deformando la pared, o bien pegando con barro un elemento modelado aparte. Las incisiones están realizadas con la uña o con más frecuencia, con un objeto cortante. Los dibujos pintados se ejecutan con un instrumento de hueso o madera o con una concha. Muchos dibujos impresos lo son mediante una concha bivalva. Finalmente, con mucha frecuencia los motivos incisos o impresos se rellenan de incrustaciones blancas o rojas.

Luego se cuecen los cacharros dentro de la paja o en fosa, es decir, sin horno: por lo menos, no se conocen hornos de alfarero que puedan identificarse con seguridad. Las temperaturas son generalmente bajas, del orden

de 700 a 800 °C, pero se saben utilizar los efectos de la oxidación y de la reducción: algunos vasos del NA y del NM, cuyo interior y bordes son negros, se cuecen en posición inversa, con el borde hundido en una capa de arena. En algunos casos muy raros, sobre todo en el NR, se realiza un decorado después del cocido: en estos casos se trata de dibujos pintados en rojo o blanco formando una espesa capa y muy friable, que se reconoce muy bien.

Producción de los recipientes y sus formas

Para recoger, conservar, transportar, trasvasar y consumir las sustancias fluidas, como el agua, aceite, granos..., se utilizan dispositivos y recipientes fabricados de muy diversos materiales, pero los que están hechos de materias orgánicas, como la madera, la coloquinta o calabaza, la corteza, la cestería, la piel, o el cuero..., seguramente muy numerosos, no se conservan, excepto en casos muy excepcionales: así, se halló en Anza un único jarro de madera de enebro. Por el contrario, los que se fabricaron en materias minerales, como el barro cocido y la piedra, se conservan aunque sea en fragmentos, y esto ayuda a dar una imagen falsa del mobiliario del cual disponían los pueblos neolíticos. La gama de recipientes no es ilimitada: las exigencias relacionadas con su fabricación y la utilización obligan, en efecto, a producir prácticamente en todas partes unos tipos básicos, como el cuenco, la taza, la jarra y el jarro. Por lo tanto, no deben considerarse como significativos y, en cambio, la aparición de algunos pocos tipos originales revestirá una gran importancia. En todos los casos, las formas cerradas (se llaman así, convencionalmente aquellas cuyo diámetro de la embocadura es inferior o como máximo igual al diámetro máximo de la panza) están adaptadas al transporte y a la conservación de los productos y, por lo tanto, son susceptibles de ser exportados como continentes, mientras que las formas abiertas se adaptan mejor al consumo de los alimentos, así como a su preparación.

En el neolítico antiguo, en el cual se utiliza también la piedra, en la Grecia continental y en la Tracia septentrional, las formas cerradas son menos numerosas que las formas abiertas (figs. 8*d-e* y 9*a-b*). Las primeras son esencialmente jarros, que pueden ser ovoides (Creta), elípticos (Grecia continental) o globulares (Tesalia); en Macedonia y en Tracia se producen también grandes vasos y cuencos casi cerrados, a veces montados sobre un pie. Las formas abiertas pueden comprender fuentes, como en Creta, pero más generalmente son cuencos que se ensanchan hacia la abertura (Creta, Macedonia central), hemisféricos o de perfil en U (Grecia continental y Macedonia central).

En el NM la proporción de formas cerradas parece más importante (figs. 8*f* y 9*c-f*). Se trata, por de pronto, de jarros, ovoides (Creta), elípticos, globulares o piri-

formes y con frecuencia provistos de un pie (Grecia continental). Así y todo, en todas partes, con la excepción de Creta, tienden a ser substituidas por formas biconvexas y bicónicas características de este período, sobre todo en el norte, donde se encuentran también jarras piriformes (Karanovo III), y jarras doblemente piriformes (Macedonia oriental). Las formas abiertas comprenden cuencos de diversos tipos, pero muchos ahora están provistos de un pie o incluso de un pedestal y los perfiles ahusados son frecuentes, también a partir de ahora se fabrican vasos de gran tamaño.

En el NR (figs. 8*h–i* y 9*g-h*) las formas cerradas están muy bien representadas. En todas partes se producen jarras, que pueden ser más o menos esféricas (Creta), globulares o biconvexas (Grecia continental y Macedonia central). En Macedonia y en Tracia aparece claramente el gusto por las formas bicónicas. En las fases de Aguia Sofía y de Otzaki, se produce un tipo especial de cacillos, decorados con acanaladuras e incisiones que se encuentran en la Grecia central (Kitsos, Kefala...) y en Tesalia (Sesklo) y cuya utilización nos es desconocida.[8] En la Bulgaria occidental y en la Serbia oriental, se fabrican tazas abiertas hacia fuera con cuello cóncavo y dos asas verticales características de la región. Las formas abiertas más corrientes son siempre los cuencos, de formas muy variables, que pueden estar provistos de un pie (Cícladas) o de un pedestal (Tesalia). Las formas ahusadas son típicas de la fase Arapi; y las embocaduras cuadradas, de las de Aguia Sofía; de Otzaki y de Dimini «clásico». Estas mismas embocaduras se encuentran a veces en la Macedonia oriental y en Tracia, en cuencos muy abiertos que con frecuencia presentan un cambio de perfil redondeado (Karanovo V) o uno ahusado (Karanovo VI) y siempre un reborde muy marcado.

La decoración de los vasos y de los objetos

En todas partes, excepto en Creta, las pinturas, sobre todo en oscuro sobre fondo claro, son las más extendidas y sus motivos, generalmente geométricos.

Durante el NA se producen en Creta, por incisión, dibujos a veces lineales, pero con frecuencia rellenados de puntos (decoración punteada): en bandas, líneas quebradas, triángulos y dameros. En el Peloponeso la cerámica «arco iris» presenta a veces pinturas rojas que utilizan motivos lineales (líneas paralelas, zigzagues, dientes de lobo, trazos, enrejados) o más raramente rellenos (triángulos, rombos...). En la Grecia central, los motivos son lineales. En Tesalia y en Nea Nikomedia, los dibujos pintados de la fase Proto-Sesklo (figs. 9*a-b*) utilizan motivos lineales (líneas paralelas, en V, zigzagues) o bien rellenos (triángulos, rombos, cuadrados, lengüetas, bandas onduladas), presentadas vertical u horizontalmente. En Anza I, los dibujos pintados utilizan líneas verticales bordeadas de puntos y composiciones quizá figurativas a base de triángulos. En Anza II y III se utilizan primeramente motivos geométricos a base de falsas espirales, y más adelante grupos de líneas y bandas verticales. En la Tracia septentrional, por fin, se encuentran motivos no solamente geométricos (trián-

8. Con frecuencia, se le atribuye, sin pruebas, una función religiosa.

gulos, enrejados, trenzas, falsas espirales) sino también florales, o incluso antropomorfos (figs. 8*d-e*). Durante el NM, en Creta, los motivos incisos están con menos frecuencia rellenos de puntos que en el NA. En el Peloponeso (fig. 9*c*) se pintan rombos concéntricos y, sobre todo, bandas y dameros rellenos de líneas o de cuadriculados presentados a menudo en forma oblicua. En la Grecia central predominan los motivos lineales (figs. 9*d-e*): líneas rectas, zigzagues, en V, en diente de lobo; triángulos, rombos, dameros, y dameros con trazos interrumpidos; líneas onduladas. En Tesalia, las pinturas en rojo u ocre, presentadas con frecuencia oblicuamente, combinan los motivos lineales (líneas, zigzagues) y los motivos rellenos (bandas, dameros, motivos en escalera: figs. 9*f-g*). Los motivos pintados de blanco solamente utilizan dibujos lineales. En la Tracia meridional, los decorados pintados en ocre utilizan motivos a base de líneas paralelas, rectas, onduladas o espiraliformes (fig. 8*f*). Los dibujos acanalados trazan zigzagues verticales o espirales. En los Balcanes, los decorados incisos están hechos a base de dameros y enrejados.

Durante el NR, en Creta, los pocos motivos que se encuentran pintados encima utilizan líneas verticales y horizontales formando bandas. Los motivos punteados son de nuevo más frecuentes. En el Peloponeso y en la Grecia central, las pinturas en blanco utilizan motivos lineales formando bandas, que se realizan en rojo o en negro; más adelante, utilizan motivos, o bien lineales (líneas paralelas, zigzagues, líneas onduladas, triángulos de trazos interrumpidos), o bien rellenos (triángulos, motivos en escalera, espirales). Los decorados pulidos son a base de líneas oblicuas. En Tesalia, las fases de Tsangli y Arapi ofrecen dibujos en ocre, con líneas o bandas paralelas, que muchas veces se presentan en paneles.

En las fases de Aguia Sofía, Otzaki y Dimini «clásica» (figs. 9*g-h*) los decorados ocres o blancos utilizan motivos rellenados o de trazos interrumpidos o presentados en negativo, dentro de zonas pintadas o de trazos interrumpidos y subrayados con una raya. A menudo se presentan en paneles que comprenden con frecuencia meandros, dameros, motivos en escalera y espirales. En Serbia, los motivos son con frecuencia curvilíneos. En la Macedonia oriental y en Tracia, los motivos pintados con grafito o en negro sobre rojo (figs. 8*h-i*) son lineales y a base de bandas que componen figuras geométricas curvilíneas (arcos, volutas, motivos espiraliformes, elipses, círculos...), pero también rectilíneos (cuadrados, triángulos, rombos, dameros). Su disposición es casi siempre diagonal y pueden, a veces, aparecer en negativo. Los decorados incisos, con frecuencia combinados con decoraciones de grafito, utilizan en general los mismos motivos (fig. 8*g*). Las acanaladuras se presentan con frecuencia en forma de arcos o guirlandas.

El trabajo del metal

Mientras que en el Próximo Oriente y en Anatolia el hombre utiliza los metales nativos y los minerales desde las primeras fases del neolítico, y en los Balcanes desde el NA, en las regiones del Egeo solamente comienzan a utilizarse a partir del NR: los minerales sirven para fabricar perlas; los metales nativos, armas, herramientas y adornos personales. Pero las técnicas utilizadas son las que se utilizan para la piedra y el hombre que elige estos

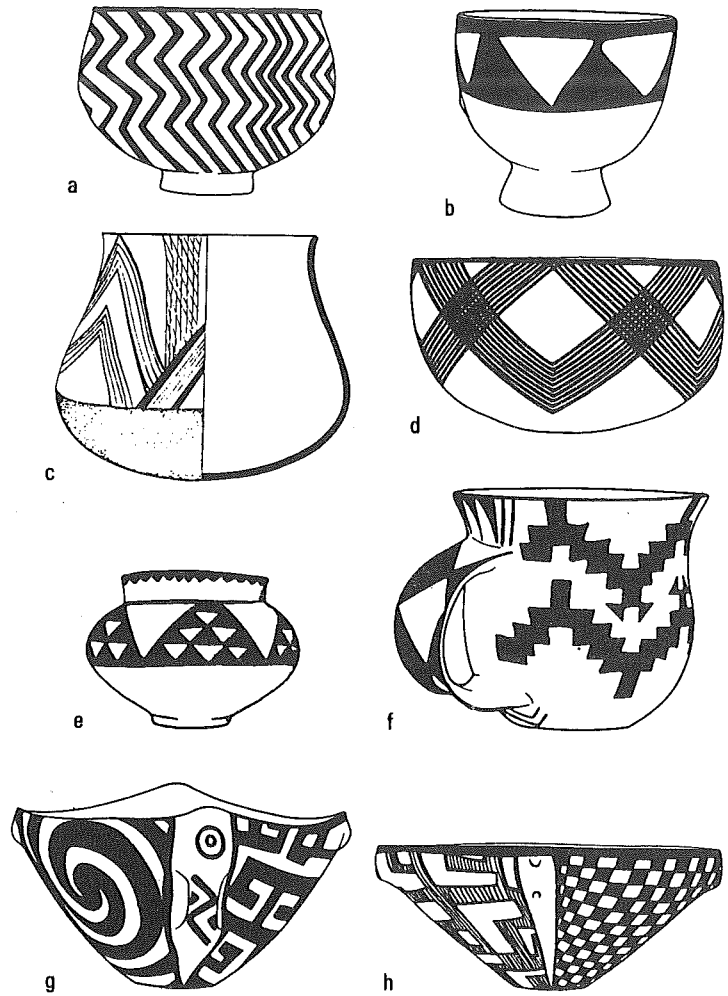


Fig. 9. Cerámica.
a-b: NA de Tesalia; *c*: NM del Peloponeso; *d-e*: NM de la Grecia central; *f*: NM de Tesalia; *g-h*: NR de Tesalia.

materiales solamente los ve como piedras maleables o coloreadas: no es capaz de deducir la presencia del metal en el mineral.

La aparición de la metalurgia propiamente dicha en el NR es, pues, un fenómeno enteramente nuevo, que no deriva del precedente. Quizá precedido por algunos primeros experimentos en el NM (efectivamente, se han encontrado escorias de cobre en Anza IV), se caracteriza por la puesta en explotación de varias minas de cobre en los Balcanes (*supra*, p. 84). En Giali, Kefala, Maliq II y Sitagri III, además, las escorias atestiguan, quizá, una metalurgia local del cobre. Con más seguridad, este es el caso de los crisoles de barro cocido que contienen con frecuencia restos de escorias y que son numerosos en los Balcanes y en Macedonia, así como los lingotes de cobre y los raros moldes que se han hallado allí. De todas formas, es seguro que las civilizaciones balcánicas de Karanovo V-VI y de Vinča-Pločnik son centros de actividad metalúrgica, mientras que en la Grecia central y meridional ésta no parece revestir más que una importancia secundaria.

Vestidos y adornos

Aparte de algunas huellas de tejido, las fíbulas son los únicos documentos que quedan de la manera de vestirse. Con frecuencia de hueso, a veces también de cobre a partir del NR, presentan siempre una punta aguda y un cuerpo cilíndrico. En las fíbulas de cobre, la cabeza puede estar formada por un ensanchamiento o, en los Balcanes, por un enrollamiento simple o doble del hilo que forma el cuerpo.

El interés por adornarse se encuentra tanto entre los adultos, incluidos los hombres, como entre los niños. Aparte de las diademas de oro, que solamente aparecen en Varna en el NR, se expresa mediante los brazaletes, collares y colgantes. Los brazaletes realizados en conchas de espondilo, o más raramente de pecten, y que se llevaban por encima del codo, son típicos de este período. Aún muy poco frecuentes en el NA, son ya más corrientes en el NM y en el NR desde Tesalia a los Balcanes, especialmente cerca del mar Negro y hasta la Europa central; pero se utilizan también, sobre todo durante el NR en los Balcanes, brazaletes y anillos de cobre o de oro. Los collares están compuestos, sobre todo, de perlas, esféricas o cilíndricas, de piedra (esteatita, cornalina, malaquita...), de cobre, de oro, de cerámica, de conchas o de hueso, pero también pueden presentar conchas perforadas y dientes de animal. Los colgantes, en general, son de forma sencilla y más o menos geométrica. Los de piedra tienen un agujero para colgarlos y una forma rectangular o discoide. Los de cobre u oro son, con frecuencia, un anillo plano, pero en Varna aparecen muchos otros tipos de adornos de oro que probablemente servían para adornar los vestidos. Algunos colgantes, generalmente de piedra, son zoomorfos: representan cuadrúpedos (osos,

bueyes) y, sobre todo, ranas. Otros, por fin, son antropomorfos, poco distintos de las figuritas; se distinguen, sin embargo, de ellas porque poseen un agujero, una muesca o una ranura que permite colgarlos. Los de hueso, muy corrientes en el NR al norte de los Balcanes, presentan algunos detalles incisos. Por fin, otros representan un pie, una mano, o un falo como si se tratara de exvotos.

3. Intercambios

La presencia en Tesalia (Pefkakia) durante el NR de vasos idénticos a los que se hallan en el mismo momento en la Macedonia oriental supone con seguridad que las mercancías circulaban de alguna forma, pero no sabemos si se trata de los vasos o de su contenido. En muchos otros casos no se trata más que de parecidos, que no son, desde luego, suficientes para establecer la existencia de intercambios. En los casos en que se ha podido comprobar una circulación de materias primas minerales, como la obsidiana de Melos, el problema de las modalidades sigue en pie: la piedra ha podido ser objeto de intercambio, pero también puede haber sido recogida directamente por grupos trasladados expresamente a la isla para este fin. Más verosímil es un intercambio entre los más cercanos; en cambio, cuando se trata de brazaletes y anillos de concha de espondilo, puesto que en algunos casos las conchas utilizadas en los Balcanes proceden del mar Egeo y no del mar Negro, la circulación y el intercambio parecen asegurados.

Las técnicas más antiguas se remontan al paleolítico o al neolítico. Pero las de la construcción, las labores del campo, una parte de las técnicas del trabajo en madera y las de alfarería aparecen, como mínimo, al principio del neolítico. Las técnicas de la cerámica aparecen al mismo tiempo o algo más tarde. La metalurgia se pone en práctica a partir del NR. Por lo tanto, durante la época neolítica no hay una fase privilegiada desde este punto de vista y la evolución parece hacerse, caso por caso, de una manera independiente y aislada. El nivel alcanzado en las regiones egeas y balcánicas es, por otra parte, comparable al que presentan en el mismo momento Mesopotamia y Egipto. Pero las innovaciones se producen más tardíamente y a una escala más limitada. El ejemplo de las construcciones complejas, que se encuentran en Creta más tarde y en menor número que en el Próximo Oriente es, a este respecto, muy típico. De alguna manera, podríamos decir que estas regiones se comportan como los márgenes de las grandes civilizaciones orientales. También debemos observar que, según las técnicas y las regiones consideradas, el ámbito egeo y balcánico pertenece a unas áreas culturales diferentes. En lo que se refiere a la construcción, algunas regiones están relacionadas con el Próximo Oriente, y otras con Europa, pero para las técnicas textiles todas están relacionadas con Europa. A nivel local, sin

embargo, las coexistencias constituyen la regla, y no las exclusiones. Todo ocurre, pues, como si cada uno de los rasgos técnicos tuviera su propia historia y una evolución más o menos autónoma.

La unidad de civilización es, por otro lado, muy profunda desde el Próximo Oriente hasta los Balcanes y hasta Europa: el hábitat, el modo de subsistencia, las costumbres funerarias y los hábitos, incluso las aficiones, ofrecen a grandes rasgos similitudes esenciales, pero las realizaciones materiales se caracterizan, aún más que en el ámbito de las técnicas, por la diversidad y la coexistencia: desde la planificación de los pueblos hasta los tipos de tumba, desde los estilos decorativos hasta las figuritas y los objetos de adorno personal, existen grandes variaciones y éstas aparecen normalmente en los mismos lugares. Finalmente, se caracterizan también por su autonomía: las costumbres funerarias son independientes de los tipos de tumbas y los sistemas de decoración no están en relación con los tipos de recipiente; y cronológicamente los cambios no coinciden entre ellos ni con el marco cronológico.

Pero nada de todo lo descrito parece anunciar la ruptura que aparecerá con el principio de la edad del bronce.

CAPÍTULO II

El bronce antiguo

Los documentos que datan del principio de la edad del bronce en las regiones del Egeo y las balcánicas son todos documentos arqueológicos y, como ocurre en épocas anteriores, la falta de textos hace difícil su interpretación. Por otro lado, estos documentos están desigualmente repartidos en el tiempo: mientras que los que conciernen al BA I son poco frecuentes, excepto quizá en Eubea, los que se refieren al BA II son muy numerosos. Además, es muy claro el desequilibrio entre las regiones bien conocidas —Creta, noreste del Egeo, Cícladas, Peloponeso y Grecia central— y el resto. El número de cementerios conocidos es, por primera vez, comparable al de los hábitat. En las Cícladas incluso es superior a éstos.

A. *LOS ASPECTOS REGIONALES Y LA SECUENCIA CRONOLÓGICA*

Las secuencias estratigráficas que proporcionan las bases de una definición y de una división del período son las de Mirtos y Cnosos en Creta, Troya, Termi y Poliochni en el noreste egeo, Lerna en el Peloponeso, Eutresis en la Grecia central, Argisa en Tesalia, y Sitagri, Dikili Tash y Ezero en Tracia.

1. El paso a la edad del bronce y el bronce antiguo I

El paso del neolítico a la edad del bronce, la definición estratigráfica de la primera fase de la edad del bronce y su posición cronológica plantean aún problemas difíciles.

El paso a la edad del bronce: ¿ruptura o continuidad?

El paso del neolítico reciente al bronce antiguo se ha interpretado con frecuencia como una transición. Efectivamente, en algunos establecimientos se han hallado capas que contenían material de ambos períodos, pero, a lo que parece, se trata de una contaminación estratigráfica. Allí donde la estratigrafía es clara, efectivamente, las capas del NR y las del BA son siempre muy diferenciadas. Además, pocas veces se superponen, porque casi siempre el hábitat se desplaza a principios del BA y en estos casos la ruptura estratigráfica es clarísima. Existen, sin embargo, signos de continuidad, puesto que en algunos casos niveles del BA se superponen a niveles del NR, pero están limitados a determinadas regiones y no indican más que la superposición de dos hábitat sucesivos (*infra*, p. 100).

La expresión misma *edad del bronce* parece implicar una ruptura, por lo menos en el orden técnico. En realidad, se adoptó en una época en la que podía creerse primordial el papel que tuvo la aparición de la metalurgia, especialmente la del bronce. Hoy sabemos, sin embargo, que en realidad apareció en el NR (*supra*, p. 90) y que el bronce no es la primera aleación realizada en la edad del bronce (*infra*, p. 123). Por lo demás, de manera general, los signos de continuidad predominan en el orden técnico, aunque la civilización vaya transformándose poco a poco. El resultado de dicha evolución aparece muy claramente al llegar al bronce medio, con fenómenos como la creación de los primeros palacios de Creta (*infra*, p. 138): el punto de partida de esta evolución se sitúa, desde luego, al principio del bronce antiguo.

El BA I: definición estratigráfica y cronología

Durante mucho tiempo se aceptó que la primera fase del BA egeo era, por definición, contemporánea de la primera aglomeración de Troya, pero más tarde se observó que Troya I, por varias razones convergentes (*infra*, p. 98), debía considerarse contemporánea del BA II egeo. Por lo demás, las observaciones estratigráficas realizadas en Poliochni, en Sitagri y en Dikili Tash demostraron que, por lo menos para estos establecimientos, los niveles intermedios se intercalan con los del NR y los que pueden estar

relacionados con Troya I. Así pues, solamente estos niveles, y solamente los que pueden compararse a éstos, pueden servir para definir el BA egeo.

En Creta, la fase se caracteriza, en contraste con la fase precedente neolítica, por la relativa frecuencia de los decorados pintados, sobre todo en el sur de la isla, en donde están realizados en blanco sobre rojo (estilo de Lebena) o en ocre sobre beige (estilo de Aguios Onufrios), especialmente en pequeñas jarras de cuello alto vertical u oblicuo. Pero en el norte y en el centro se encuentran, sobre todo, decorados incisos, análogos a los de las Cícladas, con frecuencia en pequeños jarros con cuello, y decorados alisados que aparecen en un tipo particular de cuenco con pedestal llamado «cáliz» de Pirgos (fig. 15*b*), mientras que las decoraciones pintadas se encuentran sobre todo en el oeste.

En el resto, la primera fase del BA se caracteriza por una gran disminución en la proporción de objetos decorados. En el noreste egeo (Poliochni negra y azul) se define por la presencia de algunos decorados pintados en blanco, por la predominancia de las acanaladuras a base de V y por la aparición de decoraciones pintadas. Las formas características son, por un lado, pequeñas cántaras análogas a las de Creta (fig. 15*a*) y, por otro, un cuenco abierto especial de Kum Tepe I B, que presenta un labio rebordeado por dentro y decoración de tetones horizontales en el borde. En las Cícladas, el período en conjunto se caracteriza por la predominancia exclusiva de las decoraciones incisas y las impresas, sin que se pueda distinguir verdaderamente lo que pertenece al BA I y lo que pertenece al BA II. Hay también cuencos de Kum Tepe, así como una jarra de tipo especial, de panza globular, pie y cuello troncocónicos, llamada convencionalmente «kandila» (candil; fig. 15*h*). En la Grecia continental (Eutresis), la fase parece caracterizarse por la presencia, en la cerámica, de un engobe rojo alisado y muy pocos decorados incisos e impresos análogos a los de las Cícladas. En la Macedonia oriental (Sitagri, Dikili Tash) y en la Tracia septentrional (Ezero) predominan los decorados incisos, pero se encuentran igualmente acanaladuras en el decorado, excepto en la Tracia septentrional, y decorados impresos.

En la Grecia central, las raras dataciones de las que se dispone no permiten situar el principio de la fase, pero sugieren que puede situarse entre 4300 y 3700, incluso hasta 4000 o 3900 BP, o sea, después de la corrección, hacia 2650-2400 a. de C. En Macedonia y en Tracia, donde disponemos de algunas dataciones, el principio de la fase puede fijarse hacia 4500 o 4400 BP, lo que corresponde, después de la corrección, a 3300 o 3100 a. de C., mientras que el final podría situarse hacia 4100 BP, o sea, 2800-2700 a. de C.

2. El bronce antiguo II

La segunda fase del bronce antiguo está mucho mejor definida que la primera y los problemas que se plantearon anteriormente han sido ya resueltos por las recientes investigaciones.

El BA II: definición estratigráfica y cronología

Como ya hemos dicho (*supra*, p. 96), ya no se puede definir el BA I egeo a partir de Troya I. Se han hallado allí, en efecto, trozos de cerámica con *Urfinis*, especialmente fragmentos de «salseras», que son característicos del BA II de Grecia continental y de las Cícladas (*infra*, p. 122). Además, se ha observado que Troya II estaba unida por analogías muy claras con el BA III de Cilicia (Tarso) y que, por consiguiente, Troya I, que no está separada por ruptura alguna, debería ser contemporánea del BA II de la misma región. Puesto que ambos argumentos han sido confirmados por una serie de observaciones estratigráficas (*supra*, p. 96), hay que admitir, por consiguiente, que Troya I es más bien contemporánea del BA II egeo.

En Creta, la fase se caracteriza, como la precedente, por la preponderancia de las decoraciones pintadas, sobre todo en el sur de la isla (figs. 15*d-e*). El estilo de Kumasa, que corresponde al principio (minoico antiguo II A), utiliza motivos ocres o rojos sobre un fondo claro. Pero el final (MA II B) se caracteriza por el predominio de los decorados flameados (estilo de Vasiliki), en los cuales sobresalen manchas negras sobre fondo rojo o naranja. Las pequeñas cántaras heredadas del MA I pueden presentar una abertura oblicua o un cuello oblicuo recortado en canalillo; a ello hay que añadir los vertedores típicos de pitorro largo en medio canal. En Troya I y en Termi A y B la preeminencia pertenece a los decorados incisos; en Poliochni verde y rojo, a los decorados acanalados y peinados. En toda la región se encuentran cántaras análogas a las de Creta, así como cuencos y copas con decoración de tetones horizontales característicos. En las Cícladas, solamente se encuentran decorados incisos o impresos que coexisten frecuentemente en los mismos objetos (figs. 15*f-h*): las formas características son «kandiles», cántaras análogas a las de Creta, cuencos de Kum Tepe o de tipos parecidos, «salseras» y «sartenes para freír» (fig. 15*i*; *infra*, p. 122). En la Grecia continental se encuentra una cerámica a engobe de gris a negro, o rojo, muy brillante, a la que se ha dado el nombre de *Urfinis*.[1] A veces presenta motivos análogos a los de las Cícladas. Las formas típicas son las «salseras» (fig. 15*c*), extendidas por el Peloponeso y la Grecia

1. Esta cerámica no debe confundirse con la del neolítico medio que lleva el mismo nombre (*supra*, p. 59).

central, los «askoi» y las «sartenes», que se encuentran en Argólida en el este de la Grecia central y en Eubea. En la Macedonia oriental (Sitagri, Dikili Tash) y en la Tracia septentrional (Ezero), los decorados incisos, acompañados a veces de decorados impresos, están bien representados pero desaparecen antes del final de la fase. Las formas, especialmente las jarras de abertura oblicua, están muy cerca de las del noreste egeo. En el norte de los Balcanes, por fin, aparece una cerámica «de cuerda» (con cuerdas impresas, a veces en triángulos) que se seguirá encontrando, a partir del BA III-BM I, en la Grecia continental (*infra*, p. 196).

En la Grecia central y meridional, las dataciones por el C 14, aún poco numerosas, se escalonan entre el 4200 y 3900 BP, o sea, después de la corrección, entre 2750-2700 y 2400 a. de C. Las dataciones mediante la termoluminiscencia, también poco numerosas, se agrupan entre 2400 y 2300 a. de C., lo que, teniendo en cuenta las características del método, da un resultado coherente con el anterior. En Macedonia y en Tracia, donde las dataciones son más numerosas, el principio de la fase puede situarse hacia 4450 BP, o sea, 3200-3150 a. de C., y el final hacia 4000 o 3800 BP, o sea, entre 2700 y 2350 a. de C. El resultado es una cronología alta pero mejor basada que las estimaciones tradicionales.

La ruptura final, la posición del BA III y el paso al bronce medio

El final del BA II se caracteriza en muchos establecimientos por una ruptura estratigráfica que se acompaña de cambios muy claros en la cerámica y en el hábitat. Es el caso de Lerna, donde el final del Lerna III está marcado por el incendio de la casa de las Tejas y por la desaparición de las «salseras». Se observa, por lo demás, que la fase tradicional llamada BA III presenta tantas analogías con el principio del bronce medio que debe unirse a ella (*infra*, p. 177). Es pues, legítimo hacer coincidir el final del bronce antiguo con el del BA II y el principio del bronce medio con el del BA III, sin tratar de eliminar la incoherencia terminológica resultante, puesto que no presenta inconvenientes graves.

B. *LA EVOLUCIÓN DE LA CIVILIZACIÓN*

1. El hábitat y la vivienda

El hábitat

La evolución del hábitat en el bronce antiguo está marcada por tendencias análogas a aquellas que se han podido observar respecto al neolítico

(*supra*, p. 62): el agrupamiento y el apretujamiento dominan a partir de ahora, hasta el punto de que se excluyen prácticamente las viviendas semidispersas. Pero estamos todavía lejos de tratar con verdaderas ciudades: las actividades agrícolas siguen predominando, y las superficies ocupadas siguen siendo tan modestas, si no más, que en la época anterior, excepto en Manika, donde la aglomeración se extiende a unas 50 ha. Los planos regulares han desaparecido, en apariencia, quizá porque no se adaptan bien a establecimientos en lugares algo accidentados. Los programas de defensa son contemporáneos, a veces, de la jerarquización del hábitat entre una ciudad baja abierta y una ciudad alta fortificada.

En el BA I, el hábitat cambia de carácter en la mayoría de las regiones egeas. Las aldeas y los pueblos neolíticos se abandonan y se instalan nuevas aglomeraciones en asentamientos diferentes. Se trata con frecuencia de rocas cercanas al mar o de promontorios que permiten el control de un puerto natural; en el interior, se prefiere las zonas de llanura o las bajas colinas, pero a veces, como en Debla, en la Creta occidental, hay una instalación en altura que parece tener una función de vigilancia. Así y todo, en la mayor parte de Tesalia, en Macedonia y en Tracia la situación es distinta: se trata de lugares ocupados durante el neolítico que siguen siéndolo, casi siempre, en el BA I. Estos hábitat tienden a adoptar el sistema de concentración y protegerse detrás de una muralla.

En el BA II la elección de los asentamientos refleja las mismas tendencias. En las zonas costeras las aglomeraciones continúan instalándose cerca del mar, pocas veces sobre verdaderas acrópolis (Troya I, Furnu Korifi en Mirtos), con más frecuencia sobre un simple roquedo o sobre una eminencia apenas visible. En el interior se instalan sobre colinas y, raramente, sobre acrópolis. Probablemente se trata siempre de pueblos concentrados. En algunos casos, el plan recuerda el de Dimini y Sesklo durante el NR: un grupito de construcciones independientes ocupa la cima de una eminencia y se protege detrás de una muralla, mientras que un pueblo se extiende al exterior (Troya, Lerna, fig. 10*a*). En otros lugares, el plano es muy corriente: calles de trazado irregular y de amplitud variable delimitan islotes completamente construidos en los cuales las casas, que tienen dimensiones parecidas, están con frecuencia dispuestas en hilera y a veces alineadas. Si existe una muralla, encierra todas las viviendas. En Mirtos, finalmente, el conjunto de 90 habitaciones ocupando la superficie de una hectárea difícilmente puede corresponder a una sola construcción (fig. 10*b*; *infra*, p. 104): se trata, probablemente, de un pueblo de tipo particular, en el que no se distinguen grupos de habitaciones correspondiendo a casas particulares. Muchos de estos pueblos del BA II (Poliochni, Troya, Termi, Panormos, Mirtos, Lerna, Tirinto [?], Ezero...) están rodeados por una muralla que, con frecuencia, no es más que un simple muro, pero que puede también estar doblada o triplicada y reforzada por baluartes. Esto indica

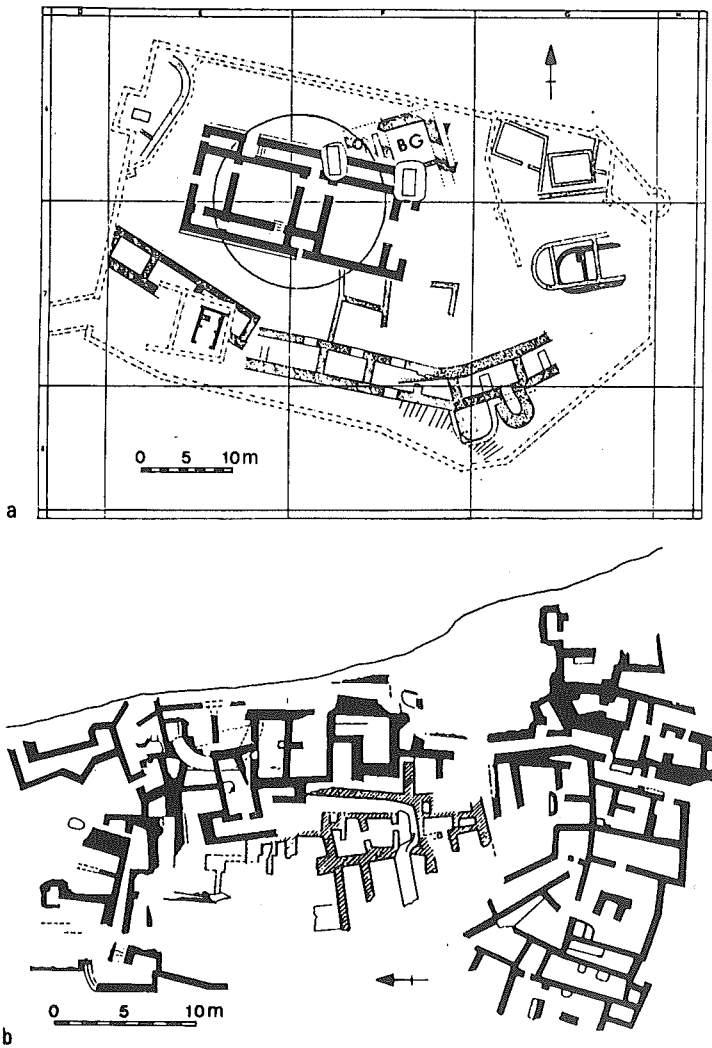


Fig. 10. Las aglomeraciones.
a: Lerna, en negro: casa de las Tejas; al sur: fortificaciones del HA (?); *b*: Mirtos (BA II), líneas discontinuas: período I; en negro: período II.

que después de haberse fundado, en el BA I o al principio del BA II, en situaciones sin gran valor defensivo, sienten ahora la necesidad de protegerse e incluso de reforzar sus defensas.

La construcción

Las técnicas de construcción demuestran una gran estabilidad (*supra*, p. 65). La utilización de los materiales, por de pronto, es muy parecida a la del neolítico. Entre las clases de madera utilizadas, se observa en Creta, simplemente la frecuencia del roble, el olivo y los resinosos como el ciprés, el pino y el abeto. La utilización de la piedra sigue siendo limitada: cantos y cantos rodados sirven cada vez más a menudo para enlosar, pero siguen sin construirse muros enteramente de piedra. La tierra de construcción sigue siendo el material más utilizado; aparte de las tejas cocidas, fabricadas por vez primera en el BA II en Argólida, pero que desaparecerán en el BM, sirve siempre para fabricar ladrillos sin cocer, paralelepipédicos todos, para adobes y suelos. La cal sigue utilizándose, excluyendo el yeso, mientras que los enjabelgados tienen nuevos colores, como el amarillo y el negro.

Los muros de ladrillos sin cocer presentan ahora con frecuencia cimientos de piedra, lo que es una novedad; el basamento, normalmente de 40 a 60 cm de altura, puede llegar a alcanzar 1 m, si la construcción está situada sobre una pendiente y posee un piso, o incluso de 2 a 3 m si se trata de una construcción redonda. A veces, sobre todo en el noreste egeo (Termi, Troya), en Aguios Kosmas, Lerna, Tirinto y Eutresis, las piedras del basamento se colocan en espina de pescado. Los apeos de madera siguen siendo frecuentes, pero ya no se encuentra ningún ejemplo seguro de muros sin basamento. La técnica de la construcción de la superestructura cambia poco; se observa, solamente en Cnosos, la primera muestra de una alternancia de hiladas de ladrillos a lo largo y a lo ancho y, de una manera general, la tendencia a multiplicar los apeos. Revoques y enjabelgados se realizan siempre con el mismo sistema y en Lerna se encuentra el primer ejemplo de relieve en la decoración, pero se ignora si la decoración pintada, conocida ya desde el neolítico en el Próximo Oriente y Anatolia, se realizaba ya en el mundo egeo. Parece, por lo menos, que el empleo de las técnicas del ladrillo continúan extendiéndose hacia el norte y predominan a partir de ahora en la Macedonia occidental y central, comprendida la Pelagonia y en Calcídica. Los muros de adobe no parecen tampoco diferentes de lo que eran en el neolítico, pero a partir de ahora la utilización de dicha técnica se limita a las regiones situadas al este del Axios.

Los tejados en terraza y de dos vertientes siguen apareciendo en las regiones donde estaban antes; los tejados en cúpula de ladrillo sin cocer se encuentran a partir de ahora, a lo que parece, en las tumbas circulares de

Creta (*infra*, p. 106) y en las construcciones redondas de Orcomenos y Tirinto (*infra*, p. 117): también se cubren así, sin duda, los tejados con tejas de barro cocido. Finalmente los suelos están cada vez más enlosados, empedrados o con revoque.

La vivienda

La evolución de la vivienda prolonga la que se había producido en el neolítico. La sustitución de las casas más sencillas por tipos más complejos sigue y se extiende al Peloponeso. Al mismo tiempo, se afirma cada vez más, una preferencia por lo menos en el este y el sur de la cuenca del Egeo, por los planos irregulares, por las habitaciones metidas una dentro de otra y por la pluralidad de niveles; pero estos son caracteres «orientales» que no influyen mucho en las regiones septentrionales ni en los Balcanes.

Se encuentran aún algunas chozas semisubterráneas cuya datación e interpretación plantean problemas (Eutresis, Sesklo). Pero la gran mayoría de viviendas son casas construidas. Algunas, y esto sería un hecho nuevo, son quizá circulares, como las «cabañas» del Poliochni negro, de las que se ha encontrado un muro curvo, pero todas las demás son cuadrangulares. Las casas de una sola habitación, tan corrientes en el neolítico (*supra*, p. 68), no se encuentran ya casi representadas más que en las Cícladas donde presentan formas irregulares, curvilíneas o rectilíneas, y en los Balcanes, donde se trata de casas rectangulares, largas de 4 a 9 m y uno de cuyos lados cortos, opuesto a la entrada, con frecuencia es algo curvo (Ezero).

Las casas de dos o tres habitaciones se encuentran en el BA I en el Poliochni azul, pero no se conoce ningún plano claro y concreto de ellas. En Eutresis, la casa I se compone de una habitación principal casi cuadrada y de una habitación secundaria situada en su prolongación; en Ezero, muchas casas están divididas por un muro divisorio, pero sus caracteres son los mismos de las casas de una sola habitación. En el BA II, los ejemplos son mucho más numerosos y variados. En las Cícladas se encuentran casas de dos habitaciones, cuyos lados pueden ser, indiferentemente, curvilíneos o rectilíneos pero de formas siempre irregulares. En Keos (Aguia Irini), en Eubea (Manika), en la Grecia central (Aguios Kosmas, Litares, Eutresis) y en el Peloponeso (Aguios Dimitrios) las habitaciones, generalmente de tamaño desigual, están dispuestas en hilera (fig. 11*a*). Este sistema se encuentra también en Termi, bajo una forma a veces más compleja; pero también se encuentran, como en Troya I (fig. 11*b*) y en la Anatolia occidental, *megarons* compuestos de una habitación larga rectangular y de un porche a veces bastante profundo, apoyado por dos pilares cuadrados. Las casas con ábside semicircular aparecen en el BA II en el noreste del Egeo (Troya), en la Grecia continental (Tirinto, Korakú, Orcomenos, Tebas,

Rachmani: fig. 11*c*) y en la Macedonia oriental (Sitagri). Algunas tienen una sola habitación, pero la mayoría se componen de dos: el ábside, que sirve de bodega y de cocina, está en este caso separado de la habitación principal por una pared divisoria. Estas casas se extenderán mucho más aún en el bronce medio (*infra*, p. 189). En los Balcanes (Ezero) siempre se encuentran casas de dos habitaciones, un lado corto de las cuales es algo curvo, sin que, sin embargo, llegue nunca a tomar la forma de un verdadero ábside. Es el tipo que continuará predominando en estas regiones en el bronce medio (*infra*, p. 189).

Las casas complejas no están claramente demostradas en el BA I pero son frecuentes en el BA II, a pesar de que presentan aspectos muy diferentes de uno a otro lugar. En el Poliochni verde y rojo presentan un plano complicado, irregular y esencialmente variable, que parece combinar a menudo elementos de una o dos habitaciones, equivalentes a las casas de Termi, pero el límite de cada unidad se reconoce difícilmente. En Mirtos, las habitaciones pueden ser trapezoidales, triangulares, en L, rectangulares y, sobre todo, irregulares (fig. 10*b*): hay espacios minúsculos al lado de habitaciones muy grandes y la disposición parece ser el resultado de añadidos improvisados que responden a necesidades sucesivas, pero el conjunto resultante no tiene casi el carácter de casa: se trata, más bien, de un complejo en el que se guarece un grupo más amplio que una familia (*supra*, p. 99). Un caso análogo se encuentra quizá en Panormos (Naxos), donde un conjunto de 20 habitaciones está cerrado por una muralla (fig. 11*d*).

En Vasiliki, por el contrario, otros tipos de construcciones complejas ofrecen una yuxtaposición de habitaciones rectangulares en un plano regular en apariencia. En el continente, en Lerna, dos construcciones amplias y muy cuidadas presentan los mismos caracteres. El edificio BG comprende, en su parte excavada, un porche con dos pilares de planta cuadrada y una pilastra central, una habitación principal casi cuadrada y una habitación secundaria. Así y todo, es de excepcionales dimensiones (la habitación principal mide 5,50 × 6,50) y sobre todo presenta, alrededor de la habitación principal, un sistema de pasillos estrechos encerrados entre muros paralelos, cuya función no se conoce. Sin embargo, este carácter se encuentra también en la casa de las Tejas, construcción ligeramente posterior y ya monumental (25 × 12 m; fig. 10*a*). Compuesta por una hilera de habitaciones principales, alternativamente grandes y pequeñas, presenta también unos pasillos estrechos en una gran parte de su perímetro: algunas partes se utilizan como escaleras; otras, como almacenes, mientras que otras no son accesibles más que desde el exterior. Esta particularidad, que parece definir un tipo de construcción de corredores (*corridor house*), quizá provista en el piso superior de galerías, se encuentra en la casa al Borde de la Roca y en la casa Blanca de Colona en Egina (fig. 11*e*) y en las construcciones de Akovitika, en Mesenia. Pero las dimensiones de la casa de las Tejas, su posición apa-

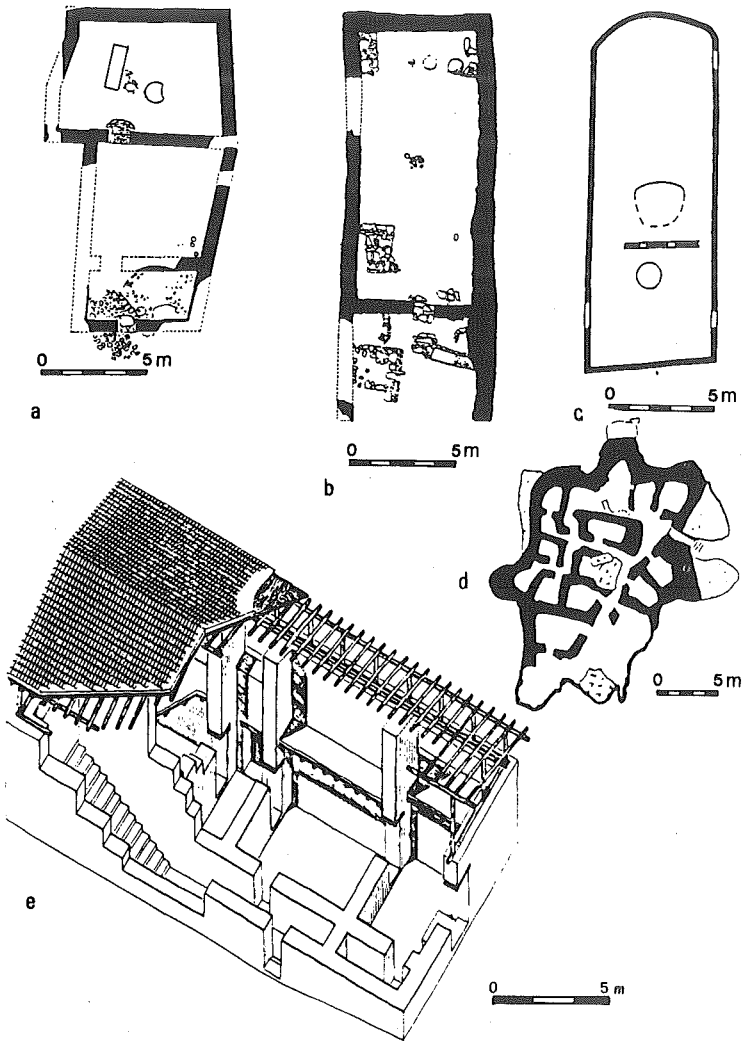


Fig. 11. Las viviendas.
a: Eutresis, casa L; *b*: Troya, construcción 102; *c*: Rachmani, casa P; *d*: Panormos (Naxos); *e*: casa Blanca de Colona (Egina).

rentemente central y la presencia de una muralla fortificada a su alrededor han hecho pensar en un palacio antes de que existan. Sin embargo, estos argumentos no son determinantes.

Las disposiciones interiores no varían mucho. Los silos excavados son especialmente corrientes en el BA II y se utilizan las mismas despensas que en el neolítico; las vasijas de provisiones, a veces alineadas a lo largo de los muros, pueden estar hundidas parcialmente en el suelo o, por el contrario, colocadas sobre un soporte. En el exterior, completan a veces el almacenaje graneros circulares (*infra*, p. 117). En las casas de varias habitaciones, es frecuente que cada una posea su hogar y uno o varios hornos. Los hogares, con frecuencia circulares u ovales, presentan a veces un reborde de tierra decorado. Los hornos son del mismo tipo que en el neolítico (*supra*, p. 70) y se conocen sobre todo en Termi y Ezero. Con frecuencia tienen forma de herradura y casi siempre están situados cerca de un muro o en el ábside, si existe.

El mobiliario está evolucionando. A las sillas de respaldo redondeado y a los taburetes se añaden, a partir de ahora, efectivamente, tres nuevos tipos de silla de respaldo abierto, uno de ellos con las patas curvadas. Las plataformas y los zócalos de albañilería son más corrientes que en el neolítico y sirven en algunos casos para colocar vasijas y objetos. También se encuentran en el exterior de las viviendas. Las mesas y las lámparas, por el contrario, no sufren muchas modificaciones.

2. Las costumbres funerarias

La novedad esencial consiste en la aparición en Creta de las tumbas construidas, pero las costumbres funerarias en sí mismas cambian poco y pueden ser interpretadas en los mismos términos que las de la época neolítica (*supra*, p. 71). Numerosos indicios, especialmente en Creta y en las Cícladas, muestran efectivamente que se conserva la costumbre de empujar las sepulturas anteriores para dejar sitio y enterrar un nuevo muerto según las reglas.

El BA I: tradición e innovación

Algunas tumbas de niño e incluso de adulto están aún situadas en las zonas habitadas, pero la mayoría —y se trata de una nueva situación— se encuentran ahora en el exterior, en cuevas funerarias o, con más frecuencia, al aire libre. Normalmente están agrupadas en cementerios, que son a veces muy grandes (Zakros, Aguia Fotia...); en la Mesara, sin embargo, el cementerio está casi contiguo al hábitat y es de dimensiones restringidas,

puesto que se compone de una a tres tumbas colectivas. La inhumación, que sigue predominando, se hace con frecuencia en tumbas del tipo de fosa simple, heredado del neolítico (*supra*, p. 73), pero las tumbas construidas y las tumbas de cista son frecuentes en las Cícladas. En los tres tipos, de todas maneras, la sepultura es individual y el cuerpo normalmente está tendido de lado en posición fetal. Está enterrado con sus vestidos y objetos de adorno personal, y un mobiliario muy modesto compuesto de vasos y herramientas. En Creta aparecen con frecuencia huellas de combustión sobre los huesos pero no se puede establecer en ningún caso que se trate de una cremación.

La misma fase, sin embargo, ve aparecer en Creta la tumba circular construida, típica de la Mesara y de sus alrededores (fig. 12*a*). El basamento de piedra, único vestigio que se conserva, es de un grosor proporcionado aproximadamente al diámetro, a menudo entre 6 y 9 m; la entrada, situada generalmente al este, es de dimensiones reducidas y cerrada por una losa. La techumbre, que no se ha hallado nunca, ha suscitado enormes discusiones entre los partidarios y adversarios de la hipótesis de una cúpula de piedra, pero es muy posible que haya que buscar la solución en el ladrillo sin cocer, material por excelencia de la arquitectura egea, y por añadidura adaptado a la solución en cúpula. El origen de esas tumbas, objeto de diversas teorías, está aún oscuro. En cualquier caso, la sepultura es siempre colectiva: cada tumba contiene decenas y a veces centenares de muertos que sin duda fueron enterrados normalmente, pero cuyos esqueletos se encuentran en gran desorden. Estos muertos están también enterrados con su ropa (se encuentran, efectivamente, fíbulas) y sus objetos de adorno: diademas de oro, anillos de metal, collares, colgantes... El mobiliario funerario comprende con frecuencia puñales, pero también herramientas (hojas de obsidiana, hachas, paletas...), píxides y vasos, pinzas, figuritas, estatuillas, sellos...; estos objetos muestran con frecuencia huellas de su utilización pero, evidentemente, no es posible relacionarlos con sus antiguos propietarios. Finalmente, se encuentran huellas de combustión en algunos casos, pero no se puede demostrar ninguna cremación.

El BA II: diversificación

Ya no se encuentran ahora tumbas de niño en las regiones habitadas; las tumbas de adulto están siempre al exterior, o en cuevas o al aire libre y lo mismo puede decirse de las tumbas de niño (Aguios Kosmas). Existen aún tumbas aisladas, especialmente en las Cícladas, pero casi siempre se agrupan en verdaderos cementerios, que pueden contener decenas e incluso centenares de tumbas (600 en Calandriani, 4000 [?] en Manika). En Creta, se encuentran en ciertas regiones cementerios de este tipo (Aguia Fotia),

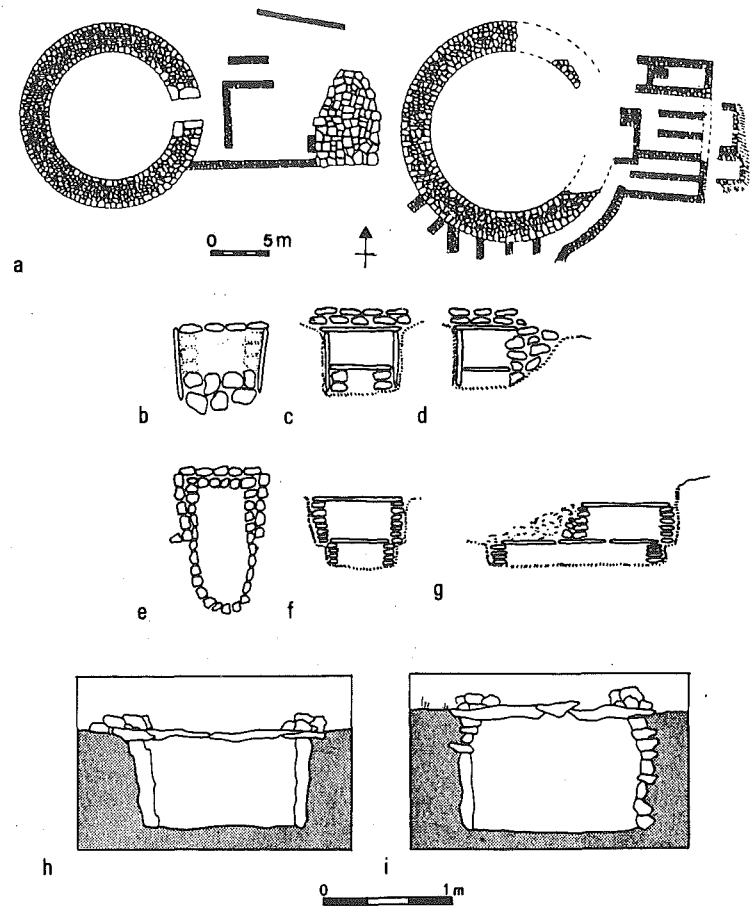


Fig. 12. Las tumbas.
a: tumbas circulares y cuadrangulares de Platanos (Creta); *b-d*: tumba de cista con piso de las Cícladas (*b*: plano; *c-d*: cortes); *e-g*: tumba construida en ladrillos de piso de las Cícladas (*e*: plano; *f-g*: cortes); *h-i*: tumbas de Aguios Kosmas.

pero en la Mesara se trata, como en el BA I, de agrupaciones mucho más restringidas. En la Grecia continental se encuentran algunos túmulos circulares de ladrillo (Tebas) o de tierra mezclada con cantos rodados (Steno en Leucada), destinados claramente a agrupar y, sobre todo, a aislar las tumbas, que pueden ser variables en número y de diversos tipos; anuncian las que se construirán en el bronce medio (*infra,* p. 191).

La forma normal de entierro es siempre la inhumación. Las tumbas de fosa simple siguen encontrándose corrientemente en la Tracia septentrional (Ezero), donde toman a veces una forma trapezoidal (Bereketska), pero son más raras en la región del Egeo. En las Cícladas y en Aguia Fotia a veces están provistas de una entrada. De hecho, van siendo reemplazadas progresivamente por tumbas de albañilería y de cista (figs. 12*b-i*), análogas a las de la época neolítica (*supra,* p. 73); pequeñas y de forma variable, son frecuentes sobre todo en las Cícladas, la Anatolia occidental (Iasos), Ática (Aguios Kosmas), Beocia (Tebas) y Leucada (Steno). Las tumbas de albañilería presentan a veces un piso (Avdeli en Naxos) o también una techumbre en falsa bóveda (Calandriani) y algunas están provistas de una entrada. Las tumbas de cista pueden tener también un piso y una parte de las losas están a veces sustituidas por mampuestos. A nivel del suelo la tumba puede reconocerse por la losa que la recubre, por una área de cantos o por un pequeño muro. Finalmente, en Eubea se encuentran tumbas de cámara trapezoidales, excavadas en la roca y provistas de un corredor de entrada.

En estos tipos de tumbas, el enterramiento es individual o múltiple. Si la tumba está llena se empujan hacia los lados los restos anteriores y se entierra al nuevo muerto en el espacio que se ha dejado. En las Cícladas, en caso de necesidad, se construye un piso suplementario; la sepultura en jarra se utiliza en la Anatolia occidental para los niños, y en el noreste egeo y la Tracia septentrional, pero también puede aplicarse a los adultos en la Anatolia occidental y en Leucada. La inhumación simple es, sin embargo, la más común: el muerto está normalmente tendido de lado, en posición fetal con las manos cerca de la cara. Se le entierra con sus vestidos, sus objetos de adorno y un mobiliario pobre en general.

La tumbas circulares siguen utilizándose en la Mesara y en las regiones vecinas (fig. 12*a*). También se construyen, a partir de ahora, tumbas cuadrangulares, características de la Creta oriental (Mochlos) y del norte de la Creta central (Arcanes). Poseen un basamento de piedra y muy probablemente una superestructura de ladrillo, así como un tejado en terraza. Unas son más bien cuadradas o alargadas, y otras rectangulares, estrechas y con frecuencia dispuestas en series paralelas. Se han querido interpretar las primeras como tumbas provisionales y las segundas como osarios, pero no se distinguen claramente por su contenido y es probable que sirvan para idénticas costumbres funerarias. Construcciones análogas, pero con muros de

menor grosor se añaden a partir de ahora a algunas tumbas de la Mesara: primeramente se construye una pequeña cámara delante de la entrada, y luego otras se adosan a ésta y se entierran nuevos muertos.[2] En otros lugares se construyen nuevas tumbas circulares. La forma de sepultura, siempre colectiva, se realiza como en el BA I. La cremación, finalmente, parece demostrada en Steno.

3. La sociedad y las ideas

La demografía

Las estimaciones que pueden realizarse sobre la importancia y densidad del poblamiento son necesariamente arbitrarias. En cuanto al estado sanitario de los pueblos, que se supone poco distinto de lo que era en el neolítico (*supra*, p. 75), sólo queda ilustrado por algunos casos de osteoporosis, afección cuya frecuencia empieza a disminuir. No se observa ningún ejemplo de trepanación. La esperanza de vida se considera generalmente superior a la del neolítico y el máximo de mortalidad se sitúa con frecuencia entre los 40 o 45 años para los hombres, y 30 años para las mujeres. Pero estas evaluaciones se basan en métodos discutibles en parte y es probable que en la realidad el máximo de mortalidad fuera más tardío (*supra*, p. 75).

La diversificación social

La división del trabajo según los sexos no parece haberse modificado. Las desigualdades siguen reflejándose en el mobiliario fúnebre: en las Cícladas, la mayoría de las tumbas no contienen objeto alguno, o solamente muy pocos, pero una minoría contiene más. En Steno la mayoría de las tumbas son pobres, pero doce de ellas contienen armas, herramientas, vasos y objetos de adorno. En Iasos y en Manika se ha podido demostrar la existencia de una serie de tumbas que contenían mobiliario importante y de creciente variedad, pero muy pocas de ellas contienen algo que no sea vasos. Sin duda, estas desigualdades, como en el neolítico, están en función del sexo (*supra*, p. 76): en Steno, siete tumbas ricas entre doce son de hombre y cinco, de mujer.

A veces se ha considerado a los fundidores y herreros como artesanos

2. Hoy ya no es posible considerar la hipótesis propuesta por Glotz, G., *La civilisation égéenne*, París, 1923, pp. 153 y 158-159, y recogida por Branigan, K. [480, pp. 128-130], según la cual cada tumba de un mismo cementerio correspondería a un clan de la población.

especializados, así como a los fabricantes de vasos o de estatuillas de piedra de las Cícladas y de Creta, pero nada prueba que vivan efectivamente de su producción. Lo mismo se puede decir de la mayoría de alfareros, pero la presencia, en tres lugares distintos de la Argólida (Lerna, Tirinto y Ziguries), de huellas del mismo cilindro-sello, utilizado para decorar grandes jarras difícilmente transportables, prueba que existen allí alfareros itinerantes, es decir, artesanos por lo menos de tiempo parcial. Es el signo de una evolución que en el bronce medio conducirá a la aparición del artesano de tiempo completo en Creta (*infra,* p. 141) y quizás en Tróade (*infra,* p. 198).

Las maquetas, las figuritas y las estatuillas

Al revés de lo que ocurría en el neolítico (*supra,* p. 77), las maquetas de casas son ahora muy poco frecuentes; los vasos miniatura, en cambio, son muy numerosos, en especial en Poliochni y Termi, y se ven aparecer maquetas de barco en el noreste egeo, en las Cícladas y en Creta. Las figuritas animales siguen estando presentes, por lo menos durante el BA II, sobre todo en Creta, en el Peloponeso y en la Grecia central. Representan, al parecer, bovinos, corderos, cerdos, perros, pájaros...; pero el modelado es con frecuencia más esquemático aún que en el neolítico y la identificación de la especie se hace difícil. Las figuritas antropomorfas son mucho menos corrientes. En Creta comprenden una mayoría de personajes femeninos, algunos de los cuales llevan un cacharro en la mano, pocos personajes masculinos y una minoría de personajes indeterminables; muchos son esquemáticos, pero otros combinan en proporciones variables el esquematismo y el naturalismo. Los problemas de interpretación se plantean en los mismos términos que para la época neolítica (*supra,* p. 78). Debemos añadir, simplemente, que las figuritas de Troya y de Termi se hallaron en casas, que en Anatolia se encontraron vasos en miniatura y figuritas en las tumbas de niño y que, en Lerna, un lote de cinco vasos en miniatura está probablemente asociado a una tumba de niño.

Las figuritas antropomorfas de piedra, por el contrario, son mucho más numerosas que en el neolítico, sobre todo en la Anatolia occidental, en el noreste egeo, en las Cícladas, en Creta y en la Grecia central; se encuentran generalmente en las tumbas. Con frecuencia tienen forma esquemática, llamada de *violín* (fig. 13*a*), heredada de las figuritas de barro cocido neolíticas (*supra,* p. 78), pero ocurre también, sobre todo en Anatolia y el noreste egeo, que el esquematismo hace difícil su identificación y, a la inversa, en particular en las Cícladas, que presentan rasgos anatómicos que las aproximan al naturalismo. Existe, efectivamente, durante todo el período, una rica serie de verdaderas estatuillas de piedra, casi siempre de mármol, que

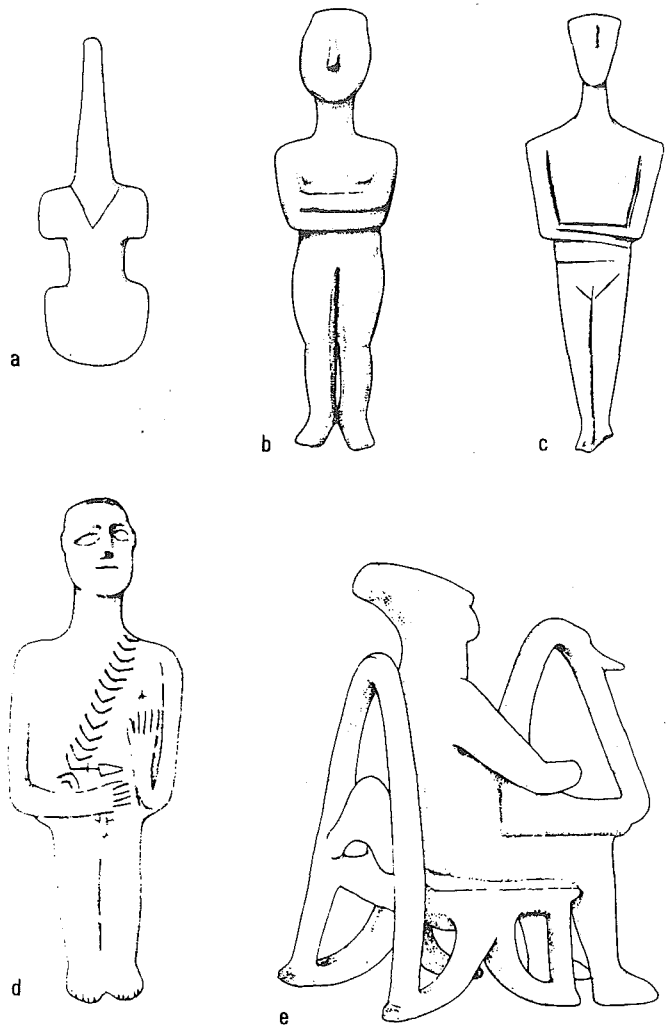


Fig. 13. Figuritas y estatuillas cicládicas.
a: figurita en violín de Antiparos; *b-c*: personajes femeninos de Amorgos y de Siros; *d*: guerrero o cazador; *e*: arpista de Keros.

son una de las producciones más típicas y conocidas de las Cícladas, pero que se encuentran también en el sureste egeo y en Creta. De 20 a 30 cm de altura, por término medio, pueden alcanzar excepcionalmente 1,50 m; se encuentran casi siempre en las tumbas, donde varios ejemplares pueden estar asociados a un solo muerto. Representan las más de las veces a un personaje femenino de pie, aparentemente[3] desnudo, con los brazos cruzados o plegados sobre el pecho (figs. 13*b-c*). Las líneas son geométricas, la silueta, plana, y la anatomía, esquemática; a veces se subrayan algunos detalles con indicaciones en ligero relieve, incisiones, incrustaciones o toques de pintura. Otras estatuillas más raras representan a un hombre, que puede estar de pie, vestido de guerrero o de cazador (fig. 13*d*), o tocando la doble flauta, o sentado, con los brazos sencillamente cruzados, o con un vaso en la vaso, o bien tocando el arpa (fig. 13*e*), como los célebres ejemplares de Zira, Keros y Naxos. La diversidad de ejemplares conocidos, incluso entre los personajes femeninos, lleva a crear tipologías detalladas, de la misma manera que la elegancia de algunas formas pudo hacernos pensar que se trata de la obra de verdaderos artistas, identificables por su producción (el «maestro de Gulandris»...).

La religión

Con frecuencia se propone una interpretación religiosa para el conjunto de figuritas y estatuillas de piedra. Se trata de ver en éstas, como en las figuritas de barro cocido, representaciones de la Diosa Madre o, por lo menos, de una divinidad femenina protectora, probablemente en el más allá, y suponer que tengan un papel en las costumbres funerarias. Pero esta interpretación no explica ni la existencia de figuraciones masculinas ni la total ausencia de figuritas o estatuillas en la mayor parte de las tumbas y, sobre todo, no se basa en ningún argumento positivo. Por lo demás, lo mismo podemos decir de la otra interpretación tradicional, que las convierte en compañeras simbólicas destinadas a servir al muerto en el más allá, y especialmente a satisfacer sus necesidades sexuales. Esta idea se basa en la costumbre egipcia de depositar en las tumbas estatuillas representando criadas-concubinas o servidores-concubinos, los *ushebti,* y podría explicar la presencia de representaciones masculinas. Sin embargo, explica difícilmente la marcada predominancia de representaciones femeninas, se basa sobre una analogía demasiado superficial y, sobre todo, es incompatible con las huellas de haber sido utilizadas, en particular, los rotos y reparaciones, que

3. Esta impresión puede ser simplemente el resultado de la desaparición de elementos pintados.

demuestran que las estatuillas no tenían en un principio una función funeraria sino un papel todavía por descubrir entre las posesiones de los vivos.

Los otros campos que, al igual que las costumbres funerarias, pueden ser objeto de interpretaciones religiosas, en realidad, por el momento, no ofrecen razón alguna en que basarse. Las extrapolaciones a partir del bronce medio o del bronce reciente están faltas de verosimilitud. Algunos locales, como la habitación 92 en Mirtos, la habitación III de la casa L de Eutresis y el «santuario de los Toros» en Litares, pudieron ser considerados lugares de culto, pero sus características son ambiguas, como la presencia de un zócalo de albañilería o de una plataforma en barro cocido (Mirtos), o anodinas, como la presencia de figuritas, incluso si se trata, como en Litares, de un grupo de 17 figuritas zoomorfas. La presencia en Mirtos de piedras de cupulilas (base de la bellota) plantea los mismos problemas que en los siguientes períodos, mientras que las dobles hachas, igual que las representaciones de palomas, de serpientes y de toros, su datación e identificación y, sobre todo, su interpretación son poco seguras. Dicha situación no debe hacernos creer que en el bronce antiguo no existía una religión en el mundo egeo: se trata sencillamente de que no sabemos aún interpretar sus testigos materiales.

Las notaciones simbólicas

Precediendo, sin que la explique necesariamente, la aparición del sistema de escritura jeroglífica en el BM (*infra*, p. 161), en el bronce antiguo se utilizan dos series de notaciones. Se trata primeramente de marcas (flecha, V, triángulo, cruz,...) que los alfareros, quizá para identificar su producción, marcan en forma de incisión o impresión antes de cocer, en la pared de algunos vasos; aún poco numerosas en Lerna en el BA II, se extenderán en el siguiente período (*infra*, pp. 162 y 199). La otra serie está formada por sellos, que a veces solamente conocemos por sus huellas (figuras 14*a-e*); poco numerosos, pero bien demostrados a partir del BA II, aparecen en el noreste egeo, en las Cícladas, en Creta, en el Peloponeso y en la Grecia central, antes de ser muy corrientes en el bronce medio en Creta (*infra*, p. 152). De forma variable, presentan un motivo geométrico grabado en hueco. Algunos sirven para imprimir decoraciones o marcas de alfarero, pero la mayoría se utilizan sobre precintos de barro sin cocer que sellan los dispositivos de cierre en los cofres, las jarras o las puertas. Corresponden posiblemente a individuos; representan, por lo tanto, no solamente un sistema de notación sino un medio de control económico que conocerá en los períodos siguientes una fortuna singular.

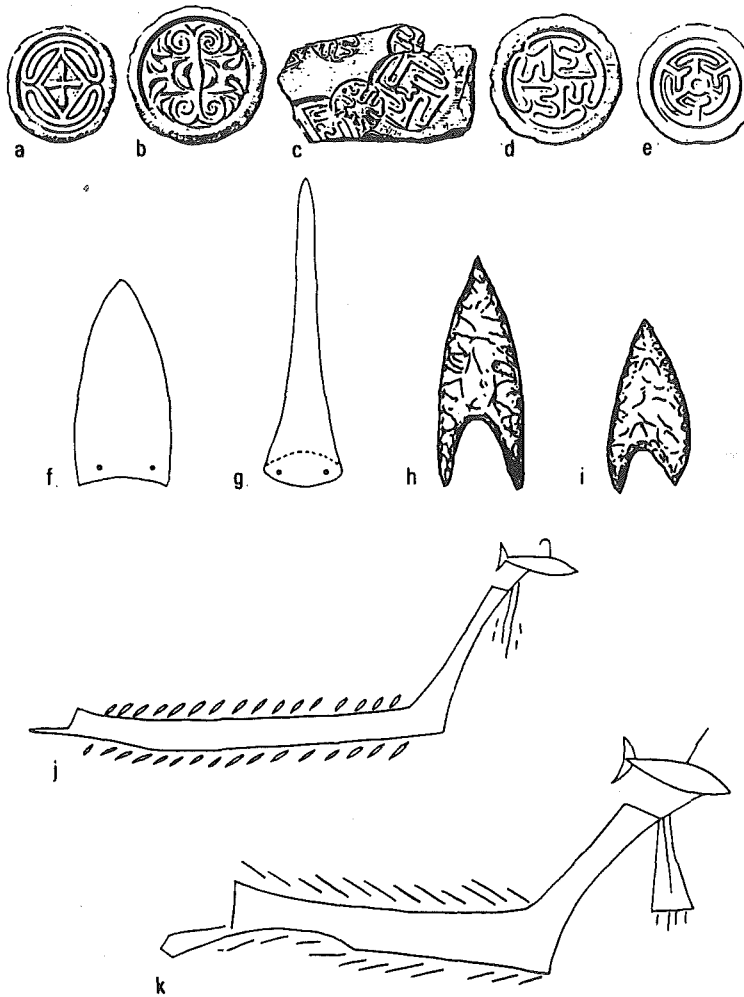


Fig. 14.
a-e: huellas de sello de Lerna; *f-g*: puñales cretenses; *h-i*: puntas de flecha de Aguios Kosmas; *j-k*: representaciones de barco sobre «sartenes» de Siros.

C. *LA ECONOMÍA Y LAS TÉCNICAS*

1. El modo de subsistencia

El modo de subsistencia se basa siempre en lo mismo, pero se descubren los primeros signos de una cierta diversificación de los productos agrícolas.

La agricultura

Como en el neolítico, el trigo, la cebada y, entre las leguminosas, las arvejas, los guisantes y las lentejas, proporcionan la parte esencial de los alimentos vegetales, completada por frutos. El trigo caucásico y el almidonero predominan todavía entre los trigos; la cebada ladilla extiende su dominio pero su difusión geográfica, siempre continental y balcánica, plantea el mismo problema que en el neolítico (*supra*, p. 80). La variedad de frutos recolectados es tan importante como antes. La uva aparece con frecuencia y la vid debe de cultivarse en Creta, Macedonia y Argólida. El olivo se encuentra con seguridad por vez primera y muy probablemente se cultiva en Creta. Parece, pues, que con la diversificación de cultivos aparecen ya los elementos del policultivo mediterráneo, tal como se irá encontrando en los siguientes períodos. Posiblemente el paso de la azada al arado se produzca también durante este período, pero no se puede afirmar con seguridad. Finalmente, las hoces, compuestas parecen haber desaparecido, sin que se conozcan todavía las hoces metálicas.

La ganadería y la caza

Lo mismo que en el neolítico, el rasgo esencial es en este caso la predominancia, muy marcada en Creta, del borrego y la cabra, lo que se explica suficientemente por las condiciones climáticas. El buey, que se encuentra por todas partes, sigue ocupando el primer lugar en los Balcanes por razones climáticas evidentes. El cerdo en todas partes ocupa una posición secundaria. Aparece por vez primera el asno, o una especie próxima a él.

Siguen pescándose peces, conchas y crustáceos. La caza está demostrada, aparte de la liebre y los cérvidos, por un número de especies menos importantes que en el neolítico, pero este hecho se explica, seguramente, por la escasez de restos. Las armas, que pueden ser también herramientas y armas de combate, son, cada vez más de metal. Así, vemos aparecer cuchillos de cobre, de filo convexo y dorso cóncavo. Los puñales, numerosos sobre todo en el BA II desde la Anatolia occidental a Creta, son ya todos de metal; las más de las veces, de cobre nativo. Fabricados para golpear

por el corte (su punta generalmente es roma), se reparten en dos tipos (figuras 14*f-g*), aparecidos ya en el neolítico (*supra*, p. 82): un tipo cuya hoja, más o menos triangular, es corta y ancha; y otro de hoja larga y estrecha. Las hondas pueden parecer menos extendidas que en el neolítico porque vemos disminuir el número de bolas de barro cocido pero, como se ven aumentar, al mismo tiempo, las bolas de piedra, puede muy bien tratarse de un cambio de material. Algunas puntas de lanza de metal anuncian las que se encontrarán en el bronce medio (*infra*, p. 195). Los arpones, por el contrario, no aparecen ya representados y las puntas de flecha, excepto en algunos casos particulares, disminuyen; siguen siendo de piedra, pero su base es ahora en forma de compás abierto (figs. 14*h-i*); su utilización puede ser tan diversa, naturalmente, como en el neolítico (*supra*, p. 82).

La alimentación

Los alimentos pueden seguir conservándose, como antes, en silos, vasijas y, sobre todo, en recipientes cerrados, pero a partir del BA II, por lo menos en Argólida, se almacenan igualmente cuando se trata de cantidades más importantes, en amplios graneros construidos (viñeta del cap. II), análogos a los de Egipto y Mesopotamia: por lo menos así son interpretadas las grandes construcciones circulares, con basamento de piedra y superestructura de ladrillo, encontradas en Orcomenos y Tirinto. La preparación de los alimentos sigue haciéndose, al parecer, con los mismos instrumentos: cuchillos, coladores, morteros y majaderos o manos, muelas y trituradores, cucharas... Se observa, simplemente, que los morteros y sus manos pueden servir también para triturar colores, de los que a veces se conservan huellas. Para cocer se utilizan hogares u hornos.

2. Las técnicas y producciones

Cestería y textiles

Como lo muestran las huellas de soporte que se observan en los fondos de las jarras, la cestería tejida, la cordada y secundariamente la cestería en espiral continúan coexistiendo en los mismos lugares, situación que se prolongará hasta el bronce medio (*infra*, p. 151). Algunos jirones de tejido confirman la utilización de la tela de lino. Aparte de los trozos de cerámica agujereados, las pesas de rueca propiamente dichas se multiplican y algunas son ya de plomo: su perfil es bicónico, cilíndrico o troncocónico. Las bobinas son de barro cocido, de piedra o de conchas. Sigue utilizándose el telar vertical (*supra*, p. 83), como lo demuestran las pesas que se encuentran

en muchos establecimientos. Los punzones, las leznas y las agujas son, cada vez más, de cobre.

Las materias primas minerales

No se ha conseguido determinar el origen preciso de los mármoles blancos que sirven en las Cícladas para fabricar vasos y estatuillas. En cambio, se ha podido demostrar que en Creta las rocas utilizadas para la fabricación de vasos, clorita y esteatita sobre todo, proceden todas de yacimientos conocidos del centro y sur de la isla y que no se importa piedra alguna antes del bronce medio. La obsidiana de Melos continúa utilizándose en las Cícladas, una parte del Dodecaneso, Creta, una gran parte del Peloponeso, la Grecia central y Tesalia, y con menos frecuencia en el sur de Macedonia; pero aparece ya en el noreste egeo, así como en Samos, en Cefalonia y en Calcídica. Se sigue ignorando, a pesar de las múltiples especulaciones, de dónde procede el estaño que empieza a ser utilizado, a veces a partir del BA II: se sabe solamente que no puede proceder ni de Anatolia ni de Grecia. El plomo procede las más de las veces de la región del Laurion.

La cantería

El material de base es siempre el sílex, pero la obsidiana extiende su campo de acción. Los bloques se desbastan seguramente en los puntos donde se extraen, pero la preparación de los núcleos se realiza en lugares habitados o en sus alrededores inmediatos, quizás en talleres especializados. Se trocean aún esencialmente en lascas, pero el retoque es ahora excepcional y solamente parece intervenir para formar las lascas denticuladas, que son seguramente elementos de sierras. Esta regresión técnica se explica con frecuencia por la competencia de las herramientas metálicas; sin embargo, no ocurre ni en el Próximo Oriente ni en los Balcanes, donde estas herramientas son más numerosas que en Grecia. Finalmente, los vasos de piedra, cuya producción es muy importante en Creta, parecen aún estar enteramente excavados con el cincel, sin que se recurra al taladrador tubular antes del período siguiente (*infra,* p. 153).

El trabajo de la madera

Las herramientas por percusión suave comprenden aún los cuchillos y las raederas. Las sierras verdaderas no están aún demostradas pero, por vez primera, aparecen tijeras de cobre. Las percusiones fuertes siguen reali-

zándose mediante hachas y azuelas; aparentemente tan abundantes como en el neolítico, no son más frecuentes que en este período las construidas de cobre. Las hachas pertenecen a los mismos tipos, pero en el BA II se encuentran ejemplares más numerosos del tipo de cobre de hoja larga, bordes cóncavos y filo ensanchado que apareció en el NR (*supra*, p. 85). Las hojas con muesca para el mango continúan estando muy extendidas en los Balcanes y son cada vez más numerosas en las regiones egeas; la mayoría son aún de tipo simple y fabricadas en piedra, pero empiezan a aparecer algunos ejemplares de metal, que presentan todos un cuello más estrecho. Las herramientas dobles continúan siendo muy corrientes en los Balcanes, donde son frecuentemente de cobre, mientras que en las regiones egeas siguen siendo de piedra. Las azuelas son a veces de metal, pero sus formas son tan variables como las de las hachas. En cuanto a los sistemas de enmangar estas herramientas, son los mismos que en el neolítico (*supra*, p. 85). Las percusiones suaves se realizan siempre mediante tijeras y punzones de metal o buriles, pero estos instrumentos no parecen más corrientes que en el neolítico: no lo serán hasta el próximo período (*infra*, p. 195). La existencia de gubias de hueso, de corte puntiagudo o romo, se demuestra por una serie de ejemplares hallados en Termi. Finalmente, siguen utilizándose los mismos mazos con cuello estrecho y mazas perforadas, casi siempre de piedra, que en la época anterior.

Las técnicas de la cerámica

No se diferencian mucho de las del neolítico (*supra*, p. 87) y la base sigue siendo el modelado a mano mediante rollos de barro blando. Las huellas de hojas en los fondos de vaso son especialmente numerosas en las Cícladas, en Creta y en el Peloponeso; las de estera trenzada están también muy extendidas. La utilización de la plataforma circular es segura y puede demostrarse por la serie de discos de barro cocido hallados en Mirtos, si se trata verdaderamente de discos torneados a mano, pero el torno propiamente dicho no aparecerá hasta el bronce medio (*infra*, p. 194). El secado, el acabado y la decoración se hacen como en el neolítico; la única novedad es la utilización de matrices para realizar algunos decorados impresos. El cocido sigue, sin duda, efectuándose en paja o en una fosa en muchos casos, pero también empieza a utilizarse el horno de alfarero: la prueba la tenemos, primeramente, por el horno hallado cerca de Sindos (Macedonia central); luego, por la existencia, en Creta, de cerámicas cuyas temperaturas (cerca de 880 °C o de 900 a 1050 °C) y las condiciones de cocción parecen indicar claramente la utilización del horno. Para producir una cerámica flameada como la de Vasiliki se utilizan varios procedimientos en concurrencia (*infra*, p. 122): utilización de una segunda capa blanca, que se convierte en

negra por reducción al final de la cocción; puesta en contacto del vaso con otros, con la pared del horno o con trozos de leña verde, de manera que se produzca una reducción localizada de los óxidos de hierro; y, fuera del fuego, puesta en contacto del vaso con un objeto muy caliente y húmedo, para provocar una reducción localizada y una parcial reoxidación.

La producción de recipientes: las formas

No se ha encontrado recipiente alguno de materia orgánica. Quizás existen recipientes de metal en el BA II, como se admite con frecuencia, pero no se conoce ningún ejemplar seguro. En cambio, la piedra está bien demostrada.

Durante el BA I se producen en Creta pequeñas jarras globulares de cuello y tetones verticales, pequeños jarros de cuello estrecho y «cálices» (fig. 15*b*) típicos de la fase (*supra,* p. 97), así como cuencos hemisféricos con o sin base. En el noreste del Egeo se encuentran las mismas jarras globulares (fig. 15*a*), así como cuencos de amplia abertura, con o sin pedestal y tazas hemisféricas de asas muy altas. En las Cícladas la producción comprende píxides, «kandiles» y cuencos. En la Grecia continental, parece más corriente: vasijas, jarros y cuencos. En Macedonia y Tracia se hallan pequeños jarros de perfil sinuoso, cuencos globulares o muy abiertos y cacillos de asa muy alta.

La producción del BA II es mucho mejor conocida. En Creta, donde los vasos de piedra aparecen en el este y en el centro, se fabrican aún los pequeños jarros típicos (fig. 15*d*), que se encuentran también en las Cícladas y en Anatolia occidental, los vertedores de cuello largo (fig. 15*e*) y píxides de formas diversas, así como numerosos tipos de cuencos, vasos para beber y tazas. En el noreste egeo, además de las jarras ya mencionadas, se producen píxides, ascos, numerosos tipos de cuencos, con frecuencia montados sobre un pie, copas con pie y tazas. En las Cícladas (figuras 15*f-g*), la producción comprende, además de los «kandiles» heredados del BA I y las jarras típicas, cuencos globulares con pie, numerosos cuencos de mármol, próximos a los de Kum Tepe (*supra*, p. 97), en los que se observan con frecuencia huellas de pigmentos, paletas de piedra en las que se encuentran también «salseras» análogas a las de Grecia continental y píxides. Un objeto característico de las Cícladas, llamado tradicionalmente «la sartén» porque recuerda su forma, se ha interpretado como una fuente, un quemador de perfumes, un espejo, un tambor, un vaso de libaciones o incluso un ídolo, pero ninguna de estas hipótesis es compatible con su forma precisa ni con su decoración y probablemente se trate más sencillamente de una tapa destinada a cubrir un vaso o una píxide (fig. 15*i*). En la Grecia continental, las producciones, peor conocidas, comprenden jarras, cuencos de ancha abertura, tazas, «salseras» (fig. 15*c*), ascos y, hacia el este, «sartenes». En Macedonia y en Tracia se encuentran también las jarras de abertura oblicua, ascos, cuencos y tazas cuyas formas recuerdan a las del noreste egeo.

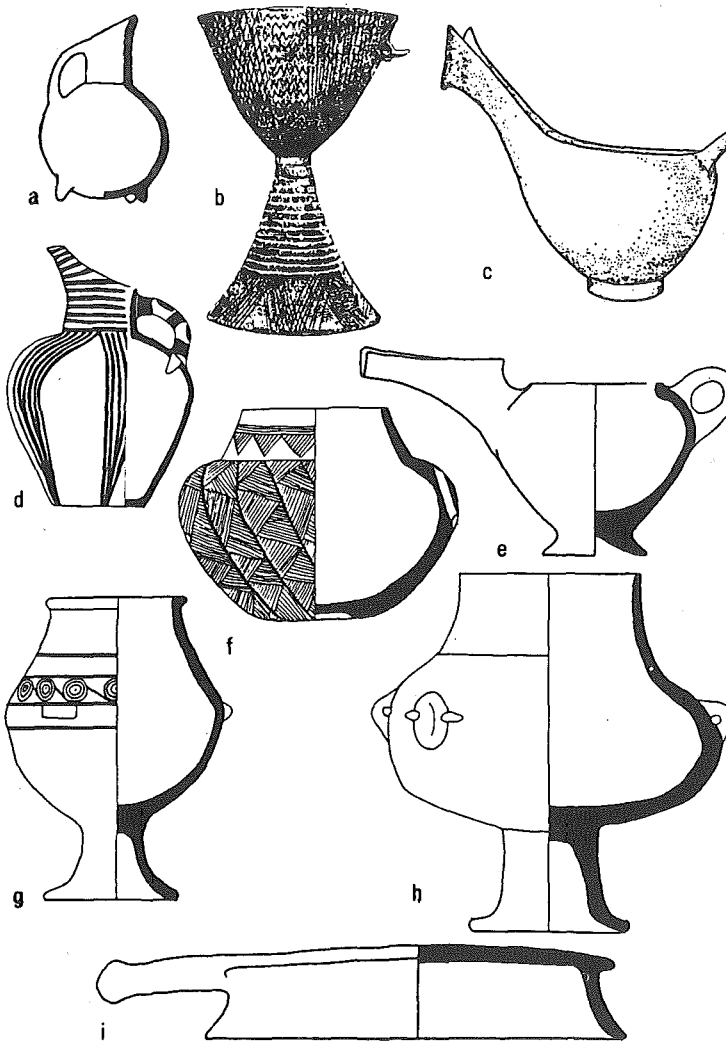


Fig. 15. Vasos.
a: nordeste egeo (BA I); *b*: «cáliz» de Pirgos (Creta, BA I); *c*: «salsera» del Peloponeso (BA II); *d-e*: Creta (BA II); *f-h*: Cícladas (*h*: «kandil»); *i*: «sartén» de las Cícladas.

El decorado de los vasos y demás objetos

El hecho más característico es la fuerte disminución de la proporción de objetos decorados, acompañada en todas partes excepto en Creta por la sustitución casi total de los decorados pintados por los decorados de incisiones e impresiones.

Efectivamente, durante el BA I, los decorados pintados son bastante corrientes en Creta, donde utilizan motivos basados en líneas rectas, triángulos o cuadriculados. Pero en el noreste egeo son mucho menos frecuentes y limitados a grupos de líneas rectas. En las Cícladas y secundariamente en la Grecia continental, los decorados incisos utilizan líneas paralelas, zigzagues y, ángulos; los decorados impresos, espirales y círculos concéntricos. En Macedonia y Tracia, los decorados incisos se componen con frecuencia de triángulos punteados dispuestos en bandas horizontales y los decorados impresos de pequeños triángulos formando bandas perpendiculares.

Durante el BA II se mantiene en Creta el predominio de los decorados pintados. El estilo de Kumasa utiliza líneas paralelas, dobles hachas, rombos, dameros cuadriculados... (fig. 15*d*), pero el estilo flameado de Vasiliki se compone solamente de manchas negras irregulares sobre un fondo rojo o naranja. En el noreste egeo los decorados blancos se limitan a líneas paralelas, mientras que los decorados en relieve y los decorados incisos forman motivos más complejos que recuerdan, a veces, una cara o unos ojos.[4] En las Cícladas (figs. 15*f-g*), los decorados incisos presentan motivos rectilíneos (líneas paralelas, zigzagues, ángulos, triángulos...) o espiraliformes, los motivos impresos, espirales y círculos concéntricos que rellenan completamente algunas zonas; también se encuentran, sobre todo en las «sartenes», motivos figurativos (barcos, peces...) y otros a los que se les atribuye con frecuencia un valor simbólico, como el triángulo que aparece casi siempre en estos objetos, cerca de la base del mango. En la Grecia continental, los motivos son análogos a los de las Cícladas. Finalmente, en Macedonia y en Tracia los decorados incisos están hechos a base de líneas paralelas, zigzagues, triángulos, dameros..., los decorados impresos con pequeños triángulos, muescas hechas con la uña e impresiones digitales.

Los metales: ¿el principio de la edad del bronce?

Como en la época neolítica, la mayoría de los objetos de cobre se fabrican a partir del metal nativo y la metalurgia propiamente dicha no tiene más que un papel secundario. En el BA I, sólo se atestigua por algunos objetos de bronce de Sitagri IV, escorias de cobre y dos crisoles que presentan huellas de cobre (Poliochni azul, Aguia Irini); en el Poliochni azul, un molde a la cera perdida, al parecer destinado a la fabricación de una hoja de hacha, constituye por el momento un descubrimiento aparentemente único en las regiones egeas antes del bronce medio. En el BA II, en

4. La representación de caras completas no surgirá hasta el bronce medio (*infra*, p. 186).

cambio, los indicios son más numerosos. Los análisis de objetos, por de pronto, muestran en la mitad de los casos la presencia de un segundo elemento al lado del cobre: pero se trata, en las tres cuartas partes de las veces, de arsénico, que puede alcanzar un 3 % de contenido, en una quinta parte de plomo (hasta el 6 %) y solamente en una décima parte de estaño, que se encuentra demostrado solamente en tres casos. No se conoce por el momento más que una mina de cobre explotada en el BA II, en Kitnos, pero se encuentran escorias de cobre en un horno de Sitagri V, otras probablemente asociadas a hornos, en Kitnos, y otras aún en crisoles en el Poliochni verde y en Termi I y III. Se han hallado moldes en varios lugares, pero ningún lingote de cobre. Finalmente, algunos indicios en Makronisos y en Tirinto parecen demostrar la existencia de una metalurgia del plomo.

Los análisis no explican mucho sobre las técnicas de extracción del metal, porque pocas veces permiten distinguir los cobres impuros de las aleaciones verdaderas. Fuera de casos excepcionales, en los cuales la aleación es evidente, como el de la fíbula de Termi I, que contiene un 13 % de estaño, y que es el único objeto datable del BA II, los porcentajes pueden corresponder tanto a impurezas ya presentes en el mineral como a elementos añadidos al metal de base para producir una aleación. Incluso el caso del arsénico es poco claro: se admite con frecuencia que ha sido incorporado voluntariamente al cobre, pero no se puede excluir que proceda de un mineral rico en arsénico. Lo que es seguro, en cualquier caso, es que, tanto en el mundo egeo como en el Próximo Oriente y en muchas otras regiones, el cobre con arsénico se emplea al principio mucho más que el verdadero bronce.

Probablemente hay que datar las técnicas de fundición a partir del BA II. Los hornos son, quizás, instalaciones especializadas (Kitnos), pero el ejemplo de Sitagri muestra que se utilizan también, sin duda, para usos metalúrgicos los hornos domésticos. Los crisoles, desprovistos de mango, se manipulan probablemente con la ayuda de varitas de madera, como lo sugieren las perforaciones que poseen a menudo, pero la aparente falta de tapa nos lleva a preguntarnos sobre su real eficacia. Los moldes, con frecuencia de piedra, sirven sobre todo para la colada de hojas de puñal y de hacha. Los que están abiertos se reconocen por la falta del canal de colada y de respiraderos y a veces por la yuxtaposición de varias matrices en la misma piedra. Los que están cerrados presentan un canal de colada y a veces muescas y encajes. Contrariamente a lo que se había supuesto, ambos tipos son contemporáneos y se utilizan simplemente para colar objetos diferentes. Por último, la fundición a la cera perdida parece que surgió durante este período.

El trabajo del metal se realiza según las mismas técnicas que en el neolítico: martilleo y pulido esencialmente. Una vez sacados del molde, los objetos son acabados por martilleo. Así ocurre especialmente para los filos

de los puñales cretenses, aunque esta operación, ejecutada en este caso en caliente sobre un cobre con arsénico, más bien disminuya su solidez; pero el martilleo en frío, sin este inconveniente, es también muy corriente. Sin embargo, la actividad metalúrgica sigue siendo muy modesta: concentrada geográficamente en el noreste egeo, con focos secundarios en Creta, la Grecia central, Macedonia y Tracia, hasta el bronce medio no ocupa más que un reducido lugar al lado de la utilización de los metales nativos, a los que no hace todavía competencia.

El vestido y los adornos

A partir del BA II, las fíbulas metálicas, que coexisten con las de hueso, son mucho más numerosas. Su cabeza puede tener, como en el NR (*supra*, p. 92), la forma de un enrollado simple o doble, o bien tomar nuevas formas: superficie llana, sólido geométrico simple, enrollados múltiples, motivo decorativo, vaso, flor, pájaro... En cambio, no se sabe cómo interpretar las pinzas de metal que aparecen en el BA II y que a partir del bronce medio se extenderán (*infra*, p. 195): con frecuencia se las ha considerado como pinzas de depilación, pero también sería posible que tuvieran un papel en la preparación y utilización de cosméticos. Lo que es seguro es que se encuentran a menudo en tumbas femeninas.

El interés por adornarse sigue compartido por los niños y los adultos, incluso los hombres. Las bandas de oro y plata, aparentemente destinadas a diademas, se encuentran en el BA II en todas partes. Pueden estar decoradas en repujado y adornadas de colgantes en forma de hoja. Los únicos brazaletes y anillos que se conocen son ahora de cobre, de oro, de plomo o de plata, pero son raros y con frecuencia mal datados. Los collares están siempre esencialmente compuestos de perlas, esféricas o cilíndricas, que pueden ser de piedra (Mochlos), de metal o de barro cocido, pero poseen también, con frecuencia, zarpas o dientes de animal (Eutresis, Aguios Mamas). Los colgantes geométricos y antropomorfos parecen ahora muy poco frecuentes, pero los colgantes zoomorfos figurando cuadrúpedos, pájaros o peces, están mucho más extendidos.

3. Los intercambios

Transportes

Se dispone a partir de ahora de algunos documentos que se refieren a la navegación por el mar Egeo: se trata de una quincena de representaciones de barcos incisas en «sartenes» de las Cícladas, principalmente de Siros (figu-

ras 14*j-k*). Todas ellas representan una embarcación baja y larga, sin mástil, movida por remeros de remo libre, cuya proa está elevada y cuya popa lleva un emblema en forma de pez. Estas piraguas, de dimensión modesta, parecen representativas de los barcos existentes en el bronce antiguo: si damos fe a las representaciones, la introducción de la vela no aparece hasta el bronce medio.

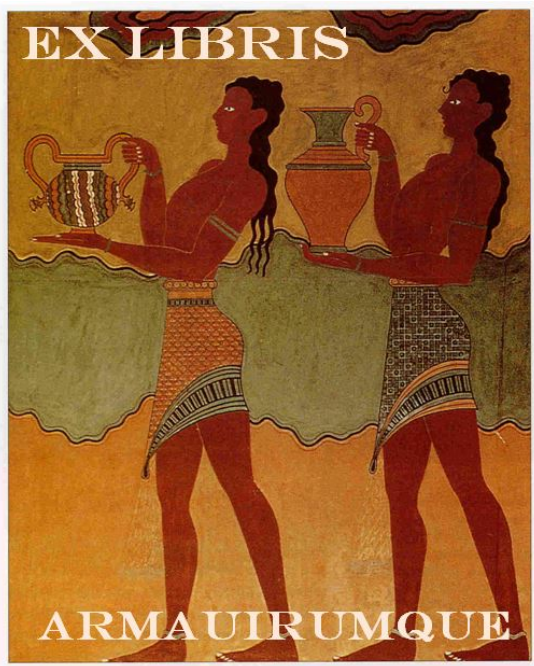
Intercambios

La presencia en Creta de vasos y figuritas de piedra de origen aparentemente cicládico puede mostrar simples influencias, o bien verdaderos intercambios. La de la obsidiana de Melos en numerosos casos y regiones, puede explicarse fácilmente por un aprovisionamiento directo (*supra*, p. 93). En cambio, los fragmentos de «salsera» hallados en Creta demuestran claramente que en el BA II dichos objetos han sido a veces transportados allí a partir del Peloponeso, de la Grecia central o de las Cícladas. Los intercambios a más largas distancias son difíciles de demostrar. Ningún objeto egipcio bien datado ha sido encontrado en un contexto de bronce antiguo egeo y los puñales cretenses hallados en Chipre son de fecha imprecisa. Lo único seguro se refiere a la circulación del marfil: originario probablemente de Asia, llega efectivamente hasta Troya y Creta.

Si el período inoportunamente llamado bronce antiguo corresponde claramente a una ruptura superficial, que puede explicarse con probabilidad por un movimiento de población difícil de definir, no se acompaña, en cuanto a la evolución de técnicas, de ningún cambio profundo. Los cambios que se producen entonces no hacen más que prolongar los que se habían iniciado en el neolítico: es el caso, especialmente, de la vivienda y la utilización de los metales. El bronce, sin embargo, no caracteriza el principio de la edad del bronce. Esos cambios están mucho más marcados en el este, el sureste y el centro de la cuenca del Egeo que en el oeste y el norte: sin duda, esta situación reflejará las relaciones estrechas (pero ¿de qué clase?) existentes entre estas regiones y las civilizaciones orientales, así como una cierta difusión de las innovaciones (pero ¿según qué modalidades?) en dirección del norte.

Además, se ve ya producirse en el ámbito de la organización social política y económica, una convergencia que arrastra las regiones meridionales del Egeo, y solamente ellas, hacia una evolución comparable a la que conoce el Próximo Oriente: inicios del policultivo mediterráneo, acentuación de las desigualdades económicas y concentración de la capacidad de almacenaje, aparición de artesanos en el sentido pleno de la palabra. Al mis-

mo tiempo, el progreso de los sistemas de notación posibilita la organización y el control de la economía. Probablemente será esta nueva situación la que permitirá o provocará el establecimiento del sistema palacial en Creta del bronce medio, mientras que las regiones centrales y septentrionales del mundo egeo permanecerán, por lo menos en apariencia, fieles al modo de vida neolítico.


EX LIBRIS
ARMAUIRUMQUE

LIBRO II

EL PERÍODO DE LOS PALACIOS CRETENSES

CAPÍTULO PRIMERO

El bronce medio en Creta

El paso del bronce antiguo al bronce medio, hacia el fin del III milenio, no se define arqueológicamente en Creta, después de la corta transición del minoico antiguo III, más que por la introducción de un nuevo estilo decorativo en cerámica. Pero, históricamente, el hecho de mayor importancia es la aparición, en el transcurso de la primera fase del minoico medio, del sistema palacial, que se mantendrá en el ámbito egeo hasta el final del siglo XIII. Se trata de una verdadera transformación de la civilización del minoico antiguo, cuyas causas son complejas y difíciles de elucidar, y cuyas manifestaciones más aparentes son el desarrollo de las ciudades y la construcción de los palacios.

A. *LA CRONOLOGÍA DEL MINOICO MEDIO*

1. EL MA III Y EL PRINCIPIO DEL MM I

La última fase del MA, llamada MA III por Evans y definida esencialmente por una cerámica de decorado blanco cremoso sobre fondo negro azulado, conocida sobre todo en la Creta oriental, sigue todavía bajo discusión: ¿el MA III existe como período cronológico distinto, o bien este término no designa más que un estilo de cerámica contemporáneo del estilo polícromo del MM I A, al que está con frecuencia asociado estratigráficamente [Zoïs, A., *in* 326, pp. 141-156]? El estudio de la cerámica de decorado blanco sobre fondo oscuro de la Creta oriental [502] permite distinguir

tres fases sucesivas en la evolución del estilo: la primera se inicia hacia el final del MA II y coexiste con el estilo flameado de Vasiliki; la segunda, bien demostrada en los establecimientos de la Creta oriental (Gurnia, Mochlos, Vasiliki), correspondería al período MA III propiamente dicho, representada en Cnosos por el grupo llamado del *Upper East Well* y se prolongaría hasta el principio del MM I A de Cnosos; la tercera se asocia estratigráficamente a la cerámica del MM I A y continúa hasta el principio del MM I B. Esta afirmación de la existencia de un breve período MA III está de acuerdo con las observaciones que suponen una fase intermediaria entre los estilos del MA II y el desarrollo del estilo polícromo en el MM I A [68, p. 62].

El MA III sigue, sin embargo, estando muy mal caracterizado arqueológicamente y la mayoría de los restos que se le atribuyen pertenecen, de hecho, a un período llamado *MA III-MM I A*, que corresponde al principio del MM y que el calificativo de *arqueopalacial* [383, p. 36] permite distinguir del período «prepalacial» del MA I y II. Así ocurre, por ejemplo, con la tumba B de Arcanes y con un grupo de casas descubierto al sur del palacio de Malia. Al MA III propiamente dicho sólo pertenecen en el estado actual de las investigaciones, algunos depósitos limitados de cerámica. Unas formas nuevas (vasos redondeados o cónicos) se añaden a las formas heredadas del MA II (jarras, «teteras»). Los decorados en blanco sobre oscuro utilizan motivos geométricos, más complejos en la Creta oriental que en Cnosos: bandas paralelas, ángulos, espirales, círculos con sectores cuadriculados (figs. 18*a-d*).

2. Las fases de la cerámica del MM

Arqueológicamente, lo que caracteriza el principio del MM es la aparición en Cnosos de una cerámica de decorado polícromo (motivos rojos y blancos sobre fondo oscuro). Evans, a partir de datos estratigráficos de Cnosos, dividió el conjunto del período en tres fases principales, subdivididas, a su vez, en dos partes (MM I A y B, MM II A y B, MM III A y B), que corresponden a una evolución de la cerámica.

Estas fases, que no han sido fáciles de encontrar incluso en Cnosos durante las recientes excavaciones [Hood, S., *in* 325, p. 96] (no aparecen jamás en conjunto en una sucesión estratigráfica completa) no han podido resituarse más que difícilmente o aproximativamente sobre los otros establecimientos minoicos, donde las diferencias provinciales importantes en la producción cerámica de esta época, hacen difíciles las comparaciones y dejan subsistir la posibilidad de diferencias cronológicas entre estilos parecidos. Si bien la distinción entre el MM I A y el MM I B parece relativamente clara, el MM II A parece confundirse, excepto quizás en Kommos [68,

p. 91], con el MM I B, y una subdivisión del MM II parece actualmente imposible en los otros asentamientos. Lo mismo ocurre con el MM III, donde la existencia de una fase A, tal y como Evans la había definido, plantea todavía muchas discusiones [505] y donde el final del MM III B se distingue difícilmente del principio del MR I (*infra*, p. 157).

Las divergencias sobre la cronología relativa en el MM se basan, en gran parte, en la atribución de diferentes denominaciones a grupos de cerámica contemporáneos, pero que presentan variaciones provinciales en las formas y en los motivos, o bien que aparecen en sucesiones estratigráficas diferentes. Por otro lado, la interpretación de las diversas fases definidas por Evans como designando tanto un estilo cerámico como una fase cronológica introdujo una confusión que no ha desaparecido totalmente hoy y que se refiere a puntos tan importantes como la fecha final de los primeros palacios fijada a veces en el MM II, a veces en el MM III A.

Los problemas son en realidad muy complejos. Así, por ejemplo, la cerámica polícroma del estilo MM I A no aparece en la Creta oriental más que asociada al estilo del MA III, que parece haberse prolongado hasta el principio del MM I B; la cerámica del MM II, mal identificada durante largo tiempo, excepto en las mejores producciones palaciales, ha sido llamada con frecuencia MM I, en particular, en Malia y en la Creta del este. La correspondencia de las fases protopalaciales del palacio de Festos con la cronología de Cnosos ha sido planteada en múltiples soluciones [535, pp. 96-99]. Cada fase cerámica comprende una gran variedad de decorados y de formas que evolucionan de manera diferente. En el MM I A coexisten el decorado polícromo característico de motivos blancos y rojos, con frecuencia alternados, con los decorados oscuros sobre claro (manchas, «cápsulas de algas»), incisos o en relieve (decorado a la barbotina). La cerámica MM I B se caracteriza por una policromía más rica (blanco, rojo, amarillo naranja) y, sobre todo, por la utilización, para una parte de la producción, del torno rápido. En el MM II aparecen numerosas formas nuevas (sobre todo tazas) con un decorado más elaborado y una tendencia más marcada hacia el naturalismo (fig. 18).

Debido a estas dificultades, un sistema simplificado como el de G. Walberg [535 y 536], que distingue cuatro fases (pre-Camares, Camares antiguo, Camares clásico, post-Camares) correspondiendo aproximadamente a las fases MM I A, MM I B, MM II y MM III de Evans puede adaptarse cómodamente a la evolución de la cerámica de todo Creta. Las secuencias estratigráficas observadas en Kommos, Malia, Pirgos [68 y 503] permiten obtener progresivamente una imagen más detallada de la sucesión de las fases cerámicas. Paralelamente, el estudio de los grupos provinciales bien caracterizados (grupo de la Trinchera norte de Gurnia, grupo de Mochlos D/Vasiliki B, grupo de la ciudad de Malia, etc.) [503] permite establecer mejor los sincronismos entre las diferentes provincias: no es seguro que hayan existido diferencias cronológicamente apreciables para un mismo estilo, entre las diferentes partes de la isla [507, p. 517].

Cronología relativa

Para la cronología relativa del conjunto del período, el estudio de las importaciones y exportaciones indica un sincronismo entre el principio del MM y la transición bronce antiguo/bronce medio en la Grecia continental (Lerna) y en las Cícladas (Filakopi). Con Chipre, las correspondencias se establecen entre el MM I A y la última fase del chipriota antiguo III, y el MM I B es contemporáneo del chipriota medio I.[1] Por otro lado, los hallazgos de cerámica de Camares en el levante y en Egipto muestran una correlación general de la época protopalacial (MM I B-MM II) con el bronce medio II siriopalestino [507, p. 509; 511, p. 493].

Cronología absoluta

La cronología absoluta del MM se basa esencialmente en la cronología egipcia, por medio de los vasos minoicos de Egipto y de objetos egipcios de Creta (escarabeo, tapa de piedra). Ni estos objetos, cuyo origen mismo se presta a veces a discusión, ni sus contextos de hallazgo son datables con una precisión muy grande. Esto explica las variaciones cronológicas propuestas por los diferentes autores y a veces incluso la negativa a presentar una cronología absoluta [536, pp. 148-149]. La multiplicidad de las correlaciones permite, sin embargo, proponer una tabla aproximada relacionada con las fechas egipcias:

MM I A	: 2100-1900
MM I B	: 1900-1800
MM II	: 1800-1700
MM III	: 1700-1600

El principio del MM I A (una de las fechas menos bien fijadas) parece efectivamente situarse, a partir de la fecha atribuible a determinados escarabajos egipcios hallados en Creta, en el transcurso del I período intermedio. El MM I B, si se considera que el tesoro de Tôd tiene un valor cronológico, debe iniciarse antes de 1900. El MM II parece haber comenzado antes del final de la XII dinastía; su fecha final es menos clara; el punto de fijación más preciso para el MM III, pero que ha sido tremendamente discutido, es una tapa de alabastro descubierta en Cnosos, que lleva el nombre del faraón hicso Khiyan [509; 512, p. 149]. Si el MR I comienza hacia

1. Catling, H., y J. Mac Gillivray: *BSA*, 78 (1983), pp. 1-8.

1600, antes del principio de la XVII dinastía (*infra*, p. 206), la atribución convencional de un siglo para cada período parece una aproximación razonable.[2]

Todos los documentos importantes sobre los que se basan las comparaciones con la cronología egipcia dejan un margen de incertidumbre y su validez es todavía discutible.

a) Los sellos egipcios en forma de *escarabeos*, que hay que distinguir de sus imitaciones minoicas (fig. 19*f*; fig. 32*l*, *infra*, p. 221), presentan un evidente interés. Se conocen una veintena en Creta para el MA y el MM. Pero, por una parte, su datación, en términos de cronología egipcia, no está siempre perfectamente clara; por otra, los contextos de los hallazgos en Creta, son en el mayoría de los casos muy imprecisos. Solamente algunos escarabeos pueden considerarse seguros: anteriores a la XII dinastía, unos ejemplares de Gurnes, Maratokefalo, Lebena, descubiertos en contextos que no son posteriores al MM I, hacen pensar, sin que se trate de un argumento irrefutable, que el MM I se inició durante el I período intermedio. Un escarabeo de la XII dinastía descubierto en Cnosos en la parte alta de una capa MM II tiende a demostrar que el MM II se prolongó hasta 1700 [513].

b) El *Tesoro de Tôd*, descubierto en 1936 en el Alto Egipto bajo los cimientos del templo al dios Montú [533], consiste en objetos de oro, plata, cilindros, sellos orientales, bloques de lapislázuli de Afganistán, encerrados en cuatro cofres que ostentaban el cilindro del faraón Amenemhet II (1917-1882). El origen de las 153 copas de plata de este tesoro (conservadas hoy en el museo de El Cairo y en el Louvre) es lo que más divergencias ha producido (figs. 19*b-c*). Las discusiones actuales inciden en dos puntos: el contexto del hallazgo, pues una parte del basamento del templo de Montú fue remodelado tardíamente [525, pp. 290-296]; y el origen minoico de dichas copas (y se pudo llegar a pensar en un origen anatólico, sirio, o incluso heládico [508; 510; 625, pp. 69-79]). Si es cierto (*infra*, p. 153) que son de fabricación minoica (MM I B-MM II), el principio del MM I B no puede ser posterior a 1900 [512, p. 148 n. 3].

c) *La tapa de alabastro con el nombre de Khiyan*, hallada en el palacio de Cnosos en una capa del MM III, según Evans, ha suscitado también una controversia sobre las condiciones estratigráficas del hallazgo [509]. Si se admite, como lo admitían los excavadores de Cnosos, que pertenecía claramente a una capa del MM III, no permite más que una situación cronológica aproximativa de este período [48, pp. 206-207].

Se han llegado a proponer cronologías más bajas que niegan el valor de los sincronismos mencionados [Åström, P., *in* 329, pp. 36-42]; sin embargo, no se basan en ningún argumento determinante. Inversamente, las fechas absolutas obtenidas por métodos científicos, tanto si se trata del C 14 ca-

2. Las discusiones detalladas más recientes de la cronología del minoico medio son las de Warren [511] y de Cadogan [507]. Para una tabla de las diferentes cronologías propuestas, véase [393 (II.1), p. 88].

librado como de la termoluminiscencia, todas son relativamente altas;[3] su imprecisión es, a pesar de todo, demasiado grande para zanjar la cuestión y se observará solamente que para este período del MM se mantienen compatibles con las distintas fechas históricas propuestas.

B. *EL DESARROLLO URBANO Y LA APARICIÓN DE LOS PALACIOS*

1. Poblamiento y nacimiento de las ciudades

El principio del MM parece caracterizarse por un crecimiento demográfico: los asentamientos antiguos se agrandan, y aparecen nuevos emplazamientos que indican un aumento de la puesta en valor del territorio.

Toda la parte occidental de Creta, donde son poco frecuentes los asentamientos conocidos de este período, parece quedar fuera de este desarrollo; incluso disminuir, en comparación con la época precedente. Sin embargo, existe ya un hábitat importante en La Canea, y en la punta del extremo suroeste de Creta, al borde de una pequeña llanura costera se reconocen dos aldeas del MM. El material recogido es comparable al de la Creta central [336, p. 101]. La falta, fuera de La Canea, de asentamientos comparables en importancia a los de la Creta central u oriental no debe hacernos llegar a la conclusión de que existía una despoblación de la Creta occidental al principio del MM; puede indicar una pobreza económica relativa de esta parte de la isla o, simplemente, reflejar el estado de las investigaciones.

En otros puntos, las prospecciones evidencian los cambios sobrevenidos en el poblamiento. Muestran, en varias regiones, que una proporción importante de nuevos asentamientos localizados pertenece al MM I. La implantación de hábitat a veces se modifica: sobre la meseta del Lasizi, los pueblos se asientan sobre pendientes próximas de las zonas fértiles, sustituyendo a antiguos hábitat instalados en las cimas de las colinas [343, p. 12]. Algunas murallas en asentamientos a la orilla del mar, plantean problemas mal resueltos. El vasto edificio de Aguia Fotia, cerca de Sitia, se abandona desde el MM I A. Los muros encontrados en Kalamaki[4] y en Malia siguen mal datados; parecen haberse abandonado antes del final de los primeros palacios.

El desarrollo de las pequeñas comunidades rurales de la época anterior es especialmente clara alrededor de Cnosos, en la región del golfo de Mirabello, así como en el extremo este de Creta. Pero el hecho de mayor

3. Dataciones al C 14: [Olsson, I., *in* 39 (2) pp. 4-38] con lista de las fechas y referencias anteriores]. Termoluminiscencia: Poursat, J.-Cl.: *BCH* 108 (1984), p. 881.

4. Touchais, G.: «Chronique...», *BCH* 110 (1986), p. 745 (Aguia Fotia) y 753 (Kalamaki).

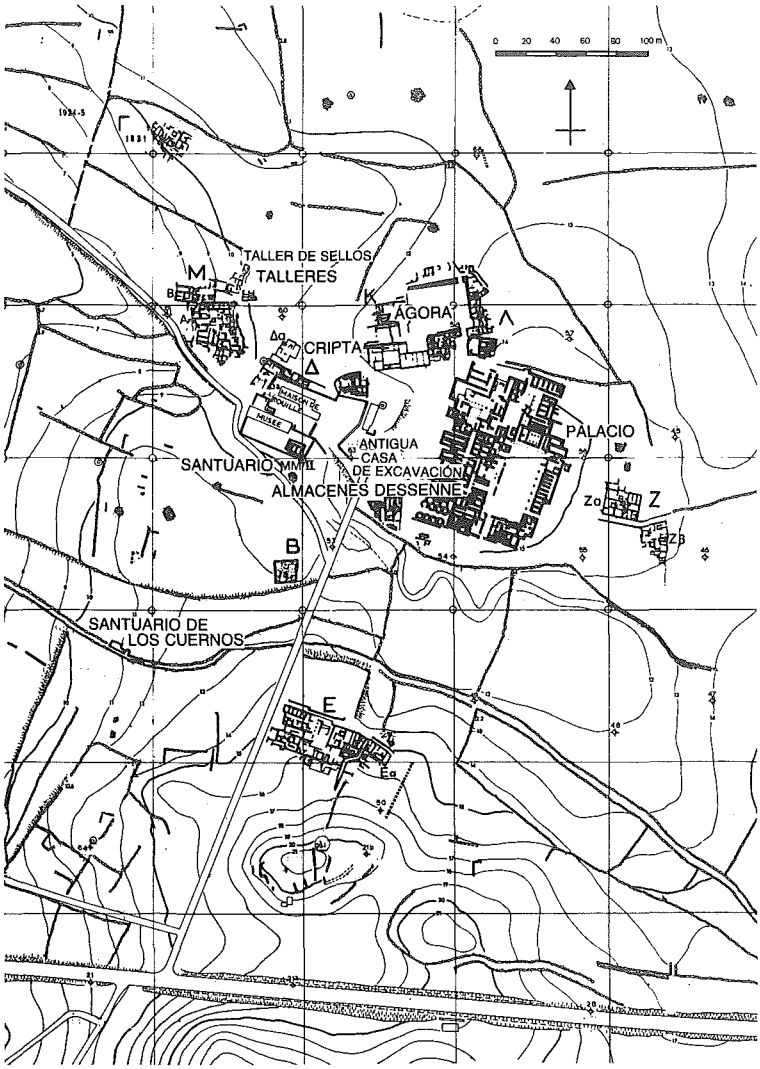


Fig. 16. Malia, parte central del asentamiento.
β: barrio Beta; Γ: barrio Gamma; Δ: barrio Delta; E: barrio Epsilon; Z: barrio Zeta; M: barrio Mu.

importancia es la aparición de verdaderas ciudades. Las ciudades palaciales de Cnosos y de Malia, las mejor conocidas de este período, alcanzan al final del MM I dimensiones próximas a sus dimensiones máximas del MR I [355, p. 8]. Alrededor del emplazamiento de los palacios se desarrollan barrios de casas. En Cnosos, el hábitat, concentrado hasta entonces en el extremo de la meseta delimitada por los valles del Kairatos y del Vlichia, progresa hacia el norte y el oeste, así como sobre la pendiente opuesta al sur. En Malia, la aglomeración se extiende desde el palacio hasta el probable emplazamiento del puerto, mientras que los osarios y cercados funerarios ocupan la zona rocosa a la orilla del mar.

A pesar de que no esté explorado más que parcialmente, el asentamiento de Malia (fig. 16) proporciona el ejemplo mejor preservado de una ciudad minoica protopalacial: una parte importante no fue nunca vuelta a ocupar después de su destrucción, hacia el 1700 a. de C. En otros puntos, y bajo los vestigios de la época de los nuevos palacios, han podido ser reconocidos restos de las construcciones protopalaciales.

La ciudad está situada sobre una larga terraza triangular, bordeada al noroeste por las rocas de la orilla del mar, al suroeste por un *talweg* que termina en la playa actual, allí donde posiblemente se halle el antiguo puerto, y hacia el este por una zona de afloramientos rocosos. El palacio ocupa, al este, la parte dominante de la meseta, a 15 m de altitud. Una línea de construcciones ocupa el reborde del *talweg*, desde el puerto a la región del palacio; sobre los otros dos lados del triángulo, una gruesa muralla, de fecha imprecisa (¿MM I?) parece corresponderse con los límites de la ciudad. Al sur del palacio, un barrio de viviendas (barrio Épsilon) ocupa las laderas de una pequeña eminencia sobre la ladera opuesta del *talweg*, y se prolonga hacia el este por construcciones aisladas. Al noroeste, otra zona de viviendas más separadas, a una cierta distancia de la aglomeración urbana, ocupa el perímetro de la pequeña cala de Aguia Varvara.

Es difícil reconstruir la red de vías urbanas que debían de existir ya desde esta época. Sólo se conocen bien algunos cortos elementos de calzada o de espacio enlosado, con frecuencia bordeados por cunetas que, en el interior de los barrios excavados, separaban las construcciones o permitían el acceso a ellas. Las esplanadas o pequeños patios parecen haber tenido un papel importante en la organización del espacio urbano.

La parte central de la ciudad, al oeste del palacio, es la mejor conocida. Nos ofrece, en especial, «grandes conjuntos» (cripta hipóstila, barrio Mu, almacenes Dessenne), cuya presencia en la inmediata proximidad del palacio plantea el problema de la organización administrativa de la ciudad. En el ángulo noroeste del palacio, la sala subterránea de la «cripta hipóstila», prolongada por amplios almacenes y asociada a una gran esplanada bordeada de escalones («Ágora»), ha podido interpretarse como la sede de un poder político distinto del poder real. La hipótesis de un conjunto destinado al desarrollo de las ceremonias públicas es, sin duda alguna, preferible. En el barrio Mu, dos construcciones de grandes dimensiones (800 m^2 para el edificio A), bien conservados, proporcionan documentos de archivos en jeroglíficos cretenses. Estos edificios están rodeados de talleres (grabador de sellos, alfarero, fundidor).

Se ha descubierto un santuario urbano independiente, del MM II, a media dis-

Fig. 17. El palacio de Festos.

tancia del barrio Mu y del palacio. Al sur del asentamiento, sobre la pequeña cima de San Elías, debía de existir, desde este período, un santuario de cumbre. Las necrópolis (Chrisolakos, Piedras molares, osarios, islote de Cristo) se extendían por la orilla del mar.

Se trata ya, claramente, de ciudades, que suceden a las comunidades protourbanas de la época precedente; desarrollo económico —se ha podido demostrar que la ciudad de Malia está asociada a la instalación de asentamientos agrícolas permanentes sobre la meseta del Lasizi [343, p. 36]—, artesanado especializado, intercambios exteriores, utilización de la escritura; todos estos elementos, asociados a la aparición de una nueva forma de organización política, atestiguan el paso a una civilización urbana.

2. Los primeros palacios cretenses

La aparición de los palacios

Los primeros palacios parecen haberse construido durante el MM I A: existen ya al principio del MM I B. En Cnosos, suelos y cimientos del primer palacio descansan sobre cascotes de cerámica del MM I A [355, p. 8]. En Festos, la primera fase protopalacial (fase 1a) parece corresponder al MM I B. La situación es menos clara en Malia, donde la existencia de un verdadero primer palacio llegó a ponerse en duda durante un tiempo: esta existencia es segura en el MM II, pero la cronología de las fases anteriores y su naturaleza siguen imprecisas. Sin embargo, un sedimento de cimientos constituido por una «tetera» MA III-MM I A depositada en un encofrado de piedra, muestra que el primer palacio se construyó, a lo más tardar, en el MM I A [516]: El caso de Zakros es menos claro [Chrisoulaki, St., *in* 600, p. 80]; seguramente quedan otros asentamientos palaciales por descubrir en el oeste de Creta, especialmente en La Canea.

Se ha propuesto, a veces, que los palacios estaban insertos en un marco urbano preexistente [388, p. 272]. En realidad, los palacios sucedieron en Malia, como en Cnosos, a edificios del minoico antiguo. Por otro lado, los principales elementos de las ciudades palaciales se desarrollaron al mismo tiempo que los palacios y pertenecen a la misma fase cerámica. En Malia especialmente, las similitudes arquitectónicas entre la «cripta hipóstila», el barrio Mu y los vestigios del primero palacio podrían indicar la pertenencia de todos estos edificios, cuyas funciones son quizá complementarias, a un mismo programa de construcción.

Las causas de esta transformación siguen discutiéndose. No puede verse en el desarrollo de contactos con las civilizaciones vecinas (*infra*, p. 146) la

única explicación del nacimento en Creta de un sistema palacial, aunque el conocimiento de palacios orientales contemporáneos, como el de Mari, hubieran podido contribuir al desarrollo de una arquitectura monumental. Hoy se insiste mucho más sobre la continuidad de las formas de civilización que van desde las comunidades rurales del MA a las ciudades palaciales del MM. Queda por precisar cómo la convergencia de determinados factores económicos y sociales (*supra*, p. 125) pudo provocar, en dicha continuidad, el cambio estructural que se manifiesta con la construcción de los palacios.

La arquitectura de los palacios

Estos primeros palacios cretenses son muy mal conocidos. Destruidos repentinamente, a veces en varias ocasiones seguidas, fueron luego recubiertos por los segundos palacios y su plano sigue sin conocerse. Parece seguro que poseían todos un patio central rectangular, característico de los palacios cretenses; alrededor de este patio, la organización de los edificios, que Evans creía que podía haber tomado la forma de unidades separadas, queda en la duda. En Cnosos, las series de almacenes y la presencia de un «depósito jeroglífico» indican las funciones administrativas y económicas del palacio. En Malia subsisten solamente, en el sector noroeste, vestigios muy arrasados que podrían corresponder a un barrio de almacenes y, en el sector III, dos salas de aspecto monumental donde se hallaron dos espadas de lujo [515]. En Festos, reparaciones sucesivas y la sobreelevación del nivel del segundo palacio permitieron preservar toda la parte suroeste del primer palacio, con la fachada oeste y la entrada, algunos almacenes, un complejo de habitaciones dispuestas en dos o tres niveles [393 (I)] (fig. 17).

Este primer palacio de Festos comprende varias fases arquitectónicas y su historia es más compleja, al parecer, que la de los demás palacios. Es, sin embargo, comparable a la de los palacios de Cnosos y Malia: reconstrucción o modificación a principios del MM II, destrucción por terremoto durante el MM II, destrucción con incendio a finales de MM II y nueva reconstrucción, pero esta vez sobre el mismo plano, a principios del MM III.

El estado del MM II («2.ª fase») es el mejor conocido. De la fachada occidental, bordeada de ortostatos y dibujando los resaltes habituales de la arquitectura minoica, se conservan cerca de setenta metros de largo. Da a una esplanada que atraviesa una calzada enlosada. Cuatro silos se alineaban al borde de esta calzada. Las zonas excavadas presentan esencialmente, al norte un santuario, y al sur una serie de habitaciones que parecen haber sido destinadas a almacenaje de provisiones o de material destinado a las ceremonias. En este mismo sector, un sondeo realizado bajo el suelo de una habitación neopalacial (sala XXV) ofrece un conjunto especialmente importante de varios millares de huellas de sello sobre arcilla.

También en Cnosos, el principio del MM II parece caracterizado por una trans-

formación importante del palacio: construcción de almacenes del oeste, del porche oeste, primera fase de la parte doméstica y modificación de la entrada norte.

C. *LAS ESTRUCTURAS POLÍTICAS SOCIOECONÓMICAS Y RELIGIOSAS*

1. La organización política

Los territorios palaciales

En la época protopalacial, Creta estaba seguramente dividida en varias provincias, dependiendo cada una de ellas de un palacio. La distinción de grupos regionales en la producción cerámica, a pesar de que no constituye por ella misma la prueba de dicha división, corresponde sin duda con bastante exactitud a una realidad administrativa y política. Diversos indicios materiales, a falta de textos descifrables, tienden a confirmar la existencia de territorios palaciales relativamente vastos; así, la difusión, a partir de su centro de producción en Malia, de vasitos de cuello estriado, llamados de Chamezi (fig. 22*b*), así como la repartición de los «almacenes de carpintero» (*infra*, p. 149), permiten esbozar un mapa del territorio de Malia, que debía de abarcar la llanura costera, la meseta del Lasizi y sus laderas, quizá hasta la costa sur, y al este, el golfo de Mirabello hasta Chamezi [Poursat, J.-Cl., *in* 600, pp. 75-76]. Cnosos dominaba los valles fértiles de la Creta central, sobre la costa norte; Festos al sur, la gran llanura de la Mesara y sus proximidades; Zakros, la extremidad oriental de la isla.

Este concepto de territorio palacial expresa uno de los hechos nuevos de la época. Pero la organización interna de las diferentes regiones y las relaciones entre los centros palaciales, las ciudades secundarias como Gurnia, Paleocastro, Pirgos, y los hábitat rurales aislados como el de Monastiraki, al oeste del Ida, no pueden precisarse mucho. Los testimonios arqueológicos demuestran solamente el desarrollo de una administración que pone en marcha sistemas de control económico, tabletas inscritas y sellos de almacenes (*infra*, p. 145). Aunque en el estado actual de los conocimientos, la casi totalidad de los documentos de archivo para este período proceden de los centros palaciales, de Cnosos (depósito jeroglífico), Malia (barrio Mu), Festos (sala XXV), se observa, sin embargo, la presencia de numerosos precintos en los almacenes del asentamiento de Monastiraki, así como de un nódulo de arcilla marcado por una huella de sello sobre el asentamiento de Kavusi [376, p. 364].

La identidad de los señores de palacio, sigue, como en las épocas siguientes, imprecisa. Se ha podido dudar de que hubieran concentrado entre sus manos, al principio, la totalidad del poder político. H. van Effenterre supuso, partiendo del estudio de conjuntos arquitectónicos de la época protopalacial y sobre todo de la «cripta hipóstila» y del «Ágora», situadas inmediatamente al noroeste del palacio de Malia, que los representantes de una comunidad popular deliberaban en las cámaras del consejo situadas fuera de los palacios y que existía en Creta una especie de «democracia primitiva». Este equilibrio precario de poderes políticos no se habría roto, a favor del palacio, más que al final de la época protopalacial [383, pp. 192-195]. Es verdad que los grandes conjuntos arquitectónicos distintos de los palacios plantean de una nueva manera las funciones palaciales. Sin embargo, es más verosímil que el palacio detentara todo el poder político y que los conjuntos citados estuvieran ocupados por altos funcionarios, oficiales o miembros del grupo dirigente, encargados de las funciones administrativas u otras en el marco del sistema palacial.

2. La sociedad

La época de los primeros palacios corresponde ciertamente al desarrollo de una sociedad más jerarquizada y más compleja, cuyos testimonios más evidentes son la concentración de objetos de lujo en los palacios y la aparición de artesanos especializados.

Aunque no se observa un aumento repentino de riquezas en la Creta protopalacial, la presencia de objetos de lujo, al mismo tiempo que el carácter monumental de la arquitectura palacial, indican la existencia de una elite. En el palacio de Malia, son la espada con pomo de cristal de roca y empuñadura recubierta de oro de la sala VI 2 y las dos espadas de lujo, una de ellas la «espada con el acróbata» del sector III. La joya de las abejas de Chrisolakos y el puñal con mango incrustado recubierto de oro del barrio Mu [Pelon, O., *in* 51, pp. 35-39; 380 (XXVI), pp. 147-149] confirman esta imagen de una elite restringida, grupo que reina y oficiales de alto rango, en la cima de esta jerarquía social.

La aparición de una clase de artesanos especializados, dependientes de la autoridad central, es uno de los puntos más seguros. En el barrio Mu de Malia se han excavado casas de artesanos del MM II (grabador de sellos, alfarero, fundidor), que poseen a la vez habitaciones familiares y locales de trabajo, situadas alrededor de los edificios principales. Proporcionan el mejor ejemplo de artesanos a tiempo completo, más o menos completamente especializados, agrupados en la proximidad del centro del cual dependían

[Poursat, J.-Cl., *in* 77, pp. 277-280]. Estas casas, de reducidas dimensiones, pero de arquitectura cuidada, no se distinguen casi de las demás casas que se conocen en el asentamiento. De una manera general, las divisiones sociales en el interior del pueblo parecen estar poco marcadas en Creta. Solamente el desarrollo de la glíptica, que comprende sellos de calidad muy desigual, puede indicar las diferencias de condición social, que no son fáciles de precisar. En el ámbito funerario, se establece una oposición entre las tumbas colectivas construidas, a veces muy ricas en materiales, y las necrópolis ordinarias de inhumaciones en jarra o en sarcófago uniformemente pobres. La aparición de estas formas de sepultura, a partir del principio del MM I, en las cercanías de las nuevas aglomeraciones expresa verdaderamente un fenómeno de diferenciación social (*infra*, p. 144).

3. La formas de la religión y las costumbres funerarias

La aparición del sistema palacial se acompaña por cambios muy claros, si no en las creencias, por lo menos en las formas de vida religiosa.

Los santuarios

Las actividades religiosas se ejercen, a partir del principio del MM, en marcos más claramente delimitados que en las etapas predecentes. Se comprueba así la aparición de los santuarios de cumbre, particularmente numerosos en la Creta oriental [99, pp. 73-98]. Estos santuarios, espacios al aire libre dispuestos en la cima de una colina o de una montaña, están las más de las veces rodeados, en la época de los primeros palacios, de un sencillo muro que los envuelve. Se han hallado en ellos numerosas figuritas humanas o de animales y exvotos de curación (brazos, piernas), como en Petsofas, cerca de Paleocastro, o sobre el monte Iuktas, cerca de Cnosos [Karetsou, A., *in* 96, pp. 135-158] y vestigios de fuegos de sacrificio. Situados en la proximidad de las ciudades o de las aldeas, de las que reunían la población, parecen estar relacionados con el florecimiento de la economía pastoral y agrícola y pudieron tener un papel importante en el desarrollo del concepto de territorio en el momento del nacimiento del sistema palacial. Las cuevas, utilizadas anteriormente como refugios para el culto o lugares de sepultura, se transforman también, en determinados casos, en lugares de culto. Los ejemplos son poco numerosos: la cueva de Camares, sobre la vertiente sureste del monte Ida, cerca de Festos, ha proporcionado numerosos vasos del MM I B; ella ha dado nombre a la cerámica polícroma minoica. La cueva de Psicro, en el Lasizi, se convierte también en santuario en esta época.

Para este período, son pocos los santuarios conocidos. Tres de ellos, en Festos (palacio) y en Malia (ciudad y barrio Mu), presentan el mismo tipo de hogar rectangular central con pequeña cúpula. El «santuario MM II» de Malia es uno de los primeros ejemplos conocidos de santuario urbano independiente. Presenta una estructura simple, con vestíbulo central, habitación almacén y sala de culto con banqueta [95, pp. 9-10].

Los diferentes lugares de culto de la época protopalacial se identifican generalmente por la presencia de un material al que se le atribuye un valor religioso: mesas de ofrendas de arcilla o piedra, ritones, conchas naturales o imitadas (tritones), «cuernos de consagración», dobles hachas, etc. Con frecuencia el mismo tipo de material se encuentra a la vez en los asentamientos urbanos, las necrópolis y los santuarios de cumbre, de una región a otra de Creta. Es, sin embargo, difícil de saber si el culto se dirigía a una sola divinidad bajo aspectos diferentes, o a varias divinidades distintas. La serie de vasos antropomorfos del MA, interpretados a veces como representaciones de divinidades femeninas [Warren, P., *in* 11, pp. 137-147] (*supra,* p. 111), cesa hacia el final del MA III. En la época protopalacial, se conocen principalmente figuritas pintadas con amplios gorros e ídolos de piedra de tipo esquemático [380 (XXVI), pp. 99-105] que informan poco sobre las funciones posibles de la divinidad. Algunos vasos de Festos muestran escenas de danza alrededor de una figura femenina. Un sello del taller de Malia presenta un ejemplo antiguo de la «diosa de los brazos levantados», más conocida en las siguientes épocas (*infra,* p. 436). Dos anclas de piedra, probablemente votivas, descubiertas en Malia, parecen indicar la existencia de un culto ligado al mar, análogo a lo que se conoce en Biblos y en Chipre.

La aparición de nuevos tipos de santuario y el desarrollo de los cultos funerarios están, quizás, asociados a la institución de un clero oficial y a una administración religiosa en el marco del sistema palacial. En Arcanes, como en Malia, se han interpretado edificios próximos las necrópolis como el local de los sacerdotes del cementerio [383, p. 184]. Se han hallado varios depósitos de material considerado como sagrado, reservados o anejos de los santuarios en Festos (ángulo SO del palacio), en Malia (barrio Mu) y en el palacio de Cnosos (*Vat room Deposit,* sector del *Loomweight Basement*). La presencia de archivos contables en los edificios principales del barrio Mu de Malia, cuyos talleres parecen haber participado en la fabricación de objetos destinados a los santuarios, podría sugerir la idea de que la administración religiosa tiene, como en el caso de los templos orientales, su propio ámbito y una actividad económica propia.

Las costumbres funerarias

En el ámbito de las costumbres funerarias no existe verdadera ruptura con el período precedente. En Malia, los pudrideros situados en las fallas

de las rocas de la orilla del mar están aún en uso, pero estos osarios pueden haber sido sencillamente lugares de depósito secundario. En el Lasizi, cuevas como las de Trapeza o Meskine siguen sirviendo de lugar de sepultura. Numerosas tumbas circulares de la Mesara, como la de Platanos, se utilizarán hasta finales del MM II y algunas aún más allá. Otras nuevas se construyen en el MM I en Apesokari, Arcanes (tumba B) y Kamilari. Los «cercados» cuadrangulares de la Creta oriental se mantienen en Gurnes, Paleocastro y Vasiliki. En Gurnia, una serie de tumbas de este tipo se construye a principios del MM II en una necrópolis adyacente al hábitat: midiendo de 4 a 5 m de lado, divididas en dos partes unidas por una puerta, recuerdan casas de dimensiones reducidas [517]; estas tumbas familiares, que presentan la misma dispersión de huesos y el mismo amontonamiento de cráneos que las tumbas de la Mesara, tienen, como ellas, un mobiliario funenario bastante rico (vasijas de piedra y barro cocido, sellos, objetos de bronce). El cambio fundamental surge en la aparición de sepulturas individuales: las inhumaciones en jarras (pitos) o de forma más rara y principalmente en la Creta oriental y central, en sarcófagos en forma de cofre redondeado, aparecen desde el mismo principio del MM, o bien en forma de necrópolis enteras (como en Pachiamos: 213 jarras, 6 sarcófagos; o en Esfungaras cerca de Gurnia: 150 jarras, 1 sarcófago) donde únicamente algunas vasijas de barro cocido constituyen un mobiliario funerario, o bien en estructuras heredadas de la época precedente, tumbas circulares, osarios, cuevas [66, pp. 10-13].

Uno de los aspectos más característicos de las necrópolis del período protopalacial parece ser el desarrollo del culto funerario. En la proximidad de las grandes tumbas circulares aparecen anejos destinados a depósito de objetos votivos o de culto, con, a veces, la creación de edificios independientes; algunas salas que pueden estar destinadas a las ceremonias rituales aparecen en forma de cámaras, con una columna central en Apesokari o en Arcanes [65, pp. 12-15]. La presencia de altares o de fosas, en Arcanes y Malia, por ejemplo, confirma esta evolución.

4. La organización económica y los contactos exteriores

La economía

La economía del MM se basa seguramente, como en el MA, en la agricultura y la ganadería (*supra,* p. 116); pero los almacenes y los silos enterrados (kulures) de los primeros palacios de Festos y de Cnosos denotan la existencia de excedentes agrícolas. A partir de ahora, los palacios intervienen de una forma nueva en la producción artesanal y en los intercambios, en el interior del territorio palacial.

La organización económica minoica se reconstruye casi siempre a partir de diferentes «modelos». Entre las diferentes posibilidades consideradas, podemos sin duda rechazar la centralización total de la economía [383, pp. 461-465]. En Malia, especialmente, la existencia de archivos contables en el barrio Mu, en edificios separados del palacio, supone la existencia de ámbitos diferentes, cada uno con su propia contabilidad. Así y todo, por falta de textos descifrados, el *status* preciso de los diversos elementos de la población y su papel en la economía palacial continúan indeterminados.

La existencia de un sistema de control económico, cualquiera que sea el campo exacto de aplicación, está bien demostrada por los documentos escritos y los precintos de arcilla marcados con huellas de sello descubiertos en Cnosos (depósito jeroglífico), Festos (depósitos de huellas bajo la sala XXV), Malia (barrio Mu) y Monastiraki. Existen archivos contables y un sistema complejo de precintos, análogo al sistema utilizado en una amplia zona geográfica que se extiende desde el Indo y Mesopotamia a Sudán, permite controlar las entradas y salidas de los productos o mercancías en los almacenes. Se han podido interpretar las bolas de arcilla marcadas de huellas de sello descubiertas, en particular en el barrio Mu de Malia, como fichas correspondiendo al pago de un trabajo a jornal [523, pp. 17-21].

Se admite con mucha frecuencia que el comercio exterior era un monopolio de la autoridad central, al estilo de Egipto, y ello desde el período de los primeros palacios. La cuestión de la posible existencia de comerciantes queda sin respuesta. Aparece un sistema ponderal que corresponde ciertamente al desarrollo de intercambios, pero los pocos pesos hallados en Creta no permiten definir claramente la unidad de medida utilizada.

Los palacios pueden desde luego abastecerse en su propio territorio de la mayoría de los materiales o productos necesarios para la vida diaria y para la actividad de los artesanos: así ocurre con la esteatita y la serpentina, frecuentes en Creta y utilizadas para la fabricación de sellos y de vasijas de piedra. Las materias semipreciosas de origen extranjero, como el marfil o la cornalina son relativamente raras en la época de los primeros palacios y con seguridad no formaban parte de las corrientes regulares comerciales. El principal problema es el del metal, cuya utilización ofrece entonces un notable desarrollo: los vestigios de un taller de fundición, en Malia, o los «almacenes de carpintero» raros en Creta pero que parecen estar todos datados en este período, demuestran el aumento de la fabricación de herramientas de bronce (*infra,* p. 149). La adquisición de los metales (plata, plomo, cobre, estaño) que según algunos existen en Creta pero en cantidades demasiado pequeñas para satisfacer una constante demanda [Cadogan, G., *in* 81, pp. 64-65], se ha presentado con regularidad como una de las explicaciones del desarrollo de las relaciones exteriores de Creta en dirección, sobre todo, de la Grecia continental y de las Cícladas.

Citera parece haber sido el primer asentamiento minoico cerca del continente. Se encuentran vestigios arquitectónicos de una instalación permanente en el asentamiento de Kastri en el período protopalacial y existen allí enterramientos minoicos en jarras desde el MM I A. A partir de este período Citera sin, sin duda alguna, un punto de paso importante para las relaciones entre la Creta del oeste y el Peloponeso. La cerámica minoica penetra en cantidades relativamente importantes en Argólida y alrededor del golfo de Sarónica y se distingue especialmente la influencia minoica en Lerna y en Aguios Stefanos, en Laconia. Se cree que posiblemente las vasijas cretenses importadas en Lerna en el MM I procedían de Citera [Rutter, J., *in* 84, pp. 75-83].

Al principio del período de los primeros palacios, las relaciones se desarrollan también entre Creta y las Cícladas occidentales, paso obligado hacia la costa este del Ática y Tesalia. Este hecho ha sido considerado como una reacción de la Creta central, especialmente de Cnosos, contra la Creta occidental.

Los contactos con Chipre parecen de poca importancia en el MM I-MM II y nada demuestra que Chipre pudiera abastecer de cobre a Creta en esta época [Cadogan, G., *in* 81, p. 64]. Al parecer, no era más que una escala hacia la costa siria con la que las relaciones están bien atestiguadas. Puñales sirios y cilindros de la primera dinastía babilónica llegan hasta Creta; fragmentos de vasijas minoicas se han hallado en Beirut, Biblos, Ras Shamra y Qatna [Branigan, K., *in* 327, pp. 22-27]. Documentos orientales nos informan sobre el comercio con Mesopotamia y sobre las relaciones con el rey de Babilonia [Godart, L., *in* 769, p. 133].

Los contactos con Egipto son, desde luego, más importantes y más directos de lo que se había admitido frecuentemente hasta hoy. Sin duda, un determinado número de objetos pudieron llegar a Creta indirectamente por la costa siria, pero una estatuilla egipcia de mármol, que lleva el nombre de User, descubierta en Cnosos en una capa MM II, se sitúa en la serie de estatuillas que los oficiales o comerciantes egipcios colocaban en los templos de las ciudades o puertos extranjeros a los que se dirigían, para asegurar las ofrendas en caso de fallecimiento.[5] Se han hallado numerosos fragmentos de cerámica de Camares correspondientes a una cincuentena de vasijas en Egipto, en El-Lisht, Haraga, Kahún, Abidos e incluso hasta la región de Asuán. Aunque no se puede afirmar que los minoicos estuvieron presentes en los pueblos de obreros de Kahún o Haraga, un determinado número de representaciones egipcias de Creta, como un aplique de vasija en forma de esfinge descubierta en Malia en un contexto MM II [380 (XXVI),

5. Uphill, E.: *BICS*, 31 (1984), p. 213.

pp. 116-124], implican un conocimiento directo del arte egipcio por parte de los artistas cretenses (viñeta del cap. I, 1. II); esta inspiración egiptizante se reconoce, por otra parte en obras como la joya de las abejas o la espada de acróbata de Malia. Esta familiaridad con el arte egipcio resulta si no de relaciones comerciales seguidas, por lo menos de contactos diplomáticos.

La existencia de una marina minoica durante este período se demuestra por las numerosas representaciones de barcos en los sellos, que indican especialmente la utilización de la vela. Las áncoras de piedra que se han hallado con muy poca frecuencia, parecen haber sido áncoras votivas y no sirven para determinar las vías marítimas seguidas. La misma organización de los puertos permanece ignorada.

D. *LA EVOLUCIÓN DE LA CULTURA MATERIAL*

1. La arquitectura

Las técnicas y formas nuevas

Las técnicas de construcción, que asocian la piedra, el ladrillo sin cocer o la arcilla y la madera, cambian poco en el MM. A pesar de ello, dos hechos caracterizan el período de los primeros palacios: la aparición de una arquitectura monumental y de nuevas formas. La utilización de bloques de piedra tallados, a veces de grandes dimensiones, supone la sistemática explotación de las canteras y una nueva organización técnica. Se encuentran ejemplos de ello, principalmente para basamentos de fachada, en el palacio de Festos; en Cnosos, no solamente en el palacio sino también en la estructura masiva, interpretada por Evans como la extremidad de un puente que atraviesa el Vlichia [355, p. 8]; en Malia, en el barrio Mu y en la cripta hipóstila, así como en el edificio de Chrisolakos. El aspecto monumental de la arquitectura palacial está también acentuado por los marcos de piedra, de puertas y ventanas, por la utilización de columnas o pilares de madera sobre basamentos de piedra y por la acrecentada dimensión de las habitaciones: las dos salas protopalaciales excavadas en el sector III del palacio de Malia alcanzan de 50 a 65 m^2 aproximadamente, con soportes intermediarios [515, p. 693]. La imitación, sobre revoques que cubren las paredes de ladrillo, de aparejos isodomos (Malia, palacio y barrio de Mu) expresa el desarrollo de un modo de construcción del cual nos proporcionan una ilustración las losetas de azulejos del «mosaico de la Ciudad» de Cnosos del MM III (*infra,* p. 158).

El plano del *polythyron* (conjunto de habitaciones que presentan múltiples aberturas separadas por pilastras; esta expresión griega *de múltiples puertas,* debe ser preferida al nombre impropio de *megaron a la cretense*)

aparece ya en forma desarrollada en el barrio Mu de Malia: salas abiertas por tres balcones separados por pilastras, pozo de luz enmarcado por un pórtico enlosado, alternancia de columnas y pilastras, proximidad de una sala subterránea que presenta, sin duda ninguna, un prototipo de piscinas lustrales [605, pp. 54-55). Las hileras de almacenes aparecen en todos los conjuntos palaciales. La regularidad de los planos parece descansar, por lo menos en algunos casos, en la utilización de esquemas geométricos precisos [528]. Esta arquitectura, con sus salientes exteriores, sus pisos, sus tejados en terraza dispuestos a diferentes niveles, anuncia directamente el período de los segundos palacios.

El hábitat

Resulta difícil evaluar las transformaciones ocurridas en el hábitat privado. Algunos conjuntos se caracterizan primeramente por la aglutinación de habitaciones pequeñas y numerosas, como las casas del MM I al sur de Malia. Las casas cuadrangulares de múltiples habitaciones del MM II, las más conocidas (casas-taller del barrio Mu de Malia) aisladas o adosadas, presentan, sin embargo, una nueva regularidad. Destinadas a vivienda de una familia, de una superficie del orden de 80 m^2, están organizadas en dos niveles unidos por una escalera y poseen cinco o seis habitaciones principales, repartidas de manera funcional según una organización interna casi constante a pesar de las diferencias de plano: habitación generalmente asociada a un almacén en el nivel inferior, habitaciones de vivienda y en algunos casos local de trabajo, en el nivel superior. El taller de sellos de Malia, con sus dos escaleras que conducen una hacia el taller propiamente dicho, la otra hacia las habitaciones privadas, muestra una división en unidades funcionales inspirada en los conjuntos palaciales.[6] La organización interior comprende hogares circulares de arcilla con cupulilla central y banquetas o zócalos bajos de albañilería unidos a los muros.

Las paredes están generalmente revestidas como los suelos de revoques coloreados. Algunos decorados del suelo, imitación de grandes losas cuadradas delimitadas por bandas de color diferente, enlosados de piedra cuyos intersticios están rellenos de revoques pintados *(mosaiko)*, parecen característicos del período protopalacial. En cuanto a la decoración mural, solamente se han conservado motivos geométricos simples en algunos raros fragmentos.

6. Poursat, J.-Cl.: *BCH,* 102 (1978), pp. 831-834.

La arquitectura funeraria

La continuidad de utilización de antiguos osarios o de antiguas tumbas, la aparición de necrópolis con enterramientos en vasijas relegan la arquitectura funeraria de un rango secundario. Dos ejemplos de arquitectura funeraria son dignos de interés: en Malia, los muros exteriores de la necrópolis «de príncipes» de Chrisolakos, cuya identificación se pone a veces en duda,[7] presentan grandes bloques de piedra sillar; en Arcanes, la necrópolis de la colina de Furni nos ofrece el ejemplo más original y más completo de un conjunto construido. Sucediendo a un osario del MA, se levanta un gran complejo funerario con un piso, del principio del MM, que comporta alrededor de una tumba circular (tolos B) con dromos y cámaras laterales, una serie de compartimientos y de edificios aislados de forma rectangular [65, pp. 14-15]. En Gurnia, una serie de tumbas construidas parecen imitar la forma de las casas (*supra,* p. 144).

2. Las producciones artesanales

Las primeras fases del MM coinciden con algunos progresos técnicos que corren paralelos al desarrollo del artesanado especializado.

Las herramientas y las armas

El instrumental lítico, tallado (lascas de obsidiana) y pulido (muelas y trituradores, pulidoras, azuelas) sigue siendo abundante en la época de los primeros palacios y se observa incluso la creación de tipos nuevos. Así y todo, lo más notable es el perfeccionamiento de las herramientas de metal. El trabajo de la madera, del cuero, de la piedra, así como la caza o la pesca se benefician directamente de ello. Los «almacenes de carpintero», donde se encuentran dobles hachas, azuelas, tijeras, sierras, aparecen entonces en Creta: los taladros tubulares sustituyen a los macizos para trabajar en los sellos.[8] Se fabrican nuevas armas: las espadas más antiguas conocidas en el mundo egeo son las espadas de lujo halladas en el palacio de Malia. También proceden de Malia, que fue seguramente un centro metalúrgico importante en este período, los primeros ejemplares de puntas de lanza con encaje bilateral de un tipo conocido más adelante en la Grecia continental [380 (XXVI), p. 154] (fig. 39*f*). Se crean puñales de diversos tipos, sin que

7. Ver los diversos puntos de vista de Baurain, Cl., G. de Pierpont y V. Stürmer [*in* 64, pp. 61-93].

8. Poursat, J.-Cl.: *BCH,* 102 (1978), p. 834.

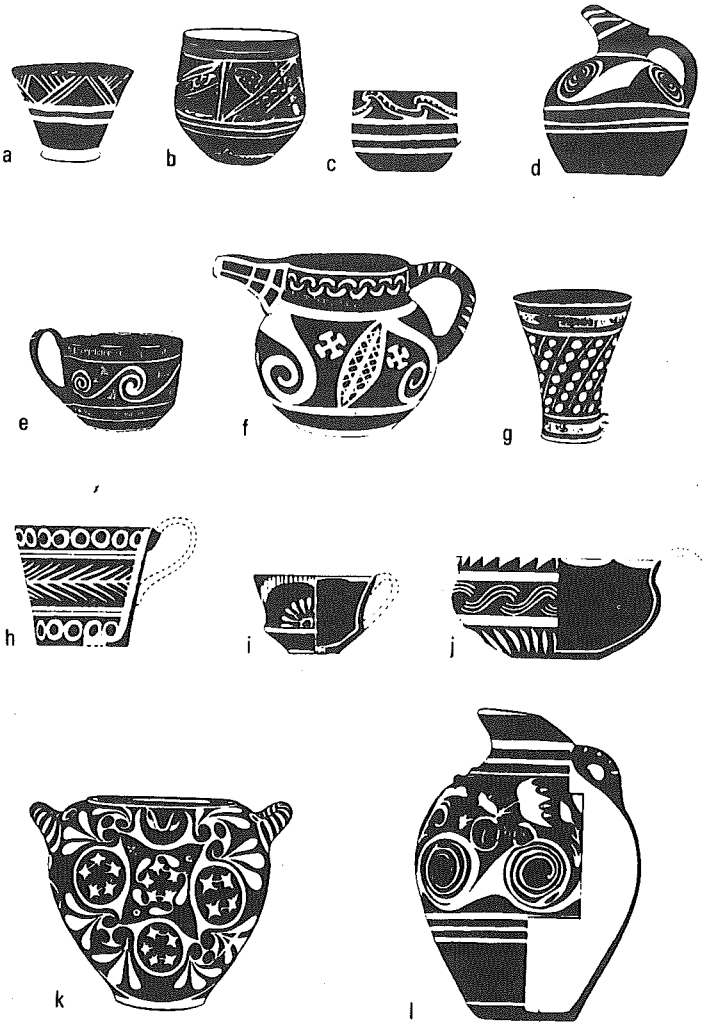


Fig. 18. Cerámica del final del MA y del MM.
a-d: vasos MA III; *e-g*: vasos MM I; *h-k*: vasos MM II; *l*: vaso MM III.

se pueda determinar exactamente la parte de influencia extranjera, siria sobre todo. Se encuentran también puntas de flecha con tubo de metal, anzuelos con o sin contrapunta. En las labores agrícolas la utilización de herramientas de metal está menos representada: solamente se ha descubierto en el asentamiento de Malia una hoz metálica.

Estos progresos corresponden a un perfeccionamiento o un mejor dominio de la técnica de los procesos de fabricación. En la metalurgia del bronce, los fundidores minoicos controlan a partir de ahora la dosificación de la aleación cobre-estaño y la varían según el tipo de objeto deseado. Los procedimientos de moldear se desarrollan: en Malia se han descubierto moldes de piedra simples o bivalvos; y la técnica de fundición a la cera perdida está demostrada en Festos por una matriz de arcilla en forma de mano [393, p. 197]. En orfebrería, se utilizan ya la incrustación, la filigrana, la granulación, así como el baño de oro o plata (*infra,* p. 155).

Vasos y recipientes

En el MM II [380 (XXVI), pp. 71-89] aparecen formas nuevas de vasos de cobre, recipientes trípodes y cuencos con asas con remaches. Las vasijas de piedra, realizadas en materiales diversos (serpentina, principalmente, pero también en conglomerados, calizas, etc.) son muy numerosas, tanto en las necrópolis como en el contexto doméstico. Sus formas, algunas de las cuales copian las de la cerámica («teteras», tazas con panza, jarros con pitorro) se multiplican: alabastros, cuencos ahusados y, sobre todo, vasos llamados *de nido de pájaro* son característicos de la época protopalacial. La decoración se limita en algunos casos a líneas incisas o a acanaladuras.

Las formas y decorados de la cerámica que permiten establecer las distinciones cronológicas varían sensiblemente de una a otra fase. El progreso técnico esencial es la introducción en el MM I B del torno rápido que había aparecido en Argólida en el HA III (*infra*, p. 194); su utilización es uno de los criterios que permiten separar las dos fases del MM I. La adopción relativamente rápida de este torno en toda Creta inmediatamente después de su introducción ha sido explicada por el papel de los talleres palaciales, que lo utilizaron para crear nuevas formas de cerámica fina; sin embargo coexiste hasta el final del MM II con el torno lento. Sólo al final de MM I B se observan los cambios más claros en el repertorio de formas. Si bien las grandes vasijas almacén, jarras o pitos, decorados con chorreones ocres o bandas en relieve imitando cuerdas, varían poco desde el MA hasta el MR, los tipos diversos de ánforas o cántaros, correspondientes a distintas utilizaciones se multiplican: tazas nuevas troncocónicas, con panza y perfil ahusado, sustituyen definitivamente las formas de vasos para beber del MM I.

Los cestos y recipientes de cestería debían de tener un lugar importante

en el mobiliario. No se ha conservado ningún ejemplar, pero los moldeados de cestos sobre arcilla [380 (XXVI), pp. 91-98] demuestran que la cestería ofrece elaboradas variantes de la antigua técnica (*supra,* p. 117).

Los sellos

La difusión del empleo de los sellos entre la población minoica permanece poco clara, pero el número de ejemplares conservados y el descubrimiento en Malia de un taller especializado en la fabricación de prismas de esteatita nos permite creer que su utilización, igual que en la época de los segundos palacios, estaba muy extendida (*infra,* p. 215). Como ocurre con la cerámica, el desarrollo de la civilización palacial provoca cambios notables y una cierta estandarización de las formas de sellos. Los cilindros y sellos zoomorfos del período MA III-MM I A, con decorados grabados en la base, frecuentemente de marfil, parecen desaparecer casi del todo en el MM I B. Los sustituyen formas diferentes, discoides, prismas de tres o cuatro caras grabadas, medios cilindros, sellos con mango *(Petschaft).* La aparición de taladros tubulares de cobre para agujerear los canales de suspensión y luego para grabar, permite en el MM II utilizar piedras duras semipreciosas (cornalina, cristal de roca); los sellos o anillos sello de metal existen ya seguramente desde esta época. La definición de los grupos estilísticos ha permitido precisar la cronología de los sellos protopalaciales. Los prismas del taller de Malia, en el MM II, están decorados con motivos específicos; cuadrúpedos, pájaros acuáticos, arañas, personajes dibujados de manera esquemática. Las huellas contemporáneas descubiertas en la sala XXV del palacio de Festos presentan, por el contrario, motivos geométricos o florales complejos, idénticos a los del repertorio de la cerámica de Camares (figs. 19*d-p*).

3. El arte palacial y las culturas regionales

La nueva demanda surge de los palacios y al agrupar en los palacios o alrededor de ellos a los distintos artesanos capaces de responder a estas nuevas necesidades se han transformado las condiciones de producción artística. Las innovaciones de los talleres palaciales que disponen de nuevos medios técnicos y en algunos casos de materias primas importadas en el marco del comercio palacial, se extienden a todas las categorías artísticas.

La cerámica llamada *de Camares*, a causa del nombre de la cueva situada al sureste del monte Ida donde se encontraron en 1895 los primeros vasos minoicos polícromos, es un arte palacial por excelencia, que solamente pudo encontrar su inspiración y continuar con sus experimentos en el marco de los palacios, en Cnosos, en Festos y, ya en menor grado, en Malia. Su rico decorado polícromo en rojo, blanco y amarillo sobre fondo negro, ha sido objeto de estudios estilísticos detallados que han puesto de manifiesto la atracción por los motivos que giran (torsión y rotación), la alianza del decorado geométrico con los elementos naturalistas (flores, pétalos, pulpos), que se encontrará en toda la historia de la cerámica minoica, el acuerdo entre el decorado y la forma del vaso, y los elementos plásticos de adorno añadidos al final del período. El torno rápido permitió realizar tazas de paredes muy finas («de cáscara de huevo») e inventar formas nuevas; el decorado se inspira también en otras artes, imita las jarras de piedra, de metal, la cestería, adapta los motivos circulares de la glíptica, asocia el relieve con la pintura.

Las vasijas de piedra son numerosas en los palacios. Al lado de la producción corriente, la actividad de los talleres palaciales se reconoce quizá, por piezas de gran tamaño, como enormes lámparas de pie; y por los materiales utilizados, como la obsidiana de puntos blancos importada de Giali, cerca de Nisiros (imitada también en la cerámica). Cuatro jarros con pitorro de gabro, descubiertos en Micenas, fueron seguramente producidos en los talleres de los palacios minoicos de este período [76 p. 33]. Se han subrayado a menudo las relaciones entre la glíptica y la cerámica de Camares, cuyos motivos son a menudo comparables. El desarrollo considerable de la glíptica en esta época debe relacionarse con el desarrollo de la administración palacial. Los sellos jeroglíficos, cuyos signos no descifrados pueden corresponder a títulos o fórmulas religiosas, tienen, por lo menos una parte de ellos, una utilización oficial. Los sellos con mango llamados *Petschaft*, característicos de la época, están fabricados con frecuencia en piedras duras semipreciosas o incluso en metal.

Sólo se ha conservado un vaso de metal precioso en Creta: el «cántaros» de Gurnia (fig. 19*a*), copa de dos asas cuya forma (imitada en arcilla en Gurnia, Malia y en otros asentamientos) está directamente inspirada en un tipo anatólico. Es posible que los 153 vasos de plata y la copa de oro del tesoro de Tôd (figs. 19*b-c*) fueran también fabricados en los talleres de los palacios cretenses: un vaciado en arcilla de una copa de este tipo ha sido descubierto en Malia; otros dos vasos de plata, hallados en una tumba de Biblos, son también, seguramente, importaciones cretenses [380 (XXVI), pp. 73 y 88-89]. La influencia de las formas metálicas es especialmente clara

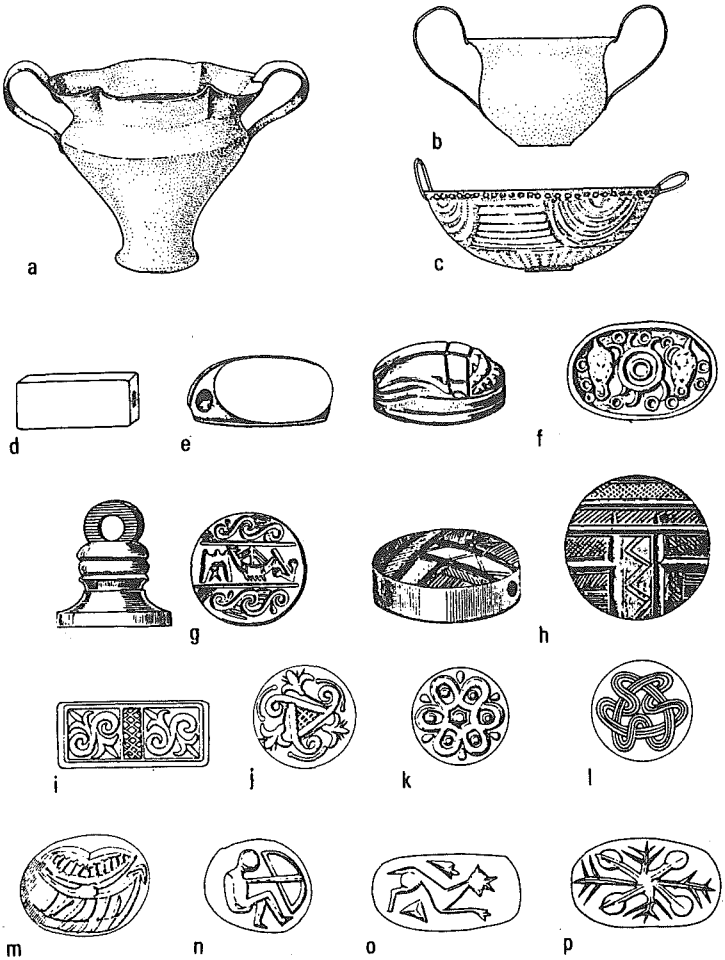


Fig. 19. Vasos de metal y sellos del MM.
a: cántaros de plata de Gurnia; *b-c*: cántaros y copa de plata del tesoro de Tôd; *d-e*: prismas; *f*: escarabeo; *g*: sello *Petschaft*; *h*: discoide; *i-p*: motivos de sellos protopalaciales.

en la cerámica del MM I B, que copia los bordes en relieve o los remaches en las uniones de las asas.

La orfebrería está poco representada en los hallazgos arqueológicos. Excepto algunas joyas de oro procedentes de las tumbas de la Mesara, los principales documentos se encuentran en Malia (*supra*, p. 143): espadas de lujo del palacio, puñal de mango de oro recortado e incrustado del barrio Mu, joyas de Chrisolakos (colgante de las abejas, fíbula de oro).

Las culturas regionales

Parece que las innovaciones de los talleres palaciales se difundieron muy rápidamente en toda Creta. Los mismos tipos de vasos o de sellos, a veces con el mismo decorado, se encuentran en Festos, en Cnosos y en Malia. Los vasos fabricados en Cnosos se exportan hasta Paleocastro [Mac Gillivray, J., *in* 600, p. 276]. Estos intercambios de ideas y de objetos crean una verdadera comunidad en el campo artístico que se encuentra también en numerosos aspectos de la cultura material.

Sin embargo, las diferencias regionales siguen siendo grandes en la Creta protopalacial. El estudio de las cerámicas «provinciales» pone de manifiesto, sobre todo, la especificidad de formas y decorados típicos de la Creta oriental: formas comunes de vasos para beber, como las tazas troncocónicas decoradas con festones blancos, abundantes en los asentamientos de la Creta oriental y desconocidas en Cnosos. El decorado llamado *escocés*, que utiliza bandas blancas y ocres sobre fondo claro, no se ha encontrado hasta ahora más que en las regiones de Malia y de Pirgos. Con frecuencia se ha llamado la atención sobre los contrastes entre los cementerios de la Mesara y los de la parte noreste de Creta [517, p. 163]. Las antiguas divisiones regionales se mantienen en la Creta protopalacial hasta las destrucciones de los alrededores del 1700.

E. *EL FINAL DE LOS PRIMEROS PALACIOS Y LA FASE FINAL DEL MINOICO MEDIO*

1. El final de los primeros palacios

Las destrucciones del final del MM II

Una repentina destrucción afectó, a finales del MM II, no solamente a los palacios, sino a la casi totalidad de los asentamientos creteses. Esta destrucción, menos espectacular a los ojos del arqueólogo que la de los alrededores de 1450 (*infra*, p. 237), dado que casi siempre se ha visto seguida

por una rápida reconstrucción, presenta, sin embargo, caracteres muy próximos. Es general, concierne tanto a ciudades enteras (Malia) como a asentamientos aislados (Monastiraki), y frecuentemente está acompañada por incendios: estos incendios son los que han permitido encontrar los depósitos jeroglíficos y los conjuntos sellados sobre arcilla en los palacios de Cnosos y Festos, en el barrio Mu de Malia y en Monastiraki.

Las causas de estas destrucciones siguen dudosas y sobre ellas se han hecho las hipótesis habituales. Aunque los terremotos fueran frecuentes en Creta y hubieran provocado durante el período protopalacial daños en los palacios de Cnosos y Festos especialmente, los fenómenos sísmicos del final del MM II pueden ser difícilmente responsables de todas las destrucciones y de la frecuencia de los incendios que les acompañan. Hoy se ha abandonado la idea de la intervención de elementos extranjeros, que no se basa en dato material alguno. La hipótesis de desórdenes internos relacionados con rivalidades entre palacios, parece más satisfactoria y puede apoyarse en algunos indicios: en Pirgos, importantes muros de terraplén, la base de una torre cuadrada y dos cisternas del nivel III (MM II) parecen corresponder a preparativos de defensa; en Malia, se ha descubierto un escondite con vasos de metal en el barrio Mu debajo del suelo de un almacén [400, p. 74; 380 (XXVI), p. 75].

Pero puede dudarse de la simultaneidad exacta, en estas condiciones, de dichos acontecimientos. La presencia en las capas de destrucción de Malia y Pirgos de estilos cerámicos que no se encuentran en Cnosos o en Festos, más que al principio del siguiente período, puede hacernos suponer que el final del período protopalacial es ligeramente más tardío en la Creta oriental que en la Creta central (*supra*, p. 131). Sin embargo, las comparaciones entre los diversos asentamientos parecen indicar que las diferencias cronológicas son muy limitadas y que el conjunto de destrucciones ocurre en la transición entre el MM II y el MM III.

La definición del período protopalacial: ¿con o sin el MM III?

El final del período llamado de los primeros palacios se sitúa tanto al término del MM II, como durante el MM III o incluso en su final; a veces las divergencias se basan sólo en cuestiones de terminología, ya que la misma cerámica puede llamarse para unos *MM II*, para otros *MM III A*. Pero el problema se plantea sobre todo refiriéndose al palacio de Festos, cuya verdadera transformación parece ser solamente de principios del MR I. El excavador, D. Levi, señala que el gran corte en la historia del asentamiento se sitúa a finales del MM III. Considera que también en Cnosos las diferencias entre el palacio del MM II y el del MM III son relativamente limitadas.

A pesar de ello, no se puede basar únicamente en criterios arquitecturales la distinción entre los períodos protopalaciales y neopalaciales. Aunque el MM III prolongue directamente algunos aspectos de la cultura material del período anterior, el final del MM II se caracteriza por el abandono de algunas costumbres propias de los primeros palacios. La escritura jeroglífica cede el paso al lineal A, las formas de precintos de arcilla cambian, los tipos de sellos más característicos como los *Petschaft*, desaparecen. La mayoría de las tumbas circulares se abandonan, incluso a pesar de que un grupo reciente mantenga esta tradición en el MM III (*infra*, p. 158). En Gurnia, la necrópolis de tumbas construidas ya no se utiliza. La cesura no es repentina, pero en varios aspectos, el MM III aparece claramente como una nueva fase del minoico medio.

2. La fase final del minoico medio

El MM III, presentado por Evans como el principio de una «nueva era» y como una transición hacia el MR, sigue siendo poco conocido. En gran parte, está comprendido entre la destrucción del palacio de Cnosos, hacia 1700, y otra destrucción violenta, provocada por un seísmo, que hacia el final de esta fase afecta el nuevo palacio. Así y todo, es extremadamente difícil distinguir la cerámica del final del MM III, es decir, posterior a esta nueva destrucción y anterior a la «gran reconstrucción» del palacio, de la del principio del MR I (*infra*, p. 204), y el nombre impreciso de *MM III B-MR I A*, dado convencionalmente a la cerámica de este corto período, que constituye la verdadera transición hacia el MR, se ha extendido con frecuencia a conjuntos que se sabe que han sido construidos a principios o solamente hacia el final del MM III.

Hasta el gran seísmo que destruye Cnosos (y sin duda otros asentamientos como Arcanes, y quizá Malia), el MM III es un período bisagra durante el cual se esbozan seguramente, más allá de las modificaciones de la cultura material, las líneas de una organización política y social nueva.

Los inicios de la arquitectura neopalacial

Los palacios reconstruidos después de las destrucciones del final del MM III son poco conocidos. Parece seguro que tuvieron lugar en Cnosos cambios importantes, a pesar de que sea difícil asignar una fecha precisa a las diferentes partes del palacio. Al parecer, es el período de construcción de la fachada oeste y de la escalinata. Los relieves pintados de la entrada norte se integran en este programa, y sin duda existe ya también un decorado de frescos [621]. En Malia también el plano del palacio sufre importantes mo-

dificaciones; una nueva fachada norte marca un estado intermedio entre los vestigios protopalaciales y el *polythyron* establecido en el MR I después de una destrucción que ha cerrado y conservado elementos de un depósito de archivos [515, p. 701]. En Festos, los trabajos de mejora del segundo palacio del MR hacen desaparecer una gran parte de los vestigios de este período.

Se conservan pocas construcciones atribuibles solamente a esta fase del MM III. El santuario de Anemospilia, sobre la ladera oeste del monte Iuktas, cerca de Arcanes, muestra mejor que ninguno, con su plano simétrico de divisiones tripartitas, el carácter monumental y ordenado de la arquitectura de este período. Es también la época en la que se construyen las primeras estructuras monumentales en la misma cima del monte Iuktas, y en que se aumenta la riqueza de los ofrecimientos del santuario.

También se percibe una cierta renovación en la arquitectura privada. En Malia se generaliza la utilización de los sillares para determinadas partes de la construcción, se regularizan los planos y aparecen, por lo menos en las casas más ricas, elementos de arquitectura palacial, *polythyron* reducido con pilares y pozo de luz [380 (XVIII), p. 168]. En Cnosos se construyen nuevas casas de artesanos o de funcionarios en la proximidad inmediata del palacio, que quedarán destruidas por el terremoto al mismo tiempo que aquél (casas de los Bloques Caídos, casas de los Toros Sacrificados). Es también el momento en que aparecen, separados de los conjuntos urbanos, las «villas rústicas» de plano sencillo pero comparables a las casas anteriores: en Acladia, Gipsades, Stu Kuse, Aguia Varvara cerca de Malia [381]. Un modelo reducido en arcilla de casa de este período, descubierto en Arcanes (fig. 29*a*), permite confirmar, con mucha más precisión que las losetas de azulejo del «mosaico de la ciudad» de Cnosos, los caracteres y el aspecto en altura de estas casas del MM III con porche de entrada, *polythyron* simplificado y columnas que anuncian las grandes casas y villas del MR I [537]. En el campo de la arquitectura funeraria, se observarán las últimas construcciones de tumbas circulares colectivas, en Cnosos, Kamilari, Voru [65, p. 70], en el momento en que aparecen en la región de Cnosos las primeras tumbas con cámara [66, p. 36-40].

La cultura material: tradiciones e innovaciones

Las artes palaciales florecen en el MM III, tanto si se trata de objetos de loza (diosas de las serpientes y relieves de los *Temple Repositories* de Cnosos, «mosaico de la Ciudad»), de marfil (acróbata del depósito de marfiles de Cnosos) o de vasijas de piedra. El santuario de Anemospilia, cerca de Arcanes, ofrece una espada de bronce incrustada con un motivo de cabeza de jabalí y un anillo de plata con un engarce de hierro. El hacha pe-

queña de piedra con el leopardo, descubierta en el palacio de Malia debe situarse en este período [Pelon, O., *in* 329, pp. 276-283].

En contraste con este florecimiento artístico se señala con frecuencia la decadencia de la cerámica. Evans trata de explicarla por la supuesta competencia de los vasos de metal, pero donde más se observa esta decadencia técnica y artística es en la producción más ordinaria: las pequeñas copas cónicas, de arcilla basta, características de la época neopalacial, sustituyen, en la Creta oriental, a las tazas decoradas de festones blancos del MM II. Un veteado vertical oscuro sobre fondo claro (*ripple*) es, con frecuencia, su único decorado. Se establece una separación creciente entre la cerámica ordinaria y la producción de los talleres palaciales, que siguen aún inventando en el campo de las formas (las jarras con asa aparecen en este período) y mantienen, en Festos y en Cnosos principalmente, la tradición de la cerámica de Camares, con un desarrollo del estilo naturalista, pero también con una progresiva desaparición de la policromía (fig. 18*l*).

La glíptica renueva también tanto sus formas como su repertorio decorativo. A las formas del MM II suceden formas menos numerosas: lentoides, amigdaloides, cilindros aplanados, anillos sellos; los prismas de tres caras desaparecen en su forma antigua. Una innovación técnica aparecida al final del MM II, la utilización horizontal y no vertical del taladro movido por el arquillo, abre la posibilidad a nuevos decorados: representaciones naturalistas o motivos esquemáticos, «talismánicos» o «arquitecturales» (*infra*, p. 215; figs. 33*a* y *c*). En cuanto a los vasos de piedra, se interrumpe después del MM II la fabricación de vasos pequeños, ofrendas funerarias de las tumbas de la Mesara o de los antiguos osarios ya abandonados.

Otro hecho importante del MM III es, sin duda, la desaparición progresiva de las diferencias regionales, aún muy visibles al final del MM II, tanto si se trata de la cerámica como de la glíptica. Es difícil encontrar en este campo las antiguas distinciones entre la Creta oriental y la Creta central.

El principio de una nueva era

La separación entre las producciones palaciales y los objetos más pobres, que quizá se explica por las dificultades materiales debidas a las destrucciones del final del MM II, puede indicar también una diferenciación social aumentada entre la elite en el poder y el resto de la población. El poder del palacio parece haberse reforzado al mismo tiempo. Los grandes conjuntos protopalaciales de Malia no se reconstruyen. El material de los *Temple Repositories* de Cnosos (depósitos de objetos de culto encerrados en cistas) ilustra la riqueza de las ofrendas de los santuarios palaciales: figuritas y vasos de loza, fragmentos de hoja de oro, cántaros cicládicos im-

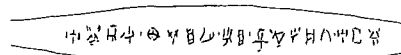
portados. El desarrollo arquitectural nuevo, a partir del MM III, de los santuarios de cumbre como los de Petsofas o del monte Iuktas expresa, sin duda alguna, la institucionalización de esta forma de culto bajo control palacial (*infra*, p. 229).

En cuanto a las relaciones exteriores, los contactos con la costa siria y Egipto parecen poco importantes durante el período hicso, a pesar de que algunas formas de vasos parecen aún inspirarse en modelos extranjeros y que un objeto como la tapa que lleva el nombre de Khiyan llegue entonces hasta Cnosos (*supra*, p. 133). En cambio, el principio del MM III se caracteriza por una aumentada presencia minoica en el Egeo: puede comprobarse en Citera, donde se ha sugerido la posibilidad de la instalación de colonos, así como en Karpazos, Kasos, Kos, Rodas y sobre la costa anatólica en Iasos y Mileto [294, pp. 79-80]. Sin embargo, no se sabe si se debe ver en ello el florecimiento del poderío minoico o una consecuencia de las destrucciones y cambios sobrevenidos en Creta. Las relaciones con las Cícladas son las que ofrecen más interés: en Aguia Irini (Keos) se han hallado documentos inscritos en lineal A en los contextos del período V, contemporáneos del MM III. Se han hallado más de cuarenta cántaros o ánforas de vino o de aceite cicládicos en Cnosos, principalmente, y en Kommos; estas importaciones cesan a finales del MM III. A pesar de que la interpretación de estos hallazgos sea difícil, pueden indicar un desarrollo de la actividad minoica en las Cícladas.

Aumento de la centralización, inicio de la expansión cretense en la cuenca del Egeo: la era nueva, que empieza con el final del MM plantea también el problema de las relaciones de Cnosos con los demás palacios cretenses. La mayoría de los testimonios arqueológicos parecen indicar un papel preeminente de Cnosos. Podemos preguntarnos si el MM III no constituyó una etapa hacia una hegemonía cnosense en Creta.

CAPÍTULO II

Las escrituras cretenses



Las tres escrituras protohistóricas, convencionalmente denominadas «jeroglífico[1] cretense», «lineal A» y «lineal B»,[2] tienen un importante papel en las civilizaciones egeas, tanto en el bronce medio como en el bronce reciente. Pero la implantación en Creta de sistemas económicos relativamente complejos desde el final del III milenio no derivan, desde luego, de la invención de una escritura: este proceso se relaciona, sobre todo, con un conjunto de fenómenos que se analizan en otros puntos (*supra*, pp. 125, 140 y 144). Sin embargo, el desarrollo de dichos sistemas, su continuación y su florecimiento están condicionados por la adopción de contabilidades, primero elementales y de archivos económicos más elaborados, después.

Los cretenses no inventaron la notación de cifras; ni resolvieron definitivamente la representación de la palabra mediante signos; pero tampoco tomaron prestado pura y simplemente uno de los modelos que les ofrecían las civilizaciones de Mesopotamia y Egipto. Según su propia idiosincrasia, adaptaron a sus necesidades específicas, técnicas existentes en su país, seguramente a nivel rudimentario, y en otros países a un nivel mucho más evolucionado, para crearse no solamente los instrumentos de una administración económica, sino también los de una gestión del patrimonio cultural.

Bien es verdad que con la limitación de los datos actuales resulta arriesgado hablar de una utilización constante de la escritura para fines no económicos: más del 95 % de la documentación que ha llegado hasta nosotros consiste en documentos contables sobre arcilla que solamente se han preservado gracias al incendio de los edificios donde se encontraban. Con al-

1. Este término no implica ni una particular relación con la religión ni un próximo parentesco con Egipto.

2. Las cuestiones que se refieren al lineal B se tratan *infra*, pp. 293-326.

gunas excepciones, las otras huellas de escrituras se destruyeron porque estaban escritas sobre soportes que no resistieron a la acción del tiempo. Los aproximadamente 270 objetos que presentan la escritura jeroglífica cretense, los 1427 documentos con el lineal A y los 4621 documentos de archivo en lineal B (*infra*, p. 294) no son, pues, nada en comparación con el número de escritos que debieron producirse durante el II milenio. Ahora bien, si el contenido de estos últimos se nos escapa totalmente, su realidad no puede ponerse en duda. Y aunque, en la práctica, no podemos deducir gran cosa de un hecho tan claro, esto debe quedar como telón de fondo de cualquier exposición sobre las escrituras cretenses.

Los signos que preceden a la escritura

En el bronce antiguo aparecen signos, con frecuencia aislados, en vasos y sellos (*supra*, p. 114). Se trata de notaciones simbólicas, cuyo funcionamiento estamos lejos de interpretar, pero no constituyen realmente una escritura.

La utilización de las marcas de alfarero continúa en el bronce medio y en el bronce reciente; aparte de ellas, aparecen las marcas de cantero: demostradas desde el MM I, se encuentran en el II milenio en casi todos los asentamientos. Los repertorios de estas marcas,[3] según las épocas, comprenden signos de las diversas escrituras de las que son contemporáneas. Se trata siempre de marcas de procedencia o de destino, incluso de una cierta forma de propiedad y en algunos casos muy precisos de marcas apotropaicas, pero nunca de escritura organizada.

Los signos de los sellos parecen organizarse en sistema en Creta desde el período prepalacial (MM I A), ya que se encuentran los mismos grupos en diferentes documentos. Pero ¿puede hablarse ya de escritura en sentido estricto?[4] Desde luego, no para este período, que nos ofrece menos de una decena de ejemplares de datación algo segura, pero seguramente tampoco para los períodos recientes, puesto que los sellos cretenses no se prestan, por ellos mismos, al desarrollo de una verdadera escritura: el mensaje que transmiten es demasiado limitado, tanto por su extensión (cuatro signos, por término medio) como por su carácter estereotipado (cerca de la mitad de los documentos presentan uno de los tres grupos de signos más frecuentes en el conjunto de sellos registrados) [550, p. 114].

3. Para la edición de todas las marcas del primer tipo halladas en un asentamiento, el de Aguia Irini en la isla de Keos, véase [314]; para una copia completa de las segundas en un palacio, el de Malia, véase [380 (XXV.2), pp. 175-183].

4. Es decir, de una fonografía en la que los signos expresan elementos lingüísticos y no de una semasiografía, en la cual los trazados evocan solamente significados.

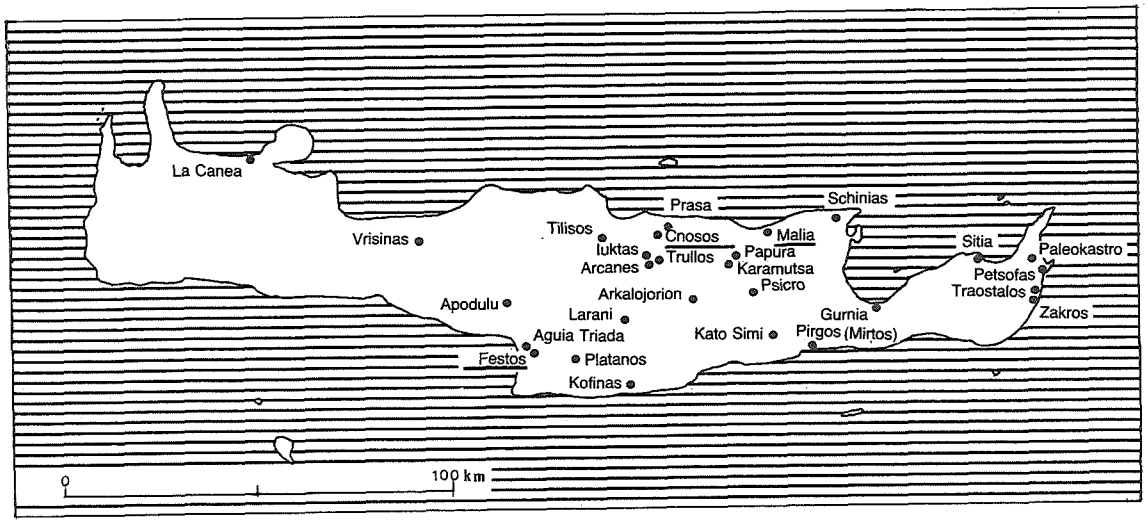


Fig. 20. La repartición de las inscripciones cretenses insulares.
Psicro: lineal A; *Malia*: jeroglífico y lineal A; LA CANEA; lineal A y B; *CNOSOS*: jeroglífico, lineal A y B. El lineal A está también demostrado en Kastri (Citera), Akrotiri (Zira), Filakopi (Melos) y Aguia Irini (Keos).

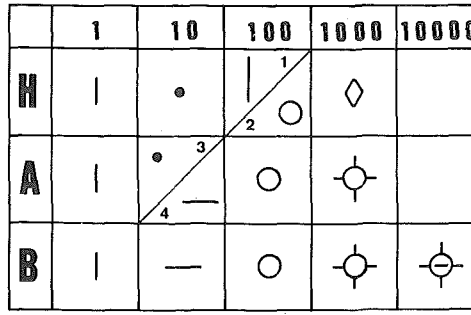


Fig. 21. La notación de las cifras en las escrituras cretenses.
1: Cnosos, Malia —barrio Mu—; *2*: Malia-palacio; *3*: Aguia Triada (20 %), Cnosos, Malia, Festos; *4*: Arcanes, Aguia Triada (80 %), La Canea, Papura, Pirgos, Tilisos, Zakros.

De la creación a la desaparición de las escrituras cretenses

Para la escritura jeroglífica y para el lineal A, el problema de la creación no se plantea aparentemente en sí mismo: en efecto, tenemos por un lado signos precursores de la escritura (desde la época prepalacial); por otro, utilización de escrituras a finales de la época de los primeros palacios (final del MM II B); y, entre ambos, nada. En dichas condiciones, los primeros son de poca utilidad para descubrir la génesis de las segundas, y tampoco existen influencias directas que ayuden a explicar la forma de los signos.

Por lo que se refiere a su evolución, parece claro que las escrituras cretenses fueron bastante conservadoras. Sobre el jeroglífico, no se percibe evolución alguna, pero esto no tiene nada de asombroso, dada la extrema pobreza de la documentación que ha sobrevivido (*infra*, p. 165). Con dificultad podemos decir que el «protolineal A» de Festos, cuya existencia en el MM II está escasamente documentado, puede considerarse más «arcaico» que el lineal A de las últimas tablillas (finales del MR I B). El único campo en el que se puede hablar de evolución es en el de las cifras (fig. 21). En la escritura jeroglífica de Cnosos y de Malia/barrio Mu (final del MM II), la centena se marca mediante un gran trazo más o menos vertical; en la del depósito de Malia/palacio (MM III), con un círculo, como en lineal A y en lineal B. En las tablillas antiguas del lineal A (MM II y MM III) la decena se indica por un punto, como en jeroglífico; en las tabletas recientes (final del MR I B), con un trazo horizontal como en el lineal B.[5]

5. Pero en Aguia Triada, un determinado número de escribas (responsables del 20 % aproximadamente de las tabletas en las que aparece la cifra 10, utilizan *aún* el punto... Ahora bien,

Las últimas muestras de escrituras jeroglíficas sobre improntas de sello son las del depósito de la casa A de Zakros (que contiene lineal A), datación del MR I B [632, p. 559; pero véase *infra*, p. 167]; sobre documentos de archivos son las del depósito de Malia/palacio (en un conjunto que contiene igualmente lineal A), datación del MM III [515, pp. 702-703]. En el caso del lineal A, las últimas muestras (tablillas de Aguia Triada, La Canea, Tilisos, Zakros...) están asociadas en su mayor parte al nivel de destrucción del final del MR I B; un solo documento podría ser posterior (y en este caso, contemporáneo del lineal B de Cnosos): la inscripción grabada en una jarra, de la *Unexplored Mansion* de Cnosos, en el MR II.

La documentación

No se dispone más que de un número extremadamente reducido de documentos, la mayor parte de los cuales solamente presentan algunos signos. Solamente sobrevivieron, en efecto, los objetos que el fuego y la humedad no pudieron destruir. Esto explica que solamente poseamos 270 documentos en jeroglífico, que contienen 1537 signos, 1427 documentos en lineal A con 7362 signos y 4765 documentos en lineal B que cuenta 57 398 signos.[6] En total, 6462 documentos y 66 297 signos, lo que equivale a 25 páginas de este libro aproximadamente. El jeroglífico representa, pues, el 4 % del total de documentos y el 2 % de los signos; el lineal A, el 22 % de los documentos y el 11 % de signos; y el lineal B, el 74 % de documentos y el 87 % de los signos. De todos ellos, los archivos sobre arcilla, conservados accidentalmente por el fuego, representan lo esencial (*infra*, p. 166): el 59 % de la documentación con jeroglífico, el 89 % de textos de lineal A y el 99 % de lo que se conoce del lineal B.

La escritura *jeroglífica* aparece sólo en Creta (fig. 20). Sobre documentos de archivos solamente se ha encontrado en los palacios de Cnosos y Malia, así como en el barrio Mu de Malia. A ello hay que añadir una tablilla errante del palacio de Festos, cuyo carácter jeroglífico ha sido puesto en duda, y, quizá, una parte del «protolineal A» procedente del mismo lugar (*supra*, p. 164). La única inscripción sobre piedra, que contiene 16 líneas, procede de Malia, donde fue descubierta por un campesino en un campo. Todas las inscripciones sobre vaso, grabadas o pintadas, han sido encontradas en Malia (palacio, barrio Mu, necrópolis). Los sellos «jeroglíficos», en cambio, proceden de toda Creta, pero su procedencia es casi siempre poco precisa. Las huellas de sello sobre arcilla se conocen en Cnosos, Malia, Paleocastro, Zakros y, quizá, Festos.

Aguia Triada es el asentamiento que en conjunto nos ha ofrecido el lineal A más «evolucionado», desde el punto de vista paleográfico.

6. Cálculos efectuados en agosto de 1984.

El *lineal A* está más extendido (fig. 20). Sobre documentos de archivos, se encuentra en Creta en Arcanes, Cnosos, Gurnia, Aguia Triada, La Canea, Malia, Paleocastro, Papura, Festos, Pirgos (Mirtos), Tilisos y Zakros. Fuera de Creta, en Keos y Melos. Sobre vasijas de piedra (que generalmente presentan inscripciones calificadas como votivas) existen en Apudulu, Cnosos, Kato Simi, Kofinas, Paleocastro, Petsofas, Prasa, Psicro, Trullos (Arcanes) y Vrisinas, así como sobre el monte Iuktas. Sobre vasijas de arcilla se encuentran en Creta en el Iuktas, en Cnosos, en Aguia Triada, Larami, Malia, Paleocastro, Festos, Schinias, Traostalos, Tilisos y Zakros. Fuera de Creta en Keos, Melos, y Zira. Sobre soportes arquitecturales se conocen en Cnosos, Aguia Triada y Malia. Sobre metal se encuentran en Arcanes, Arkalojorion, Cnosos, Kardamutsa, Kofinas y Platanos. Sobre soportes diversos, finalmente, hay en Creta en Cnosos, Sitia, Tilisos y Zakros; fuera de Creta, en Aguios Stefanos (Laconia) y en Citera.

Las inscripciones se encuentran sobre soportes varios. La escritura *jeroglífica* aparece primeramente sobre soportes de barro sin cocer: es el caso de todos los documentos de archivos: barras de tres o cuatro caras, láminas de dos caras, tabletas, medallones, conos, precintos, bolas. Pero se encuentra también en soportes de barro cocido: vasos grabados, pintados o que llevan la huella de un sello; pesos que tienen la huella de un sello. Finalmente, se la encuentra en soportes de piedra (bloque de caliza de Malia, sellos), de metal (sellos) y quizá de marfil, si se tienen en cuenta los sellos prepalaciales (de Arcanes, principalmente, del MM I A: *supra*, p. 162) (fig. 22).

La *escritura lineal A* se encuentra primeramente en soportes de barro sin cocer, que son todos los documentos de archivos (barras de tres o cuatro caras, láminas de dos caras, tablillas, rodillos, precintos, nódulos). Más adelante, sobre soportes de barro cocido (vasijas, grabadas o pintadas, estatuilla, peso), de piedra (vasos, «mesas de libación», base «votiva», pesos [?], bloques arquitecturales en Cnosos y en Malia), revoques murales (grafitos de Aguia Triada) y objetos de metal (fíbulas de oro y plata, anillo de oro, hachas «votivas» de oro o plata, cuenco y hacha de bronce) (fig. 23 y viñeta del capítulo).

Las funciones de las escrituras

La escritura jeroglífica tiene, a veces, una función decorativa, pero, casi siempre, una función administrativa y contable. El lineal A sirve también esencialmente para la administración y la contabilidad. Pero las cuestiones planteadas sobre ello son menos de orden funcional que de orden histórico. ¿Por qué la escritura jeroglífica y el lineal A coexisten si se utilizan para las mismas funciones contables? ¿Por qué únicamente la escritura jeroglífica

está grabada en los sellos y, en cambio, aparentemente ni el lineal A ni el lineal B lo están, a pesar de que se siguen utilizando los sellos, y que el jeroglífico cesa? ¿Por qué el jeroglífico desaparece durante el período de los segundos palacios, en sus dos formas y en sus dos funciones: en su forma ornamental (función decorativa) y en su forma normal (función principalmente administrativa)? Efectivamente, las huellas de sello con signos jeroglíficos halladas en la casa A de Zakros (MR I B) pueden interpretarse como una superviviencia del empleo de determinados sellos y no como una supervivencia de la misma escritura.

Estas tres preguntas de orden histórico están relacionadas con una pregunta lingüística: ¿la escritura jeroglífica cretense y el lineal A sirven para anotar una misma lengua, o dos, o varias lenguas diferentes (*infra*, p. 171)?

La naturaleza de los sistemas gráficos

Las tres escrituras son silabarios de tipo abierto: cada uno de los signos que aparece en un grupo o, si se prefiere, en una «palabra», representa una sílaba simple compuesta de una consonante (o, menos frecuentemente, de un grupo de dos consonantes) y de una vocal; la consonante también puede desaparecer. En este caso, la sílaba solamente está compuesta por una vocal.

Esto es absolutamente cierto para el lineal B, el único descifrado, en el cual la mayoría de los grupos «consonante(s) + vocal» se han visto atribuir un valor fonético seguro y reconocido (*infra*, p. 302, y figs. 45 y 47). Es más que posible para el lineal A y muy probable para el jeroglífico: dado que el número de signos que sirven para escribir las «palabras» es del orden de 70 en el lineal A y del orden de 90 en el jeroglífico (fig. 24), los sistemas no deberían de ser muy diferentes del que existe en el lineal B, en el que se cuentan 87 signos. Si se tratara, en uno y otro caso, de un alfabeto, existirían, sin duda, menos de 30 signos, y si se tratara de un sistema logosilábico, se contarían por centenares.

Al lado de los signos silábicos (silabogramas), las tres escrituras contienen aritmogramas (para anotar las cifras; fig. 21) y fracciones (en jeroglífico y en lineal A) o metrogramas (simbolizando las unidades de medida y sus submúltiplos en lineal B) y, finalmente, lo que la tradición nos hace calificar de ideogramas pero que se deberían denominar *logogramas* (signos equivalentes a palabras) que se utilizan para representar de manera estenográfica los seres vivos o los productos que son objeto de las cuentas o de las transacciones registradas en los documentos de archivos (fig. 44, *infra*, p. 298).

Se ha censado un centenar de ideogramas «simples» en lineal B, con lo que nos hallamos frente a un sistema bastante poco complejo (*infra*, p. 297).

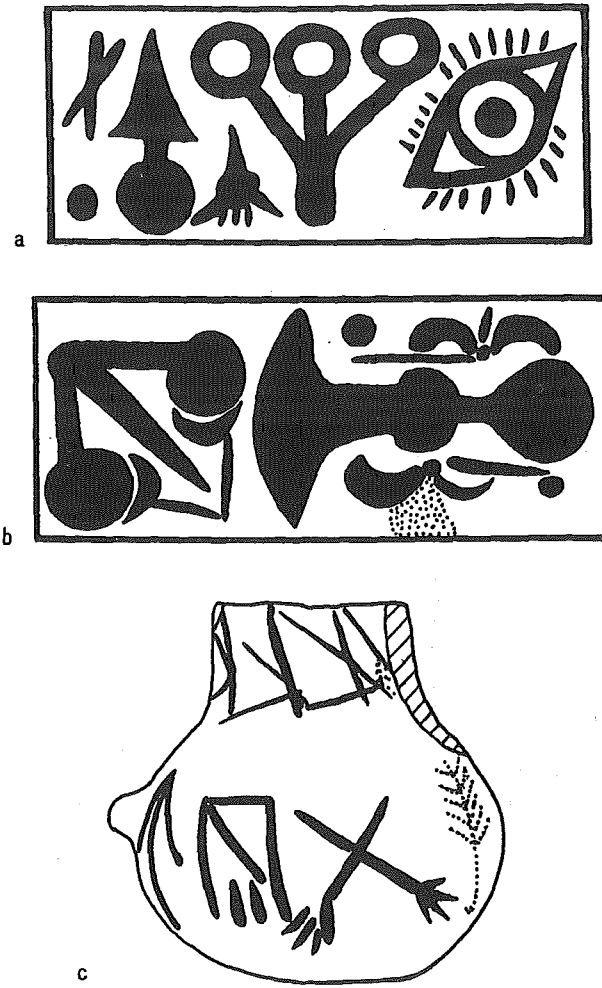


Fig. 22. Documentos en jeroglífico cretense.
a-b: dos caras de un sello de piedra; *c*: vaso de Chamezi.

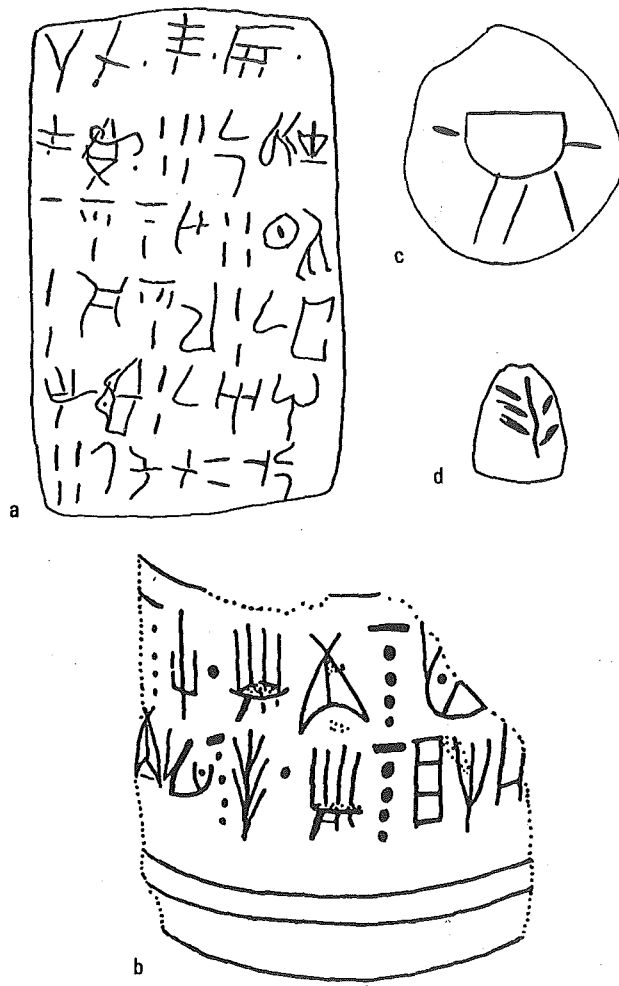


Fig. 23. Documentos en lineal A.
a: tablilla; *b*: vaso de piedra; *c*: redondel; *d*: precinto.

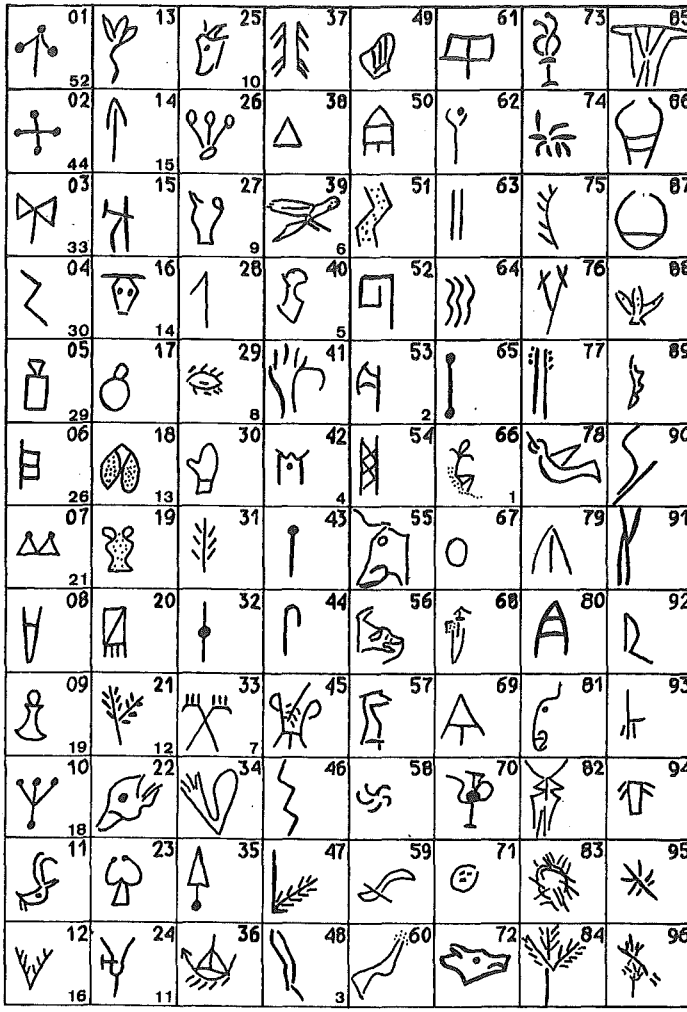


Fig. 24. Los silabogramas del jeroglífico cretense.
En cada cuadro, arriba a la derecha el número del signo, abajo a la derecha el número de veces que se encuentra el signo en los documentos de archivos.

Además de los ideogramas «simples», el lineal A contiene un número indeterminado (actualmente se conocen 164) de ideogramas que son combinaciones, llamadas *ligaduras*, de ideogramas simples y de signos silábicos, o también de signos silábicos entre ellos. Esta es una de las diferencias importantes entre los lineales A y B: mientras que el lineal B sólo posee cinco ideogramas que son las ligaduras de silabogramas y que, por consiguiente, se comprenden por el griego, el lineal A posee más de un centenar, que, evidentemente, no podemos leer. La pobreza de documentación, pero también su naturaleza, hacen que nos resulte muy difícil tener una idea del sistema de ideogramas del jeroglífico. Reconocemos solamente aquellos que son comunes a las tres escrituras; por ejemplo, para el vino y los higos, y esto nos permite afirmar que la utilización de los ideogramas era conocida, aunque no en la extensión que en lineal A.

Los tres sistemas son probablemente bastante próximos en cuanto a su principio, pero la realización exacta de éste seguirá conociéndose mal en tanto que las dos primeras escrituras no estén mejor estudiadas.

Las lenguas y los problemas para descifrarlas

En el caso del jeroglífico es cierto que los archivos de Cnosos y de Malia (barrio Mu y palacio) están redactados en la misma escritura. Es posible, aunque no demostrable, que esta escritura sirva para una misma lengua. Pero suponiendo que se trate de una lengua única, es imposible demostrar que se trata de la misma escritura y de la misma lengua en los archivos sobre arcilla y en las inscripciones sobre sellos. Ni en el caso de que estas últimas no sean estrictamente ornamentales, el hecho de que un número muy pequeño de signos se encuentren en las dos series de documentos no prueba nada; sólo que algunas «palabras» («títulos» o incluso «nombres propios») son comunes a ambos conjuntos, sin que esto implique gran cosa a nivel de las escrituras y nada al de las lenguas. Existen ahí, desde luego, indicios a favor de relaciones seguras y quizás incluso de un cierto «parentesco», pero sin que estemos capacitados para precisar hasta qué punto. Con sólo 1500 signos repartidos por el momento en un 41 % de escritura ornamental y un 59 % de escritura normal, las perspectivas de descifre parecen bastante desesperadas, a no ser que los descubrimientos se multipliquen.

En el caso del lineal A, es seguro que casi todos los documentos que han sido calificados así han sido redactados en la misma escritura, que no puede confundirse, desde el momento en que se dispone de más de dos o tres signos, ni con el jeroglífico ni con el lineal B. La lengua de los documentos de archivos parece ser la misma en todas partes. No existe más que un número limitado de palabras que permitan basar el razonamiento, pero, desde luego, no son todos antropónimos o topónimos, que podrían presen-

tar idéntica grafía en dos lenguas diferentes utilizando la misma escritura. Así encontramos la palabra que sabemos que significa *total* (porque figura ante las sumas de números) tanto en Aguia Triada como en Zakros. La lengua de los otros documentos, la mayoría «votivos» o «religiosos», parece ser la misma desde el principio al final, pero, sobre todo, se encuentran las mismas fórmulas con variantes que no se sabe si son dialectales, gramaticales o simplemente gráficas.

La lengua de los documentos de archivos y la de los otros documentos, ¿son idénticas? Es verdad que no se encuentra con seguridad en los dos grupos ninguna «palabra», pero, por suerte, existe sobre un pitos de Zakros, una inscripción (ZA Zb 3) [540 (4), pp. 112-113] que sirve de puente entre los dos conjuntos. Es un documento económico, puesto que la inscripción se inicia por el ideograma del vino seguido de una cifra, pero presenta un texto continuo de 24 signos repartidos en seis palabras, dos de los cuales se encuentran también en las tabletas de Aguia Triada (¿antropónimos?) y uno que proporciona los cuatro primeros signos de los seis del principio de una de las inscripciones «votivas». ¿Es esto suficiente para afirmar que se trata de la misma lengua? Desde luego que no, porque no está prohibido teóricamente imaginar la existencia de una lengua «profana» y una lengua «sagrada» que podrían, desde luego, tener raíces e incluso palabras comunes, pero que podrían ser tan diferentes entre ellas como el italiano y el latín. En este caso, las características de nuestra documentación y las del sistema gráfico nos impedirían diferenciarlas.

A nivel de los dos sistemas de escritura (jeroglífico y lineal A), considerados cada uno como un todo (lo que, como acabamos de ver, no se justifica en manera alguna), nada nos permite afirmar que prefirieran más una lengua que dos lenguas distintas. Los puntos de unión que se descubren pueden, efectivamente, explicarse o bien por una comunidad de origen, o bien por una influencia de sentido único, o también por influencias recíprocas; en cualquier caso, no son suficientemente significativos para conducirnos a una conclusión segura. Mientras no puedan leerse las dos escrituras, es extremadamente dudoso que pueda resolverse esta cuestión.

Desde luego, a nivel arqueológico no ha aparecido ninguna prueba que denote huellas de migración en Creta después del MM I (*supra*, p. 156). Pero esto no supone una presunción para poder proponer la idea de que el jeroglífico y el lineal A estén escritos en una sola lengua y para defender, por la misma razón, que solamente se utilizaba en Creta, hasta la llegada de los micénicos en el MR II, una sola lengua. Primero existieron necesariamente varios substratos lingüísticos neolíticos; luego, en algunos centenares de años, una lengua tiene fácilmente tiempo, incluso en un espacio geográfico restringido, para convertirse en varias; finalmente, las lenguas no siempre son aportadas, ni mucho menos, por acontecimientos capaces de ser descubiertos por la arqueología. El hecho de que ambas escrituras

hayan sido halladas juntamente en Malia, en un mismo depósito de archivos, puede ser un indicio en favor de dos lenguas, pero no constituye una prueba. Seguimos ignorando de qué lengua o de qué lenguas se trata; no solamente no podemos leer la escritura en que está o están escritas sino que tampoco sabemos casi nada de las lenguas que pudieron hablarse en el ámbito egeo durante el III milenio y durante la primera mitad del II, a excepción del griego, que parece que surgió en la Grecia continental al principio del II milenio (*infra*, p. 196). Las huellas de substrato en la toponimia y la onomástica orientarían más bien las investigaciones hacia el Asia Menor que hacia la costa siriopalestina o Egipto, pero poco más podemos decir. Así pues, no se sabe nada del minoico o de los minoicos, excepto que se le puede o se les puede relacionar con lo que en el griego micénico, homérico o clásico se parece, de cerca o de lejos, a un elemento o a un fenómeno de substrato (*infra*, p. 312).[7]

En cuanto al descifre, el lineal A, con sus 7000 signos, solamente puede ser objeto de aproximaciones preliminares, lo que equivale a decir que todos los «descifres» propuestos hasta hoy deben de ser mirados con un gran escepticismo. Mientras no se consiga por lo menos el triple de signos (Ventris tenía 30 000 a su disposición cuando descifró el lineal B) nada verdaderamente decisivo podrá surgir. Sin embargo, las investigaciones minuciosas del material existente, por sí mismo primeramente, y después en relación con el lineal B, la escritura chipriota-minoica y el silabario clásico (*infra*, p. 466), deberían hacer progresar nuestros conocimientos y aumentar gradualmente el número de signos del lineal A (por el momento no pasan de doce) que podemos «leer» con una cierta confianza.

La suerte de las escrituras cretenses

La escritura jeroglífica, que aparentemente no es el origen del lineal A, parece desaparecer sin posteridad. Del lineal A nace en el mundo egeo el lineal B (*infra*, p. 300). En Chipre, donde la tablilla de Enkomi más antigua se remonta aproximadamente a 1500 y en la cual los 21 signos diferentes que presenta son con absoluta evidencia, a pesar de lo que se haya dicho [Godart, L., y A. Sacconi, *in* 81, pp. 128-133], de tipo egeo y no oriental, el lineal A sigue adelante, a pesar de que no se sepa por qué caminos. Esta tableta de Enkomi y algunos otros objetos que presentan escrituras son, en el siglo XV, la ligazón obligada entre el lineal A y la escritura chipromicénica que se utiliza corrientemente en toda la isla, sobre toda clase de soportes, desde el siglo XIV hasta el final del siglo XI. Esta escritura «común»,[8] que

7. Sobre la cuestión del eteocretense, véase *infra*, p. 458, n. 4.

8. Llamada «I» para diferenciarla de la «II» inscrita sobre tres tabletas procedentes de En-

no puede leerse y que nota una lengua que no se conoce, es de una manera o de otra el antepasado del silabario chipriota utilizado para escribir el griego en Chipre en competencia con el alfabeto de origen fenicio en la última parte de su existencia desde el siglo XI al III a. de C. (*infra,* p. 466).

Las otras manifestaciones de la escritura en Creta en el II milenio

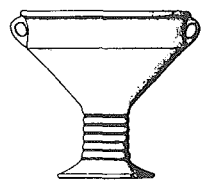
Son muy poco numerosas y de un interés limitado. El hacha de Arkalojorion, datada aproximadamente en el MM III-MR I, presenta 15 o 16 signos de una hechura que pueden relacionarse con el jeroglífico, con el lineal A o incluso con los signos del disco de Festos...; pero ni siquiera es seguro que se trate de escritura. El disco de Festos constituye, también él, un caso único; sin embargo, es indudable que lleva una inscripción de 242 signos, redactada mediante un silabario pero, por una parte, nada demuestra que su origen sea cretense y, por otra, su datación puede variar, puesto que su contexto arqueológico es muy incierto, entre el MM III y la época helenística [547, pp. 36-37]: estas dos consideraciones explican que no nos extendamos ahora sobre ello.[9] Finalmente, un pequeño número de inscripciones, de dos a tres signos por término medio, son difíciles de clasificar en una de las tres escrituras repertoriadas, pero en vez de pensar en otras escrituras es mejor aceptar la hipótesis, más económica, de considerarlas seudoescrituras.

komi, datadas del siglo XII y de la «III» presente sobre dos tabletas encontradas en Ras Shamra, sobre la costa siria [551, pp. 9-17].

9. Puede consultarse OLIVIER, J.-P.: *Le disque de Phaistos. Édition photographique,* París, 1975 [= *BCH,* 99 (1975), pp. 5-34], y DUHOUX, Y.: *Le disque de Phaistos,* Lovaina, 1977.

Capítulo III

El bronce medio fuera de Creta



Si en Creta el paso del bronce antiguo al bronce medio se caracteriza por profundas transformaciones socioeconómicas, como la urbanización y la aparición del sistema palacial, y que no van acompañadas por ninguna ruptura violenta, fuera de Creta ocurre todo lo contrario. A finales del III milenio, la secuencia cultural se ve interrumpida repentinamente, mientras que los modos de vida y organización social casi no evolucionan durante el medio milenio siguiente. Este período es el que se corresponde, *grosso modo,* con el bronce medio.

El equilibrio entre las diversas partes del mundo egeo, que hasta entonces habían evolucionado más o menos al mismo ritmo para alcanzar un grado de desarrollo y de organización social prácticamente equivalente, aunque no homogéneo, no sobrevivió a las inquietudes que caracterizan, en ambos lados del Egeo y en las islas, el fin del bronce antiguo, y que tradicionalmente se atribuyen a las primeras «invasiones indoeuropeas».

La ruptura no se produjo exactamente en el mismo momento, ni de la misma manera en las diversas partes del ámbito que consideramos. La evolución a lo largo del bronce medio, aunque la podamos seguir por etapas, presenta diferencias marcadas de una región a otra. La Grecia septentrional, la Grecia central y la meridional, el este del Egeo y las Cícladas aparecen entonces como entidades cada vez más claramente diferenciadas. Esta tendencia a la dispersión que es uno de los rasgos dominantes del período, tiene también como resultado empequeñecer el mundo egeo, al distinguirlo

de regiones vecinas, como los Balcanes y Anatolia, con las que conservará afinidades, a pesar de todo.

Antes de abordar las técnicas y la civilización que caracterizan este conjunto entre el final del III milenio y la mitad del II conviene precisar, tanto como sea posible, la secuencia cronológica y cultural de cada una de las partes que la componen. Precisemos desde ahora que, al contrario de Creta, donde los cambios son perceptibles en casi todos los campos, en el resto del Egeo la mayor parte de las veces solamente son perceptibles a través de una sola categoría de material: la cerámica. De ahí la importancia, con frecuencia excesiva, que se concede a los estudios ceramológicos en las investigaciones sobre este período. Pero no debemos perder de vista que estas investigaciones tratan siempre de *una parte* de la producción, aquella que, para bien o para mal, se consideró significativa: series finas, formas y decorados «típicos», vasos importados. Por consiguiente, no nos permiten ni hacernos una idea general de los recipientes utilizados durante el período, puesto que no tienen en cuenta casi nunca la cerámica doméstica, calificada de «burda» que constituye, sin embargo, en todos los asentamientos, lo más esencial de los hallazgos.

A. *LOS ASPECTOS REGIONALES Y LA SECUENCIA CRONOLÓGICA*

La Grecia central y meridional

La cultura material del heládico medio la conocemos gracias a una abundante documentación arqueológica que, a diferencia de lo que ocurre en otras regiones, procede en lo esencial de numerosas excavaciones en las que la parte de los vestigios del hábitat es más o menos igual a la de las tumbas. Estas excavaciones, de extensión muy variable, se reparten de manera más o menos densa en un área geográfica que engloba el conjunto del Peloponeso, la Grecia central (con las islas Jónicas y Eubea), el sur del Epiro y la franja oriental de Tesalia.

Comparándolo con el período que la precede, el heládico medio se ha considerado siempre como una fase de atraso o de estancamiento, caracterizada por el descenso del nivel de vida, la rudimentaria forma de las estructuras sociales, el relajamiento de los lazos intercomunitarios y la ausencia casi total de progreso económico tangible antes de la fase final que inicia la transición al bronce reciente (*infra,* p. 239). Desde esta perspectiva, la relativa uniformidad de la cultura material, uno de sus rasgos característicos, se interpreta como un signo de nivelación y bloqueo, mientras que la afirmación de los particularismos locales, observables en varios campos,

aparece como la consecuencia de un cierto repliegue de las comunidades sobre ellas mismas.

Las subdivisiones internas del período, en particular la definición de las fases final e inicial, plantean desde siempre problemas complejos, muchos de los cuales están lejos de resolverse, aunque las investigaciones de los últimos treinta años han podido clarificar unos cuantos.

Los arqueólogos continúan, por respeto a una tradición a veces discutida, subdividiendo el heládico antiguo en tres fases. Sin embargo, hoy todos están de acuerdo en reconocer que la fase final, el HA III, pertenece culturalmente al bronce medio, pues es de ahí y no del HM I de donde datan las primeras innovaciones:[1] difusión de casas con ábside, del torno para cerámica, de los primeros vasos de cerámica monocroma gris lisa de tipo mineo y reaparición de sepulturas dentro del hábitat. Como estas innovaciones vienen precedidas, en un cierto número de asentamientos como Lerna, Asini, Tirinto, Ziguries, Aguia Marina y Kirrha, por una destrucción más o menos completa al final del HA II, en general se tiende a ver en ello el signo de la «llegada» de nuevos elementos de poblamiento, «mineos» o «protogriegos». Sin embargo, las investigaciones modernas invitan a matizar esta visión. Para empezar, la ruptura en Lerna, muy clara (entre los niveles III y IV), lo es mucho menos, por ejemplo en el asentamiento de Colona en Egina (entre los niveles III y IV) o en la ciudadela baja de Tirinto (en el horizonte elocuentemente llamado «de transición»). Además, en ciertas regiones como Laconia no se observa tras este corte ninguno de los rasgos HA III característicos, lo que sugiere que el corte pudo haber sido provocado por causas de otra índole (epidemias, malas cosechas, etc.). Por otro lado, en la Grecia central, determinados elementos de la nueva cultura se encuentran ya desde antes del principio del HA III, en el «grupo de Lefkandi I»:[2] se trata en particular de formas de vasos para beber, el «vaso de ouzo», que es un pequeño recipiente cilíndrico de bordes abiertos hacia afuera (fig. 25*a*) y el *tankard* o «taza troyana», vaso de cuello cóncavo provisto de una o dos asas (fig. 25*b*). Existen, finalmente, rasgos intrusivos que todo el mundo está de acuerdo en considerar que se relacionan con la Anatolia occidental (quizá con una influencia balcánica) y se diluyen rápidamente en la Grecia continental en una tradición local muy fuerte.

1. Es lo que Howell, R. [*in* 580, pp. 73-99] subraya al hacer del HA III la fase «protominea» de la cultura mesoheládica, que sugiere que se llame *minea*. Las expresiones *cultura de Tirinto* y la *fase de Aguia Marina* propuestas respectivamente por Renfrew, C. [465] y French, D. [70] para designar el HA III, no han sido muy utilizadas. A propósito del debate sobre la terminología, abierto desde algunos años, véase [47, 43] y más especialmente, para la época que nos interesa, en [304], los artículos de Renfrew, C., pp. 51-63, y de Coleman, J., pp. 48-50 y 64-65, así como [466].

2. Situado cronológicamente a finales del HA II, pertenece al mismo horizonte cultural que el «grupo de Kastri» y el período III de Aguia Irini (*infra*, p. 184), mientras que Lerna IV (HA III) es contemporáneo de Lefkandi II (véase la tabla cronológica II, p. 49).

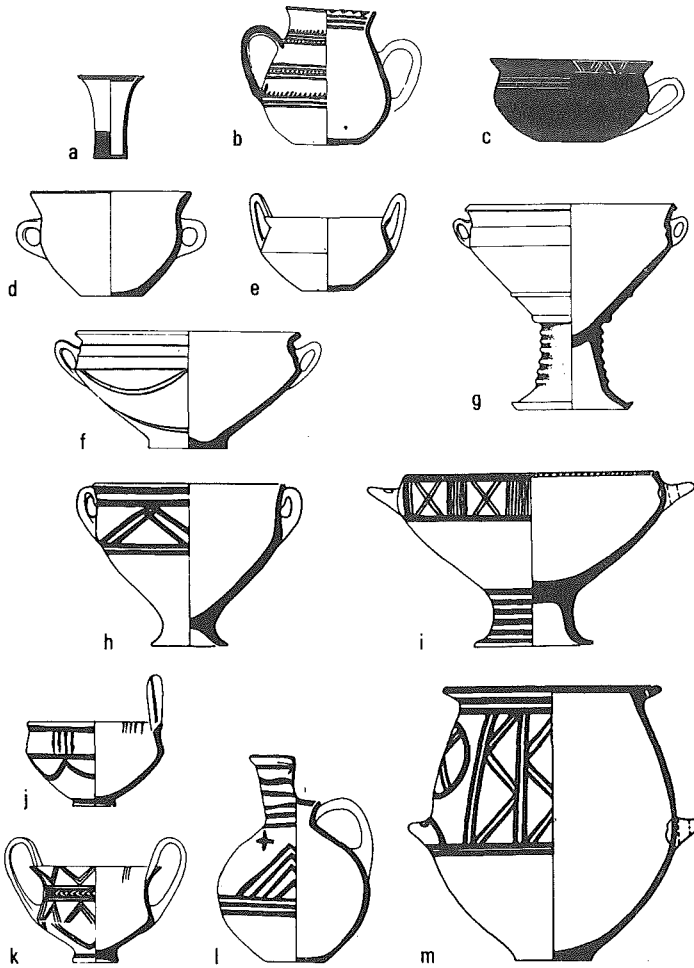


Fig. 25. Cerámica del heládico antiguo y del heládico medio.
a: «vaso de ouzo»; *b*: *tankard*; *c*: taza decorada en el estilo de Aguia Marina; *d-g*: cerámica minea; *h-m*: cerámica de pintura mate.

Desde el punto de vista de la cerámica, además de la aparición del protomineo, el HA III se caracteriza por una gran variedad de formas y técnicas y por claras diferencias regionales, que contrastan con el período precedente. Entre las series características, deben mencionarse los vasos domésticos totalmente cubiertos de líneas incisas (cerámica «adriática» o provistos de mamelones en la parte alta, la cerámica semifina con motivos incisos, impresos o incisos e impresos con relleno blanco, sobre todo la hallada en Argólida-Corintia y en Élida y que se relaciona actualmente con ciertas producciones balcánicas de Rumanía, Tracia o Dalmacia. Finalmente, las series decoradas con pintura brillante, con predominio en el noreste del Peloponeso, de motivos oscuros sobre fondo claro (fig. 25*b*); y en la Grecia central, de motivos claros sobre fondo oscuro o «estilo de Aguia Marina» (fig. 25*c*).

El paso del HA III al HM I se define esencialmente por cambios en este repertorio: mientras que la cerámica «adriática» perdura y se desarrolla el mineo gris, se estancan las series de pinturas brillantes y se ve aparecer, por un lado la vajilla de pintura mate o *matt painted,* de evidentes afinidades cicládicas; y por otro, las primeras imitaciones de la cerámica cretense MM I A. A pesar de que determinados asentamientos, como Eutresis y Korakú, presentan trazos de destrucción a finales del HA III, todo indica que el paso a HM I corresponde más bien a un proceso de evolución interna, sin ruptura violenta, sin verdadero cambio cultural y sin que hoy parezca necesario invocar, como se ha hecho alguna vez, una segunda ola de invasores, todavía más hipotética que la primera. En cuanto a las aportaciones cretenses y cicládicas que indica la cerámica, su impacto sobre el resto de producciones artesanales permanece en general prácticamente nulo.

Como las etapas posteriores de la evolución sólo se perciben a través de la cerámica, la subdivisión del HM en varias fases se basa casi exclusivamente en la secuencia estilística de las diferentes clases de cerámica. Tradicionalmente se distinguen tres fases, pero a diferencia de lo que ocurre con el HR, nunca han estado definidas claramente, sobre todo en el HM II, y no concuerdan de un lugar a otro. De ahí la tendencia, entre arqueólogos, a tener cada vez menos en cuenta estas subdivisiones teóricas para fundamentarse más bien en observaciones concretas hechas sobre asentamientos como Lerna, Lefkandi o Aguios Stefanos, recientemente excavados, y que presentan una secuencia más o menos completa de niveles de ocupación que cubren todo el período.[3]

Resumida brevemente, la secuencia de las dos principales clases de cerámica parece ser la siguiente. La minea, que había permanecido durante

3. Lerna V (HM) está subdividida en siete niveles. Los niveles 1 a 3 (= Lefkandi III-IV) corresponden al HM I; los niveles 4 a 6 (= Lefkandi V) al HM II; el nivel 7 (= Lefkandi VI) al HM III (ver tabla cronológica II, p. 49).

el HA III como serie marginal limitada a un solo tipo (el cazo panzudo con dos asas: fig. 25*d*), experimenta al principio del HM, un claro crecimiento cuantitativo y cualitativo; la técnica se diversifica (minea gris, negra, roja) y el repertorio de formas se enriquece (cuencos muy hondos con dos asas, cántaros: fig. 25*e*). Los vasos, cuyo perfil tiende a ser cada vez más anguloso, están decorados frecuentemente con incisiones (fig. 25*f*). Hacia la mitad del período los tipos «clásicos», como el cuenco con pedestal acanalado (fig. 25*g*), son los más extendidos, mientras se desarrolla una nueva variante de la técnica cerámica minea amarilla, cuya importancia no cesará de crecer hasta el final del HM. En la última fase, el ahusado de los vasos tiende a disminuir y se ven aparecer, especialmente en las tumbas, muchos pequeños vasos de inspiración cretense o cicládica, a veces decorados con pintura mate.

La cerámica de pintura mate propiamente dicha, cuyo desarrollo tipológico está directamente influenciado por el de la cerámica minea, se caracteriza al principio por una técnica relativamente burda y motivos geométricos rectilíneos de color oscuro sobre fondo claro, ordenados por divisiones horizontales (figs. 25*h-m*). La técnica se afina progresivamente, hasta confundirse con la del mineo amarillo, mientras que la decoración se enriquece con motivos primeramente curvilíneos (espirales, dianas), y luego figurativos (animales, plantas). El HM III se caracterizará por una diversificación estilística, que ilustra la moda naciente de la decoración en paneles, por la de motivos claros sobre fondo oscuro y por la aparición del estilo bicromo (*infra*, p. 251 y figs. 37*e-h*).

Este cuadro general debe matizarse, en la medida que la Grecia mesohelénica no es un bloque monolítico. Así, el mineo gris, abundante en la Grecia central, es raro en el Peloponeso, fuera de la región nordeste. El mineo negro, al contrario, es esencialmente peloponésico y no se encuentra al norte de Corinto. En cuanto al mineo amarillo, de repartición relativamente homogénea, no hay testimonios de él en Eubea. La cerámica de pintura mate, poco conocida en Fócida y Eubea, es absolutamente desconocida el suroeste del Peloponeso, región, por el contrario, que parece ser el origen de una tercera serie de evidentes afinidades minoicas: la cerámica brillante, cuyo repertorio es muy limitado y cuya secuencia permanece indiscernible.

La Grecia septentrional

El bronce medio es mucho menos conocido en el norte de Grecia. No tanto porque los trabajos agrícolas, a menudo intensivos, hayan hecho desaparecer lo esencial de los yacimientos de la edad del bronce, ni porque las excavaciones sistemáticas hayan podido ser mucho menos numerosas que las operaciones de prospección y los sondeos limitados, sino porque el

período, aquí está menos claramente individualizado desde el punto de vista arqueológico. Las cerámicas locales, que constituyen lo esencial de la documentación (como la vajilla monocroma de Tesalia llamada «gamma 3» o la cerámica macedónica incisa, ambas heredadas del período precedente) son particularmente conservadoras y, por lo tanto, difíciles de datar con precisión.

Tesalia puede considerarse, a pesar de todo, como una provincia de la Grecia mesoheládica: la cerámica minea, local o importada, es abundante; son frecuentes las casas absidales y las tumbas de cista, sobre el asentamiento de Argisa; en Tesalia, como en los asentamientos heládicos de Korakú o Eutresis, una capa de cenizas separa los niveles del bronce antiguo de los del bronce medio,[4] que se caracterizan esencialmente por la aparición del mineo gris, Sin embargo, dichos parecidos son raros fuera de los hallazgos del valle del Sperjios, como en Lianokladi, que está en contacto directo con la Grecia central o de las aglomeraciones del golfo Pagasético, como Volos o Pefkakia, que orientadas naturalmente hacia el sur tienen relaciones más o menos ininterrumpidas con las islas del Egeo, el Peloponeso y Creta. En las llanuras interiores el mineo gris está prácticamente ausente o bien aparece tardíamente y bajo una forma ya desarrollada, como en el caso de Argisa. Todas las cerámicas del HM, especialmente la de pintura mate, se desconocen y la secuencia cultural tiene un parentesco mucho más estrecho con la de Macedonia.

Las excavaciones de Argisa en Tesalia y de Kastanas en Macedonia han puesto de manifiesto que al final del bronce antiguo las dos regiones presentaban numerosos rasgos en común, especialmente en el campo de la cerámica [233, p. 217; 257, p. 294]. Cada vez resulta más claro también que en estas regiones, a pesar de algunas destrucciones y abandonos de asentamientos, el paso del bronce antiguo al bronce medio, sensiblemente más tardío que en la Grecia central y meridional, se da sin violencia ni ruptura. Los cambios que afectan a la decoración y a las formas de la cerámica parecen todos estrechamente localizados, a excepción de la tendencia difusa, que algunos han creído descubrir en todo el norte de Grecia, del conjunto de la producción hacia una especie de protomineo [248, p. 129].

Durante todo el bronce medio, la evolución de la cerámica es demasiado poco clara para servir de base a ningún tipo de periodización. Desde el punto de vista de la técnica, los vasos, por lo general peor acabados que en el bronce antiguo, y muy raramente torneados, conservan hasta el final un aspecto «rústico», «provinciano», «bárbaro» sobre el que se ha llamado con frecuencia la atención. No hay duda de que las formas evolucionan, pero

4. «Tesálico antiguo» y «tesálico medio» según la terminología de Milojčić, VI. [227]. El tesálico antiguo está subdividido en tres fases, la última de las cuales corresponde al HA III pero se acaba algo antes [233, pp. 225-226].

de manera insensible, e incluso en Argisa, donde el proceso puede seguirse a través de siete niveles de ocupación superpuestos, no puede distinguirse ninguna etapa especialmente caracterizada. En los otros asentamientos de Tesalia, quizá con la excepción de Pefkakia, y lo mismo que en Macedonia, los yacimientos del bronce medio son generalmente demasiado escasos para que sea posible leer la mínima secuencia cerámica. Como máximo, puede decirse que en el curso de este período aparecen formas (como el cuenco con asas «en luneta», tipo macedónico por excelencia), motivos (como la espiral) y técnicas decorativas (como la pintura mate o la incisión con peine) que se explican tanto por la vitalidad o el renacimiento de tradiciones locales como por contactos más o menos difusos con el exterior. Así, la influencia de la estética HM se nota especialmente en Calcídica, región fácilmente accesible por mar desde el sur: en varios asentamientos, como Molivopirgos o Aguios Mamas, se ha encontrado gran cantidad de cerámica minea importada o imitada, con numerosos vasos de pie acanalado. Esta influencia es mucho menos clara en la Macedonia central, donde el mineo propiamente dicho es mucho más raro. La ausencia de niveles comparables al bronce medio en los lugares hasta ahora excavados, como Dikili Tash, Sitagri, Pentápolis o Paradimi (fenómeno demasiado general para ser casual pero que no ha sido explicado de manera satisfactoria) no permite saber si en quel momento esta región conservaba las relaciones privilegiadas que mantenía en épocas precedentes con los Balcanes y en particular con la Tracia septentrional, donde no se ha hallado una separación comparable.[5] Parece que desde esta época se escapa completamente de la órbita heládica.

El estudio de otros campos de la cultura material no permite precisar ni completar las pocas indicaciones que proporciona el estudio de la cerámica. Tanto si depende como si no del carácter fragmentario de nuestra documentación, hasta el momento es muy difícil descubrir, excepto, quizás, en lo que se refiere a las técnicas de la construcción (*infra,* p. 190), alguna huella de evolución antes de los últimos siglos del bronce reciente (*infra,* pp. 445-454).

Las Cícladas

En las Cícladas la civilización del bronce medio (o cicládico medio) ha dejado huellas en una quincena de asentamientos, pero lo que sabemos de este período procede esencialmente de las excavaciones de tres de ellos: Filakopi, en Melos, donde el CM está representado por la «segunda ciu-

5. En Karanovo VII, Nova Zagora y Kazanlak, el bronce medio está representado por varios horizontes de construcción que se superponen a los del bronce antiguo sin ruptura ni abandono [463, pp. 124-127].

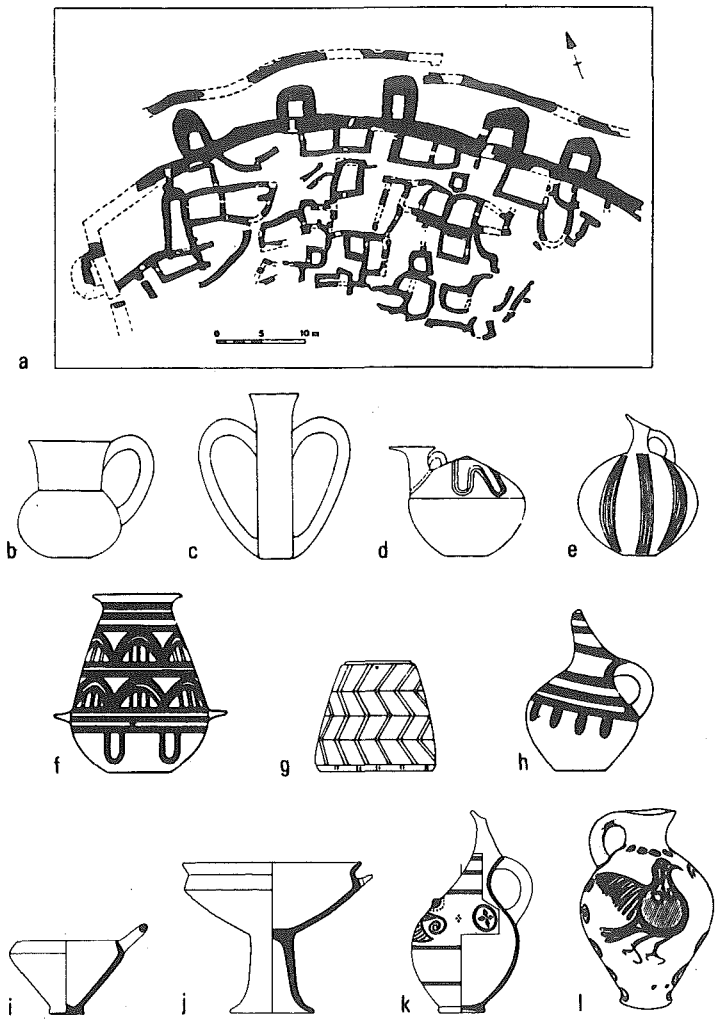


Fig. 26. Las Cícladas en el bronze antiguo III y en el bronce medio.
a: la acrópolis de Kastri (Siros); *b-h*: vasos del cicládico antiguo III; *i-l*: vasos del cicládico medio.

dad»; Aguia Irini, en Keos, donde corresponde a los períodos IV y V, y Paroikia, en Paros, donde la parte principal de los restos datan del principio del período. La ausencia de ruptura en la evolución de las «ciudadelas» I y II de Filakopi, a pesar de la capa de destrucción que las separa, nos invita a considerar el final del CA como una fase de transición que no puede separarse del CM.

Esta fase se caracteriza por dos hechos principales: un cierto despliegue cultural y un cambio radical en la implantación del hábitat. El primero (iniciado ya, es verdad, desde el CA II) se expresa por la emergencia de varios grupos: un grupo septentrional (Keos, Siros) emparentado con el de Lefkandi I y que presenta las mismas afinidades que el noreste egeo, un grupo meridional (Melos, Zira) y un grupo central (Naxos, Paros) en donde aparece en grados diversos la influencia cretense. El segundo hecho, tal vez amplificado por los azares de la exploración arqueológica, consiste en la concentración del hábitat en lugares estratégicos a menudo fortificados, como Aguia Irini, en Keos, o el cabo Urion, en Tinos. Ambos hechos aparecen estrechamente ligados a la ola de turbulencias que afectan al Egeo a finales del BA II y que durante mucho tiempo se ha atribuido a un aumento de la piratería o a hipotéticas intervenciones cretenses, antes de comprender que se trataba más bien de la consecuencia del movimiento de los pueblos llegados de las costas de Asia Menor o de las islas del noreste egeo. La inestabilidad del período viene también reflejada en el abandono al poco tiempo de haber sido construidos de fuertes como el de Kastri, en Siros (fig. 26*a*), o el del monte Cinte, en Delos, o por la discontinuidad de la ocupación de Aguia Irini (entre los períodos III y IV) y de Filakopi (entre las fases i y ii-iii).

En este mismo momento se sitúa la más importante discontinuidad cultural. Además de los cambios ya indicados, se descubren innovaciones en varios campos: en el de la cerámica, cuyo repertorio se enriquece con nuevas formas, como el *tankard,* el *depas amfikipelon* y el «vaso-pato» (figuras 26*b-d*); en el de la metalurgia, que ve generalizarse la utilización del estaño para fabricar el bronce (*infra,* p. 195); en el de las costumbres funerarias, que ven desaparecer por completo las figuritas de mármol del mobiliario de las tumbas (*supra,* p. 112). Este horizonte,[6] del que nadie discute hoy los aspectos intrusivos ni las afinidades con el noreste egeo, ¿está seguido por una discontinuidad de un siglo o más en la secuencia cultural [565; Rutter, J., *in* 305, pp. 95-107] o, al contrario, por una fase de enderezamiento que asegura la continua transición hacia el CM?[7] Esta cuestión di-

6. «CA III A», según la terminología de Barber, R. y MacGillivray, J. [466]; «CA II B», según la de Rutter, J. [565]; «cultura de Kastri», según la de Renfrew, C. [465 pp. 533-534].

7. Fase «CA III B» de Barber, R., y MacGillivray, J. [466, 302].

vide a los especialistas y no parece poder ser decidida por ahora por falta de una secuencia estratigráfica completa.

En general, se considera que el final del CA III corresponde a la destrucción de Filakopi I, pero la presencia de elementos que pueden ser asignados al bronce medio en los niveles precedentes a la destrucción y la discontinuidad que en Aguia Irini enmascara el paso del CA al CM no permiten datar con precisión el inicio de esta última fase.

Como sea, esta fase parece caracterizada por una cultura relativamente más homogénea pero que presenta todavía importantes particularismos locales. Al lado de diversas clases de cerámica cicládica se hallan durante todo el período numerosas importaciones cretenses (MM II-III) y continentales (sobre todo HM II) que a la par que el crecimiento de las ciudades, la aparición de grandes tumbas emparejadas y la riqueza relativa de su mobiliario funerario, demuestran la vitalidad de las Cícladas durante el bronce medio. Ésta contrasta con el aparente estancamiento de las regiones continentales en la misma época.

La secuencia cerámica, tal y como se entrevé a partir de las observaciones realizadas en Filakopi I (iii)-II y en Aguia Irini IV *(a, b, c)*-V, revela una continua evolución. A pesar de algunas distorsiones entre ambos asentamientos, la secuencia de las series principales, que no permite una periodización precisa, es la siguiente. La cerámica monocroma, lisa, que presenta afinidades con el mineo, conoce al principio del período una amplia difusión y posee un repertorio extendido. Sus formas más típicas son el cuenco «cicládico» ahusado con un asa y la copa con pedestal (figs. 26*i-j*). La moda de esta serie decrece rápidamente y su repertorio se empobrece: la cerámica de pintura mate aparecida a finales del CA III con motivos rectilíneos, en los cuales se inspiró directamente la producción continental, está, la mayoría de las veces, en el CM, decorada con motivos curvilíneos. Esta clase se subdivide en múltiples series, algunas de las cuales tienen un carácter marcadamente local, como la cerámica de Melos, de fondo muy claro. Entre los tipos característicos, la jarra con pico, provista con frecuencia de dos tetones plásticos (fig. 26*k*), se encuentra durante todo el período, mientras que la taza cónica decorada en paneles *(panneled cup)* es relativamente tardía. Uno de los rasgos que marcan el final del período es el crecimiento de la cantidad de cerámica minea y la emparentada con ella.

La destrucción de Filakopi II y de Aguia Irini V en una fecha que las cerámicas importadas permiten situar en el MM III B, marca el final del CM, pero todo indica que en uno y otro asentamiento la continuidad de la evolución no está en absoluto afectada por este episodio.

En el litoral de Anatolia y en las islas del este del Egeo, el paso del bronce antiguo al bronce medio se caracteriza por cambios culturales y disturbios comparables a los que ya hemos observado en la misma época en la Grecia continental y en las Cícladas. De manera general, la Anatolia occidental parece haber tenido un papel activo en las transformaciones que afectan al Egeo y cuyos efectos se notan al este hasta Cilicia [Mellink, M., *in* 533, pp. 139-152]. La aglomeración de Troya I es destruida al final del bronce antiguo II, la de Termi V se abandona más o menos en el mismo momento, mientras que hacia el este, otras dos destrucciones afectan Beycesultán XIII, varios asentamientos de la región de Yortan y la ciudad de Tarso.

El BA III aparece como una larga fase de transición que solamente el asentamiento de Troya permite comprender en toda su amplitud a través de la secuencia ininterrumpida de las «ciudadelas» II a V (fig. 27*a*). El hábitat de Poliochni ofrece igualmente varios niveles asignables a esta fase,[8] que está solamente representada a pedazos en todos los demás lugares (en Kum Tepe o en Emporio, por ejemplo). En Troya, a pesar de la evidente continuidad con el período precedente, aparecen algunos cambios en la cerámica, como la introducción del torno, la frecuencia del *depas amfikipelon* (fig. 27*c*) y la moda de las decoraciones antropomórficas (figs. 27*f-g*). Por otro lado, la abundancia y la calidad de los vasos y de las joyas en metales preciosos, así como las armas, herramientas y utensilios de bronce (el famoso «tesoro» descubierto por Schliemann en la segunda ciudadela) demuestran el grado de prosperidad y el desarrollo tecnológico alcanzados desde este momento.

El final del BA III está marcado por la destrucción violenta de Troya V y la aparición, desde los primeros niveles de Troya VI, de una cultura que rompe con la tradición del bronce antiguo local. Se caracteriza por una considerable extensión de la ciudad, rodeada a partir de ahora por un poderoso muro con baluartes (fig. 27*a*); por un cambio radical en la implantación del hábitat; por numerosas innovaciones en el campo del armamento, de las herramientas y de la decoración; por la renovación casi completa de las formas cerámicas y la introducción de nuevas técnicas como la del mineo gris y su variante local de revoque rojo; y finalmente, por el uso del caballo, desconocido hasta entonces en la Tróade. A pesar de la importancia de los cambios, existen algunos indicios de continuidad y sobre todo nada implica una transformación de la organización social [465, p. 132].

Troya VI se subdivide en tres fases (antigua, media y reciente) de las

8. Período amarillo (= Troya II) y período pardo (= Troya V), separados por una cesura. El asentamiento conoce una limitada reocupación al final del bronce medio [285 II].

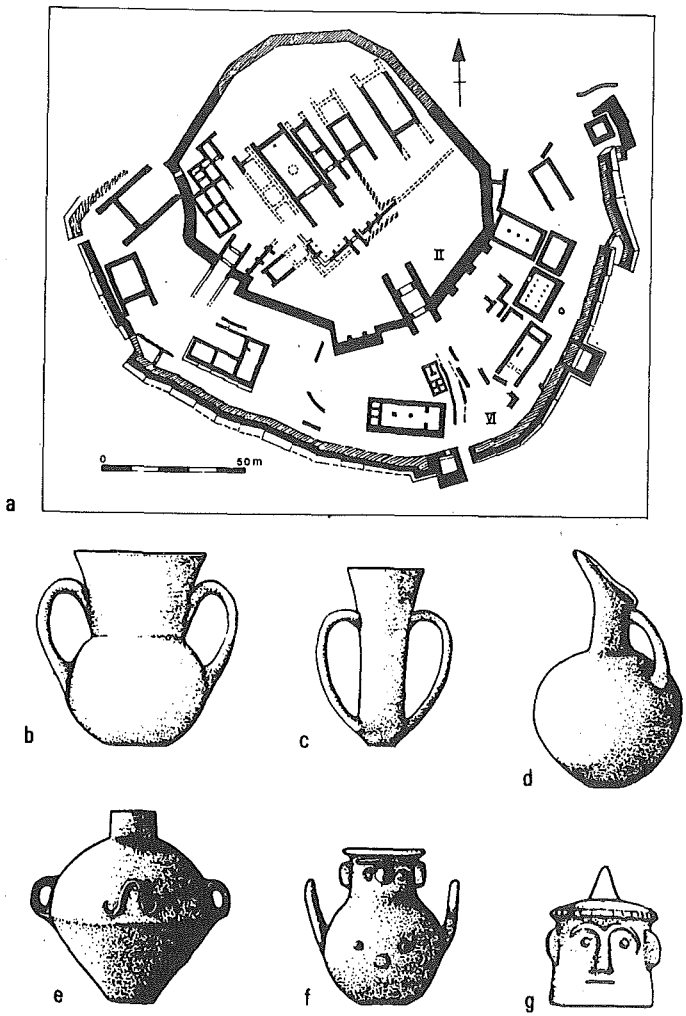


Fig. 27. Troya en el bronce antiguo III y en el bronce medio.
a: Troya II y VI; *b-g*: vasos de Troya II a VI.

cuales sólo la primera, constituida por los niveles *a, b* y *c,* corresponde al bronce medio. El mineo gris, desprovisto de antecedente local directo, aparece bruscamente desde el nivel *a,* a la par que la cerámica de revoque rojo. Técnicamente es idéntico al que se encuentra en la Grecia continental en la misma época, pero a veces se distingue por las formas, especialmente por ciertos tipos de asas.[9] Preponderante desde su origen, permanecerá hasta el final de Troya VI (siglo XIII) en el bronce reciente tardío. La cerámica de pintura mate, mucho más rara y manifiestamente importada de la Grecia continental o de las Cícladas, aparece en el nivel *b* y desaparecerá al final de la fase media, durante la cual se encontrarán algunos ejemplares de estilo bicromo. Los vestigios de las casas asignables al bronce medio son construcciones aisladas unas de otras, que todavía poseen el plano rectangular simple de tipo *megaron* (*supra,* p. 103) y ya poseen el aspecto monumental de las construcciones del bronce reciente. No se puede decir nada de las costumbres funerarias, pues el cementerio de urnas descubierto al norte de la ciudadela corresponde a la fase final de Troya VI y no se ha encontrado ni en el asentamiento ni en sus proximidades ninguna sepultura anterior.

La aparición de la cerámica HR I al principio de la fase media (nivel *d*) marca teóricamente el paso del bronce medio al bronce reciente. Pero se observa por todas partes una profunda continuidad en todos los dominios.

¿Vale este esquema para el conjunto del Egeo oriental? Podemos dudarlo. Las informaciones, incluso fragmentarias, procedentes de otras excavaciones, sugieren que deben utilizarse factores de corrección locales. Así, la cultura del bronce medio no parece presentar en Larisa sobre el Hermos el mismo aspecto intrusivo que en Troya VI, pues sucede sin discontinuidad alguna al bronce antiguo. Por otra parte, las importaciones de cerámica confirman que el Egeo oriental no forma un bloque homogéneo: si Troya y Emporio parecen claramente dirigidas hacia las Cícladas y hacia la Grecia continental, las ciudades de la costa caria, como las islas del Dodecaneso, mantienen, por su lado, relaciones, cuya naturaleza exacta no se ha determinado, con la Creta de los primeros palacios, mientras que los asentamientos costeros de Jonia, como Larisa o Bayracli permanecen al margen de estos movimientos y conservan visiblemente más afinidades con Anatolia que con el mundo egeo.[10]

Se ha subrayado a veces la aparente disminución en el bronce medio del número de asentamientos [593, p. 89]. Es, sin embargo, difícil saber si se trata de una disminución demográfica, de un agrupamiento de los hábitat o si refleja más bien nuestra incapacidad para asignar a este período niveles

9. Mientras que en el continente griego, las asas de los vasos para beber son casi siempre en cinta, con uniones verticales, en Troya su sección es con frecuencia cilíndrica y sus uniones horizontales.

10. Cook, J.: *BSA,* 51-52 (1958-59), p. 9.

de ocupación desprovistos de cerámica fácilmente identificables, como las series HM, MM o la cerámica roja de Troya VI. Ahora bien, éstas aparecen, en conjunto o más frecuentemente aisladas, en una docena de asentamientos: las series HM en Troya y en Emporio; las series MM en Iasos, en Cnido y en el Dodecaneso (Kalimnos, Rodas, Kos); la cerámica troyana en Larisa sobre el Hermos, Bayracli, Termi de Lesbos y Tigani de Samos. Y si el carácter del bronce medio local es todavía poco conocido, tal vez sea también porque unos pocos asentamientos han movilizado de manera demasiado exclusiva el interés de los arqueólogos, interesados, ante todo, cuando se dedican a estas regiones, por descubrir las huellas de la influencia cretense, las primeras manifestaciones de la «talasocracia minoica» o las de los contactos con el continente griego, signos precursores de la «expansión micénica».

B. *LA CULTURA MATERIAL*

Como en épocas precedentes, los diversos rasgos que sirven para caracterizar la cultura material de las regiones del Egeo en el bronce medio, están lejos de reflejar en todo momento las divisiones cronológicas o regionales que acabamos de evocar con sus variaciones.

La arquitectura y el hábitat

Los hábitat del bronce medio se encuentran casi siempre en asentamientos ya ocupados durante el bronce antiguo. Las implantaciones nuevas son rarísimas, salvo en Mesenia. Por el contrario, se observa un determinado número de abandonos, especialmente en el noreste del Peloponeso, en las Cícladas y en el Egeo oriental. Por lo que se sabe, la superficie media de los hábitat tendría, de manera general, tendencia a crecer [21, p. 7].

Sobre el continente se trata siempre de pueblos, e incluso los más grandes no pueden considerarse nunca, hablando con propiedad, ciudades. El asentamiento de Malti, en Mesenia, uno de los pocos que ha sido excavado por completo, ha sido considerado, debido a ello, como el establecimiento mesoheládico tipo, con su hábitat concentrado y protegido por una muralla. Sin embargo, actualmente parece que este dispositivo data, como mínimo, del mismo final del período, lo mismo que el de Aspis de Argos, que presenta algunas analogías con el anterior (*infra*, p. 242). En ninguna parte se descubre, durante el HM I-II, el inicio de un plan organizado, ni siquiera en las aglomeraciones más grandes como Lerna o Asini. Las casas, independientes unas de otras, no están agrupadas en manzanas como es norma en el HA II, ni tan sólo en barrios, sino implantadas irregularmente. So-

lamente los muretes en bancales en los asentamientos de ladera introducen algo de organización espacial. No existen casi ordenamientos colectivos como calles, plazas, alcantarillas, canales, pozos o cisternas y los raros ejemplos de murallas envolventes son, o bien tardíos, como en Malti, o dudosos, como en Tebas o en el Aspis de Argos, o bien influidos directamente por la tradición cicládica, como en la acrópolis de Colona en Egina.

En las islas las aglomeraciones presentan un aspecto algo diferente: a menudo fortificadas, están dotadas de una auténtica planificación urbana de tipo concentrado, especialmente claro en Termi V, en Filakopi y en Aguia Irini. Esta planificación se caracteriza por bloques de casitas medianeras orientadas más o menos regularmente y separadas por callejuelas enlosadas sin grandes espacios abiertos. El asentamiento de Troya posee también todas las características de un hábitat urbano fortificado; su plano en orden fluido es un legado de épocas precedentes.

En el Egeo coexisten varios tipos de casas durante todo el período. El tipo rectangular simple de una, dos o tres habitaciones, heredado de épocas anteriores, es el más extendido. En las Cícladas constituye a menudo la unidad de base de conjuntos más complejos (figs. 28*a-b*). El tipo absidal de dos o tres piezas (fig. 28*c*), a menudo considerado como una simple variante del primero, ya existía en el BA II en el Egeo y en la Anatolia occidental, al lado de un tipo balcánico (Ezero) que no presentaba un verdadero ábside (*supra,* p. 104); se extiende al BA III y se generaliza durante el bronce medio, sobre todo en la Grecia continental y coexiste con el tipo rectangular a lo largo del período, a veces incluso hasta el final del HR (*infra,* p. 358). El tipo ovalado solamente está representado por algunas construcciones aisladas (Tirinto, Malti), cuya planificación no es segura. Todas estas construcciones, a un solo nivel, son de reducidas dimensiones: de 7 a 8 m de largo y de 3 a 5 m de ancho, por término medio. Ninguna de ellas es comparable a los edificios monumentales del bronce antiguo II, como la casa de las Tejas de Lerna o el «palacio» de Akovitika (*supra,* p. 104) y será necesario llegar al bronce reciente para ver aparecer nuevamente en algunos puntos construcciones más vastas y de planos más complejos, a veces provistas de piso (*infra,* p. 243).

Durante el bronce medio se acaba de imponer la utilización del ladrillo crudo, ganando, hacia el norte en los yacimientos de Argisa, Macedonia y Tracia, a expensas del adobe, que continuará utilizándose en los Balcanes durante varios siglos. Por lo demás, las técnicas de construcción no difieren mucho de las del período precedente. Las hiladas de ladrillos descansan generalmente sobre un basamento de piedra de altura variable (a veces de más de un metro) y que no tiene cimientos. En las islas, donde abunda la pizarra, los muros son a menudo de piedra. La forma de los techos no se conoce mucho mejor que en el bronce antiguo, pero parece que continúan existiendo dos tipos, el terrado y el tejado a dos vertientes. El segundo se

adapta especialmente bien al plano absidal. Sostenido a veces por uno o varios postes de madera, que descansan sobre una base de piedra o de ladrillo, el techo, a juzgar por los numerosos fragmentos hallados, especialmente en Eutresis, es una combinación de vigas sin escuadrar, una capa de cañas entrecruzadas y por lo menos dos capas de arcilla de diferente grosor. El empleo de tejas no está demostrado entre el final del HA II y el HA III B. Los suelos y muros de las casas no están casi nunca enjabelgados: los primeros ejemplos de muros encalados datan, en el continente, del final del HM. En cuanto a la organización interior, solamente se conocen los hogares, a menudo situados en la habitación central, y los hornos de cúpula, cuya tradición se remonta al neolítico (*supra,* p. 70).

Las tumbas y las costumbres funerarias

La inhumación dentro del hábitat, que había desaparecido prácticamente durante el bronce antiguo II, reaparece en el continente en el bronce antiguo III y se generaliza durante el bronce medio. Al principio, las tumbas se excavan alrededor o por debajo de las casas, práctica que se mantendrá hasta el final del período para las sepulturas de niños y recién nacidos. Luego, se van agrupando cada vez más en sectores reservados para estos fines, a veces dispuestos en grupitos, que se han querido interpretar como las familias. Los verdaderos cementerios fuera del hábitat no aparecen en el continente antes del mismo final del período. En las Cícladas, por el contrario, parecen ser la norma durante todo el bronce medio, como ya lo eran en el bronce antiguo. Probablemente este es también el caso de Troya, visto que las sepulturas intramuros están prácticamente ausentes en las ciudadelas II a V.

Las tumbas son de varios tipos. Al lado de la tumba en fosa, de forma irregular y de poca profundidad, que será con mucho el tipo más corriente, la cista (fig. 28*d*) está bien demostrada en las Cícladas, donde existe desde finales del neolítico, y en el continente, donde no aparece antes del HA III. Más profunda y de forma más regular que la simple fosa, pero de dimensiones igualmente modestas, la cista, cuando no está tallada en la roca, tiene sus paredes forradas de losas o de piedrecitas o recubiertos de ladrillos sin cocer. El fondo está a menudo recubierto por una capa de gravilla que está cubierta por una o varias losas. La utilización de estelas de piedra para indicar el lugar de la tumba sólo se encuentra demostrada en la Grecia central y por muy raros ejemplos, todos ellos relativamente tardíos. Los niños son a menudo inhumados dentro de jarras o bajo grandes fragmentos de jarras. Hoy parece claro que esta costumbre tiene su origen en Anatolia.

Estos diversos tipos de tumbas coexisten con los túmulos (fig. 28*e*). Aparecidos en el BA II (*supra*, p. 107), éstos se extienden durante el bronce

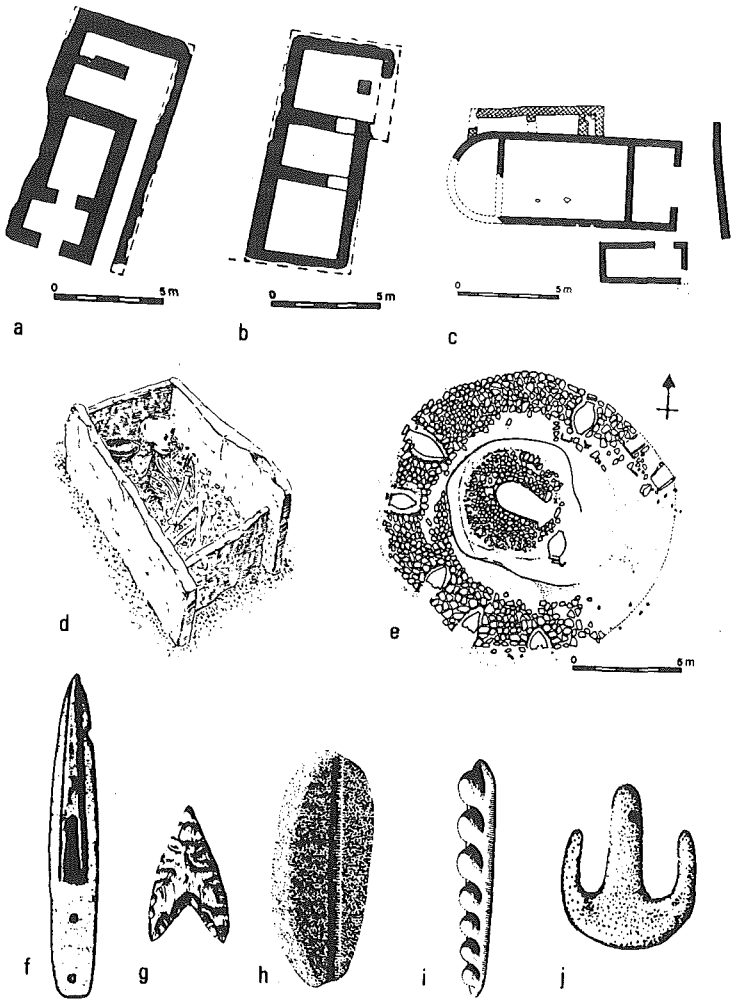


Fig. 28. La cultura material del bronce antiguo III y del bronce medio.
a-b: casas de Filakopi II; *c*: casa absidal de Korakú; *d*: tumba de cista; *e*: plano del túmulo de Papulia; *f*: punta de lanza de bronce; *g*: punta de flecha de obsidiana; *k*: «pulidor para asta de flecha»; *i*: plaquilla de hueso; *j*: «áncora» de barro cocido.

medio por la Grecia continental (especialmente por Mesenia, Argólida, Ática y Fócida), pero siguen siendo prácticamente desconocidos en el resto del Egeo. Estas construcciones funerarias circulares, cuyo diámetro oscila entre 10 y 20 m por término medio, presentan grandes diferencias en el detalle pero tienen en común el indicar o bien el emplazamiento de una única tumba de grandes dimensiones (Tebas, Keos) o, más a menudo, de un grupo de sepulturas de las cuales ninguna presenta de manera indiscutible las características de una categoría especial (Voidokilia, Afidna).[11] Algunos túmulos incorporan, además, una construcción central en forma de herradura, interpretada a veces como un cenotafio (Papulia), a veces como «una pira» (túmulo S de Leucada); a veces plataformas adosadas al muro de contención (túmulo S de Leucada). Otro rasgo característico de los túmulos es que interviene el fuego en los ritos que se realizan en ellos. En cuanto a la inhumación de caballos, a pesar de la leyenda, no hay testimonios de ella en Maratón[12] y no está tampoco establecida con seguridad en Dendra. Podemos, pues, dudar de que se hubiera realizado antes de la época micénica (*infra*, p. 380).

Sobre el significado social de los túmulos solamente podemos formular hipótesis. Una idea es que su aspecto «importante», la «riqueza» auténtica o supuesta del mobiliario asociado a algunas de estas sepulturas, la presencia de tumbas de grandes dimensiones, la realización de ritos específicos y el hecho de que en Voidokilia el montículo fuera más tarde vuelto a utilizar para un tolos micénico; todo indicaría que los túmulos estuvieron dedicados a personajes importantes, de la elite o jefes locales. Pero si se observan atentamente se ve que, *por regla general*, en el bronce medio los túmulos son montículos de aspecto modesto, que no están aislados sino agrupados o situados en el interior de necrópolis no tumulares; que las sepulturas que guardan no difieren esencialmente ni por su forma ni por su mobiliario de las que se encuentran en otros lugares; que la instalación de una tumba de tolos en el interior de un túmulo puede ser debida a razones puramente prácticas; en resumen, nada permite asegurar que estos montículos funerarios se reservaran a miembros de la comunidad que disfrutaran de una especial categoría social. La irregularidad de su distribución podía sugerir, además, que hubiera otros factores, por ejemplo, étnicos o religiosos, en juego [658, p. 34].

De cualquier tipo que sea la tumba y cualquiera que sea su emplazamiento, la única forma de sepultura demostrada durante todo el período es la inhumación. Las tumbas contienen generalmente un solo muerto, a veces dos o tres. En este caso, se trata siempre de inhumaciones simultáneas y

11. Los túmulos fueron casi todos saqueados (con mayor facilidad porque podían verse). Es difícil hacerse una idea exacta del mobiliario funerario depositado inicialmente en las tumbas.

12. Thémélis, P., *ArchDelt*, 29 (1974) A, pp. 242-244.

no sucesivas, puesto que, al contrario de la costumbre observada en épocas precedentes y que volverá en el bronce reciente, las tumbas no son abiertas de nuevo. Los muertos se colocan de lado, con los brazos plegados sobre el pecho y las rodillas dobladas a la altura de la barbilla. La posición fetal se ve poco a poco sustituida, aunque nunca lo será del todo, por la posición de cúbito supino. Esta evolución viene acompañada de una ampliación de las tumbas, seguramente relacionada con su alejamiento progresivo de las zonas de hábitat. Nunca se observa una orientación privilegiada de las tumbas o de los cuerpos. En la Grecia continental, el mobiliario funerario, al menos el que no era perecedero, es raro y siempre modesto, limitándose las más de las veces a cerámica. Las raras excepciones son tardías, como las tumbas 2 y 3 del cementerio norte de Corinto, que presentan joyas de bronce, de plata y de oro. En las Cícladas, a juzgar por las pocas tumbas CM de Aguia Irini, a lo que se reduce, de momento, nuestra documentación, se diría que las ofrendas de objetos preciosos fueron más corrientes.

Excepto en los túmulos, las costumbres ceremoniales han dejado pocas huellas: algunos indicios permiten suponer que a veces el enterramiento venía acompañado por sacrificios de animales y que quizá se depositaban vasos sobre la tumba. En cualquier caso, se trata de ritos ligados con la inhumación, pero no de un culto funerario, del que no se posee prueba alguna hasta el principio de la edad del hierro [571, pp. 68-82]. En las Cícladas, las plataformas construidas cerca de las tumbas, herencia del bronce antiguo, tienen también sin duda (como quizá las de los túmulos continentales) una función ritual, pero no se puede precisar cuál sería.

El artesanado

La principal innovación técnica introducida en las regiones del Egeo en el BA III y que se generaliza durante el bronce medio, es el torno de alfarero, cuyo origen anatólico no se pone ya prácticamente en duda. Su utilización se limita, es verdad, a la cerámica fina, y no se impone más que muy lentamente en la Grecia continental: muy poco utilizado en Macedonia durante todo el período, sigue siendo desconocido hasta casi el final del período en Mesenia. Así y todo, las consecuencias de esta innovación son determinantes: tendencia a experimentar e investigar nuevas formas; por otro lado, aumento de la especialización, que favorece la aparición de una producción en masa y acrecenta las posibilidades de exportación. La cerámica minea, la única que se fabrica desde el principio con el torno, muestra, además, por la igualdad de color de su superficie, un dominio pocas veces alcanzado hasta entonces del control de los procedimientos de cocción. Merece destacarse la importancia, con frecuencia dejada de lado, de los factores tecnológicos en la génesis y desarrollo de esta cerámica, cuyas

formas parecen haber sido creadas en la Grecia central, según las opiniones actuales, aunque la idea hubiera sido importada de Anatolia [70, p. 23].

La técnica de perforar que permite la fabricación de cabezas de maza y de hachas de piedra es conocida desde el neolítico (*supra*, p. 85), pero no se extiende verdaderamente por la Grecia continental hasta el bronce medio, como lo demuestra un tipo característico de hacha martillo. También en esta época se multiplican las muestras de la utilización del taladro tubular que permite perforar agujeros de diámetro más grande y recuperar (como pisón o maza de mortero) los cilindros de piedra que corresponden al vaciado. En Keos esta herramienta será utilizada desde entonces para desbastar los vasos de piedra.

En el campo de la metalurgia se puede decir que el bronce medio marca verdaderamente el inicio de la edad del bronce, queriendo decir con ello que nos encontramos ya con verdaderas aleaciones. Por otra parte, pertenece al principio de este período el primer horno metalúrgico complejo, hallado en el nivel IV de la acrópolis de Colona, en Egina [219, pp. 23-28]. Se generaliza la utilización del estaño, que hasta aquel momento solamente estaba demostrada en el noreste del Egeo y en las Cícladas (*supra*, p. 123) y su dosificación estará a partir de ahora mucho mejor controlada. Así y todo, continúa, sobre todo en las Cícladas, la fabricación de bronce con arsénico en cantidades bastante importantes y algunos objetos pequeños como fíbulas o joyas se hacen aún con frecuencia en cobre nativo. De todas maneras, comparado con el de Creta, el volumen de producción permanece bastante limitado.

Por lo que respecta al resto, los productos artesanales como las armas, herramientas, objetos de uso corriente y las joyas demuestran, tanto en su concepción como en su ejecución una gran continuidad con los del período precedente. Sin embargo, esto no excluye que aparezcan algunas novedades. Entre las armas y herramientas de bronce es fácil encontrar antecedentes egeos en los tipos más corrientes (puñales, cuchillos, punzones, buriles, pinzas «de depilar») e incluso en el tipo mucho más raro de lanza de encaje bilateral (fig. 28*f*), cuyo origen cretense cada día parece más claro. La panoplia de guerreros y cazadores se enriquece, sin embargo, con puntas de flecha con barbas de sílex o de obsidiana (fig. 28*g*), con «pulidores de astas de flechas» de gres (fig. 28*h*) y tal vez con los primeros cascos de dientes de jabalí, a no ser que las plaquillas encontradas aquí y allá correspondan a collares u otros objetos de adorno. Entre estos últimos convienen destacar la aparición de fíbulas metálicas de cabeza de martillo, o la moda de las fíbulas con cabeza trabajada y, hacia el final del período, la de las cintas o diademas de metal precioso con repujado, las cuales, a excepción de algunos ejemplares en Troya II, no eran muy conocidos hasta entonces fuera de Creta (*supra*, p. 124).

De todos los objetos que han llegado hasta nosotros muy pocos no tie-

nen una función utilitaria. Algunas plaquillas de hueso ornadas de pequeños relieves redondeados (fig. 28*i*) «ídolos femeninos anicónicos» con paralelismos numerosos en el Mediterráneo occidental, han sido hallados en Troya y Lerna. En varios asentamientos del continente se encuentran figuritas estilizadas de forma cónica y, sobre todo, «áncoras» de barro cocido (figura 28*j*). Todos estos objetos proceden de horizontes asignables al BA III, pero la mayoría de ellos perpetúan tipos más antiguos y, además, todos desaparecen, igual que los ídolos cicládicos antes del principio del bronce medio propiamente dicho.

C. *LOS HOMBRES*

El poblamiento

Los esfuerzos realizados por los arqueólogos para definir la naturaleza, la extensión y las implicaciones de los cambios que se produjeron hacia el final del bronce antiguo tienen como telón de fondo, y muchas veces como reto más o menos confesado, el problema de la «llegada» de los primeros elementos de población indoeuropea al Egeo. El hecho, demostrado al poder descifrar el lineal B, de que en el Peloponeso en la época micénica ya se hablaba una forma primitiva de griego y la ausencia de una ruptura importante en la secuencia cultural entre el HA III y esta época, nos invitan efectivamente a asegurar que los pueblos instalados en el continente griego al día siguiente de las destrucciones del final del HA II eran «protogriegos». Los arqueólogos han buscado el lugar de origen de estos «inmigrantes» tanto hacia el este, en Anatolia [584, 585] o en el Próximo Oriente [579], como hacia el norte, en los Balcanes [248, Howell, R., *in* 580, pp. 90-93], hacia las estepas ucranianas [Gimbutas, M., *in* 580, pp. 129-139], o, en fin, hacia varias de estas regiones a la vez [Hood, S., *in* 553, pp. 31-68]. La más frecuentemente defendida de estas hipótesis, es la de M. Gimbutas,[13] que asocia los recién llegados a la cultura protoindoeuropea de los kurganes de la Rusia meridional. Sus principales características son los túmulos (o kurganes), las hachas perforadas, los «pulidores de astas de flecha» y la cerámica «de cuerda», en realidad, muy poco frecuente en Grecia.[14] Esta hipótesis, hoy de moda, comparte sin embargo con las demás el inconveniente de establecer una correlación directa entre la presencia de un tipo de cerámica, de arma, o de sepultura y la de un grupo lingüístico, incluso étnico,

13. Se encuentran ecos de ella principalmente en los trabajos de HAMMOND, N. [249, 581 e *in* 580, pp. 188-197, etc.], y de M. SAKELLARIU [587].

14. Menos de una treintena de trozos de tiesto en total. De los cuales solamente seis se hallaron en contexto HA III (uno en Eutresis y cinco en Pafkaia) [233, p. 231].

bien determinado. Además, ¿sobre qué criterios podemos afirmar que una determinada innovación implica o no la llegada de nuevos elementos de poblamiento? La historia reciente muestra de manera muy clara que cambios culturales radicales, acompañados con frecuencia por violentas destrucciones no son necesariamente producidos por invasores o emigrantes: es lo que vemos, por ejemplo, en las revoluciones. Y es posible imaginar lo que ocurre en la cuenca del Egeo a finales del BA II como una serie de convulsiones internas [742, pp. 31-41]. Por lo demás, ya hemos visto anteriormente que «novedades» como la cerámica minea o la tumba de cista, que habían sido consideradas como indicios seguros de inmigración, se interpretan actualmente como evolución local.

Sin embargo, hay un hecho sobre el que parecen estar de acuerdo los lingüistas: la existencia en la lengua griega de un substrato preindoeuropeo [582] (*infra*, p. 312) que nos lleva a imaginar que la cuenca del Egeo, así como el resto de toda Europa, no estuvo siempre ocupado por pueblos de lengua indoeuropea. Esto implica de una u otra manera algún movimiento de pueblos. Pero nada indica de manera clara cuál es la *naturaleza* de este movimiento (invasión, inmigración, infiltraciones, etc.) ni en *qué momento* se produce. En efecto, para situarlo al final del BA II no tenemos más que unos pocos indicios que, a pesar de un amplio consenso, están lejos de constituir una prueba. Además, C. Renfrew presenta argumentos del mismo valor para hacer remontar la difusión de las lenguas protoindoeuropeas al principio de la época neolítica, en el momento en que la aparición de una nueva forma de aprovechamiento del suelo se acompaña por una expansión demográfica sin precedente [586].

En cuanto a la antropología física, que ha sido invocada con frecuencia para tratar de definir las afinidades «raciales» de estos grupos humanos, hoy sabemos que no está aún en condiciones para iluminar un debate como este (*supra*, p. 57 n. 1).

Desde el punto de vista demográfico, parece que la importancia del poblamiento aumenta en el bronce medio, mientras que el número de aglomeraciones disminuye y su superficie aumenta (*supra*, p. 189). Esto parece expresar una tendencia a la concentración que, en general, se explica, por una necesidad creciente de seguridad en un período inquieto. Sin embargo, el caso de Mesenia, en donde, como en Creta, el número de aglomeraciones continúa creciendo regularmente, nos invita a matizar esta hipótesis: existen considerables variaciones locales en la evolución demográfica, así como en el esquema de repartimiento de las aglomeraciones y en la superficie media de éstas.

La sociedad

Seguramente, estas diferencias no son independientes de las que pueden descubrirse en el campo de las estructuras sociales. Si la ausencia del sistema palacial es un rasgo común a todas las regiones consideradas, el grado de centralización y de diferenciación está lejos de ser el mismo en todas partes. En el continente, la falta total de ordenaciones colectivas de alguna importancia, supone una sociedad muy poco centralizada, incluso a escala local. Los túmulos, las pocas casas de plano complejo y la riqueza relativa de algunas tumbas son los únicos indicios de una cierta diferenciación social. Por el contrario, en las islas, el aspecto de los hábitat supone una organización sociopolítica mucho más fuerte, mientras que los indicios de diferenciación son prácticamente inexistentes. Finalmente, en Troya la imagen poco discutida de una comunidad regida ya desde esta época por una autoridad central se debe seguramente a una anticipación de la epopeya homérica, hecho que se manifiesta por el uso de palabras como *tesoros* o *megaron*, pero también es verdad que el plano de Troya, sin obligarnos a esta idea, no la contradice.

En el seno de estas comunidades, las innovaciones técnicas de las que se ha hablado anteriormente han reforzado, sin lugar a dudas, la especialización, pero ¿hasta qué punto? La existencia de artesanos a tiempo completo, cuya subsistencia está asegurada por el grupo, supone una economía capaz de producir excedentes y esto no parece ocurrir en ninguna parte en esta época, excepto en la Creta palacial y, quizá, pero sin que tengamos de ello una prueba directa, en Troya. Incluso en las aglomeraciones con más marcado carácter urbano ha sido imposible demostrar una especialización de los barrios.

La religión

Las pruebas son igualmente negativas en lo que concierne a la actividad religiosa: hasta hoy no se ha identificado en la Grecia continental ningún santuario del bronce medio, y en Keos nada demuestra que la construcción de Aguia Irini, que servirá a esta función en el período siguiente (*infra*, p. 265), sirva ya para la práctica religiosa. Con algunas excepciones (*supra*, p. 196), los objetos asociados tradicionalmente con esta práctica (figuritas, vasos zoomorfos, etc.) faltan por completo. Desde luego, sería temerario deducir de ello la ausencia de ideas o vida religiosa; simplemente, debemos confesar que nuestra ignorancia en este terreno es total. Todo lo que se ha podido decir, especialmente sobre la religión mesoheládica, está basado en extrapolaciones (cronológicas, geográficas, etnológicas) y no en hechos demostrados. Los únicos ritos de los que se han conservado huellas son los

funerarios (*supra*, p. 194). De cualquier manera que los interpretemos, lo único que podemos decir es que no se diferencian fundamentalmente de los del bronce antiguo.

Arte y pensamiento

La virtual ausencia de preocupación artística (por lo menos en el campo de las artes plásticas) demuestra, por el contrario, una ruptura con la época precedente. En general, esto se interpreta como consecuencia directa de la inquietud que caracteriza el paso del BA II al BA III. Esta carencia, prácticamente absoluta en la Grecia continental, se compensa algo en las Cícladas con el refinamiento decorativo de algunos vasos con motivos naturalistas, cuya moda no alcanzará hasta más tarde a las regiones continentales.

¿Debemos ver en los motivos geométricos, mucho más extendidos, tanto en la cerámica de pintura mate de la Grecia continental como en los pesos de rueca troyanos, una especie de símbolos o de ideogramas, como lo proponen algunos investigadores [Caskey, J., *in* 553, pp. 10-12]? No hay nada que lo excluya, pero si existe este sistema falta todavía descifrarlo. En cambio, es seguro que es un sistema codificado, también sin descifrar, el que presentan las «marcas de alfarero», cuyo uso se generaliza entonces en las Cícladas (Aguia Irini IV), mientras que en el continente solamente llega a asentamientos situados generalmente cerca de la costa (Lerna V). Estas marcas, que al principio no son más que una combinación de muescas, líneas o impresiones, poco a poco toman la forma de signos lineales, algunos de los cuales se encuentran, en la misma época, en las inscripciones cretenses de lineal A. Cualquiera que sea su significado, visiblemente no unívoco —capacidad, naturaleza de su contenido, origen (fabricante, propietario, lugar de producción) o destino—, tienen todas en común la individualización del vaso y permitir, de una u otra manera, su identificación por necesidad de inventario o de control. Esta nueva necesidad no puede explicarse más que por una evolución de las estructuras económicas.

La economía

Este inicio de evolución hacia un sistema más centralizado del que nada permite, por lo demás, precisar las modalidades, no se percibe prácticamente más que en las Cícladas, donde seguramente está favorecida por la relativa prosperidad que se refleja, por ejemplo, en el mobiliario de las tumbas. Por el contrario, en el continente la producción no parece ni más organizada ni más controlada que en el precedente período. Respecto a su

nivel, a pesar de los progresos técnicos, no es superior al de una economía de subsistencia. Los primeros signos de enriquecimiento se manifiestan durante la fase que precede inmediatamente al bronce reciente, pero son demasiado aislados para que puedan atribuirse a profundas transformaciones de la economía.

Ésta sigue basándose esencialmente en la agricultura y la ganadería. Las especies cultivadas, que no han sido estudiadas hasta ahora de manera sistemática más que en dos asentamientos, el de Lerna y el de Argisa, parecen ser por lo general las mismas que en la época precedente: entre los cereales predominan el trigo y la cebada; entre las leguminosas, los guisantes, los garbanzos y las lentejas. Está bien demostrado el cultivo de la vid; el del olivo, mucho menos claramente. A los animales domésticos ya conocidos (cabras, corderos, cerdos, vacuno, perros), que aumentan claramente a partir del HA III,[15] se añaden el caballo y el gallo. La caza (liebre, ciervo) continúa aportando un sumplemento a la alimentación, mientras que mariscos y pescados parecen ser cada vez menos importantes en la alimentación humana, incluso en los lugares costeros.

El artesanado, otro sector de la vida económica, del que ya hemos recordado algunos aspectos, sigue siendo esencialmente local y produce allí mismo lo que la comunidad necesita: herramientas y utensilios, vestidos, objetos de adorno, armas, etc. Los recientes estudios de los especialistas en cerámica muestran, sin embargo, que parece que existieron desde el principio del bronce medio, tanto en las islas como en el continente, talleres regionales especializados en la producción masiva y en la distribución de ciertas clases de cerámica. Por otro lado, la adquisición de materias primas supone la existencia de intercambios regionales.

Los contactos e intercambios

La importancia de los intercambios no radica tanto en su volumen, aún restringido, ni en la parte, visiblemente mínima que pueden tener en la actividad económica de comunidades esencialmente agrícolas, sino en el hecho de poner en contacto tradiciones y experiencias diversas, ya que no solamente circulan los bienes materiales sino las ideas y las técnicas. Sabemos actualmente que la isla de Melos, que poseía desde el bronce medio todas las características de una «potencia comercial», no explotó de manera sistemática la obsidiana con finalidad comercial antes del final de la edad

15. Se establece a veces una relación entre el desarrollo de la ganadería extensiva ovi-caprina del bronce medio y la agrupación del hábitat que tiene necesariamente repercusiones sobre los modos de explotación agrícolas [Gamble, Cl., *in* 304, pp. 122-134].

del bronce [91, 319].[16] Por otro lado, al no haber ni medidas comunes ni unidad de peso, que no aparecerán en la cuenca del Egeo hasta el final del bonce medio [88, pp. 165-167], la única prueba de los intercambios entre dos regiones es para nosotros la presencia de objetos «importados» y siempre resulta difícil saber qué implican realmente: un contacto ocasional, un regalo, intercambios regulares directos o indirectos, con o sin desplazamiento de individuos o de grupos (artesanos itinerantes, buhoneros, colonos, guerreros), etc. Estos objetos transportados nos informan, por lo menos, sobre las principales vías de circulación.

En el continente griego, los contactos interregionales parecen reducidos, sobre todo entre el sur (Peloponeso, Grecia central) y el norte (Tesalia, Epiro, Macedonia). La utilización del caballo, ¿contribuyó a desarrollar el intercambio por vía terrestre? No hay nada que nos permita afirmarlo. Pero si comparamos los mapas de la distribución de las cerámicas del principio y del final del período, se observa que, al parecer, las primeras fueron difundidas sobre todo a través del mar, mientras que las segundas han seguido más bien las vías continentales. El bronce medio parece ser, pues, una fase de expansión de las vías de comunicación terrestres, en un mundo en el cual las condiciones naturales habían favorecido primeramente la circulación marítima y el cabotaje a lo largo de las costas.

En el interior de la cuenca del Egeo, las Cícladas constituyen un centro de intercambios mucho más activo. Después del inquieto intermedio del CA III que las aisló momentáneamente, reanudan las relaciones entre ellas, con el continente y con Creta. Las islas de Keos, Melos y Zira que a veces se llaman «el cordón occidental» (*western string*), término al que no debe darse un sentido comercial excesivamente moderno, parecen tener a partir de esta época, un papel preponderante. Ligadas por intercambios recíprocos, estas tres islas mantienen relaciones privilegiadas con Creta. Keos tiene, además, como Egina y Citera, el papel de cabeza de puente con el continente, mientras que Melos mantiene estrechas relaciones con el resto del archipiélago (Naxos, Sifnos, Delos, Tinos). Los intercambios intracicládicos, en efecto, están sobre todo representados por la cerámica de Melos hallada en las otras islas, pero esto no significa, como se creyó durante largo tiempo, que Melos ejerciera entonces una especie de monopolio: sabemos hoy que existían otros centros activos, como Paros y Naxos, cuyas producciones empiezan solamente a conocerse.

Las relaciones entre las Cícladas y el continente están demostradas en ambos sentidos: a la cerámica cicládica presente en una docena de asentamientos continentales, localizados la mayoría de ellos en Ática y en el noreste del Peloponeso, responden los numerosos fragmentos de cerámica

16. Con muchísima más razón es difícil de creer con GAMBLE, CL. [*in* 304, pp. 122-134], que pudo dedicarse a la exportación de la lana de su ganado.

minea hallados en Keos, Melos y Zira, así como en cinco o seis islas más. Por otra parte, es seguro que la plata, el plomo (y probablemente el cobre) que se trabajan en Keos durante el período V, se importaban del Laurion. A juzgar por las importaciones de cerámica, estas relaciones, muy sólidas en un principio, se aflojan hacia la mitad del período; mientras que Creta se convierte, para las Cícladas, en el socio privilegiado que continuará siendo hasta la destrucción de los segundos palacios (*infra*, p. 268). Los intercambios con Creta son también en dos sentidos, pero es imposible determinar su importancia respectiva, sus modalidades e incluso los objetos, exceptuando la cerámica, los vasos de piedra cretenses y la obsidiana de Melos, que es seguro que no eran los únicos bienes que se intercambiaban. Lo que parece claro, en cambio, es que las Cícladas, y especialmente las islas del «cordón occidental» están en aquel momento en contacto con la Creta central y oriental, y distribuyen las producciones de éstas hasta el Ática, mientras que Citera sirve de intermediario entre la Creta occidental y el Peloponeso. Existen, pues, en el bronce medio numerosos indicios de contactos entre Creta y el continente, pero todo parece indicar que no se realizan de modo directo.

Se ha querido ver en el flujo que a finales del BA II pone a la Creta oriental en contacto con las Cícladas por un lado, y con Eubea y la Grecia central por otro (*supra,* pp. 184 y 186), no una simple red de intercambios comerciales, sino un verdadero movimiento de pueblos «anatolienses». Esta hipótesis, que se basa en la aparente falta de reprocidad en los intercambios y en los numerosos indicios concomitantes de disturbios, no puede dejarse totalmente de lado, pero la documentación arqueológica no la demuestra claramente. De todas formas, el punto de partida de este flujo no se sitúa seguramente en la misma Troya, asentamiento al que se tiende a valorizar en exceso,[17] sino más bien en las islas del noreste egeo, o sobre las costas de Caria y Licia [Mellink, M., *in* 553, pp. 139-152]. Hemos visto ya (*supra,* p. 188) cuáles serán más adelante las principales corrientes de intercambio entre el este y el oeste del Egeo. La única que parece tener en aquel momento una importancia real es la que une la Tróade con la Grecia continental.

Aparte de Creta, de cuya red de relaciones exteriores ya se ha hablado (*supra,* p. 146), el mundo egeo ¿está en esta época en contacto con regiones alejadas? Desde luego, se pueden entrever influencias culturales difusas, a partir de núcleos situados sobre todo en los Balcanes y en la Europa central, pero los objetos que demuestran contactos precisos e intercambios materiales son muy raros. Los más famosos eran hasta hoy las damajuanas de

17. Las casualidades de la investigación (que la convirtieron en el primer asentamiento excavado del Egeo), una excepcional secuencia estratigráfica y la prestigiosa aura de los poemas homéricos son las principales razones para ello.

decoración incisa halladas en Kirrha, Argos, Lerna y Aguios Stefanos, que parecían demostrar la existencia de contactos entre la Grecia continental y la cultura de Bubanj-Hum en Serbia. Ahora bien, un trabajo reciente demuestra que estos vasos eran en realidad de fabricación y tradición puramente heládicas. Así y todo, deben mencionarse las plaquillas de hueso con relieves redondeados que relacionan, de una forma imposible de precisar, la cuenca del Egeo con Malta y Sicilia; así como las «áncoras» de barro cocido de tipo heládico halladas en las islas Lipari. Todas estas islas producen en este momento cerámicas «emparentadas» con las del HA III-HM, pero las importaciones de cerámica egea (de pintura mate) no son anteriores a la transición del bronce medio al bronce reciente (*infra,* p. 269). Estos últimos indicios parecen, en verdad, muy tenues para justificar la idea defendida por L. Bernabò Brea de la instalación de colonos egeos en las islas Eólicas en el HA III o al principio del HM.

Durante todo el período no existe ningún testimonio seguro de relaciones con el Oriente mediterráneo, como no sea muy al principio con los objetos de marfil de Troya II. Pero incluso en este asentamiento (que es el único, fuera de Creta, en el que se conocía el marfil en aquel momento) dicho material desaparece a partir de la tercera «ciudadela»; por consiguiente, durante el bronce antiguo III, y no volverá a aparecer hasta la fase final de la sexta, es decir, muy tardíamente, ya en el bronce reciente.

El origen del estaño, forzosamente importado, se ignora, como ocurre en la época precedente (*supra*, p. 118). Quizá la relativa rareza de los objetos de bronce se explica precisamente por la falta de fuentes regulares de abastecimiento del estaño.

En resumen, los contactos entre las regiones del Egeo y el mundo exterior están aún muy poco desarrolladas y los pocos intercambios de los que se descubren las huellas son, al parecer, siempre de tipo puntual. Pero ya se perfilan ciertos caminos que serán los más frecuentados en el siguiente período.

Después de la intranquilidad que caracteriza el último tercio del tercer milenio, las diversas partes del mundo egeo evolucionan a ritmo diferente. A la vitalidad de las Cícladas, explicada en gran parte por las relaciones cada vez más estrechas que mantienen con Creta, se opone el relativo retraso del continente, fenómeno cuyas razones siguen oscuras (debilidad de la organización sociopolítica, insuficiencia de recursos naturales y humanos, falta de apertura hacia el exterior, etc.). Y en el propio continente, fue el Peloponeso el que se convirtió justo al final del período en el centro motor de una evolución de la que no se encuentra huella alguna de las regiones septentrionales.

Capítulo IV

El principio del bronce reciente en Creta

Como en todo el resto del mundo egeo, se pasa en Creta del bronce medio al bronce reciente por una transición, no por una ruptura. Hemos tratado de aislar algunos aspectos del MM III anterior al seísmo que alcanza Cnosos un poco antes del final de este período (*supra,* p. 157). Pero la fase final del MM III, tal y como fue definida por Evans, difícilmente puede separarse del MR I A e incluso, en numerosos asentamientos que no parecen haber sufrido destrucción alguna durante el MM III el conjunto de este período se confunde con el MR I.

Sin embargo, existe una diferencia general entre el minoico medio y el minoico reciente: el minoico medio fue el período de las verdaderas innovaciones técnicas y también políticas, económicas y religiosas; el minoico reciente es el de su realización en condiciones inigualadas de prosperidad: «cenit», «apogeo» de la civilización minoica y de su expansión; esas son las expresiones utilizadas habitualmente para calificar ese período, y al parecer justamente.

A. *LA CRONOLOGÍA DEL FINAL DEL MM III Y DEL MR I*

1. Las fases de la cerámica

La cerámica del comienzo del MR I A casi no puede distinguirse de la del final del MM III definida por Evans y forma con ella la fase llamada

MM III B-MR I A, término que refleja su carácter ambiguo y que puede ser causa de alguna confusión. Esta fase ha podido ser aislada estratigráficamente en varios asentamientos, por ejemplo, en Cnosos *(Unexplored Mansion)*, en Malia (casa Épsilon), en Kastri (Citera) [356, p. 159; 380 (XVIII), p. 69; 151, p. 283]. Las formas decoradas (tazas globulares o cónicas, tazas llamadas de *Vafio,* jarras), que no son más que una parte restringida de la cerámica de este período, muestran el desarrollo gradual del decorado en oscuro sobre claro que caracteriza el paso al MR: decorado veteado *(ripple)*, conocido desde el final del MM II y a veces aún sobrecargado de blanco, pero también espirales y algunos raros elementos florales, que coexisten con los motivos en claro sobre oscuro heredados de la cerámica de Camares (figs. 31*a-f*).

La cerámica del MR I A propiamente dicha, la que se considera como la fuente directa de la cerámica micénica (*infra*, p. 251), corresponde a una fase posterior y presenta caracteres muy bien definidos. De buena calidad técnica, con más frecuencia decorada, presenta un repertorio restringido de motivos en oscuro sobre claro, pintados principalmente sobre jarras o tazas: espirales con disco central claramente marcado, cañas y otros elementos vegetales; los motivos en blanco sobre oscuro parecen ser ya solamente supervivencias y los veteados tienden a disminuir. Esta segunda fase del MR ha sido siempre considerada como una fase de larga duración: sin embargo, no parece que actualmente pueda establecerse subdivisión alguna.

La cerámica del período siguiente (MR I B) se conoce sobre todo, y se caracteriza, por las series limitadas de vasos en los cuales el estilo marino con pulpos, delfines y conchas colocados en un paisaje rocoso, sustituye al estilo vegetal de la fase precedente. Los recientes hallazgos de nuevos depósitos, tanto en Cnosos como en el este de Creta (Pirgos, Zakros), permiten definir mejor los caracteres de la cerámica corriente del MR I B, que se inspira aún en los motivos del MR I A y por esta razón se ha confundido a veces cronológicamente con las producciones de este período. Hoy no se puede dudar de la sucesión de ambas fases. La estilización que se observa en los ejemplares del «estilo marino» sugiere una fabricación de corta duración, que no parece alcanzar mucho más que una generación. Completamente al final del período, el «estilo alternado» que puede haber inspirado el estilo «efireo» continental (*infra,* p. 328), corresponde a la última evolución de la cerámica MR I B: haciendo alternar los elementos marinos sacados de su contexto con motivos como el escudo, la doble hacha o el lazo sagrado, está bien representado especialmente en La Canea y en Citera [Hallager, E., *in* 329, p. 145; 151, pp. 291-293] (figs. 31*g-l*).

2. Las referencias cronológicas

En el ámbito egeo, los sincronismos entre el MR I A y el HR I por un lado, y el MR I B y el HR II A por otro, están bien establecidos gracias a los hallazgos de vasos minoicos en Micenas, Keos, Zira y Citera y a fragmentos del HR II A en Creta, en Cnosos y en Zakros.

En cronología absoluta se ha establecido frecuentemente una concordancia entre el principio del MR I y el principio de la XVIII dinastía de Egipto. Sin embargo, parece que el principio del MR I es algo anterior al principio de esta dinastía, que según las últimas investigaciones desciende hasta 1550. Vasos de yeso cristalizado del bronce medio II siriopalestinos recogidos en Creta y en Zira indicarían que el MR I A se inició probablemente antes del final del período hicso, durante el segundo período intermedio [512, p. 149].

El MR I B debe de ser en gran parte contemporáneo del reino de Tutmés III (1479-1425) y el MR II debió de comenzar antes del final del reino de este faraón; en Gurob se encontró un alabastro MR I B y en Sakara y Tebas vasos HR II A [Hankey, Vr., *in* 39 (2), pp. 44-46]. Si se admite que el MR I A perduró por lo menos durante tres generaciones y que el MR I B, por el contrario, no es más que un período corto, la cesura entre estas dos fases del MR debe situarse al principio del siglo xv, hacia el 1500; esta fecha ha sido, sin embargo, puesta en duda recientemente debido a la discusión sobre la erupción de Zira (*supra,* p. 47 e *infra,* p. 272).

3. La historia de Creta en el MR I

Palacios, palacetes, casas ricas de la ciudad, villas rurales, todas parecen haber adquirido su forma definitiva a principios del MR I. Con frecuencia es difícil separar el MR I A y el MR I B en la historia de dichas construcciones, lo que hace que en Creta sea legítimo, utilizar el término *MR I* para designar el período que abarca también, en Grecia continental, el principio del HR II: la erupción del volcán de Zira no parece haber tenido en Creta consecuencias notables (*infra,* p. 278). Hacia finales del MR I A se señalan en un determinado número de asentamientos de Creta [Hood, S., *in* 728 (I), pp. 681-690] destrucciones cuya amplitud y causas están con frecuencia mal resueltas. Algunas se deben a los seísmos (en Arcanes, Paleocastro, por ejemplo); en Cnosos, un terremoto provoca durante el MR I A la destrucción de casas (casa de los Frescos, casa Sur) y obliga a efectuar reparaciones en el palacio que no modifican su estructura [356, p. 264]. En Aguia Triada tiene lugar a principios del MR I B una nueva fase de construcción y disposición urbana. Pero el MR I A sigue siendo aún con frecuencia un período impreciso en la historia de los asentamientos, puesto que los hallazgos ar-

queológicos expresan sólo el estado a finales del MR I B: así ocurre en Malia y Pirgos, por ejemplo. Las destrucciones del final del MR I B afectan a toda Creta y parecen acompañarse siempre de incendios (*infra*, p. 237).

B. *EL APOGEO DE LA CIVILIZACIÓN PALACIAL*

1. La arquitectura y el urbanismo

Los segundos palacios

En Cnosos, después de la destrucción ocurrida en la última parte del MM III, la reconstrucción del palacio se acompaña de ciertas transformaciones, pero la historia arquitectónica del conjunto del edificio es muy compleja y resulta difícil datar con precisión la construcción de estas diferentes partes. Las verdaderas modificaciones son seguramente menos importantes en esta fecha de lo que creía Pendlebury [331, pp. 184-188] y una parte de éstas debe resituarse durante el MM III (fachada oeste, *hall* este, remodelación de la entrada norte). El palacio del MR I es, en gran parte, la continuación el palacio del MM III, con algunas alteraciones y reconstrucciones [621].

Por el contrario, los otros tres palacios reciben su forma arquitectónica casi definitiva al principio del MR I. A pesar de las particularidades de cada uno de ellos, debidas a su propia situación y a su historia anterior, se observa en las reparaciones de esta época un esfuerzo de uniformización que parece tomar como modelo el palacio de Cnosos. En Malia, el «barrio residencial», con su *polythyron* (*supra*, p. 147) que reproduce las formas de Cnosos, está solamente datado en el MR I A y constituye una innovación completa en la parte noroeste del palacio.[1] Lo mismo ocurre en Zakros, donde el plano del palacio parece suceder a un primer estado neopalacial «MM III B-MR I A» mal definido. En Festos se constata una transformación radical: las ruinas se han nivelado bajo una espesa capa de cemento y el patio central se desplaza en varios metros hacia el este, lo que provoca la transformación completa de sus entradas.

Existen considerables diferencias de dimensiones, que pueden indicar una cierta jerarquía de los asentamientos palaciales, entre los cuatro palacios: la masa arquitectónica del palacio de Cnosos, aproximadamente 13 000 m^2 [Pelon, O., *in* 78, p. 190, n. 12], es el doble de la de los palacios de Malia y de Festos y cuatro veces más que la del palacio de Zakros; si el patio central tiene dimensiones comparables en Cnosos, Malia y Festos, entre 1000 y 1250 m^2, en Zakros su superficie es muy inferior; solamente una tercera parte. Sin embargo los cuatro palacios se definen, a partir del MR I A, por un conjunto de rasgos arquitectónicos que corresponden a

1. Pelon, O.: *BCH* (1984), p. 887.

un mismo tipo de organización funcional. Los palacios del MR forman una masa monumental compacta, compuesta de bloques adosados alrededor de un patio central rectangular orientado en la dirección norte-sur. El ala oeste, la más imponente, que alinea santuarios y habitaciones nobles sobre el patio central, presenta una fachada monumental con retranqueos hacia el oeste, sobre una amplia esplanada o patio abierto. En los otros lados, los diferentes barrios de palacio se distinguen mal de las casas urbanas que los rodean. El piso, el *piano mobile,* ofrece algunas de las habitaciones más importantes: salas de recepción, talleres, el conjunto de oficinas administrativas. Desgraciadamente, su restitución es con frecuencia hipotética. En la planta baja se distinguen con bastante facilidad los diversos bloques funcionales (barrios residenciales, de gala, almacenes, residencia del servicio) y las formas típicas de la arquitectura neopalacial: *polythyron,* piscinas lustrales, salas hipóstilas, pero la función precisa de estas habitaciones o grupos de habitaciones sigue todavía discutiéndose. Con frecuencia la discusión se oscurece por las connotaciones de denominaciones tradicionales cómodas pero de valor poco seguro («sala del trono», «barrio doméstico», «*megaron* de la reina», etc.), que les aplicaron.

El patio central es el punto de encuentro de las vías que conducen a palacio y el centro de la circulación entre los diferentes barrios. Su papel, sin embargo, no debía de ser más que el de un simple espacio de comunicación. La disposición de las fachadas y pórticos que lo enmarcan, la presencia de instalaciones particulares (área enlosada, horno, bola con cupulilla, fosa de sacrificios en Malia) han hecho situar allí espectáculos y ceremonias religiosas e incluso a veces «los juegos de toros», frecuentemente representados en la iconografía minoica [604; *contra,* Davis, E., *in* 600, p. 160].

La sala del trono de Cnosos, cerca del ángulo noroeste del patio central, fue considerada durante mucho tiempo como una instalación tardía del MR II, pero los estudios recientes demuestran que había allí un conjunto con función de culto, que comprendía una «piscina lustral» cuya organización es anterior al MR I [Niemeier, W.-D., *in* 600, pp. 163-168). A pesar de que el conjunto de Cnosos permanezca único en su forma, la misma función ha podido, sin embargo, asignarse a instalaciones de Festos y Malia, en la misma situación en la fachada oeste del patio central. Sobre la *loggia* del palacio de Malia se ha podido reconstruir una base de altar o bien el emplazamiento de un trono de madera. La sala XXIV del palacio de Festos con banquetas de yeso cristalizado, podría haber tenido una función religiosa análoga [Alexiou, St., *in* pp. 60-64].

La expresión *barrio doméstico* utilizada por Evans para uno de los conjuntos más monumentales del palacio de Cnosos es, sin duda, impropia, así como la expresión *megaron a la cretense* aplicada a este grupo de habitaciones compuesto por un *hall* abierto en dos o tres lados por balcones separados por columnas, asociado a un pórtico con columnas que da a un poco de luz, vecino de «una piscina lustral». El término *polythyron* parece mejor adaptado (*supra,* p. 147). No se trata seguramente de simples «barrios residenciales», apartamentos del rey y de la reina, sino de salas de gala, de audiencia o de ceremonias [Pelon, O., *in* 77, pp. 251-257; Nordfeldt, A., *in* 600, pp. 187-194].

Las «piscinas lustrales» parecen haber tenido en la mayoría, si no en la totalidad de los casos una función religiosa [Nordfeldt, A., *in* 600, p. 187-194]. Estas piscinas, instaladas en un medio sótano, mantienen una forma constante, tanto en los palacios

como en las casas, que se inspiran en la arquitectura palacial: se trata de pequeñas habitaciones rectangulares a las que se llega por una escalera en ángulo de algunos escalones, separadas de la escalera por una balaustrada baja de pilastras. Algunas de ellas, sin embargo, pierden en el MR I uno de sus caracteres fundamentales: el nivel de su suelo está levantado al nivel de las habitaciones vecinas en Cnosos (casa Sur, quizá «*megaron* de la Reina», en Amnisos (casa de las Flores de Lis) Tilisos (casas A y C); esta transformación, que se explica mal, pudo haberse extendido bastante. En Cnosos («villa Real», casa Sureste) y Niru Khani, aparecen nuevas piscinas lustrales de este tipo.

En el ala norte de los palacios se han podido reconocer salas hipóstilas de grandes dimensiones, que presentan dos hileras de pilares cuadrados muy fuertes, encuadradas por escaleras que conducen al primer piso. La abundancia de vajilla común hallada en Zakros y en Malia, así como el plano, cercano al de las salas de banquete egipcias, las ha hecho interpretar como cocinas o comedores secundarios, unidos a la sala principal de banquetes que debía estar situada en el piso, justo encima de ellas. El *North Pillar Hall* de Cnosos podía tener la misma función. En Festos se ha reconstruido una sala del mismo tipo [599, p. 125-128].

Un cierto número de salas con funciones de culto tomaron formas diversas. Pero se observa la presencia de «criptas con columnas» en el ala oeste de los palacios de Malia, Festos y Cnosos que parecen estar asociadas a almacenes y que también en este caso podían tener encima santuarios de piso.

El carácter monumental de la arquitectura palacial se manifiesta desde su origen. Sin embargo, se acentúa en la época de los segundos palacios, por la utilización más frecuente de materiales como el yeso cristalizado o el alabastro para revestir el suelo o los muros, por el desarrollo de los ortostatos de fachada, el juego de columnas y pilares y, finalmente, por la riqueza de la decoración de frescos.

La extensión de la arquitectura monumental

La construcción de un importante número de «pequeños palacios» de «villas», *mansions,* o *country houses,* viviendas seguramente de miembros del grupo dirigente, de oficiales o gobernadores locales, caracteriza en Creta el principio del MR (*infra,* p. 222). La adaptación en diverso grado de determinados aspectos de la arquitectura palacial se manifiesta en todos estos edificios.

En Cnosos, el Pequeño Palacio, construido a unos 250 m del palacio, es un edificio lujoso que comprende *polythyron,* patio con peristilo, salas de columnas y «piscina lustral», en una superficie de 800 m^2; bajo la forma de construcción adosada, quizá de vocación artesana, se inició una extensión, la *Unexplored Mansion,* pero permaneció inacabada hasta el MR II (fig. 29*d*). En la ciudad, varias casas ricas, cuyas partes residenciales o ceremoniales, claramente separadas, imitan directamente las

de palacio, dan la mejor imagen, con el Pequeño Palacio, de esta extensión de la arquitectura monumental: «villa Real», construida sobre una terraza que domina el valle, *house of the Chancel Screen,* casa Sur, casa Sureste. En Malia se encuentran construcciones del mismo tipo, con, por un lado la casa Épsilon, comparable por sus dimensiones a la unidad Pequeño Palacio-*Unexplored Mansion* de Cnosos, por otro las casas principales de los barrios Zeta y Delta (casas Delta-alfa y Zeta-alfa).

Existen casas parecidas en asentamientos no palaciales como Niru Khani o Tilisos. En Gurnia, el «palacio» del gobernador local (sin patio central) presenta, sobre una esplanada oeste de pequeño tamaño, la misma fachada de sillares con retranqueos que los verdaderos palacios. En Aguia Triada, la «villa», célebre por sus frescos y sus vasos de piedra esculpidos, forma, como la casa A de Tilisos (fig. 29*c*), una especie de palacete, con *polythyron* y conjunto residencial, apartamentos de servicios, almacenes, archivos y depósitos de objetos preciosos en el piso santuario. En Pirgos, una rica *country house* instalada en la cima de la colina, con patio con cisterna, galería y pozo de luz enlosados en caliza violeta y en yeso cristalizado, almacenes y santuario, es uno de los mejores ejemplos de residencias que dominan las ciudades pequeñas minoicas del MR I y por su tipo de material y con frecuencia por su decorado de frescos se relaciona con los modelos palaciales. En la mayoría de las aglomeraciones, o a veces aisladas en asentamientos de explotaciones agrícolas como en Acladia o Esclavokambos, existen casas de grandes dimensiones (cerca de 250 m^2, es decir, aproximadamente el doble de la superficie de las casas corrientes de la época), en las cuales las partes residenciales están estrechamente ligadas a las habitaciones destinadas a usos artesanales o comerciales, y presentan también, a veces, rasgos arquitectónicos que las relacionan con la categoría precedente.

Esta extensión de la arquitectura palacial es también visible en edificios de importantes dimensiones, de los que han sido excavados solamente muy pocos ejemplos, y que no parecen ser residencias privadas. Así, en Aguia Triada, existe un «baluarte» levantado en las cercanías de la ciudad durante el MR I. Construido en bloques muy grandes, unido a un pórtico, muestra también fragmentos de fresco y se ha interpretado como un almacén comercial con una parte residencial u oficial [607, p. 131]. Igualmente, en Kommos existen varios edificios construidos a la orilla del mar en el MR I; uno de ellos, que podría ser también un almacén en relación con las actividades del puerto (edificio T), asociado a un largo pórtico, presenta una fachada monumental con ortostatos que da a una calle ancha que podría ser la arteria principal. [Shaw, J., *in* 600, pp. 101-110].

Las ciudades neopalaciales

La reconstrucción de los asentamientos protopalaciales destruidos hacia 1700 caracteriza una nueva etapa del desarrollo urbano en Creta. Las ciudades del MR I, las más conocidas, no son seguramente muy distintas de las aglomeraciones que les precedieron, pero permiten precisar mejor al-

gunos aspectos del urbanismo de esta época. Son ciudades en expansión: especialmente en asentamientos secundarios, como Gurnia o Paleocastro, los barrios y bloques de viviendas, separados por una red de calles adoquinadas, se extienden a lo largo de las vías principales, sobrepasando a veces las anteriores zonas de sepulturas. La densidad de la ocupación sigue siendo difícil de calcular: en Malia, como en Cnosos, las viviendas independientes coexisten con zonas de habitación densa y en la periferia de las grandes ciudades palaciales, casas aisladas y caseríos separados prolongan la zona urbana.

Debido al carácter limitado de las excavaciones, la organización precisa de las ciudades sigue conociéndose mal. Palacios o grandes «villas» ocupan la parte central de la aglomeración, rodeados inmediatamente por los barrios de viviendas; solamente las esplanadas o patinillos constituyen espacios abiertos. La organización funcional de los barrios (artesanos, tiendas) sigue dudosa. Gurnia proporciona actualmente la mejor imagen de una ciudad pequeña de la época (fig. 30): calles adoquinadas serpentean hacia la cima de la colina ocupada por el «palacete», casas aglutinadas en bloques irregulares. Las casas de artesanos parecen concentrarse hacia la extremidad norte del asentamiento. Pero algunas ciudades portuarias presentan diferente aspecto: en Zakros el palacio ocupa la parte baja del asentamiento, cerca del mar; en Kommos, almacenes y soportales están construidos al pie de una colina en el punto donde desemboca una gran vía adoquinada, mientras que las casas están situadas en las laderas.

2. La evolución de las técnicas

Las verdaderas innovaciones técnicas se remontan todas al MM. Pero el desarrollo de la actividad económica se expresa por una estandarización en aumento de las producciones artesanales y lo que nos permite caracterizar este período es, sobre todo, el claro progreso en la utilización de los objetos de metal.

Las herramientas y las armas

Aunque se haya considerado generalmente que el MR I fue un período de fabricación de espadas, puñales, y puntas de lanza, se conocen muchos menos ejemplares en Creta que en la Grecia continental (*infra,* p. 253). Las dos espadas que proceden del palacio de Zakros o las del depósito votivo de la cueva de Arkalojorion están relacionadas con el tipo A, de tradición cretense, y se observará que no se encuentran espadas del tipo B, de origen continental en Creta. Las puntas de lanza de hoja foliácea y larga abraza-

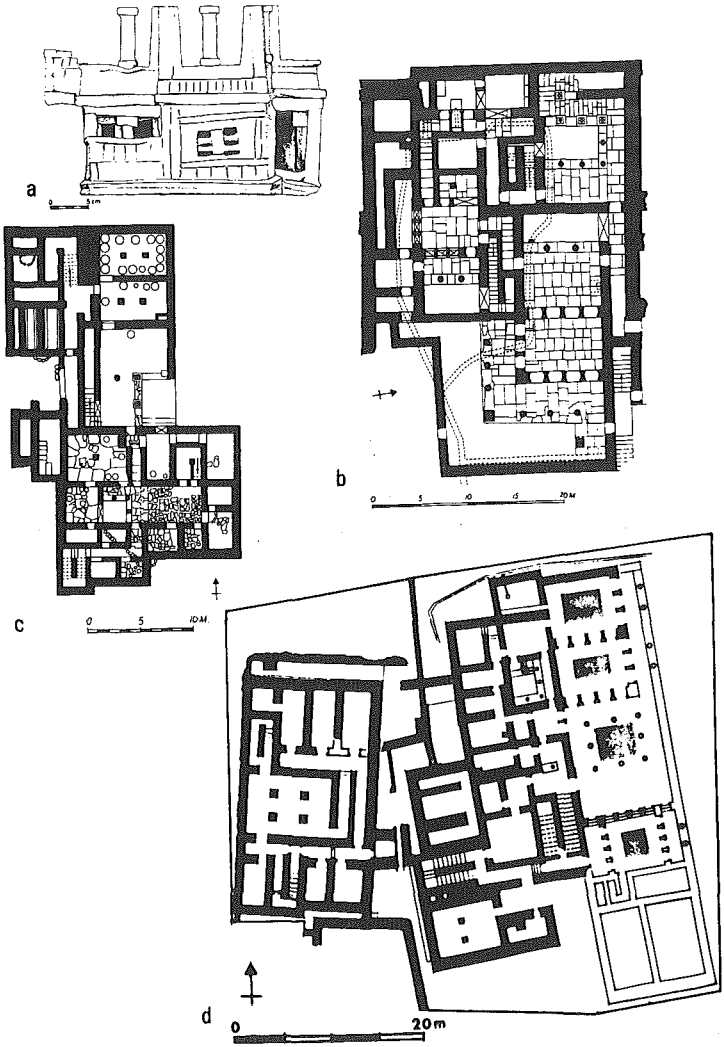


Fig. 29. La arquitectura neopalacial.
a: maqueta de Arcanes; *b*: palacio de Cnosos, «habitaciones domésticas»; *c*: Tilisos, casa A; *d*: Cnosos, *Unexplored Mansion* y Pequeño Palacio.

Fig. 30. La ciudad de Gurnia.

dera sustituyen a partir de ahora los tipos del MM. El cuchillo de un solo filo sigue siendo muy raro en Creta.

Las herramientas de metal están mejor representadas. Las herramientas tradicionales de los carpinteros, dobles hachas, hachas, azuelas, cinceles de diversos tipos, se encuentran con una cierta abundancia en las villas o casas de Malia, Gurnia y Aguia Triada. A las sierras pequeñas que se conocían en la época precedente, se añaden actualmente las grandes sierras de bronce, características del MR I, cuya longitud puede alcanzar 1,70 m; halladas en múltiples ejemplares, especialmente en el palacio de Zakros, en Gurnia y en Aguia Triada, se utilizaron sobre todo, para trabajar la madera, para la construcción de barcos, pero también para la cantería. También forman parte de las nuevas herramientas utilizadas en este campo los pesados martillos de bronce. Sin embargo, el aumento más claro se observa en las herramientas de metal para las actividades agrícolas: azadas dobles y picos, podaderas y hoces se multiplican en los asentamientos palaciales y en las ciudades secundarias.

Vasos y vasijas

A lado de los vasos de metal precioso surgidos de los talleres palaciales (*infra*, p. 220), la producción de recipientes de bronce indica el aumento de los objetos de metal y los progresos técnicos realizados en este campo. Grandes vasijas domésticas, trípodes de vaso cilíndrico, barreños, calderos de una sola pieza o varias remachadas, cráteras, así como hidrias, jarras, tazas y copas, fueron descubiertos sobre todo en Cnosos y Malia, pero también en Micenas y Akrotiri (*infra*, p. 259). A veces se utiliza la técnica de la decoración repujada y tanto en cerámica como en las vasijas de piedra se imitan los motivos de arcos o de espirales.

El repertorio de vasijas de piedra se modifica poco. Los vasitos «nido de pájaro» se sustituyen a partir del MM III por recipientes más grandes y por una variante en forma de flor abierta *(blossom bowls)* con decorado de pétalos en relieve. Una parte importante de la producción parece dedicarse a las grandes vasijas de ceremonia, ritones, mesas de libación (*infra*, p. 227). En la cerámica, las formas siguen, con pequeñas transformaciones, el repertorio del MM III; la novedad más notable es el desarrollo de la jarra con asa que en el MR I toma mucha importancia y se impone al lado de las ánforas de forma tradicional. El cambio de técnica decorativa, indicado por el paso del decorado en claro sobre oscuro al oscuro sobre claro en formas de cerámica fina, se corresponde con un cocido mejor y con un nuevo tratamiento de la superficie. Se han descubierto en varios asentamientos hornos de grandes dimensiones, con canales o de cámara circular, destinados seguramente a la cerámica.

Los sellos

Se ha conservado un número importante de sellos, así como de huellas (en Cnosos, Aguia Triada, La Canea, Zakros). Desde luego, representan solamente una pequeña parte de la producción: se ha podido calcular que en Cnosos, por ejemplo, deberían estar utilizándose simultáneamente varios millares de sellos [356, p. 194]. Las formas son limitadas en número: amigdaloides y lentoides con mayor frecuencia, con el cilindro aplanado y el anillo sello aparecidos ya en el final de la época protopalacial (fig. 33*f*); predomina la utilización de piedras duras semipreciosas. En esta producción existen diferencias estilísticas muy claras, relacionadas sin duda con la finalidad a que iban destinados estos sellos. El grupo abundante de los sellos «talismanes», representado raramente en los depósitos de huellas, parece continuar, hasta cierto punto, la tradición de los prismas de tres caras. Compuesto principalmente de amigdaloides en piedra dura, se caracteriza por los motivos muy esquemáticos de máscaras de animales, de jibias y pájaros, de jarras de libación. Sellos de serpentina con decoraciones de animales, que conservan con una técnica de grabado adaptado a las piedras blandas el estilo naturalista aparecido en el MM III, forman el «grupo popular cretense» que se desarrolla en el MR I A [617]. Una tercera categoría comprende las mejores obras de los talleres palaciales, que revelan el desarrollo del estilo «monumental» inspirado a la vez en los frescos y en los vasos de piedra esculpidos.

3. Las artes palaciales

Los talleres palaciales del MR I tienden aún más que anteriormente a realizar obras de prestigio y productos de lujo, que demuestran a la vez la riqueza de este período y la creciente importancia de los rituales religiosos. Sus creaciones más extraordinarias (frescos, vasijas de piedra, vasos de metal y de marfil con decorados en relieve, anillos sello de metal) ponen una técnica perfectamente dominada al servicio de una nueva ornamentación.

Los frescos

El arte de los frescos se practica desde el MM III, por lo menos. Pero las muestras de fecha asegurada que pertenecen a este período son poquísimas (*infra*, p. 245, n. 3): solamente algunos fragmentos de relieve pintado, como las cabezas de toro de la entrada norte de Cnosos pertenecen a un decorado palacial realizado durante el MR III. En cualquier caso, el MR I A

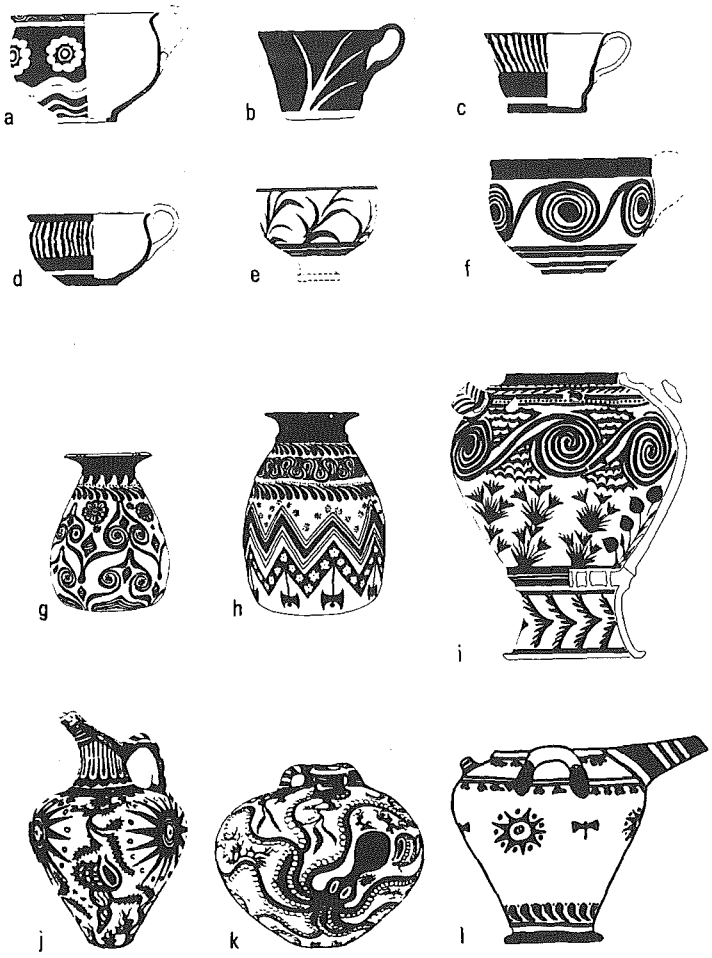


Fig. 31. Cerámica del MR I.
a-f: vasos del MM III-MR I; *g-l*: vasos del MR I B.

parece haber sido el período de los grandes programas decorativos tanto en Creta como en Zira.

En los palacios de Malia, Zakros y Festos se encuentran pocos fragmentos de decorados pintados. La amplitud del programa de Cnosos está mejor demostrada, a pesar de que la cronología de los frescos plantee problemas complejos, y que parezca que los más conocidos, como el fresco de la Procesión, hayan sido pintados solamente hacia 1400, muy al principio del MR III (*infra*, p. 430). En cambio, los frescos miniatura, las mujeres en azul o el *Recolector de azafrán*, que pueden situarse casi con seguridad en el MR I, muestran la existencia en esta época de una «escuela» de pintores en Cnosos y de un repertorio (representaciones de ceremonias, «paisajes religiosos» e imágenes de una primavera ideal) que conocerá una rápida difusión. El arte de los frescos está estrechamente asociado con esta extensión de la arquitectura monumental, sobre la que ya hemos llamado la atención. Grandes «villas» y casas ricas del MR I ofrecen el mayor número de muestras. Para el MR I A, las casas de Cnosos proporcionan, al lado de los excepcionales ejemplos de Zira, los documentos mejor datados: casa de los Frescos, casa Sur, Posada. Es posible que equipos de artistas llegados de Cnosos hubieran trabajado en asentamientos vecinos: en Katsambas, Prasas, Tilisos. Este arte, que utiliza la técnica del *buon fresco* [356, p. 149; 620, p. 171], se extiende muy rápida y ampliamente en Creta desde el principio del MR I. Se han encontrado fragmentos de relieves pintados en La Canea, Festos, Gurnia, Pseira y Paleocastro. Los frescos aparecen no solamente en las cercanías de los centros palaciales (en Aguia Triada, Kommos o Paleocastro) sino en asentamientos mucho más alejados (Pirgos).

El decorado de la cerámica

La influencia de los frescos sobre los pintores de vasos se observa claramente: generalización de un decorado oscuro sobre un fondo claro, desarrollo de motivos naturalistas vegetales en el MR I A, marinos en el MR I B. La proporción de cerámica decorada aumenta a partir de la fase MR I A propiamente dicha y los motivos nuevos (cañas, tallos, espirales con disco central) se extienden de manera uniforme en todos los asentamientos. Sin embargo, los ejemplares más hermosos de cerámica hallados en asentamientos como los de Gurnia, Paleocastro o Aguia Triada (ritones de tipos diversos, sobre todo) se han considerado como importaciones de Cnosos [389, p. 216]. También es igualmente posible que la cerámica de Cnosos sirviera de inspiración para el desarrollo de la cerámica micénica (*infra*, p. 251).

Esta primacía de los talleres palaciales de Cnosos se nota aún más a

partir del MR I B. El estilo marino, que no es más que una de las series, de número limitado, de la cerámica de este período, se opone a las producciones comunes que muestran una cierta decadencia y marca también un progreso, en relación con los vasos del MR I A, en el dominio de las formas y la nueva adaptación del decorado a la superficie a decorar. Los motivos marinos (pulpos, delfines, nautilus, estrellas de mar, integrados en un paisaje rocoso inspirado directamente en los frescos) introducen un nuevo naturalismo en el decorado de vasos de formas complejas, ritones, alabastros, enocoes. A propósito de todos ellos se ha podido hablar de *sofisticación*.

Los vasos y fragmentos de estilo marino son relativamente poco frecuentes: su producción es la de un número limitado de talleres, el principal de los cuales era sin duda alguna el de Cnosos. La difusión de estos vasos corresponde, en Creta, y en las Cícladas, con bastante exactitud, a la del arte de los frescos. Son siempre los palacios, las grandes «villas» y los lugares de culto los que forman el contexto habitual de su descubrimiento en Creta. Se hallan en las islas de Melos, Citera, Keos, Naxos, Kos y Rodas. Su ausencia en Zira permite situar cronológicamente la destrucción de Akrotiri (*infra*, p. 276).

Las artes del relieve

La existencia de una gran escultura minoica permanece dudosa. Las técnicas de escultura combinando materiales diversos (marfil, piedra, metal) eran ya conocidas, pero no parece que se aplicaran más que a estatuillas de reducidas dimensiones. Los «rizos» de bronce descubiertos por Evans en Cnosos no son, desde luego, los rizos de estatuas de madera gigantes,[2] cuya existencia supuesta, en particular en el santuario de Anemospilia, cerca de Arcanes, sigue siendo hipotética. Los relieves pintados, especialmente los del palacio de Cnosos (el *Príncipe de las flores de Lis*, los toros y acróbatas de la entrada norte, los luchadores del *hall* oriental), en realidad son las únicas obras de escultura monumental, de tamaño natural, del arte minoico. Son las artes menores, figuritas de bronce y marfiles, vasos de piedra y de metal, sellos, los que mejor ilustran los temas iconográficos de la época y nos ofrecen la mejor imagen del arte palacial del MR I.

Aunque las figuritas de barro cocido eran ya abundantes en el MM, la fabricación de figuritas de bronce, mediante el procedimiento de la fundición a la cera perdida, aparecen como una especialidad de la Creta del MR I. Se han conservado más de 250 ejemplares, que representan en general un adorante echado hacia atrás, con una mano en la frente o en el

2. HÄGG, R.: *AA* (1983), pp. 543-549.

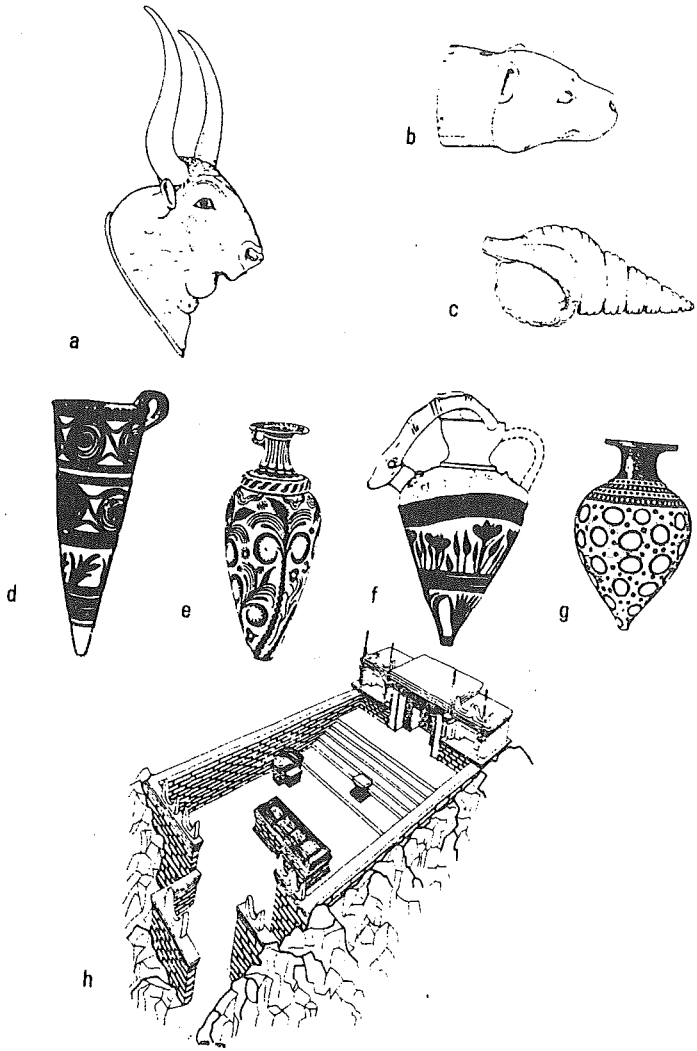


Fig. 32. Ritones minoicos.
a-c: de piedra; *d-g*: de barro cocido; *h*: restitución gráfica de un santuario de cima a partir de un ritón esculpido de piedra de Zakros.

pecho, y proceden de santuarios de cueva o de cumbre, de palacios y de villas. En la «villa» de Aguia Triada se descubrió una serie particularmente numerosa, producida seguramente en el taller local. Las estatuillas de marfil en general están representadas por la serie de los «acróbatas» de Cnosos y de Arcanes, que pertenecían a escenas de «tauromaquia», por lo demás reproducidas con frecuencia en la iconografía minoica.

El arte de los vasos de piedra alcanza, hacia el final del MM III y hasta el final del MR I, una perfección inigualable. Los artistas palaciales crean nuevas formas, a veces imitadas de la cerámica (ritones ovoides o cónicos), a veces originales (cálices). Utilizan, además de las piedras blandas tradicionales (serpentina, clorita), piedras duras con frecuencia importadas (*lapis lacedaemonius*, obsidiana de Giali, cristal de roca). El cáliz de obsidiana con manchas blancas, o el ritón de cristal de roca del tesoro del palacio de Zakros son extraordinarias realizaciones técnicas y estéticas, lo mismo que las imitaciones de conchas o los ritones en forma de cabeza de toro o de león (figs. 32*a-c*). Un decorado representado en relieve, con escenas religiosas o representaciones de estilo marino, aparece por vez primera en una serie de vasos de piedra blanda que debían de estar recubiertos la mayor parte de ellos por láminas de oro. Estos vasos, principalmente ritones, cuyos ejemplares mejor conservados proceden de la «villa» de Aguia Triada (*Vaso de los segadores, Vaso del jefe*) o de los palacios de Zakros (*Ritón del santuario de la cumbre*) y de Malia (*Tritón de los genios*), fueron realizados en su mayoría en un taller de Cnosos, donde se ha hallado una gran cantidad de fragmentos. Algunos pudieron haberse fabricado en otros asentamientos cretenses por artistas formados en la escuela de Cnosos [76; 624, p. 48].

El arte de los marfiles esculpidos en relieve se desarrolla por primera vez en Creta en el MR I, seguramente bajo la influencia de los talleres micénicos. Se han hallado placas esculpidas en Cnosos, Paleocastro y Zakros. Una píxide de Katsambas, hallada en un contexto del MR III A I es, con seguridad, herencia del MR I; dos jarras presentan, una un decorado de espirales repujadas (Cnosos, casa Sur), la otra elementos decorativos chapados en oro y en electro (palacio de Zakros).

Los grandes anillos sello de metal precioso, adornados con frecuencia con motivos religiosos, como el de la tumba de Isopata [*CMS* II 3, n.° 51], proporcionan el mejor ejemplo de estilo «monumental» de la glíptica minoica. Los «talleres» identificados parecen de Cnosos. El «Maestro de Zakros» se reconoce por sus composiciones fantásticas de monstruos extranjeros, conservadas por las huellas descubiertas en la casa A de Zakros [616].

La orfebrería del MR I sigue poco conocida, a excepción de los anillos sello. Las muestras encontradas en Creta son raras y de datación con frecuencia dudosa. Una de las series mejor documentadas es la de los pendientes en forma de *bucranon* [Laffineur, R., *in* 328, pp. 281-296]. Es interesante observar que varios objetos de oro o de plata (anillo de oro de

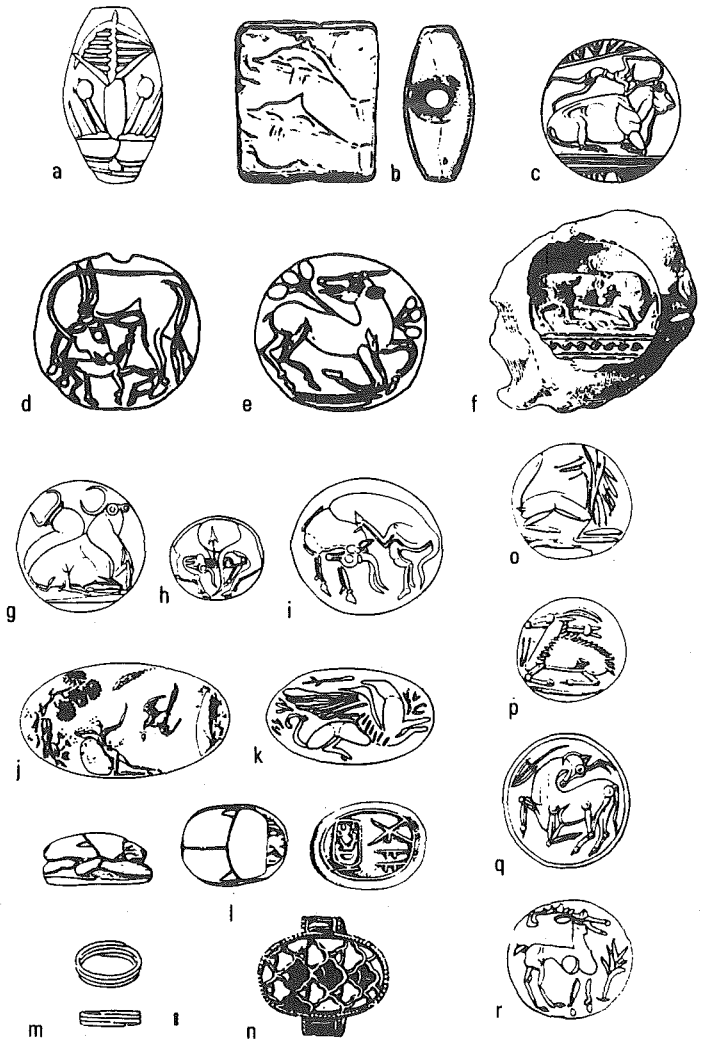


Fig. 33. Sellos del MR.
a: amigdaloide (estilo talismánico); *b*: cilindro aplanado; *c-f*: lentoides; *g-n*: sellos de anillos de una tumba de Cnosos (Sellopulo, tumba 4); *o-p*: lentoides (MR II); *q-r*: lentoides (MR III).

Cnosos, fíbulas de Mavro Spelio, Platanos, Aguios Nikolaos),[3] tienen inscripciones en lineal A (viñeta, *supra*, p. 161).

C. LAS TRANSFORMACIONES POLÍTICAS, SOCIALES Y RELIGIOSAS

1. Las «grandes residencias» del MR I y el poder de Cnosos

Las «grandes residencias»

La novedad más aparente en la organización de Creta del MR I, es la existencia de lo que podría llamarse el sistema de las «grandes residencias», quizá ya iniciado en el MM III pero que no se desarrolla plenamente hasta el MR I. La construcción de estas «villas» (*supra*, p. 209), que imitan parcialmente a la arquitectura palacial, corresponde a la vez al establecimiento de un nuevo sistema administrativo y a la aparición de una nueva jerarquía social.

Los edificios que llevan esta denominación común de «grandes residencias» existen en contextos diversos: están cerca de los palacios en las ciudades palaciales (Pequeño Palacio o «villa Real» de Cnosos, casa Épsilon de Malia, casa A de Hogarth en Zakros); son también los edificios principales de ciudades secundarias o de aglomeraciones rurales en las que ocupan, como los grandes palacios, el punto más elevado. Finalmente existen «villas» aisladas, como en Vazipetro o en Makriguialos [Davaras, C., *in* 329, pp. 77-92], situadas con frecuencia en la entrada de un valle fértil del que controlan el acceso y posiblemente todo el territorio. Pero en todos los casos parecen haber sido la vivienda de funcionarios de alto grado que pertenecían a una clase social homogénea. Su papel en el sistema administrativo minoico descentralizado está demostrado por el hecho de que la mayoría de los precintos y de los documentos de archivos inscritos en lineal A proceden precisamente de estos edificios (Arcanes, Aguia Triada, casa A de Zakros). En el caso de Aguia Triada se han podido enumerar los artesanos y obreros que dependían de ésta: escribanos, herreros, alfareros, carpinteros, tejedoras, cocineros, labradores [607]. Las «villas» rurales parecen estar estrechamente ligadas a la explotación agrícola de un territorio, como ocurre en Vazipetro. Los intercambios comerciales (almacenes de Aguia Triada y de Kommos) y las producciones artesanales estaban seguramente controlados desde dichas residencias.

3. Olivier, J.-P., L. Godart y R. Laffineur: *BCH*, 105 (1981), pp. 3-25.

Los numerosos edificios de este tipo situados en el mismo Cnosos o en sus cercanías (Arcanes, Tilisos, Niru Khani, Kanli Kastelli) están sin duda alguna bajo la dependencia del palacio de Cnosos. El problema resulta más complejo en asentamientos alejados y se une al de la organización palacial propiamente dicha en el MR I.

¿Estaba Creta en el MR I, como en la época protopalacial, organizada en territorios independientes controlados cada uno por un palacio, o existía una unidad política dominada por el palacio de Cnosos? Dicho problema, fundamental para la historia del MR I, es difícil de resolver sin tener textos escritos. De manera implícita parece admitido casi siempre que la situación del MM persistió hasta la destrucción de 1450. Algunos datos arqueológicos permiten, sin embargo, plantear la hipótesis de la primacía del poder de Cnosos, aunque sea difícil precisar su exacta extensión.

No se puede invocar, para apoyar esta hipótesis, la utilización administrativa, en toda una serie de asentamientos cretenses (Cnosos, Esclavokambos, Aguia Triada, Gurnia, Zakros), de sellos que reproducen temas idénticos. El examen minucioso de las marcas conservadas muestra que se trataba, en realidad, de sellos diferentes que utilizaban motivos iconográficos muy extendidos en el MR I [632]. Las únicas marcas hechas con el mismo sello y descubiertas en asentamientos distintos se han hallado en la región de Cnosos y Zakros: suponen solamente la existencia de intercambios entre ambos asentamientos. Por otra parte, el estudio de diversos depósitos de precintos (Cnosos, Aguia Triada, La Canea, Zakros) muestra importantes diferencias locales en la práctica administrativa [634 y 635].

Así y todo, la relativa decadencia de los palacios de Malia y Festos plantea el problema de sus relaciones políticas con el de Cnosos. En Malia el principio del MR I parece indicar un cambio en la organización económica del territorio. Los establecimientos rurales de la meseta del Lasizi, numerosos a finales del MM, parecen menos frecuentes en el MR I, precisamente cuando el santuario de la cueva de Psicro recibe ofrendas ricas y numerosas [343, p. 15]. Para explicar esta despoblación se ha propuesto una posible emigración hacia la llanura y hacia los centros urbanos de Malia y Cnosos. Esta transferencia del hábitat aunque parcial, hacia la llanura costera supondría, sin duda, nuevas condiciones políticas en el control de la meseta del Lasizi. Se ha llamado también la atención, por otro lado, sobre el aumento de influencias de Cnosos en la misma Malia [383, p. 382]. Sobre todo, la aparente decadencia de la importancia marítima de Malia en el MR I contrasta con el florecimiento de los grandes puertos minoicos como Zakros y Kommos, y concuerda poco con la hipótesis de un territorio palacial autónomo.

La modificación de las funciones palaciales se nota mucho más en Fes-

tos, donde se observa una reducción de la superficie, tanto del palacio como de la aglomeración a principios del MR I, justo en el momento en que se construye la «villa» de Aguia Triada y cuando se desarrolla a su alrededor una nueva ciudad [Shaw, J., *in* 633, pp. 31-54]. La «villa» de Aguia Triada parece ejercer a partir de este momento la mayoría de las funciones propias de los palacios. Las causas de este nuevo reparto de funciones entre Festos y Aguia Triada siguen sin resolverse, pero seguramente dependen de nuevas formas políticas y económicas asociadas al desarrollo del sistema de «grandes residencias». El palacio de Zakros se caracteriza a la vez por sus reducidas dimensiones (*supra*, p. 207) y por su particular situación, en la desembocadura de un valle árido al borde del mar: el asentamiento es el de un puerto más que el de una capital del territorio. A veces ha sido interpretado como un edificio real destinado a asegurar el control directo desde el momento de su llegada a Creta, de las importaciones procedentes de oriente y destinadas al palacio de Cnosos, al que se habrían transportado después por tierra.

¿Llegaremos a pensar que los segundos palacios cretenses no eran más que viviendas diversas del rey de Creta, de la misma manera que el faraón poseía varios palacios en diversas ciudades y regiones [Hood, S., *in* 77, p. 132]? Es verosímil que Cnosos no controlara, por lo menos directamente, toda Creta; las «grandes residencias» podían tener una cierta independencia frente al palacio y se ha subrayado que incluso ciudades tan próximas a Cnosos como Arcanes y Amnisos parecían ser más que simples satélites de Cnosos. Pero se podría suponer en el MR I una estructura administrativa de Creta análoga a la que nos ofrecen, en el período siguiente, las tablillas de lineal B de Cnosos (*infra*, p. 432). Un texto egipcio de la época de Tutmés III que menciona al «rey del país de Keftiú» al lado de los reyes de Hatti, Tunip, Qadesh [93, p. 64], aunque no presente una prueba indiscutible de la unidad política de Creta, hace posible la hipótesis (*infra*, p. 232).

2. La sociedad minoica del MR I

Los que ocupaban las «grandes residencias», cualquiera que fuese su función, parecen haber pertenecido a una clase única, para la que se ha utilizado la expresión de *nobleza* cretense, compuesta de oficiales, dignatarios, gobernadores, y que seguramente posee una parte del poder administrativo, económico y religioso. Como ya hemos visto, estas «grandes residencias» presentan realmente los mismos rasgos arquitectónicos y el mismo tipo de materiales surgido de los talleres palaciales (*supra*, pp. 215 y 217).

Entre estas «grandes residencias» y las viviendas corrientes surge otra

categoría de casas que indican la existencia de una clase intermedia que tiende a aproximarse a la «nobleza». Situadas en las aglomeraciones urbanas, estas casas (Zeta-beta en Malia, casa N de Paleocastro), cuyas dimensiones se diferencian poco de algunas de las «grandes residencias», se caracterizan por utilizar en menor grado la piedra de sillería, por la falta de separación de la parte «residencial» en la planta baja y por una diferente organización de las habitaciones. Pero en algunas de ellas se encuentran elementos inspirados en la arquitectura palacial [606]. El estudio funcional de estas casas sugiere actividades especialidades en relación con la producción y los intercambios de productos artesanos o agrícolas: en varias de ellas se han encontrado lagares, así como lotes de herramientas metálicas. Parecen estar asociadas, en determinados casos, con las actividades de las «grandes residencias» (una tablilla en lineal A procede de la casa del Caldero trípode de Aguia Triada) y ofrecen a veces el mismo tipo de material «palacial» que ellas (vasos de estilo marino de la casa N de Paleocastro). De todas maneras, se distinguen claramente de las casas corrientes, las más numerosas, cuya superficie no supera casi nunca los 125 m^2, y cuyo mobiliario, que presenta a veces calderos de metal, sigue siendo, sin embargo, muy modesto, como el de la casa de Aguia Varvara en Malia: vasijas para almacenar productos y jarras con decorados sencillos, pesas de tejedor, una hoja de herramienta agrícola, un sello de piedra blanda [381]. Aunque las diferencias arquitectónicas pueden ser debidas a otros factores, asociadas a las diferencias de materiales, parecen indicar una nueva estratificación social en la época de los segundos palacios. Se ha dicho que la organización urbana en la cual diversos tipos de casas están estrechamente unidos unos a otros, y en la cual el mismo palacio no está materialmente separado de los barrios de la ciudad, parece indicar la ausencia de tensiones sociales; pero, sin embargo, existe una profunda transformación de la sociedad.

Debido a la falta de testimonios directos sobre las estructuras económicas (propiedad de la tierra, organización del comercio, *status* de la población agrícola y de los artesanos) difícilmente podemos discernir el lugar que ocupaban en la sociedad los distintos grupos profesionales. El sistema existente en el MM de artesanos especializados que trabajaban en su propia casa y agrupados en las cercanías del palacio parece continuar: los restos de talleres descubiertos en Cnosos a lo largo de la Vía Real son su mejor ejemplo. La actividad de los artesanos en los mismos palacios está demostrada por lo menos al final del período (MR I B) en Cnosos (taller del Lapidario) y en Zakros (ala sur); el *status* de estos artesanos, sin embargo, sigue siendo dudoso: no se sabe si se trataba de artesanos a tiempo completo al servicio del palacio o estaban allí para un encargo especial. En las ciudades del MR I, por ejemplo en Gurnia, se han hallado numerosos vestigios de actividades artesanales pero, así y todo, en la mayoría de los casos se

trata seguramente de actividades domésticas o a tiempo parcial, y se ignora prácticamente todo lo relativo al artesanado especializado no palacial.

3. Las costumbres funerarias

Las necrópolis del MR I siguen casi desconocidas: es la más importante laguna de la documentación arqueológica para este período en el cual los hábitat están mucho mejor representados que las tumbas. Hasta ahora no se ha descubierto en la región de Malia ninguna sepultura.

Las tumbas de cámara que se desarrollan en Creta durante el MM III, y de las que se conocen numerosos ejemplares en el MR III, solamente se encuentran durante el MR I en la región de Cnosos. Se encuentra testimonio de ellas gracias a algunos ejemplares de una arquitectura y riqueza excepcionales. El «Templo-tumba» de Cnosos, construido en el MM III B-MR I A, se inspira muy directamente en la arquitectura palacial: una entrada con un pequeño patio enlosado y con columnas y una cripta con pilares preceden a la cámara funeraria cuadrada con un pilar central, enlosado con losas de yeso cristalizado. La «Tumba real» de Isopata, que data casi seguramente de la misma época y continuó utilizándose hasta el final del MR II, es una tumba de cámara elaborada, construida con un corredor de acceso, vestíbulo y cámara abovedada. Las dos tumbas rupestres de múltiples cámaras, descubiertas en Poros, cerca de Heraklion,[4] son de un tipo próximo al de las primeras tumbas de cámara del MM III de la necrópolis de Mavro Spelio en Cnosos; pero se caracterizan por sus dimensiones y su riqueza: su superficie es de más de 60 m^2, con corredor de acceso, antecámara y cámaras con pilares tallados en la roca; en ellas se ha encontrado cerámica, joyas y sellos de metal, y en una se recogieron los restos de un casco de dientes de jabalí así como vestigios de angarillas de madera.

Las otras necrópolis que se conocen para el MR I son en su mayor parte antiguas, utilizadas desde la época de los primeros palacios. En Pirgos, una tumba osario construida ya desde el MM I, siguió utilizándose hasta la destrucción de 1450. En asentamientos como el de Esfungaras, cerca de Gurnia, las necrópolis pobres, de jarras o sarcófagos, son las únicas que se utilizan hasta el final de MR I.

4. Las formas de religión

Existe una continuidad evidente en la religión minoica entre el MM y el MR. La abundancia de representaciones artísticas unidas a la religión

4. Lembesi, A.: *PraktAE*, 1967, pp. 195-209; Catling, H., *ArchRep*, 33 (1986-87), p. 53.

en el MR I, así como la mejor conservación de los vestigios arquitecturales permiten un conocimiento más completo.

Arte y religión

Una gran parte de la producción artística palacial responde con seguridad casi absoluta a las necesidades de una religión que parece insistir más que en épocas anteriores en las ceremonias rituales. La decoración pintada de los palacios y de las villas se sitúa en el marco de verdaderos programas iconográficos [Hägg, R., *in* 51, pp. 209-221]. El fresco procesional de la gran escalinata de Cnosos (como el gran fresco de la procesión, más tardío), los frescos miniaturas de Cnosos, Tilisos, Katsambas, los relieves pintados del *hall* este de Cnosos podrían representar, como los frescos de Zira (fresco marino, Boxeadores, «Pescadores»), ceremonias cuyo marco (¿patios de los palacios o santuarios?) y su exacto contexto (fiestas del mar, de la vegetación) permanecen a menudo dudosos. Otros frescos están ligados menos directamente al ritual pero constituyen, quizá, representaciones propiciatorias para epifanías divinas: es el caso de las escenas de naturaleza, numerosas, en las cuales monos, pájaros y personajes se integran en un paisaje ideal con flores, rocas y fuentes, lugar de la aparición de la diosa. Los frescos minoicos parecen así, con frecuencia, asociados con la religión, y se ha llegado a considerar que todas las habitaciones decoradas con frescos tienen una relación con el culto: punto de partida de los cortejos, reserva de material para el culto, o lugar en el que se realizaban las ceremonias mismas [705].

Lo mismo ocurre con el arte del relieve. La iconografía de los frescos ha sido trasladada a vasos esculpidos, de piedra o de marfil, así como a la glíptica. Una píxide de marfil de Katsambas representa la captura de dos toros salvajes. Un ritón de piedra de Zakros muestra un santuario de cumbre. Los vasos de Aguia Triada describen ceremonias análogas a las de los frescos: procesiones *(Vaso del jefe)*, fiesta de la vegetación *(Vaso de los segadores)*, luchas y concursos *(Ritón de los boxeadores)*. Un vaso en forma de tritón hallado en Malia representa a dos genios realizando una libación o una purificación en un paisaje marino, demostrando con ello la asociación de las escenas marinas con la religión [624]. Estos vasos de piedra, como los vasos de cerámica de la misma forma —imitación de conchas, ritones cónicos, ovoides o piriformes (figs. 32*d-g*)— y los grandes jarros o cálices de piedra o de arcilla del MR I eran, sin duda alguna, vasos para el culto; se encuentran en varias representaciones.

Debido al número y a la variedad de documentos, la glíptica del MR I es una de las fuentes iconográficas más utilizadas para el estudio de la religión. Escenas procesionales delante de los santuarios o ante los altares,

sacrificios de animales, epifanías divinas, se encuentran frecuentemente en los sellos y sobre todo en las sortijas de sello.

En cerámica, la serie, de número limitado, de vasos de estilo marino del MR I B se asocia con frecuencia a depósitos de materiales para el culto. Estos conjuntos de material de santuario, que comprenden casi siempre bases de doble hacha y ritones, se han hallado con frecuencia en los palacios y las «villas» del MR I. Sin embargo, en numerosos casos es difícil distinguir si corresponden a la presencia de un santuario o sencillamente a una reserva de objetos sagrados [Koehl, R., *in* 96, pp. 179-187].

Los santuarios

Con la excepción de los santuarios naturales —santuarios de cumbre, de fuente, cuevas— la identificación precisa de los santuarios de palacio, domésticos o urbanos, se presta con frecuencia a discusión e impugnación, debido a la falta de criterios completamente seguros y que excluyan otras interpretaciones. El tipo más extendido, pero que presenta importantes variaciones, es el del santuario con bancos murales. Otros tipos de salas, mejor definidas arquitectónicamente, se desarrollan en el MR I y parecen estar, por lo menos en la mayoría de los casos, asociados al culto. Se trata primeramente de «piscinas lustrales» (*supra,* p. 208), que se encuentran en los cuatro palacios, en la mayoría de las «grandes residencias» (hay que observar la carencia de ellos en Aguia Triada) y en algunas casas ricas, con frecuencia en las proximidades de un *polythyron.* Su función precisa es difícil de determinar debido a las transformaciones (colmatación y nivelación del suelo) que han ocurrido a veces a partir del MR I. Sin embargo, el material asociado, y en particular la presencia de ritones, nos lleva a considerarlas como un lugar de ceremonias rituales. Las criptas con un pilar, asociadas a una sala de columna situada en el nivel superior, son menos frecuentes: no se encuentran ni en el palacio de Zakros ni en la mayor parte de las «villas» pero, en cambio, existen en conjuntos funerarios monumentales [95, p. 28].

Nótese la abundancia de habitaciones asociadas al culto en los palacios y especialmente en Cnosos: en el edificio del MR I, el *hall* este, sin duda una de las más importantes salas de culto cerca de la gran escalinata, el conjunto de la sala del trono, el santuario tripartito con las criptas con pilar del este y del oeste, la cripta suroeste con pilar, la zona de frescos miniaturas en el ángulo noroeste del patio. Esta multiplicidad de salas con función religiosa, utilizadas todas en el mismo período, podría indicar la presencia de un ritual complejo, al que, según se admite generalmente, sólo tendrían acceso los moradores del palacio [Gesell, G., *in* 600, pp. 123-128].

Algunos santuarios palaciales parecen, sin embargo, haber estado abier-

tos a un «público» más amplio. Este es el caso, por ejemplo, del santuario XVIII del palacio de Malia, que comunica directamente con el exterior. Por otra parte, también es posible que en el MR I, como en la época protopalacial, existieran santuarios urbanos independientes: si la *Villa real*, la *Casa del sumo sacerdote*, o del *Chancel Screen* de Cnosos son, sin duda alguna, casas ricas con santuarios a veces muy elaborados, el santuario de Aguia Triada, la casa de los frescos de Psira o el edificio del bloque Pi de Paleocastro parecen haber sido verdaderos santuarios públicos [Hood, S., *in* 16, pp. 158-172].

Una determinada decoración arquitectónica parece estar asociada con los santuarios. Éstos se representan con frecuencia en forma de fachadas tripartitas, con sección central más elevada, coronadas de cuernos de consagración, a veces acompañadas por mástiles (fig. 32*h*). Un santuario de este tipo ha sido reconstruido en el lado oeste del patio central de Cnosos; imitaciones de ése pueden haber sido construidas (en Vazipetro) o levantadas provisionalmente durante las ceremonias en los santuarios de cumbre [638]. A pesar de que el número de santuarios de cumbre conocidos en el MR I es inferior al del período protopalacial, no se puede hablar de una decadencia de este tipo de santuarios. Están representados en las obras de arte de este período (ritón de piedra de Zakros), y los santuarios conservados parecen haber sido objeto de culto oficial, como lo atestiguan las ofrendas inscritas en lineal A descubiertas en Petsofas, Vrisinas, Kofinas, Traostalos, sobre el monte Iuktas. Las cuevas sagradas parecen adquirir nueva importancia. El considerable material proporcionado por algunas de ellas es, en gran parte, similar al de los santuarios de cumbre: inscripciones en lineal A se han hallado en Psicro, Arkalojorion, Apudulu y en la cueva del Ida. En esta época se desarrollan también otros santuarios de naturaleza, situados en los valles, como el de Kato Simi, en el cual una construcción muy amplia de una veintena de habitaciones, con patio enlosado, en el lugar donde existió un santuario frecuentado aún en época histórica, proporciona un importante material (mesas de ofrendas inscritas, «cálices» de arcilla) (*infra*, p. 474).

Ritos y creencias

Las informaciones de las que disponemos sobre los ritos se basan esencialmente en las representaciones figuradas, que atestiguan la existencia de sacrificios de animales, de libaciones, de «juegos», como el combate de boxeadores o las tauromaquias, de procesiones acompañadas por música. Otras escenas muestran, al parecer, la epifanía de la divinidad. Un determinado número de símbolos aparecen constantemente en la iconografía: doble hachas y «cuernos de consagración», cuernos de animales, palmeras. Los restos ar-

queológicos atestiguan estas interpretaciones: se han reconocido capas de restos sacrificiales en el monte Iuktas o en Kato Simi; con frecuencia se encuentran altares de piedra, doble hachas de ceremonia o cuernos de animales. Las áncoras votivas de Cnosos y Makriguialos atestiguan una forma de culto desconocida hasta hoy en los documentos figurativos.[5] Los casos de sacrificios humanos que parecen encontrarse durante el MM III en Arcanes (Anemospilia) y durante el MR I B en Cnosos (Museo Estratigráfico) parecen corresponder a circunstancias excepcionales [642].

El culto parece dirigirse siempre a una divinidad femenina, representada con variados atributos y que aparece bajo dos principales aspectos: la diosa de las serpientes, cuyo poder ectónico pudo haberse extendido a toda la vida animal y marina, y la diosa de los pájaros, honrada en los santuarios de cumbre y en los santuarios domésticos. La distinción entre las diferentes categorías de atributos no siempre es clara y no se puede determinar actualmente si se trata de una misma «gran diosa» o si se trata de un verdadero politeísmo.

«Sacerdote rey» y teocracia

La expresión de «sacerdote rey» utilizada en un principio por Evans para designar al soberano de Cnosos expresaba antes que nada la importancia de las funciones religiosas y ceremoniales que parecían estar ligadas a la persona del rey, considerado como el representante en la tierra de la Diosa Madre [644].

De hecho, la organización política del poder ha hecho surgir numerosas hipótesis. La figura del rey de Creta sigue siendo desconocida, a no ser que se le pueda reconocer en el personaje que lleva ante él, verticalmente, una especie de cetro, representado en el *Vaso del jefe* de Aguia Triada o sobre la huella del «señor de la ciudad» de La Canea (viñeta del capítulo). También se ha propuesto la idea de que el poder estaba en manos de un colegio de sacerdotes o de sacerdotisas, de los cuales el rey sería el *primum inter pares* [Hägg, R., *in* 51, p. 216]. ¿Era el poder minoico una teocracia en el propio sentido de la palabra? Nada demuestra que el rey fuera al mismo tiempo el sumo sacerdote de una religión en la cual las sacerdotisas parecen haber tenido el papel principal, ni que los bienes reales se confundieran con los del ámbito de la divinidad. Pero se observa que en el MR I el reforzamiento del poder real parece acompañarse a todos los niveles por un reforzamiento del ritual.

5. Davaras, C.: *BCH*, 104 (1980), pp. 47-71.

D. *LA EXPANSIÓN DEL PODERÍO MINOICO*

1. La economía y los intercambios

La economía del MR I se basaba sin duda en primer lugar como en las épocas precedentes, en la agricultura y la ganadería. Las prospecciones realizadas en algunas llanuras costeras alrededor del golfo de Mirabello y en la costa sur (valle del Aguiofarango al sur de Festos, región de Arvi al sur de Lasizi) han dado como resultado una densidad considerable de pueblos o caseríos aislados pertenecientes al MR I. Los asentamientos están con frecuencia separados solamente por una distancia de 1 o 2 km, y ello parece corresponder a casi todas las tierras cultivables [Warren, P., *in* 84, p. 41]. El desarrollo paralelo de las ciudades (*supra*, p. 210) ha hecho surgir la idea de un florecimiento demográfico de Creta en el MM III-MR I, asociada con el aprovechamiento de la tierra. Es importante no olvidar que existían casas de labor diseminadas en las proximidades de Cnosos o de Malia, así como el probable papel de los palacios y «grandes residencias» en la explotación agrícola, igual que en las demás actividades económicas. Las prácticas del control administrativo (tablillas contables en lineal A, precintos de arcilla de diversas formas) están, como en el MM, muy documentadas, y para un superior número de asentamientos: dejando aparte el palacio de Cnosos, en una decena de «grandes residencias» se han encontrado documentos de archivos, lo que indica que había una activa explotación regional.

En el campo artesanal el desarrollo de la metalurgia también está demostrado. Se han hallado objetos de bronce (herramientas y vasos) en cantidad importante en las capas de destrucción del MR I B: la presencia de lingotes en forma de piel de toro (*ox-hide ingots*), sobre todo en el palacio de Zakros y en la villa de Aguia Triada, muestra que se importaban a Creta grandes cantidades de cobre. A pesar de que no se haya podido determinar con certeza su origen, esta forma de lingote aparece antes que en ningún sitio en Creta y parece probable que hubiera sido creada por la administración del MR I.

La metalurgia y también la actividad en general de los talleres palaciales suponen la importación de materias primas. Los hallazgos de Zakros (colmillos de elefantes, fragmentos de lapislázuli, lingotes de cobre) confirman el aumento de importación de productos extranjeros. Los análisis del metal (cobre, plomo, plata) tienden a indicar que las minas del Laurion eran en el MR I una fuente importante de aprovisionamiento, incluso para el cobre. La procedencia del estaño durante el MR I es desconocida. Resulta verosímil que este comercio exterior estuviera puesto bajo control real. El problema reside en la posible existencia de una clase de comerciantes independientes según el modelo oriental: ¿existía un monopolio real, o el desarrollo de puertos como Zakros, Kommos y sin duda también La Canea

estaba ligado a una parte de iniciativa personal de los responsables locales en la organización y la gestión de los intercambios comerciales? Podemos suponer que una parte importante de este comercio se realizaba mediante barcos minoicos, pero también aquí nos falta toda la documentación arqueológica.

2. Las relaciones con Oriente y el problema keftiú

El hallazgo en 1971-1974 de una docena de vasos MR I A en tumbas de Toumba tou Skourou y Aguia Irini, en la costa norte de Chipre, en una región próxima a los principales yacimientos de cobre, replanteó el problema de los contactos con esta isla en el siglo XVI, contactos considerados hasta aquel momento como inexistentes. Sin embargo, nada prueba que hubiera entonces un comercio importante de cobre con Chipre; esta isla parece ser más que nada una escala hacia la costa de Siria [647].

Siria pudo ser en este período, como quizá también en el precedente, el principal socio comercial de Creta. De ahí proceden los colmillos de marfil de Zakros y las primeras jarras cananeas descubiertas en Zakros y en Kommos; las importaciones de alabastro y de huevos de avestruz de Cnosos indican de una manera general las relaciones con Oriente y Egipto.

La apreciación de las relaciones entre Creta y Egipto al principio del bronce reciente depende de la interpretación que se dé al nombre de Keftiú. En efecto, sólo se han encontrado en Egipto muy escasos fragmentos de vasos MR I B y el único objeto egipcio de este período descubierto en Creta es una ánfora que lleva inscrito el nombre de Tutmés III, descubierta en una tumba de Katsambas [901 *p*, 32].

La palabra Keftiú, que designa un país, aparece en toda una serie de documentos egipcios, manuscritos, listas grabadas, estelas, pinturas. Este país, cuya localización exacta había ya sido objeto de discusión en toda la segunda mitad del siglo XIX, pudo ser identificado con Creta al descubrir Evans en Cnosos frescos y objetos comparables a las representaciones egipcias que acompañaban al nombre de Keftiú. Dicho nombre se relacionó con el término bíblico Caftor con que se designa a Creta. Esta interpretación, puesta en duda con frecuencia por los orientalistas que propusieron Cilicia, la costa siria o incluso Chipre, ha sido seguida en general por los egiptólogos a partir de E. Meyer. El nombre de Keftiú parece surgir en los textos por lo menos desde el primer período intermedio, para desaparecer bruscamente hacia 1350. Las representaciones muestran, sobre todo en las pinturas de la tumba de Rekhmare, último visir de Tutmés III, personajes con una cabellera rizada al estilo cretense, llevando ritones y jarras de tipo minoico. Vercoutter ha demostrado claramente que todo concuerda con la hipótesis cretense [93]. El hallazgo en 1964 de una lista de Amenofis III en

Kom el Hetan (*infra*, p. 425) en la cual la palabra Keftiú se asocia con una lista de ciudades minoicas, parece aportar un nuevo elemento en favor de dicha interpretación.

Si aceptamos la validez de la ecuación Keftiú = Creta (y Kaptara en las tablillas de Mari), los textos egipcios aportan interesantes informaciones sobre las relaciones entre Creta y Egipto. Gracias a ello se sabe que el país de Keftiú, cuya lengua era desconocida en Egipto, tenía fama por su riqueza metalúrgica. Había servido de intermediario para entregar al faraón lingotes de oro y plata, así como lapislázuli. Proporcionaba determinados tipos de piedras. Los documentos egipcios subrayan sobre todo que durante el reinado de Tutmés III hubo las más estrechas relaciones y que pudo existir una convención entre ambos países. Todas las representaciones figurativas conocidas actualmente son del período 1500-1450, la mayoría de documentos epigráficos de los reinados de Tutmés III y de Amenofis III.

3. La talasocracia de Minos

¿Mito o realidad? La talasocracia de Minos, cuya tradición está transmitida por Herodoto y Tucídides y que parece haber sido confirmada por los descubrimientos arqueológicos, había sido concebida por Evans como un verdadero imperio marítimo, un sistema colonial que se extendía hasta el Peloponeso. Actualmente domina una visión mucho más matizada y los arqueólogos, partiendo de nuevos datos proporcionados por las excavaciones, principalmente de Keos, Melos y Zira, y volviendo a examinar los antiguos hallazgos, se esfuerzan por precisar la naturaleza exacta de la «influencia minoica» ejercida en el MR I en las diversas partes de la cuenca del Egeo.

Los datos arqueológicos

Al principio del MR I parecen establecerse nuevos contactos con determinadas islas del Egeo: principalmente Rodas y Kos en el Dodecaneso y sobre todo Zira, Melos y Keos en las Cícladas, mientras que la antigua colonia de Citera mantiene o aumenta su importancia. Estos contactos se manifiestan esencialmente por el aumento de las importaciones de cerámica minoica, por la introducción de rasgos arquitectónicos de aire cretense y en Citera, Zira, Melos y Keos, por la presencia de signos del lineal A.

Sin embargo, no se puede hablar de una expansión minoica generalizada en la cuenca del Egeo. Las islas del norte egeo no han dado hasta ahora ningún vestigio minoico. Samos, donde se han descubierto algunas cerámicas de Camares, no parece haber tenido contactos directos con Creta en

el MR I. En las Cícladas, los pocos fragmentos de arcilla hallados en Delos o Paros pudieron llegar allí a través de otras islas. La situación geográfica en la cual se manifiesta la presencia o la influencia minoicas corresponde mejor a la idea de un control ejercido sobre determinadas rutas marítimas.

En el oeste, el asentamiento de Kastri en Citera establece una relación entre el oeste de Creta y el Peloponeso. Las importaciones de cerámica fina parecen aumentar en el MR I, mientras que la cerámica de producción local recuerda a la cerámica minoica de provincias. Llegan hasta allí los productos de lujo de los talleres cretenses (tazas de plata, joyas). Si bien la arquitectura de Kastri sigue siendo poco conocida, se han descubierto tumbas de cámara de tipo minoico. Es muy posible que a través de Citera se extendiera la influencia minoica al sur del Peloponeso.

Al este, las islas de Kasos y Karpazos, vecinas de Creta, parecen haber sido frecuentadas por los minoicos por lo menos desde la época de los primeros palacios, pero la mayor parte del material arqueológico descubierto pertenece a la época de los segundos palacios [295]. En Rodas, al principio del MR I se funda en Trianda un nuevo asentamiento, próximo al mar, y que controla una fértil llanura; la totalidad de la cerámica parece de tipo minoico. El asentamiento, reconstruido y modificado hacia finales del MR I A, pudo compararse con los de Malia y Paleocastro por la forma de organizar el barrio de viviendas. Importaciones del MR I B demuestran la continuidad de contactos con Creta [294, p. 81]. En Kos, el asentamiento de Seraglio, cuya superficie se ha calculado en 60 000 m^2, era sin duda alguna una ciudad importante. Como en Trianda, la «primera ciudad» construida lo fue al principio del MR I A y fue destruida durante este período. Numerosas importaciones MR I A y B y la presencia de grandes cantidades de pequeñas copas cónicas (*supra*, p. 159) halladas entre los vasos de fabricación local indican la presencia de una población minoica. La pequeña isla de Telos, entre Rodas y Kos, proporcionó vasos cónicos del mismo tipo. Sobre la misma costa de Asia Menor, entre Iasos y Mileto principalmente, se han hallado restos minoicos asociados a la cerámica local. En Mileto, el asentamiento, destruido durante el MR I no se reconstruye. En Iasos, la ocupación continúa durante el período siguiente.

La situación es diferente en las Cícladas. Sobre los asentamientos de Akrotiri, Filakopi y Aguia Irini, existen ya ciudades cicládicas importantes durante el bronce medio. A pesar de los elementos minoicos que se introducen en la arquitectura (*polythyron*, pozos de luz o «baño lustral», decorados con frescos), estas ciudades presentan caracteres distintos de los de las ciudades cretenses. Los vasos minoicos importados que aumentan de manera considerable a partir del principio del MR I, no constituyen más que un porcentaje limitado entre la masa de cerámica local que posee sus rasgos característicos. Aunque existe indudablemente una influencia mi-

noica, estos asentamientos no pueden compararse con los de Kastri en Citera, o de Trianda en Rodas.

La presencia minoica en el Egeo: naturaleza y límites

La presencia de restos minoicos en un asentamiento no significa siempre la presencia minoica, ni tampoco «una influencia» minoica directa. Tratando de hallar una mejor definición de estos conceptos, una primera discusión abarca la existencia de verdaderas colonias en la cuenca del Egeo. Así, se han podido distinguir colonias de poblamiento, fundadas en un asentamiento virgen por un grupo de minoicos emigrados; las factorías, en las cuales se instala un grupo en el seno de una población local; y los protectorados, caracterizados por una dominación política [651]. Citera parece corresponder precisamente al tipo mismo de la verdadera colonia: la cerámica local es esencialmente minoica, las tumbas de cámara del MR I se han podido relacionar con las de la necrópolis de Mavro Spelio en Cnosos; únicamente los establecimientos de Trianda en Rodas y de Kos, instalados sobre lugares vírgenes, pueden compararse al de Citera.

Es más difícil definir la naturaleza exacta de la influencia minoica en Zira, Melos y Keos. ¿Existieron en estas islas factorías o protectorados minoicos? No está demostrado que los edificios principales de Akrotiri (casa Oeste), de Filakopi o de Aguia Irina (casa A) fueran las residencias de gobernadores extranjeros. La distribución de objetos de importación tampoco indica la existencia de una zona minoica en la ciudad. De hecho, lo que se ha llamado colonización minoica de las Cícladas consiste seguramente en un control que dejaba a las islas una cierta autonomía política pero que permitía a Creta, mediante sus agentes, mantener o desarrollar sus intereses comerciales [706].

Este «sistema colonial» no parece haberse extendido más allá de las islas. En Asia Menor los hallazgos se limitan a establecimientos costeros. No se sabe si Iasos y Mileto fueron verdaderas factorías o sencillamente lugares de contacto entre minoicos y carios. En el Peloponeso, el establecimiento de Aguios Stefanos, en la costa de Laconia frente a Citera, no acogió seguramente más que a unos pocos artesanos minoicos. De una manera general no parece que hubiera asentamientos minoicos en la Grecia continental. Las «influencias» minoicas, que se manifiestan bruscamente a principios del MR I y que se habían atribuido a acontecimientos históricos como la conquista por los minoicos o un saqueo de Creta por los micénicos, parecen hoy el resultado de complejos procesos, todavía mal comprendidos y que en muchos casos pueden explicarse por la adquisición por parte de los micénicos de objetos preciosos, o por la instalación en el continente de artesanos cretenses. El estudio de vasos de metal precioso de Micenas permite considerar

como segura la presencia de artistas minoicos de la artesanía del bronce [709], pero únicamente en casos muy particulares puede proponerse la hipótesis de la instalación de limitados grupos minoicos en Grecia. El descubrimiento, cerca de Epidauro, de un santuario con ofrendas de dobles hachas votivas, algunas tumbas circulares de Mesenia (Pilos, Peristeria) con marcas de albañil, algunas tumbas de cámara excavadas en la roca en Epidauro Limera, han podido hacer suponer el establecimiento de algunos elementos minoicos en el Peloponeso a principios del MR I (*infra*, p. 267).

Los factores de la expansión minoica en el Egeo

Se han invocado varias razones para explicar la expansión minoica en la cuenca egea a principios del MR I: razones de defensa militar que habrían llevado a crear una zona de choque alrededor de Creta: expansión demográfica, necesidades comerciales, modificaciones, de manera general, de las condiciones políticas y sociales en Creta. Todos estos factores pudieron influir realmente en diverso grado.

El desarrollo demográfico y la eventual búsqueda de nuevas tierras cultivables sólo pudo intervenir, a principios del MR I, en la «minoización» aumentada de las islas del Dodecaneso. En Karpazos parece que se formaron algunas comunidades rurales; las colonias de Trianda y de Kos pudieron contribuir a la explotación de tierras fértiles. A pesar de todo, el fenómeno es muy limitado en el tiempo. No hay duda de que las diversas colonias y las relaciones con las Cícladas pudieron permitir la creación de un sistema de alerta y defensa de las vías comerciales, pero probablemente éste no fue el propósito primitivo de la expansión minoica en una época en la cual Creta no parece temer amenazas del exterior.

El desarrollo de una actividad de orden comercial, importación de materias primas indispensables en Creta y el control de intercambios en la cuenca del Egeo y hasta Oriente podría haber sido más bien la causa de esta talasocracia pluriforme del MR I. Este factor explica mejor las privilegiadas relaciones establecidas entre Creta y algunas de las Cícladas: la situación de Keos, próxima a las minas del Laurion en el Ática; de Melos, con abundante obsidiana y puerta de escala hacia la Argólida; de Zira en el cruce entre las principales rutas marítimas, hacía de estas islas elementos esenciales para controlar la totalidad el comercio egeo. La colonia de Citera permitía el acceso al sur del Peloponeso y a las canteras de Laconia de *lapis lacedaemonius*. Las colonias del Dodecaneso controlaban la ruta de Asia Menor y de Oriente.

Se ha explicado con frecuencia el desarrollo de una importante actividad comercial en el Egeo durante el MR I por la necesidad de importar metales para Creta. Ésta habría proporcionado, en cambio, sus textiles y sus pro-

ducciones agrícolas o artesanales. Sin embargo, no podemos excluir la idea de que Creta tratara de sacar partido de un comercio de tránsito y que los minoicos hubieran actuado ellos mismos como intermediarios hacia Oriente y Egipto, como lo indican claramente los textos egipcios relativos a Keftiú. La extensión del sistema ponderal minoico a las Cícladas, donde se han hallado en Akrotiri, Filakopi y Aguia Irini numerosos pesos que parecen corresponder a la unidad minoica [Petruso, K., *in* 728 (I), pp. 547 y 553], parecería confirmar un cierto dominio de los minoicos sobre el comercio egeo. Esta orientación de la actividad minoica debe situarse en un contexto general de aumento de los intercambios entre el mundo micénico, las Cícladas y Oriente. Sin duda alguna está en relación con las nuevas estructuras sociales y políticas de la Creta del MR I (*supra*, p. 222).

E. *LAS DESTRUCCIONES DE 1450 Y EL FINAL DEL MR I*

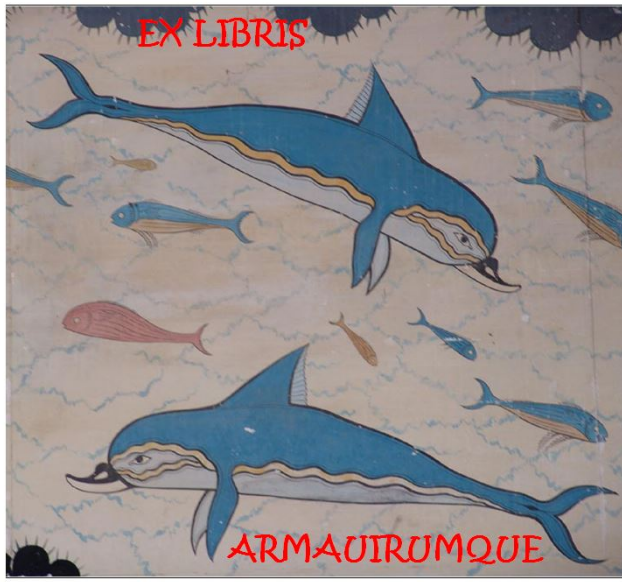
La destrucción del asentamiento de Akrotiri, en cualquier caso anterior a las destrucciones cretenses (*infra*, p. 278) no parece haber modificado de manera sensible la situación del Egeo. Las relaciones entre Creta y las demás islas, demostradas por las importaciones de cerámica MR I B, continúan hasta el mismo final de este período. Citera parece incluso tener un papel particularmente activo en lo que se pudo calificar como una «diáspora» de artesanos minoicos hacia el sur del Peloponeso. Es también el período en el cual los vasos minoicos llegan hasta Egipto. Únicamente en Keos parecen aumentar las importaciones micénicas, más numerosas que en Trianda o en Citera.

El final del MR I B (HR II A) marca el final de la talasocracia cretense. La colonia de Citera se abandonará repentinamente, durante más de un siglo. En Keos, donde se había reconstruido el asentamiento de Aguia Irini después de un terremoto ocurrido hacia 1450, las importaciones minoicas desaparecen prácticamente del nivel VIII, que se caracteriza por la influencia micénica. Solamente en las islas del Dodecaneso siguen manteniéndose las colonias minoicas, aunque al parecer se unen a ellas grupos de micénicos.

Es imposible no relacionar estos hechos con las considerables destrucciones sufridas por los establecimientos cretenses en los alrededores de 1450. Todos los asentamientos minoicos conocidos parecen haber sufrido: con la excepción del de Cnosos, los palacios se destruyen por completo y no volverán a ocuparse de inmediato. Excepto la casa Épsilon de Malia, todas las «grandes residencias» son saqueadas y la mayoría incendiadas. El carácter general de estas destrucciones ha hecho que se buscara la explicación en un cataclismo poco corriente, como la erupción del volcán de Zira. Sin embargo, esta explicación no puede defenderse (*infra*, p. 278),

tanto por razones cronológicas (la destrucción de Akrotiri precede en algunos decenios la destrucción cretense) como por razones de verosimilitud (incendios sistemáticos, destrucción de los establecimientos situados en lo alto). Las muestras de saqueo y vandalismo que se han creído descubrir en numerosos asentamientos, el carácter selectivo de algunas destrucciones, nos conducen más bien hacia acciones de guerra. Por ejemplo, en Pirgos, únicamente la «villa» y las casas más próximas fueron incendiadas: las demás no se tocaron. Se ha propuesto un conjunto de causas diversas: terremotos, seguidos de *razzias* y saqueos [734].

Se ha discutido la simultaneidad de las destrucciones de Creta y el fin de su talasocracia en el Egeo [Niemeier, W.-D., *in* 84, pp. 205-215]. Sin embargo, el estudio de la cerámica parece demostrar que todos estos acontecimientos tuvieron lugar en un lapso de tiempo muy restringido. En cualquier caso es seguro que las destrucciones de los años 1450 modificaron en gran manera el sistema político y social minoico existente en el MR I.



Capítulo V

El inicio del bronce reciente fuera de Creta

Hacia el final del bronce medio, al tiempo que las islas del Egeo se integran cada vez más claramente en la esfera de influencia de Creta, en el continente aparece una nueva era caracterizada por una multitud de innovaciones y por su gran receptividad hacia las influencias exteriores. Dichos cambios, que nada parecía prever durante la mayor parte del heládico medio, no se ven, sin embargo, acompañados por destrucciones y muchos de ellos parecen ser incluso el resultado de desarrollos locales. Se producen siempre en la fase llamada de «transición» (HM III-HR I), fase de aproximadamente un siglo y medio, contemporánea de los segundos palacios cretenses, es decir, del MM III B y del MR I A. Estos cambios van asentándose durante la siguiente fase (HR II A) que contempla cómo se sitúan ya definitivamente los principales rasgos constitutivos de la civilización micénica, nacida esencialmente de estos cambios. Esta última fase «protomicénica», más corta que la primera, es prácticamente contemporánea del MR I B, pero su final no está influido por ninguna ruptura, a diferencia de lo que se observa en Creta con la destrucción de los palacios. Una cosa explica quizá la otra: en el continente, la civilización micénica pasa sin choques de una etapa de formación a la etapa de expansión y posiblemente Creta fue la primera en sufrir el choque de esta expansión.

Hasta una fecha relativamente reciente, el estudio de la transición del bronce medio al bronce reciente en Grecia, a falta de otros documentos, se relacionaba inevitablemente con los espectaculares hallazgos de Schliemann a finales del siglo pasado, en las tumbas del Círculo A de Micenas. Esto

producía una visión, desde luego extraordinaria, pero desequilibrada del período, que pronto se designó bajo el nombre de *época de las tumbas de fosa*, igual que se hubiera podido designar a Alemania del XIX por los castillos de Luís II de Baviera o Francia en la misma época por la torre Eiffel.

Los descubrimientos realizados en Grecia durante estos últimos decenios han permitido corregir algo esta imagen, a pesar de las numerosas lagunas que todavía subsisten en nuestra documentación, sobre todo en el campo de la arquitectura doméstica. El hallazgo en Micenas de un segundo círculo de tumbas, el Círculo B, algo anterior al Círculo A, ha puesto de relieve el aspecto gradual de la transición y los estrechos lazos culturales que unían el HM III con el HR I. Por otro lado, el rico material exhumado en las tumbas más antiguas de tolos en Mesenia, demostró la existencia de un desarrollo paralelo en la misma época fuera de la Argólida. Por lo tanto, no se puede ya definir el paso del heládico medio al heládico reciente por la brusca aparición de las tumbas de fosa, puesto que esta aparición no es tan repentina como había parecido en un tiempo, Micenas no es el único centro motor de este desarrollo, ni la tumba de fosa su característica esencial. Por el contrario, el elemento constante parece ser, tanto en la Argólida como en Mesenia, el enriquecimiento material como se refleja en el mobiliario funeral.

En Micenas, las tumbas de fosa y su contenido continúan siendo, efectivamente, a falta casi por completo de construcciones contemporáneas (*infra*, p. 242), los únicos testigos de esta transición. Las tumbas se reparten en dos grupos, situados a 150 m aproximadamente uno de otro, al oeste de la acrópolis, en lo que debió de ser una vasta necrópolis utilizada desde el HM hasta el principio del HR. Cada grupo estuvo rodeado por un muro circular de mampostería de 27 m de diámetro aproximadamente (fig. 36*a*). El doble anillo de losas de caliza puestas de canto que delimita el Círculo A no se colocó hasta el HR III B, cuando el Círculo se incluyó dentro de la ciudadela. Las veinticuatro tumbas del Círculo B (*alfa* a *fi*) excavadas de 1952 a 1954 por I. Papadimitriu y G. Mylonas, son en general más antiguas, menos grandes y menos ricas que las seis tumbas del Círculo A (I a VI), descubiertas por Schliemann en 1876. El Círculo B está datado tradicionalmente entre 1650 y 1550; el Círculo A, entre 1600 y 1500.

El mobiliario de las tumbas del Círculo B comprende esencialmente vasijas de cerámica (jarras y vasos para beber, en su mayor parte), armas de bronce (espadas, puñales, cuchillos, puntas de lanza), algunas vasijas metálicas, elementos de adorno de oro, grandes alfileres de bronce con cabeza de cristal y puntas de flecha de sílex y de obsidiana. Hay tres objetos que merecen especial mención: una máscara fúnebre de electro, un sello de amatista decorado con un hombre con barba (viñeta del capítulo) y un vaso de cristal de roca en cuya asa figura un pato.

Aunque el mobiliario de las primeras tumbas del Círculo A (I, II, VI) sea casi análogo, el de las tumbas III, IV y V, las más recientes, es incomparablemente más rico. Así ocurre en la tumba IV, donde se habían enterrado tres hombres y dos mujeres y contenía dos coronas, ocho diademas y tres máscaras de oro; cinco vasos de

oro, once de plata, veintidós de bronce, tres de alabastro, dos de cerámica vidriada; dos ritones de oro, tres de plata (entre ellos el famoso ritón en el que está representado el asedio a una ciudad) y dos de cáscara de huevo de avestruz; por lo menos veinticinco espadas de bronce y dieciséis pomos de marfil, de oro o de alabastro; cinco puñales, de ellos dos con la hoja incrustada en oro, plata y en otros nielada; dieciséis grandes cuchillos y cinco navajas de afeitar; puntas de flecha, un centenar de dientes de jabalí procedentes de varios cascos, anillos de oro y plata; «lazos sagrados» minoicos de cerámica vidriada; más de seiscientas rosetas y otros adornos de traje, de oro y más de un millar de perlas de ámbar.

En Mesenia los hallazgos más importantes proceden de unas diez tumbas de tolos: el tolos 3 de Peristeria, el «círculo» de Vagenas de Pilos, que es claramente un tolos de tipo primitivo [65, pp. 396-397], el tolos de Osmanaga, quizá el más antiguo, el de Livaditi y los de Guvalari en Kukunara y, finalmente, el tolos 4 de Turkokivura, en Karpofora, y el tolos de Akones en Nicoria. El mobiliario de estas tumbas, la mayoría de las cuales fueron desgraciadamente saqueadas, es parecido por su naturaleza y composición al de las tumbas de fosa de Micenas. Así, el tolos de Vagenas, uno de los pocos que escapó al saqueo, contenía entre otras cosas dos diademas de oro, numerosos fragmentos de joyas y de vasos de plata, cuatro vasos y diversos utensilios de bronce (ocho espadas, un cuchillo de monte, y dieciséis puñales); ocho pomos y tres alfileres de marfil, dos sellos de piedra, dientes de jabalí, puntas de flecha de sílex y de obsidiana; más de doscientas perlas de pasta de vidrio, de amatista, cornalina o ámbar, y unos treinta vasos de cerámica.

A no ser que se trate de un cambio de actitud hacia los muertos (cosa que no puede excluirse absolutamente, a pesar de los numerosos indicios de continuidad en este campo), la comparación con las tumbas más ricas de la fase precedente, como las cistas del cementerio norte de Corinto (*supra*, p. 194), sugiere un claro aumento en el continente de las riquezas, durante el paso del HM al HR. Este movimiento parece por lo demás proseguirse a lo largo de todo el HR I, a juzgar por el progresivo enriquecimiento del mobiliario de las tumbas del Círculo A de Micenas. Sobre las causas de esta prosperidad, menos repentina de lo que se había creído durante mucho tiempo, mientras solamente se conocía por el lujo inusitado de las tumbas del Círculo A, se han propuesto varias hipótesis, sobre todo la de las *razzias* contra la costa de Creta o la de la retribución por parte de Egipto, a mercenarios egeos que le habrían ayudado posiblemente a expulsar a los hicsos.[1]

Pero estas hipótesis, independientemente de los complejos problemas planteados por la segunda, tienen todas el defecto de ser puntuales. La serie de acontecimientos lleva efectivamente a buscar explicaciones que tengan en cuenta una larga duración, ya que parecen haberse combinado varias causas para llegar al profundo cambio cultural que se produce en aquel momento, y cuyo enriquecimiento material no es más que el aspecto más

1. Esta cuestión se expone en [742, pp. 46-58].

llamativo. Las más de las veces aparecen cuatro grupos de factores relacionados: la abundancia de las innovaciones, el florecimiento demográfico y la evolución del hábitat, la aparición de nuevas estructuras políticas y sociales, y la instauración o la intensificación de los contactos e intercambios.

A. *LA CULTURA MATERIAL: TRADICIÓN E INNOVACIÓN*

Arquitectura doméstica y urbana

En el continente, hasta el momento se han encontrado muy pocas viviendas de este período que hayan podido excavarse: algunas casas aisladas en Tirinto (en la ciudad baja y sobre la acrópolis), en Micenas (bajo la casa de la Rampa y al sur de la casa Oeste), en Asini (casas B y D), en Eutresis (casa B) y en los sectores de hábitat más o menos extendido en Kirrha (sector D), Argos (colina de Aspis), Malti, Pilos, Peristeria, Aguios Stefanos, y sobre la colina del Menelaion de Esparta.

Si exceptuamos algunas construcciones elípticas de Termos, que combinan el plano oval y absidal de tradición HM (*supra*, p. 190), casi todas las casas derivan del tipo rectangular alargado con varias habitaciones una tras otra, llamado *megaron*, cuyo origen es mucho más antiguo (*supra*, pp. 69 y 103). Algunas construcciones presentan, sin embargo, un plan más elaborado asociando a un núcleo central constituido por un *megaron*, almacenes y habitaciones anexas. Este es principalmente el caso de la casa D de Asini (fig. 35*a*) y de la casa Este de Peristeria, calificadas ambas de «palaciales», a pesar de que no posean nada más en común con los futuros palacios micénicos. En cuanto a las construcciones descubiertas bajo el palacio de Pilos, de Micenas y de Tirinto, se ignora prácticamente todo de su plano. Parece, pues, temerario ver en ellas primitivos palacios, a pesar de los fragmentos de frescos que se asocian a los dos últimos asentamientos citados.

Algunos hábitat, como el de Malti (fig. 34*a*) o del Aspis de Argos, expresan una naciente preocupación por una planificación urbana [569, p. 26], que se acompaña, por lo menos en el primer caso, por la construcción de una muralla circundante, de la que tenemos ejemplos en otros varios asentamientos: Peristeria, y Pilos en Mesenia, Kiafa Titi en Ática.[2] Así y todo, las aglomeraciones protomicénicas recuerdan más en conjunto a los pueblos mesoheládicos de los que son las herederas que a las ciudades cicládicas contemporáneas.

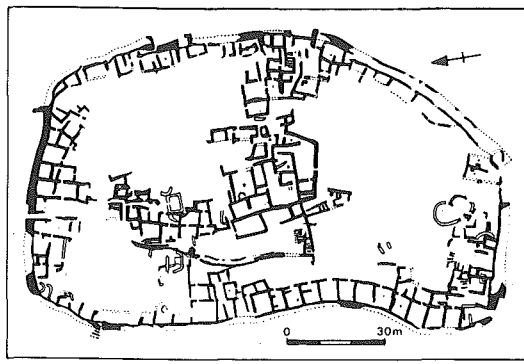
En las islas, la arquitectura se caracteriza entonces por dos hechos principales: por un lado, los trabajos de fortificación: construcción de murallas

2. Touchais, G.: «Chronique...», *BCH*, 111 (1987), p. 525.

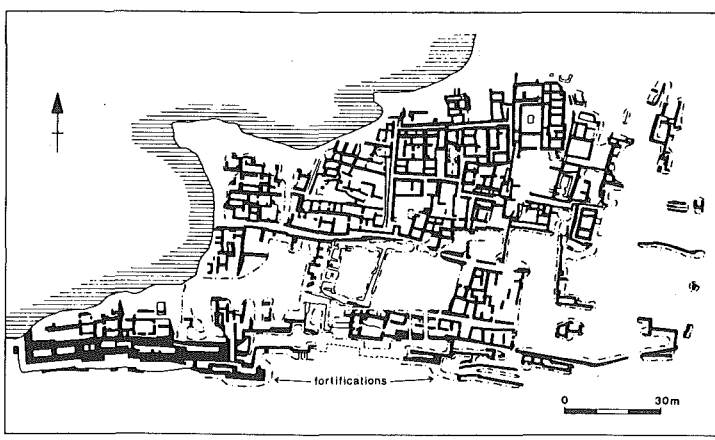
de Filakopi («tercera ciudad») en Melos (fig. 34*b*), ampliación de los de Aguia Irini (período V) en Keos y los de Colona (nivel X) en Egina; por otro lado, la aparición de algunos grandes edificios que parecen ocupar una parte central en la aglomeración. En Aguia Irini es la casa A, que ya en su primer estado (período VI) cuenta con unas doce habitaciones de una superficie total de 400 m^2. Su habitación principal, adornada con frescos, posee dos columnas axiales y da, mediante dos puertas gemelas, a un gran patio rectangular con hogar central (fig. 35*b*). En Filakopi se trata del amplio edificio bajo el *megaron* HR III A, del que era quizá el predecesor (*infra*, p. 341), como sugiere una tablilla inscrita en lineal A.

Pero es en Zira donde la arquitectura cicládica de esta época tiene sus mejores ejemplos. Las excavaciones realizadas en Akrotiri a partir de 1967 han expuesto a nuestros ojos, en una superficie casi de una hectárea, los restos de una aglomeración mucho más extendida, aparentemente desprovista de muro que la circunde. El último estado de las construcciones es algo anterior a su abandono y destrucción, hacia 1500 a. de C. (?), debido a la erupción del volcán que cubrió todo con una gruesa capa de ceniza (*infra*, p. 273). El urbanismo se caracteriza por un plano en orden concentrado, una red más o menos ortogonal de calles enlosadas con cloacas, y edificios de dos o tres pisos, sin patio ni pozo de luz (figs. 35*c-d*): el acceso, la iluminación y la ventilación se realizaba por los espacios públicos (callejones, calles, calles sin salida, plazas). Varios edificios independientes, construidos con especial cuidado con piedras sillares, como lo indica el nombre de *xeste* que les da Marinatos, tenían quizá una función especial (administrativa, religiosa). Las demás construcciones, generalmente agrupadas, poseen todas ellas un número de elementos comunes: fachada con retranqueos, una entrada única hacia la calle, en un ángulo del edificio; una escalera principal en el vestíbulo y varias escaleras anejas; unas habitaciones pequeñas que podían servir de almacén o de taller en la planta baja; en el piso, habitaciones más amplias (habitación con columna central, habitación decorada con frescos, casi siempre, con por lo menos un *polythyron*). El asentamiento de Akrotiri es también uno de los pocos que permite un estudio a fondo de las técnicas utilizadas para construir los techos en terrado: mediante un sistema de vigas sin escuadrar, cubierto por una capa vegetal (algas, hojarasca), encima de la cual se superponen varias capas de tierra arcillosa cuidadosamente apisonada.

En Troya, el paso del bronce medio al bronce reciente, que ocurre durante la fase media de la «sexta ciudadela», se acompaña por una extensión muy clara del recinto fortificado y del hábitat, con cambio de orientación en las construcciones (fig. 27*a*, *supra*, p. 187). Después de 1500 se construyen los primeros edificios de carácter monumental, entre los cuales hay una casa rectangular con doce columnas interiores, así como el gran muro de fortificación, visible aún actualmente.



a



b

Fig. 34. Las aglomeraciones.
a: plan de Malti III-IV; *b*: plano de Filakopi III.

La pintura mural

Los primeros revoques con decoración de figuras son de esta época, tanto en las Cícladas, donde este arte está muy bien representado, especialmente por los hallazgos de Filakopi y Zira,[3] como en el continente, donde sólo nos es conocido por algunos fragmentos hallados en Micenas y Tirinto. La técnica, los motivos y el resultado demuestran desde un principio un evidente parentesco con los frescos minoicos: como en Creta, la decoración está organizada en grandes cuadros o en escenas miniatura encuadradas por motivos geométricos varios. Las convenciones pictóricas son las mismas; los temas tomados de los mismos repertorios: representación del mundo vegetal y animal, escenas de carácter narrativo (como la famosa escena naval de la casa Oeste de Zira) o religioso (las «recolectoras de Crocus» de la *xeste* 3 [fig. 35*e*], la «sacerdotisa con el incensario» de la casa Oeste, etc.). Sin embargo es fácil descubrir en estas pinturas rasgos estilísticos originales que las distinguen de las producciones cretenses: en general, la técnica no está tan dominada, pero los temas son más variados, el resultado, más vigoroso y espontáneo, y el detalle anecdótico pasa siempre por delante de la representación estereotipada. También hay que llamar la atención sobre que tanto en Micenas como en las Cícladas, los frescos no aparecen relacionados únicamente con la arquitectura palacial. Quizá ello explique la gran libertad de estilo de las pinturas de Zira. Igualmente se puede dudar de que siempre tuvieran una connotación religiosa (*supra*, p. 227), como se ha intentado demostrar [705].

La arquitectura y las costumbres funerarias

La transición del bronce medio al bronce reciente se caracteriza por una extremada variedad de sepulturas, que se debe tanto a las diferencias regionales como a la coexistencia de tipos antiguos y nuevos. Al final del período disminuye apenas dicha variedad, a pesar de una creciente tendencia hacia la uniformización.

Entre los tipos heredados de la tradición HM, las *fosas excavadas en la tierra* y las *tumbas de cista* individuales se encuentran todavía frecuentemente, pero a partir de ahora la mayoría de cistas parece que estén forradas por mampostería en vez de serlo de losas puestas de canto. Varios *tumuli*, como los de Maratón (túmulo I y II) y de Torikos en el Ática, o los de

3. El fresco de los peces voladores de Filakopi, considerado durante mucho tiempo como uno de los más antiguos y asignado a la «segunda ciudadela» (MM III): está ahora datado de la «tercera ciudadela» (MR IA) [319, pp. 38-39]. Por lo tanto, es contemporáneo de los frescos de Zira.

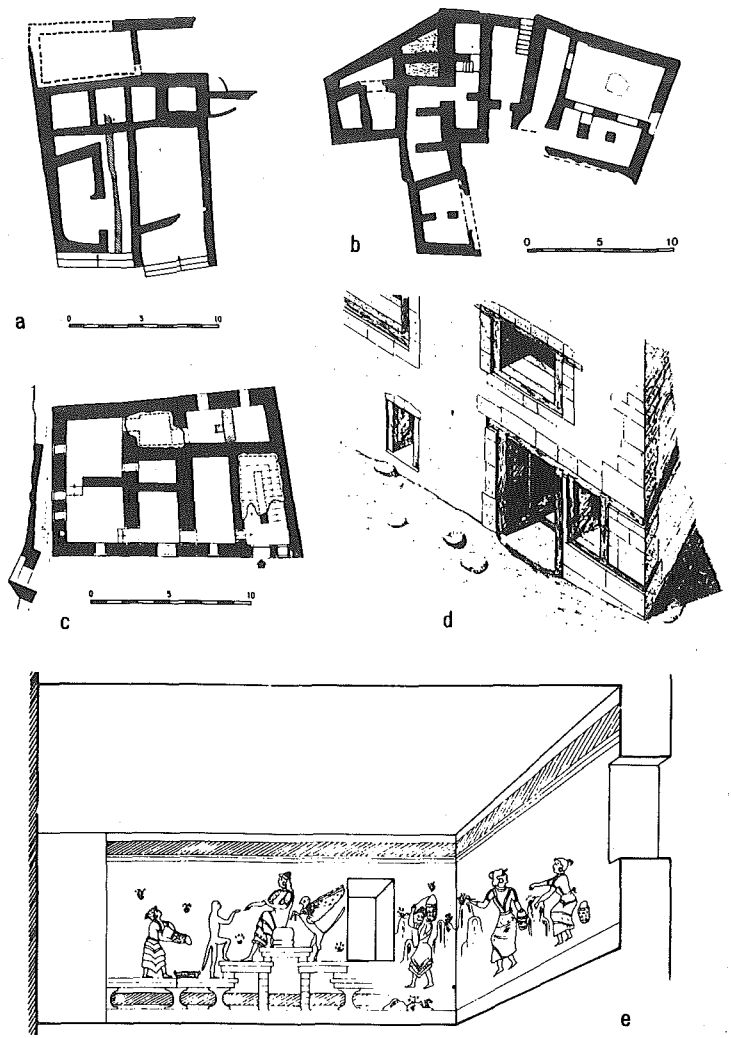


Fig. 35. Las viviendas.
a: Asini, casa D; *b*: Aguia Irini (Keos), período VI, casa A; *c-d*: Akrotiri (Zira), plano y fachada de la casa Oeste; *e*: Akrotiri, fresco del piso superior de la *xesté 3*.

Samikon y de Makrisia en Élida, se levantaron durante la fase de transición, y en los dos últimos se inhumaron todavía cadáveres hasta una fecha muy avanzada del heládico reciente. Todos los rasgos que se observan estaban ya presentes en los túmulos del heládico medio (*supra*, p. 191).

La *tumba de fosa* (figs. 36*b-c*) se considera característica de la transición. Así y todo, parece abusivo hablar del «período de las tumbas de fosa», dado que este tipo de sepultura solamente se halla muy esporádicamente, y a menudo con carácter dudoso, en Lerna, Argos, Egina, Tebas, Eskopelos y en el oeste del Peloponeso, aparte, desde luego de los dos círculos de Micenas. La tumba de fosa no debe de confundirse con la simple fosa ni tampoco, y esto es ya más difícil, con la tumba de cista. En principio, es más grande que ésta y de forma rectangular y está excavada al fondo de un pozo (o fosa) de la misma forma y de profundidad variable. La tumba IV del Círculo A de Micenas, la más grande, mide 6,55 m de largo por 4,10 de ancho y está hundida a más de 3 m de profundidad; pero en el Círculo B, en el cual el largo de las tumbas es casi siempre inferior a 4 m, su anchura, inferior a 3 m, y su profundidad máxima es de cerca de 1 m, cinco de ellas no son más grandes que las cistas normales (1,30 × 0,80 m, aproximadamente) y la fosa al fondo de la cual están construidas es muy poco profunda. El suelo de la tumba está casi siempre recubierto por una gravilla, sus paredes revestidas por mampostería o por ladrillos sin cocer cuya altura oscila entre 0,30 y 2,30 m. Estos muros, reforzados ocasionalmente por postes de madera situados en los cuatro ángulos, aguantan la cubierta, formada por una o dos vigas horizontales, a veces rematadas por una protección de bronce, sobre las que reposan losas de pizarra, o bien un sistema de alfombras vegetales cubiertas por una capa de arcilla. Por encima se acumula el relleno de la fosa, que está a veces cubierto por una estela de piedra, en algún caso, como en Micenas, esculpida. La mayoría de estas tumbas contienen varios esqueletos (hasta cinco) y manifiestamente fueron abiertas en varios momentos, colocando de nuevo la cubierta y rellenando la fosa de nuevo después de cada inhumación. Algunos especialistas como A. Wace y G. Mylonas, han creído ver en la tumba de fosa un simple desarrollo de la cista mesoheládica. Otros, por el contrario, como M. Mellink o Fr. Stubbings, llaman la atención sobre sus aspectos intrusivos, y finalmente, otros como O. Pelon, nos hacen observar que las tumbas de fosa, asociadas invariablemente al túmulo, del cual el círculo funerario no es más que una variante monumental, deben relacionarse con una tradición nórdica que está representada en Grecia, desde el HA II, por las tumbas de las necrópolis R de Steno, en Leucada [668].

Un tipo intermedio entre la tumba de cista y la tumba de cámara aparece en Eleusis durante la fase de transición: es la *tumba rectangular construida* con entrada lateral, que desde el principio del HR se completa con un corto *dromos* perpendicular. Las tumbas de este tipo, más grandes que las cistas,

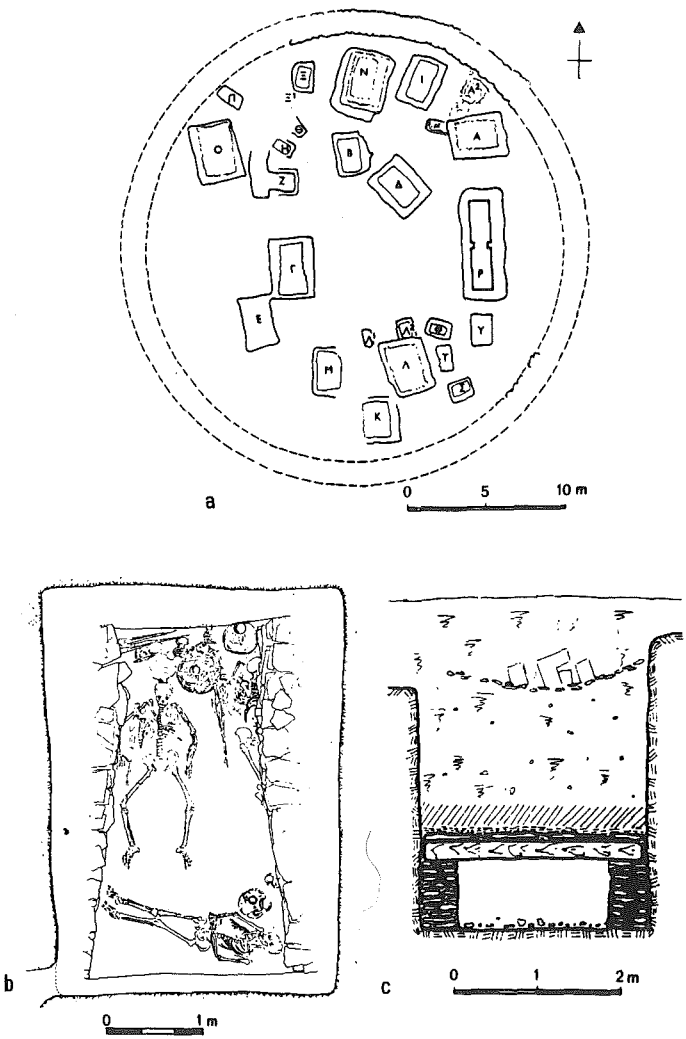


Fig. 36. Las tumbas de fosa de Micenas.
a: el Círculo B; *b*: la tumba Gama; *c*: corte esquemático de una tumba de fosa.

son tumbas familiares. Los túmulos I y II de Maratón guardan también varias tumbas rectangulares pero de tipo diferente: su aspecto es más monumental, están dotadas de un plano en *megaron*, y recuerdan, en principio, la tumba central del túmulo HM de Papulia (fig. 28*e*, *supra*, p. 192).

Otra forma híbrida se halla en Peristeria. Se trata de una tumba construida sobre un plano cuadrado pero redondeada en los ángulos, que parece estar relacionada a la vez con el tipo rectangular y con el tolos.[4]

Los tipos micénicos por excelencia, la *tumba de tolos* y la *tumba de cámara*, aparecen también desde la transición. De hecho, estos dos tipos, excavados en la vertiente de una colina, tienen en común generalmente tres elementos: un corredor de acceso más o menos horizontal (*dromos*), una entrada (*stomion*) y una cámara funeraria. Pero mientras que la tumba de cámara está simplemente tallada en la roca y ofrece variantes múltiples, el tolos es una cámara construida de plano circular, cubierta por una falsa bóveda, y su *dromos* está situado en la prolongación de uno de los radios de la cámara y todo está recubierto por un túmulo. Las primeras tumbas de tolos, cuyo diámetro es casi siempre inferior a 6 m, aparecen en Mesenia hacia finales del HM, nacidas quizá de la combinación entre los túmulos continentales y las tumbas circulares cretenses. El tipo se va extendiendo, durante el HR I-II A, por Laconia (Vafio, Analipsis), por Argólida (Micenas, Kazarma) y por el Ática (Torikos). Se desarrolla progresivamente, hasta que su diámetro alcanza 10 m, pero no llegará a su pleno esplendor arquitectónico hasta el HR II B (*infra*, p. 375). Respecto a la tumba de cámara, cuyos primeros ejemplares en Laconia, Mesenia y Argólida no son anteriores al HR I, ofrece desde el principio una gran variedad de formas: cámaras simples, dobles o múltiples, cuadradas o semicirculares como en Prosimna (tumbas 25 y 52), más o menos elipsoidales como en Volimidia (Cefalovriso) o en Epidauro Limera. Podemos, pues, dudar que se derive del tolos, como se creyó durante largo tiempo, a pesar de que la forma de algunas tumbas de cámara visiblemente está inspirada en él [664]. La hipótesis inversa por otra parte, está excluida por la cronología: el tolos no es una versión monumental de la tumba de cámara.

Desde el punto de vista de las costumbres funerarias, la supervivencia de la tradición mesoheládica se demuestra, en el interior mismo de este tipo de tumbas, por la práctica de la inhumación en fosas o en cistas y por la naturaleza de las ofrendas, que no son diferentes (vasos, armas, joyas, objetos de uso corriente) sino únicamente más abundantes y más variadas. Existen, sin embargo, numerosos rasgos innovadores, unos efímeros y sin ninguna forma paralela (lo que no significa que se deba necesariamente buscar su origen fuera del Egeo, ya que ello resultaría la negación de cualquier innovación local); y otros, por el contrario, que prometen un gran

4. Touchais, G.: «Chronique...», *BCH*, 101 (1977), p. 562.

futuro. Entre los primeros hay que situar, desde luego, las máscaras funerarias de metal precioso de Micenas, pero también la única fosa de cremación de Argos,[5] que es testimonio de un ritual absolutamente excepcional para aquella época; entre los segundos, el principio de la tumba destinada a abrirse de nuevo para sucesivos enterramientos, principio que desde luego se conocía ya desde mucho tiempo antes en el mundo egeo (*supra*, pp. 74 y 109) pero cuyo inesperado resurgimiento rompe con las costumbres mejor establecidas del HM, así como la generalización de la posición echada (decúbito supino) y la utilización del ataúd de madera. Estos últimos rasgos, que no son quizá independientes unos de otros, es casi seguro que reflejan cambios importantes de las mentalidades. Podría, quizá, decirse lo mismo de la aparición, entre el mobiliario funerario, de las lámparas y balanzas votivas, objetos cuyo exacto simbolismo se nos escapa, pero que se seguirán encontrando durante todo el siguiente período. Por otro lado, en dos de las tumbas de tolos más antiguas existen indicios que nos sugieren la utilización del carro funerario, práctica ceremonial característica de la Grecia micénica, y que se remonta también al HR I.

La escultura

Unas trece estelas esculpidas de las tumbas de fosa de Micenas son las primeras manifestaciones, en el mundo egeo, del arte del relieve monumental. Como las máscaras funerarias, desaparecen al mismo tiempo que lo hace el tipo de escultura que las vio nacer y no tendrán prácticamente más posteridad, hasta el final de la edad del bronce, que el único relieve de la puerta de los Leones. El decorado de las estelas, de relieve plano, contiene por una parte, escenas figuradas relacionadas con la guerra, la caza o los combates de animales; y por otra, motivos ornamentales a base de espirales (fig. 37*a*). Los temas centrales de dichas obras, emparentadas estrechamente con los de los puñales con inscrutaciones, hasta el punto que se ha propuesto atribuirles el mismo autor, han sido siempre considerados como eminentemente «micénicos», es decir, continentales, pero la presencia de algunos de ellos en la casa Oeste de Zira sugiere que, en realidad, pertenecen ya a una especie de *koiné* egea. En cuanto a su acabado un poco basto, sobre todo comparado con el acabado de los puñales, es revelador de la heterogeneidad de las normas estilísticas, rasgo que parece característico del período. Se ha propuesto explicarlo por la naturaleza de la clase dirigente que mandó realizar dichas obras, visiblemente más interesada en acumular «tesoros» como símbolo de su poderío que en controlar su nivel estético [673].

5. Daux, G.: «Chronique...», *BCH*, 92 (1968), pp. 1038-1039.

Las seis máscaras funerarias de oro del Círculo A y la única máscara de electro del Círculo B, realizadas sobre una hoja de metal que se adapta a una cara de madera esculpida para conseguir su forma, forman un conjunto único, aislado por múltiples razones: no solamente porque no se encuentran otros parecidos y porque su difusión (espacial, cronológica, social) es muy limitada, sino también porque reflejan concepciones estéticas especiales. Efectivamente, si tres son representaciones convencionales, las otras están suficientemente individualizadas para que se haya podido hablar, refiriéndose a ellas, de retratos: serían, pues, los primeros (y únicos durante mucho tiempo, quizá unidos al sello del Círculo B ya mencionado [612]) en todo el mundo egeo.

El otro único conjunto de obras plásticas contemporáneas, fuera de Creta, es de una técnica y de un estilo totalmente diferentes: se trata de las estatuas culturales de barro cocido del santuario de Aguia Irini, que representan personajes femeninos con el pecho desnudo y con las manos en jarras (fig. 37*b*). Generalmente se ha admitido que estas obras son de inspiración minoica, a pesar que su paralelo iconográfico exacto, sobre todo en lo que se refiere al vestido, no se encuentra en Creta sino en los frescos de Zira. En cuanto a las pocas figuritas de barro cocido halladas en el continente en el contexto HR I-II A, en Aguios Stefanos [882, p. 148] como en Peristeria, son ambas de importación cretense.

La cerámica

A pesar de que el principio del HR I se defina por la introducción de la cerámica de estilo «micénico», ésta se impone muy lentamente. Las excavaciones de hábitat demuestran que las series monocromas lisas o de pintura mate heredadas del bronce medio continúan fabricándose durante muchos años, con frecuencia en gran cantidad: entre las primeras predomina la cerámica minea amarilla (figs. 37*c-d*) mientras que las segundas utilizan cada vez más los motivos curvilíneos o figurativos y la técnica del decorado bicromo (figs. 37*e-h*).

La nueva cerámica «micénica» es una vajilla fina, caracterizada por una decoración de pintura brillante de color oscuro (negra o roja) sobre fondo claro. El registro de formas, que comprende, sobre todo, pequeños vasos domésticos como las tazas troncocónicas llamadas «de Vafio» (figs. 38*a-b*), las tazas convexas (fig. 38*c*), los alabastros (fig. 38*i*) o jarras globulares achatadas (fig. 38*k*) pero también algunos grandes vasos «palaciales» como las ánforas-pitos (fig. 38*e*), demuestran hasta cierto punto la fusión de elementos heládicos y cretocicládicos. Pero los motivos se toman siempre del repertorio minoico: bandas foliáceas, líneas onduladas, doble hachas, «raquetas», etc. El aspecto homogéneo de esta cerámica, que contrasta con la

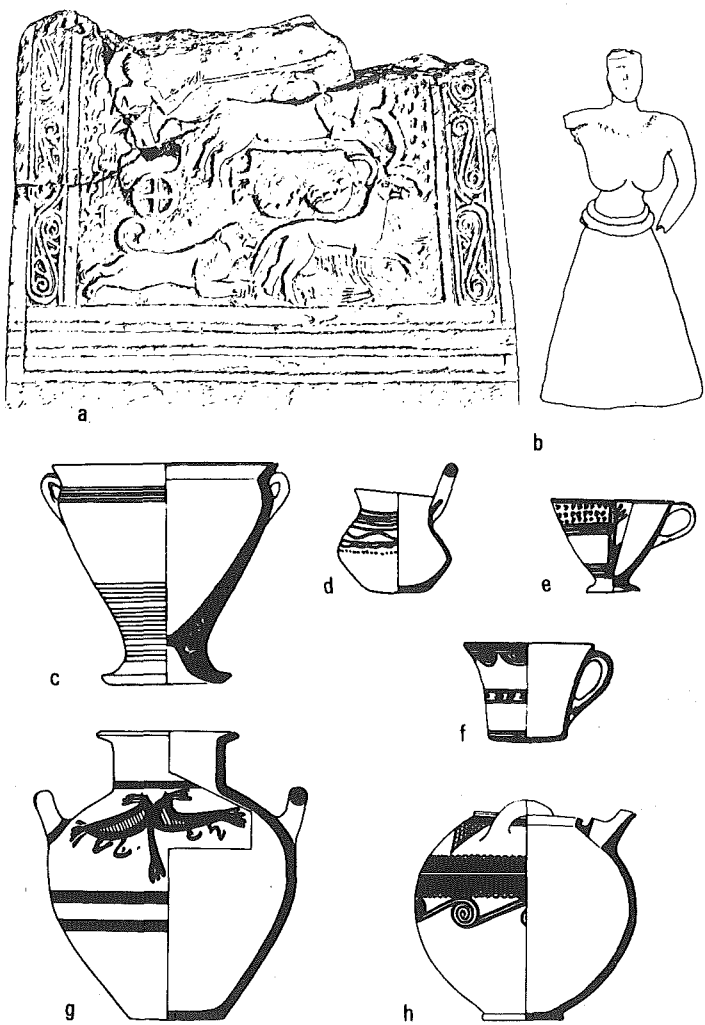


Fig. 37. La escultura; la cerámica de tradición HM.
a: estela de caliza de Micenas; *b*: estatua de barro cocido de Aguia Irini (Keos); *c-d*: vasos en mineo amarillo; *e-h*: vasos de pintura mate (*g*: bicromo).

gran diversidad de las técnicas mesoheládicas, está a favor de una área de producción inicialmente circunscrita, localizada por los especialistas o bien en el sur de Laconia, donde es posible que alfareros procedentes de Citera se hubieran instalado allí desde el final del HM [148, p. 64], o bien en el noreste del Peloponeso, una región especialmente dinámica y abierta a la influencia cretense. Sea como fuere, la evolución parece claramente la siguiente: a una fase experimental bastante corta (HR I) sucede una fase de asimilación (HR II A) que se define por un dominio más grande de la técnica, una difusión más amplia de los productos y una mayor independencia respecto a los modelos cretenses de la clase de los pequeños vasos domésticos cuya decoración empieza a estereotiparse anunciando la de los vasos «efireicos» (*infra*, p. 328). Por otra parte, en la clase «palacial», representada esencialmente por las grandes ánforas-pitos de las tumbas de tolos, el HR II A se caracteriza por la introducción de nuevos motivos inspirados directamente en el estilo floral MR I A y en el estilo marino MR I B. La distinción entre las importaciones cretenses y las imitaciones locales se basa, sobre todo, en criterios estilísticos, pero el análisis de arcillas,[6] puede proporcionarnos en este campo una preciosa ayuda.

La rareza o la falta de esta cerámica «micénica» HR I-II A fuera de la Grecia meridional se interpreta a menudo, erróneamente, como un indicio de una interrupción en la ocupación humana. Significa, simplemente, que regiones como Fócida o Tesalia se mantuvieron durante un tiempo, separadas de los centros renovadores, y que las tradiciones mesoheládicas continuaron allí hasta el HR III.

Las armas y herramientas

Si juzgamos por el material de las tumbas de fosa de Micenas y de los tolos contemporáneos, pero también por las representaciones figuradas (estelas y puñales incrustados de Micenas, entalles, frescos de Zira), el principio del bronce reciente se caracteriza por considerables progresos en las armas. La mayoría de las herramientas, por el contrario, tanto si son de piedra (pulidores, afiladores, hojas de obsidiana), de hueso (agujas), de barro cocido (pesas de huso), de plomo (pesas) o de bronce (martillos, buriles, punzones) perpetúan tipos mesoheládicos generalmente sin cambio alguno.

Entre las armas ofensivas, el *puñal*, ya conocido en los períodos anteriores, tiende a partir de ahora a convertirse en una verdadera espada de menor tamaño. Su largo es con frecuencia superior a los 30 cm (figs. 39*a-b*).

6. Véanse especialmente los primeros resultados obtenidos para los vasos de estilo marino [679, 71, pp. 441-456].

Fig. 38. La cerámica continental de estilo micénico.
a-e: vasos HR I; *f-l*: vasos HR II A.

Varios ejemplares (¿de ceremonia?) están decorados con incrustaciones de oro, plata o niel, técnica cuyo origen no se sabe si debe buscarse en Creta o en Siria, pero que sin duda alguna llegó a su perfección en la Grecia continental. Su pomo, como el de las espadas de ceremonia, está a veces trabajado en técnicas diversas: el chapado en oro, practicado desde mucho tiempo antes por los minoicos, el esmalte, mucho más raro y tomado de Egipto, y el bordado con hilo de oro, que parece ser una invención propiamente micénica. El *cuchillo* (de un solo corte) que es tanto un utensilio doméstico como un arma, continúa también la tradición HM, pero las formas se diversifican y se normalizan, lo que permite clasificarlos en cuatro tipos principales, a los que hay que añadir las «navajas», «las cuchillas de cocina» y los cuchillos de monte llamados «de combate» (fig. 39*c*). La *espada*, novedad en el continente, aparece en dos formas: un largo y pesado mandoble de hoja estrecha, de origen cretense, que mide cerca de un metro (tipo A: fig. 39*d*), y una más larga, de hoja más corta, más ancha y más plana, que parece que se perfeccionó en el continente (tipo B: fig. 39*e*). Esta última acompaña mucho menos que la anterior a los muertos, quizá porque era menos prestigiosa, o más útil para los vivos. Lo mismo ocurre con las *lanzas*, que aunque poco frecuentes en las tumbas, según las representaciones figuradas deberían de ser armas esenciales para los cazadores y para los guerreros. Las puntas de lanza más grandes, realizadas con una hoja foliácea y un largo encaje, quizá imitando los prototipos cretenses, miden hasta 0,60 m de largo y deberían de estar sujetas a un asta de más de 3 m (fig. 39*f*). Únicamente unas puntas más pequeñas parecen pertenecer a las *jabalinas*, armas de propulsión al parecer mucho menos valoradas que el arco, a juzgar por las innumerables puntas de *flecha* halladas en las tumbas como en los asentamientos de hábitat. Primeramente de forma triangular y luego foliácea, son las más de las veces de sílex o de obsidiana, y mucho más raramente de bronce.

Las armas defensivas son mucho menos conocidas. ¿Existían *corazas*? Nada nos permite afirmarlo con certeza, a pesar de que algunos hallazgos se interpreten así (*infra*, p. 407). El único tipo de casco que se encuentra con seguridad es el *casco de dientes de jabalí*, descrito en el canto X de la *Ilíada* (v. 261-265): estaba fabricado con un casco de cuero sobre el que cosían, en líneas superpuestas, placas hechas con dientes de jabalí. Se admite que este tipo, atestiguado en la Grecia continental desde el final del HM, pero aparentemente muy raro en Creta, es de tradición europea. Los monumentos figurativos explican finalmente que los dos tipos de *escudo* mencionados por Homero (el escudo en ocho, de origen cretense, y el escudo semicilíndrico, ambos de piel de buey) se remontan también a esta época, igualmente que el *carro de combate* (fig. 37*a*). Este último, conocido desde muy antiguo en Oriente, aparece ahí, por vez primera en Europa, pero es muy difícil a partir de las representaciones de que disponemos, pre-

cisar las modalidades exactas de su utilización. Contrariamente a una idea atrayente y que resurge en distintos momentos [683], no parece que la aparición concomitante de la lanza larga y del carro de combate permita llegar a la conclusión de una utilización táctica de éste, tal y como está demostrada en la misma época entre los hititas [685].

Joyas y adornos

La predominancia de la estética minoica se hace notar especialmente en este campo, tanto en el continente como en las Cícladas, a pesar de la presencia, en varios puntos, de formas tradicionales heredadas del bronce medio. El repertorio de objetos de adorno, tal y como se puede presentar partiendo del mobiliario de las tumbas de fosa de Micenas y de los primeros tolos de Mesenia, cambia poco durante los tres siglos siguientes; únicamente algunos tipos, de tradición continental más que minoica, desaparecen después del final del HR I. Este es especialmente el caso de las diademas, estas bandas fabricadas con hoja de oro de forma más o menos oval, decoradas con repujado (fig. 39*g*), de los brazaletes de lámina o hilo de oro, de los pendientes anulares y de los largos alfileres de metal de cabeza trabajada o añadida (casi siempre de cristal de roca) que sólo perdurarán en una forma mucho más reducida [72, p. 55]. Por otro lado, las técnicas de la filigrana, de la granulación y de la incrustación con esmalte, muy raras al principio, se extienden y se perfeccionan, al mismo tiempo que aparece el vidrio moldeado.

Durante todo el período, tres categorías de objetos abarcan lo esencial de la producción: las *perlas y colgantes*, las placas-apliques para vestidos y los anillos. La primera se caracteriza por la variedad de materiales utilizados (piedras semipreciosas, ámbar, pasta de vidrio, cerámica vitrificada, oro) y de formas, desde las más simples hasta las perlas con relieves figurativos de estilo minoico que aparecerán bastante tarde y solamente se producirán de forma masiva en el siguiente período. Las *placas-apliques*, generalmente provistas de agujeros para fijarlas, lo que permitía coserlas sobre la tela de los sudarios o de los vestidos, están cortadas en una fina hoja de oro y decoradas con motivos incisos o repujados. Los tipos más extendidos son los discos con decoraciones geométricas o naturalistas estilizadas (figs. 39*h-i*), las rosetas y las figuritas en relieve (mariposas, pulpos, grifos, santuarios, diosas, etc.: figs. 39*j-k*). Estos adornos, que todo indica que no estaban hechos únicamente para utilizarlos en los enterramientos, no son tan frecuentes después del HR I. El tipo de *anillo* más hallado desde el período de la transición y que seguirá llevándose durante toda la época micénica, es el del anillo de oro con engarce oval grabado, del cual las tumbas de Micenas han ofrecido dos ejemplares famosos [*CMS* I, n.ºs 15-16]. También

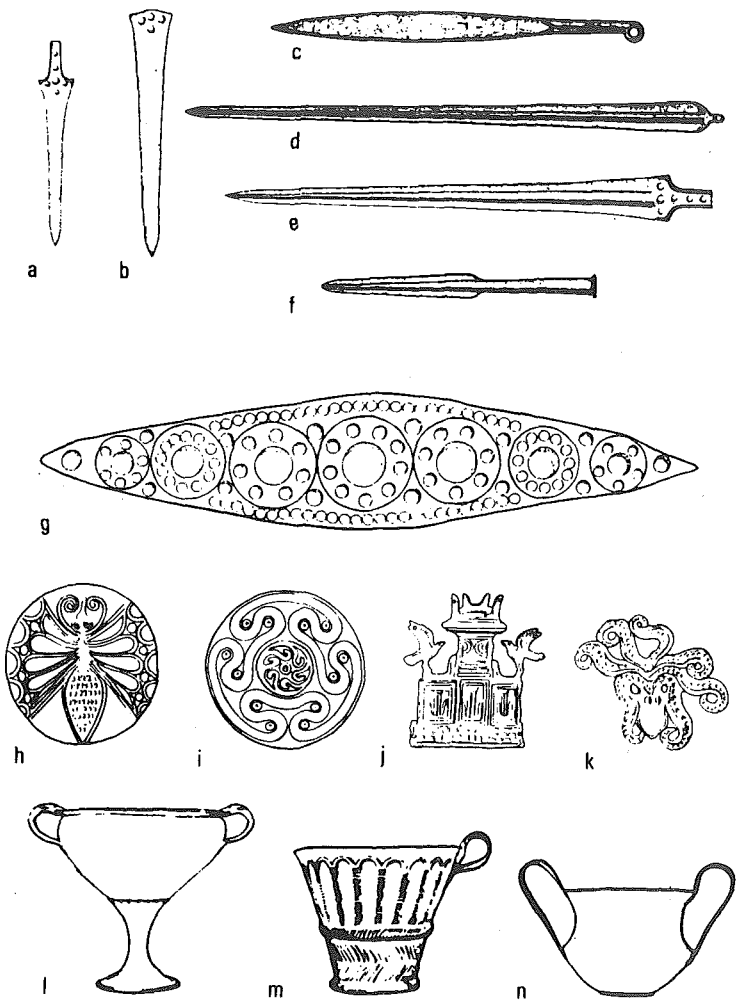


Fig. 39. Las armas, las joyas y los vasos metálicos.
a-b: puñales; *c*: cuchillo «de combate»; *d-e*: espadas; *f*: punta de lanza; *g*: diadema; *h-i*: redondeles incisos; *j-k*: adornos recortados; *l-n*: vasos metálicos.

hay que indicar la primera aparición, un poco más tardíamente, de un metal entonces raro y precioso, el hierro, con el cual están fabricados dos anillos encontrados entre el rico mobiliario de dos tumbas de tolos, una en Vafio y la otra en Kakovatos. Dos siglos antes se había producido en Creta un anillo similar, el del santuario de Anemospilia (*supra*, p. 158) que hasta hoy es el objeto de hierro más antiguo del mundo egeo.

Por lo que se refiere al vestido, las únicas informaciones precisas las proporcionan los frescos de Zira, que atestiguan de manera general la adopción de las modas cretenses pero también la vitalidad de las tradiciones locales en el campo la fabricación de tejidos.

Las piedras y anillos grabados

Los dos anillos de Micenas que acabamos de mencionar, con otros diez entalles hallados en los Círculos A y B, constituyen las primeras manifestaciones en el continente del arte de la glíptica, ilustrado en el HR II A por unas sesenta piedras preciosas procedentes de las tumbas de Rutsi (Mirsinojori) y de Vafio. El estilo y, sobre todo, la perfección técnica de los entalles de Micenas, teniendo en cuenta la falta de tradición local en este campo, sugieren que son obras de artistas cretenses, incluso si sus temas (caza, combate, hombre barbudo) corresponden, como se supone, más bien a los gustos o a los caracteres que atribuimos a la aristocracia continental. La paternidad de los sellos de Rutsi y Vafio es más controvertida, dado que se descubren al lado de piezas manifiestamente grabadas en Creta o por artesanos cretenses instalados en el continente, los primeros elementos de un estilo local que se permite algunas libertades respecto al de los modelos minoicos y que estamos tentados de atribuir a grabadores «micénicos». Sin embargo, estamos aún muy lejos de poder distinguir en este campo las producciones cretenses de las del continente con la misma seguridad que lo hacemos en el campo de la cerámica.

De cualquier forma, el uso de las piedras preciosas parece ser, en la época de la que estamos hablando, puramente ornamental: las de las tumbas de Micenas estaban incorporadas a collares y todas proceden de sepulturas femeninas. Las de Vafio, que adornaban a un muerto del sexo masculino, estaban ensartadas en brazaletes que llevaba en las muñecas y es muy probable que los entalles aislados encontrados en varias otras tumbas se llevaran como amuletos. En cualquier caso, no se posee ni la menor huella que indique que estos objetos, como en Creta, tuvieran una función utilitaria. Su contexto sugiere antes que nada que se trata de objetos de lujo, reservados a la clase dirigente, al igual que las armas, las joyas o los vasos de metal precioso.

Son característicos de las dos primeras fases del HR, después de las cuales ya casi no se producen; incluso varios tipos desaparecen del repertorio de los artesanos desde el final del HR I. Así y todo, como muchos objetos de lujo, continúan circulando durante mucho tiempo aún, lo que explica que muchos de ellos se encontraran en las tumbas del HR III. Desde el punto de vista de la técnica, no se encuentra ningún antecedente en el HM, a no ser los poco probables «prototipos metálicos» de la cerámica minea,[7] pero tampoco parecen ser, con raras excepciones, el producto de importaciones sistemáticas o de la rapiña. Por lo tanto, hay que deducir que también en este caso la Grecia continental tuvo, más allá de las influencias, un papel original.

La categoría mejor representada es la de los vasos para beber, todos de oro y plata, y que son de cuatro tipos principales: la copa con pie (fig. 39*l*), la taza troncocónica del tipo de Vafio (fig. 39*m*), la taza baja del tipo de Dendra, y el *cántaros* ahusado (fig. 39*n*). La clase de recipientes para sacar agua o para guardarla, que comprende por un lado los vasos pequeños de metal precioso, como las jarras de pico y los ritones cónicos o zoomorfos; y por otro lado los grandes vasos domésticos, más a menudo de bronce o de cobre, como las crateras, las hidrias, las jarras o los calderos, es mucho menos numerosa, y a excepción de una docena de vasos de Zira, casi siempre demostrada por los hallazgos de las tumbas de fosa de Micenas [611, pp. 13-33]. Fuera de la copa con pie y el *cántaros*, heredados de la tradición cerámica continental, todas las formas pueden ser originarias de Creta. La influencia cretense es más evidente aún en el decorado, que al lado de algunos motivos geométricos muy simples utiliza, sobre todo, elementos tomados del mundo vegetal, animal o del campo de la actividad humana: los ejemplos más famosos son los dos vasos de oro de Vafio, en los que se halla representada la captura de toros salvajes, la taza de los pulpos de Dendra y el ritón de plata de Micenas adornado con una escena de asedio. Si los motivos son copiados, el estilo, por el contrario, indica casi siempre una fusión real de las tendencias minoicas y continentales [696]. En cuanto a las técnicas del decorado, al lado del repujado y el cincelado, ambos ya utilizados desde mucho tiempo en el Egeo, aparecen el dorado y la incrustación, técnicas orientales que los artesanos protomicénicos asimilaron rápidamente para conseguir magníficos resultados. A diferencia de los puñales in-

7. Las formas angulosas tienen menos posibilidad de derivarse de tipos metálicos, sobre todo teniendo en cuenta que contrariamente a una idea preconcebida son difíciles de realizar en metal (y por lo demás, poco frecuentes en esta técnica). La influencia probablemente influyó en sentido inverso, los vasos metálicos reproducían, en una materia noble, los tipos cerámicos corrientes.

crustados, cuya fabricación cesa a finales del siglo xv, la de los vasos decorados según el mismo procedimiento prosigue durante dos siglos más.

Los objetos de piedra, cerámica vidriada, vidrio y marfil

Dichas piezas, en conjunto bastante raras, revelan con frecuencia contactos exteriores. Los vasos de piedra, que se extienden por el continente a principios del HR, son en su mayoría importaciones cretenses. Al menos, no se ha encontrado ningún taller que demuestre la existencia de una producción continental en esta época. Y el ejemplar más antiguo, la taza de cristal de roca con cabeza de pato del Círculo B, ofrece una técnica perfectamente dominada que supone tras ella una larga tradición, por lo que debe excluirse el origen local.

Por lo que respecta a la cerámica vidriada, representada esencialmente por una docena de vasos y por diversos objetos hallados en las tumbas de fosa de Micenas, un reciente estudio estilístico permite llegar a la conclusión de que debía existir, al lado de las piezas importadas, una producción local en el HR I. Los objetos de cristal son mucho más raros: solamente se conocen en el HR I algunas perlas, halladas en Micenas y probablemente importadas del Próximo Oriente más que de Egipto, como se creyó durante largo tiempo,[8] y en el HR II un cuenco acanalado procedente de Kakovatos, en Mesenia, y que podría ser de fabricación egea [55, p. 136].

Actualmente hay razones para creer que el marfil, como la cerámica vidriada, se trabajó en los talleres establecidos en el continente, por lo menos en Micenas, desde el HR I: las piezas decoradas halladas en las tumbas de fosa (pomos, mangos, adornos de aplique, píxides) presentan al lado de algunas características de influencia cretense, rasgos que son absolutamente distintos del arte minoico. Precisamente durante el transcurso del HR II A se afirmará este arte original de los talladores de marfil continentales y se creará el repertorio micénico de formas y motivos que subsistirá, prácticamente sin cambios, hasta el final de la época palacial.

B. *EL FLORECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y LA EVOLUCIÓN DEL HÁBITAT*

Si resulta relativamente fácil describir los cambios tecnológicos característicos de este período, es mucho más difícil concretar los aspectos humanos. El estudio del poblamiento, de la organización social, política y religiosa, de la producción e intercambios se enfrenta, en efecto, con tres

8. Haevernick, T.: *JRGZM*, 12 (1965), p. 35-40.

importantes obstáculos, aparte de los problemas de interpretación de la documentación inherentes a este campo: nuestro desigual conocimiento de las regiones diversas; la dificultad de identificación de los asentamientos de hábitat, especialmente en el continente, al no poder utilizar la cerámica directamente como fósil, puesto que los tipos característicos (los de la cerámica fina decorada) no están representados continuamente; y la falta de estudios sistemáticos que tengan en cuenta los datos de la geografía, de la botánica y de la zoología. Por lo tanto, es prácticamente imposible presentar aquí un cuadro completo y preciso, y solamente pueden agruparse algunas indicaciones, cuya transcendencia rara vez sobrepasa los límites de una región y que no pueden tomarse como norma general.

El poblamiento

Por lo que podemos colegir, la transición del bronce medio al bronce reciente se caracteriza en el continente por un cierto florecimiento demográfico, que se expresa mediante la extensión o el nuevo modelado de numerosos asentamientos y que seguramente no deja de estar en relación con el desarrollo económico. En el Peloponeso, este movimiento de expansión demográfica, que culminará en el HR III, parece sin embargo interrumpirse durante el HR I-II y, si prosigue, no se tiene de ello una prueba directa: el número de hábitat cuya fundación o reocupación puede datarse con certeza en esta época es relativamente modesto, tanto en las regiones meridionales como en el noreste, pero en general se supone que los asentamientos que presentan huellas seguras de ocupación en el HM y en el HR III no se abandonaron en el intervalo.

Desde el punto de vista de la implantación y naturaleza del hábitat, parece existir una gran continuidad entre el HM y el principio del HR; en detalle, el esquema de la implantación humana al alba del bronce reciente es aún muy poco conocido, incluso en las regiones más exploradas, como el Peloponeso. Todo lo que se puede decir sobre la naturaleza, la extensión y la jerarquía de los hábitat, las más de las veces no es más que una extrapolación, a partir de datos de mucho más contenido, del período siguiente; lo que se justifica solamente en la medida en que la organización que se observa en el HR III (*infra*, p. 389), seguramente no se constituyó de un día para el otro, pero deja intacto el problema capital de su origen.

Las observaciones realizadas sobre algunas decenas de esqueletos procedentes de las tumbas de Lerna, de Micenas y de Asini, han llevado a algunos antropólogos a deducir que los «tipos» humanos habían evolucionado sin ninguna especie de ruptura entre el HM y el HR y que el «tipo micénico» había surgido de diversos elementos autóctonos del bronce me-

dio.[9] Así y todo, se sabe actualmente con qué reservas hay que aceptar este género de conclusiones (*supra*, p. 57, n. 1). En cuanto a las particularidades físicas que distinguen al grupo de individuos enterrados en las tumbas de fosa de Micenas (talla superior a la media, huesos más gruesos, mejor dentadura) hoy se tiende más bien a explicarlas por la selección social y la calidad del régimen alimenticio que por un origen étnico diferente.

La emergencia de los centros de poder

La mayoría de los hábitat en los cuales el poder parece concentrarse se encuentran —nuevo signo de continuidad— en asentamientos ya ocupados durante el HM y que más tarde serán la sede de centros micénicos: Micenas, Pilos, Tebas, Orcomenos. En Argólida y en Mesenia el proceso se demuestra mejor, pero sólo podemos descubrir su final, distinto en ambas regiones: se acostumbra a decir que en Argólida la preeminencia de Micenas se afirma sin discusión a partir de la época de las tumbas de fosa, mientras que en Mesenia, y posiblemente también en el Ática, coexisten varios pequeños principados. Pero estas conclusiones están sacadas exclusivamente del estudio de las tumbas y están basadas, de hecho, en un postulado, es decir que las tumbas de tolos tienen *desde su origen* el carácter real que se supone propio de la época palacial (*infra*, p. 382). Ahora bien, la multiplicidad misma de los tolos primitivos de Mesenia y su aspecto modestísimo invitan a poner en duda este supuesto: este tipo de sepultura, sin ser accesible a los muertos comunes, puede muy bien ser el de las familias de notables y de dignatarios, antes de convertirse, si realmente se convirtió nunca, en el atributo de las dinastías reales. Así pues, el testimonio que nos ofrecen las tumbas no deja de ser ambiguo.

Las excavaciones tampoco nos proporcionan, desgraciadamente, gran información sobre los centros mismos, y sobre su organización espacial, su arquitectura y su evolución durante esta crítica fase. En ninguno de estos grandes asentamientos continentales se han conservado los niveles de transición; las construcciones micénicas posteriores los han hecho desaparecer casi siempre. Y en los lugares en que son observables, como por ejemplo en Aguios Stefanos, no se observan casi cambios más que en la cerámica. Las únicas observaciones arquitectónicas notables que acompañan la creación de estos centros locales son, como se ha visto ya, la construcción o extensión de varios asentamientos fortificados y la aparición, en diferentes puntos, de edificios más amplios, en los que algunos han querido ver las «casas de los jefes» o primitivos «palacios».

9. Angel, L. [*in* 125, pp. 107-108, 133, p. 394, y 113, p. 111].

C. *LA APARICIÓN DE LAS NUEVAS ESTRUCTURAS POLÍTICAS Y SOCIALES*

El advenimiento de una clase dirigente

El aumento de las riquezas materiales viene acompañado de su concentración en manos de unos pocos, a los que es difícil no identificar con el grupo dominante. Esto se ve de manera especialmente clara en las tumbas de fosa de Micenas, cuyos ocupantes poseen todos los signos exteriores del poderío: fuerza física, oro, armas, una mano de obra fiel y la veneración póstuma.

La naturaleza exacta de estas elites y el origen de su poder, que parece basado a la vez —¿pero en qué proporción?— en su supremacía militar y en la vitalidad de sus intercambios, están todavía lejos de verse claramente. Durante largo tiempo se consideró que se trataba de invasores (que para algunos se identificaron con los primeros griegos) pero esta hipótesis choca con el hecho de que ninguna de las novedades que caracterizan el paso del HM al HR implica realmente la llegada de un grupo étnico extraño al mundo egeo. Por lo tanto, habría que aceptar que estas aristocracias del principio del bronce reciente surgieron de las «jefaturas» del heládico medio, como lo sugieren, según algunos, los vínculos que existen en Mesenia y en Ática, entre los túmulos del HM y los primeros tolos, o en Micenas entre las tumbas de cista y las tumbas de fosa. Pero la realidad es quizá más compleja porque si la hipótesis de una invasión debe descartarse definitivamente, no deja de ser posible que determinados rasgos culturales característicos del principio del HR como, por ejemplo, la tumba de fosa, sean la herencia de un grupo social que no llegaría a confundirse del todo con el fondo de la población mesoheládica [668].

Esta aristocracia guerrera, que aparece como la clase dominante desde el HM III-HR I, conserva su puesto durante la siguiente fase. Está especialmente representada, en el HR II A, por los «príncipes» de Vafio y de Rutsi, enterrados uno y otro en una tumba de tolos, en medio de una impresionante impedimenta de armas, joyas y objetos preciosos de diversas procedencias, que encaja completamente en la tradición de las tumbas de fosa de Micenas.

La organización sociopolítica

Si bien es verdad, como lo sugiere el estudio de este mobiliario funerario, que unos mismos talleres trabajaron para los señores de Micenas y para los de Vafio [671, 672], hay que sacar en conclusión que había artesanos que estaban de una u otra forma al servicio de las elites locales. Por

lo demás, la misma construcción de los tolos, que son cada vez más monumentales, supone, a diferencia de la construcción de las tumbas de fosa o de los túmulos, el recurrir a obreros especializados; pero estos artesanos, ¿trabajaban ya exclusivamente para la clase dirigente como los que más adelante estarán fijos al servicio del palacio? Nada nos permite afirmarlo. Lo que parece seguro, en cambio, es que algunos de ellos trabajaban en técnicas tan distintas como la orfebrería, la calderería, el grabado, la escultura en piedra o en marfil, etc.

Por lo demás, la organización de esta sociedad se nos escapa totalmente. Incluso las conclusiones que podríamos estar tentados a deducir en este campo, partiendo del estudio de las tumbas de fosa de Micenas, son hipotéticas debido al exceso de incertidumbres. En cuanto a la naturaleza del poder político, también está sometida a conjeturas. A propósito de las tumbas de fosa de Micenas se ha hablado de oligarquía, de monarquía, incluso de monarquía doble, hipótesis sobre las que no podemos decidir nada seguro. Las tumbas de tolos tampoco nos proporcionan indicaciones más claras. Todo lo que se puede decir en la actualidad es que, en el continente, los grupos dominantes parecen ser familias, y que la construcción de tumbas destinadas a ser utilizadas durante varias generaciones sugiere además la existencia de un poder dinástico.

En las Cícladas, la no existencia de tumbas «reales», a menos que se deba a la casualidad de los hallazgos, refleja en apariencia, un estado social y político diferente, cuya naturaleza exacta debe aún dilucidarse. Algunos investigadores, subrayando la persistencia de rasgos culturales originales, ven en estas islas una especie de ciudades estado, políticamente autónomas y económicamente independientes [706]. Zira se interpreta incluso, dentro de esta óptica, como el prototipo de la república marítima comerciante, gobernada por una clase de patricios. Otros, persuadidos de que la influencia cretense en el mar Egeo no se limita al campo de la cultura material insisten, por el contrario, en los indicios —en verdad muy pobres— de una estratificación social y de una centralización política en aumento [Davis, J., *in* 84, pp. 159-166].

La religión

Si se acepta que la ideología religiosa está unida al orden social, podemos ver una confirmación de la segunda hipótesis en el hecho que las Cícladas adoptan todas en el mismo momento la religión minoica, o en cualquier caso, lo más esencial de sus ritos y símbolos. Nada permite aún declarar si esta adopción fue voluntaria o impuesta, si no es más que un simple corolario de la evolución social o un avatar del imperialismo cretense. El hecho es que en Zira se encuentran no solamente los mismos objetos de

culto que en los palacios minoicos («cuernos de consagración», ritones zoomorfos, mesas de libación, etc.) sino también las mismas instalaciones («baños lustrales», santuarios domésticos) y los mismos temas iconográficos en las pinturas murales. En Filakopi, todo aquello que, en el nivel MR I/HR I-II, puede tener un significado religioso (cripta con columna, frescos, fragmentos de vasos para el culto) es de carácter cretense. Y, finalmente, todo el mundo está de acuerdo en creer que las estatuas femeninas del santuario de Aguia Irini, en Keos (figuras de sacerdotisas o de adorantes, más que de divinidades) son de inspiración minoica. Sin embargo, el hecho de que no se encuentre en Creta una forma exactamente paralela y la falta notable de cualquier otro símbolo de culto cretense en este santuario obligan a matizar la imagen de una religión cicládica enteramente minoizada.

En el continente, el único lugar de culto HR I-II identificado hasta ahora es el del monte Kinortion, cerca de Epidauro: su parecido con los santuarios de cumbre minoicos es más aparente que real, teniendo en cuenta las diferencias observadas en el material de culto [Hägg, R., *in* 84, pp. 119-122]. Nuestra documentación, casi exclusivamente iconográfica, se reduce pues, esencialmente, a los pequeños objetos de oro y de cerámica vidriada de las tumbas de fosa de Micenas (diosa de las palomas, santuario tripartito, altar, «lazo sagrado», doble hacha, ritón) y a los entalles de tema religioso de las tumbas de tolos («señoras de animales», sacerdote, orante y diosa, genios animales, etc.). Ahora bien, la interpretación de estos objetos es dudosa porque aunque todos sean de carácter minoico, tampoco ellos demuestran necesariamente la penetración de las *creencias* minoicas. Depositados en las tumbas y no como en Creta en los lugares de culto hay una gran posibilidad de que se trate de piezas desprovistas de su significado religioso y que reflejen sobre todo, como tantas otras piezas del mobiliario funerario, la fascinación que ejercía el arte cretense sobre las elites continentales.

Esto no quiere decir que no existiera una vida de culto en el continente. Además de algunos hallazgos en el monte Kinortion, algunos indicios, como las representaciones grabadas en varios anillos de oro del principio del HR II,[10] sugieren incluso la existencia de una tradición religiosa puramente helládica, que no debería nada a Creta, como no fuera su lenguaje simbólico. Pero si se exceptúan las prácticas funerarias ya mencionadas, así como el simbolismo de la doble hacha, que parece que también tiene raíces en el continente y el del escudo en ocho, que podía relacionarse con una divinidad guerrera, hay que confesar que los ritos y mitos propios de la religión protomicénica se nos escapan aún totalmente. Solamente a principios del siglo XV se confirmará la existencia de un «sincretismo» cretomicénico con la aparición, sobre las tablillas de lineal B de Cnosos, de nombres de divinidades griegas como Poseidón, Atenea y Zeus (*infra*, p. 419). Pero

10. Por ejemplo, *CMS*, I, n.º 17, 179.

nada permite conceder a este «sincretismo» el mismo «espesor» cronológico que al lineal B por sí mismo, y proyectar sobre el principio del heládico reciente un conjunto de concepciones y de prácticas cuyos vínculos con la civilización palacial son, por lo demás, evidentes.

La economía

Las relaciones, sobre las que tantas veces se ha llamado la atención, entre la religión y la economía en la edad de bronce nos invitan a la misma prudencia en lo que se refiere a la organización de la producción y de los intercambios: nada indica que fuera ya centralizada, a pesar de que la evolución social y política sugiriera que había de acabar así.

En el campo de la agricultura, aparte de algunos cambios de menor importancia, en Lerna, en la composición y caracteres del ganado, el hecho capital parece ser la organización en el continente del sistema de cultivo tripartito (vid, olivar, cereales) que ya se practicaba desde mucho tiempo antes en Creta y en las Cícladas (*supra*, p. 116).

El artesanado, por su parte, ofrece un aumento de especialización técnica, que favorece el nacimiento de una producción en masa estandarizada, sobre todo, como se ha observado en Keos, en el campo de la cerámica y del tejido. El florecimiento sin precedentes de la metalurgia, que está demostrado por la abundancia de armas y de vasos metálicos, ha sido explicado de diversas formas. De todas maneras, depende, en particular, de las nuevas técnicas de aprovisionamiento de minerales y de la circulación de las técnicas; así pues, del desarrollo de los intercambios. Porque los únicos yacimientos locales que se explotaron de manera segura hacia el final del siglo XVI eran las minas de plomo argentífero del Laurion.[11]

D. *EL DESARROLLO DE LOS CONTACTOS Y DE LOS INTERCAMBIOS*

Los cambios culturales que acabamos de describir no pueden comprenderse sin las corrientes de intercambio que se instauran entonces o que se intensifican entre las diferentes partes del mundo egeo y el mundo exterior.

11. GALE, S., y Z. STOS-GALE, *in* SPITAELS, P. (ed.): *Studies in South Attica I*, Gante, 1982, pp. 99-100.

Creta tiene un importante papel al alba del bronce reciente y, a pesar de que hoy día nadie crea, como Evans, que el continente fuera colonizado por los minoicos, muchos continúan viendo como motor de esta evolución las «influencias» cretenses. La adopción de nuevos tipos de tumbas, como el tolos, o de armas, como la espada larga de tipo A; la introducción de la cerámica «micénica» que, por definición, se inspira en el estilo MR I A; y la aparición de objetos preciosos entre el mobiliario funerario se consideran tradicionalmente como las primeras manifestaciones de estas influencias. Sin embargo, investigaciones recientes han demostrado que esta corriente, que se nota especialmente en la Argólida, Mesenia y la Laconia meridional, no fue en manera alguna la causa del florecimiento económico y artístico del continente. Por el contrario, parece más bien como si la riqueza que se acababa de adquirir llevara a los continentales a procurarse objetos de lujo trabajados por los artistas cretenses. Se admite generalmente, basándose en consideraciones puramente estilísticas, pero sin pruebas materiales directas, que algunos de ellos estaban instalados en el continente. Creta contribuyó así de manera decisiva a la formación del lenguaje artístico micénico pero en esta fase inicial, su influencia solamente estuvo reducida a eso: ni la arquitectura, ni la religión, ni la vida social ofrecen en aquel momento signos de una minoización cualquiera, excepto en las Cícladas y en el este egeo, tierras que están entonces dominadas por la talasocracia marítima minoica (*supra*, p. 233).

Nos hemos preguntado muchas veces qué abarcaba exactamente esta expresión: ¿dominación militar, tutela política, control económico, influencia cultural? En cualquier caso, los únicos verdaderos puntos de apoyo minoicos —que muchos no dudan en calificar, de una forma quizá abusiva, de «colonias» (*supra*, pp. 146 y 235)— son entonces Kastri en la isla de Citera y Trianda en la isla de Rodas. Fuera de este último asentamiento, la cerámica MM III-MR I hallada en las islas de Kos, de Kalimnos y de Samos, así como en Troya, Mileto e Iasos, demuestra la existencia de vínculos entre Creta y el Egeo oriental, pero es ilusorio, partiendo de hallazgos tan escasos, querer precisar la naturaleza de estos vínculos. En las Cícladas, la gran influencia minoica está equilibrada por el vigor de las tradiciones locales que impiden considerar los asentamientos como Filakopi de Melos o Akrotiri de Zira, simples «colonias» cretenses. Nada permite tampoco afirmar con certeza, a pesar de que algunos indicios, especialmente en Zira, puedan interpretarse en este sentido, que desde esta época, los «micénicos» se hubieran ya establecido en las islas y se lanzaran a la conquista del mar Egeo.

En cambio, es absolutamente seguro que las Cícladas, como las islas de Egina y de Citera, continuaron sirviendo de enlace entre Creta y el conti-

nente, los cuales, si se juzga por la falta total de material HM III-HR I en Creta, no debían mantener entre sí, como tampoco ocurrió en la época precedente, relaciones directas. Por otra parte, hoy día se sabe que las «importaciones cretenses» halladas en Laconia procedían, de hecho, de Citera. Probablemente ocurre lo mismo en Mesenia, donde la precoz aparición de la tumba de tolos podría explicarse, según algunos, sin referencia directa a Creta [Korrès, G., *in* 84, p. 149]. Por lo que se refiere a Argólida, la influencia cretense desde el final del HM tiene en paralelo una fuerte corriente cicládica, que se refleja, por ejemplo, en el campo de la cerámica pintada, en la moda de las tazas con decorado en paneles (fig. 37*e*) [675]: está bien claro que la vitalidad de esta región en la transición del HM al HR se basa en una gran parte en la multiplicidad de sus relaciones exteriores.

Los intercambios en el mar Egeo

Los centros continentales toman en esta época una parte cada vez más activa en los intercambios, pero lo hacen integrándose en la red cretocicládica, de la cual adoptan significativamente la unidad de peso [88, pp. 165-167]. Desde luego, es difícil, partiendo de los hallazgos de cerámica a los que se reduce esencialmente nuestra documentación, precisar cuáles eran los agentes, las vías, las modalidades y los objetos de estos intercambios. Sin embargo, la imagen que aparece a partir de recientes estudios es sensiblemente distinta de la visión tradicional. Por de pronto, la idea, admitida durante mucho tiempo, de un declarado antagonismo en el mar Egeo entre las flotas mercantes cretense y «micénica» parece sin fundamento. Además de que en la época que nos ocupa queda por demostrar la existencia de una flota propiamente micénica, los raros indicios de que se dispone (en particular los frescos de Zira) sugerirían más bien una competencia pacífica, si no una verdadera colaboración.

Se ha creído poder descubrir dos corrientes principales de intercambio: una de dirección noreste-sureste, que uniría el continente con Creta pasando por las Cícladas occidentales (Keos, Melos y Zira); y otra, orientada de este a oeste, que pondría a Creta en contacto con el Egeo oriental. Pero parece abusivo, en uno y otro caso, hablar de «rutas comerciales». Troya continúa, por otra parte, a juzgar por la persistencia de la cerámica minea gris y por la relativa abundancia de la cerámica HR I-II importada, manteniendo relaciones más seguidas con la Grecia continental que con Creta.

El mismo estudio del material importado o exportado y de su repartición sugiere que se practicaba mucho menos el transporte directo y especializado en largas distancias, que el cabotaje, que consiste en intercambiar, a lo largo de las escalas, una multitud de productos que con frecuencia se han cargado durante la ruta: materias primas como el plomo del Laurion, la obsidiana

de Melos o las piedras semipreciosas de Laconia (*lapis lacedaemonius* y *rosso antico*, muy valorados en Creta); objetos manufacturados, como vasos de barro cocido o de metal, joyas, armas y, desde luego, productos alimenticios y productos regionales. Si es así, resulta peligroso interpretar sistemáticamente la presencia de objetos importados en un asentamiento como la prueba de relaciones directas entre éste y la región exportadora; y todavía más peligroso deducir, como se ha hecho a veces, que se establecieron en este asentamiento grupos humanos (comerciantes, residentes, colonos, etc.) de la misma «nacionalidad» de los objetos importados.

Las relaciones exteriores

Los intercambios entre el Egeo y el resto del mundo, es decir, esencialmente el Próximo Oriente y Europa occidental, son mucho más difíciles de concretar porque los testimonios arqueológicos son infinitamente menos abundantes. Por de pronto, hay ya que señalar que no poseemos ninguna prueba directa de intercambios comerciales de la época protomicénica: varios investigadores, a partir de diferentes observaciones, han llegado incluso a decidir sobre su casi inexistencia [88, p. 166; 465, p. 473]. En cambio, un determinado número de objetos y de representaciones figuradas son testimonio indiscutible de contactos, directos o no, entre el Egeo y estos países más o menos lejanos, y la adquisición de materias primas como el estaño, el ámbar o el marfil implica relaciones de intercambio, posiblemente poniendo en juego a una serie de intermediarios.

Si la posibilidad de dichos intercambios entre el Egeo y Europa se plantea desde el bronce medio, por algunos hallazgos aislados (*supra*, p. 202), su realidad no puede demostrarse más que a partir del bronce reciente, sobre todo por la presencia de cerámica HR I-II en las islas Eólicas y por una gran cantidad de ámbar del Báltico en una veintena de tumbas protomicénicas de Argólida y de Mesenia.[12] Con frecuencia, se invocan otros testimonios, en especial el de objetos (armas, herramientas, joyas, vasos metálicos) y motivos decorativos (espiral) de origen o de inspiración egea que se encuentran en diversas regiones de Europa, de Inglaterra a la Transcaucasia, pasando por Italia del norte, Alemania y Hungría. Este testimonio debe, sin embargo, manejarse con prudencia, si tenemos en cuenta que la cronología de estos objetos, la mayoría de ellos desprovistos de contexto arqueológico seguro, es controvertida, lo mismo que su origen, que en muchos casos es más verosímilmente anatólico que «micénico». Además, ninguno de ellos, tanto si se trata de la taza de cerámica del lago de Ledro,

12. [719, pp. 68-82]. No existe necesariamente relación entre estos dos hechos porque la ruta del ámbar pasaba más bien, al parecer, por el Adriático.

de la taza de bronce de Dohnsen, del mango de espada de Lyon o de los pendientes crescentiformes de Wessex, es de un tipo exclusivamente protomicénico: todos pueden ser asignados con las mismas posibilidades al período siguiente. Por lo tanto, no es seguro que los «principados» micénicos hubieran establecido desde antes del siglo xv una red de relaciones tan extendida como parecería sugerirlo la repartición de dichos objetos, cuando quizá ni salieron de su ámbito regional.

El estudio del origen de los metales, que constituye otra fuente de información, no ha permitido hasta ahora llegar a conclusiones más claras. Durante mucho tiempo se creyó que el estaño solamente podía proceder de tres regiones de Europa (Toscana-Cerdeña, Sajonia-Bohemia o Cornualles-Armórica), sin que pudiera darse ningún argumento decisivo en favor de alguno de ellos. Pero recientes descubrimientos permiten considerar también un aprovisionamiento a partir de Oriente, con Chipre como enlace [714, p. 149, n. 310]. En cuanto al cobre y el oro, el Egeo también era tributario del mundo exterior, es decir según las hipótesis más recientes, de los Alpes o de Cerdeña para el cobre y de la región de los Cárpatos para el oro; aunque no se puede excluir absolutamente la posibilidad de una producción local limitada. Quizá la prosperidad de estos centros protomicénicos se explica por el papel de intermediarios que pudieron tener, en este campo, entre Europa y Creta [658, p. 55]. Así se comprendería mejor la mezcla de rasgos cretenses y «nórdicos» indicada muchísimas veces, que caracteriza el mobiliario de las tumbas de fosa de Micenas.

Pero la hipótesis antigua que hace proceder el cobre y el oro del Próximo Oriente, sigue siendo plausible. Los principados continentales estaban, por lo demás, en contacto desde el principio del período con Egipto (por intermedio de Creta) y con Fenicia: algunas leyendas, como la de Io, de Danaos o de Cadmos, que podrían relacionarse con esta edad «heroica», quizá conservan el recuerdo de ello, y además se han encontrado, sobre todo en las tumbas de fosa de Micenas y en el tolos de Vafio, objetos egipcios (vasos de alabastro, escarabeos de piedra, perlas de cerámica vidriada, etc.), mientras que la única tumba de cámara con piedra tallada, del Círculo B, la tumba *rho*, es sin duda de inspiración cananea [133, pp. 220-222]. El Egeo importaba también de estas regiones materias primas como el marfil o el lapislázuli.

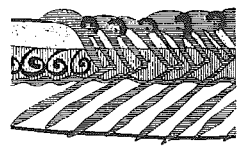
Las exportaciones (suponiendo que se trate de intercambios comerciales y que los objetos importados no hubieran sido, como a veces se ha sugerido, «regalos» sin contrapartida tangible) no empiezan realmente antes del HR II A: esto es por lo menos lo que indican los hallazgos de cerámica egea realizados en Chipre, Egipto o en Levante. La naturaleza de dichas exportaciones es difícil de determinar. Se puede pensar en materias perecederas, especialmente tejidos, pero también vasos metálicos: algunos de ellos están efectivamente representados en los frescos de varias tumbas tebanas de la

XVIII dinastía, llevados por tributarios o embajadores indiscutiblemente egeos, que las inscripciones indican como originarios del país de «Keftiú» y de las «islas del medio del mar». Pero a partir de dichos documentos resulta imposible distinguir a los cretenses de los otros dos grupos de egeos, habitantes de las islas y del continente griego. Así y todo, cualquiera que sea la identificación propuesta, hay varias observaciones constantes: en ninguna parte de los textos egipcios se encuentra el reflejo de una rivalidad cualquiera entre estos grupos; y nada, en la documentación arqueológica (que se reduce de hecho a algunos fragmentos de cerámica) permite afirmar que los «micénicos» se hicieron entonces dueños del dominio de los intercambios hasta aquel momento en poder de los minoicos, para los intercambios con Egipto ni, con más razón, que se instalaran en el valle del Nilo. Por otro lado, la presencia, entre las ofrendas de los emisarios egeos representados en los frescos de Tebas, de un vaso probablemente chipriota y de un colmillo de elefante, sugiere que estos intercambios no se realizaban por la vía directa sino más bien por la ruta que sigue la costa sur de Asia Menor y el litoral siriopalestino.

El paso del bronce medio al bronce reciente es en la cuenca del Egeo un período de intensa renovación. Fuera de Creta, Grecia produce los acontecimientos más espectaculares. Las innovaciones se refieren tanto a la arquitectura funeraria como a la producción artesanal o a la organización social, pero algunas de estas experiencias no tienen futuro, mientras que otras están llamadas a formar los cimientos mismos de la civilización micénica. La aparición de estas novedades no tiene, a pesar de todo, como corolario la desaparición de las formas tradicionales heredadas del período precedente: tanto si se trata de casas, de tumbas, de herramientas o de cerámica, no hay sustitución de lo antiguo por lo nuevo, como ocurrió al pasar del bronce antiguo al bronce medio, sino coexistencia y esto durante varias generaciones.

CAPÍTULO VI

La erupción del volcán de Zira (Santorini)



La mayoría de los centros minoicos se destruyen hacia la mitad del segundo milenio. Hacia la misma época, el volcán de Zira sufre su erupción más violenta desde el pleistoceno. Era, pues, muy tentador relacionar ambos acontecimientos importantes y suponer que Creta había sido devastada por los efectos de dicha erupción. Esta hipótesis, formulada por Marinatos desde el principio de los años treinta [732], le llevó a emprender la excavación de Akrotiri (1967-1974), continuada en 1976 por Chr. Doumas. Los resultados, espectaculares desde sus inicios, confirmaron de manera clarísima la existencia de una ciudad prehistórica. Marinatos vio también en ello la prueba de su teoría y muchos investigadores le siguieron, pero con el tiempo las certezas se han ido debilitando y han entrado en el terreno de la duda.

A. *LA ACTIVIDAD VOLCÁNICA Y LA OCUPACIÓN HUMANA EN ZIRA*

La estratificación que se observa en los acantilados de Zira permite una reconstrucción bastante precisa del último gran ciclo eruptivo, mientras que los hallazgos arqueológicos proporcionan la trama de la ocupación humana.

Antes de la erupción

Desde el principio del pleistoceno se producen tres grandes erupciones que quedan marcadas por tres enormes capas de toba; la última, datada en la edad del bronce, está demostrada por una capa de toba y de ceniza que puede llegar a alcanzar aún actualmente 60 m de espesor. Pero la isla estaba ya entonces ocupada, por lo menos desde hacía un milenio, como lo demuestran los hábitat y cementerios del bronce antiguo y del bronce medio. En la misma Akrotiri un hábitat fundado en el BA se convierte ya en el bronce medio en una aglomeración bastante extensa. Ésta se destruye, quizá por un terremoto, hacia el final del período, cuando ya aparecen ejemplares de la cerámica cretense del MR I A.

A principios del bronce reciente (cicládico reciente I) la isla parece estar densamente poblada. Por lo menos tres aglomeraciones están instaladas al pie del volcán, una al norte en la región de Ia, otra al oeste sobre lo que es hoy la costa de Terasia, la tercera al sur. Ahí, en una región que hoy es baja y fértil, se hallan a la vez casas rurales aisladas, aldeas o pueblos, sobre todo alrededor del actual pueblo de Akrotiri y, lo más importante, la ciudad descubierta por Marinatos. Ésta es próspera y ofrece una civilización avanzada (*supra*, p. 243). Un día, sin embargo, se verá destruida por un cataclismo natural y cubierta por la capa de toba y de ceniza producida por la tercera erupción.

¿Un seísmo como precedente?

Desde el principio de las excavaciones Marinatos adquiere la convicción de que la ciudad había sufrido una primera destrucción, probablemente a causa de un terremoto, y se había reocupado parcialmente más adelante, pero estaba todavía en ruinas en el momento de la erupción. Así podían explicarse las huellas de refección que se encontraban. Efectivamente, una subida de magma podía muy bien haber provocado un seísmo, al que luego siguió un período de calma antes de la erupción. Por otro lado, la carencia de restos humanos demostraba que la ciudad había sido evacuada antes de que fueran derruidas las casas y, por consiguiente, había habido algún signo precursor de la catástrofe. La formación de «humus» sobre las ruinas sugería, por lo demás, la existencia de un corto período intermedio. Las huellas de refección, sobre todo, parecían numerosas: amontonamiento o extensión de los escombros, relleno de habitaciones muy arruinadas, demolición de paredes afectadas, aberturas cegadas e incluso el inicio de trabajos de refección. Marinatos pensó en *squatters* que se instalaron allí para saquear las casas más ricas. Doumas, en cambio, imagina que se trataba de grupos de gente que volvían para preparar una reinstalación: observa, efec-

tivamente, la presencia en dos zonas ya desescombradas de instrumentos de piedra que, utilizados como arietes, podían servir para demoler los muros.

Es poco verosímil, sin embargo, que un terremoto hubiera sido la causa del abandono de la ciudad. Los ejemplos históricos tenderían más bien a demostrar que en estos casos las poblaciones deciden huir en el último momento, cuando la catástrofe es inminente. Las herramientas de piedra halladas son, por otro lado, demasiado ligeras —de 13 a 14 kg— para que hubieran servido para demoler un muro. Finalmente, las observaciones realizadas entre las ruinas permiten otras interpretaciones diferentes de las de Marinatos y Doumas. El estado de los restos, en efecto, sería el mismo si la ciudad hubiera sido destruida directamente por la erupción. El «humus» solamente se encuentra sobre los restos del desescombro, y bien pudiera ser que se tratara de ladrillo pulverizado. Las modificaciones que se observan en el plano de las construcciones igual podían haberse realizado antes de la destrucción que después: nada, en cualquier caso, autoriza a eliminar la primera hipótesis.

Es verdad que con frecuencia se han hallado las piedras y ladrillos de los muros derrumbados bajo la capa de toba, y que algunas habitaciones de la planta baja estaban llenas de escombros, mientras que la capa de toba no empezaba hasta la altura del piso. Pero los montones de escombros amontonados a los lados de la calle son de dimensiones muy modestas, y no sugieren en realidad verdaderas operaciones de desescombro. Además, con frecuencia las ruinas aparecen en el interior de la capa de toba o incluso por encima de ella. Por casi todas partes ésta penetró hasta el suelo, especialmente en los espacios a cielo abierto; se infiltró entre los vasos e incluso dentro de los que permanecieron de pie. Aún más significativo: hay techos agujereados por bombas volcánicas, y recubiertos luego por toba. Lienzos de muro y trozos de tejados están caídos sobre una capa de toba ya situada. A nivel de los pisos, se encuentran en el espesor de la toba vasos, piedras y ladrillos. En conjunto, la toba aparece con más frecuencia debajo que encima de los elementos derruidos. Todo ocurre pues como si las bombas volcánicas y la toba hubieran reventado los tejados, atravesado los pisos y rellenado los edificios de golpe, y esta impresión es tan clara que Marinatos mismo tuvo que admitir que la destrucción prosiguió durante la erupción [324 (III), pp. 64-65]. Como, además, no se observó ningún efecto preciso de sacudida sísmica en las ruinas,[1] es probable que la ciudad de Akrotiri se destruyera debido más a la erupción misma que a un seísmo que la habría precedido, y lo mismo debería ocurrir en los demás hábitat contemporáneos de Zira y Zirasia.

1. Esta observación ya había sido hecha por Fouqué, F.: *Santorin et ses éruptions,* París, 1879, p. 129.

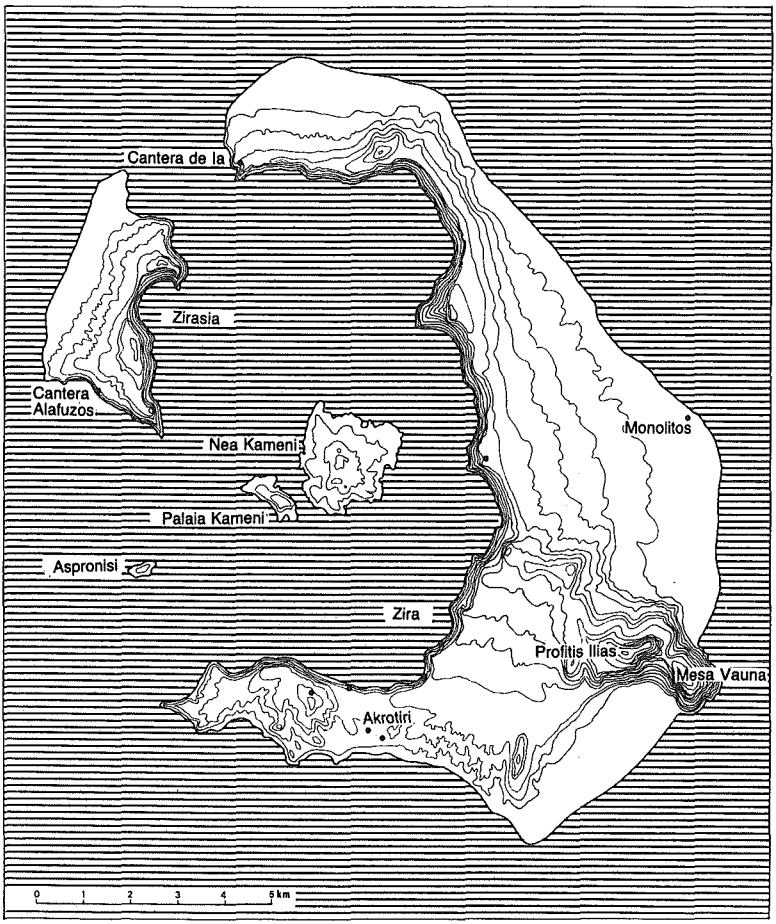


Fig. 40. Zira y Zirasia, morfología actual.

El magma de Santorini era de naturaleza andesítica y, por consiguiente, viscoso y rico en gas. Así pues, la erupción, como las dos que la precedieron, es de tipo explosivo. Se inicia por la formación de una columna plínica de corta duración: el volcán proyecta a gran altura una cantidad relativamente pequeña de toba y ceniza. La toba cae relativamente aprisa y cubre la isla de una capa rosada y granulosa, de un espesor bastante uniforme de 3 a 5 cm. Las cenizas forman, por su parte, una enorme nube que se extiende sobre las Cícladas (se encuentran, en efecto, en Filakopi III, en la isla de Melos) y la nube es arrastrada por el viento en dirección este o estesureste, donde vuelven a caer en forma de fina lluvia (*infra,* p. 279).

Después de un período de calma, quizá de algunos meses de duración, la erupción entra en su fase final, paroxística, durante la cual se expulsan por el cráter enormes cantidades de toba grosera y de cenizas, así como fragmentos de rocas más antiguas. Son primeramente «olas» piroclásticas,[2] enormes nubes ardientes que salen horizontalmente del cráter a gran velocidad y que caen sobre la isla en forma de una capa de ignimbrita (toba volcánica soldada), cuyo grosor decrece a medida que se alejan del cráter. De un grosor de 7 m cerca de las laderas, sobre la ciudad de Akrotiri no alcanza más que de 0,50 a 1 m y la cubre como si fuera nieve. La cantidad de ceniza proyectada verticalmente parece, en cambio, muy poco importante durante esta fase.

Aparecen luego gigantescos ríos piroclásticos, acompañados por una serie de cinco erupciones importantes, por lo menos. Estas coladas que siguen el relieve, se estabilizan poco a poco en forma de una segunda capa de ignimbrita, de aspecto caótico, y cuyo grosor también en este caso decrece a medida que se alejan del cráter. Con 50 m de espesor en el centro, esta capa sólo mide 5 m encima de la ciudad. También esta vez la cantidad de cenizas proyectadas al aire parece mínima.

El hundimiento de la cúpula acompaña a la fase de las coladas. La eyección del magma creó, efectivamente, un enorme vacío por encima del cráter, mientras que en sus flancos se acumulaba el considerable peso de la toba y de la ceniza. La bóveda se fractura, pues, progresivamente;[3] a las ignimbritas que salen del cráter se añaden entonces las bombas basálticas que proceden del hundimiento y que pueden alcanzar colosales dimensiones. Algunas caen sobre Akrotiri, donde causan graves destrozos. El hundimiento prosigue, se fracturan sus mismos bordes y el mar se precipita por las aberturas practicadas en el norte y el oeste, hacia la zona central. Se producen también grandes corrientes marinas. El proceso prosigue durante

2. Es decir, características de un vulcanismo de tipo explosivo.
3. No se cree hoy prácticamente que el hundimiento se produjera de una sola vez.

meses o durante años después de la erupción propiamente dicha. Así se va formando en el lugar de la bóveda un enorme embudo que los geólogos denominan una *caldeira*: su diámetro es hoy de 7 a 11 km y su profundidad total de 780 m, de los cuales 480 están bajo el nivel del mar. De la isla original, más o menos circular, no quedan más que tres porciones periféricas, que constituyen hoy las islas de Zira y Zirasia y el islote de Aspronisi. Su forma general recuerda aún claramente su origen (fig. 40).

La fecha del cataclismo, por desgracia, sigue imprecisa. Cuando se abandona la ciudad, el estilo cretense MR I A ha llegado ya, o le falta poco, al final de su evolución. La cerámica importada y las imitaciones locales son casi exclusivamente de este estilo y el estilo MR I B no está representado claramente.[4] En las demás regiones alcanzadas por la nube, la posición estratigráfica de las capas de ceniza en los niveles MR I A (*infra*, p. 280) confirman esta observación; por lo que se llega fácilmente a admitir, basándose en la cronología cretense, una fecha situada en los alrededores de 1500 a. de C. En cambio, las dataciones del C 14 sugieren, a pesar de su fuerte dispersión, una fecha absoluta comprendida entre 1620 y 1520, o sea 1700 y 1610 a. de C. Observaciones dendrocronológicas nos llevan, además, a proponer la fecha 1628-1626, y el hallazgo en Groenlandia de cenizas volcánicas procedentes probablemente de Zira, atrapadas entre capas de hielo, sugieren una fecha aún más alta, hacia el 1645 a. de C. Pero hay que esperar, desde luego, la confirmación de estos primeros resultados.

Después de la erupción

Parece que la isla quedó desierta durante unos dos siglos. Luego se produjo una recuperación en el BR III, por lo menos en el asentamiento de Monolitos, es decir, una de las zonas en las cuales la capa de toba es menos gruesa. Allí, efectivamente, los fragmentos de cerámica del HR III B indican la presencia de una población que parece muy ligada al continente y el hábitat perdura durante el HR III C. A partir del siglo VIII la isla está de nuevo densamente poblada y la ciudad de Zira se instala sobre el Mesa Vuno. El volcán presenta un largo período de inactividad hasta la erupción de 197 a. de C. Durante estos dos últimos milenios, una decena de erupciones menores, algunas de las cuales se acompañan con la aparición de islotes, son prueba de que el magma de la caldeira sufre una nueva subida.

4. NIEMEIER, W.-D. [733, pp. 45-72] cree que de hecho sólo se encuentran en Akrotiri motivos marinos aislados, pero que el verdadero estilo MR I B no aparece.

B. *LOS EFECTOS DE LA ERUPCIÓN EN CRETA Y EN EL MUNDO EGEO*

A pesar de que la teoría de Marinatos estimuló en un principio la reflexión histórica, ya no permite evaluar las consecuencias de la erupción fuera de Zira.

La teoría de Marinatos

Para Marinatos y los que defienden su teoría, la erupción se vio acompañada de terremotos y lluvias de ceniza que causaron serios daños en la mayoría de los centros minoicos, y por maremotos que asolaron la costa norte de Creta; y esta catástrofe provocó el general abandono de los lugares habitados, por lo menos durante una generación. La erupción del Krakatoa, en 1883, en el estrecho de la Sonda, parecía, además, proporcionar un paralelo bien documentado del mismo tipo y de la misma violencia. Efectivamente, en el Krakatoa, los signos precursores aparecen primeramente en forma de una actividad volcánica muy débil que dura solamente de dos a tres semanas y no deja presumir la violencia de la catástrofe que ha de venir. A esta fase correspondería en Zira la emisión de toba rosada y granulosa. La erupción misma en el Krakatoa dura más de dos meses y cuando llega a su paroxismo produce una nube de ceniza de 90 km de altura. Le sigue el hundimiento de la bóveda volcánica, la formación de una caldeira y la propagación de un maremoto de 36 m de altura. La caldeira de Zira se formó de la misma manera y presenta hoy una superficie cuatro veces mayor que la del Krakatoa, por lo que parecía lógico deducir que la erupción de Zira había sido mucho más violenta y que le había seguido un maremoto de una amplitud muy superior al del Krakatoa. Se podía, pues, haber supuesto que el cataclismo había destruido no solamente las ciudades y los palacios sino toda la flota minoica y, como consecuencia, había arruinado el poderío de Creta. Esta nueva situación habría permitido a los micénicos del continente apoderarse de la isla.

El problema cronológico

Sin embargo, esta teoría se enfrenta con un obstáculo cronológico. La destrucción de Akrotiri, efectivamente, podía fecharse en el MR I A, mientras que los destrozos observados en Creta parecían solamente darse en el MR I B: según la cronología corriente, la separación debía de ser de unos cincuenta años. Marinatos trató de soslayar la dificultad suponiendo que la

ciudad de Akrotiri se había destruido una primera vez por otra causa y que Creta había sufrido una segunda etapa de los efectos de la erupción.

Sin embargo, si bien es verdad que la ciudad fue destruida directamente por la erupción (*supra*, p. 273), no puede considerarse que ésta, ocurrida en el MR I A, fuera la causa de las destrucciones ocurridas en Creta en el MR I B. De hecho, se han hallado testigos de la erupción en Creta, en forma de trozos de toba, estratificados en niveles anteriores a las destrucciones, en Amnisos, Niru Khani, Psira y Zakros. En Amnisos, particularmente, todos proceden del mismo trozo, lo que demuestra que no se trata de una capa uniformemente extendida sobre el lugar sino que fueron amontonados allí antes de la destrucción. Fuera de Creta, por lo demás, observaciones análogas (*infra*, p. 280) confirman la anterioridad de la erupción en relación con la fase de las destrucciones.[5]

¿Un terremoto?

Marinatos había supuesto primeramente que la erupción se había acompañado por sacudidas sísmicas capaces de causar grandes destrozos en Creta. Pero esta hipótesis no se corresponde, a nivel geológico, con nada bien establecido. En efecto, generalmente, los seísmos de origen volcánico son muy superficiales, de poca intensidad y solamente se sienten cerca del volcán. En cambio, los terremotos de origen tectónico pueden tener efectos mucho más destructores, pero hay muy pocas posibilidades de que un solo y único terremoto tuviera los mismos efectos desde Zakros hasta Amnisos, o sea, en una distancia del orden de 120 km y que hubiera preservado Cnosos solamente a algunos kilómetros más allá. Por otra parte, si se hubiera producido este hecho no tendría nada que ver con la erupción.

Las lluvias de ceniza

Se han hecho muchas especulaciones sobre los efectos que hubiera podido tener en Creta una lluvia de ceniza volcánica surgida de una nube formada sobre Zira y trasladada por el viento hacia el suroeste. El descubrimiento de cenizas en niveles arqueológicos en la isla, como en sedimentos marinos de los alrededores, contribuyó en gran manera a dar crédito a

5. No es pues ya posible considerar la hipótesis —propuesta por POMERANCE, L.: *The Final Collapse of Santorini (Thera): 1400 B.C. or 1200 B.C.?* Göteborg (1970) y proseguida por VAN EFFENTERRE, H.: *La seconde fin du monde. Mycènes et la mort d'une civilisation*, París, 1974, pp. 193-209—, de una erupción que se habría producido hacia el final del período micénico (*infra*, p. 354).

estas hipótesis, puesto que se podía así, en apariencia, reconstituir la forma y el trayecto de la nube.

Se sabe actualmente que fue, sobre todo, durante la primera fase, en la que se forma la columna plínica, cuando hubo emisión vertical de cenizas, y éstas solamente representaron entonces una décima parte del volumen total de materiales propulsados.[6] En las fases siguientes solamente se propulsaron muy pequeñas cantidades de ceniza para ser trasladadas por el viento (*supra*, p. 276). Se considera, pues, que solamente pudo caer sobre Creta una capa de 0,5 a 5 o 10 cm de grosor. Esta cantidad relativamente pequeña no pudo tener más que resultados limitados y pasajeros, lo que no quiere decir que sean desdeñables. No fue suficiente, por de pronto, para reventar los techos y causar destrozos en los edificios. Además, las cenizas de que hablamos no contienen la cantidad suficiente de flúor para haber envenenado el ganado. En cambio, sí que pudieron entorpecer e incluso paralizar la vegetación, por consiguiente las plantas cultivadas, sobre todo si, como lo hacen suponer determinados indicios, cayeron en primavera: en este caso, las consecuencias, sobre todo en las regiones bajas del centro y del este, pudieron ser muy graves. Pero la escorrentía y la erosión debieron de reducir muy rápidamente el grosor de las cenizas e incorporarlas a la tierra arable fertilizándola. Si su presencia hizo de Zira, al cabo de algunos siglos, la isla más fértil de las Cícladas, es lógico suponer que en menor grado, pero mucho más rápidamente, ocurriera en Creta un efecto análogo.

Sus huellas, en cualquier caso, han sido encontradas, en primer lugar, de Cnosos a Zakros, en una serie de yacimientos arqueológicos de la Creta central y oriental, en los que están presentes en niveles que corresponden frecuentemente a períodos de los segundos palacios, pero, sobre todo, en el Dodecaneso. En Kos, los depósitos presentan un grueso de 30 cm y uno, incluso, de 60 cm. En Trianda, en la isla de Rodas, se ha encontrado una capa de 10 cm estratificada sobre el nivel MR I A y cubierta, sin interrupción aparente, por otros niveles MR I A-MR I B. Parece, pues, que la nube se dirigió hacia el este o el este-sureste y no hacia el sureste (fig. 41): el Dodecaneso quedó más afectado que Creta.

Las observaciones realizadas en Trianda, en cualquier caso, confirman la datación de la erupción en el MR I A. A su vez, están confirmadas por las que se realizaron en Filakopi, en la isla de Melos: ahí las cenizas de Zira están incluidas en los niveles del CR I que no son los más antiguos pero que preceden a las primeras importaciones de estilo marino. Se trata, pues,

6. Nixon, I.: «The volcanic eruption of Thera and its effect on the Mycenaean and Minoan civilizations», *Journal of Archeological Science,* 12 (1985), pp. 9-24, supone que las nubes ardientes alcanzaron Creta y depositaron allí las cenizas, pero esta hipótesis parece estar en contradicción con las conclusiones de los geólogos.

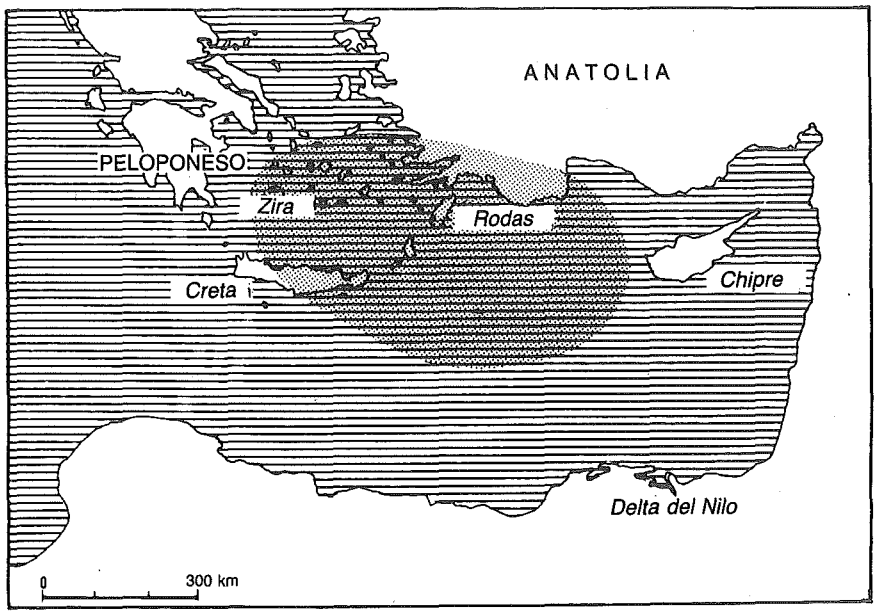


Fig. 41. La extensión de la nube de ceniza.

de tres series de observaciones independientes que concuerdan para situar la erupción hacia el final del MR I A (*supra*, p. 277).

Los maremotos

Marinatos, muy impresionado por los efectos de la erupción del Krakatoa, suponía que un maremoto surgido de Zira había asolado la costa norte de Creta. No se puede excluir, es verdad, que ocurriera este fenómeno provocado por una erupción submarina, como ocurrió en el 1650 d. de C., o por la penetración hacia el mar de una colada piroclástica. Pero actualmente hay que abandonar, en cualquier caso, la idea de un maremoto de gran amplitud,[7] porque el hundimiento de la bóveda tiene todas las po-

7. El descubrimiento de considerables depósitos de toba en la isla de Anafi, a 250 metros de altitud, había conducido a algunos, entre ellos Marinatos, a suponer un maremoto de más de 200 metros de altura. Pero más adelante se dieron cuenta de que estos depósitos eran en realidad anteriores al holoceno y por consiguiente no tenían nada que ver con la erupción de la edad del bronce. La duda sigue persistiendo, en cambio, sobre el origen y la fecha de la toba y la ceniza observadas en el islote de Cristiana, en el siglo XIX por DE CIGALLA: cf. SPERLING, J., *Thera and Therasia,* Atenas, 1973, pp. 10 y 42.

sibilidades de haber sido progresivo (*supra*, p. 276) y, por lo tanto, de haber provocado más bien maremotos de importancia media, de una altura de 8 a 10 m. Además, no se ve claro cómo estas olas podían haberse dirigido hacia Creta. Engendradas por un hundimiento de la parte central de la primitiva isla, no podían, en realidad, propagarse fuera de la caldeira más que por las tres brechas que ésta presenta: al nornoroeste, entre Zira y Zirasia, al oeste, a una y otra parte del islote de Aspronisi. Son esencialmente, pues, las regiones occidentales del mundo egeo, y entre ellas el oeste de Creta, las que pudieron ser alcanzadas por los maremotos causados por el hundimiento. Además, la ola se propaga siempre en abanico alrededor de una dirección dominante y si es posible que llegue a notarse pasado un obstáculo como una isla baja, se para siempre frente a un relieve algo escarpado. Un maremoto salido de Zira y que se dirigiera hacia Creta habría, pues, podido asolar la costa norte de la isla, quizá incluso la costa este, pero nunca habría podido alcanzar la costa sur.

Conclusión

Los efectos de la erupción sobre el mundo egeo, en cualquier caso, debieron de ser notados mucho más claramente hacia el este y quizá también hacia el oeste que en la dirección sur. No pudo provocar terremotos importantes y si arrastró maremotos, éstos no pudieron tener gran amplitud ni tampoco prolongarse más que hacia el nornoroeste y el oeste. Una nube de ceniza, formada al principio de la erosión, fue trasladada por el viento hacia el este o hacia el sureste y cayó en forma de capa de ceniza: allí donde fue muy gruesa, como en el Dodecaneso, el fenómeno tuvo sin duda algunas consecuencias graves, pero donde era fina, como en Creta, no pudo provocar destrucción alguna e incluso tuvo que tener bastante pronto efectos positivos.

¿Fue la nube arrastrada hacia las costas del Mediterráneo oriental? El hallazgo de cenizas en el delta del Nilo parece demostrarlo. No se sabe, sin embargo, si puede hallarse un eco de ello en los textos egipcios y hebreos que recuerdan un período en el cual el sol se mantuvo invisible durante mucho tiempo, escondido tras espesas nubes; de momento, no tenemos la seguridad de que puedan relacionarse ambos fenómenos. Es posible que un velo polvoriento proyectado hacia la estratosfera hubiera enfriado de manera sensible durante uno o dos años el clima de regiones relativamente amplias y quizá bastante alejadas del mundo egeo, proporcionando con ello un índice dendrocronológico precioso (*supra*, p. 277).

¿Qué ocurrió finalmente en Creta en el MR I B? Los datos arqueológicos, no hay que olvidarlo, son muy claros en un punto: las destrucciones en todos los casos en los que se pudo descubrir la causa inmediata, fueron

provocadas por incendios. Ello no excluye, sin duda, que la erupción hubiera tenido ya algunos efectos negativos (así como otros positivos) sobre la economía minoica. Pero implica que, para explicar estos incendios sea necesario buscar otra causa. Algunos, como Hood, proponen volver a la antigua teoría de una conquista militar de Creta por un enemigo exterior, probablemente los micénicos. Esta hipótesis es muy seductora, pero también se enfrenta con dificultades (*infra*, p. 430).

C. *¿LA ATLÁNTIDA EN ZIRA?*

¿La erupción del bronce reciente es el origen del mito de la Atlántida? Algunos están persuadidos de ello; en cualquier caso, es una cuestión que ha hecho gastar mucha tinta.

El «relato» de Platón

El primer autor antiguo que habla de la Atlántida es, efectivamente, Platón. Primero en el *Timeo* (24*e*-25*d*), presenta un breve resumen de la historia de este continente; más adelante, en el *Critias* (108*e* y 112*b*-121*c*), ofrece una versión más detallada. Critias, el que la cuenta, dice que la conoce por su abuelo Critias, que la había oído a Solón. Éste, a su vez, la conoció a través de sacerdotes egipcios, en Sais, hacia el 600 a. de C.

Según este «relato», la Atlántida era una isla situada en el océano, más allá de las columnas de Hércules (estrecho de Gibraltar). Era más vasta que Libia (África) y Asia reunidas. Constituía un imperio importante, cuyo poderío naval se extendía sobre muchas otras islas, así como sobre la Tirrenia (Italia occidental) y Egipto. Estaba formada por una isla central, en la cual residía el rey, y dos muros de tierra circulares que alternaban con tres cinturones de agua. Disfrutaba de tierras fértiles y conocía la paz y la prosperidad. Templos, palacios, canales, puentes, fuertes, todo era magnífico y era testimonio de una avanzada civilización. Sus puertos los frecuentaban los barcos procedentes del mundo entero para aprovisionarla de toda clase de bienes.

Esta situación idílica duró mientras predominó en los reyes el carácter divino que les hacía naturalmente respetuosos con las leyes y preocupados, sobre todo, por la virtud. Pero a medida que el elemento humano empezó a dominar, se les vio convertirse en seres ávidos de poder y riqueza. Zeus decidió entonces castigar a esta raza degenerada. Reunió a todos los dioses... No sabemos lo que se decidió en esta asamblea, ni por qué el castigo se cambió por la destrucción definitiva. El hecho es que después de la victoria de Atenas sobre la Atlántida, que había intentado ponerla bajo su

yugo, la isla fue asolada por espantosos terremotos y cataclismos y desapareció bajo las olas, formando desde entonces un alto fondo infranqueable. Este acontecimiento se produjo, siempre según Platón, unos 9000 años antes de la época de Solón, lo que corresponde a 9600 años antes de nuestra era.

Mito y realidad

Esta hermosa historia, ¿contiene una parte de realidad? Esta pregunta se ha planteado desde los tiempos antiguos. Para el filósofo Posidonio de Apamea había que ver en ello la transposición poética de acontecimientos reales. Para los inmediatos discípulos de Platón, con la notable excepción de Aristóteles, se trataba incluso de un relato que reflejaba una verdad histórica. Para la mayoría de los modernos desde el Renacimiento, ocurre igual y su única preocupación es, lógicamente, localizar la Atlántida. Así se pudo situar la isla desaparecida cerca de Portugal o de Marruecos, en el golfo de Gascuña, en América del Norte, en América Central, en el océano Ártico, en el océano Índico... Naturalmente, el mundo egeo tiene también sus partidarios: unos piensan en la Creta minoica, otros en Zira y aun otros en ambas a la vez. Para Marinatos, los egipcios habían oído hablar del hundimiento de Zira y sus sacerdotes pudieron más adelante transmitir algún recuerdo de ello a Solón.

La función del mito

De hecho, todas estas teorías obligan a corregir profundamente el texto de Platón, e incluso deformarlo o completarlo, según parezca. Pero, sobre todo, y es mucho más grave, olvidan totalmente que este «relato» no figura en la obra de ningún historiador y que pertenece exclusivamente a la del filósofo. Evidentemente, es desde este punto de vista como se comprende mejor. Tanto si se trata de una alegoría, como creían los alejandrinos, como si es una pura ficción, como creía Aristóteles, se relaciona, como lo ha demostrado el análisis interno de la obra de Platón, con una serie de mitos pedagógicos cuya función es iluminar el pensamiento del filósofo encarnando e ilustrando la teoría. En el caso de la Atlántida, Platón da a las ideas expresadas en la *República,* el marco de una época y de un lugar.[8] Al mismo tiempo, sin duda pone a sus conciudadanos en guardia sobre los riesgos de la decadencia que puede comportar la potencia marítima y la práctica del comercio, el olvido de la virtud y la voluntad de poder. Exalta,

8. Joly, H.: *Le renversement platonicien,* París, 1980, pp. 328-330.

finalmente, la grandiosidad antigua de Atenas, que supo, con menos medios, vencer a una potencia tan grande. Pero en ningún caso piensa en realizar una obra de historiador.

Buscar la Atlántida no es más que cometer un contrasentido con el texto de Platón y perseguir una quimera. Pero es verdad que se trata de una historia muy bella y que las quimeras desaparecen difícilmente...

Libro III

EL MUNDO MICÉNICO Y SUS LÍMITES

CAPÍTULO PRIMERO

Las fuentes de la historia micénica

Antes de las primeras investigaciones de Schliemann en Itaca (1868), en Troya (1870) y en Micenas (1874), el pasado lejano del mundo egeo solamente se entreveía a través de las leyendas, ampliadas por los poetas épicos o trágicos, y aprovechadas, a falta de otra cosa, por los primeros historiadores griegos, Herodoto y Tucídides. A partir del siglo IV a. de C., algunos eruditos tratan de fijar el marco cronológico de este pasado. Los primeros arqueólogos del mundo egeo han utilizado primeramente esta trama legendaria antes de situar sus descubrimientos en el tiempo, ayudados de cronologías comparativas.

Al descifrarse el lineal B en 1952, gracias a M. Ventris, se produce una verdadera revolución, porque desde este momento, y se trata de un caso único en la protohistoria egea, la historia del mundo micénico está alimentada por tres fuentes muy distintas: los datos legendarios, los vestigios arqueológicos y los documentos epigráficos *descifrados*, de los que es importante precisar tanto su contexto arqueológico como su contenido lingüístico.

A. *LOS DOCUMENTOS LITERARIOS*

Un gran número de cultos, de relatos legendarios y épicos de la época histórica, pueden aparecer como ecos o incluso como reflejos de la épica anterior. ¿Hay que tomar al pie de la letra estos relatos, considerar estos datos como fuentes históricas, o debemos negarles cualquier historicidad?

Existen, efectivamente, «coincidencias» asombrosas entre los relatos de los poetas y de los mitólogos, especialmente el texto homérico y los datos arqueológicos. Por ejemplo, el epíteto «rica en oro» aplicado a Micenas por

Homero parece confirmado por los descubrimientos del Círculo A (*supra*, p. 240). Igualmente, el escudo en ocho, el casco cubierto de dientes de jabalí y la espada con remaches de plata, descritos por Homero, se corresponden con realidades de la arqueología micénica (*supra*, p. 255).

Si bien estas coincidencias de detalles son innegables, las interpretaciones históricas propuestas con frecuencia siguen siendo discutibles. La situación de Micenas, el origen de los reyes de Tebas, la colonización de Chipre o la guerra de Troya, han dado lugar a reconstrucciones del pasado basadas sin precaución en datos legendarios.

Micenas y la Grecia micénica

Según Homero y Tucídides, el soberano de Micenas era el más poderoso de la época. Él proporcionaba el contingente más numeroso, cien barcos, para ir a asediar Troya.[1] Algunos consideran que las excavaciones demuestran este nivel superior de Micenas en relación con los demás asentamientos de la Grecia continental.[2] Micenas habría sido la capital de una Grecia unificada y habría ejercido una influencia determinante sobre todas las regiones de un mundo micénico culturalmente homogéneo. Contra esta interpretación pueden plantearse dos objeciones: por una parte, a pesar de que pudiera llegar a probarse la homogeneidad cultural de la Grecia micénica, lo que no ocurre por ahora, no sería el resultado mecánico de un centro único. Por otra parte, sigue siendo muy difícil establecer una jerarquía entre las diferentes regiones de la Grecia micénica y entre los asentamientos de una misma región (*infra*, p. 389). Resulta verosímil que, según las circunstancias y, quizá, según las épocas, Pilos en Mesenia, Tebas en Beocia o Tirinto, situada a sólo unos 15 km de Micenas, tuvieran un papel económico, político y cultural tan determinante como el de Micenas.

Cadmo el «fenicio»

La fundación de Tebas de Beocia se atribuye a Cadmo, hijo de Agenor, rey de Fenicia, que fue a Grecia en busca de su hermana Europa raptada por Zeus. Se han hecho infinitas preguntas sobre el significado histórico de esta leyenda, hasta que en 1963-1964 se descubrió en Tebas, en lo que recibió el nombre de «la cámara del tesoro», una cuarentena de sellos cilindros orientales (*infra*, p. 369). Algunos se remontan al final del III milenio, pero la mayoría datan de los siglos XV-XIII y son originales de Mesopotamia septentrional o de Siria. Este descubrimiento se ha considerado a menudo

1. HOMERO: *Ilíada*, II, vv. 570-580; TUCÍDIDES, I, 9.
2. MYLONAS, G.: *AAA*, 2 (1969), pp. 69-72, sp. p. 70.

como la prueba arqueológica del origen oriental de la dinastía de Tebas, pero antes de llegar a esta interpretación sería necesario establecer las circunstancias que permitieron reunir esta «colección»: cofre de un viajero extranjero, comerciante o diplomático (*infra*, p. 345, n. 8) o bien atesorados por un tebano. Además, si estos objetos atestiguan la existencia de relaciones entre el Egeo y Oriente, como ocurre en todas partes, no permiten desde luego establecer ni la naturaleza, ni la duración, ni la razón de la dinastía tebana y aún menos sus orígenes.

La «colonización» micénica de Chipre

Una serie de leyendas cuentan que después de terminada la guerra de Troya, varios héroes «aqueos», es decir, griegos, emprendieron largos viajes durante los cuales fundaron numerosas ciudades. Las leyendas más elaboradas se refieren a la fundación de Mallos y otras ciudades de Cilicia por Mopso y Anfíloco, así como, en Chipre, la fundación de Pafos por Agapenor y la de Salamina por Teucro. En el caso de las ciudades chipriotas, muchos historiadores consideran que estos relatos reflejan un momento que debería de situarse a finales del siglo XIII o a principios del siglo XII. Las fundaciones chipriotas serían, pues, la consecuencia de las destrucciones observadas en esta época en la Grecia continental, destrucciones que habrían obligado a exiliarse a determinadas comunidades micénicas.

La coherencia de estas interpretaciones continúa siendo muy discutible, tanto desde el punto de vista arqueológico como del punto de vista literario. A nivel arqueológico, aunque Chipre sufre a final del siglo XIII la repercusión de la inquietud que afecta el Mediterráneo oriental, hay que observar que no se hallan presentes los rasgos culturales más característicos de la Grecia micénica: palacios, tumbas en forma de tolos, archivos en lineal B, sellos de tipo egeo (*infra*, p. 344). Por lo demás, solamente una lectura superficial de los poemas homéricos, y más generalmente de los datos legendarios, ha permitido la formación de estas interpretaciones mecanicistas.

La guerra de Troya

Los primeros historiadores griegos, Herodoto y Tucídides, los eruditos griegos de la época helenística quisieron dar una base histórica a los relatos homéricos. Los investigadores contemporáneos que, después de Schliemann, se inspiraron en estos ejemplos, reconstruyeron a veces el desarrollo verosímil de lo que consideraban como el acontecimiento más importante del pasado griego. Al hacerlo, olvidaron que los relatos homéricos representan antes que nada la elaboración de un pasado que debe ser obligadamente ejemplar, porque este pasado permite a las comunidades griegas

de los siglos IX-VIII a. de C. crear su identidad a la sombra de los héroes. En efecto, lo típico de la epopeya no es relatar hechos históricos, en el sentido que nosotros consideramos, sino alimentarse, embelleciéndolos, de los ecos de un mundo desaparecido. La cuestión de la historicidad de la guerra de Troya no puede, pues, plantearse confrontando el fruto de una invención poética (los poemas homéricos) con la realidad arqueológica (por ejemplo, el nivel de Troya VII*a*) (*infra*, p. 343). Esta cuestión queda incluso totalmente desprovista de significado, si se vuelve a situar la composición de los poemas homéricos en su contexto original (*infra*, p. 476).

Homero y los «siglos oscuros»

Se podrían tener en cuenta los «olvidos», los «errores» o los anacronismos de Homero, en lo que se refiere al mundo micénico, igual que se tienen en cuenta las coincidencias mencionadas anteriormente. Las armas de los combatientes de la guerra de Troya son de hierro, cuando el bronce es prácticamente el único metal demostrado de la arqueología micénica. La escritura parece desconocida, y, en cambio, es uno de los rasgos importantes del mundo palacial protohistórico. El famoso párrafo de la *Ilíada* (canto II), conocido con el nombre de «Catálogo de los navíos», contiene numerosas anomalías en relación con nuestros conocimientos de la geografía micénica (*infra*, p. 390). Finalmente, las costumbres funerarias descritas por Homero, especialmente en ocasión del entierro de Patroclo (*Ilíada*, canto XXIII) (incineración sobre una gran hoguera, caballos sacrificados, así como perros y prisioneros, y sepultura en una urna cineraria bajo un túmulo), se encuentran ilustrados no en la época micénica, sino hacia el principio del siglo X en Lefkandi (*infra*, p. 573).

Homero pudo muy bien ser también, hasta cierto punto, el poeta de los «siglos oscuros». Pero sus poemas, como todos los demás relatos legendarios sobre el pasado lejano de Grecia, representan una «seudohistoria» de la época micénica.[3] Sin embargo, siguen siendo documentos esenciales para la historia de las mentalidades en Grecia en el primer milenio.[4]

B. *LOS DOCUMENTOS ARQUEOLÓGICOS*

La documentación arqueológica relativa a la época micénica parece abundante y variada, difícil de dominar en razón de su misma riqueza. Se

3. Parafraseando la expresión utilizada por CHADWICK, J. [741, p. 180].

4. Sobre las invasiones dóricas y la interpretación de los datos lingüísticos y arqueológicos, *infra*, pp. 310 y 347-356.

podría, pues, creer que se nos abre un campo de certezas bien establecidas a partir de documentos perfectamente representativos. Se podría de este modo considerar que las 120 tumbas en forma de tolos que están recensadas, aproximadamente, dentro del total del mundo micénico (*infra*, p. 375) representan el material disponible en su totalidad. La dimensión de estos monumentos no les permitió escapar a la avidez de los ladrones de tumbas o a la atención de los investigadores. Sin embargo, los descubrimientos recientes en la isla de Tinos o en Kokla, no lejos de Argos (*infra*, p. 381, n. 16), muestran que el catálogo no está todavía cerrado y aportan informaciones nuevas sobre las costumbres funerarias o sobre la difusión de este tipo de tumba.

Es inevitable trabajar sobre un catálogo siempre incompleto, ya que cada período de excavaciones aporta descubrimientos. En cambio, parece más arriesgado basar una síntesis histórica en series truncadas por el desinterés o por los prejuicios de los excavadores mismos. Por lo que, al contrario de lo que se pudiera imaginar, no se encuentra más que un número ínfimo de asentamientos en los cuales las viviendas han sido buscadas, excavadas y publicadas por su propio interés. En Argólida, por ejemplo, y en Corintia, dos de las regiones más densamente ocupadas y exploradas de la Grecia micénica, O. Dickinson y R. Hope Simpson catalogaron en 1979 unos ochenta asentamientos, aproximadamente, atestiguados por muestras que van desde algunos pedazos de tiesto, hasta varias decenas de tumbas [101, pp. 27-70] pero solamente quince, es decir, menos del 20 %, han proporcionado algunos vestigios de hábitat, a veces totalmente inutilizables para una síntesis.[5]

Sólo podemos tomar nota de estos desequilibrios, que son el resultado de una polarización hacia una categoría de documentos, por ejemplo, las tumbas, sobre una parte de un asentamiento, por ejemplo la ciudadela de Micenas, o sobre una región, por ejemplo la Argólida. Por esto, igual que para otras épocas, lo que se describirá, representa, más que otra cosa, un estado de la investigación.

C. *LOS DOCUMENTOS EPIGRÁFICOS*

Las tablillas de arcilla y los vasos con inscripciones escritas en lineal B constituyen una documentación epigráfica relativamente restringida, si se compara con la que se halló en los palacios mesopotámicos, levantinos o hititas.

5. En Argólida: Argos, Asini, Berbati, Iria, Kandia, Lerna, Midea, Micenas, Prosimna, Tirinto; en Corintia: Corinto, Gonia, Nemea, Ziguries.

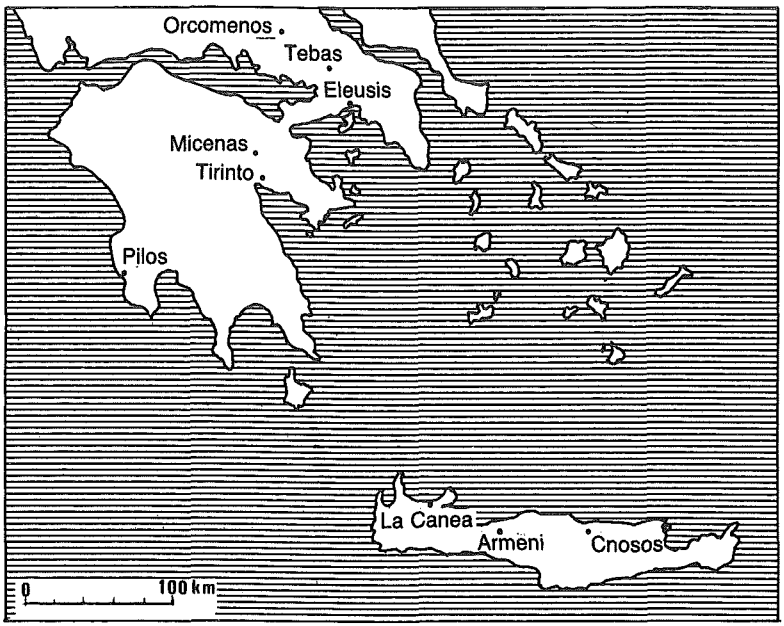


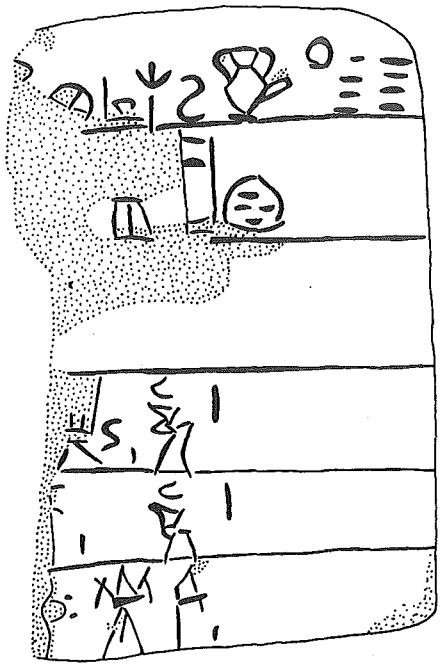
Fig. 42. La repartición de las inscripciones en lineal B.

Historia de los descubrimientos

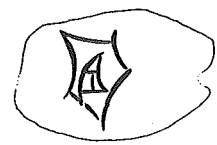
Las primeras tablillas escritas en lineal B son las que halló Evans en Cnosos, el 30 de marzo de 1900, solamente una semana después de haber iniciado la excavación. Aproximadamente 3000 documentos, de los que el 75 % son incompletos y el 56 % presentan menos de cinco signos, se irían descubriendo en el asentamiento hasta 1904. Desde entonces no se ha dejado de pegar fragmentos de tablillas y el reciente hallazgo de unos 3000 fragmentos ha permitido unir nuevas e interesantes piezas.[6]

Hubo que esperar al 4 de abril de 1939, fecha en que se empezó a excavar en el asentamiento de Pilos, para que aparecieran documentos parecidos en el continente. Cerca de 600 tablillas vieron la luz en esta primera

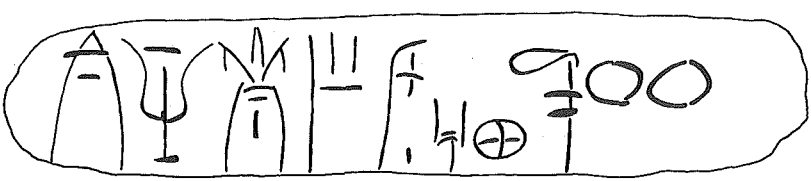
6. Datos cifrados: [OLIVIER, J.-P., *in* 835, p. 11]; sobre los nuevos fragmentos, TOUCHAIS, G., «Chronique...», *BCH*, 109 (1985), p. 849; GODART, L., *et al, BCH,* 110 (1986), pp. 21-39; DRIESSEN, J., *et al.*, BCH, 112 (1988), pp. 59-82.



a



c



b

Fig. 43. Los documentos en lineal B.
a: tablilla en formato «página»; *b*: tablilla en formato «hoja»; *c* precinto, cara α y β.

campaña centrada sobre la sala de archivos (habitaciones 7 y 8). Los trabajos no se reemprendieron hasta 1952, para acabarse en 1966. En total, cerca de 1200 documentos vieron la luz: el 50 % de ellos son completos y el 33 % presentan menos de cinco signos.[7]

Los otros grupos de inscripciones son de dimensiones mucho más limitadas: en Micenas 63 documentos proceden de los edificios excavados entre 1952 y 1961 al sur del Círculo B (*infra*, p. 364), nueve de la «casa de la Ciudadela» y uno de la casa de las Columnas; en Tebas, se hallaron 43 tablillas en 1964-65 y 1970, a las que hay que añadir 60 nódulos inscritos descubiertos en 1982;[8] por fin, en Tirinto, tras los cinco fragmentos procedentes de la ciudad baja, descubiertos entre 1966 y 1974, han sido extraídos 19 fragmentos más de las excavaciones realizadas en la ciudadela baja, en 1978 y 1981.

Hay que añadir a estos archivos unos 150 vasos con inscripciones pintadas. La mayoría procede de asentamientos que han dado también otros documentos inscritos: Tebas (68), Tirinto (44), Micenas (12) y Cnosos (1); 25 de estos vasos se han descubierto en La Canea, y algunos ejemplares aislados en Eleusis, Orcomenos y Armeni (fig. 42) (*infra*, p. 425). Así pues, en total tenemos por lo menos unos 5000 documentos sobre arcilla sin cocer, pero cocida accidentalmente (tablillas, precintos, etiquetas), o sobre arcilla cocida intencionadamente (vasos).[9]

El aspecto de los documentos

Las *tablillas* con inscripciones son a menudo difíciles de distinguir de la ganga de tierra que las recubre en el momento del hallazgo. Sus formas y sus dimensiones son muy variables. Se distinguen dos formas principales. Las tablillas página (fig. 43*a*) son, como su nombre indica, más altas que anchas, pero en algunas el texto puede estar apaisado; la más grande que se conoce (KN As 1516) mide 27 × 16 × 3 cm y contiene 25 líneas de escritura. Las tablillas hoja (fig. 43*b*), largas y estrechas, cuya forma se ha comparado con las de las hojas de palma, tienen la mayoría de las veces una o dos líneas paralelas en los lados largos. Esta diferencia de forma no se corresponde con una diferencia de contenido y existen, además, numerosas formas intermedias.

7. [156, pp. 5-6]; datos cifrados: [Olivier, J.-P., *in* 835, p. 11].

8. Touchais, G.: «Chronique...», *BCH*, 107 (1983), p. 781; [Aravantinos, V., *in* 771, pp. 13-27, y *in* 835, pp. 41-48].

9. [774-780 y 783]; para los vasos con inscripción pintada descubiertos en La Canea, véase en último término Hallager, E., *AAA*, 16 (1985), pp. 58-73. En Medeon de Fócida se ha encontrado un sello que contiene lo que quizá es una inscripción en lineal B o una imitación de esta escritura, *CMS*, V, n.° 415.

El pedazo de arcilla corriente, modelado a veces alrededor de una brizna de paja o de un palito, se inscribe mediante un estilete y luego simplemente se pone a secar. Por esto únicamente un incendio pudo conservarlas. Las tablillas estaban guardadas en cestos o en cajas de madera, y colocadas en estantes. Con frecuencia se fijaba una *etiqueta* con inscripción sobre el cesto o sobre las cajas para identificarlas [741, p. 19, fig. 10].

Por otro lado, se encuentran los *precintos*, pequeños trozos de arcilla, moldeados irregularmente con los dedos, de 1,5 o 2 cm de lado. Estaban moldeados alrededor de un cordel y en general tienen tres caras, dos eventualmente escritas y una marcada con una huella de sello (fig. 43*c*).

Las *inscripciones pintadas* aparecen casi únicamente sobre jarras de asa de una altura media de 40 cm; la decoración (simples bandas y líneas onduladas) y la inscripción pintada antes de cocerlas (como máximo, trece líneas silábicas) se destacan claramente sobre el fondo del vaso.

Las referencias de los modelos inscritos, se dan según el siguiente modelo: MY Au 609.3, MY representa el nombre abreviado de Micenas; igualmente, KN = Cnosos, PY = Pilos, TH = Tebas y TI = Tirinto. Au representa la serie; 609, un número de orden especial para cada asentamiento; y 3, el número de la línea.

La costumbre de clasificar sistemáticamente los documentos basándose en la utilización de los ideogramas y en el tema tratado para establecer después series partiendo de esta clasificación, es anterior al desciframiento.

Los ideogramas propiamente dichos constituyen un largo repertorio de un centenar de signos, a los que se les ha dado un número de *100 a *258, y para una parte de ellos, cuyo significado es muy claro, un equivalente en latín *100 = VIR (hombre), *102 = MULier (mujer), *105 = EQUus (caballo), *162 = TUNica (coraza), *240 = BIGae (carro), etc. (fig. 44).[10] Las letras mayúsculas de algunos prefijos indican la presencia de un ideograma. Así, las tablillas de las series A contienen el ideograma del hombre y la mujer; las de las series G, los ideogramas de condimentos ya pesados; las de las series L, los ideogramas de tejidos, las de las series R los ideogramas de armas, etc. Pero esta mayúscula puede referirse más ampliamente al contenido del documento: M = rollo de imposición; o a la de su tipo: W = precintos y etiquetas, Z = vasos con inscripciones. La minúscula proporciona, cuando es necesario, una indicación sobre el formato de la tablilla, o incluso sobre el asentamiento donde se descubrió: precintos Ws en Cnosos, Wr en Pilos, Wt en Micenas y Wu en Tebas. Por lo menos unas cincuenta series están representadas en Pilos, unas 75 en Cnosos, y solamente 13 en Micenas, 8 en Tirinto y 3 en Tebas.[11]

10. La tabla de los ideogramas propuesta por VENTRIS, M., y J. CHADWICK [745, pp. 50-51] da los nombres ingleses pero el latín se emplea corrientemente.

11. [BARTOŇĚK, A., *in* 769, especialmente pp. 19 y 22-27]; el número de series halladas en Tebas y Tirinto se ha actualizado.

Independientemente de la fecha de aparición de la escritura lineal B y de la interpretación histórica que supone o que implica (*infra*, pp. 300 y 305), la datación misma de los documentos epigráficos, por lo menos de algunos de ellos, plantea aún espinosos problemas.

En Micenas las tablillas y vasos con inscripciones de la ciudad baja pertenecen al HR III B1, fase al final de la cual los edificios que los albergaban fueron destruidos (*infra*, p. 347). Parece que hay que relacionar las diez tablillas de la ciudadela con la fase siguiente, HR III B2. En Tirinto, los contextos de las cinco tablillas de la ciudad baja no proporcionan una datación segura. Por el contrario, los 18 fragmentos encontrados en 1981 en la ciudadela baja se relacionan claramente con el estrato HR III B2. En Pilos, la destrucción del palacio ocurre hacia el final del HR III B, por lo

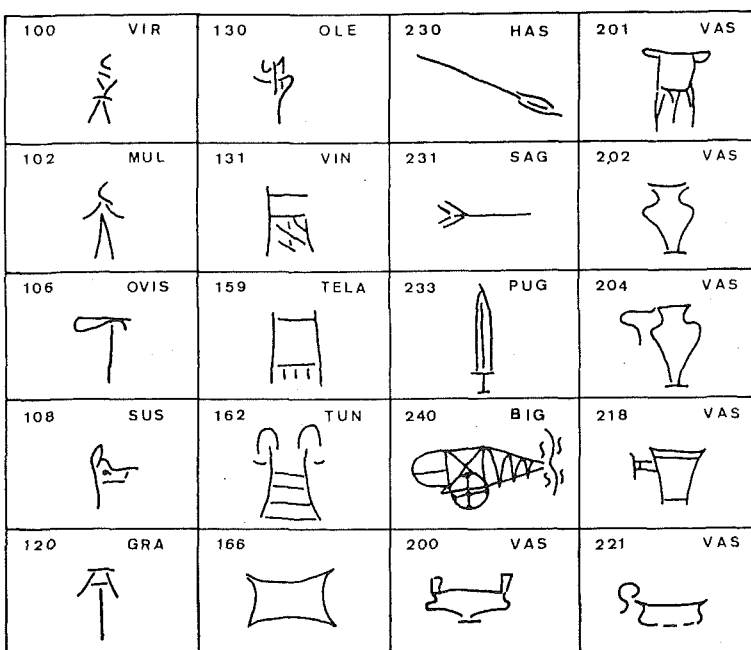


Fig. 44. Ideogramas del lineal B.

que las tablillas deben ser atribuidas a este período (*infra*, p. 348). La datación de ambos grupos de tablillas hallados en Tebas sigue siendo discutible: unos proponen situarlas hacia el final de la primera fase del HR III B, otros al final de la segunda fase.[12] Los vasos con inscripción pintada se sitúan al final del HR III B1. En términos de datación absoluta deben, pues, atribuirse al siglo XIII, principalmente a su segunda mitad.

La datación de los documentos descubiertos en Cnosos sigue siendo un tema de viva controversia. La fecha de destrucción final del palacio, la situación estratigráfica de las tablillas, el significado histórico de las diferentes dataciones propuestas (1400, 1370, 1200 a. de C.), así como las numerosas soluciones intermedias se entrecruzan en las discusiones (*infra*, p. 424). La solución aceptada aquí (destrucción del palacio y cocción de las tablillas hacia 1370) sitúa las tablillas de Cnosos unos 120 años antes de las tablillas continentales más antiguas y de los nuevos testimonios del lineal B en Creta, en los vasos con inscripción de La Canea, y 170 años antes de los documentos más recientes.

A pesar de todo, el hecho de que no se haya encontrado documento alguno inscrito con fecha del período 1370-1250,[13] se debe quizá solamente a la casualidad de los hallazgos. En cualquier caso, no puede plantearse una interpretación histórica sobre la falta de una categoría de documentos. Recordemos simplemente que el asentamiento de Tirinto no había revelado ninguna tablilla hasta 1966 (*supra*, p. 296) y que los documentos de archivos tienen que haberse cocido en un incendio para que puedan llegar hasta nosotros.

A menudo, los partidarios de una datación baja de las tablillas de Cnosos han invocado la homogeneidad del contenido y de la lengua entre las tablillas continentales y las cretenses. Pero esta homogeneidad, desde luego real, no debe enmascarar las diferencias paleográficas que separan las dos series, diferencias que son más fáciles de observar porque en el continente parece haber prevalecido una tradición única [779, pp. 8-9]. Por un lado, pues, nos sentimos perfectamente autorizados para considerar los documentos inscritos en lineal B como una fuente homogénea y coherente sobre una institución, el palacio, que fácilmente nos imaginamos como conservadora. Por otro lado, no debemos olvidar que estos mismos documentos reflejan situaciones cronológica y geográficamente diferentes.

De todas maneras, las tablillas micénicas se distinguen claramente de los documentos epigráficos hallados en los asentamientos anatólicos, levantinos o mesopotámicos escritos en sumerio, egipcio, acadio, hurrita, hitita

12. RAISON, J.; *RA*, 1977, pp. 79-86.

13. Los cinco fragmentos de Pilos que parecen depender de una tradición paleográfica cretense más antigua que la tradición continental no tienen un contexto arqueológico claro [PALAIMA, T., *in* 835, p. 32].

o ugarítico. No se hallan en ellos, en efecto, ni archivos administrativos o jurídicos, ni correspondencia diplomática, ni escritos relativos a la vida religiosa o intelectual, ni obras literarias. Estos documentos, cuya existencia es posible, debían de estar conservados en materiales perecederos, papiros o pieles.

Además, las tablillas que poseemos tienen solamente fechas del último año de actividad del palacio, puesto que no habían sido cocidas en hornos después de redactadas. Tampoco está demostrada la contabilidad que se escribiera en otros soportes que no fueran las tablillas. Y como, por fin, el trabajo de los escribas no era precisamente describir las instituciones sino registrar los inventarios de los almacenes, las producciones agrícolas, las contribuciones, las reparticiones de materias primas, las divisiones de tierra o las distribuciones de víveres, la interpretación histórica de estos documentos sigue siendo difícil casi siempre. Esto no impide considerarlos como una de las fuentes esenciales sobre la vida económica y social del mundo micénico.

D. *LA ESCRITURA Y LA LENGUA MICÉNICAS*

I. El lineal B y su descifre

La escritura lineal B

La cuestión del origen de esta escritura no se plantea propiamente. El lineal B se creó, efectivamente, a partir de una forma del lineal A (*supra*, p. 173), forma que no está directamente demostrada pero que no debía de ser fundamentalmente distinta de las que conocemos. Efectivamente, sobre 87 silabogramas del lineal B (fig. 45), 64, en general los más frecuentes, tienen un antepasado casi seguro en el lineal A y solamente 23 parecen ser creaciones originales.[14] Sin embargo, sigue siendo difícil saber por qué, cuándo y dónde tuvo lugar esta creación.

¿Por qué? Porque el lineal A parecería poco satisfactorio a los micénicos para escribir su lengua (el griego) y con esta finalidad, le harían una serie de transformaciones. Sin embargo, el modelo gráfico del lineal B no es, desde luego, el lineal A de las tablillas sino, más bien, un lineal A escrito en material blando, con un instrumento flexible. Por otro lado, las tablillas en lineal A que poseemos no son los antepasados directos de las tablillas

14. Aparte de *do, jo, mo, no, qo, so, y wo*, así como de *pe* y *we* —relativamente frecuentes—, se trata siempre de dobletes (a_2, a_3, ra_3), de complejos (*nwa, dwe, pte,* ro_2 y *two*) o de silabogramas no transliterados (*18, *19, *63, *64 y *83), todos signos muy o extremadamente raros; para una definición de los términos *dobletes* y *complejos* véase *infra*, p. 316.

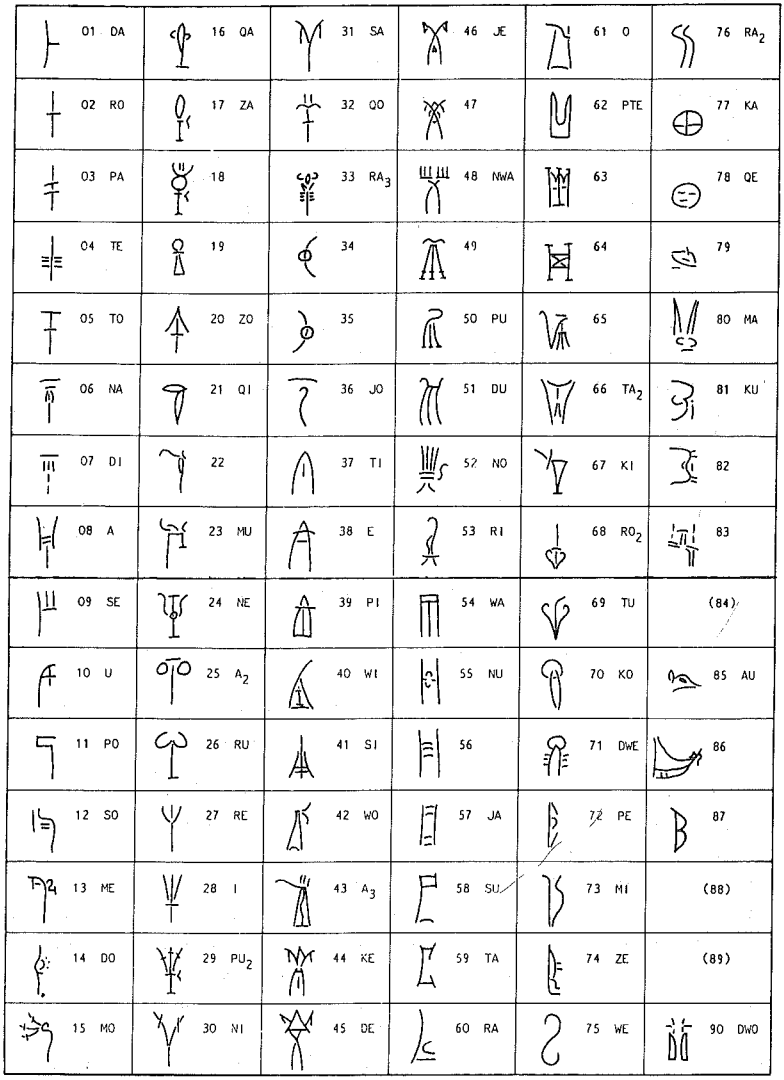


Fig. 45. Los silabogramas del lineal B, esencialmente los del escribano 117 de Cnosos.

en lineal B, ni por su forma ni por su manera de encajar la página (fig. 43; fig. 23*a*, *supra*, p. 169).

¿Cuándo? Antes del HR I el estado del desarrollo de la civilización micénica no parece justificar la adquisición y empleo regular de una escritura. Pero el primer lineal B demostrado, datado al final del MR III A1 (*supra*, p. 298, e *infra*, p. 423), posee ya un «peso» cronológico, lingüístico ([794] e *infra*, p. 305) y paleográfico [547, pp. 33-36] de tanta importancia que se le debe suponer una existencia ya larga en el momento en que aparece.

¿Dónde? La cuestión sigue controvertida. Para unos, el lineal se habría creado en la Grecia continental [547, p. 34]; para otros, en Creta [791, pp. 45-48]. Sin embargo, disponemos de muy pocos datos para decidir entre ambas hipótesis y, hablando paleográficamente, no se descubre ninguna diferencia decisiva entre la forma de los signos que se encuentran respectivamente en Creta y en el continente. La unidad gráfica continental se opone, es verdad, a la diversidad relativa que existe en el interior mismo de las tablillas de Cnosos, pero dicha observación puede utilizarse a favor de ambas teorías.

En cuanto a su evolución, el lineal B, como las demás escrituras de la edad del bronce (*supra*, p. 164), se muestra muy conservador, pero, además, durante el breve período en el que lo conocemos —unos 170 años como máximo (*supra*, p. 299)—, no se nos presenta más que a través de «instantáneas» tomadas en el momento de la destrucción de los edificios en los cuales se utilizaba (*supra*, p. 300), y esto hace que cualquier análisis diacrónico se convierta si no en ilusorio, por lo menos en peligroso.

El sistema silábico del lineal B se muestra relativamente poco complejo (fig. 45). Mediante un número de convenciones bastante reducido e inherentes a todo silabario simple que no puede anotar los grupos de consonantes más que descomponiéndolas (*ko-no-so* para expresar Cnosos) o reduciéndolas a uno solo de sus elementos (*pa-i-to* para Festos [Phaistos]),[15] el lineal B es, a pesar de lo que se haya dicho, una excelente herramienta para escribir el griego. Desde luego, no está tan bien adaptado como el alfabeto, pero es incomparablemente más dúctil que los pesados sistemas silábicos egipcios o mesopotámicos. Incluso la notación de las «cosas» recensadas, representadas con frecuencia de manera realista (fig. 44), resulta muy fácil. Además, se trata de una herramienta de carácter homogéneo y universal, uniforme desde Beocia, al norte, hasta Creta, al sur (fig. 42), reflejando en todas partes un mismo estado de lengua, el griego de los administradores de los palacios micénicos. Las mínimas diferencias que algunos han querido descubrir no son nada al lado de las que podemos en-

15. Para más detalle sobre las reglas ortográficas, *infra* p. 314.

contrar entre los diferentes alfabetos griegos arcaicos.[16] A esta unidad gráfica debe corresponder una unidad cultural muy fuerte, sin la cual sería inexplicable (*infra*, p. 335). En caso contrario, efectivamente, podríamos suponer que existirían variantes más o menos importantes.

El descifre

El lineal B fue descifrado en 1952 por el inglés Michael Ventris [790]. Esto quiere decir que primero se pudo leer y luego entender, y este doble proceso fue posible solamente porque se habían cumplido tres condiciones: *a*) Ventris disponía de un material de estudio cuantitativamente importante: más de 30 000 signos; *b*) había puesto a punto y aplicado un método sistemático de tratamiento analítico de este material; *c*) la lengua escrita en el lineal B es, incluso aunque Ventris no lo imaginara en un principio y tuviera que convencerse de ello por su propio descifre, una lengua conocida, el griego, que forma parte de un conjunto de lenguas conocidas y bien estudiadas, las lenguas indoeuropeas.

Estas tres condiciones eran necesarias. Con diez veces menos signos, Ventris no hubiera llegado a nada; sin analizar los documentos profundamente, no habría conseguido dotarse de una herramienta de investigación eficaz; si el lineal B no hubiera anotado una lengua conocida, quizá hubiera podido leerlo en parte pero sus lecturas hubieran sido muy difíciles de establecer con seguridad y, en el mejor de los casos, se habría encontrado con la imposibilidad de «comprender» otra cosa fuera de los topónimos y antropónimos.

Sin embargo, después de cumplidas estas condiciones, evidentemente no eran aún suficientes. Era necesario editar correctamente los textos de que disponía. Esto se realizó después de los trabajos de E. Bennett, entre el final de la guerra y el principio de los años cincuenta. También era necesario que Ventris, que era arquitecto, supiera el griego. No necesitó la lingüística griega hasta después del descifre propiamente dicho, para saber qué se podía esperar de una lengua 400 años más antigua que la de Homero (*infra*, p. 305). En este momento intervino el especialista J. Chadwick. Finalmente, era necesario que sus análisis fueran exactos y su método, eficaz. Lo demostró con su éxito. Así y todo, otros investigadores consiguieron también resultados apreciables.

Evans fue el primero en clarificar el sistema de las cifras, entre otras cosas; definido el papel taquigráfico de los ideogramas (*supra*, p. 297) e indicado las posibilidades que ofrecía para descifrar el silabario chipriota clásico, que estaba ya desci-

16. *Infra*, p. 466; sobre las dificultades dialectales en el micénico, véase *infra*, p. 309.

frado desde los años setenta del siglo pasado, que se escribía en griego y del cual unos doce signos ofrecían un parentesco cierto con los signos del lineal B. Dos americanos también habían hecho progresar nuestros conocimientos. E. Bennett desmontó los mecanismos del sistema de pesos y medidas micénico y analizó las diferentes categorías de signos, silabogramas e ideogramas, de manera tan profunda que sus clasificaciones y sus tablas han podido conservarse después del descifre. A. Kober había puesto de manifiesto sobre todo, el hecho de que un determinado número de grupos de signos de Cnosos aparecían con tres terminaciones diferentes, lo que se llamó las «tripletas de Kober» (fig. 46), terminaciones que supuso que recubrirían géneros, o casos diferentes (cf. el latín *serv-us*, *serv-a*, *serv-orum*).

Pero fue necesario mucho trabajo, muchos razonamientos y algo de intuición —algunos dirán de genialidad— para alcanzar la etapa última del descifre. Ventris había ordenado la mayor parte de los silabogramas en una «cuadrícula», poniendo en la misma columna los que creía que debían contener una misma vocal y en una misma fila los que creía que debían contener una misma consonante. Para hacer esto se basaba únicamente en análisis objetivos inherentes al sistema. Un día de 1952 introdujo en el último estado de su «cuadrícula» tres vocales y dos consonantes cuyos valores se suponía que eran exactos. Esto le proporcionó esqueletos de palabras de los cuales algunos, que había creído que podían ser nombres de localidades cretenses (se trataba de la forma corta de las «tripletas de Kober» que aparecían en Cnosos y no en Pilos) no pedían más que ser «rellenados»: así, *a-.i-ni-.o*, *.o-no-.o* y *.a-i-to* se convirtieron en *a-mi-ni-so* (Amnisos, uno de los puertos de Cnosos), *ko-no-so* (Cnosos) y *pa-i-to* (Festos [Phaistos]). «Inyectando» luego en la cuadrícula (fig. 47) las nuevas consonantes halladas de esta forma, obtuvo hileras enteras de silabogramas y, de uno a otro, palabras completas cada vez más numerosas, de las cuales algunas no eran propiamente griegas, puesto que se trataba de topónimos cretenses, pero de las cuales otras «sonaban» a griego y, lo que es más, algunas daban una lectura griega a grupos de signos que ya se habían intentado interpretar: así *to-so* y *to-sa* (τόσος y τόσα [tanto que], formas que aparecen ante los totales), o *ko-wo* y *ko-wa* (ático κόρος y κόρη [muchacho y muchacha], formas que se encuentran sobre todo después del ideograma de la mujer), etc.

Fig. 46. Las «tripletas de Kober».

Lo que pareció al principio como una alucinación, puesto que su convicción personal era que las tablillas contenían probablemente una lengua de tipo etrusco, pronto se convirtió en una inevitable conclusión. De su colaboración con el gran filólogo J. Chadwick, nació primeramente el artículo «Evidence for Greek dialect in the Mycenaean archives»,[17] que descubrió a los eruditos los elementos del descifre, y luego, en 1956, el libro *Documents in Mycenaean Greek* (2.ª edición [745]), que describe el descubrimiento y sus antecedentes, pero que, sobre todo, explota de manera ejemplar los textos en lineal B por fin accesibles. Entre la aparición de estos dos clásicos de la micenología, la prueba del descifre, si es que era necesaria, surgía con el hallazgo en las excavaciones del palacio de Pilos, de la famosa tablilla llamada de «los trípodes»: ésta proporcionaba, delante de los dibujos (ideogramas) de vasos de tres pies, la glosa, escrita con todas las sílabas, *ti-ri-po-de* (viñeta del capítulo), en griego τρίποδες (trípode); también se hallaba delante de dibujos de vasos con tres asas la glosa «de tres asas», delante de dibujos de vasos de cuatro asas, «de cuatro asas»... y «sin asa» delante de un dibujo de vaso desprovisto de asas. Ya no se podía dudar más, a pesar de que aún hubiera algunos combates de retaguardia. El lineal B estaba absolutamente descifrado.

Las consecuencias de este descifre han sido numerosas y fecundas, a pesar de que hayan planteado tantos interrogantes como los que ha resuelto. Y este descubrimiento constituye una de las aportaciones más importantes de la historia de las civilizaciones protohistóricas.

2. El micénico entre el protoindoeuropeo y el griego histórico[18]

La lengua de los textos en lineal B es un dialecto griego que se designa con la palabra *micénico*. El griego es una lengua indoeuropea, lo que quiere decir que desciende, con el sánscrito, el latín, el germánico, etc., de una misma lengua prehistórica que se designa bajo el término de *indoeuropeo*. En la medida de lo posible se intenta reconstruirla con la ayuda de la gramática comparada de las lenguas que se sabe que existieron en época histórica. Se intenta, pues, determinar los cambios fonéticos, las acciones analógicas y los préstamos de otros dialectos y de otras lenguas que en el trans-

17. *Journal of Hellenic Studies* 73 (1953), pp. 84-103.

18. Entendemos como griego histórico el griego del primer milenio. La exposición lingüística siguiente utiliza las siguientes abreviaciones: ac.: acusativo; antr.: antropónimo; aor.: aoristo; are.: arcadio; át.: ático; beo.: beocio; chipr.: chipriota; dat.: dativo; decl.: declinación; dor.: dórico; eol.: eolio; fem.: femenino; fut.: futuro; ge.: genitivo; hom.: homérico; instr.: instrumental; jón.: jónico; lesb.: lesbio; lit.: literalmente; loc.: locativo; masc.: masculino; mic.: micénico; nom.: nominativo; ntr.: neutro; orig.: originalmente; perf.: perfecto; part.: participio; pas.: pasivo; pers.: persona; pl.: plural; sig.: singular; tes.: tesalio; top.: topónimo.

Valores de base

a (08)	e (38)	i (28)	o (61)	u (10)
da (01)	de (45)	di (07)	do (14)	du (51)
ja (57)	je (46)	--	jo (36)	
ka (77)	ke (44)	ki (67)	ko (70)	ku (81)
ma (80)	me (13)	mi (73)	mo (15)	mu (23)
na (06)	ne (24)	ni (30)	no (52)	nu (55)
pa (03)	pe (72)	pi (39)	po (11)	pu (50)
qa (16)	qe (78)	qi (21)	qo (32)	--
ra (60)	re (27)	ri (53)	ro (02)	ru (26)
sa (31)	se (09)	si (41)	so (12)	su (58)
ta (59)	te (04)	ti (37)	to (05)	tu (69)
wa (54)	we (75)	wi (40)	wo (42)	--
za (17)	ze (74)		zo (20)	

Dobletes

a_2 (25)				
a_3 (43)				
au (85)				
				pu_2 (29)
ra_3 (33)				

Complejos

	dwe (71)		dwo (90)	
nwa (48)				
	pte (62)			
ra_2 (76)			ro_2 (68)	
ta_2 (66)				
	twe (87)		two (91)	

No transcritos

*18	*19	*22	*34	=	*35
*47	*49	*56	*63		*64
*65	*79	*82	*83		*86

Fig. 47. Los valores fonéticos de los silabogramas del lineal B.

curso del tiempo han producido formas con testimonios en época histórica del griego, del sánscrito, etc. Con el término de *protoindoeuropeo* o *indoeuropeo común* se designa la lengua indoeuropea del período anterior a la diferenciación dialectal que hizo nacer el griego, el germánico, etc. Con el término de *protogriego* se designa el griego prehistórico del período anterior a la diferenciación dialectal de la cual los dialectos griegos, de los que tenemos testimonios en el primer milenio a. de C., constituyen el resultado final.

Al examinar los rasgos característicos de estos dialectos se ha llegado a la división en cuatro grandes grupos: el grupo ático-jónico, el grupo arcadio-chipriota, el grupo eólico (tesalio, beocio, lesbio) y el grupo occidental, o dórico, que comprende el corintio, el laconio, el cretense, el rodio, etc. pero también las hablas del noroeste (focio, locrio, etolio). Luego se intentó hallar los antepasados prehistóricos de estos cuatro grupos, respectivamente el protojónico, el protoaqueo, el protoeólico y el protodórico, surgidos todos ellos del protogriego. El orden de esta enumeración corresponde a la escala de parentesco relativo. Por sus rasgos dialectales el protoaqueo es intermedio entre el protojónico y el protoeólico el cual, a su vez, es el más próximo pariente del protodórico.

El carácter protoaqueo del micénico

El micénico pertenece claramente a una fase del protoaqueo. Esto quiere decir que entre los dialectos del primer milenio, el arcadio y el chipriota están más emparentados con el micénico que los demás dialectos, por lo menos en cuanto a sus rasgos más antiguos. Esto se comprueba especialmente por la coexistencia de los siguientes rasgos: el tratamiento de τι > σι (en sílaba no inicial), como en *pa-si*, φᾶσι (dice) < φᾶτι, y el tratamiento de la vocal líquida del tipo ϱ > ϱο (en posición no final), como en *qe-to-ro-po-pi* κʷετϱόποφι, instr. pl. del tema κʷετϱόποδ- (cuadrúpedo) < *κʷετϱ̥ποδ-. El protojónico, por el contrario, tiene los tratamientos σι y ϱα; el protoeólico, τι (no cambia) y ϱο; y el protodórico, τι y ϱα.

El carácter protoaqueo del micénico no es de extrañar. Mucho antes de que se descifrara el lineal B, se llegó a decidir sobre el estrecho parentesco entre el arcadio y el chipriota, dialectos geográficamente alejados uno de otro y que debían de proceder de un mismo dialecto que, por lo menos en los dos últimos siglos de la historia micénica, se hablaría en una gran parte del Peloponeso. Según la epopeya homérica, estas regiones se hallaban ocupadas por los aqueos en la época del rey Agamenón, rey de Micenas. Según la tradición, de allí partieron los colonos de habla griega que fueron a instalarse en Chipre. Según los historiadores griegos, si en las regiones de las que estamos hablando se encuentran, a excepción de Arcadia, dialectos dó-

ricos en el primer milenio, es que fueron invadidas por los dorios, que se instalaron en ellas. Los dialectos dóricos de que se trata contienen por lo demás algunas huellas del habla protoaquea de los griegos predorios. La presencia de un substrato predórico en las hablas dóricas de Rodas, en el centro y oeste de Creta incita a pensar en la presencia de aqueos en estas islas antes de la instalación de los dorios. Esta reconstrucción está, pues, confirmada claramente por las tablillas de lineal B halladas en Cnosos, Pilos, Micenas y Tirinto. La pertenencia dialectal de los textos de Tebas sigue siendo un problema.

El beocio del primer milenio es un dialecto eólico que contiene un cierto número de rasgos occidentales. *A priori*, es posible identificarlo con el dialecto de los Βοιωτοί, que según Tucídides (I, 12,3) abandonaron el oeste de Tesalia para instalarse, hacia el final del siglo XII, en la región que a partir de aquel momento lleva su nombre. En esta hipótesis, es imposible dilucidar si antes de la llegada de los Βοιωτοί el dialecto de la región era protoeólico como el de la Tesalia oriental y Corinto, protoaqueo como el de la Argólida occidental, o protojónico como el del Ática. También es posible que coexistieran los tres dialectos. Además, aunque se admita que el dialecto de los habitantes de Tebas fuera protoeólico, no puede excluirse la posibilidad de que en palacio utilizaran el dialecto protoaqueo, que podríamos calificar de *standard* del palacio de Micenas. [Ruijgh, C., *in* 770, pp. 186-187].

Por desgracia, los datos de las tablillas de Tebas no son suficientes para dilucidar el enigma. Si se admite que en el protoeólico las desinencias del dativo plural eran -αισι (1.ª decl.), -οισι (2.ª decl.) -εσσι (3.ª decl.),[19] el dialecto de los textos tebanos no era protoeólico, sino protoaqueo, como el de las tablillas del Peloponeso y de Creta. En efecto, se encuentra *ma-ri-ne-we-ja-i* (para las mujeres subordinadas a *Mari-ne-u*), forma en -αις o en -ᾱhι (*infra*, p. 316), y *po-re-si* (para las víctimas), forma en -σι. Sin embargo, la desinencia protoeólica -εσσι es una innovación que podría ser posterior a la época de las tablillas de Tebas.

Las teorías de Risch y de Chadwick

Hay que tener en cuenta que esta teoría sobre la posición dialectal del micénico no está unánimemente aceptada. Hay otras teorías, de las cuales solamente vamos a mencionar las más importantes.[20] Según Risch [796, pp. 206-221 y 269-289], a quien siguen numerosos dialectólogos, el micénico sería antepasado tanto del jónico-ático como del arcadio-chipriota. Lo designa con la expresión *griego meridional*, en oposición al *griego septentrio-*

19. Ruijgh, C.: *Mnemosyne* II, 1958, pp. 97-116.

20. Dejamos de lado la teoría de Palmer, L. [942, pp. 64-80] que admite la presencia de rasgos protoeólicos en las tablillas del Peloponeso y de Creta. La teoría de Peters, M. [*in* 772, pp. 311-319] parece resucitar las ideas de P. Kretschmer que veía en el antepasado del arcadio-chipriota una mezcla de protoeólico y de protojónico, pero su argumentación es poco consistente.

nal, antepasado común de las hablas dóricas y eólicas. Admite, por lo demás, la posibilidad de una ligera distinción entre el protodórico y el protoeólico en la época de las tablillas. Sin embargo, el tratamiento del tipo *r̥* > ϱο, que se encuentra tanto en micénico como más tarde en arcadiochipriota, obliga a la conclusión de que el micénico pertenece al protoaqueo, ya diferente del protojónico, que tiene el tratamiento del tipo *r̥* > ϱα (*supra*, p. 307).

J. Chadwick adopta también el principio de bipartición de los dialectos en la época de las tablillas [*in* 3 (II.2), pp. 805-819]. Designa al que pertenece el idioma de las tablillas con la expresión de *griego oriental*, en oposición al *griego occidental*, expresión ya tradicional para designar el conjunto de las hablas dóricas propiamente dichas y las del noroeste. Las hablas del grupo jónico-ático y las del grupo eólico serían el resultado de mezclas distintas de *griego oriental* y de *griego occidental*. En este sentido, J. L. García Ramón ha tratado de demostrar que el protoeólico habría nacido en una fecha posmicénica debido a esta mezcla.[21] Esta ingeniosa teoría resulta difícil de aceptar. No explica, por ejemplo, por qué el jónico-ático no contiene huella alguna del tratamiento *r̥* > ϱο del «griego oriental» (o «meridional»). Por lo tanto, hay que llegar a la conclusión de la cuatripartición de los dialectos griegos contemporáneos de las tablillas (siglos XIV y XIII).

Desde luego, es posible la bipartición en una época más antigua, anterior al cambio de las líquidas vocálicas. En efecto, hay razones para admitir que al principio de la época micénica las líquidas vocálicas estaban aún intactas (*infra*, p. 565). Para esta época (siglos XVI-XV) se concibe fácilmente una simple distinción entre el «griego meridional» (con τι > σι) y el «griego septentrional» (con τι que se mantiene).

Dentro del micénico, E. Risch [796, pp. 451-458; v. pp. 276-279] cree descubrir dos subdialectos, el «micénico normal» y el «micénico especial», éste utilizado solamente por un número restringido de escribanos. Atribuye al «micénico normal» sobre todo la desinencia -ει del dat. sg. (3.ª decl.; tipo *po-se-da-o-ne*, Ποσειδᾱ́*h*ωνει [para Poseidón]) y formas como *pe-mo*, σπέϱμο (simiente), que contienen o respondiendo a las nasales vocales *n̥*, *m̥* del protoindoeuropeo. Al «micénico especial» atribuye la desinencia equivalente -ι (tipo *po-se-da-o-ni*, Ποσειδᾱ́ωνι) y formas como *pe-ma* σπέϱμα. Como la desinencia -ει y el tipo σπέϱμο no se mantienen en ningún dialecto del primer milenio, sugiere que el «micénico normal» podría ser la lengua de la corte y de la aristocracia, lengua que no habría sobrevivido a la destrucción de los palacios. El «micénico especial», por el contrario, podría ser la lengua de las clases sociales inferiores.

De hecho, los datos en cuestión pueden explicarse fácilmente sin recurrir a la hipótesis de dos subdialectos. En efecto, toda lengua, todo dialecto

21. *Les origines post-mycéniennes du groupe dialectal éolien*, Salamanca, 1975.

dispone de dobletes morfológicos. Así, el jónico-ático utiliza paralelamente formas del tipo φησι y φησιν, «dice», cuya última forma, la más reciente, contiene la ν efelcística debido a una acción analógica.

En protoindoeuropeo, *-ei* era la desinencia del dativo e *-i*, la del locativo (en singular). En micénico, ambas desinencias se utilizan en la tercera declinación, tanto con valor del dativo original como con el valor del locativo. Este sincretismo puede explicarse por el hecho de que las desinencias del dat. sg. -ᾳ (1.ª decl.: temas en -ᾱ-) y -ῳ (2.ª decl.: temas en -o-) eran analizables como *-ā + i* y *-ō + i*. Esta influencia explica igualmente la desaparición ulterior de -ει.

En cuanto a las nasales vocalizadas, el tratamiento fonético normal es α en todos los dialectos incluido el micénico, por ejemplo en *a-ki-ti-to*, ἄκτιτος (no cultivado) < **n̥-*, y en *pe-ma*, σπέρμα < **-mn̥*. Para el «micénico normal», E. Risch admite un tratamiento ο después de consonante labial, para explicar el tipo *pe-mo*, σπέρμο. Sin embargo, el hecho de que el tratamiento ο no se encuentre más que en la clase morfológica de los nombres neutros en **-n̥* y en la de los numerales invita a preferir una explicación morfológica basada en una acción analógica. Así, la sustitución de ὑδο- a ὑδα- < **ud-n̥-* en *a₂-ṛọ*[-]*u̯-do-pi*, ἁλὸς ὕδοφι (con aguas marinas) (instr. pl.; lit. «aguas del mar») se explica por la extensión del timbre vocálico del nominativo ὕδωρ (agua), a las otras formas flexionadas.[22] En la clase de los numerales, los cambios analógicos son muy frecuentes. Así, el tesalio utiliza ἑξο- (seis), a partir de πετρο- (cuatro), en el primer miembro de los compuestos. Por esto el micénico ἐν(ν)εϝο- en *e-ne-wo-pe-za*, ἐν(ν)εϝόπεζα (de nueve pies) (nom. sg. fem.) puede explicarse a partir de **ᴋʷετρο* (cuatro) (*supra*, p. 307). Resultando que la distinción de los dos subdialectos no está demostrada.

Recientemente, J. Chadwick ha propuesto una ingeniosa teoría: el «micénico normal» sería el «griego oriental», lengua de los señores de los palacios micénicos (*supra*, p. 309), mientras que el «micénico especial» sería el «griego occidental», lengua del pueblo que les estaba sometido.[23] Como el griego occidental se identifica con el protodórico, llega a la conclusión que los protodorios se encontraban ya en el Peloponeso y en Creta en plena época micénica. Por consiguiente, no habría habido invasiones dóricas hacia el final de la época micénica, sino que la población protodoria ya existente se habría rebelado contra los señores de los palacios y habría acabado por

22. Discusión detallada en [797, pp. 70-71, y 798, pp. 85-86]; cf. [LEUKART, A., *in* 773, pp. 354 y 361-362].

23. «Who were the Dorians?», *La Parola del Passato*, 166, 1976, pp. 103-117; «Der Beitrag der Sprachwissenschaft zur Rekonstruktion der griechischen Frühgeschichte», *Anzeiter der phil-hist. Klasse der Österreichischen Akademie der Wiss.* 113, 1976, pp. 183-200.

destruirlos. Según esta teoría, habría que poner muy en duda las tradiciones sobre las migraciones y las invasiones dóricas.

Sin entrar en el debate histórico (*infra*, p. 347), hay dos argumentos que merecen introducirse en el planteamiento. Por un lado, E. Risch observa justamente que en el primer milenio los parientes más próximos de los dialectos de los dorios del Peloponeso y de Creta son los dialectos del noroeste: focio, locrio y eolio [796, pp. 279-281]. Ello invita a admitir que los dorios invadieron el Peloponeso viniendo del norte, hacia el final del II milenio. Por otro lado, se explica mal por qué el dialecto de los señores micénicos destruidos sobrevive en Arcadia, región que no parece haber tenido ningún palacio micénico y donde, según la teoría de que hablamos, se esperaría más bien la presencia de un pueblo con dialecto griego occidental. Por ello es difícil aceptar esta teoría.

La posición del micénico entre el protogriego y el griego histórico

En la época de las tablillas (siglos XIV-XII), la diferenciación dialectal del griego es ya un hecho (*supra*, p. 307). El principio de esta diferenciación, es decir el final del protogriego, se sitúa quizá al principio de la época micénica (hacia 1600). El principio del protogriego, es decir, el final del protoindoeuropeo debe situarse por lo menos un millar de años antes.

Por un lado, el micénico contiene rasgos heredados del protoindoeuropeo que ya no perduran en el griego del primer milenio. Así, la forma *qe-to-ro-po-pi*, κ^{w}ετρό-ποπφι (cuadrúpedo) (instr. pl.) muestra que se mantienen las labiovelares (cf. el latín *quattuor*) frente al jónico-ático y dórico τετρα- y tesálico πετρο-. También demuestra la perduración del caso instrumental, distinto del dativo locativo, por lo menos en el plural de la 1.ª y de la 3.ª declinación, donde la desinencia es -φι (*infra*, p. 316). Más tarde el valor del instrumental se expresará por la forma del dativo-locativo en el marco del sincretismo de estos casos, mientras que la forma en -φι no se hallará más que en el lenguaje artificial de la epopeya homérica (*infra*, p. 462).

Sin embargo, el micénico está mucho más cerca del griego del primer milenio que del protoindoeuropeo, lo que parece lógico en el marco cronológico que acabamos de esbozar. Así, el tratamiento *h* de *s* inicial ante vocal ya es definitivo, ejemplo de formas como *e-qe-ta*, ἑκ^{w}έτᾱς, lit. «acompañante, compañero» (más tarde, ἑπέτᾱς; cf. latín *sequi* [seguir]). Igualmente, la sustitución de *-su* (conservado en sánscrito en *-si*) como desinencia del locativo plural sobre el modelo de *-i*, desinencia original del locativo singular, es un hecho seguro, por ejemplo en *ti-ri-ṣi*, τρισί, dat. loc. del cardinal *tres*. También hay que observar el sincretismo: la forma en -σι del

micénico no expresa solamente el valor del locativo sino también la del dativo original. Y esto concuerda con la sinonimia de las desinencias -ει e -ι en el dativo locativo singular (*supra*, p. 309).

El vocabulario micénico y los préstamos «egeos»

El vocabulario del micénico está también mucho más cerca del vocabulario del griego del primer milenio que del protoindoeuropeo. Así, la forma del nombre *da-mo*, δᾶμος, puede ser que se remonte al indoeuropeo: contiene la raíz *dā-*, cuyo sentido original era *cortar*, *repartir*. El sentido primero del nombre debe, pues, haber sido *sección*, *parte*. Sin embargo, en griego el nombre tiene el sentido especializado de «territorio de una comunidad» (sección de un país) y «comunidad de los habitantes de un territorio». Ahora bien, en las tablillas, *da-mo* designa ya *comunidad* (*infra*, p. 320).

El vocabulario griego contiene numerosos elementos tomados de otras lenguas del mundo egeo, lenguas que no nos son conocidas, excepto este «substrato egeo» del griego. Esto parecería explicarse por los contactos entre los indoeuropeos protogriegos, cuya llegada a Grecia la mayoría de los lingüistas sitúan hacia el principio del segundo milenio,[24] y los otros pueblos de la región, que hablaban lenguas probablemente no indoeuropeas. Se acostumbra a atribuir a los protogriegos una civilización de tradición seminómada y a los pueblos «egeos»[25] en cuestión, una civilización más bien sedentaria y agraria. Al instalarse en Grecia, los protogriegos habrían tomado numerosos términos referentes a la cultura material, la flora y la fauna, la nomenclatura social y económica, así como topónimos y antropónimos. Se admite con frecuencia que el número de términos tomados de los egeos aumentó al principio de la época micénica, en el momento en el cual Creta ejercía una gran influencia sobre el continente (*supra*, p. 267). Sea como fuere, la importancia del «substrato egeo» marcó la fisionomía del griego frente a las demás lenguas indoeuropeas, en el mismo grado que la importancia de las palabras de origen francés ha marcado la del inglés frente a las demás lenguas germánicas. A este respecto, J. Chadwick tiene toda la razón: el griego nació en Grecia [741, pp. 1-3].

Por lo tanto, no es extraño observar la presencia de elementos «egeos» ya bien integrados en el lenguaje de las tablillas. Tomemos la expresión de Cnosos *da-pu$_2$-ri-to-jo po-ti-ni-ja*, δαβυρίνθοιο ποτνίᾳ (para la señora del

24. Para una fecha más baja [942, pp. 16-26]. Sobre los datos arqueológicos, véase *supra*, p. 196.

25. La lingüística griega utiliza con frecuencia la expresión *prehelénico* o *pregriego* para designar las lenguas «egeas» de las cuales el griego tomó los nombres en cuestión. Sin embargo, estas expresiones se prestan a confusión.

gran Palacio). Designa seguramente la «diosa palacial».[26] Lleva al lado el nombre indoeuropeo πότνία y un doble del nombre «egeo» λαβύρινθος, que tiene la posibilidad de ser el nombre minoico del palacio de Cnosos. El sufijo «egeo» -νθ(ο)- figura igualmente en palabras como *a-sa-mi-to*, ἀσάμινθος (bañera). El sufijo «egeo» -σσ(ο)- de κυπάρισσος (ciprés), se presenta en Pilos en el adjetivo derivado *ku-pa-ri-se-ja*, κυπαρισσέγα (hecho de madera de ciprés) (nom. pl. ntr.). Según su estructura morfofonológica, también debe atribuirse un origen «egeo» al título *wa-na-ka* Fάναξ, dat. *wa-na-ka-te/wa-na-ke-te*, Fάνακτει, que designa a veces al rey, a veces a un dios; igualmente que a *qa-si-re-u*, γ^{w}ασλεύς (jefe local), palabra que acabará en βασιλεύς (rey) (*infr*, p. 325) y que contiene el sufijo «egeo» -ήF-(-εύ-).[27]

Este sufijo -ήF- se encuentra también en nombres como *ke-ra-me-u*, κεραμεύς (alfarero), derivado de κέραμος (tierra de alfarero), nombre que sin duda está tomado del «egeo». Ahora bien, el griego acabó por añadir igualmente el sufijo -ήF- a temas de origen indoeuropeo, como en el tipo inglés *settle-ment*, que contiene un sufijo francés añadido a un tema germánico. Sobre el modelo del tipo κεραμ-εύ-ς (derivado de κέραμος) el griego creó nombres como *i-je-re-u-*, ἱερ-εύ-ς (sacerdote) (derivado de ἱερόν [cosa sagrada]). El femenino correspondiente es en -εια: tipo *i-je-re-ja-*, ἱέρεια (sacerdotisa). Es tentador ver en -εια la forma de un sufijo igualmente «egeo», [797, pp. 247-248]. El micénico utiliza el sufijo -ειο-, igualmente de origen «egeo», en los adjetivos posesivos derivados de antropónimos, mientras que los adjetivos en -ιο-, sufijo indoeuropeo, tiene un valor patronímico. De *ku-ru-me-no*, Κλύμενος, se tiene, pues, *ku-ru-me-no-jo*, Κλυμένειος (que está en la posesión de Clímenos), frente a *ku-ru-me-ni-jo*, Κλυμένιος (que es el hijo de Clímenos).[28]

El vocabulario micénico contiene también algunos nombres que se encuentran en las lenguas semíticas,[29] por ejemplo *ku-mi-no* κύμῑνον (comino) (hebreo *kammōn*) y *ku-ru-so*, χρῡσός (oro) (hebreo *ḥārūṣ* < *ḫarūṣ*). Se admite generalmente que el griego los tomó de una lengua semítica, o bien directamente, o bien por intermedio de otra lengua, por ejemplo la de los minoicos. También hay que pensar en la posibilidad de que no solamente los griegos, sino también los semitas, cuyos antepasados eran igualmente seminómadas, hubieran tomado estas palabras de un pueblo sedentario de la cuenca oriental del Mediterráneo. Así, κύμῑνον puede contener el sufijo

26. Ruijgh, C.: *SMEA* 4 (1967), pp. 40-52.

27. Perpillou, J.-L.: *Les substantifs grecs en -εύς*, París, 1973, pp. 73-77, plantea la posibilidad de un origen indoeuropeo para este sufijo.

28. (797, pp. 258-260); Killen, J.: «Mycenaean adjectives in -e-jo», *Transactions of the Philological Society*, 1983, pp. 66-99.

29. Masson, E.: *Recherches sur les plus anciens emprunts sémitiques en grec*, París, 1967.

«egeo» ῖν(ο)-, al igual que *se-ri-no-*, σέλῖνον (apio), sin correspondiente semítico. Se trata de palabras «viajeras» que por la vía del latín han podido pasar a las lenguas indoeuropeas modernas. La estructura morfofonológica de χρῦσός recuerda la del topónimo minoico *ko-no-so*, Κνωσός (Cnosos). La inserción de la vocal *a* en *ḥarūṣ* se explica por las reglas morfofonológicas de las lenguas semíticas. En la hipótesis de que el griego lo hubiera tomado del semítico, en cambio, se alcanzaría más bien la forma *χαρῦσός.

Y, finalmente, el micénico contiene ya algunas palabras de origen claramente indoeuropeo, pero cuya forma fonológica no concuerda con las leyes fonéticas del griego. Así se encuentra *ze-u-ke-si* ζεύγεσ(σ)ι, dat. pl. de ζεῦγος (enganche, par), nombre cuya raíz se remonta a **yeug-* (cf. ζυγόν, latín *iugum* [yugo]). Ahora bien, el tratamiento griego normal de *y* inicial es *h*, como lo prueba, por ejemplo, el pronombre relativo ὅς < *yos*. En micénico, el cambio *y* > *h* estaba todavía en formación, como lo demuestra la coexistencia de expresiones como *jo-do-so-si* γώ(ς) δῶσονσι (como ellos entregarán), y *o-do-ke*, ὠ(ς)δῶκε (como él ha entregado). La forma ζευγ- sólo se explica partiendo de **dyeug-*. Por lo tanto, hay que concluir que mucho antes de la época de las tablillas, el griego prehistórico tomó **dyeug-* (uncir o enganchar) de una lengua indoeuropea vecina, en la cual el tratamiento inicial *y* > *dy* era normal [797, pp. 65-66]. Como esta lengua, por lo demás, es desconocida, es imposible determinar si es anterior o posterior a la llegada de los protogriegos a Grecia.

3. Descripción del dialecto micénico

Desgraciadamente, una descripción completa de la fonología, de la morfología, de la sintaxis y del vocabulario del dialecto micénico está fuera de nuestras posibilidades. En efecto, el conocimiento del micénico es enormemente incompleto en comparación con el del griego del primer milenio, sobre todo el del ático clásico. Ello se debe no sólo a la naturaleza de los textos redactados en el marco de la administración palacial y al número muy restringido de éstos (*supra*, p. 293), sino a la ortografía del lineal B, que no refleja la estructura fonológica del griego más que de una manera muy imperfecta, sobre todo si la comparamos con la escritura alfabética.

Las reglas ortográficas

En principio, cada silabograma anota una sílaba que empieza por una sola consonante: *pa, pe, pi, po, pu; ta, te, ti, to, tu; da, ...; ka, ...; qa, ...; sa, ...; za, ...; ma, ...; na, ...; ra, ...; wa, ...; ja, ...* Puesto que una palabra

griega puede comenzar por vocal, también existen silabogramas para *a, e, i, o, u*. La escritura no distingue las vocales largas de las vocales breves: *po-ro*, πῶλος (potro), *po-de*, ποδεί (pie) (dat. instr. sg.). Tampoco distingue la líquida λ de la líquida ρ: *ri-no*, λίνον (lino), *ri-jo*, 'Ρίον (top., lit. «promontorio»); ni las consonantes sonoras (excepto δ) de las consonantes sordas: *ke-ra*, γέρας (privilegio), *ke-ra*, κέρας (cuerno), pero *de-so-mo*, δεσμός (vínculo) frente a *te-me-no*, τέμενος (dominio); ni las consonantes aspiradas de las no aspiradas: *te-o*, θεhός (dios, diosa), *te-me-no*, τέμενος; ni las secuencias «*h* + vocal» de las vocales sin consonante precedente: *e-ri-ka*, ἐλίκᾱ (sauce), *e-re-pa*, ἐλέφανς (marfil). Por otro lado, anota siempre los sonidos *y* y *w* que se pronuncian automáticamente ante vocal después de, respectivamente, *i* y *u*: *ri-jo*, 'Ρίον, *ku-wa-no*, κύανος (esmalte azul marino).

En el caso de diptongos, expresa siempre el segundo elemento *u* por el silabograma *u*, pero omite casi siempre el segundo elemento *i: a-ro-u-ra*, ἄρουρα (tierra arable), pero *po-me*, ποιμήν (pastor), *ko-to-na/ko-to-i-na*, κτοίνᾱ (tierra cultivable).

Como los silabogramas sólo expresan, en principio, sílabas formadas de «consonante + vocal», la escritura no puede expresar de manera no ambigua las consonantes que figuran a final de palabra o ante otra consonante. Omite simplemente las consonantes finales, es decir -ς, -ν, -ρ: *pa-te*, πάντες (todos), *po-me*, ποιμήν, *pa-te*, πατήρ (padre). Igualmente, omite el primer segmento de una geminada: *i-qo*, ἵκκ^{w}ος (caballo) (geminada labiovelar, más tarde ἵππος). Ante consonante, las oclusivas se anotan casi siempre mediante un signo que corresponde a la primera vocal que sigue: *ti-ri-po*, τρίπως (trespiés), *ku-su*, ξύν = κσύν (con). La vocal no pronunciada de la transcripción se designa con la expresión de «vocal muerta». Cuando la oclusiva se encuentra después de la última vocal de la palabra, es a ésta a la que corresponde la «vocal muerta»: *to-ra-ka*, θώρᾱξ = θωρᾱκς (coraza). La sibilante σ se omite casi siempre ante las oclusivas, pero se anota ante las demás consonantes: *wa-tu*, Ϝάστυ (ciudad), frente a *de-mo-so-mo*, δεσμός (vínculo). Las nasales se omiten ante una oclusiva o una sibilante,[30] pero se anotan ante las demás consonantes: *pa-te*, πάντες (todos), *a-pi*, ἀμφί (de una parte a otra), frente a *a-mi-ni-so* 'Αμνῖσός (top.), *ke-se-ni-wi-jo*, ξένϝιος (referente a los huéspedes). Las líquidas se omiten normalmente ante consonante (excepto ante *y*): *ko-wo*, κόϙϝος (muchacho), *ka-ko*, χαλκός (bronce). La semivocal Ϝ se expresa siempre: *wi-ri-no*, Ϝρῑνός (cuero de buey).[31]

30. Puesto que -νσ- perdura aún en arcádico, hay que interpretar una grafía como *pa-si* «para todos» (dat. pl.) como πάνσι. Se admite generalmente que -νς final también estaba intacto, como ocurre más adelante en la lengua de la Argólida occidental y en el cretense central.

31. Las reglas enumeradas aquí se explican hasta un cierto punto por el principio de la «sílaba ortográfica»; véase Rujgh, C.: *Minos*, 19 (1985), pp. 119-126.

Ante Ϝ, la vocal homorgánica *u* puede igualmente utilizarse como «vocal muerta»: grafías del tipo *ke-se-nu-wi-ja* al lado de *ke-se-ni-wi-jo* para ξένϜιος. Ante *y*, se utiliza la vocal homorgánica *i* obligatoriamente, en la expresión gráfica *di-wi-jo*, ΔίϜyος (perteneciente a Zeus).

Al lado de los silabogramas primarios de los que acabamos de hablar, existen también dos clases de silabogramas secundarios. La primera es la de los «dobletes», signos que tienen un valor más específico que el de los signos primarios que les corresponden. Así, la palabra ἔλαιϜον (aceite de oliva) se escribe a veces *e-ra-wo* según la regla dada anteriormente, a veces *e-ra$_3$-wo*, donde el signo transcrito por *ra$_3$* tiene el valor específico de ραι o λαι. Los demás dobletes reconocidos unánimemente son *a$_3$* (valor αι), *a$_2$* (valor *ha*) y *pu$_2$* (valor φυ o βυ). También existe un signo *au*. Pero la clase de los dobletes es muy incompleta. No se conoce ningún signo para *mai, nai*, etc., ni para *roi, moi, noi*, etc., ni para *he, hi, ho*, etc.

Los signos secundarios de la segunda clase tienen un valor complejo formado por «consonante + semivocal + vocal». Así, el antropónimo ὈρθϜώϜης, literalmente «con las orejas erguidas» se escribe a veces *o-to-wo-we* o *o-tu-wo-we* y a veces, *o-two-we*. Los signos de valor complejo reconocidos unánimemente son *ra$_2$, ro$_2$, ta$_2$* (valores *rya, ryo, tya*), *twe, two, dwe, dwo, nwa*. Hay que añadirles *pte*, signo cuyo valor no contiene semivocal *y* o *w*. Esta clase es también muy incompleta. No se conoce un signo para *dwa, dwi, nwe, nwo*, etc.

La interpretación fonológica de las grafías

A veces es difícil establecer la forma fonológica exacta representada por una u otra grafía. Así, *ze-u-ke-si* representa el dativo plural de ζεῦγος (yunta, par), pero no se sabe si la forma era aún ζεύγεσσι o ya ζεύγεσι, con simplificación de la sibilante geminada. Es cierto que la simplificación es ya un hecho seguro en arcadio, pero podría ser posterior a la época de las tablillas.

Debido a las reglas ortográficas, una misma grafía se utiliza para varias formas flexionadas, sobre todo en la flexión nominal. Así para un tema femenino en -ᾱ- (1.ª decl.), una grafía en *-a* puede representar las desinencias -ᾱ (nom. sg.), -ᾱς (gen. sg.), -ᾷ (dat. sg.), -ᾶν (ac. sg.), -αι (nom. pl.), -ανς (ac. pl.). Para un tema masculino en -o- (2.ª decl.) una grafía en *-o* puede representar -ος (nom. sg.), -ῳ (dat. sg.); -ον (ac. sg.), -ω (nom. ac. dual), -οι (nom. pl.), -ων (gen. pl.), -οις (instr. pl.), -ονς (ac. pl.).

Debido a ello, es imposible establecer hasta qué punto el micénico fusionó el dativo, el locativo y el instrumental. En protoindoeuropeo, estos tres casos eran distintos, mientras que en el griego del primer milenio la fusión es ya completa: una sola forma nacida o bien del dativo original o

bien del locativo expresa los tres valores en cuestión. En plural estos casos plantean un difícil problema. La fusión del dativo original con el locativo es un hecho, como lo demuestra la utilización de la desinencia -σι en la tercera declinación. La desinencia -φι del instrumental plural se distingue bien. En la primera declinación el instrumental en *-a-pi*, -ᾱφι se distingue igualmente del dativo locativo en *-a-i*. La gran mayoría de micenólogos interpreta *-a-i* como -ᾱ*h*ι(<-ᾱσι), pero la interpretación -αις no puede excluirse. Para la segunda declinación, la mayoría admite las desinencias en -οις (grafía *-o*) y -οι*h*ι (grafía *-o-i*) para, respectivamente, el dativo-locativo y el instrumental, pero en este caso *-o-i* podría también representar -οις [798, pp. 78-85].

Por suerte se pueden decidir otras muchas cuestiones, especialmente gracias a la utilización de los silabogramas secundarios. Así, la utilización del signo a_2 con valor *h*α en formas como *me-zo-a*$_2$, μέζο*h*α < **még-yos-a* (más grande) (nom. pl. ntr.) demuestra que en micénico la *h* intervocálica surgida de *s* no había aún desaparecido. Con más razón todavía, las contracciones del tipo *μεζοα > μέζω son de fecha posmicénica. Igualmente, la *h* intervocálica surgida de *y* se mantiene aún.

La grafía constante *a-mo (jamás* **a*$_2$*-mo*), tanto en Pilos como en Cnosos, demuestra que el nombre micénico de la rueda con radios era ἄρμ*h*ο. El griego posterior posee ἅρμα, «carro», con desplazamiento de la aspiración hacia la inicial. La perduración de *h* < *s* en una palabra como *te-o*, θε*h*ός, «dios», invita a admitir que la disimilación del tipo *θρέφω > τρέφω (ley de Grassmann) es posterior a la época de las tablillas: si no θε*h*ός habría acabado en *τε*h*ός > *τεός, mientras que la forma del griego histórico es en realidad θεός.

Las desinencias del nominativo plural -αι (1.ª decl.) y -οι (2.ª decl.) son de origen pronominal: substituyen a las desinencias más antiguas *-ᾱς y *-ως en la flexión nominal. En la flexión pronominal, el tipo ταί «aquéllas», se crea sobre el modelo del tipo τοί «aquéllos». *A priori* es imposible determinar si las grafías en *-a* y en *-o* (nom. pl.) representan aún las desinencias antiguas o ya las desinencias más recientes. Por suerte, grafías como *di-pte-ra*$_3$, διφθέραι «pieles trabajadas» (*ra*$_3$ = *rai*) demuestran que las innovaciones en cuestión eran ya un hecho en micénico.

Una grafía como *ku-pa-ro*$_2$, κύπαϱυος, «papiro», correspondiente al dórico κύπαιρος muestra que el grupo «líquido + *y*» estaba aún intacto. El grupo F*y* también está intacto, como lo demuestra el teónimo *di-wi-ja/di-u-ja*, Δίϝ*y*α (orig. «esposa de Zeus»). El grupo *-sy-* pasa a *-hy-* > *-yy-*: tipo *ku-ro-so-jo*, χϱῦσοῖο, «oro» (gen. sg.), con -οι(*y*)ο = -ο*yy*ο.

Los grupos «oclusiva + *y*», por el contrario, han perdido ya la consonante *y* como consecuencia de tratamientos como *gy* > *dy* > ^{d}*zz*: *me-zo-a*$_2$, μέζο*h*α < **még-yos-a*, «más grande» (nom. pl. ntr.).

En este marco puede resolverse el problema del silabograma de valor

complejo *pte*, valor que no contiene semivocales. En efecto, el grupo -πτ- es con frecuencia el final fonético de -πy- o -φy-: tipo *ῥάφγει > ῥάπτει «él cose». Por consiguiente es tentador suponer que en una época anterior a las tablillas, el valor del signo en cuestión era **pye*. En esta época, *ῥάφγει podía, pues, escribirse como **ra-pye*. Después del cambio πy,φy > πτ la grafía respondía a la pronunciación ῥάπτει, lo que explica el valor demostrado *pte* del signo [794]. A partir de aquel momento, se podía utilizar igualmente en palabras como *ra-pte*, ῥαπτήϱ, «el que cose» (nombre de agente en -τήϱ demostrado en Cnosos y en Pilos), donde -πτ- no ha surgido de -φy-. Los griegos micénicos habrían, pues, adoptado la escritura minoica mucho antes de la época de las tablillas (siglos XIV-XIII). Se podría designar esta fase anterior (siglos XVI-XV) con el término de *protomicénico*. Esta conclusión es compatible con los datos arqueológicos que demuestran que desde el HR I la aristocracia micénica se había interesado por los productos de la cultura minoica (*supra*, p. 267).

La naturaleza de los textos micénicos

Los textos escritos sobre tablillas de arcilla se inscriben en el marco de la administración palacial: se trata de menciones del personal, de ganado, de bienes muebles e inmuebles y lo esencial de todo ello se halla en las expresiones *ideograma + cifra*, precedidos cuando es necesario por palabras o grupos de palabras especificando la naturaleza de las entidades en cuestión, el lugar en el que se encuentran, la persona que las posee o que es responsable de ellas, su origen o su destino. La validez de estos documentos está restringida a un tiempo bastante corto, todo lo más a un año. Se impone utilizar un estilo muy conciso, dado el espacio limitado ofrecido por la tablilla. Por esto es raro encontrar un verbo. En una mención como *a-mi-ni-so-de pa-si-te-o-i* OLEUM S 1 'Αμνῖσὸν δέ, πάνσι θεhοῖς, «A Amnisos, para todos los dioses» (KN Fp 48,3), falta un verbo que signifique *se envía* o *siendo enviado*. Es importante observar la utilización de la posposición δέ («hacia, a») precedida del acusativo para expresar la finalidad local de un movimiento, forma que se encuentra también en Homero.

La mayoría de las palabras son, por consiguiente, nombres o adjetivos, mientras que los pronombres y verbos son escasos. Además, se encuentran principalmente nombres propios, sobre todo antropónimos, y luego, nombres geográficos (topónimos y étnicos). Cuando se utiliza un verbo es para hacer constar una situación o una acción presente, o bien una acción realizada en el pasado reciente o prevista para un próximo futuro. Los textos no expresan ni mandatos, ni súplicas, ni preguntas. El escribano nunca se dirige a una segunda persona. Exceptuando los títulos como *o-di-do-si du-ru-to-mo*, ὡ(ς) δίδονσι δϱυτόμοι, «como los leñadores proporcionan» (PY

Vn 10,1) los textos solamente ofrecen ejemplos de frases subordinadas (PY Ta 711, 1; Un 1314, 2).

Debido a todo ello nuestro conocimiento de la morfología verbal y pronominal y de la sintaxis del verbo y de la frase compleja —utilización de los casos para los complementos del verbo, utilización de los tiempos y modos, utilización de las conjunciones de subordinación, etc.— es extremadamente incompleto. Las formas de la primera y la segunda persona del pronombre y del verbo faltan, de igual modo que las del vocativo y del pronombre interrogativo. En cuanto a los modos de los verbos, solamente se encuentra el indicativo (frase declarativa). El subjuntivo, el optativo y el imperativo faltan. En cuanto a los tiempos, se encuentra el presente, el futuro y para las acciones del pasado el aoristo en su expresión no pasiva. No faltan solamente el imperfecto y el pluscuamperfecto sino también el aoristo pasivo.

El aoristo expresa simplemente el final de la acción, mientras que el perfecto griego expresa el estado presente resultado de la acción expresada por el tema verbal. Así se explica la elección del pasado en la expresión pasiva: los administradores sólo mencionan las acciones del pasado reciente si su resultado es aún válido, es decir, si subsiste en el presente. Así, el participio pasivo de *de-do-me-na-*, δεδομένα, proporcionados (nom. pl. ntr.) se aplica a ruedas de carro que han sido proporcionadas al arsenal de Cnosos y que actualmente se encuentran allí (KN So 4440, etc.) Ahora bien, en la expresión activa, la utilización del perfecto era imposible. Efectivamente, las formas del tipo δέδωκε, «él ha dado», que expresan a la vez el estado presente del complemento directo y la responsabilidad presente del sujeto, son una creación reciente del griego histórico. Son muy raras en Homero y solamente van siendo más frecuentes en la época clásica. Por ello los escribanos micénicos solamente podían utilizar el aoristo *do-ke*, δῶκε «ha dado, ha proporcionado».[32] La ausencia de imperfecto y de pluscuamperfecto se explica fácilmente: esos tiempos sirven en principio para expresar acciones y estados del pasado en relación de simultaneidad con otra acción del pasado, pero estas combinaciones de acciones del pasado no se presentan en el marco del estilo lapidario de estos textos administrativos.

Nuestro conocimiento del vocabulario micénico es igualmente muy incompleto, incluso en lo que concierne a nombres y adjetivos. Así, no se encuentra nombre para *hermano* y *hermana*. Igualmente, falta el nombre para *borrego*; el ideograma OVIS basta, y se encuentra un centenar de veces. Es lógico que no se encuentren nombres de nociones morales en las tablillas. Por suerte, los nombres propios pueden a veces suplir algunas lagunas. Así, el antropónimo *a-re-ta-wo*, 'Αρετᾶϝων, está derivado de ἀρετᾶ, «buena calidad, virtud»; el nombre *a₃-nu-me-no*, 'Αίνυμενός, está basado en el participio αἰνύμενος del verbo homérico αἴνυμαι, «yo tomo». El topónimo

32. CHANTRAINE, P.: «Le parfait mycénien», *SMEA*, 3 (1967), pp. 19-27.

e-u-de-we-ro, 'Ehυδείϝελος, corresponde al adjetivo homérico εὐδείελος, «muy visible, que se ve de lejos».

La más larga frase micénica

La frase más larga con verbo completo que se encuentra en las tablillas (PY Ep 704, 5-6) ilustra claramente los rasgos del dialecto micénico.

Forma parte de un documento «catastral». Está constituida por la coordinación de dos frases simples:

e-ri-ta i-je-re-ja e-ke e-u-ke-to-qe e-to-ni-jo e-ke-e te-o da-mo-de-mi pa-si ko-to-na-o ke-ke-me-na-o o-na-to e-ke-e

'Ερίθᾱ ἰέρεια ἔχει εὔχετοί χ^{w}ε ἐτώνιον (?) ἔχε*h*εν θε*h*ῷ, δᾶμος δέ μίν φᾶσι χτοινά*h*ων χεχεμενά*h*ων ὀνᾶτὸν ἔχε*h*εν

«Erita, la sacerdotisa, tiene (una parcela) y declara solemnemente que tiene una parcela en usufructo privilegiado para la diosa, pero la comunidad dice que tiene una parcela en usufructo (ordinario) de los terrenos cultivables comunales» [797, pp. 314-315].

Desde el punto de vista ortográfico, se observa que la partícula enclítica monosilábica κ^{w}ε se añade a la palabra precedente constituyendo con ella una sola «palabra gráfica» (*e-u-ke-to-qe*; cf. el latín popular *populusque*); igualmente, la partícula pospositiva δέ y el pronombre enclítico μιν (*da-mo-de-mi*).

Desde el punto de vista fonológico, debe observarse que perdura la labiovelar en κ^{w}ε (> τε), la *h* (< *s*) intervocálica en θε*h*ῷ (> θεῷ), en la desinencia -ᾱ́*h*ων (> -ᾱ́ων, que se encuentra también en Homero) del genitivo plural de la primera declinación, -ε*h*εν (> *-εεν) del infinitivo temático activo, la aspiración inicial en χε-χε-μένος (cf. χε-χυ-μένος > κεχυμένος, participio perfecto pasado de χέϝω «yo vierto»). Después de la caída de la *h* intervocálica, la contracción cambia *-εεν en -ειν; igualmente cambia -ᾱ́ων en -ᾶν. Se sabe que se mantiene en todos los dialectos excepto en el jónico-ático que tiene el tratamiento ᾱ > η: 'Ερίθη, δῆμος, φησι, ὀνητόν, desinencia *-ήων > -έων (ático -ῶν).

Desde el punto de vista morfológico, se observa la perduración de la desinencia personal media -τοι (3.ª pers. sg.) heredada del protoindoeuropeo. Más tarde aún subsiste en arcadio-chipriota, con -(σ)οι (2.ª pers. sg.) y -ντοι (3.ª pers. pl.). Los otros dialectos sustituyen estas desinencias por -ται, -σαι, -νται, con el vocalismo α tomado de -μαι (1.ª pers. sg.).

Desde el punto de vista sintáctico, hay que señalar la falta de artículo definido. El equivalente ático de la frase presentaría las expresiones τῇ θεῷ ὁ δὲ δῆμος, etc. El artículo ὁ («el») (ἡ, τό, etc.) surge del pronombre demostrativo anafórico ὁ («aquél»). La utilización original se encuentra en micénico: *to-i-qe* τοῖς κ^{w}ε, «y para aquéllos» (dat. pl. masc.), etc. Se encuentra también en Homero, en el cual la utilización de ὁ como artículo es aún rara. Por otro lado, la frase muestra que el micénico conoce ya la utilización declarativa del infinitivo, es decir, la utilización del infinitivo en estilo indirecto dependiendo de un verbo de opinión o de declaración y

correspondiendo al indicativo de la frase declarativa en estilo directo. Incluso figura ya la proposición infinitiva con sujeto en acusativo (μιν...; ἔχεhεν).

Respecto al vocabulario, en micénico, la partícula κ^{w}ε es aún el coordinador usual de valor «y». En el griego histórico, sobre todo en la prosa epigráfica, el empleo de τε > κ^{w}ε se limita prácticamente a construcciones fijas como τε... καί, «y»; οὔτε... οὔτε «ni... ni...»; εἴτε... εἴτε, «sea (que)... sea (que)». En el primer milenio, el coordinador usual para «y» es καί (κάς en Chipre y en Mantinea), partícula que igualmente se utiliza como adverbio con valor de «también, incluso». El empleo adverbial es más antiguo. Que el adverbio *κασί, «también» (forma esperada para el micénico) no esté demostrado en las tablillas se explica por la concisión de su estilo. El verbo εὔχομαι se utiliza en el primer milenio en sentido religioso de «rezo en voz alta», «hago promesa», pero el sentido de «declaro solemnemente, estoy orgulloso de» (con el infinitivo declarativo) se encuentra claramente en Homero.

Como expresiones técnicas del vocabulario jurídico relativo al régimen de propiedad (*infra*, p. 392), las palabras κτοίνᾱ, κεκεμένᾱ, ὀνᾱτόν y ἐτώνιον (?) no han sobrevivido a los palacios micénicos. La palabra κτοίνᾱ se deriva de la raíz κτει-, cuyo sentido original era «transformar [una tierra] cultivando en ella vegetales y construyendo allí edificios». En las tablillas, el nombre debe designar un terreno cultivable que pertenezca, o bien a un particular (*ki-ti-me-na*) o bien al δᾶμος, «comunidad local» (*ke-ke-me-na*). El sentido original del participio *ki-ti-me-na*, κτιμένᾱ (fem.), es «que está puesto en cultivo» (presente de hábito). El del participio pasivo perfecto *ke-ke-me-na*, κεκεμένᾱ, debe ser «abandonado, dejado inculto» (estado permanente: raíz χη-, «dejar detrás de sí, abandonar». cf. χή-ρᾱ, «viuda») (*infra*, p. 393). La utilización micénica de estos términos podría explicarse si se admite que en la época prehistórica cuando los seminómadas ocupaban una u otra región, determinados terrenos eran cultivados por miembros individuales de la tribu (κτιμένᾱ), mientras que la tribu dejaba incultos otros terrenos para utilizarlos en común como pastos (κεκεμένᾱ). Al correr de los siglos, la población en aumento acabó por roturar también las tierras κεκεμένᾱ y el valor de ambas expresiones se convirtió en puramente jurídico.

La expresión *o-na-to*, ὀνᾱτόν es el neutro sustantivado del adjetivo verbal ὀνᾱτός derivado del verbo ὀνίναμαι, «saco provecho de, disfruto de». El sentido fundamental es, pues, «de lo que se puede sacar provecho, disfrutar». El término sirve para designar una parcela que forma parte de una κτοίνᾱ y que el posesor, un particular o el δᾶμος, ha concedido temporalmente a otra persona en compensación del cumplimiento de determinadas obligaciones. Estas personas se designan por el nombre de agente *o-na-te-re*, ὀνᾱτῆρες literalmente «los que se aprovechan, los que los disfrutan». En la frase estudiada el término *e-to-ni-jo* se opone al de *o-na-to* y debe de referirse a un nivel más privilegiado —¿falta de determinadas obligaciones, más larga duración del usufructo?— pero la última interpretación es dudosa.[33]

Estos términos jurídicos no se encuentran tal cual en el primer milenio. El nombre κτοίνᾱ se encuentra en Rodas, pero parece designar una división territorial (¿sección de un demo?). El participio κτίμενος se encuentra en Homero en fórmulas hechas como ἐυκτίμενον πτολίεθρον, «ciudad que está bien cuidada». El presente del verbo al que pertenece el participio perfecto pasivo κεκεμένος debe de haber sido *χί-χη-

33. Para una posible interpretación véase Ruijgh, C.: *SMEA*, 15 (1972), pp. 94-96.

μι > *κίχημι, «dejo tras de mí» (tipo τίθημι). La forma del imperfecto ἐκίχην, originalmente «estaba dejando tras de mí» ha sido reinterpretada de manera bastante inesperada como un aoristo («alcancé corriendo»), utilización que se halla en Homero. Después de la reinterpretación el griego formuló con este aoristo el nuevo presente κιχάνω, «alcanzo corriendo», a partir de φθάνω, «adelanto». No se sabe si esta reinterpretación es de fecha posmicénica o micénica. Por fin, el adjetivo verbal ὀνᾱτός sobrevive en el compuesto ἀνόνητος, «de lo que no se puede disfrutar».

La fonología, la morfología y la sintaxis

Se pueden resumir ya los rasgos principales de la fonología micénica. Las labiovelares están aún intactas. Más adelante, se convierten o bien en dentales (ante *e* e *i*, sobre todo en jónico-ático), o bien en labiales (en las demás posiciones): *-qe*, κ^{w}ε, «y» > τε, *a-pi-qo-ro*, ἀμφίκ^{w}ολος, «servidora» > ἀμφίπολος. El micénico conoce aún la semivocal *y*, especialmente después de consonantes sonoras. En posición inicial y entre vocales *y* tiende a convertirse en *h*. Más tarde, el sistema fonológico ya no contiene *y*. La semivocal Ϝ está aún intacta en el micénico. Más tarde desaparece gradualmente en la mayoría de los dialectos, primeramente en el jónico-ático. En el micénico la *h* intervocálica está aún intacta. Más adelante desaparece, lo que provoca las contracciones de grupos de vocales.

Desde el punto de vista morfológico, se observa que el micénico posee morfemas flexionales (desinencias, etc.) que desaparecen o tienden a desaparecer en el griego histórico. Así existe aún la desinencia -οιο del genitivo singular de la segunda declinación: tipo *ku-ru-so-jo*, χρῡσοῖο, «de oro». Más adelante, -οιο solamente subsiste en tesalio oriental. Los demás dialectos tienen *-οο > -ου (= *ō* cerrada) que en algunos casos (arcadio, etc.) se convierte en -ω (= *ō* abierta). El cambio alcanzó primeramente al pronombre demostrativo del que surgió el artículo (*supra*, p. 319): *τό-ο a partir de τέ-ο, «¿de quién?», ἐμέ-ο «de mí», etc. Luego alcanzó los temas nominales en -o-. En micénico, -ει y -ι coexisten aún como desinencias del dativo singular de la tercera declinación. Más adelante, el griego solamente conoce -ι.

Por lo que respecta a la flexión verbal, el micénico conserva aún las desinencias primarias medias del tipo -τοι. Más adelante -τοι se mantiene en el arcadio-chipriota, pero los otros dialectos tienen -ται. El micénico conserva igualmente la desinencia primaria activa -ενσι < *-εντι para la tercera persona del plural en la flexión de determinados presentes atemáticos: *e-e-si*, ἔ*h*ενσι, «son», *ki-ti-je-si*, κτίενσι, «cultivan». Más tarde ya no subsiste. El jónico-ático tiene εἰσι, «son» (ει = *ē* cerrada), ἴᾶσι, «ellos van» (con -ᾶσι tomado del perfecto: tipo δεδίᾶσι, «ellos temen»). En el micénico, la utilización del aumento silábico es aún opcional. Las más de las

veces, los escribanos lo omiten para ahorrarse un signo: tipo *do-ke*, δῶκε «ha entregado», nunca **e-do-ke*, ἔδωκε. En determinados verbos compuestos a veces lo utilizan: tipo *a-pe-do-ke*, ἀπέδωκε, al lado de *a-pu-do-ke*, ἀπύδωκε, «él ha remitido», dos grafías que necesitan el mismo número de signos. Más adelante, la utilización del aumento silábico es obligatorio, excepto en el lenguaje de Homero. La forma del participio perfecto pasivo femenino *a-ra-ro-mo-te-me-na*, ἀρ-αρμ*h*οτ-μένᾱ, «montado», «completamente acoplado» contiene frente al ático ἡρμομένη dos rasgos morfológicos antiguos, a saber, el tipo de repetición y el mantenimiento de la τ final del tema verbal.

La forma del participio perfecto *te-tu-ko-wo-a*$_2$, θε-θυχ-Ϝό*h*-α, «completamente unidos» (nom. pl. ntr.) conserva igualmente dos rasgos morfológicos antiguos: el grado cero θυχ- de la raíz frente al hom. τετευχώς y la forma original -Ϝο*h*- < -Ϝοσ- del morfema del participio perfecto. Luego el griego inserta -τ- después de -(Ϝ)ο- ante las desinencias que empiezan por vocal. Así, el hom. ἀρηρότα «encajado en, adornados de» (nom. pl. ntr.) corresponde al micénico *a-ra-ru-wo-a*, ἀρ-αρ-Ϝό*h*α. La inserción de -τ- restaura la transparencia morfológica de estas formas, que se habían convertido en opacas debido a las contracciones. La elección de -τ- se debe a la influencia de los participios temáticos en -ων (nom. sg. masc.), -ον (nom. sg. ntr.), -οντος (gen. sg. masc. ntr.), etc. Es importante observar que el valor de los participios *te-tu-ko-wo-a*$_2$ y *a-ra-ru-wo-a* es pasiva. En el micénico no existían aún los participios transitivos como δέδωκα «he dado».

Refiriéndonos al sistema morfológico, hemos indicado ya que en micénico la distinción entre el instrumental y el dativo-locativo está aún intacta, por lo menos en el plural de la primera y de la tercera declinación (*supra*, p. 316). Más tarde, la forma instrumental desaparece y el sincretismo de ambos casos es completo. Además, el micénico conoce utilizaciones de estos casos que no subsisten o casi no subsisten en el primer milenio. La razón de su desaparición es que la sola forma del dativo estaba sobrecargada debido a la fusión de los dos casos. En micénico, el dativo del nombre inanimado sirve a veces para expresar la finalidad. He aquí un ejemplo de la utilización adnominal: *di-pte-ra... pe-di-ro-i*, διφθέρᾱ... πεδίλοις (ο -οι*h*ι) «una piel trabajada... para sandalias» (PY Ub 1318, 7). Y véase un ejemplo de la utilización adverbial: *o-do-ke a-ko-so-ta tu-we-ta a-re-pa-zo-o tu-we-a a-re-pa-te ze-so-me-no*... ὡ(ς) δῶκε 'Αλξοίτᾱς θυέστᾳ ἀλειφαζόh*ῳ* θύε*h*α ἀλείφατει ζεσ(σ)ομένῳ, «como Alxoitas ha proporcionado a Tiestes, cocedor de ungüento, materias aromáticas para el ungüento que debe cocerse» (PY Un 267,1-4). La construcción del nombre en dativo con el participio futuro pasivo equivale a la construcción latina del tipo *urbi condendae*, «para la fundación de una ciudad». Se encuentra también la utilización del adnominal del instrumental de valor comitativo, por ejemplo en *to-pe-za*...

e-re-pa-te-jo po-pi... τόρπεξα... ἐλεφαντέγοις ποπφὶ... «una mesa con pies de marfil» (PY Ta 642, 3).

Se encuentra también el uso del acusativo de un nombre de lugar sin preposición con un verbo de movimiento para expresar la finalidad local, construcción que también se encuentra en Homero, por ejemplo en *...a-ke-qe wa-tu*, ἄγει κ^{w}ε Ϝάστυ, «y él (los) lleva a la ciudad» (PY Tn 316 v,1). Sin este tipo de verbo el uso de la posposición δέ, «hacia, a» es obligatoria: tipo *a-mi-ni-so-de*, 'Αμνῖσὸν δέ (*supra*, p. 318). Para expresar el valor locativo, el micénico se sirve tanto de la forma del dativo-locativo como de la del instrumental: tipo *pa-ki-ja-si*, Σφαγιᾶνσι y *pa-ki-ja-pi*, Σφαγιᾶμφι «a Esfagianes» (topónimo surgido de un étnico en plural). Igualmente, con las preposiciones expresando proximidad: *pa-ro ka-ke-u-si*, παρὸ χαλκεῦσι, «cerca de los herreros» (PY An 129, 7) y *o-pi... qe-to-ro-po-pi*, ὀπὶ (= ἐπὶ) κ^{w}ετρόποπφι, literalmente «muy cerca de los cuadrúpedos» (PY Ac 134). Sobre esto hay que observar que la expresión ática θύρᾶσι, «a la puerta, fuera» (antiguo dat. loc.), equivale a la expresión homérica θύρηφι (antiguo instr.). La casi sinonimia se explica por el hecho de que, especialmente en plural, no hay prácticamente diferencia entre el tipo locativo «están entre los herreros» y el tipo comitativo «están con los herreros».[34]

El vocabulario jurídico, social y técnico

El vocabulario hallado en las tablillas está cerca del vocabulario del griego del primer milenio (*supra*, p. 312). Pero algunas palabras micénicas desaparecen, mientras que otras reciben un sentido diferente. Los cambios se refieren sobre todo al vocabulario jurídico (*supra*, p. 321) y social, y a la terminología técnica relativa a los productos artesanales.

En la nomenclatura social el micénico conoce el nombre *du-ma/da-ma*, δύμαϱ/δάμαϱ, que designa una persona de rango superior («dueño, jefe»). La estructura anormal del nombre nos lleva a pensar en un préstamo egeo [Ruijgh, C., *in* 771, pp. 299-322]. En Homero, por el contrario, δάμαϱ tiene el sentido de *esposa*, valor que se explica a partir de «dueña de la casa». El uso del nombre se restringe al femenino. En micénico *wa-na-ka* Ϝάναξ

34. Varios micenólogos, sin embargo, admiten la ingeniosa teoría de Illievski, P.: *The ablative instrumental and locative in the oldest Greek texts*, Skopje, 1961 (en macedónico, res. inglés), según la cual el valor local del instrumental micénico sería ablativo y no locativo. La construcción arcadio-chipriota de las preposiciones ἀπύ («de, viniendo de») y ἐξ > ἐς («de, saliendo de») con dativo frente a la construcción con genitivo (valor ablativo) en los demás dialectos, se explicaría así partiendo de la construcción micénica con el instrumental. Sin embargo, la interpretación locativa es siempre posible y a veces necesaria en los textos micénicos, mientras que la construcción arcadio-chipriota se explica mejor a partir del valor locativo; véase [798, pp. 80-82]. Para el uso homérico de -φι-, véase *infra*, p. 462.

es el título del «rey» (*supra*, p. 313) y de determinados dioses. El femenino Fάνασσα no se encuentra como título de la reina, pero la grafía *wa-na-so-i* tiene la posibilidad de representar el dativo dual Fανάσσοιν y designar «las dos diosas» si se compara con la expresión ática τὼ θεώ, que designa a Deméter y Kore. El nombre *qa-si-re-u*, γ^{w}ασιλεύς, por el contrario, designa a un jefe local. En el primer milenio, ἄναξ, «rey», sólo sobrevive en la época homérica, mientras que en el uso corriente βασιλεύς se convierte en el título del rey. La desaparición de (F)άναξ se explica evidentemente por la caída de los grandes reinos micénicos. A partir de entonces, los príncipes locales o los jefes de tribu ocupan el rango más elevado de la sociedad. En Chipre, Βασιλεύς es el título del rey, mientras que Fάναξ perdura como título de los hijos y hermanos del rey («príncipe») y Fάνασσα como título de la esposa y de las hermanas del rey («reina, princesa»). Como título de divinidades, el dual Fάνακε (forma analógica más reciente que Fάνακτε) designa a los Dióscuros entre los dorios, mientras que Fάνασσα se utiliza en Chipre y en Panfilia para designar a la Gran Diosa.

Algunas expresiones relativas al carro ilustran claramente la evolución del vocabulario técnico.[35] En micénico, el nombre específico del carro es *i-qi-ja*, ἱκκ^{w}ίᾱ, femenino sustantivado del adjetivo ἵκκ^{w}ος, «perteneciente a, destinado a caballos», derivado de *i-qo*, ἵκκ^{w}ος, «caballo» (más tarde ἵππος). Este uso del adjetivo femenino se explica admitiendo la elipsis de *wo-ka*, Fοχᾱ́, nombre genérico del carro (nombre antiguo derivado de Fέχω, «yo transporto en carro»). El nombre específico de la rueda del carro es *a-mo*, ἄρμ*h*ο, nombre surgido de **ar-s-mn̥*. Se trata de un derivado de la raíz ἀρ-, «ajustar, adaptar, unir, construir»: la rueda con radios es efectivamente el producto de la unión de piezas heterogéneas (radios, llanta, cubo). El uso de estas ruedas ligeras era necesario para la rapidez del carro (*infra*, p. 386). El nombre genérico de la rueda, heredado del protoindoeuropeo, era κύκλος. Solamente se encuentra indirectamente en el antropónimo *ku-ke-re-u*, Κυκλεύς. Más adelante el nombre ἱκκ^{w}ίᾱ solamente perdura en Homero en el compuesto ἱππιοχάρμης, «hombre que combate sobre un carro». El nombre ἅρμα (< *ἄρμ*h*α) designa el carro, sentido que se explica por sinécdoque (la parte tomada por el todo) a partir de la «rueda de radios». Homero utiliza más frecuentemente el plural ἅρματα que el singular ἅρμα para designar un solo carro. Este uso, extraño a primera vista, se explica claramente a la luz de los datos micénicos: el elemento esencial de un carro es un par de ruedas más que una sola rueda. Los aedos jónicos pusieron, por consiguiente, el plural ἅρματα en lugar del dual ἅρματε «un par de ruedas, carro». Homero utiliza igualmente el dual ἵππω o el plural ἵπποι para designar el carro o más bien el conjunto de caballos y carro.

35. Ruijgh C.: *Chars et roues dans les tablettes mycéniennes: la méthode de la mycénologie*, Amsterdam, 1976, pp. 171-200, y [*in* 770, pp. 207-219].

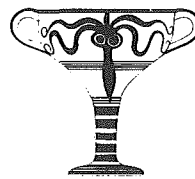
El micénico presenta, pues, un estado de la lengua griega que se distingue del griego del primer milenio bajo todos los aspectos: fonología, morfología, sintaxis, vocabulario. Sin embargo, está mucho más cerca del griego histórico, sobre todo del dialecto arcadio-chipriota que del protoindoeuropeo.

* EX LIBRIS *

ARMAUIRUMQUE

Capítulo II

La historia del mundo micénico



La historia del mundo egeo entre mediados del siglo xv y mediados del siglo xi parece estrechamente ligada al lugar que ocupa en ella la Grecia micénica. En un primer momento, entre mediados del siglo xv y mediados del siglo xiii todos los rasgos constitutivos de lo que llamamos civilización micénica se afirman en el continente griego: una organización política y económica relativamente centralizada, a la par de una especialización de las actividades y una estandarización de ciertas producciones. Una mayor presencia micénica sobre las riberas del Mediterráneo, presencia cuya naturaleza exacta sigue siendo dudosa, marca igualmente este «apogeo». Las perturbaciones de finales del siglo xiii ponen fin, en principio, al sistema palacial. Luego, hasta aproximadamente finales del siglo xii, las comunidades continentales, visiblemente empobrecidas, tal vez desplazadas y reagrupadas, se encuentran más o menos apartadas del mundo exterior y aisladas unas de otras, aunque permanecen fieles a las tradiciones culturales micénicas. Sólo al principio del siglo xi tendrán lugar verdaderamente cambios profundos, abriendo la vía a una nueva época.

El marco geográfico

Primeramente sólo describiremos las fases de desarrollo de la civilización micénica en el Peloponeso, la Grecia central (Fócida, Beocia y Ática), Etolo-Acarnania, Tesalia y Eubea, ya que solamente en el interior de esta área geográfica se encuentran de manera relativamente densa ciertos rasgos significativos generalmente reconocidos como micénicos: los palacios y las inscripciones en lineal B (figs. 42, *supra*, p. 294; *infra*, p. 358), las tumbas de cámara [704, pp. 53-59, figs. 7-11] (*infra*, p. 378), las tumbas en forma de tolos (*infra*, p. 375 y fig. 48) y los sellos. Estos rasgos constituyen, con toda probabilidad, mejores testimonios de lo que podríamos llamar la identidad cultural micénica que algunos trozos de cerámica o incluso algunos vasos. Pueden servir cómodamente para medir la influencia micénica fuera del área así definida y para evaluar la homogeneidad de esta última.

El cuadro cronológico

Igual que en los períodos precedentes, las principales divisiones cronológicas se basan en las fases sucesivas de la cerámica. La clasificación propuesta por Furumark continúa siendo el marco en el cual se van inscribiendo las revisiones o las precisiones basadas en los resultados de nuevas excavaciones como, por ejemplo, la división del HR III B en dos fases (*infra*, p. 347).

A partir de las fases HR II B-III A, la cerámica continental de estilo micénico se libera casi completamente de la influencia cretense. Los motivos heredados de Creta toman un carácter cada vez más estilizado y estereotipado. Este fenómeno está bien ilustrado por la serie de vasos efireos que aparecen en HR II B en el continente: están decorados por ambos lados, con un único motivo: argonauta, lirio, roseta (fig. 54*b*, *infra*, p. 400). La homogeneidad de la cerámica micénica, que se manifiesta hasta la mitad del HR III B es a la vez el resultado de la estandarización de la producción y de la preeminencia de Argólida en este campo (*infra*, p. 399).

Si los sincronismos establecidos entre las fases continentales HR III y cretenses MR III reposan sobre bases sólidas, la cronología absoluta del período no parece estar libre de dudas. En efecto, las dataciones C 14, demasiado escasas y dispersas, no ofrecen casi ninguna utilidad. Las principales correlaciones con Egipto se basan en los hallazgos de cerámica HR, II B en Kahún, en la tumba de Maket, fechada en el reino de Tutmosis III, y HR III A en Tell el-Amarna [Hankey, Vr., *in* 39 (2), pp. 47-48], pero tienen un valor desigual (*supra*, p. 50).

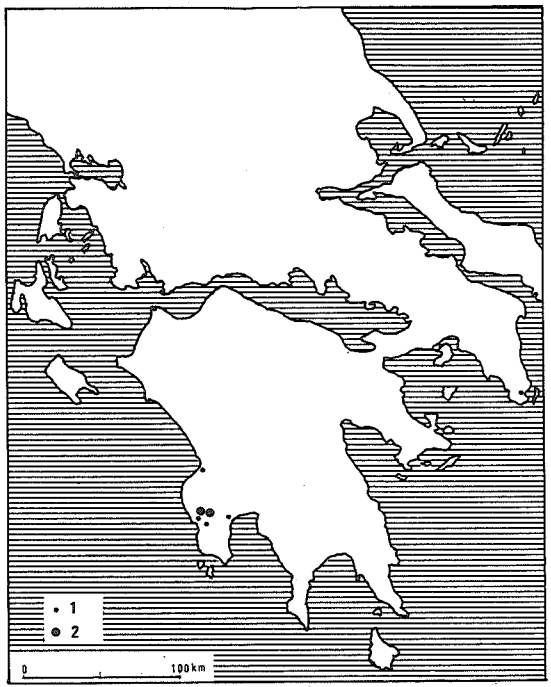
De suyo, se tiene tendencia a inscribir la trama de los acontecimientos históricos en el cuadro riguroso de esta cronología relativa basada en un material bien conocido. Sin embargo, la mayor parte de las evoluciones aparecen sobre varias fases cerámicas y usar una terminología práctica no debe producir la ilusión de una precisión falsa, lo mismo que ocurre con las dataciones absolutas utilizadas aquí por convención y por comodidad.

Continuidades y rupturas

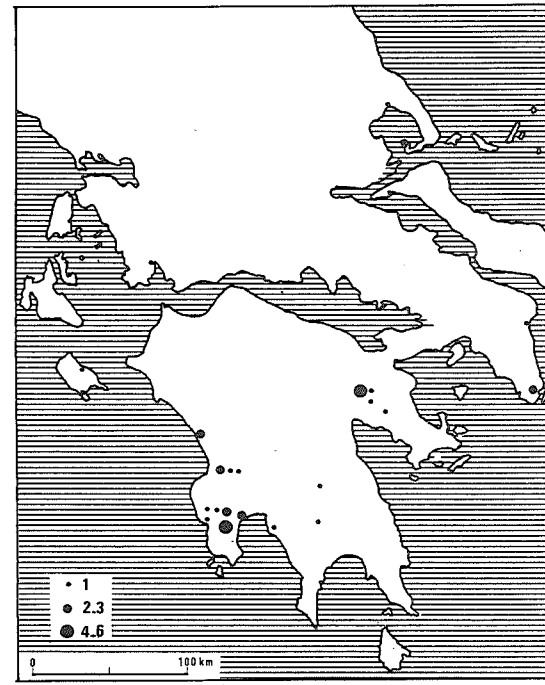
Es conveniente explicar primeramente en qué condiciones se pasa de una cultura enraizada todavía en la tradición heládica pero caracterizada por las tumbas de fosa y los primeros tolos, a la civilización llamada micénica, ya que es posible preguntarnos en qué medida los elementos característicos de la transición HM/HR (*supra*, p. 239) están en el origen de esta civilización.

Por un lado se observa que casi todo el repertorio iconográfico y decorativo utilizado por los artesanos micénicos hasta el siglo XII, y a veces más allá, aparece ya bajo una u otra forma en los objetos de las tumbas de fosa de Micenas. Podemos observar igualmente que los tolos de los siglos XIV-XIII, verdaderos puntos de referencia en los paisajes micénicos, no son sino el desarrollo de formas elaboradas a finales del XVII. Tampoco parece que las viviendas difieran sensiblemente entre el período de «formación» y el momento del «apogeo», a pesar de que los raros ejemplos conocidos sean significativos. Finalmente se podría invocar la cantidad y calidad de los contactos con el exterior, revelados tanto por el hallazgo de material micénico HR I-II fuera de Grecia como por las influencias extranjeras observadas en numerosos objetos hallados en Grecia. Esta apertura hacia el exterior es una constante de la civilización micénica, aunque no constituye su motor.

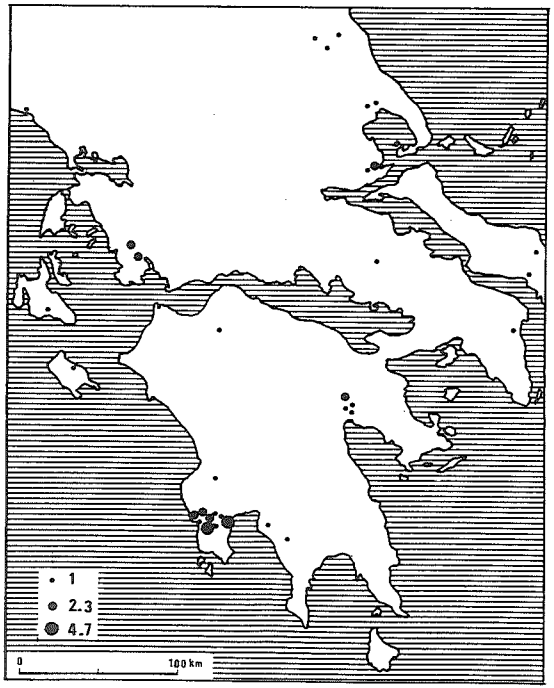
Por otro lado, la evolución de los tolos hacia una monumentalidad jamás lograda entre los primeros ejemplares de Mesenia, la construcción de palacios en torno a un núcleo invariable, las vastas y poderosas obras de defensa, la estandarización de la producción de cerámica, el crecimiento considerable del volumen de los intercambios son testigos de una prosperidad material, de una organización económica y de una estructura social cuyas raíces protomicénicas no aparecen tan claramente como desearíamos. Esto no indica que estas raíces no hayan existido pero, así y todo, se ha podido hablar con razón del nacimiento de una civilización palatina, nacimiento que ocurre en un terreno favorable a este tipo de evolución.



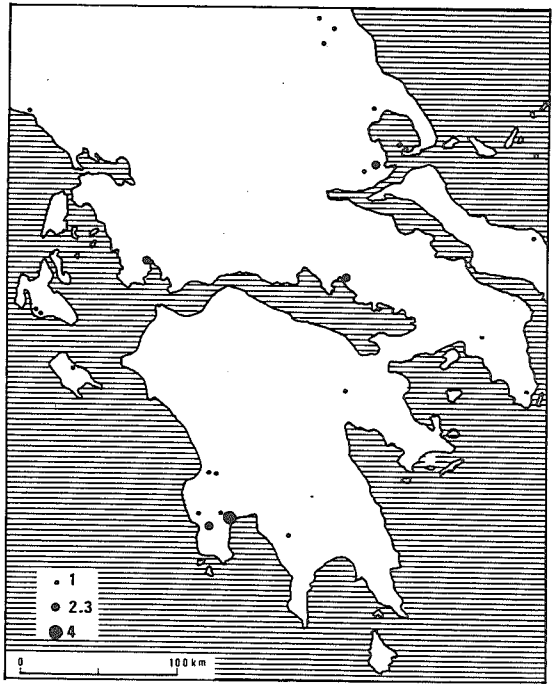
HR I



HR II



HR IIIA



HR IIIB

Fig. 48. La repartición de las tumbas en forma de tolos en el continente.

El continente en la época de las grandes destrucciones en Creta

Nada parece corresponderse, en el continente, con la ola de destrucciones que hacia mediados del siglo xv transforma los principales centros cretenses, exceptuando Cnosos, en campos de ruinas (*supra*, p. 237). Algunos consideran, pues, que los habitantes del continente después de aprovecharse del alto nivel de desarrollo logrado por la civilización minoica al final de la época de los segundos palacios, aniquilaron sus fuerzas vivas dejando tan sólo un punto de control en Creta, conforme al modo de funcionamiento político y económico centralizado que muestran las tablillas escritas en lineal B. Hasta se supone que en Cnosos reinó una dinastía micénica durante tres cuartos de siglo después de 1450, durante las fases MR II-III A1 / HR II B-HR III A1. Esta hipótesis, que se discutirá desde el punto de vista cretense (*infra*, p. 430), plantea un problema histórico propio del continente. ¿Hubieran podido los micénicos imponerse sobre una sociedad más «evolucionada» que la suya? ¿Hubieran podido, en particular, introducirse en un sistema administrativo centralizador, adaptándolo si no hubieran alcanzado ellos mismos en el continente una etapa de desarrollo económico y social que permitiera la adopción del citado sistema?

En el estado en que se halla nuestra documentación, el problema no se puede resolver. Es verdad que hacia mediados del siglo xv se observa la creación auténtica de un repertorio decorativo micénico en el marfil [870, p. 188]. Los primeros tolos construidos en Micenas y el tolos de Vafio también son de este período, mientras que en Mesenia este tipo de tumba toma un carácter más monumental [65, pp. 402 y 409]. Por otro lado, en todas las regiones, el número de asentamientos con HR II aumenta claramente respecto a los lugares con HR I, pero son escasos los testimonios que tenemos sobre las viviendas de la época. La casa del terreno Vlajos de Argos, (*infra*, p. 359, n. 2), la casa D1 de Tirinto [Hiesel, G., *in* 145 (VIII), pp. 18-19], el complejo de Menelaion de Esparta (*infra*, p. 361) y la casa Sureste de Peristeria[1] únicos edificios datables del HR II o de la transición HR II/III A1, representan casos demasiado aislados para comprender a través de ellos las transformaciones económicas y sociales de este período.

Una civilización palacial

Bajo algunos puntos de vista, la fase HR III A1, que corresponde más o menos al primer cuarto del siglo xiv, aparece como un período de transición entre una fase de formación y el momento de la afirmación de una civilización micénica realmente palacial, aunque este período de transición

1. Korrès, G.: *PraktAE*, 1976, p. 538, fig. 10.

se presente con bastantes diferencias de una región a otra. En Argólida y en Ática el número de asentamientos con testimonios progresa claramente durante los primeros decenios del siglo. Los datos que nos proporcionan las tumbas de cámara de Argólida permiten observar que la frecuencia de los enterramientos crece casi por todas partes. Es incluso el apogeo de la necrópolis de Dendra, ya que el tolos y la tumba número 12, llamada de la Coraza, datan ambas del HR III A1 (*infra*, p. 382). En cambio, las regiones del sur del Peloponeso parecen experimentar durante esta fase cierto tipo de repliegue: el número de asentamientos hallados disminuye bastante en relación con los períodos precedentes. La explicación de este fenómeno radica, quizá, en un cambio profundo de la organización de los asentamientos a escala regional: en Mesenia, mientras que durante un siglo y medio (HR I-II) se construyeron veintidós tolos, solamente se construyen catorce en los dos siglos siguientes (HR III A-B); y en este mismo período las setenta y cinco tumbas de cámara halladas se reparten casi exclusivamente entre cuatro necrópolis [65, p. 402, n. 3; 818, pp. 90-91]. Estos datos sugieren que la fase protomicénica vio en estas regiones la eclosión de numerosas comunidades independientes (*supra*, p. 262), pero que durante las fases siguientes se desarrolla un hábitat mucho más concentrado. Esta evolución va sin duda acompañada por cambios en la estructura económica y social, cambios de los que son testimonio en Tirinto la fortificación de la ciudadela alta y la construcción de un primer palacio (*infra*, p. 365). Los demás restos de viviendas durante este período (en Tirinto, las casas F1 y 49, en Nicoria, la casa IV-4 y en Aguios Kosmas, la casa T) son poco significativos.

Los elementos más antiguos de los demás palacios, en Micenas, Pilos y Tebas se atribuyen generalmente a una fase posterior, el HR III A2, que abarca la mitad del siglo XIV. Ocurre lo mismo con las primeras secciones de las murallas que rodean la acrópolis de Micenas, y en numerosos asentamientos, como Micenas, Ziguries, Nicoria, Eleusis, Aguios Kosmas y Orcomenos, los vestigios de viviendas demuestran el estado alcanzado por el proceso de diferenciación social (*infra*, p. 359). La mayor parte de las construcciones del HR III A2 todavía se utilizarán durante el HR III B.

También durante el HR III A2 las comunidades que utilizan las tumbas de cámara de Argólida conocen su máximo esplendor. Pueden contarse cuarenta y nueve enterramientos en la necrópolis de Micenas-Kalkani, contra unos doce tan sólo en la fase precedente. En Prosimna la relación es de doscientos a cuarenta. Debemos evitar extrapolar estimaciones demográficas a partir de estas cifras, ya que las bases parecen arbitrarias (*infra*, p. 388), pero estos datos considerados en relación con los de fases anteriores y posteriores son ricos en enseñanzas.

Los rasgos característicos de la Grecia micénica en su apogeo se dibujan así: una población más numerosa y más «rica», una agricultura más productiva, esencialmente consagrada a los cereales, al olivo y a la cría de ovi-

nos, una organización económica basada en el almacenamiento de excedentes, su redistribución y, sin duda, su exportación, una sociedad centralizada y jerarquizada, en la cual numerosas actividades dependen del palacio y una progresión sin precedentes en cuanto a las relaciones entre el continente y el conjunto del mundo mediterráneo.

Considerar estos factores como la causa de todos los demás sería muy satisfactorio para el espítiru pero sin duda cabría el riesgo de caer en una explicación reduccionista. También parece aventurado ver en la destrucción de Cnosos, hacia el 1370, un elemento determinante, de alguna forma liberador de las energías micénicas. Esto supondría que Cnosos entorpecía de un modo u otro el desarrollo del continente, y en particular el movimiento que hacía que las comunidades micénicas se proyectaran hacia el exterior, cosa que está lejos de demostrarse (*infra*, p. 338). Además, nos podemos preguntar a qué necesidades corresponde la construcción de fortificaciones, cuando nada parece amenazar todavía la prosperidad de los centros que las construyen como no sean conflictos con sus vecinos.

El HR III B1, que abarca el final del siglo XIV y el principio del XIII, ofrece un aspecto poco diferente. Se hace considerablemente más grande el área fortificada de Micenas que comprende, a partir de ahora, el Círculo A, dotado de un nuevo muro que lo rodea, la casa Sur y el «centro cultual», así como todo el barrio suroeste. La implantación del palacio, del que hoy contemplamos las ruinas, se hace teniendo en cuenta este nuevo trazado de la muralla (fig. 51, *infra*, p. 363). En el mismo momento la ciudad baja conoce su grado de desarrollo más alto. Los más grandes tolos de Micenas, llamados «tumba de Clitemnestra» y «tesoro de Atreo», datan de esta fase (*infra*, p. 376), y desde el «tesoro de Atreo» hasta el tolos llamado «tumba de los Leones» el asentamiento se cubre de construcciones. Las tablillas escritas en lineal B, los marfiles y el abundante material que allí se ha descubierto han dado celebridad a las Casas Oeste, del Mercader de aceite, de las Esfinges y de los Escudos (fig. 50*b*, *infra*, p. 362).

Durante este tiempo, los palacios de Tirinto y Pilos se hacen más grandes y toman su forma casi definitiva. Las aglomeraciones que los rodean siguen siendo mal conocidas. En Tirinto, sin embargo, durante el HR III $B1^2$ se edifica un primer muro que protege varios edificios alrededor de la ciudadela baja.

En Beocia se reconstruye el palacio de Tebas, o por lo menos se renueva profundamente (*infra*, p. 369), se edifica la ciudadela de Gla y se reforman las orillas del lago Kopais para drenar las aguas que se estancan allí (*infra*, p. 375). El gran tolos de Orcomenos, réplica del «tesoro de Atreo», data igualmente del HR III B1, lo mismo que el segundo estado de un gran edificio, todavía mal conocido, construido en su proximidad (*infra*, p. 361).

2. TOUCHAIS, G.: «Chronique...», *BCH*, 107 (1983), pp.758-761, y 108 (1984), p. 759.

De una manera general, la densidad de asentamientos aumenta en todas las regiones de Grecia. Este desarrollo del hábitat parece contradecir la tendencia observada en las tumbas de cámara de Argólida. De hecho, todos los datos de que disponemos en uno y otro caso hacen referencia al período HR III B. Sería necesario poder precisar la cronología de los enterramientos en las tumbas y la de la ocupación de los asentamientos para explicar con mayor exactitud la situación. De hecho, la densidad de los lugares ocupados durante el HR III B1 puede ser tan elevada que oculte completamente una disminución ocurrida en la segunda parte del período. Igualmente la disminución del número de enterramientos en el HR III B2 puede haber sido tan repentina que los cálculos sobre el conjunto del período estén considerablemente alterados, ya que hacia mediados del siglo XIII el mundo micénico entra en una fase turbulenta (*infra*, p. 347).

La relativa uniformidad de los testimonios, en particular la cerámica, que la civilización micénica dejó en la misma Grecia, en el mundo del Egeo y, a veces hasta en los confines del Mediterráneo, ha podido hacer creer que se había ido construyendo durante el siglo XIV y la primera mitad del XIII, sobre una gran parte del contorno del Mediterráneo oriental, una auténtica unidad cultural, lo que es clasificado por algunos de *koiné*, incluso un imperio comercial y político animado por un centro predominante.

Por lo que se refiere a la Grecia continental, esta idea no resiste el análisis. La uniformidad cultural no es tan grande como parece. Solamente se conocen cuatro verdaderos palacios —Micenas, Tirinto, Pilos y Tebas—, símbolos de un poder central fuerte, y su autoridad no parece haber pasado de un marco estrictamente regional. El lineal B está muy raramente presente fuera de los centros palaciales. Algunos asentamientos principales, como Tebas o Atenas, están desprovistos de una de las características más visibles para expresar el poder de los grupos dominantes: el tolos. Argólida y Mesenia parecen haber conocido una evolución inversa: en Mesenia la centralización se acentuó progresivamente alrededor de Pilos y los asentamientos que hubieran podido ser satélites de la capital desaparecieron. En Argólida, por el contrario, numerosos asentamientos que parecen nutrirse de su prosperidad mutua coexisten en un espacio relativamente restringido, sin que pueda llegar a demostrarse la existencia de una jerarquía claramente establecida (*infra*, p. 390). Además, ciertas regiones de este «corazón» micénico, como Arcadia y el noroeste del Peloponeso, parecen estar al margen de las otras hasta finales del siglo XIII.

Fuera de la Grecia continental, lo que está en discusión es la naturaleza misma de los contactos entre el corazón del mundo micénico y las regiones periféricas.

B. *LA PRESENCIA MICÉNICA FUERA DE LA GRECIA CONTINENTAL*

Los habitantes del Peloponeso y de la Grecia central tenían contactos con el exterior desde hacía mucho tiempo (*supra*, p. 266). Pero a partir de la fase HR III A, es decir, hacia el principio del siglo XIV, estos contactos se hacen más intensos y alcanzan regiones más alejadas que antes, por lo menos si nos basamos en el área de difusión de la cerámica micénica que llega a Cerdeña y al valle del Po por el oeste, a Iliria, Macedonia y Tracia por el norte, al Éufrates por el este y a los valles del alto Nilo por el sur.

Queda por hacer lo más difícil. Darnos cuenta de la forma que alcanza la presencia micénica en esta área. El término *presencia* no implica para nada que los habitantes del continente hubieran acompañado las cerámicas halladas fuera de éste. La cerámica implica que se ha establecido un contacto, tal vez sólo indirecto. Su significado parece variar mucho de una región a otra, en función de las cantidades de material y los tipos de vasos. Así, sobre unos 65 asentamientos del Mediterráneo occidental (península italiana, Sicilia y Cerdeña) en los que se ha hallado cerámica micénica, en 20 solamente había un tipo de vaso o fragmento, en otra veintena sólo de 2 a 10 ejemplares y únicamente en 7 (la acrópolis de Lipari, Porto Perone y Scoglio del Tonno en Apulia, Termitio en la Basilicata, Broglio di Trebisacca en Calabria, Vivara en las islas flegrenas y el *nuraga* de Antigori en Cerdeña) más de 100, mientras que en Tapsos (Sicilia) solamente se han descubierto 30 vasos [807, pp. 14-17]. Del mismo modo, en Anatolia, sobre 37 asentamientos, unos 20 han dado menos de media docena de fragmentos micénicos y sólo 5 (Troya, Mileto, Iasos, Musguebi y Tarso), más de 100 [RE. L., *in* 87 pp. 343-363]. En Levante, los vasos micénicos parecen haber sido importados por lo que contenían, más que por ellos mismos [Gregori, B., y G. Palumbo, *in* 87, pp. 365-389 y 813]. De ahí que evaluar la difusión de la civilización micénica a partir de la repartición de la cerámica sería tan absurdo como interpretar hoy la difusión de la electrónica japonesa en términos políticos y culturales.

Algunos estudios sobre objetos metálicos manufacturados permitieron elaborar teorías exageradamente difusionistas, pero hoy se reconoce que los mismos tipos de puñales o de espadas pueden haber sido fabricados simultáneamente en zonas muy alejadas unas de otras, sin que se haya ejercido ninguna influencia [719, p. 215]. El análisis sobre materias primas utilizadas en la Grecia micénica, sobre el cual se fundan grandes esperanzas, pocas veces ha permitido establecer su origen de manera segura. Por otro lado, la misma naturaleza de los testimonios arqueológicos lleva a minimizar el papel de los productos fungibles en los intercambios y a sobreestimar la importancia económica de materias primas destinadas a la fabricación de objetos de lujo: ámbar, lapislázuli, marfil. Finalmente, como las tablillas

no mencionan explícitamente las relaciones exteriores, comerciales o políticas de los estados micénicos, éstas deben considerarse fuera de cualquier marco institucional conocido.

En realidad, los estudios que sólo tienen en cuenta las producciones «utilitarias» únicamente permiten establecer la existencia de intercambios de un punto a otro o revelar eventuales influencias de orden cultural. Si se quiere señalar la presencia real de micenios venidos del continente en una determinada región, debe recurrirse a vestigios arqueológicos que tengan un significado socio-cultural, individual o colectivo, más profundo que las producciones utilitarias. Las formas de las viviendas, la arquitectura, las costumbres y el mobiliario funerario son un buen campo de investigación. En el caso de las viviendas, las comparaciones que demostrarían la difusión de tipos arquitectónicos continentales se revelan a menudo superficiales (*infra*, p. 341 y 346). Por lo que respecta a la arquitectura y a las costumbres funerarias, la adopción de formas micénicas es muy variable de una región a otra. En Creta, aparte del tolos de Kefala, cerca de Cnosos, y del tolos A de Arcanes, este tipo de construcción aparece tardíamente y de forma esporádica; además, el tipo continental se encuentra la mayor parte de las veces alterado [65, pp. 419-423]. No parece estar ligado a la fase de mayor influencia micénica (*infra*, p. 436). Rarísimo en las Cícladas,[3] desconocido en Rodas y el Dodecaneso, el tolos está representado una sola vez en la costa de Anatolia, en Colofón, y por un ejemplar más o menos degenerado.[4] Los tolos de Enkomi, las tumbas de cámara circular de Sicilia y los *nuraga* de Cerdeña se inscriben en tradiciones diferentes;[5] además, en este último caso, se excluye la destinación funeraria de las construcciones. Por el contrario, la tumba de cámara, que imita más o menos bien modelos micénicos, conoce una difusión más amplia, sobre todo, hacia el este, en particular durante el HR III A-B, pero no pasa de Rodas ni del sureste del Egeo (*infra*, p. 342).

Figuritas humanas o de animales acompañan a menudo la cerámica micénica en el Mediterráneo occidental, Levante, Dodecaneso o las Cícladas, pero se encuentran en escasa cantidad en relación a lo que es habitual en la Grecia continental, tanto en los hábitat como en las tumbas. Así, en Rodas, en las necrópolis de Ialysos utilizadas entre el HR II y el HR III C en un total de 133 tumbas, solamente hay unas diez figuritas humanas y media docena de figuritas de animales.

El área de repartición de sellos micénicos se encuentra casi exclusiva-

3. Un ejemplar se ha descubierto en Tinos: TOUCHAIS, G.: «Chronique...», *BCH* 104 (1980), pp. 659-661.

4. [65, pp. 659-661]. Las tumbas pequeñas ovales descubiertas en Menemen-Panaztepe, al sur del Hermos, no pueden ser consideradas como tolos: MELLINK, M.: *AJA* 91 (1987), p. 13.

5. [65, pp. 417-432] (Enkomi); [TOMASELLO, F., *in* 87, pp. 93-104] (Sicilia); [806, pp. 85-92] (Cerdeña).

mente limitada a la Grecia continental, al sur de la línea Volos-Cefalonia. Los escasos sellos hallados fuera de esta zona, en particular en Tell Abu Hawam, al sur de la costa levantina, en Ulu Burun, en Rodas y en las Cícladas son, por lo tanto, muy importantes.

Existe, pues, una aparente contradicción entre la amplia difusión de una categoría de material, la cerámica, y la difusión limitada de objetos y rasgos culturales que pueden servir para evaluar la presencia micénica fuera de la Grecia continental. Esta contradicción indica, tal vez, que los micénicos mantuvieron constantes relaciones con los otros pueblos de la ribera mediterránea sin necesidad de instalar «factorías» o «colonias». Debe, asimismo, destacarse que regiones muy cercanas al mundo micénico como Macedonia y Tracia han recibido ínfimas cantidades de material (*infra*, p. 447), mientras que otras, mucho más alejadas, como Egipto y el Levante, importaban cantidades nada despreciables.

Las causas y los medios de la expansión micénica

Se considera que la caída de Cnosos y el fin de la talasocracia minoica es una de las causas fundamentales de la extensión micénica fuera de la Grecia central y meridional. Los micénicos se habrían limitado a ocupar el lugar abandonado por los minoicos, en particular en las Cícladas, el Dodecaneso y el sur de la costa de Anatolia, después de haber cohabitado pacíficamente con ellos (*supra*, p. 268). Los acontecimientos que afectaron a Creta favorecieron, sin duda, un cambio, pero no explican por qué los habitantes del continente experimentaron la necesidad de mantener, extender y multiplicar los contactos que ya tenían con el exterior desde finales del HM.

Los micenios buscaron sin duda el cobre chipriota, el marfil africano o levantino, el estaño oriental y, en menor proporción, al ámbar báltico, así como algunos minerales occidentales. Es difícil, sin embargo, explicar la complejidad del proceso. En particular, no se puede determinar si la necesidad de procurarse materias primas condujo a los centros micénicos a producir excedentes exportables: productos fungibles como el aceite, el vino, los cereales; productos manufacturados como tejidos, armas; materias primas como la plata y el plomo del Laurion, o la madera. La solución de este problema, que no tiene visos de solventarse, podría orientar las discusiones sobre el nacimiento, el desarrollo y el final del sistema palacial (*supra*, p. 332 y *infra*, p. 347).

Algunas regiones, como la isla de Rodas, se caracterizan por importaciones masivas de cerámica micénica fabricada en el noroeste del Peloponeso, y no parecen haber podido ofrecer nada a cambio. De manera general, en Grecia siguen siendo raros los objetos extranjeros, como veremos

caso por caso. La difusión de objetos micénicos en el mundo mediterráneo enseña más sobre la dirección tomada por los intercambios que sobre su naturaleza.

Las rutas marítimas que conducen a Levante pasan por Creta o por Rodas, el cabo Gelidonia y Chipre. Pero hasta el momento no se han identificado restos de naves micénicas y las pocas representaciones figuradas o modelos reducidos no permiten hacerse una idea clara de las naves utilizadas [82, pp. 140-148, y 878, pp. 144-145]. Además, mientras que se han podido identificar las formas de anclas cretenses, chipriotas, levantinas y egipcias, no se ha podido conocer ningún ancla micénica. Los dos conjuntos de pecios encontrados en la costa sur de Anatolia, cerca de los cabos Ulu Burun y Gelidonia, que datan respectivamente de la primera mitad del siglo XIV y de finales del siglo XIII, proporcionan indicaciones importantes sobre la modalidad de los intercambios en esta región del Mediterráneo. Los lingotes de cobre, cuya forma recuerda la de una piel de buey (*ox-hide*), constituyen lo esencial de ambos cargamentos. El estaño también aparece, así como determinadas herramientas que hacen creer que la fabricación o reparación de objetos de bronce podría efectuarse a bordo, durante las escalas.[6] Estos barcos parecen haber seguido una ruta este-oeste pero su «nacionalidad» es imposible de determinar, en la medida en que el origen de los objetos transportados es múltiple: el pecio de Ulu Burun contiene vasos sirios, chipriotas y micénicos.

Europa y el Mediterráneo occidental

Antes de finales del siglo XIII encontramos en la Grecia micénica solamente unos pocos objetos de origen balcánico o europeo: un molde de hacha, descubierto en Micenas en la casa del Mercader de aceite, perlas de ámbar, mucho menos numerosas pero mucho más extendidas que durante el período protomicénico [719, pp. 70 y 82-87].

A partir de finales del siglo XIII, los lazos entre la metalurgia del Egeo y la europea, esporádicos hasta entonces, parecen desarrollarse. Algunos tipos de armas de origen egeo se extienden por Europa, para reintroducirse de nuevo en Grecia algo más tarde. También se observa que alfileres y fíbulas toman formas comunes en todo el sureste europeo, pero esta adopción de tipos idénticos en regiones relativamente alejadas unas de otras pro-

6. Esta hipótesis parece confirmada por el descubrimiento en la costa siriopalestina, cerca de Jaifa, de un lingote de cobre y cinco lingotes de estaño que llevan las marcas de haber sido recortados: GALILI, E., ARZTY, M. y SHMUELI, N.: *International Journal of National Archaeology and Underwater Exploration*, 15 (1986), pp. 25-37.

porciona indicaciones cronológicas más que pruebas de contactos comerciales o étnicos (*infra*, p. 447).

A pesar del descubrimiento de un tolos en Parga-Kipari, que marca el límite de la difusión de este tipo hacia el noroeste (fig. 48), el Epiro no puede considerarse como una provincia micénica, sino más bien como una zona fronteriza, una región donde se establecen contactos entre elementos micénicos y septentrionales, en particular ilíricos [Pasadoupoulos, Th., *in* 13, pp. 360-378, y 64, pp. 137-143].

En el Mediterráneo occidental, el material HR III A se encuentra principalmente en Ischia y Vivara, en las islas Eólicas, en Sicilia alrededor de Siracusa, en la costa del golfo de Tarento y en la Apulia. Las importaciones HR III B desaparecen casi totalmente de la Sicilia oriental y de las islas Eólicas, para concentrarse a lo largo del golfo de Tarento; en esta época Cerdeña recibe sus primeras importaciones del Egeo. En el HR III C los contactos siguen siendo frecuentes con estas mismas zonas y se aprecian indicios de circulación de material micénico entre los centros de la costa y los del interior.

De una manera general se trata más de una influencia oriental, en el sentido amplio de la expresión, que se ejerce sobre el Mediterráneo occidental en esta época, que de una influencia estrictamente micénica. Enkomi, en Chipre, proporciona los mejores ejemplos con sus complejos rectangulares de Tapsos, y dos tumbas de este lugar contenían a la vez material micénico HR III A, material chipriota y vajilla local. Por otra parte, parece que se establecieron lazos entre la Creta del MR III, especialmente la región de La Canea, y Cerdeña, así como con ciertos lugares del golfo de Tarento, como Broglio di Trebisacca. En Scoglio del Tonno parece dominar el material de Rodas, pero los análisis fisicoquímicos demuestran que determinados tipos de vasos habían sido fabricados especialmente para ser exportados tanto hacia el este como hacia el oeste.

Las Cícladas

En las Cícladas, como en el Dodecaneso y en la costa de Anatolia, generalmente se opone la fase que termina con el MR I B/CR II, momento de la dominación minoica, a la fase siguiente, CR III/HR III, donde se afirma la influencia micénica. Sin embargo, el paso de uno a otro período se realiza, en la mayoría de los casos, progresivamente. En las Cícladas las importaciones de material continental se incrementan desde el MR I. A veces, la ruptura parece más rápida, sin que se pueda atribuir la responsabilidad a un imperialismo naciente. Así, el fin del período VII de Aguia Irini, en la isla de Keos, se debe sin duda a un terremoto. La destrucción del nivel III 2 de Filakopi, en Melos, parece más difícil de interpretar.

Entre mediados del siglo xv y mediados del xi las relaciones entre el continente y las Cícladas pasan por tres fases, cuyos contornos cronológicos no siempre son claros. Durante la primera fase, que corresponde, *grosso modo*, al HR III A-B1, el continente ejerce al principio su influencia solamente sobre algunos asentamientos: Delos, Aguia Irini, Filakopi y, quizá, Grota, en Naxos. Es difícil medir esta influencia. Así, en Filakopi, el gran edificio del nivel III se presenta a menudo como la prueba indiscutible de que los micénicos establecieron un control directo sobre las Cícladas, pero no puede, en absoluto, considerarse como un palacio micénico imitado de los continentales (*infra*, p. 346): su longitud total no excede de 15 metros, no posee ni el porche de dos columnas ni las cuatro columnas alrededor del núcleo central que, además, es rectangular; por lo que parece, el plano y las dimensiones de este edificio están calcados de una construcción subyacente [315, pp. 55-58, p. 56, fig. 49 y pl. II; Renfrew, C., *in* 728 (I), p. 411 y 409, fig. 2]. Sobre este mismo lugar un santuario mezcla elementos micénicos y locales (*infra*, p. 417).

Durante una segunda fase son importantes los contactos directos entre el continente y las Cícladas. Las importaciones de material continental cesan casi totalmente después del HR III B1 en asentamientos como Aguia Irini y Filakopi. Es el principio de un período turbulento: el sistema defensivo de Filakopi se reforma, las acrópolis de Aguios Andreas en Sifnos y de Kukunares en Paros se organizan como puntos de defensa, pero en las Cícladas no hay indicios de destrucciones masivas comparables con las que marcan el final del HR III B en el continente.[7]

Durante una tercera fase, las comunidades cicládicas parecen conocer al principio un período de relativa prosperidad y reanudar contactos más regulares con el exterior. Los santuarios de Filakopi, después de haber sido destruidos hacia finales del siglo xii (fin de la fase 2b), permanecerán todavía en actividad una treintena de años más. En Naxos, la necrópolis de Aplomata contiene un grupo de jarras con asa vertical decoradas con pulpos, material característico de varios asentamientos del Ática, de las Cícladas y del Dodecaneso, lo que parecería demostrar la existencia de una comunidad creada gracias a los movimientos de población [819, p. 228]. Casi todas las Cícladas están ocupadas de manera continua hasta el final del HR III C y parecen conocer, tras este período de prosperidad, el mismo proceso de degeneración que el continente.

7. La preparación y la destrucción de la ciudadela de Kukunares, datadas primeramente en el final del HR III B [Schilardi, D., *in* 304, pp. 158-170], se sitúan actualmente en el HR III C [Schilardi, D., *in* 305, pp. 184-206].

La información esencial sobre estas regiones viene de las grandes necrópolis de Ialysos en Rodas, Eleona y Langada en Kos y Musguebi en Caria, así como de los asentamientos de Iasos, Mileto, Troya y Tarso (*supra*, p. 336).

De una manera general, los micénicos, establecieron contactos en un principio con asentamientos «colonizados» por los minoicos. Y a partir de estos asentamientos extendieron su red de relaciones. La coexistencia con los cretenses, sin duda pacífica, está ilustrada por el nivel II B de Trianda, cerca de Ialysos: el lugar fue reconstruido después de que hubiera sufrido un terremoto y el material, antes únicamente minoico (importado o imitado), contiene cerámica HR II B-III A1 al lado del MR I B-III AI. Durante esta fase la necrópolis de Ialysos comienza a ser utilizada.

En el HR III A2 el número de asentamientos de la isla de Rodas, principalmente al oeste y al sur, se multiplican. Las cincuenta y siete tumbas de Ialysos que datan de esta fase revelan una gran prosperidad. La cerámica y la utilización de las tumbas de cámara podrían hacernos creer que se instaló en Rodas una comunidad continental, pero la ausencia total de figuritas de barro cocido y de sellos, así como el origen continental de los vasos, permiten suponer que los micenios aparecieron en Rodas no para colonizar la isla sino para controlar mejor la red de intercambios que en esta época se extiende entre el mundo egeo y el Mediterráneo oriental. Las tumbas contemporáneas de Kos y de Musguebi, que contienen material bastante pobre si lo comparamos con el de Rodas, no revelan una influencia micénica muy fuerte. La cerámica encontrada en el resto del Dodecaneso, en Cilicia y en el noroeste de Anatolia solamente indica la presencia de contactos esporádicos.

La fase HR III B, globalmente considerada, representa un período de decadencia de la influencia micénica en estas regiones. En Ialysos solamente se utilizan veintidós tumbas. Estas tumbas no sólo muestran importaciones de Argólida, sino también producciones de Beocia y del Ática. En Kos y Musguebi las tumbas también revelan una disminución de las importaciones y un empobrecimiento general. En Mileto, después de una destrucción al final del HR III A2, la ciudad se reconstruye en el interior de una muralla de 1100 metros de perímetro cuyas características recuerdan ciertos ejemplos hititas y chipriotas. Una necrópolis de tumbas de cámara, descubierta no lejos de ahí, en Değirmentepe muestra una influencia micénica bastante grande, pero ni la forma de las viviendas ni la cerámica permiten determinar la «nacionalidad» de los ocupantes de Mileto en esta época.

De la misma manera, se puede dudar de que los micenios se hubieran establecido alguna vez en Troya, pero este asentamiento representa un caso particular en la medida que, en Anatolia, es uno de los asentamientos que

muestra mayor cantidad de cerámica micénica, importada o más frecuentemente imitada. También representa el punto de máxima difusión de esta cerámica en la región. Después de la destrucción de Troya VI*h* por un violento terremoto durante el HR III B, fueron instaladas grandes jarras de almacenamiento en cada edificio de Troya VII*a*. Este nivel fue destruido e incendiado hacia finales del siglo XIII, justo antes o después de la aparición de la cerámica de estilo HR III C. Troya VII*b1* es una simple reconstrucción y al nivel Troya VII*b2* le corresponde el uso de la cerámica negra, pulida a mano y la importación de Micenas de la cerámica llamada «del granero». El establecimiento de sincronismos entre Grecia y la Tróade y, por consiguiente, la datación absoluta de estas diferentes destrucciones son problemas muy debatidos. Condicionan en gran parte el análisis de las fuentes literarias que conciernen a la guerra de Troya. En efecto, si admitimos que la fortaleza de Troya VII*a* fue destruida hacia 1200, es difícil que esta destrucción sea obra de los estados micénicos, en aquel momento enfrentados con graves problemas (*infra*, p. 349). Algunos, pues, han imaginado que fue un asentamiento anterior el que cayó bajo la fuerza de los griegos coaligados [742, pp. 166-168]. De hecho, ningún elemento arqueológico tangible demuestra la implicación de los micenios en las destrucciones observadas en Troya. Por lo tanto, debe considerarse que el relato homérico no es un relato histórico que cuenta el sitio y destrucción de una ciudad de Anatolia por una confederación griega, sino que el poeta pobló lugares reales con héroes imaginarios cuyas gestas son aptas para llenar de orgullo a los que se consideran sus descendientes (*supra*, p. 291).

Las fuentes epigráficas hititas sobre el reino llamado *Ahhiyawa* no proporcionan mucha ayuda para el estudio de la Anatolia occidental, pues la localización e identificación de este reino, así como la datación de los documentos, son muy discutibles [714, pp. 214-220 y 307-312; 810] (*infra*, p. 346).

En Ialysos la ruptura entre el HR III B y el HR III C es completa. De seis tumbas se pasa a cuarenta y dos, de las cuales al menos dieciséis son reutilizadas. La influencia de Argos parece renovarse. Aparecen numerosas figuritas, las tumbas de Kos presentan las mismas características. En ambos casos tendríamos la rama oriental de la comunidad atestiguada en Naxos y en Ática (*supra*, p. 341). También durante el HR III C Cilicia reanuda sus contactos con el mundo del Egeo. Todos estos hechos deben situarse en un contexto más amplio: hundimiento del Imperio hitita, grandes destrucciones en Chipre y a lo largo de la costa siriopalestina, victorias de Ramsés III contra «los pueblos del mar».

La presencia, directa o indirecta, de los micenios en el Mediterráneo oriental representa tan sólo un elemento de un cuadro de contornos y detalles imprecisos.

Los hechos arqueológicos son relativamente simples y en principio deben ser detallados primeramente en Chipre, que alberga la documentación más completa. A partir de la fase HR III A1, es decir, a partir del segundo cuarto del siglo XIV, la cerámica micénica se impone como uno de los principales componentes de la vajilla en uso en la isla. Su proporción aumenta, en particular durante la primera mitad del siglo XIII, mientras que los tipos chipriotas sufren cierta decadencia. Grandes destrucciones arrasan toda la isla al final del chipriota reciente II C, mientras que el estilo HR III B todavía está en uso. La ruptura entre el chipriota reciente II y el chipriota reciente III se caracteriza por la desaparición total de los tipos chipriotas y por la predominancia de cerámicas de estilo HR III C1, importadas de Grecia o fabricadas allí mismo.

En Levante, de Amman a Karkemish, pero principalmente a lo largo de la costa siriopalestina, se cuentan unos ochenta asentamientos en los que se ha hallado cerámica micénica, casi siempre acompañada de cerámica chipriota, sobre todo los cuencos llamados *White Slip* y los pequeños jarros del tipo *Base-Ring*. Las cantidades de cerámicas HR III A2 y III B y el repertorio de formas son mucho más limitados que en Chipre [814, pp. 145-147]. Los vasos de estilo HR III C encontrados en Levante podrían haber sido fabricados allí mismo por artesanos de origen egeo o bien importados de Chipre [815, pp. 170-171].

En Egipto el marco difiere bastante, pues las aportaciones micénicas son más precoces (comienzan desde el HR I) y más limitadas (una treintena de asentamientos) y cesan totalmente al final del HR III B. Un solo asentamiento, Amarna, capital efímera de Amenofis IV y de Tutankhamón, recibió cantidades importantes de cerámica durante el HR III A2 (*supra*, p. 328).

Fundamentándonos en este material arqueológico y en algunos textos egipcios o hititas, podemos tratar de reconstruir la relativa importancia de las diferentes regiones y determinar la naturaleza de los productos intercambiados, a fin de evaluar la presencia real de los micenios y su papel en el Mediterráneo oriental. Chipre podía constituir, por lo menos hasta finales del siglo XIII, el punto de avance extremo de los micenios en dirección este. La isla cumple entonces plenamente un papel de intermediario. Dos series de datos autorizan esta interpretación: en primer lugar, los micenios no son nunca mencionados en los documentos epigráficos hallados en Ras Shamra-Ugarit, mientras que este lugar cuenta con gran cantidad de objetos micénicos importados; en segundo lugar, las cerámicas chipriotas acompañan

constantemente en Levante a las cerámicas micénicas; los chipriotas parecen incluso no llevar tipos de vasos que ellos mismos podrían proporcionar, sobre todo los de formas abiertas. De una manera general, la presencia «económica» micénica, constante y fuerte en Chipre, sigue siendo débil, aunque regular en el resto del Mediterráneo oriental y relativamente marginal en Egipto. Esto tiene que ver con la situación política de la región, dividida, quizá disputada, entre el imperio hitita y el reino egipcio, aunque el reino de Chipre-Alashiya logre permanecer políticamente neutro, pero económicamente muy activo.

Estas diferencias están relacionadas igualmente con lo que los micenios aportaban y buscaban en estas regiones. Con Egipto las relaciones parecen haberse limitado a contactos diplomáticos episódicos, ilustrados por las representaciones y las menciones de embajadas del Egeo llevando un tributo al faraón, pero este formalismo quizá disimule verdaderos intercambios [93, pp. 397-406]. Incluso en Amarna, sólo hay media docena de vasos micénicos completos y cerca de dos mil cascotes de cerámica, lo cual es poca cosa en relación con la importancia del asentamiento. En el continente griego, los contactos con Egipto solamente se atestiguan por algunos escarabeos y placas de azulejo llevando principalmente el nombre de Hatchepsut, Amenofis III o Ramsés II.[8] En un principio, los micenios acompañaron a los minoicos para rendir homenaje al faraón, pero si el oro o el estaño egipcio les interesaban, el camino seguido para conseguirlos pasaba más probablemente por la costa levantina, Chipre, Rodas y las Cícladas que por Creta. Tras el final de los segundos palacios el intermediario cretense seguramente cedió el paso al intermediario chipriota.

Es más fácil discernir lo que los micenios vieron en Chipre: el cobre transportable en forma de lingotes y una puerta abierta hacia Oriente y sus materias primas preciosas o semipreciosas. Los productos acabados chipriotas u orientales raramente llegaban a Grecia: algunos vasos, escasos marfiles y la sorprendente colección de sellos cilindros hallada en Tebas.[9] La contrapartida micénica es más difícil de definir. Los vasos aportados a la costa levantina contenían seguramente aceites perfumados y sólo en Chipre las vajillas micénicas han ejercido una verdadera fascinación en cuanto a tales. También se ha supuesto que los centros palaciales micénicos ge-

8. Una lista completa ha sido realizada por CLINE, E. [901, pp. 24-26 y 30-32], que sugiere que los objetos inscritos a nombre de Amenofis III y la reina Tiy serían el resultado de un único viaje cuyo itinerario se reflejaría en la lista de Kom-el-Hetan (*infra*, p. 425). Véase también [141 (1979), p. 405 y fig. 30] para una figurita de loza de Tirinto que lleva el cartucho de Amenofis II.

9. En el continente se han encontrado unas diez ánforas cananeas [719, pp. 126 y 145, n. 1], pero hasta hoy, solamente un fragmento chipriota en Tirinto [141 (1986), p. 184 y fig. 40:5]; marfiles: [870, pp. 231-232]; sellos cilindros de Tebas: PORADA, E.: *Archiv für Orientforschung*, 28 (1981-82), pp. 1-70 y *supra*, p. 290.

neraban excedentes alimentarios y los exportaban a Oriente, pero perdieron su lugar como reguladores económicos después del tratado egipcio-hitita de principios del siglo XIII, lo que explicaría la decadencia del HR III B [714, p. 265].

Los micenios parece que no se instalaron en Chipre ni en Levante antes del final del siglo XIII (*supra*, p. 344). Por lo que concierne a la fase inmediatamente siguiente, la «colonización aquea» de Chipre y la identificación de algunos «pueblos del mar» considerados responsables de las grandes destrucciones de hacia 1200 en el Próximo Oriente siguen siendo problemas muy controvertidos. Generalmente se considera que unos movimientos de población vinculados a las destrucciones del final del siglo XIII arrastraron a grupos salidos de la Grecia continental hasta Levante y que algunos de estos grupos tomaron el control de Chipre, introduciendo rasgos arquitectónicos nuevos (capiteles en escalera y muros de cantería), técnicas originales de trabajar el marfil y el bronce, así como la lengua griega. Otros grupos atacaron Egipto, primero por el oeste, durante el octavo año del reinado de Merenptah (hacia 1205), luego por el este, después de haber arrasado la costa siriopalestina, bajo el reinado de Ramsés III (hacia 1180). Este monarca los rechazó y fijó en Palestina y en algunos lugares de Siria.

Sin embargo, nada asegura la identificación de los aqueos/micenios con la palabra *Ekwesh* que designa a uno de estos «pueblos del mar» (*infra*, p. 353). Por otra parte, los rasgos presumiblemente «aqueos» se encuentran poco extendidos en el mundo egeo [714, pp. 345-352]. En cambio se observa, en un lugar como Kition, una extraordinaria continuidad de tipos arquitectónicos, a pesar de que evolucionen las técnicas de construcción. También se puede observar que un asentamiento como Kalavasos-Aguios Dimitrios, abandonado al final del chipriota reciente II, tiene construcciones de cantería, pero no ha dado material extranjero alguno.[10] Finalmente, hay que subrayar que rasgos característicos micénicos como los palacios, los tolos o los sellos de tipo egeo, siguen siendo desconocidos en Chipre. Sin embargo, la cerámica llamada *filistea* parece inspirada en tipos micénicos del HR III C.

Según otra hipótesis, los grupos responsables de la destrucción del reino chipriota serían originarios del noroeste de Anatolia, desestabilizado por una expedición venida de la Grecia continental: la «guerra de Troya». Estos grupos culturalmente vinculados al mundo egeo y considerados como una entidad por los hititas —*Ahhiyawa*— habían tratado, al instalarse en Chipre, de restablecer los contactos con Oriente que les prohibían los hititas [714, pp. 352-357].

10. SOUTH, K.: «Kalavasos-Ayios Dhimitrios and the Late Bronze Age Cyprus», en KARAGEORGHIS, V., y J. MUHLY (ed.): *Cyprus at the close of Late Bronze Age*, Nicosia, 1984, pp. 11-18.

De esta manera, la Grecia micénica, construida en gran parte abriéndose al mundo exterior, no edificó ningún imperio. Ejerció una fuerte influencia, directa o indirecta, de Cerdeña al Oronte, de Macedonia al Nilo, pero no una dominación política. Después de haber obtenido de Creta, de Oriente e incluso de Europa los factores de la profunda mutación cultural que caracteriza el paso del bronce medio al bronce reciente y después de haberlos asimilado, el continente griego permanece relativamente impermeable ante las influencias culturales extranjeras, mientras que los contactos económicos con el exterior parecen fundamentales para el desarrollo y funcionamiento de los centros palaciales. Este es el momento en que dichos contactos se perturban y quizá se interrumpen, cuando se hunde el sistema palacial.

C. *EL FINAL DEL MUNDO MICÉNICO*

La desaparición de los palacios y el paso de la época micénica a la época protogeométrica siguen siendo problemas muy debatidos. No se puede plantear un estado de los conocimientos sobre estas cuestiones: nos limitaremos a exponer los hechos arqueológicos establecidos y las diferentes hipótesis propuestas para explicarlos. Las tradiciones del primer milenio que se supone que pueden aplicarse a este período oscuro sólo se tomarán en consideración en esta misma perspectiva, puesto que nada demuestra que se refieran a un momento histórico preciso, especialmente a la época micénica (*supra*, p. 293).

El final de los palacios

Las excavaciones realizadas en Micenas permiten dividir el HR III B en dos fases. Esta distinción está basada en la destrucción, al final del HR III B1, de un barrio de la ciudad: un violento incendio destruyó de una vez los edificios conocidos bajo el nombre de casa del Mercader de aceite, casa de los Escudos, casa de las Esfinges y casa Oeste (*infra*, p. 364). La destrucción del gran edificio de Ziguries parece haber ocurrido en el mismo momento. Los asentamientos o los sectores afectados ya no se reconstruirán.

¿Debemos ver en estas destrucciones el principio de las inquietudes que conducirán a la destrucción de los palacios y a la disgregación de la civilización micénica? ¿Debe ponerse todo esto en relación con el cambio de dirección de la influencia de la Grecia continental en el mar Egeo y en todo el Mediterráneo que se produce desde mediados del siglo XIII (*supra*, pp. 336-347)? El problema es difícil de resolver.

En todo caso, se observa en el HR III B2 un refuerzo general de las obras de defensa: el noreste de la ciudadela de Micenas se refuerza para

proteger el acceso a la cisterna subterránea (*infra*, p. 373). Se reconstruye la ciudadela baja de Tirinto (*infra*, p. 361) y se la dota de cisternas para recoger el agua bajo el nuevo muro. La acrópolis de Atenas se amuralla por vez primera e igualmente se conecta a una fuente subterránea. La destrucción de Gla, que ocurre poco tiempo después, la construcción de un baluarte (?) cortando el istmo de Corinto,[11] así como las modificaciones efectuadas en el complejo palacial de Pilos (*infra*, p. 368) podrían ser interpretadas como otros signos de la creciente inseguridad que reinaría en las diferentes provincias de la Grecia micénica.

Sin embargo, no se limitan a reforzar las murallas de las ciudadelas ni a construir en el interior de éstas edificios a menudo estrechamente ligados con los palacios: en Micenas, los talleres y la casa de las Columnas, así como varios edificios en el barrio suroeste; en Tirinto, los diez edificios de la ciudadela baja unidos al horizonte HR III B2 (fig. 49*a*, *infra*, p. 360). En la ciudad baja de Micenas se repara, cerca del «tesoro de Atreo», una casa dañada por un terremoto y se construye otra muy cerca [134]. Al norte del asentamiento, se puede observar la presencia de dos nuevos edificios contemporáneos, el edificio de la terraza ciclópea y la gran casa del lugar llamado Plakas.[12] En Tirinto, la casa M pertenece también a esta fase [Gercke, P., y G. Hiesel *in* 145 (V); pp. 15-17; Hiesel, G., *in* 145 (VIII), pp. 17-18]. Además, asentamientos sin fortificar como Korakú, Muriatada, Nicoria, Orcomenos y Pilos parecen conocer durante la segunda mitad del siglo XIII una notable prosperidad.

Hacia el final del HR III B2, casi todos los grandes centros del continente son total o parcialmente destruidos. Estas nuevas destrucciones, a menudo acompañadas de incendios, parecen haberse concentrado en los asentamientos palaciales o de importancia comparable. Irán seguidas o acompañadas de numerosos abandonos. La fecha de la destrucción de Pilos permanece dudosa; algunos creen que es anterior a las de los centros de Argos, otros observan que determinados vasos descubiertos en el último nivel son atribuibles al principio del HR III C [101, pp. 128-129].

La cerámica y la cronología

Al principio del HR III C, la cerámica utilizada en el continente y en la mayor parte del mundo micénico ya no evoluciona mucho. Se limitan a continuar produciendo las formas más simples heredadas del período precedente, en especial los cuencos hondos que aparecen como la forma más

11. BRONEER, O.: *Hesperia* 35 (1966), pp. 346-362, y 37 (1968), pp. 25-35; según KARDARA, CHR.: *AAA*, 4 (1971), pp. 85-89, esta construcción sería el muro de contención de una carretera.
12. MYLONAS, G.: *PraktAE*, 1975, pp. 158-161.

extendida. Contrastando con las fases precedentes, caracterizadas por una gran uniformidad de estilos, vemos desarrollarse estilos locales más o menos independientes unos de otros (*infra*, p. 399).

La cronología relativa de esta fase se encuentra actualmente mejor definida. Las investigaciones de los últimos veinte años han permitido precisar las intuiciones de un Furumark o de un Desborough. Gracias en particular al estudio y a la publicación de varios sedimentos estratificados descubiertos en Lefkandi, Micenas, Tirinto, Korakú y Filakopi, podemos reconstruir la secuencia de las diferentes fases cerámicas en cada uno de estos asentamientos e intentar establecer correlaciones entre ellas.[13]

Lamentablemente todavía es imposible situar de una manera absoluta el paso de una fase a otra. Los mismos límites del HR III C son objeto de discusiones, que sin duda no tienen suficientemente en cuenta las diversidades culturales. El principio coincidiría más o menos, según algunos, con la muerte de Ramsés II (1213); para otros, esta fecha debe rebajarse hasta 1190/1185 [820, pp. 458-462]. Su final, caracterizado por la aparición de las primeras cerámicas de estilo protogeométrico en Ática, se situaría hacia mediados del siglo XI.

La Grecia del HR III C

Después de las destrucciones de finales del siglo XIII, se observa una disminución muy sensible del número de asentamientos ocupados. Este abandono afecta en ciertas regiones, como el suroeste del Peloponeso o Beocia, a cerca del 90 % de los asentamientos. En Argólida, en Laconia, en Fócida y en Lócrida el fenómeno afecta a un 70 % de los asentamientos; aparece menos acentuado en el Ática, donde en el HR III C se ocupa un 50 % de los asentamientos ocupados en el HR III B.[14] El despoblamiento de ciertas regiones, que se podría deducir de estas observaciones, parece dudoso, puesto que estas mismas cifras pueden corresponder igualmente a una concentración de población sobre asentamientos más seguros. Hasta entonces algunos lugares solamente habían conocido una ocupación esporádica: Lefkandi, en Eubea, Perati en Ática y, en menor medida, Asini en Argólida. Otros conservan una posición preeminente, como Tirinto y Micenas, cuyas fortificaciones, una vez reparadas y reforzadas, guardan siempre numerosas construcciones.

13. Para una presentación sintética de las distintas periodizaciones véase [318, p. 82] y [678, p. 133].

14. Las cifras propuestas, entre otros, por ÅLIN, P. [818, p. 53 (Argólida), p. 91 (Mesenia), p. 97 (Laconia), p. 116 (Ática), p. 134 (Lócrida)], BUCK, R. [823, p. 277], BETANCOURT, PH. [833, p. 40], o DESBOROUGH, V. [959, p. 19-20] son muy diversas. Hay que actualizar estos descuentos recurriendo a [101] sin olvidar las dificultades unidas a la definición de un «asentamiento».

Las comunidades continentales, desplazadas o reagrupadas, mantienen durante un momento un cierto grado de prosperidad que, sin ser comparable al de tiempos precedentes, no deja de ser real. En Micenas, durante más de un siglo se van a edificar únicamente sobre la acrópolis edificios como la casa del Vaso de los Guerreros, El Granero y otros edificios en el barrio suroeste (fig. 51, *infra*, p. 363). Los niveles posteriores a la destrucción HR III B2 alcanzan tres metros de espesor por encima de la casa de Tsuntas y corresponden a tres fases arquitectónicas sucesivas. En Tirinto la reconstrucción de la ciudadela baja es inmediata (*infra*, p. 361). La ciudad baja no se abandona sino, al contrario, pues según Kl. Kilian parece tener la mayor extensión de toda la época micénica. La necrópolis de Perati en Ática, que cuenta con más de doscientas tumbas, las casas exentas de Lefkandi, los edificios I y G de Asini, así como el asentamiento de Egera, muestran igualmente que el HR III C no puede, por lo menos en sus primeras fases, ser considerado como un momento de repliegue o de decadencia.

En efecto, en lo esencial, el período HR III C sigue siendo micénico. Es cierto que el sistema económico y político característico del período precedente no parece ya prevalecer; por lo menos, sus manifestaciones más visibles, tablillas inscritas, fabricación de objetos de oro o de marfil, vasos metálicos y construcción de tolos han desaparecido o se han hecho muy raros. Sin embargo, las producciones artesanales del HR III C se enmarcan estrechamente en la continuidad de una tradición, y por lo menos ciertas regiones de la Grecia continental conservan sus lazos con el resto del Mediterráneo, aunque sin duda a menor escala que anteriormente.

Sería difícil decir qué sustituye a este sistema palacial y qué tipos de organización económica y política prevalecen a partir de ahora. Si algunos centros de poder como Pilos y Tebas han desaparecido por completo, otros como Micenas y Tirinto simplemente se han transformado, pero es la misma naturaleza de esta transformación la que sigue siendo imposible de definir. Así, algunos consideran que las construcciones que recubren las ruinas del palacio HR III B de Tirinto deben ser interpretadas como los restos de un edificio palacial que habría funcionado durante el HR III C [141 (1981), p. 160]. Pero la fecha de estas construcciones permanece sujeta a controversias [Drerup, H., *in* 1, cap. O, pp. 17-18].

Al lado de estas permanencias y de estas transformaciones deben destacarse algunas novedades como las cerámicas llamadas *bárbaras* (*infra*, p. 351), las fíbulas en forma de arco de violín, el uso más extendido del hierro o ciertos tipos de armas. Otros rasgos, como la preferencia dada en determinados lugares (Salamina y Lefkandi, en particular) y bastante tardíamente, a las sepulturas individuales dentro de cistas o pozos no deben ser consideradas como verdaderas innovaciones, sino como el resurgimiento de prácticas antiguas (*supra*, p. 245) que nunca fueron del todo abando-

nadas durante la época micénica (*infra*, p. 379). La cremación de cadáveres, que se generaliza a final del período y durante la época protogeométrica, también estaba atestiguada antes del final del HR III B (*infra*, p. 381). De hecho, la importancia de estas «innovaciones» es a veces sobrevalorada para apoyar las diferentes hipótesis propuestas para explicar los fenómenos que caracterizan el final del HR III B y del HR III C.

Las hipótesis

Antes de plantear algunas de las hipótesis que se han imaginado para explicar tanto la desaparición del sistema palacial como la «decadencia» de la civilización micénica, debe subrayarse la fragilidad de las correlaciones cronológicas establecidas entre los diferentes horizontes de destrucción. Tanto si se trata de las destrucciones observadas en Micenas, en Tirinto y en Pilos al final del HR III B2, como de las observadas en Micenas, en Tirinto y en Lefkandi en el HR III C, las fases de la cerámica no están datadas con precisión suficiente para garantizar la estricta contemporaneidad de los acontecimientos. Dos destrucciones datadas en la misma fase pueden estar separadas por diez o veinte años.

Las hipótesis que explican el final de la época micénica pueden ser clasificadas en tres grandes grupos. En el primero, se da preferencia a los movimientos de población, «dorios» o «pueblos del mar»; en el segundo, se fijan más en las causas naturales, cambios climáticos o terremotos; en el tercero, se da mayor atención a los conflictos internos.

a) *Las invasiones.* En tiempos históricos, los griegos que hablaban dialectos dóricos y estaban establecidos en el Peloponeso, a excepción de Arcadia, en algunas de las Cícladas, como Melos y Zira, en Rodas y en las costas carianas, pretendían basar su originalidad lingüística en su historia legendaria. Habrían llegado al Peloponeso aliados con los descendientes de Hércules (los heráclidos), que vinieron para luchar contra los átridas, sucesores de Euristeo, soberano de Micenas y expoliador del héroe. Los argumentos lingüísticos pueden hacer creer que estas leyendas reflejan un momento histórico (*supra*, p. 307).

Sin embargo, cualquiera que sea la credibilidad que demos a los relatos míticos relativos a la época micénica (*supra*, p. 289), especialmente a las invasiones dorias, siempre se plantea la cuestión de una eventual invasión del continente griego. Y antes de interrogarnos sobre el punto de partida y sobre la fecha de esta invasión, debemos decidir si los testimonios arqueológicos de que disponemos son suficientemente sólidos para basar una explicación de este tipo. La cerámica llamada *bárbara* (*Barbarian Ware*) proporciona un buen ejemplo de las dificultades para pasar del testimonio arqueológico a la interpretación histórica. Esta cerámica, de color oscuro,

fina o basta, siempre hecha a mano y pulida con un instrumento que deja huellas visibles en su superficie (se llama *oscurecida*), decorada a veces con cordones plásticos, se encontró por vez primera en Micenas en 1965. Desde entonces, se han encontrado e identificado trozos de vasos y algunos vasos completos en Korakú, Lefkandi, Atenas, Perati, Egera, Micenas, Asini, Tirinto y en el Menelaion de Esparta [824].

Esta cerámica aparece generalmente asociada con material y niveles que datan de principios del HR III C; parece totalmente ausente al final de esta fase. Deduciendo argumentos a partir de estos elementos, se ha podido creer que este material había acompañado, junto con otros elementos diversos, a la migración de un grupo humano originario de los Balcanes o de Tracia, grupo del que se encontrarían huellas en la cultura de Troya VII. Este grupo podría ser considerado el responsable, solo o con otros, de la destrucción de los palacios, después de lo cual se habría fundido en la cultura micénica, dejando de fabricar su propia cerámica. Se observa fácilmente la fragilidad de estas hipótesis necesariamente reductoras con respecto a la complejidad de los hechos que quieren explicar. El origen extranjero de la cerámica llamada *bárbara* ha sido discutido[15] pero aunque se demostrara, resulta imposible elegir un origen preciso para esta clase de cerámica y se está lejos de poder establecer una correlación automática entre grupo étnico y tipo de cerámica.

Y para que esta cerámica y los demás objetos mencionados en esta discusión (espadas fabricadas para golpear de estoque y de filo, puntas de lanza en forma de llama, daga llamada de Peschiera o fíbula en arco de violín) mostraran la realidad de una invasión sería necesario que aparecieran repentinamente, que fueran raros o desconocidos antes del momento supuesto de la invasión y que se extendieran ampliamente. Ninguno de estos testimonios responde a estas condiciones [Hiller, St., *in* 952, pp. 154-169, figs. 1-8; 953, pp. 305-311]. Además, es difícil admitir que unos invasores victoriosos se hubieran instalado de forma duradera en las tierras conquistadas y no hubieran dejado una huella más profunda. En cambio, es bueno recordar que después de la oleada de destrucciones al final del HR III B la civilización de Grecia continental continúa siendo esencialmente micénica. Por fin, se deberían presentar los movimientos de población perceptibles en dirección de las zonas de las que se hacen precisamente surgir los ataques (Grecia del noroeste y el Mediterráneo oriental).

Una segunda serie de hipótesis, que a veces se une a la primera, trata de establecer un vínculo entre los disturbios que afectaron a la Grecia continental y las destrucciones sufridas por Anatolia, Chipre y el Levante durante el último cuarto del siglo XIII. Los «pueblos del mar», contra los que lucha varias veces y a lo que parece con éxito Merenptah (1213-1203) y los

15. WALBERG, G.: *AJA*, 80 (1976), pp. 187-188.

primeros faraones de la XX dinastía, especialmente Ramsés III (1184-1158), son los que se consideran responsables de la desintegración de los pueblos hititas y también de todos los asentamientos de la costa siriopalestina. La explicación es cómoda pero demasiado sencilla. Nada nos permite suponer que los «pueblos del mar» penetraron en Grecia a finales del siglo XIII, ni que las poblaciones griegas se movieran en aquel momento hacia el Mediterráneo oriental, porque las únicas razones que se tienen para asociar los «pueblos del mar» con la historia del mundo egeo son la presencia en los archivos egipcios de la palabra *Ekwesh*, asimilada en «aqueos», que después de la destrucción de sus palacios habrían huido hacia Oriente[16] y la inspiración micénica de la cerámica filistea.

El final del siglo XIII aparece, es cierto, como un período de gran confusión en todo el Mediterráneo oriental. Las destrucciones de la Grecia continental, el abandono de los asentamientos tradicionales en Creta a finales del Imperio hitita, la destrucción de la mayor parte de los asentamientos chipriotas y levantinos y el surgimiento de una entidad filistea (quizá después de que Egipto hubiera establecido en Palestina como vasallos a una parte de los invasores que había conseguido rechazar) ocurren en un lapso de tiempo bastante corto, como máximo unos treinta años. Pero no se puede afirmar que alguno de estos hechos sea más la causa que la consecuencia de los demás, a pesar de que los síntomas (ruptura de tramas económica, social y política, creciente inseguridad, resurgimiento de una piratería endémica) sean comunes a todas las regiones del Mediterráneo oriental.

Las interpretaciones que tratan de descubrir un «estado de urgencia» tras algunos textos hallados en Pilos se vinculan también a esta primera serie de hipótesis [Baumbach, L., *in* 769, pp. 28-40; *contra* 834, especialmente pp. 211-215; *infra*, p. 386]. Presentan todo el bronce y oro recogido (*infra*, p. 397) como requisas obligatorias destinadas a afrontar una situación crítica y las exenciones que benefician a algunos grupos como prueba de dicha situación. Igualmente, las citas militares, especialmente sobre tablillas llamadas *o-ka* (*infra*, p. 387) expresarían la instalación de un dispositivo de defensa contra un inminente ataque surgido del mar. Todo ello resulta algo exagerado, porque las exenciones fiscales o la recogida de metales preciosos pueden perfectamente considerarse algo normal en el funcionamiento del palacio. Además, no es seguro que las tablillas *o-ka* se refieran a preparativos militares ni que éstos sean excepcionales.

Vemos, pues, una vez examinados estos datos que si debemos aceptar, basándonos en los datos lingüísticos, la idea de una «invasión sin invasores»

16. [742, pp. 155-162], [828, p. 182] y [834, p. 210]. SANDARS, N., (828, p. 110-111) considera que los *Ekwesh* pueden tanto tener su origen en Anatolia occidental o en las islas egeas como en el continente griego.

[953, p. 312], nos encontramos también enfrentados a algunas paradojas: regiones que se hallarán, como Laconia, en el centro de las zonas dóricas aparecen casi completamente abandonadas después del HR III B (*supra*, p. 349), mientras que otras no dóricas, como Ática, parecen las más abiertas a las innovaciones o a las transformaciones culturales.

b) *Los factores naturales.* Otra teoría, propuesta por Rh. Carpenter, ha tenido adeptos. El final de la edad del bronce habría sido en Grecia un período de repentino cambio climático. Una gran sequía habría arruinado una economía basada en la agricultura, y esto habría provocado la decadencia del sistema palacial. Contra esta teoría se han planteado dos objeciones principales: por un lado, los contrastes entre una y otra región de Grecia parecen demasiado amplios para que un agente natural de este tipo pueda tenerse en cuenta (*supra*, p. 28); por otro, hay casi una completa imposibilidad para establecer la realidad de un cambio importante climático durante este período (*supra*, p. 36).

Según Kilian, la falta de huellas de incendio, la abundancia del material *in situ*, la inclinación y las deformaciones ondulantes de algunos muros hallados en la ciudadela baja de Tirinto están a favor de un terremoto destructor a finales del HR III B2, el cual sería la causa primera de las destrucciones observadas en Micenas y en Pilos. Sin embargo, a pesar de que sacudidas sísmicas hubieran podido causar periódicamente grandes destrucciones, no pueden haber afectado simultáneamente a regiones tan alejadas como la Argólida y Mesenia, ni tampoco tener consecuencias económicas y políticas tan graves por su sola causa.

Una erupción del volcán de Zira al final de la época micénica está ya excluida actualmente (*supra*, p. 279, n. 5).

c) *Los conflictos internos.* Según J. Hooker, la caída del sistema palacial se debería a conflictos internos que opusieron a los estados micénicos entre ellos o bien a diferentes categorías de la población. En este último caso, la «lucha de clases» podría haber tenido origen en el desmoronamiento de un sistema económico que no habría ya mantenido su papel esencial de regulación y redistribución. Esta hipótesis debería apoyarse en una interpretación original de las «invasiones dóricas». Aquellos a quienes las tradiciones legendarias llaman *dorios* habrían estado ya presentes en Grecia desde una fecha muy anterior al siglo XII; convertidos en esclavos por los señores de los palacios micénicos, hablando quizá una lengua «especial», podrían haber sido, en parte, los responsables del repentino final del sistema palacial. Esta hipótesis armoniza bien con los datos arqueológicos porque tiene en cuenta a la vez la repentina ruptura que representa el final de los palacios y la continuidad cultural observada entre el siglo XIII y XII, pero los lingüistas le plantean dudas, porque según ellos el micénico «especial» no puede asimilarse a un protodórico (*supra*, p. 309).

De hecho podrían haberse combinado varios factores para acabar des-

truyendo una organización burocrática de la sociedad, frágil seguramente en tanto que muy rígida. Una economía basada en la especialización de los productos agrícolas y muy dependiente del exterior para aprovisionarse de materias primas esenciales, está siempre a merced de una ruptura provocada o precipitada por un brusco aumento de población, una contracción de los intercambios en el continente o en la cuenca mediterránea, una interrupción o una mayor lentitud en las comunicaciones, o por tensiones internas quizá violentas, o aún por presiones en sus fronteras.

En cualquier caso, los acontecimientos de finales del siglo XIII marcan el ocaso de la organización palacial pero no indican, en cambio, el final de la civilización micénica. Asistimos al «final de un sistema» [742, p. 140], pero todavía no al «final de un mundo».[17] La ruptura, claramente evidente, será seguida por un lento desmoronamiento cultural.

El final de la civilización micénica

El fin del sistema palacial y los cambios culturales que conducirán a la época protogeométrica deben considerarse por separado. Por un lado, un siglo por lo menos, el período que va desde el final del siglo XIII al principio del siglo XI, separa estos dos fenómenos. Por otro, las razones que explican estas dos series de acontecimientos no parecen estar necesariamente ligadas.

Hacia el 1125 o 1100 intervienen nuevas y grandes destrucciones. Éstas ponen fin a la existencia de las ciudadelas de Micenas y de Arajos (Teijos Dimaion) en Acaya; son sensiblemente contemporáneas de la destrucción de los edificios de la fase 2 de Lefkandi y del abandono de Tirinto. Luego, asistimos a una decadencia general hasta el final de lo que se ha considerado como la época micénica, es decir, hasta la aparición de las cerámicas de estilo protogeométrico.

Pero ¿cómo calificar y caracterizar este período intermedio? Furumark reconocía una continuidad entre la época micénica y una etapa «submicénica», puesto que dio a la cerámica de este período el nombre de *III C2*. Realmente, algunos rasgos estilísticos «submicénicos» constituyen el desarrollo de rasgos III C1 o incluso III B. Otros investigadores, como Desborough, vieron en el «submicénico» un fenómeno local, especialmente ático, que interviene justo antes del final del HR III C. Styrenius [822], como Deshayes en su publicación sobre la necrópolis argiense de la Deiras [108], demuestran, por el contrario, que las distintas regiones de Grecia habían sufrido simultáneamente el mismo fenómeno. Más recientemente Rutter

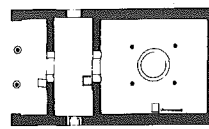
17. Para parafrasear la fórmula de VAN EFFENTERRE, H.: *La seconde fin de la mort d'une civilisation*, París, 1974.

propuso incluso abandonar la denominación de «submicénico», excesivamente relacionado con el material funerario, y considerar esta fase como una última etapa del período micénico, muy diferente de una a otra región [821].

La mayoría de las teorías propuestas para dar cuenta de la desaparición de los palacios hablan de la «decadencia» de la civilización micénica y del paso hacia lo que aún resulta cómodo de calificar como los siglos oscuros (*dark ages*) como la consecuencia última de esta desaparición. Pero las dos series de fenómenos deben, sin duda, verse por separado. Por una parte, al final del HR III B nos hallamos frente a una repentina modificación de la organización económica y política de una sociedad, pero esta modificación no provoca aparentemente ningún cambio cultural importante. Por otro lado, hacia el final del HR III C se observa la desaparición casi completa de algunas costumbres, como la inhumación colectiva en las tumbas de cámara, y la multiplicación de costumbres sustitutorias: sepulturas individuales en cistas y en pozos y cremación de cadáveres. Estas costumbres se van a convertir en los rasgos dominantes de otro tipo de civilización (*infra*, p. 473), pero se imponen progresivamente, sin ruptura aparente. Se podría, pues, sugerir que el final del sistema palacial abrió un campo libre, creó un terreno apto para estas transformaciones que caracterizan el principio de la edad del hierro.

CAPÍTULO III

La civilización micénica



La arquitectura y mobiliario funerarios constituían con mucha frecuencia los únicos testimonios históricos y culturales de las fases protomicénicas que sobrepasaban ampliamente este marco (*supra*, p. 240). En cuanto a las fases siguientes, se añaden numerosos documentos arqueológicos y epigráficos. Por consiguiente, pueden ya describirse las construcciones civiles, públicas y militares, la arquitectura y las costumbres funerarias, la organización social, política, administrativa y el funcionamiento económico, así como las manifestaciones de la vida religiosa. Sin embargo, todos estos testimonios se encuadran en una trama histórica, en un marco geográfico preciso (*supra*, p. 328). Por ello, caracterizan menos a *la* civilización micénica que a diferentes momentos de una evolución de la que podemos observar la complejidad en escasos asentamientos privilegiados.

A. *EL HÁBITAT Y LA VIVIENDA*

Al estudiar el hábitat, el problema esencial sigue siendo el de las definiciones. El razonamiento arqueológico e histórico se encuentra, en efecto, con frecuencia obligado por la terminología: lo que se llamó una vez *casa*, *palacio* o *templo* se convierte en casa, palacio o templo gracias a la virtud de la repetición de la expresión utilizada primitivamente. Estas expresiones deberían evitarse, a no ser que se hubieran definido con precisión. Lo mismo ocurre con la palabra *megaron*: utilizada con demasiada frecuencia para designar cualquier construccion más o menos rectangular, continúa siendo imprecisa. Cargada de connotaciones literarias, autoriza una asimilación apresurada de las realidades arqueológicas a las descripciones homéricas.

Para evitar estos escollos terminológicos, podemos partir de una realidad arqueológica indudable, la de los tres edificios descubiertos en Pilos, Micenas y Tirinto. En el ámbito geográfico que consideramos estos edificios tienen en común un núcleo principal de 23-24 m de largo, formado invariablemente por un porche con dos columnas, un vestíbulo poco profundo y una gran sala casi cuadrada, de una superficie comprendida entre 115 y 150 m^2, provista de un hogar central circular rodeado de cuatro columnas (viñeta del capítulo). Estos tres edificios se distinguen claramente de los demás por su amplitud, su monumentalidad, la multiplicidad de las habitaciones y almacenes que los componen, la técnica de construcción, la decoración pintada de algunos suelos y la presencia en las paredes de frescos que contienen representaciones figuradas. Además, poseemos la prueba de la existencia en los mismos edificios, o en su proximidad, de una administración conservadora de los archivos. Puesto que ningún otro edificio conocido hasta ahora corresponde exactamente a esta descripción, parece legítimo que se les reserve el nombre de *palacio* a los tres edificios descritos, y solamente a ellos. Esto no significa que no hubieran existido otros palacios del mismo tipo, especialmente en Tebas (*infra*, p. 369).[1]

En cambio, la mayoría de las construcciones excavadas en los diversos asentamientos se definen por sus dimensiones modestas, de una longitud comprendida entre los 5 y los 20 m. Desde luego, las más pequeñas podrían considerarse como «chabolas». A pesar de todo, parece mejor designar todo este grupo con el nombre de *casas*.

Entre las casas y los palacios ya definidos se sitúa un grupo de edificios más monumentales que las sencillas casas (su longitud puede alcanzar los 35 m) de mobiliario más variado, más «rico» y más abundante. Sus técnicas de construcción y de decoración recuerdan con frecuencia las que se utilizan en los palacios y tienen a veces en común con éstos algunos tipos de materiales. Pero su plano no es asimilable al de los palacios conocidos en el HR III B, por lo que debemos considerarlos como «edificios intermedios».

Las casas

Al lado de algunos restos de construcciones ovales o absidiales encontradas en Delfos y en Nicoria, la mayoría de las casas parecen ser de forma

1. Los restos de Volos Kastro no son en absoluto comparables, por ello a pesar de las tradiciones relativas a Iolkos, la existencia de un centro palacial micénico sigue aún por demostrar. CARLIER, P. [843, p. 7] propone identificar como palacios «reales» los edificios en los cuales los textos mencionan al rey, como ocurre en Pilos, Cnosos y Tebas; sin embargo añade: «por analogía, se puede creer que cuando un edificio tiene un plano idéntico al de un palacio cuyo carácter real está demostrado por los textos, se trata también de un palacio».

cuadrangular. Se encuentran casas cuadrangulares de una sola habitación desde el principio hasta el final de la época micénica; por ejemplo, la habitación A del conjunto E de Krisa (HR I), la casa IV-9 de Nicoria (HR III A-B) y la casa O de Tirinto (HR III C). Sus dimensiones son modestas; su superficie total alcanza pocas veces los 35 m^2 y sólo excepcionalmente sobrepasa los 60 m^2. Ninguno de estos edificios tiene un plano regular.

Entre las casas cuadrangulares de varias habitaciones, pueden distinguirse dos tipos. En las más sencillas, como la casa T de Aguios Kosmas, la casa L de Korakú, la casa IV-4 de Nicoria o el edificio W de Tirinto, las habitaciones están alineadas unas tras otras siguiendo un mismo eje y sus muros laterales se confunden con los muros laterales del edificio. En las más complejas, como las casas I y G de Asini, las casas de Micenas cercanas al «tesoro de Atreo» (fig. 50*a*) o la casa M de Tirinto, se encuentran varias unidades yuxtapuestas.

Hay que observar que desde el principio del período se encuentran construcciones relativamente elaboradas desde el punto de vista tipológico y técnico en Argos,[2] en Nicoria (casa IV-4) y en Tirinto (casa 49).[3] Correlativamente, se excluye que se pueda hablar de «decadencia» refiriéndonos a construcciones más tardías: basta llamar la atención sobre la relativa calidad de construcciones como el *megaron* W de Tirinto, la casa G de Asini o las casas de Lefkandi, sobre todo la de la fase 2.

Los planos de tipo complejo parecen, sin embargo, predominar en el HR III B, como lo demuestran algunas casas próximas al «tesoro de Atreo» en Micenas o la casa III-2 de Nicoria.

Igualmente que las técnicas de construcción, la mayoría de tipos definidos se enmarcan en una tradición que se remonta a veces al bronce antiguo. Las casas micénicas no se distinguen mucho, en su mayoría, de las unidades corrientes de hábitat concebidas algunos siglos antes.

Los edificios «intermedios»

Las verdaderas innovaciones no se descubren, de hecho, más que en los palacios o en los pocos edificios que recuerdan el modelo palacial. Estos últimos, desde luego, se salen de lo corriente, pero ninguno de ellos puede realmente asimilarse a los palacios, tal como los hemos definido. Ocurre entonces que con frecuencia su función plantea problemas todavía sin resolver, sin hablar del *status* de los asentamientos en los que se hallan.

2. Edificio del terreno Vlajos (HR II-III A); Deilaki, E.: *ArchDelt*, 28 (1973) A, pp. 100-102 y fig. 11.

3. Podzuweit, Chr.: *AA*, 1977, pp. 123-134.

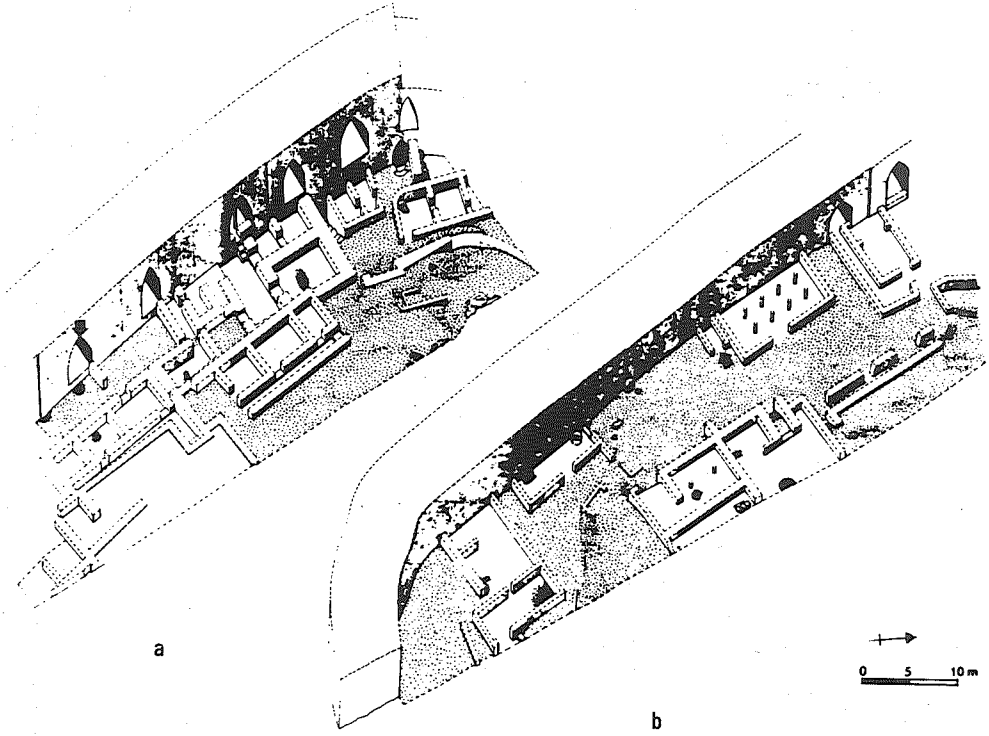


Fig. 49. La ciudadela baja de Tirinto.
a: construcciones del HR III B2; *b*: construcciones del HR III C.

Por ejemplo, la razón de la gran construcción de *Orcomenos* en Beocia, excavada en 1970-1973, sigue dudosa. Este edificio, que mide 30 m de largo, parece formado por tres alas paralelas que constituyen cada una de ellas una unidad independiente de tres habitaciones dispuestas en hilera. Un hogar circular en cada una de las tres habitaciones principales, las paredes de 2 m de grosor decoradas con frescos con representaciones figuradas y la sucesión de dos estados (HR III A y HR III B) son los únicos elementos que pueden recogerse en una documentación que resulta difícil de interpretar a causa de la falta de un plano publicado.[4]

Las habitaciones conocidas del edificio B de *Ziguries* están dispuestas en varios ejes paralelos. Estas habitaciones, llenas de más de 1300 vasos enteros, se interpretan en general como los almacenes de una residencia que estaría situada en el piso superior. Fragmentos de revoque con decorado geométrico se asocian a este edificio cuya destrucción ocurre durante el HR III B1 [104, pp. 30-38].

Las grandes construcciones descubiertas cerca de *Menelaion de Esparta* están relacionadas con dos niveles diferentes. En el HR II B, un gran complejo formado por cuatro edificios rectangulares separados por avenidas se extiende en una superficie de 20 × 25 m. La unidad central está formada por un porche, un vestíbulo y una habitación de dimensiones más grandes, en la que no se han hallado huellas ni de columnas ni de hogar. En el HR III A1, un segundo complejo, de 37 × 36 m de superficie, parece haber sido abandonado antes incluso de haberse acabado de construir. Durante el HR III B2 será reparado y acabado [146].

La función exacta de estos edificios y su *status* en relación con los asentamientos palaciales (grandes casas residencias de «señores» locales, residencias secundarias de los señores de los palacios) siguen sin poderse precisar.

En los asentamientos palaciales, Micenas, Tirinto y Pilos, se plantea también constantemente el problema de la relación entre los edificios del asentamiento y el palacio. En Pilos parece menos agudo que en otros lugares, porque solamente se han excavado completamente el palacio y sus alrededores inmediatos y se ignora prácticamente todo de la ciudad baja y de la tercera parte sin excavar de la ciudad alta.

El asentamiento de Tirinto se divide en tres secciones: la ciudadela alta, ocupada por completo por el palacio y sus dependencias inmediatas, la ciudadela baja al norte y una ciudad baja cuya extensión parece haber sido considerable durante toda la época micénica. En la ciudad baja, el mosaico de guijarros de la casa 49 y las imponentes dimensiones del edificio W los sitúan algo aparte. En la ciudadela baja la extensión de la muralla en el HR III B2 se acompaña como en Micenas de una gran actividad constructora. Esta muralla no representa una muralla de refugio, puesto que guarda un grupo de edificios de pisos construidos sobre varias terrazas repartidas a los dos lados de una calle que sigue la dirección norte-sur. Diez construcciones

4. [192], sobre las excavaciones realizadas desde 1983, véase TOUCHAIS, G.: «Chronique...», *BCH*, 109 (1985), p. 798.

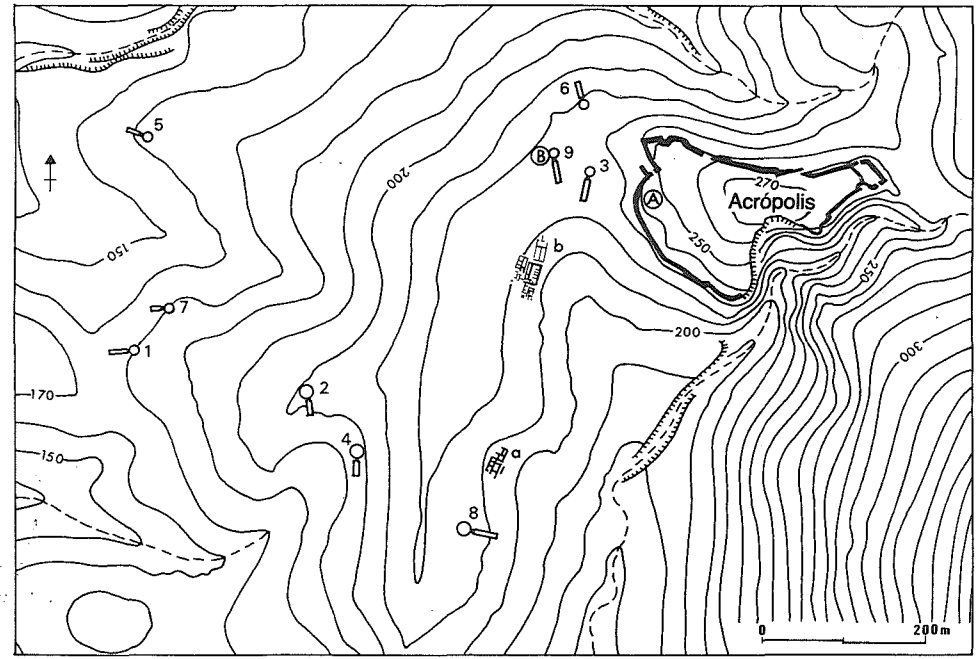


Fig. 50. El asentamiento de Micenas.
A-B: Círculos de tumbas: *1-9*: tumbas en forma de tolos; *a*: las casas de Panagia; *b*: casas del Mercader de aceite, de las Esfinges, de los Escudos y Oeste.

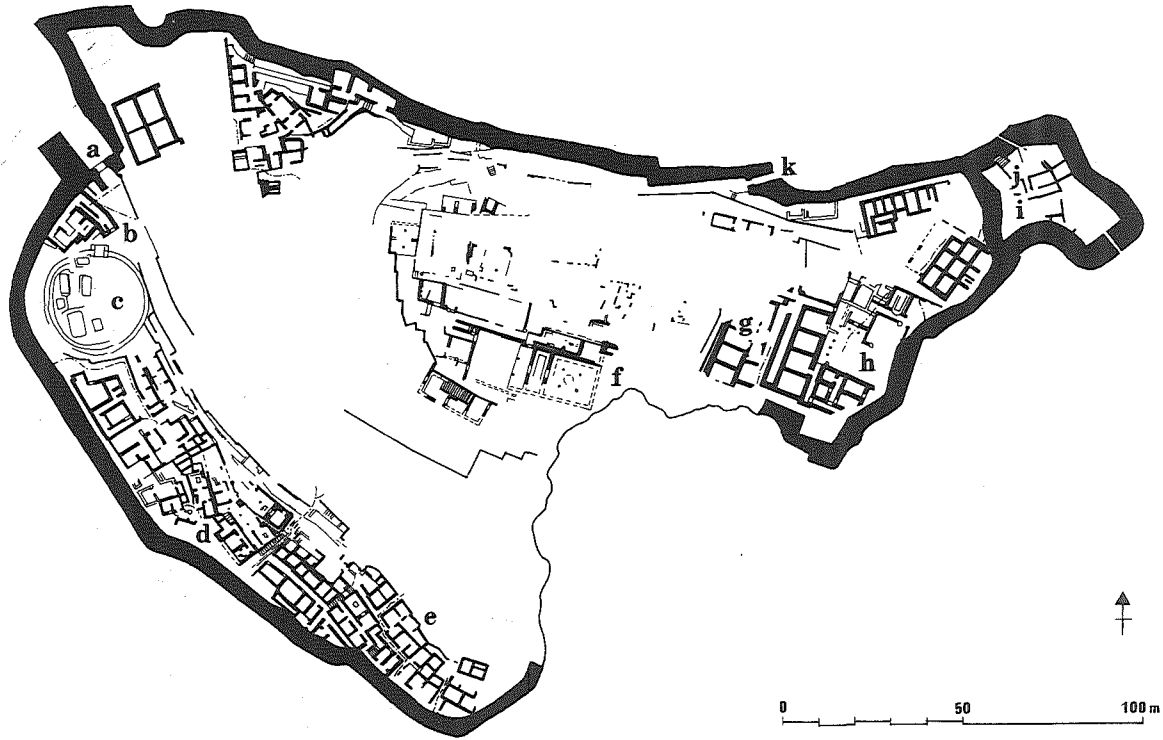


Fig. 51. La acrópolis de Micenas.
a: puerta de los Leones; *b*: granero; *c*: Círculo A; *d*: «centro cultual»; *e*: barrio suroeste; *f*: palacio; *g*: talleres; *h*: casas de las Columnas; *i*: extensión noreste; *j*: bajada hacia la cisterna subterránea; *k*: puerta norte.

han sido ya excavadas más o menos completamente (fig. 49*a*). Una de ellas ofrece un lote de tablillas en lineal B que demuestra el estrecho vínculo que unía el palacio y la ciudadela baja. Después de la destrucción del HR III B2, la ciudadela baja sigue ocupada densamente (fig. 49*b*): las construcciones se ordenan alrededor de varias plazas y durante todo el HR III C se reforma constantemente un lugar de culto (*infra*, p. 417).

En Micenas la extensión del perímetro, que depende estrechamente del palacio, podría sobrepasar ampliamente la línea de muralla. Esta cuestión, especialmente controvertida, nace de la excavación entre 1950 y 1963 de un grupo de cuatro edificios situados al sur del Círculo B que llevan nombres consagrados a partir de entonces: *casas del Mercader de aceite*, *de las Esfinges*, *de los Escudos* y *Oeste* (fig. 50*b*).

Se proponen dos interpretaciones sobre ellas. Según Wace, nada se opone a que se trate de casas privadas pertenecientes a mercaderes ricos. Para otros, como J. Chadwick, estos edificios deben considerarse como dependencias palaciales [790, p. 194]. Hasta una época relativamente reciente, los argumentos que se intercambiaron se basaban principalmente en los más o menos sesenta documentos en lineal B, tablillas y precintos, descubiertos en estos cuatro edificios. Wace afirmaba que representaban la contabilidad de los mercaderes. Un estudio detallado de su contenido muestra que, de hecho, ninguna de las tablillas puede ser interpretada como un documento comercial, ni tan solamente las célebres tablillas llamadas de *las especies* (serie Ge) [Killen, J., *in* 769, pp. 216-233]. El contenido de estos documentos, por el contrario, se demuestra muy cercano al de los archivos de Cnosos y de Pilos, y lo esencial de las transacciones trata de las distribuciones de raciones o de percepciones de productos.

Wace afirmaba que, por otra parte, las piezas de marfil descubiertas en gran número en las casas de las Esfinges y de los Escudos (la forma o la decoración de algunos de los fragmentos dieron nombre a los edificios) procedían de un mobiliario decorado suntuosamente en el piso. Pero J.-Cl. Poursat ha hecho observar justamente que solamente los palacios como el de Tebas (*infra*, p. 369) o los talleres palaciales contenían cantidades de marfil comparables. Además, la presencia de numerosos desechos, así como la repetición de determinados motivos decorativos, hacen pensar más bien que estos marfiles proceden de talleres o de almacenes situados bajo la autoridad palacial [870, pp. 135-136]. Estos edificios se distinguen igualmente por sus dimensiones, pocas veces alcanzadas en aquella época: la casa de las Esfinges mide 22,3 m de largo, la del Mercader de aceite, 27,5 m, la casa Oeste, 29 m, y la casa de los Escudos podría alcanzar cerca de los 35 m. Todo indica, pues, que estos edificios poco corrientes tuvieron un papel importante en Micenas, dentro del marco de las actividades económicas del palacio. Pero, este papel no excluye que hubieran servido de residencia.

Se considera a veces que los micenios heredaron, después de la caída de Cnosos, tradiciones de organización palacial establecidas en Creta, lo que explicaría el «nacimiento» de la forma palacial micénica en una fecha relativamente tardía. Sin embargo, no deberían olvidarse las tradiciones propiamente continentales. Algunos edificios anteriores, como la casa de las Tejas de Lerna (*supra*, p. 104) pueden considerarse como los antepasados de los palacios micénicos. Así y todo, nunca tuvieron exactamente la misma organización, igualmente que, por lo que podemos juzgar, no la tienen los pocos edificios continentales, descubiertos en asentamientos no palaciales y que datan del HR I-III A2, considerados a veces como posibles «primeros palacios» micénicos. Ahora bien, si el edificio del terreno Vlajos en Argos o el gran complejo de Menelaion de Esparta (*supra*, p. 361) no poseen todos los rasgos característicos que definen el palacio micénico del HR III B, son ya testimonio de una evolución arquitectural que refleja sin duda un proceso avanzado de diferenciación social.

En Micenas y en Pilos, la existencia de primitivos palacios no parece muy segura.[5] En Tirinto, al contrario, los restos descubiertos bajo el palacio del HR III B muestran un plano coherente y dejan suponer que la forma de la unidad principal estaba ya constituida a principios del HR III A.[6]

El palacio de *PILOS*, mejor conservado y mejor excavado que los otros dos, ofrece la posibilidad de comprender la historia y el funcionamiento de este tipo de edificio. Contrariamente a los de Micenas y Tirinto, no ocupa la cumbre de una acrópolis fortificada, sino que abarca la mitad de una colina, llamada Anô Englianos, que solamente está separada de la llanura costera que se extiende hasta la bahía de Navarino por dos profundos valles. Cuatro cuerpos de construcción constituyen el conjunto (fig. 52).

Según Blegen, el *edificio suroeste*, muy mal conservado, parece anterior al edificio principal, pero todos sus rasgos (fachada con entrantes, columnas acanaladas, escaleras y dinteles de piedra) son parecidos. No hay razón para pensar, como lo sugiere Blegen, que se trata del palacio del principio del siglo XIII.

El *edificio principal* se extiende en una superficie de 50 × 52 m. Siguiendo la dirección noroeste-sureste, se abre del lado sureste mediante un patio que conduce a un prolípeo en H, provisto en el interior y en el exterior de una columna situada

5. En Pilos, el «palacio» del siglo XV sería representado, en el lado suroeste del patio 63 por un muro de 15 m de largo, del que salen siete muros divisorios [156, p. 39 y fig. 306]; KILIAN, KL. [*in* 78, pp. 213-217, fig. 12] ve en ellos el resto de un palacio con patio central de tipo minoico pero nada demuestra que los muros mencionados pertenezcan a una misma fase de construcción. En Micenas el plano del primer palacio contemporáneo de las tumbas del Círculo A, que presenta MYLONAS, G. [132, p. 59 y p. 60, fig. 14] no se basa en ningún resto real.

6. TOUCHAIS, G.: «Chronique...», *BCH*, 109 (1985), pp. 776-778, y 110 (1986), pp. 689-691; [KILIAN, KL., *in* 78, p. 209, fig. 6].

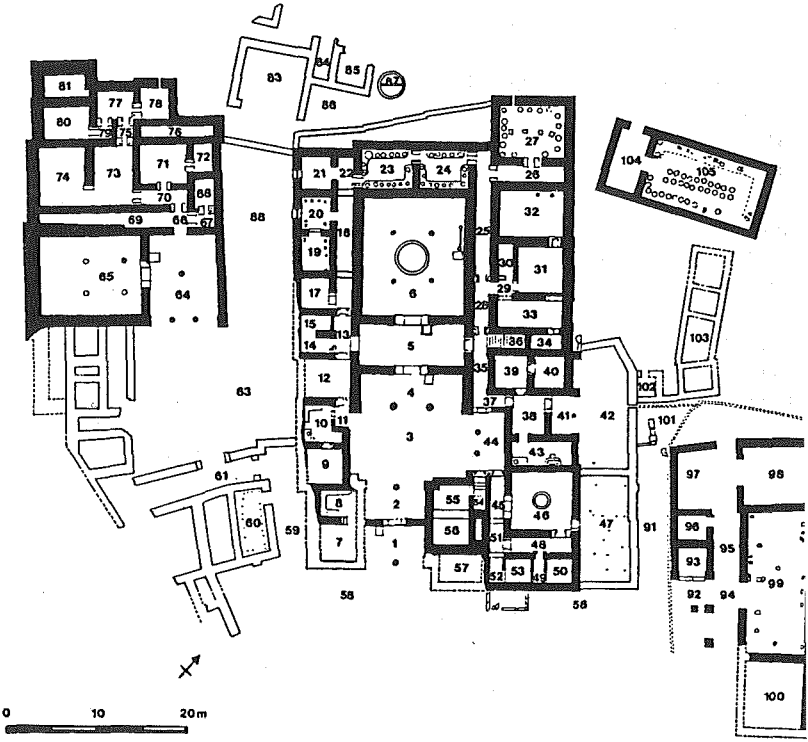


Fig. 52. El palacio de Pilos (en blanco, los añadidos del tercer estado). 1-57: edificio principal; *64-81*: edificio suroeste; *92-100*: edificio noreste; *104-105*: almacén de vino.

entre el eje de la abertura (habitaciones 1 y 2). A la derecha de la entrada, las habitaciones 54-57 están consideradas como las salas de guardia. A la izquierda, las habitaciones 7 y 8 guardaban el 80 % de los archivos en lineal B hallados en el asentamiento (*infra*, p. 386).

Desde el amplio patio se puede tener acceso a las diversas partes del edificio principal, sobre todo al núcleo central del palacio. Este último comprende, primeramente, un pórtico de dos columnas, delimitadas por paredes a ambos lados; su suelo está recubierto de revoque y los muros decorados de paneles de madera. A la derecha del paso hacia el vestíbulo se halla una plataforma que mide aproximadamente 0,90 m de lado. Las huellas de una plataforma parecida subsisten en el mismo lugar cerca del paso que conduce del vestíbulo 5 a la gran habitación 6. Según Blegen, estas plataformas estarían ocupadas por centinelas. Otros consideran que servían de apoyo a un sistema de iluminación. Otras dos puertas laterales hacen comunicar el vestíbulo 5 con los corredores que bordean los lados largos de la unidad principal.

La habitación 6 se distingue de todas las demás por sus considerables dimensiones (12,90 × 11,20 m), por la presencia de un hogar central circular rodeado de cuatro columnas y quizá de un trono. El suelo de revoque está recortado en cuadrados irregulares decorados de líneas onduladas, dientes de lobo, arcos, zigzagues o rayas rojas, amarillas, azules, blancas y negras. Entre el hogar y el lugar que se supone del trono un pulpo estilizado ocupa toda la superficie de un cuadrado. En la periferia, el hogar, de un diámetro de 4 m, se levanta del suelo unos 15 cm. El área central en hueco, de un diámetro que alcanza los 3 m, está rodeada por un saliente de dos escalones y por una amplia banda llana recubiertos de tres capas de revoque, que llevan cada una de ellas una decoración pintada de espirales encadenadas o de triángulos. Las cuatro columnas, que reposan sobre bases de piedra, presentan 32 acanaladuras. La existencia del trono se deduce de una depresión rectangular en el suelo con revoque y de restos de madera carbonizada. Cerca de esta depresión, dos cavidades unidas por un canalillo de 2 m de largo están, en general, consideradas como fosas de libación. Todas las paredes de esta habitación están cubiertas de frescos: grifones que se afrontan a una y otra parte del «trono», figura masculina sentada sobre una roca y tocando la lira, cerca del ángulo oriental. La mayoría del material parece proceder del piso y los excavadores restituyen un balcón en el nivel superior.

Al principio no se podía acceder al ala suroeste del edificio más que partiendo del patio 3, del paso 22 y del corredor 13-18. En el estado final del palacio, este gran corredor está dividido en cuatro compartimentos (13, 16, 18 y 22); se abren puertas hacia el exterior desde las habitaciones 20 y 21 y todo este sector se transforma en un enorme depósito de vasos.[7] Las habitaciones 23 y 24, dispuestas al final de la habitación principal, contienen respectivamente 17 y 16 jarras hundidas en banquetas. Algunas de las 56 tablillas descubiertas en la habitación 23 describen transacciones de aceite.

En el ángulo norte del edificio, el corredor 26 y la habitación 27 representan igualmente adiciones tardías. En el mismo momento (?), la construcción de los cercados 42 y 47 altera profundamente el aspecto monumental de la fachada noreste y corresponde seguramente a un cambio en la función de las habitaciones 39-50. La

7. Se contaron 474 vasos en la habitación 18, 2853 en la habitación 19, 522 en la habitación 20, 2146 en la habitación 21 y 661 en la habitación 22 [WRIGHT, J., *in* 855, pp. 24-25].

habitación 43 contiene una bañera de barro cocido fijada mediante soporte de arcilla y el centro de la habitación cuadrada 46, decorada con frescos (leones y grifos antitéticos) está ocupado por un gran hogar circular.

Separado del edificio principal por una rampa, el *edificio noreste*, que agrupa las habitaciones 92 a 100, está generalmente considerado como un taller para la reparación y fabricación de objetos de cuero, de bronce y también de carros. Las transacciones estaban registradas sobre tablillas, que son especialmente numerosas en las habitaciones 98-99. La prueba formal de que la habitación 93 es un lugar de culto, asociado al bloque de caliza con revoque descubierto en el patio 92, todavía no ha sido aportada.

Las 35 jarras halladas *in situ* en la habitación 105 y el ideograma del vino escrito sobre el dorso de varios precintos hallados en la misma habitación nos permiten suponer que estamos en presencia de un *almacén de vino*.

Los cambios que intervienen durante la última fase de existencia del palacio convierten en solidarios el edificio principal y el edificio suroeste y tienden a limitar la circulación alrededor de este complejo.

El palacio de *TIRINTO*, mucho menos abierto hacia el exterior que el de Pilos, se encuentra integrado en el sistema de defensa. Hay que realizar, en efecto, un recorrido bastante largo y complicado para llegar a un gran patio casi cuadrado, a partir del cual puede accederse a las distintas partes del palacio. Toda la parte norte de este patio está ocupado por la unidad principal del palacio. El porche se halla a un nivel más alto en dos escalones que el patio. El plinto de su muro occidental está hecho de losas de alabastro incrustadas de teselas de lapislázuli. No se trata de una sola abertura, como en Pilos, sino de tres puertas dobles que conducen desde el porche al vestíbulo. Desde éste, se puede también acceder, mediante una puerta lateral, a los apartamentos de la parte occidental. La gran sala (9,75-9,86 × × 11,81 m), cuyo centro está ocupado por un hogar redondo de 3,30 m de diámetro, es muy parecida a la de Pilos. En el ala occidental, el suelo de una habitación que mide 2,5 × 2,2 m está formado por un monolito calizo que pesa unas veinte toneladas. En un ángulo de esta habitación un canalillo permite evacuar las aguas mediante una abertura que da hacia un patio de luces. El ala occidental tiene encima por lo menos un piso. Rodeando la unidad principal puede accederse a un segundo patio interior, más pequeño y limitado al este por un pórtico. En la parte norte de este patio, una unidad está constituida por un vestíbulo cuadrado y una gran sala (5,64 × 7,60 m) sin columnas: el centro lo ocupa un hogar cuadrado, el suelo está pintado y en un muro oriental subsisten las huellas de una base rectangular. Pocos elementos indican con certeza la función de cada sector o habitación del edificio y las construcciones posteriores colocadas encima del palacio plantean aún numerosos problemas (*supra*, p. 350).

Inmediatamente antes de su destrucción durante el HR III B2 los edificios palaciales de *MICENAS* se extendían desde la terraza superior de la acrópolis hasta los talleres, englobando la casa de las Columnas y cubriendo una extensión de 170 × 50-80 m (figs. 51*f-g-h*). Nos podemos también preguntar si los edificios construidos en el interior de la muralla no son también, más o menos, dependencias del palacio (talleres, lugares de culto, residencias de funcionarios o de dignatarios).

La principal vía de acceso del palacio sale de un camino perpendicular a la gran rampa, para llevarnos, a través de una ancha calle y de dos escalinatas sucesivas, al prolípeo norte del edificio. Una gran parte del palacio, que ocupaba la terraza superior de la acrópolis, fue destruida por construcciones posteriores o arrastrada por derrumbamientos. En un principio, el conjunto se ordena alrededor de dos corredores paralelos cuya orientación es la misma que la de la unidad principal. La escalinata monumental del suroeste es el añadido más tardío, en la última fase de existencia del palacio.

Únicamente el parecido de la acrópolis de *ATENAS* con la de Micenas y la certeza de que hubo una ocupación micénica en ella nos permiten suponer la existencia de un palacio micénico en donde actualmente está situado el Partenón [838, pp. 73-90].

Los restos micénicos que se extienden bajo la ciudad moderna de *TEBAS* sólo se conocen por los trabajos emprendidos a principios del siglo XX y por las excavaciones de urgencia del Servicio arqueológico griego. La «casa de Kadmos», alguna de cuyas habitaciones estaba decorada con frescos, la «cámara del Tesoro», donde se encontraron 150 objetos de ágata y de lapislázuli, cuarenta de ellos sellos cilindros orientales (*supra*, pp. 290 y 345), el «arsenal» y sus archivos, y los talleres de los terrenos de Kordatzis, Koropulis y de Lukos[8] nos ofrecen los restos más interesantes excavados bajo la colina de la Cadmea. A pesar de la falta de una unidad principal comparable a las de Pilos, Micenas y Tirinto, no hay duda del carácter palacial de las construcciones excavadas. Su cronología sigue, sin embargo, muy discutida. Según algunos, se trata de dos edificios diferentes, que se habrían sucedido en el mismo asentamiento, orientados diferentemente: el «primer Kadmeion» estaría datado en el HR III A1-III B1; el «segundo Kadmeion» habría sido destruido al final del HR III B2. Otros creen, por el contrario, que se trataba de un solo complejo palacial que cubría todo el centro de la Cadmea después de haber pasado por distintas fases de construcción.

8. SAMPSON, A.: *BCH*, 109 (1985), pp. 21-29.

Los edificios «intermedios» y los palacios micénicos, no se distinguen de las casas corrientes solamente por sus dimensiones y por su plano. Su manera de construirlos y el decorado de las habitaciones son también muy significativos.

La mayor parte de los muros del palacio de Pilos tienen un metro de grosor, o aún más. Algunos muros del palacio de Tirinto llegan a 1,50 m. Los muros de los edificios situados al sur del Círculo B de Micenas tienen dimensiones parecidas y los del gran edificio de Orcomenos alcanzan 2 m, mientras que en las casas corrientes el grosor medio de los muros es de 0,40 m a 0,60 m. La técnica para la construcción de los muros —una doble pared rellena de mampuestos— no difiere casi entre unos y otros edificios, como no sea porque en los palacios se utilizan más bloques de caliza tallados y el entramado. Se encuentran con frecuencia fragmentos de ladrillos sin cocer, pero es raro encontrar ejemplares completos de ladrillos.

El paso de una habitación a otra está muy cuidado en los palacios. Los dinteles de piedra y las jambas de puerta encontrados en Pilos proporcionan los mejores ejemplos.

La existencia de un piso o de un nivel superior, que se deduce generalmente por la presencia de una escalera, por el grosor de los muros y por la altura que se ha conservado, se demuestra principalmente en los edificios «intermedios» —edificio B de Ziguries, casa del Mercader de aceite de Micenas— y en los palacios. Se demuestra la existencia de tejados de doble pendiente por la presencia de tejas planas y de cumbreras que se encuentran en varios asentamientos, entre otros, Tebas, Berbati, Micenas y Gla. Pero tampoco está excluido que hubiera edificios con terrado parecidos a los de Akrotiri (*supra*, p. 243).

La decoración pintada sólo está asociada de manera segura con los palacios [527, pp. 23-42 y láms. 5-13]. El mosaico de guijarros descubierto en la casa de Tirinto es, hasta ahora, único (*supra*, p. 359, n. 3). En otras partes se han hecho suelos de tierra apisonada, mezclada a veces con piedras y cascotes de cerámica. Los revoques de arcilla y cal pocas veces se conservan bien y los enlosados son excepcionales.

Los revoques pintados que cubren las paredes son raros en los edificios corrientes. Más raros son aún en estos edificios los enlucidos con decoraciones figuradas. Podemos, pues, preguntarnos sobre la naturaleza exacta de la casa del terreno de Vlacos en Argos, cuyos muros estaban decorados con figuras humanas y de animales, pintadas con frecuencia en tamaño natural (*supra*, p. 359), o sobre la del edificio de Orcomenos, decorado con escenas de caza (*supra*, p. 361).

En los edificios palaciales de Pilos, Micenas, Tirinto y Tebas aparecen temas muy variados: escenas de caza y de combate, tauromaquias, proce-

siones de mujeres. El significado mitológico o religioso de la procesión de genios con cabeza de asno (casa Tsuntas de Micenas) de las figuras femeninas del «centro cultual» de Micenas, de los grifos o del músico de la lira de Pilos no puede sostenerse sin discusiones. Estas representaciones figuradas forman en las paredes como grandes cuadros enmarcados por motivos geométricos varios. La técnica de los frescos micénicos parece heredada prácticamente de la técnica minoica: los ladrillos sin cocer de las paredes están cubiertos de varias capas de revoque y la pintura, marrón, roja, naranja, amarilla, verde, azul, gris o negra, se aplica cuando la última capa está todavía húmeda [55, pp. 83-87]. En Pilos, el conjunto de los motivos se dibujó primero en color naranja y en un segundo momento se añadieron los detalles.

La organización interior y el mobiliario

Los enseres interiores fijos que se encuentran con más frecuencia son los hogares, los bancos, las bañeras y las jarras para almacenar productos.

A pesar de que el hogar central aparece como uno de los elementos constitutivos más importantes de la habitación central del palacio micénico, los hogares no ocupan siempre el centro de las habitaciones principales de los demás edificios. Algunas construcciones, como las casas I y G de Asini o el edificio de la fase II de Lefkandi, parecen estar totalmente desprovistos de ellos. Otras, como la casa P de Korakú, tienen varios. En cualquier caso, parece aventurado deducir de la existencia de un hogar en una habitación que se trata de la cocina o de la habitación más importante.

Los bancos, banquetas o plataformas bajas construidos con frecuencia en los ángulos de las habitaciones, siguen siendo de difícil interpretación, a no ser que sirvan de manera clara para colocar objetos.

La habitación 43 del palacio de Pilos ofrece el ejemplar más completo de bañera. Se trata de una cuba de barro cocido empotrado en una banqueta. Dicha bañera, que mide de 1,47 a 1,78 m de largo, 0,78 m de ancho y de 0,43 a 0,45 m de alto, debía vaciarse a mano, ya que no presenta ningún orificio de evacuación [156, pp. 187-189, figs. 139-140 y 422]. Existen ejemplares comparables más o menos fragmentados en Tirinto, Micenas, Tebas, Lefkandi, Kukunara y Aguios Kosmas. Sobre la tablilla PY Tn 996 está representada una bañera con asas [160, pp. 178-180].

Las jarras para almacenar productos, fijadas en bancos de arcilla o bien móviles, se encuentran con frecuencia en las casas, sin que haya habitaciones especialmente reservadas para ellas.

Las citas en las tablillas, los fragmentos de marfil y algunas escasas representaciones figuradas permiten hacerse una idea del mobiliario de la Grecia micénica. Los escribanos registran en sus listas mesas, sillones y ta-

buretes. Entre estos últimos hay que distinguir los taburetes para descansar los pies que, al igual que los sillones, pueden estar decorados profusamente [760, pp. 161-172; 870, pp. 31-33] y los taburetes para sentarse [760, pp. 173-176]. Otras planchas de marfil servían para decorar las camas y los cofres, pero es imposible reconstruir su forma original [870, pp. 28-31 y 34]. Lo esencial del mobiliario conocido está constituido por vasos de barro cocido o de metal (*infra*, pp. 399-403). Pocas veces pueden interpretarse la organización interior y el mobiliario en sentido funcional, porque las concepciones que rigen, en la época micénica, la utilización del espacio construido siguen siendo completamente desconocidas. El ejemplo de la habitación de Lefkandi en la que se reúnen una bañera, un hogar y dos compartimientos rectangulares de tierra [195, p. 12, fig. 14] permite imaginar las casas micénicas, sobre todo las más sencillas, como refugios polivalentes. Por el contrario, la especialización de los espacios parece mucho más desarrollada en los palacios o en los edificios «intermedios». También pueden identificarse almacenes de aceite (habitación 1 de la casa del Mercader de aceite de Micenas, habitaciones 23 y 24 de Pilos), almacenes de vino (habitación 105 del palacio de Pilos), talleres de orfebrería (en Tebas o en la acrópolis de Micenas) o del trabajo del marfil (en Micenas y en Tebas).

Las fortificaciones y las ciudadelas

Para defender sus viviendas los micenios no confiaron solamente en las ventajas naturales de los asentamientos elegidos, sino que se dedicaron a protegerlos con murallas. Podemos distinguir tres tipos de asentamientos micénicos fortificados.

Por una parte existen unas murallas que rodean una área de extensión limitada y protegen algunas casas. Este es el caso, entre otros, de Malti en Mesenia, y de Arajos (Teijos Dimaion) en Acaya.

Por otra parte, encontramos verdaderas murallas de refugio. En estos casos los muros rodean una zona suficientemente amplia para que toda la población de una región pueda refugiarse dentro de ella en caso de peligro: 100 000 m^2 están protegidos de esta forma en Krisa de Fócida y 200 000 m^2 en Eutresis y en Gla, de Beocia. Solamente una parte de estas superficies está construida. La fortaleza de Gla y los cuarteles que encierra tenían también la función de proteger las instalaciones de drenaje del lago Kopais (*infra*, p. 375).

Por fin, hay grandes ciudadelas que no deben considerarse como ciudades fortificadas sino como palacios fortificados. Prácticamente todo el espacio disponible en el interior de la muralla —30 000 m^2 rodeados por 900 m de muralla en Micenas (fig. 51), 25 000 m^2 rodeados por 700 m de muralla en Tirinto— parece estar ocupado por el palacio y sus dependen-

cias, y en cada extensión de la muralla, especialmente en Micenas, aparecen nuevas construcciones para almacén o talleres (*supra*, p. 348). En Tirinto ocurre igualmente que la ciudadela baja está cubierta desde su origen por construcciones (*supra*, p. 334). Así pues, estas ciudadelas no estaban pensadas como refugio para las poblaciones de los alrededores sino como una protección del centro que almacena y administra las riquezas producidas por el territorio dependiente de ellas. En el caso de la acrópolis de Atenas, cuyas dimensiones son parecidas a las de la ciudadela de Tirinto, se plantean problemas porque no se ha identificado claramente construcción alguna en el recinto.

Todas estas obras de defensa se apoyan en la base rocosa de situación variable. Puede tratarse de una acrópolis que se levanta sobre una llanura, como en Atenas, Tirinto y Gla; o de una colina adosada a un macizo montañoso, como en Micenas o, también, en un promontorio que domina el mar como en Asini.

Los dos lienzos de muralla están a menudo construidos como muralla ciclópea, es decir, grandes bloques poligonales unidos sin arcilla; así se encuentran en las secciones más antiguas de Micenas y Tirinto. El grosor de los muros puede alcanzar los 8 m. Más adelante, los bloques serán más o menos desbastados y colocados en hileras con piedrecitas para rellenar los huecos. En algunos casos se tallan enormes bloques cuadrangulares en el conglomerado local, como en la puerta de los Leones y la poterna de Micenas. En otros asentamientos como Gla, Midea y Eutresis no se utiliza el aparato ciclópeo por falta de piedras que se adapten a ellos y, en cambio, se utiliza un tipo de construcción más corriente de bloques de dimensiones medias, con grandes piedras planas para los ángulos y las puertas.

La línea de la muralla raras veces aparece regular porque sigue, casi siempre, las curvas de nivel del terreno. Sus indentaciones son el resultado de la construcción de los muros por secciones. También se encuentran porciones curvas cuando los añadidos modifican el trazado inicial como, por ejemplo, alrededor del Círculo A de Micenas o alrededor de la escalinata oeste de Tirinto.

Pueden distinguirse en ellas cuatro tipos de accesos: un recorrido entre dos muros, como el que lleva a la puerta de los Leones de Micenas (figura 51*a*); un paso directo a través del baluarte, como en la puerta de Tirinto; una entrada directa mediante una rampa o una escalera, como en la puerta oeste de la ciudadela baja de Tirinto, o en las puertas norte y oeste de Gla; y un sistema de puerta falsa y un largo pasadizo estrecho construido en el grosor de la muralla, como ocurre con la abertura construida en la extensión noreste de Micenas (fig. 51*i*) y en el baluarte oeste de Tirinto.

En el triángulo de descarga que corona la entrada principal de la muralla de Micenas existe un relieve en piedra caliza. Dos animales de cuerpo de león se levantan a ambas partes de una columna sostenida por dos «altares»

de tipo cretense. Las cabezas de los animales, seguramente de piedra, de bronce o de madera, estaban sujetas mediante muescas. La identidad de los animales (leones, esfinges o grifos) y el significado de este relieve único y quizá más antiguo que la misma puerta, sigue siendo objeto de discusión [Shaw, M., *in* 14 (I), pp. 108-123, y 55, pp. 100-102].

Las cubiertas de falsa bóveda aparecen en el último período de las ciudadelas: en Tirinto, en las galerías este y sur y en la escalera oeste; en Micenas, en la puerta falsa de la extensión noreste y en el pasadizo subterráneo en dirección a una cisterna (fig. 55*j*). Para construir ésta se aprovecha una falla situada exactamente bajo el ángulo noreste de la muralla original. Esta cisterna estaba alimentada por un sistema de canalizaciones a partir del manatial Perseia, situado a 400 m de distancia o a partir de una fuente más cercana de la muralla pero que hoy está cegada. Igualmente, en la acrópolis de Atenas, donde los restos micénicos son muy escasos, un pasadizo escondido, construido en una falla natural de la roca en la parte noroeste conduce a un pozo situado a 25 m bajo el área fortificada.

Urbanismo y hábitat

Algunos trabajos llaman la atención sobre el determinismo geológico en la elección de algunos de los asentamientos prehistóricos de Grecia [21]. Los micenios, como sus antecesores, habrían preferido determinados tipos de tierras, que ofrecían la posibilidad de buenos rendimientos agrícolas. Sin embargo, la facilidad de acceso a los puntos de agua, la posibilidad de controlar desde un punto elevado la llanura, un golfo o un simple paso y el hecho de poder disponer sobre una eminencia rocosa de amplias terrazas son también elementos determinantes. Sería altamente instructivo establecer las permanencias y las rupturas entre las instalaciones micénicas y las de las épocas anteriores. Esta linea de investigación, que debe de estar basada en un estudio detallado de cada asentamiento, no parece que se haya seguido hasta ahora.

A escala local, la instalación de edificios relacionados entre sí no parece que se rija por normas estrictas. Más exactamente, los pocos documentos a nuestra disposición no nos permiten poner en claro estas normas, si es que llegaron a existir. Incluso en la acrópolis de Micenas, la relativa jerarquía de los edificios, dejando aparte el palacio, la circulación de una a otra zona o en el interior de un sector siguen siendo difíciles de comprender. Al sur del «centro cultual» y separado de éste por una gran escalinata perpendicular a la muralla se ha instalado un barrio completo sobre un terreno accidentado: los edificios, separados unos de otros por escaleras, a lo largo de las cuales corren canalillos, se organizan en una apretada red (fig. 51*e*). En la ciudadela baja de Tirinto, se pasa del HR III B2 al HR III C, de un

tejido de construcciones muy denso a una organización menos apretada (figura 49). Estos son los únicos ejemplos de urbanismo que pueden evocarse. Las dimensiones mismas de las aglomeraciones que no están rodeadas de murallas son imposibles de calcular.

Algunos trabajos indican que se había esbozado una organización regional. Las redes de caminos han sido estudiadas especialmente en Argólida, Mesenia, Beocia y Fócida [682, p. 29, n. 5]. Algunas veces, cuando se mantienen algunos contrafuertes o pavimentos o incluso puentes, se puede seguir el trazado de las carreteras. La vía mejor conservada es la que sale de Micenas en dirección este: se puede seguir durante cerca de 3 km. De 3,50 m de envergadura y de 2,10 a 2,40 m de ancho útil, sus contrafuertes en aparato ciclópeo pueden alcanzar los 4 m de alto; de construcción muy cuidada, a intervalos regulares tiene cunetas de drenaje [132, pp. 86-87 y figs. 78-80; 756, pp. 15-17]. Se ha encontrado una carretera parecida en Mesenia; en unos 2 km sigue por una pendiente del 6 % y se apoya en un muro ciclópeo; la colina está excavada para permitirle el paso [Fant, J., y W. Loy, *in* 152, pp. 25-29]. Esta red viaria facilitaba los desplazamientos que se realizaban principalmente a pie, o sobre un animal o en carro (*infra*, p. 386).

El drenaje del lago Kopais, de Beocia, realizado mediante diques y grandes canales que dirigen el agua de los ríos hacia salidas naturales, representa un caso único de organización a escala microrregional [Iakovidis, Sp., *in* 2, pp. 319-322; 186].

B. *ARQUITECTURA Y PRÁCTICAS FUNERARIAS*

Tipos de tumbas

Después de la desaparición casi completa de la tumba de fosa (*supra*, p. 247), ya no subsisten en Grecia, entre el siglo XV y XIII, más que dos principales tipos de tumbas con corredor de accesos: la tumba de cámara tallada en la roca y la tumba en forma de tolos cuya cámara está construida según un plano circular (*supra*, p. 249).

En cuanto a los tolos, la división de las construcciones en tres clases ha puesto en claro los diversos problemas de estática con que se encontraron los arquitectos [65, p. 391]: si la cámara tiene menos de 6 m de diámetro, la construcción resulta relativamente fácil; entre 6 y 10 m de diámetro, los conocimientos y medios técnicos que se necesitan son superiores a los medios corrientes; más allá de 10 m la proeza arquitectónica muestra el carácter excepcional de dichas construcciones. Los 14 grandes tolos, de los 120 aproximadamente recogidos en las listas, se hallan sobre todo en Mesenia (4 de 38) y en Argólida (6 de 14) así como en Vafio de Laconia, en Orcomenos de Beocia, en Volos de Tesalia y en Paleomanina de Acarnania.

Se llega casi, sin llegar a alcanzarlo, al límite de los 15 m de diámetro. La altura de la bóveda, si se ha podido encontrar o se ha podido calcular es, en general, inferior al diámetro. Sin embargo, una relación de igualdad entre la altura y el diámetro parece garantizar una mayor estabilidad de las hiladas dispuestas en falsa bóveda. El túmulo, montículo artificial formado por un montón de piedras y de tierra, entre los que se encuentran con frecuencia unas capas de arcilla, preserva la bóveda tanto del peligro de derrumbe hacia el interior como de la fuerza centrífuga hacia el exterior. Protege el conjunto contra las infiltraciones y además sirve para disimular la tumba aunque indique también su situación (fig. 53).

En el interior de la cámara, en los suelos rocosos generalmente desnudos o revestidos simplemente de una capa de arcilla, pueden haberse excavado cavidades utilitarias rituales o funerarias. Los anejos de cámaras laterales sigue siendo un fenómeno raro cuyos ejemplos más característicos son el «tesoro de Atreo» de Micenas y el tolos de Orcomenos. Su construcción y decoración, muy cuidada, así como el hallazgo en el tolos A de Arcanes, en Creta, de una cámara parecida que contenía la sepultura de una mujer, intacta, permiten suponer que servían de cámaras funerarias y no de osarios.

La entrada (*stomion*) era el punto más débil de toda la construcción, por lo que los arquitectos micénicos se esforzaron en evitar el hundimiento por este lado, experimentado y desarrollando técnicas originales: búsqueda de las proporciones ideales, utilización de grandes bloques tallados, dinteles cada vez más monumentales (en el «tesoro de Atreo» dos bloques bastan para cubrir una profundidad de 5,40 m; el bloque interior mide 8 × 5 × 1,20 m y su peso se calcula en 120 tm) e invención del triángulo de descarga que permite transmitir oblicuamente a las jambas de la entrada la presión vertical de las hiladas de la bóveda.

El cuidado con que están tratadas la mayoría de las fachadas, para las que se utilizan sistemáticamente los bloques tallados y colocados muy cuidadosamente, nos hacen creer que eran visibles durante el tiempo que separaba el final de la construcción y el primer entierro. La suntuosa ornamentación de la «tumba de Clitemnestra» y del «tesoro de Atreo» en Micenas es un caso excepcional. La entrada generalmente está cerrada por una pared; pocas veces por una verdadera puerta.

Las proporciones y el perfil del corredor de acceso (*dromos*) son función de la estructura, de las dimensiones y de la implantación de la tumba. Puede no ser más que un pasillo corto trazado a través de las tierras del túmulo, difícil de distinguir, sobre todo en las tumbas más antiguas del Peloponeso, construidas a ras del suelo. En las tumbas de Argólida se convierten en parte integrante del edificio, tan cuidadosamente construido como la bóveda. Esto ocurre especialmente en las de Micenas. Su longitud alcanza los 37 m en la tumba de Clitemnestra. A veces, está cerrado por una pared en

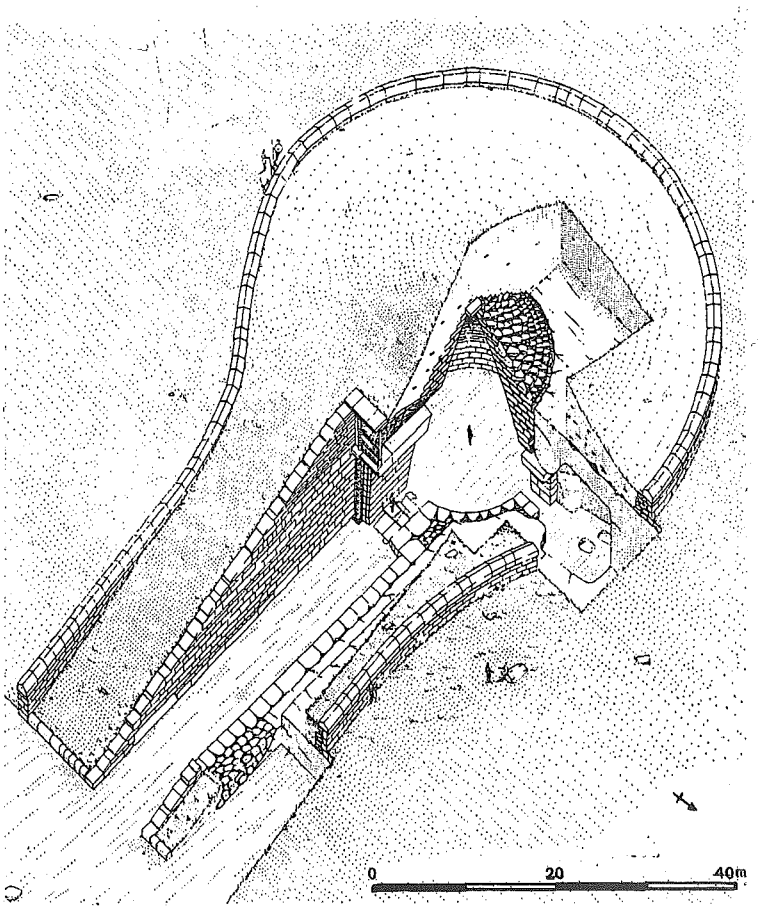


Fig. 53. Micenas, tumba en forma de tolos número 8 llamada el «tesoro de Atreo»; perspectiva isométrica.

su extremidad exterior y el *dromos* se rellena más o menos completamente después de cada enterramiento.

Los ejemplos de tolos más grandiosos pertenecen sin duda alguna al siglo XII, época en la cual los maestros de obra, al utilizar las piedras de cantería en hiladas regulares, pudieron buscar los límites de esta forma monumental y alcanzar a la vez una especie de perfección técnica y un gran refinamiento en los adornos y acabados.[9]

En una *tumba de cámara* el *dromos* de paredes convergentes está excavado en pendiente en la tierra o en la roca. La entrada, situada aproximadamente en el medio de la pared, no siempre está señalada por un dispositivo arquitectural especial; está sellada por un bloqueo de piedras. La forma de la cámara, completamente enterrada, y de su techo depende de la dureza del terreno en el cual está excavada. Generalmente cuadrangular, puede ser trapezoidal, semicircular, elipsoide o incluso tener la forma de un arco de herradura (fig. 60*a*, *infra* p. 428, y fig. 62*a*, p. 435). Las dimensiones, la regularidad de la construcción, la calidad del acabado y la organización interior permiten distinguir las tumbas. De la más grande de las conocidas (la tumba de Tebas, llamada de «los hijos de Edipo», cuya cámara mide 11,50 × 7 × 3,50 m de alto y con una decoración pintada absolutamente excepcional)[10] a los enterramientos más modestos de todos en Perati, que miden 0,80 × 0,95 m, hay un amplio abanico de muestras, pero la superficie media de las cámaras del HR III A-B está situada aproximadamente en los 7 m^2 (704, p. 60). Varias tumbas contienen una cámara principal y de una a tres cámaras secundarias [Kontorli, L., *in* 64, p. 147-148].

En el estado actual de nuestros conocimientos, los orígenes de ambas formas siguen siendo imposibles de determinar. El tolos es, quizá, simplemente el resultado de la «petrificación» del túmulo de tradición heládica y la tumba de cámara del desarrollo natural de las cistas y de las fosas anteriores. A pesar de que asistamos a una estandarización gradual de los tipos de tumbas desde el final del HM, la uniformidad no aparece tan claramente como se ha pretendido. Las tradiciones regionales o locales siguen vivas. En Eleusis, al lado de tumbas de cámara, se continúan construyendo y utilizando durante el HR las grandes tumbas de cantería rectangulares y con una entrada. Igualmente en Argos, en la necrópolis de Deiras, se observa la coexistencia de tipos muy diferentes. Efectivamente, al lado de 35 tumbas de cámara, se encuentran sencillas fosas de paredes lisas y sin tapa, fosas con resalte, fosas con losas de pie a lo largo de las paredes, muy próximas

9. Sobre la cronología de las tumbas de Micenas [65, pp. 408-412]; la cronología baja de PELON no es aceptada por PLATON, N. [7, II, pp. 213-214].

10. SPYROPOULOS, TH.: *ArchDelt*, 27 (1972) B, pp. 309-312.

de las verdaderas cistas, que también se encuentran en otros puntos del asentamiento y una fosa rectangular profunda de paredes verticales que da paso a un nicho lateral. La yuxtaposición de las tradiciones parece constante y duradera en este asentamiento desde el HR III A1 al HR III C. El mismo fenómeno se observa en Nicoria, Micenas, Tanagra, Mededon de Fócida y Perati. En otros puntos la desaparición de las cistas, de las fosas o de los pozos es solamente aparente, puesto que se los encuentra integrados en las tumbas de cámara, en los tolos y en los túmulos. La tradición del túmulo perdura también durante el HR III.[11]

La construcción y utilización de los tolos que se habían extendido durante el HR III A-B desde Argólida y el suroeste del Peloponeso hasta Tesalia y el noroeste de Grecia (fig. 48, *supra*, p. 330), resultan muy poco frecuentes en el HR III C. En cambio, la tumba de cámara sigue siendo el tipo más corriente desde el HR II al final del HR III C. La «reaparición», al final del período, de las formas más sencillas, como las fosas y las cistas, se debe seguramente más a un empobrecimiento de los pueblos que a una culturización, sobre todo teniendo en cuenta que este tipo de enterramientos son contemporáneos de otros más habituales (*supra*, p. 378). Se observa, por otra parte, durante el HR III C, una tendencia a reutilizar las tumbas abandonadas desde algún tiempo.[12]

Las costumbres funerarias

Por regla general, el cadáver, vestido, con joyas, sellos y ornamentos, está colocado directamente sobre el suelo de la cámara, sin orientación fija, en posición más o menos tendida, a veces con un soporte bajo la cabeza. La utilización de ataúd o de sarcófago parece depender de tradiciones locales [663]. Así, por ejemplo, en la gran necrópolis de Tanagra, que cuenta con casi ciento cuarenta tumbas de cámara utilizadas desde el HR III A2 hasta el HR III C, al lado de los enterramientos habituales se encuentran, a partir del HR III B, sarcófagos de barro cocido (*larnakes*) rectangulares y cerrados con una tapa plana (*infra*, p. 436). Algunos sarcófagos tienen una decoración pintada en negro y rojo sobre fondo blanco, representando ceremonias funerarias: procesión de mujeres, exposición del difunto, acompañamientos del cadáver, etc. Estos sarcófagos parecen haber servido de

11. En Vrana dos túmulos están respectivamente datados del HR III A y B [65, pp. 82-85]. Se conoce también un túmulo HR III en Orcomenos de Beocia (*ibíd*, p. 85); un túmulo HR III A-B en Kisos (Peloponeso occidental) (*ibíd.* pp. 74-75). Cerca de Micenas, un túmulo del final de la época micénica guarda enterramientos de incineración en jarras. TOUCHAIS, G.: «Chronique...», *BCH*, 109 (1985), p. 776.

12. [842]. Véase también BENZI, M.: *SMEA*, 23 (1982), pp. 323-335.

receptáculos para enterramientos de adulto o de niño, y más raramente como osarios.[13] La utilización de cistas o de fosas para los enterramientos individuales o múltiples está demostrada en los tolos y tumbas de cámara.

Las ofrendas (vasos con comida y bebida, figuritas, armas y herramientas pertenecientes al difunto) están cuidadosamente dispuestas alrededor del cuerpo. Algunos vasos, como los alabastros planos (fig. 54*d*), parecen tener un destino más especialmente funerario. Lo mismo ocurre con los vasos recubiertos de estaño.[14] También puede ocurrir que animales, especialmente perros, raramente caballos, se sacrifiquen para colocarlos en la tumba al mismo tiempo que al difunto.[15] Después de colocar el cadáver, se cierra la entrada mediante una pared, ante ella se rompen vasos y el *dromos* se rellena de tierra. A veces, se sitúa sobre la tumba una señal de piedra o de madera para poder encontrarla.

Cuando la tumba se utiliza para enterramientos posteriores, se limpia más o menos el *dromos* y se derruye la pared que cierra la entrada o solamente su parte superior. Si no se dispone de sitio suficiente para el nuevo cadáver y las ofrendas que le acompañan, se corren los anteriores hacia el fondo y los lados de la cámara. Incluso a veces se vacía parcialmente la cámara en las cistas o fosas excavadas en ella, en el *dromos* o en los nichos preparados en las paredes de éste, y se queman los restos de los cadáveres anteriores, tanto para tener más sitio como para purificar la atmósfera. Así pues, mientras el cuerpo del difunto parece honrarse cuidadosamente, este mismo cuerpo en descomposición o convertido en esqueleto y las ofrendas que le rodean no son ya considerados como una entidad y solamente el último cadáver enterrado puede encontrarse bien situado en el momento de la excavación. Las ofrendas póstumas aparecen muy pocas veces [65, pp. 353, 374 y n. 6; 108, p. 244; 210, p. 23].

El número de cadáveres depositados en cada tumba depende de circunstancias que casi siempre son imposibles de comprender: duración de la utilización de la tumba, importancia numérica del grupo humano, costumbres, tabúes, etc. Así, el tolos de Volos, que se utilizó solamente durante el HR II, contiene más de veinte cuerpos; y el tolos 1 de Tragana, utilizado desde el HR I al HR III C, una treintena de cadáveres. Por el contrario, en Dendra, la tumba de la Coraza sólo sirvió una vez [120 (I), p. 18]. Como término medio, se encuentran de tres a cinco cadáveres por tumba y un máximo de diez en Perati, veinte en Micenas, y cuarenta y siete en Derveni

13. Spyropoulos, Th.: *PraktAE* 1969-1971, 1973-1977 y 1979-1984; véase también *AAA*, 2 (1969), pp. 20-25; 3 (1970) pp. 184-197 (en griego, con resumen en inglés).

14. Immerwahr, S.: *Hesperia*, 35 (1966), pp. 381-396.

15. Un caballo en la tumba 8 de Deiras [108, pp. 69-70 y lám. LXX, 3]; dos caballos en el *dromos* del tolos de Maratón [65, p. 229]. Ocho ejemplos de perros en los enterramientos del HR III A-C son censados por Day, L.: *AJA*, 88 (1984), p. 24.

de Acaya [17, p. 55]. Parece segura la utilización de algunas tumbas como cenotafios.[16]

Hasta una fase avanzada del HR III C la cremación sólo parece haberse utilizado de manera esporádica. No tiene, es casi seguro, el valor cultural e histórico que se le ha querido dar con demasiada frecuencia. En Perati, necrópolis utilizada desde el final del HR III B hasta una fase avanzada del HR III C, solamente se encuentran 18 cremaciones entre más de 500 enterramientos, y los restos calcinados de individuos de ambos sexos y de cualquier edad están colocados entre los cuerpos enterrados. Estas incineraciones pertenecen a veces a las tumbas más antiguas de la necrópolis. Pero esta costumbre es igualmente conocida antes del final del HR III B: en Tragana, un pozo contiene dos cremaciones de muchacha en el tolos B, fechado en el HR III A2 [65, pp. 196-197]. En algunas necrópolis datadas de la fase última del HR III C, en Salamina, Atenas y Lefkandi, la cremación se convierte en sistemática, asociada con la utilización de cistas o de fosas [958, pp. 103-134].

El número de tumbas agrupadas para formar una necrópolis depende naturalmente de la importancia de la localidad y de la duración de la utilización de dicha necrópolis. Sin embargo, no se encuentra ningún ejemplo en el cual estas correlaciones se establezcan de forma satisfactoria. En Micenas, los tres siglos que abarca el período HR II-III B están representados por nueve tolos y aproximadamente ciento cincuenta tumbas de cámara exploradas. Durante el mismo período se construyen en Dendra, un tolos y unas quince tumbas de cámara. El hábitat correspondiente a las doscientas tumbas de Perati, que abarcan aproximadamente un siglo, sigue sin conocerse. En los pocos casos en los que puede observarse, la organización interna de estas necrópolis parece adaptarse sobre todo a los accidentes topográficos. Si bien la mayoría de las tumbas micénicas se encuentran agrupadas lejos de las viviendas, algunas, como «el tesoro de Atreo» y la «tumba de Clitemnestra» en Micenas (fig. 50, 8-9, *supra*, p. 362), están situadas en la proximidad de barrios contemporáneos a su utilización [Darcque, P., *in* 64, pp. 200-201]. Sin embargo siempre es difícil captar la relación precisa entre los hábitat y las necrópolis. Se ha intentado reconstruir una organización de un pueblo en la aglomeración de Micenas a partir de los grupos de tumbas de cámara [139, pp. 356-357], pero las grandes incertidumbres sobre la fecha de la mayoría de las tumbas y el estado de la documentación sobre la ocupación de la ciudad baja no permiten en absoluto dicha reconstrucción.

16. En Dendra (tumba de cámara 2), en Prosymna (tumba XXVII) en Micenas (tumbas 528, 514, 519, 530) y en Kokla (Argólida), CATLING, H., (1982-1983), pp. 26-27. Sobre este tema véase [132, p. 118].

Esta descripción de las costumbres funerarias se basa esencialmente en observaciones realizadas en las tumbas de cámara. En efecto, solamente unos treinta tolos, de los 116 de la lista principal propuesta por O. Pelon, escaparon a los pillajes de la antigüedad o de la época moderna. Y a veces solamente una cista o dos, como en Vafio o en Maratón, o una cámara lateral, como en Arcanes, en Creta, han podido ser excavadas en buenas condiciones. Sin embargo, cuando es posible, se observa que dominan las mismas costumbres y que acompañan al cadáver las mismas categorías de material funerario, cualquiera que sea el tipo de tumba que se utilice. Esto tiende a demostrar que la utilización de diferentes tipos de tumbas no refleja claramente las diferencias sociales y que el esquema, utilizado con frecuencia, que identifica los tolos con las tumbas reales debe matizarse.

Desde luego, es defendible la idea de que la construcción de los tolos más grandes implicaba trabajos que eran superiores a las posibilidades de una simple comunidad familiar, y que hubieron de realizarse en una comunidad sometida a una autoridad política, económica o religiosa. Sin embargo, la distribución de los tolos en Mesenia y su número en el mismo Micenas podría indicar que varias familias se repartían en un momento dado el campo disponible. Por lo demás, esta situación cambió durante los cinco siglos de la historia de Micenas. Por otro lado, la falta de tolos en la región de Tebas y en los alrededores inmediatos de Atenas indica que si existió alguna tumba real, no necesariamente tomaba la forma del tolos. La poca frecuencia de este tipo en Creta y en el mundo egeo (*supra*, p. 337) sugiere igualmente que su presencia refleja más bien una tradición local o familiar que un símbolo político. La gran riqueza de determinadas tumbas de cámara cuyo material no es de menos importancia que el descubierto en los raros tolos intactos, debería incitar a la prudencia al manejar conceptos sociopolíticos. Por ejemplo, la tumba de cámara número 12 de Dendra, llamada tumba de la Coraza, parece ser más rica que el tolos que se descubrió en sus cercanías y al que se le asigna la misma fecha: HR II-III A1 [Darcque, P., *in* 64, pp. 190-193].

Se pueden presentar objeciones parecidas que se oponen a la tesis que presenta las tumbas de cámara como tumbas familiares de la «clase intermedia» [800, pp. 322-330]. Por un lado, no se conocen, excepto quizá en Tirinto,[17] sepulturas que puedan relacionarse con una «clase inferior». Por otro lado, se observan grandes disparidades de una a otra tumba en una

17. Unas cincuenta inhumaciones directamente en la tierra, casi totalmente desprovistas de ofrendas, se interpretan como enterramientos de esclavos dedicados o bien a la construcción de la ciudadela o bien a tareas domésticas [14, 1979, pp. 386-387; 145, IX, pp. 7-8, 181-194; 832, pp. 176-177, p. 179 y fig. 5].

misma necrópolis, tanto en la cantidad como en la calidad del material dispuesto alrededor de los difuntos.

La época micénica aparece, pues, como un período de gran diversidad: dos tipos principales de tumbas, el tolos y la tumba de cámara, se elaboran y se extienden, mientras que siguen perpetuándose los tipos tradicionales. Los enterramientos múltiples son casi siempre lo normal, sin que se conviertan en marginales los enterramientos individuales, y en algunos cuerpos se practica la incineración, a pesar de que las inhumaciones son mayoría. A pesar del número de testimonios, esta gran diversidad hace que las interpretaciones culturales o históricas de las costumbres funerarias sean relativamente difíciles.

C. *LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA, ADMINISTRATIVA Y SOCIAL*

Las tablillas de lineal B, nuestra fuente principal de información sobre la organización de los palacios micénicos, no describen dicha organización. Únicamente hacen alusión a ella cuando registran los movimientos de bienes y de personas. Estas actividades constituyen a nuestros ojos el ámbito de intervención del palacio. Pero lo que no se registró sobre la arcilla a través de los escribanos o lo que no dependía del palacio se nos escapa totalmente.

Las instituciones

Además, el carácter alusivo de los documentos hace especialmente difícil su traducción e interpretación cuando se trata de descubrir la realidad de las instituciones tras un vocabulario de contables. Por ello, las expresiones que designan títulos o categorías sociales siguen aún en discusión, aunque las expresiones micénicas tengan su equivalente en griego.

Así, nos preguntamos si la palabra *wa-na-ka* indica un rey humano, un soberano divino o incluso solamente un dignatario local. La expresión (y sus derivados) asimilada desde los primeros tiempos en que se empezó a descifrar al ἄναξ homérico, aparece en cuatro vasos inscritos y en una cuarentena de tablillas.[18]

En un gran número de textos, el *wa-na-ka* puede ser considerado como un soberano humano. Su autoridad se manifiesta por el nombramiento o mutación de funcionarios. Parece ser el señor único del palacio y del Estado

18. Para cada palabra analizada aquí véase [787].

porque se omite su nombre.[19] Este poder viene acompañado por poderes materiales: el *wa-na-ka* posee una propiedad: *te-me-no*; hay artesanos que trabajan a su servicio o para el servicio de su propiedad; los escribanos distinguen claramente y con frecuencia lo que es *wa-na-ka-te-ro* («real», perteneciente al «rey», que corresponde al «rey») y lo que no lo es. Pero mientras que el ἄναξ homérico puede caracterizarse relativamente bien, la realidad exacta que cubre la expresión *wa-na-ka* no aparece claramente. La herencia de la función, la naturaleza y los atributos de la autoridad, la extensión real de su propiedad siguen en la duda. La misma traducción de la expresión por la palabra «rey» parece ir más allá de lo que permiten los textos.

La expresión *ra-wa-ke-ta* y el adjetivo derivado *ra-wa-ke-si-jo* se encuentran en tablillas de Cnosos y Pilos [843, pp. 102-107]. Puesto que esta palabra nunca está seguida por un antropónimo, se puede suponer que el sólo título bastaba para designar a un personaje, y que solamente había un *ra-wa-ke-ta* en cada estado.

En Pilos, sobre la tablilla Er 312, el *ra-wa-ke-ta* se cita inmediatamente después del *wa-na-ka*. Ambos personajes son los únicos que poseen un *te-me-no* en *sa-ra-pe-da*, localidad (?) del territorio. El *ra-wa-ke-ta* sería, pues, el segundo personaje del estado. Se ha supuesto a veces que ejercía la autoridad militar, pero esta suposición se basa únicamente en la etimología (λαϜός por una parte, y el verbo ἄγω guiar, conducir, por otra) y sobre el sentido más frecuente en Homero de la palabra λαός (multitud de guerreros). Los textos muestran solamente que este personaje comparte algunos privilegios con el *wa-na-ka* (poseer una propiedad y muchos dependientes) sin que sus atribuciones, religiosas o militares se vean nunca precisadas.

La relación entre la palabra micénica *qa-si-re-u* y el griego ha planteado muchas dificultades al querer identificar de todas maneras las funciones que abarca esta palabra (*supra*, p. 325). En Homero, efectivamente, la palabra βασιλεύς designa a los reyes o a los miembros del consejo. La condición de los *qa-si-re-we* conocidos en los textos micénicos parece, en cambio, muy variable: pueden ser «jefes», especialmente de grupos de herreros, dignatarios provinciales o simples funcionarios locales. Poseen una propiedad pero deben rendir fidelidad al *wa-na-ka*. Su nombre no se asocia a las capitales sino a localidades de provincias [843, pp. 108-116].

La existencia de «compañeros», *e-qe-ta*, está demostrada en Cnosos y en Pilos. Estos dignatarios tienen confiadas importantes misiones de «con-

19. Hooker, J.: *Kadmos*, 18 (1979), pp. 100-111, defiende la multiplicidad de los dignatarios «reales»: en contra [Carlier, P., 843, p. 46, n. 241]. Un estudio detallado, *ibíd.*, pp. 55-62, muestra que no se impone la identificación del personaje nombrado *E-ke-ra$_2$-wo* y del *wa-na-ka* de Pilos.

trol» de tropas (?) o de un grupo de obreras. Nada demuestra, sin embargo, que estos dignatarios encargados de una función precisa sean reclutados entre los *e-qe-ta*. Su situación económica tampoco aparece muy claramente: por un lado, reciben del palacio raciones de alimentos, vestidos y equipo militar; por otro, pueden «poseer» esclavos, tienen rentas independientes de sus funciones y otras dependientes de su cargo. También en este caso la idea de una dependencia directa con el palacio se basa en el parentesco entre la palabra micénica y la palabra griega ἑπέτας (= servidor) y en la posible confusión entre título y función. El carácter militar de los *e-qe-ta* está estrechamente subordinado a la interpretación de las tablillas *o-ka* (*infra*, p. 387).

La situación económica y la función exacta de los dignatarios llamados *te-re-ta* aún es más difícil de comprender. Etimológicamente, la palabra da idea de un «cargo» (τέλος), pero se discute la naturaleza de éste. Los *te-re-ta* podría ser que asumieran funciones religiosas o bien que hubieran recibido tierras a cambio de servicios que cumplir. [Carlier, P., *in* 771, pp. 65-73].

A lo largo de los textos se menciona a muchos otros funcionarios. Así, por ejemplo, la tablilla PY Jn 829 indica que diversos personajes de dieciséis localidades del territorio deben proporcionar cantidades de bronce. Es tan difícil determinar la función de dichos personajes como proponer una traducción de determinados nombres, si no están estrictamente basados en la etimología. El *ko-re-te* parece ser el responsable local de cada pueblo o distrito, y el *po-ro-ko-re-te* es probablemente su adjunto. Aparecen también juntos en Cnosos. Su poder procede del *wa-na-ka-* [843, pp. 128-129]. Se utilizan sus servicios, con otros personajes, en ocasión de un pago en oro (PY Jo 438). Los *du-ma-te* podrían ser «intendentes» o funcionarios a nivel provincial [855, pp. 131-132]. También hay intermediarios que parecen tener un papel institucional, por ejemplo los «recaudadores» de Cnosos (*infra*, p. 398). En realidad, cada uno de los términos mencionados podría designar un *status* más que una función precisa.

Los escribanos y las oficinas

Uno de los progresos más importantes en el conocimiento de la administración micénica ha sido realizado durante los últimos veinte años, gracias a estudios muy concretos dedicados a la estructura de los archivos y a la identificación de los escribanos. Se considera hoy que las aproximadamente tres mil tablillas de Cnosos se deben a un centenar de escribanos y los mil doscientos documentos de Pilos a unos cincuenta individuos diferentes. Algunas manos sólo se encuentran una sola vez pero 240 tablillas se atribuyen al escribano 1 de Pilos, un archivero que recapitula el contenido

de determinados expedientes y que interviene en tablillas escritas por otros. El gran número de escribanos en relación a la cantidad de documentos conocidos, su especialización, nos hacen creer que los escribanos no eran, como en el Próximo Oriente, escribanos profesionales, sino administradores letrados que quizá se hacen ayudar por otros en la confección de las tablillas. No se conoce ninguna palabra que indique al que escribe, aunque esta laguna podría ser solamente provisional.

En Pilos, donde se ha descubierto el 80 % de las tablillas agrupadas en las habitaciones 7 y 8 (fig. 52), no existe una verdadera sala archivo. Todos los tipos de registro están representados allí: fichas individuales, censos, recapitulativos. Las «oficinas especializadas» en una rama de la economía, por ejemplo la ganadería ovina y la industria textil, parecen ser más características de la organización de Cnosos. En Pilos y en Tebas se encuentran también simples depósitos que registran la actividad de un almacén o de un taller.

En resumen, las dimensiones de estos archivos sobre arcilla y lo que se puede deducir de la organización burocrática no corresponden al funcionamiento de una administración omnisciente y omnipresente. Sin embargo, aunque el conocimiento del lineal B sobrepasa sin duda el marco estricto de palacio, su utilización en tablillas o en precintos solamente se demuestra en los palacios o en su inmediata proximidad.

La organización militar

Varios inventarios de Pilos, Cnosos y Tirinto muestran que los palacios micénicos mandan construir, cuidan y reparten numerosos carros. Estos carros, conocidos tanto por las representaciones figuradas en vasos y en las pinturas murales, como por una reproducción en barro cocido de una tumba de Volos,[20] tienen dos ruedas con radios de madera de sauce, olmo o ciprés, con cerco de metal y decoradas a veces con marfil o asta de buey y pintadas de diversos colores; el furgón está compuesto por una parte principal cuadrada y una excrecencia semicircular provista con frecuencia de un estribo. Su armadura es de madera y está cubierta por una tela o piel. Dos barras atadas en la parte de arriba y de abajo del furgón y unidas entre sí por tiras de cuero o por piezas de madera y que se unen a la altura del yugo hacen las veces de lanza. En el yugo, cuyas extremidades están curvadas, están fijadas unas anillas para pasar las riendas.

También se encargaba el palacio de proporcionar los caballos y el equipo de los hombres designados para conducir dichos carros. Esos carruajes, qui-

20. [682; 760, pp. 63-149; 878, pp. 20-22, 27, 32-34, 36-42, 78, 87-89, 108-111, 121-130, 151-152 y 181-187 (apéndice)].

zá creados a imitación de los carruajes orientales, eran utilizados como medio de transporte en el interior de los territorios en los que había carreteras (*supra*, p. 375). La utilización de los carros micénicos en la guerra es imaginable, si tenemos en cuenta que un guerrero revestido de una coraza como la de Dendra (*infra*, 407) no podía prácticamente trasladarse a pie. Sin embargo, parece plantear algunos problemas técnicos [685], sin contar con la naturaleza del terreno que, en general, era poco propicio a la evolución de artefactos con enganche.

Aparte de los equipos de los carros, los textos de Cnosos callan sobre otras formas de organización militar. En cambio, algunas citas de Pilos se interpretan como alusiones a preparativos militares contra un ataque inminente (*supra*, p. 353). Se mencionan remeros (*e-re-ta*), más bien reclutados que profesionales. Además, cinco tablillas se han considerado con frecuencia como una descripción que se refiere a la situación de contingentes a lo largo de las costas de Mesenia. Estas avanzadas de guardacostas llamados *o-ka*, en número de diez, están cada una bajo la responsabilidad de un jefe, acompañado por de tres a ocho subordinados y un *e-qe-ta*. En total, 770 soldados constituyen estos contingentes. Esta interpretación de la serie *o-ka* ha sido muy discutida y se ha demostrado que la organización descrita puede aplicarse igualmente a la ganadería de vacuno en la región costera del territorio [830].

Las grandes fortalezas o ciudades fortificadas, como las de Micenas, Tirinto o Gla, demuestran también una organización militar centralizada (*supra*, p. 372). Ahora bien, esta preocupación por la defensa no es universal ni en el tiempo ni en el espacio, puesto que asentamientos como Pilos en la misma época siguen sin murallas.

La sociedad

Según M. Lejeune, es posible encontrar en el vocabulario de las instituciones micénicas las huellas de la jerarquía trifuncional propia de las sociedades indoeuropeas. El aparato administrativo y político en manos del *wa-na-ka* reflejaría la primera función; la aristocracia guerrera que se percibe tras los textos relativos a la función militar podría asimilarse a la segunda «clase»; el término *da-mo* serviría para designar los campesinos y los artesanos no esclavos organizados en una tercera «clase» [85, p. 141].

Efectivamente, en los textos micénicos el nombre *da-mo* abarca una «entidad administrativa local con vocación agrícola». Los *da-mo* poseen tierras de dos categorías; unas se destinan al individuo, las otras están trabajadas por esclavos, vaqueros y porquerizos que cuidan del ganado comunal. Mediante sus rentas, que proceden, por una parte, del trabajo agrícola y, por otra, de la ganadería en tierras comunales, el *da-mo* asegura la

subsistencia del personal comunal, consigue el material que necesita y cumple con sus obligaciones con el palacio y los santuarios. El *da-mo*, regido por un colegio de agricultores, está quizá puesto bajo el control de un funcionario nombrado por el palacio, el *da-mo-ko-ro*, pero parece disfrutar de una gran autonomía administrativa.

A un nivel inferior, la producción parece basarse en la esclavitud. Los esclavos (masculino: *do-e-ro*, femenino: *do-e-ra*) se pueden vender.

Se conoce el matrimonio entre esclavos pero el *status* de los niños nacidos de estas uniones no se ve claramente. La actividad económica de los esclavos se ejerce casi siempre paralelamente a la de los señores; en algunos casos, incluso está separada. Sin embargo, hay que distinguirlos muy bien de los esclavos de los sacerdotes o de los dioses, especialmente numerosos en Pilos: con frecuencia designados por su nombre propio, disfrutan de una situación «privilegiada». Sin embargo, la designación de «esclavo de la divinidad» podría representar un título puramente formal y no expresar una verdadera condición servil. De hecho, numerosas situaciones intermedias entre el estado de hombre libre y el de esclavo, en el sentido clásico de los términos, podrían haber coexistido sin que sea posible determinar la importancia económica y social de cada categoría.

Las personas

Los nombres de persona representan aproximadamente el 60 % del léxico micénico conocido. Una gran parte de estos antropónimos es, sin duda alguna, griega; por ejemplo, *ka-ra-u-ko* (Glaukos), *ka-sa-to* (Xantos = «el rubio») y *a-re-ka-sa-da-ra* (Alexandra = femenino de «el que rechaza a los hombres»). Algunos oficiales se citan por su patronímico; por ejemplo, *a-re-ku-tu-ru-wo e-te-wo-ke-re-we-i-jo* (PY An 654.8-9) (Alektruon, hijo de Etewoklewes). Por otra parte, los gentilicios que designan a grupos de mujeres indican un origen geográficamente lejano: unas son *mi-ra-ti-ja* («milesienses»), otras, *ki-ni-di-ja* («cnidienses»), *ra-mi-ni-ja* («lemnienses») o *ki-si-wi-ja* («de Chíos» [?]); ya sea que sean mujeres originarias de estas regiones, ya sea que desciendan de personas identificadas por su origen.

Ninguno de los textos micénicos conocidos actualmente constituye un censo de la población, pero tenemos a nuestra disposición algunas cifras que se refieren a los grupos que dependen más directamente del palacio.

En Cnosos, las tablillas de las series E y F indican que 4264 personas podrían recibir la ración de grano necesaria para su alimentación. Sin embargo, solamente 2043 personas pueden haberse alimentado durante un año con el conjunto de partidas de grano contabilizadas en las series E y F [865, p. 63]. En Pilos, solamente las tablillas de las series Aa, Ab y Ad, que contabilizan raciones de alimentos distribuidas por el palacio a los que de-

penden de él, permiten hacerse una idea de la estructura y de la importancia numérica de esta población. Así, se cuentan 450 madres y abuelas, 350 hijas adultas, 350 hijos adultos, 450 nietas y adolescentes, 350 niños y 100 adolescentes, o sea, en total 2500 personas. El número total de herreros censados en la serie Jn se aproxima a 400, están dispersos en más de 25 talleres y nos queda el nombre de 270 de ellos. Las tablillas *o-ka* citan más de 800 personas y la tablilla An 610, de 500 a 600 remeros.

Sin embargo, sigue siendo imposible evaluar la importancia de la población no dependiente y, por consiguiente, calcular la población total. Los intentos realizados en esta dirección a partir de las tumbas de cámara de Argólida nos dejan escépticos, ya que se basan en hipótesis indemostrables: la esperanza de vida de los adultos, fijada arbitrariamente en 36 años [800, p. 14].

La geografía política de los estados continentales

Las tablillas de Pilos indican que el territorio está dividido en dos provincias, subdivididas, a su vez, en un determinado número de distritos. Las dos provincias de Pilos se sitúan a una y otra parte de la montaña llamada por Estrabón (VIII, 359) Αἰγαλέον. La «provincia cercana», *de-we-ro-a$_3$-ko-ra-i-ja* (Ng 319.1) («en la parte de acá del Aigaleon») comprende la llanura costera. Pilos (*pu-ro* en micénico), capital del estado, es su centro, aunque no constituya uno de sus nueve distritos. La «provincia lejana», *pe-ra$_3$-ko-ra-i-ja* (Ng 322.1) («más allá del Aigaleon») está constituida por siete distritos esencialmente, pero no exclusivamente, continentales. La capital provincial se llama *re-u-ko-to-ro*. Los nombres de los cabezas de partido de los dieciséis distritos (algunos hablan de cantones, pero el nombre micénico de la subdivisión no se conoce) que componen ambas provincias aparecen en diversos documentos concordantes en lo esencial. De un documento a otro se reflejan sin duda cambios administrativos menores: cambios de la cabeza de partido o subdivisión de un distrito en dos partes. La localización misma de cada cabeza de partido, la delimitación de los distritos, de las dos provincias y del estado, al igual que la falta de coincidencia entre las fuentes epigráficas de Pilos y del «Catálogo de navíos» homérico, siguen siendo cuestiones muy discutidas [756, pp. 146-150].

Nada permite establecer, en el estado actual de las investigaciones, que el «modelo» de Pilos tuviera valor en todas las regiones de la Grecia continental. La situación geográfica y la evolución histórica de determinados asentamientos pudieron asegurarles un *status* independiente de los grandes estados. La relativa uniformidad de la cultura material no puede considerarse una prueba suficiente de la uniformidad del modelo político, y las bases sobre las que descansa actualmente la evaluación de la importancia

de los asentamientos son muy frágiles. Así pues, parece muy dudoso decidir las dimensiones de las aglomeraciones y deducir de ello una jerarquía regional (*supra*, p. 335). Por otro lado, la agrupación política y la agrupación geográfica no coinciden obligatoriamente, como ya se ha podido observar a propósito del mismo territorio de Pilos [Dickinson, O., *in* 22, pp. 39-40]. Igualmente, los mapas de repartimiento de los tolos y la historia de su evolución dentro de una región podrían ser elementos determinantes en este problema si se conociera precisamente el significado sociopolítico de este tipo de tumba (*supra*, p. 382). Finalmente, no se puede conceder a determinados asentamientos el título de capital sin haber definido muy rigurosamente los caracteres esenciales constitutivos de dicha entidad.

Así, ocurre que el gran tolos de Orcomenos y el edificio descubierto en su proximidad, decorado con frescos (*supra*, p. 360) no resulta suficiente para establecer la preeminencia de este asentamiento sobre un territorio que abarcaría la fortaleza de Gla y la región del lago Kopais. En cuanto a lo que se refiere más generalmente a Beocia, solamente podemos esperar que el descubrimiento de nuevos documentos epigráficos en Tebas o en otros puntos permitan ver con más claridad la estructura política de la región.

En Argólida el problema está planteado por la coexistencia de dos centros tan poderosos como Micenas y Tirinto, a pocos kilómetros de distancia, al lado de otros asentamientos de importancia como Dendra-Midea, Argos o Asini. Si se admite que la presencia de un palacio y el testimonio de una administración con archivos, relaciona Micenas y Tirinto con el asentamiento de Pilos, es difícil de imaginarse, para esa región, que cohabiten dos grandes estados con las capitales tan excéntricas.

Algunos nombres que figuran en la lista de Kom el-Hetan, con fecha del principio del siglo XIV (*infra* p. 425), podrían designar las capitales de los «reinos» del Peloponeso, pero queda por demostrar que los asentamientos de Élida, Laconia y Arcadia que se intentan identificar contengan un palacio comparable a los de Pilos, Micenas y Tirinto (*supra*, p. 358).

En último término, se ha intentado con frecuencia combinar los datos arqueológicos con las tradiciones posteriores, sobre todo con el pasaje del segundo canto de la *Ilíada* (vs. 494-759) conocido bajo el nombre de «Catálogo de los navíos». Aquí encontramos todas las dificultades metodológicas que aparecen al utilizar obras literarias y tradiciones del primer milenio como documentos históricos (*supra*, p. 289). Si observamos que varios asentamientos micénicos que Estrabón ya ha olvidado se nombran en el «Catálogo», se tiende a tener confianza en el conjunto de este texto, pero cuando nos damos cuenta de que en este mismo «Catálogo» faltan las principales localidades de Pilos conocidas por las tablillas y la de Tebas en la lista de las ciudades de Beocia (vs. 494-510), parece más que dudoso basar en este texto una geografía política de la Grecia micénica.

La imagen, proporcionada por las tablillas de lineal B de una estratificación social y de una organización política que funciona no tanto al servicio de un individuo como al de un grupo dominante, tiene valor solamente para los territorios que «dependen» de Micenas, Tirinto, Pilos y Tebas. Es difícil extenderla a regiones que, como Arcadia, Laconia, Élida o Fócida parecen al margen. Lo mismo hay que decir sobre la organización económica que se entrevé en los documentos epigráficos.

D. *LA ORGANIZACIÓN Y LAS PRODUCCIONES ECONÓMICAS*

Las economías micénicas no son seguramente del todo dependientes del palacio, pero el palacio hace producir una parte importante de las riquezas de cada estado y se queda con una parte de la producción. Gracias a las cuentas que nos hablan de estas deducciones y de las redistribuciones, nos damos cuenta del papel económico que tenía el palacio, especialmente en determinados campos de la agricultura y el artesanado. Esto podría conducir a sobrevalorar su lugar en el funcionamiento económico, ya que no poseemos otras informaciones más que las del palacio. Otras actividades, especialmente las que se basan en materias primas no vegetales, solamente se entrevén a veces a través de los objetos producidos.

La fiscalidad

Numerosos textos proporcionan indicaciones relativamente precisas sobre las deducciones realizadas a favor del palacio. En Pilos, la serie Ma representa un registro de imposición relativo a cada cabeza de partido de ambas provincias (*supra*, p. 389). Los productos pedidos (*146 = tejido, RI = aroma [?], KE = cera [?], *152 = piel de animal, O = especia [?], ME = miel [?])[21] figuran siempre con la misma relación de proporcionalidad sobre cada tablilla. Se observan grandes desigualdades de una cabeza de partido a otra: así *ri-jo* debe entregar el 3 % de todos los productos mientras que *ra-wa-ra-ta*$_2$ debe el 13 %. La tendencia actual es la de ver en esta serie un impuesto de reparto. Las dos provincias tendrían un impuesto de igual cantidad y la administración de las cabezas de partido era una etapa entre el palacio y los contribuyentes. Éstos no eran, sin duda, individuos sino colectividades rurales o artesanales que en caso de necesidad intercambiaban entre ellas los bienes producidos, a cambio de los productos que el palacio solicitaba. La serie Mc de Cnosos presenta un esquema parecido,

21. Dichas identificaciones son discutidas [843, p. 123, n. 702); sobre *146, véase [KILLEN, J., *in* 770, pp. 271-272).

pero sobre cuatro productos (*150 = piel [?], CAPf = ovejas; *142 = tendones [?], CORN = cuerno de cabra montés) pedidos a dieciséis grupos en proporciones constantes.

La serie Na de Pilos sólo se concentra, por el contrario, en un solo producto, el lino. Cada una de las ochenta tablillas de la serie fija el impuesto que debe pagar un pueblo o quizá, más precisamente, un propietario de tierras de lino. Las únicas regiones que importan son las regiones productoras, es decir, las regiones costeras, y la deducción es seguramente proporcional a la producción o a la dimensión del pueblo [873]. Por otro lado, se sabe que se proporciona también oro (PY Jo 438), que se hacen colectas de bronce (PY Jn 829) o de cerdos (PY Cn 608) a nivel de cabezas de partido.

Otro ejemplo de fiscalidad proporcional viene dado por la tablilla PY Es 644. Ésta registra la contribución anual (*do-so-mo we-te-i-we-te-i*) que deben entregar al palacio trece personas, contribución equivalente a más o menos 1/6 del volumen de grano que sirve para calcular la superficie de su «propiedad». Estos trece mismos personajes deben también proporcionar otras contribuciones en grano. Así, según PY Es 646, *ko-pe-re-u*, poseedor de un terreno evaluado en 576 L de simiente y que debe ya pagar al palacio 67,2 L, debe pagar 48 L a Poseidón (*po-se-da-o-ne*), 16 L a los «protectores» (*ai$_2$-ke-te-si*), a Wedaneus (*we-da-ne-we*) y a Diwieus (*di-wi-je-we*). La personalidad de los destinatarios, divinidades o simples «recaudadores», como la de los contribuyentes resulta difícil de poner en claro.

Nos podemos preguntar si las ofrendas a una divinidad, registradas en determinadas tablillas, no representan otra forma de fiscalidad. Así, determinados individuos y colectividades que poseen propiedades en *sa-ra-pe-da* deben pagar contribuciones a Poseidón, en forma de trigo, vino, queso, cuero, miel o ganado. El *wa-na-ka* y los tres *te-re-ta* mencionados en los textos del expediente *sa-ra-pe-da* parecen exentos de esta contribución (*infra*, p. 393).

Sin embargo, las tablillas Fr de Pilos registran principalmente las ofrendas de aceites perfumados hechas al palacio y por lo menos a veinticinco destinatarios diversos, quizá divinidades [843, pp. 83-90]. En Cnosos la serie Fp se relaciona en parte con un calendario de ofrendas [745, pp. 303-308].

1. La agricultura

La propiedad agrícola

Los documentos de Pilos permiten entender mejor los problemas de propiedad rural que la realidad de los regímenes de usufructo. En realidad, los archivos disponibles se refieren principalmente a uno de los nueve dis-

tritos de la provincia cercana, *pa-ki-ja* y a otra localidad que no se sitúa con precisión, *sa-ra-pe-da*. Y nada nos autoriza a extender a la totalidad del territorio lo que quizá solamente representa dos casos particulares.

La serie E, que trata de la situación en *pa-ki-ja*, deja entrever una primera oposición fundamental entre dos tipos de parcelas (*ko-to-na*, nominativo singular). Unas son llamadas *ke-ke-me-na*, las otras *ki-ti-me-na*. Desde que se descifró el lineal B se han propuesto numerosas soluciones para interpretar estas dos expresiones. La oposición público-privado puede precisarse porque la expresión *ke-ke-me-na*, que está casi siempre asociada a la fórmula *pa-ro da-mo*, parece designar una tierra que depende de comunidades locales. El término *ki-ti-me-na* parecería aplicarse a las tierras reservadas para particulares.[22]

En cualquier caso, los *te-re-ta* que disponían de una parcela *ki-ti-me-na* tienen la posibilidad de atribuir varios pedazos a beneficiarios de un régimen particular, llamado *o-na-to (o-na-te-re* = beneficiarios) (*supra*, p. 321). Los beneficiarios se designan por su nombre y *status*: batanero del rey (En 74.3) sacerdote (En 659.4) y numerosos «esclavos de la divinidad», hombres o mujeres (*supra*, p. 388). Contrariamente a lo que podría hacer creer el término *esclavo*, dichos beneficiarios podrían ser de un estrato social relativamente elevado.

Las tierras cultivadas calificadas de *ke-te-me-na* se distribuyen igualmente en usufructo: los beneficiarios las reciben *pa-ro da-mo*, del *da-mo* o de la tierra del *da-mo*. Un cierto número de beneficiarios también tienen una parcela *ki-ti-me-na*. Otro tipo de usufructo se designa con la palabra *ka-ma*, sus beneficiarios deben obligaciones a cambio.

En lo que se refiere a *sa-ra-pe-da*, tres tablillas, que forman parte del mismo conjunto, proporcionan indicaciones que es posible combinar. Er 312 define las dimensiones del *te-me-no* del *wa-na-ka* (30 unidades de simiente) del *ra-wa-ke-ta* (10 unidades) y de las tierras de tres *te-re-ta* (10 unidades cada uno). Er 880 evalúa las propiedades plantadas de un cierto *e-ke-ra$_2$-wo*. Un 718, por fin, registra las ofrendas debidas a Poseidón por los «propietarios» de *sa-ra-pe-da*. Las propiedades del *wa-na-ka* parecen relativamente pequeñas en comparación con las de los otros personajes citados en este grupo, pero esto puede ser que refleje solamente una situación local [843, pp. 54-63].

En efecto, si se calcula que el conjunto de tierras de *pa-ki-ja* no sobrepasa las 100 unidades de simiente (9600 L), que el tamaño medio de una

22. [745, pp. 232-274 y 443-456; 858, pp. 1-27]. CARPENTIER, M. [863] subraya después de otros, que la asociación *ke-ke-me-na/pa-ro da-mo* no es constante, puesto que algunas *ke-ke-mena ko-to-na* podían estar en manos de individuos. Propone, por otra parte, identificar *ki-ti-mena* como el participio presente pasivo de **kteimi* y traducirlo por «construido», «habitado» o «establecido»; esta expresión podría referirse a la mejor tierra próxima al pueblo, mientras que *ke-ke-me-na* se referiría a una tierra más lejana y de menor calidad. Véase también *supra* p. 321.

ko-to-na ki-ti-me-na es de 2,3 unidades (aproximadamente, 220 L), y la de un pedazo de tierra concedido en *o-na-to* de 0,1 unidad (9,6 L) las propiedades del *wa-na-ka* (30 unidades, o sea, 2880 L) y de *e-ke-ra$_2$-wo* (50 unidades plantadas, o sea, 4800 L) parecen, en comparación, grandes propiedades. Sin embargo, la correspondencia entre el volumen de simiente y la superficie de una tierra resulta muy difícil de determinar [868, p. 43, n. 6].

Los cereales

Cuando el ideograma del trigo no se utiliza para evaluar los volúmenes de simiente, aparece, igual que el ideograma de la cebada, asociado a la palabra *si-to* (grano), en las grandes listas de raciones de alimentos distribuidos por el palacio a sus dependientes. La identificación *120 = trigo y *121 = cebada es segura gracias a la interpretación de PY An 128.

Las entradas anuales de grano en Cnosos alcanzan las 102 355 unidades, o sea 982 608 L. En Pilos, Fg 253 registra la ración mensual de las mujeres contabilizadas en tablillas Ab. Se puede evaluar el total anual en 222 000 L. Todos estos datos son muy aproximados porque los documentos disponibles no permiten alcanzar una reconstitución precisa del control palacial en este sector de la economía.

Las plantas oleaginosas

Los micenios conocen una serie de plantas oleaginosas a partir de las cuales pueden obtenerse aceites para la alimentación o aceites industriales: el sésamo, el lino y, sin duda, otros como el ricino, el azafrán y la adormidera. Pero la importancia de estas oleaginosas es muy secundaria en relación a la del olivo. Sin embargo, mientras las aceitunas (ideograma *122) y el aceite de oliva (*130) se encuentran con profusión en las tablillas, los testimonios arqueológicos siguen siendo muy raros.

Se puede tratar de deducir el número de olivos partiendo de las cantidades de aceite mencionadas en determinadas tablillas, pero los 3000-4000 árboles a los que se llega basándonos en las tablillas totalizadoras Fh de Cnosos no representan seguramente más que una pequeña parte de los olivos plantados en Creta.

En los archivos de Cnosos y de Pilos la mayor parte del aceite no parece destinado a la alimentación. Predomina claramente su utilización industrial. Se conocen los nombres de aceites perfumados de rosa (*wo-do-we*), de salvia (*pa-ko-we*), de *cyperus* (¿o de juncia?) (*ku-pa-ro-we*). El texto PY Un 267, que parece dar una «receta» de perfume en la que se incluye el cilantro, el *cyperus*, frutas, vino, miel y lanolina (?), indica, por las cantidades men-

cionadas —de 6 kg a 720 L— y por la designación del «que cuece el ungüento» (*a-re-pa-zo-o*), que estamos en presencia de una actividad industrial que necesita una mano de obra especializada.

Los aceites pueden tener otros usos posibles, a pesar de que no se mencionen claramente en las tablillas. El aceite, especialmente el de oliva, sirve para curtir las pieles, limpiar los vestidos y facilita tejer el lino o la lana. También puede utilizarse como detergente corporal, como alumbrado y, naturalmente, sirve para cocinar.

La viticultura

Las tierras plantadas con árboles o arbustos se evalúan, como las tierras labradas, en unidades de simiente teórica (GRA). El estudio comparativo de las fórmulas homéricas y micénicas permite observar que los viñedos (*174, *we-je-we*) están siempre asociados a las higueras y a los olivos. Desgraciadamente, el lugar respectivo de cada especie sigue siendo imposible de calcular.

Los micenios parecen haber distinguido tres calidades de vino: el mejor (*131) calificado de *de-re-u-ko* (dulce), hecho del zumo antes de prensarlo, y dos vinos de calidad inferior designados respectivamente sólo por los ideogramas *131 y *131*b*.[23]

La alimentación

Si se deja de lado el caballo, que aparece casi únicamente unido a las citas de carros, se identifican en las tablillas cuatro familias de animales domésticos: el vacuno, el porcino, el ovino y el caprino. Las series Cc y Cn de Pilos, que contabilizan aproximadamente 10 000 ovejas, 1825 cabras, 540 cerdos y 8 bueyes podrían dar una idea clara de la importancia relativa de las especies en el ganado. Evidentemente, esta primacía del ovino, normal en el contexto mediterráneo, se explica también por la importancia económica de la industria textil (*infra*, p. 398). La carne, que es seguro que también se aprovechaba del ganado, no se menciona en las tablillas.

El régimen de alimentación corriente se conoce primeramente a través de las tablillas que mencionan las raciones concedidas a las personas que dependen del palacio. En Cnosos, como en Pilos, la ración mensual básica es de dos unidades T de trigo (?) por persona, es decir, 19,2 L, según los cálculos de Ventris y de Chadwick, pero esta ración varía según la edad: las obreras de las tablillas de Pilos Ab reciben las 2 unidades de trigo y la

23. STANLEY, P.: *AJA*, 86 (1982), pp. 577-578.

misma cantidad de higos pero los niños y niñas reciben dos veces menos. Una tablilla de Micenas, Au 658, hace suponer que la ración destinada a los hombres coincide exactamente con la destinada a las mujeres. Las aceitunas también se utilizan como alimento pero rara vez se mencionan.

En las tablillas no se cita ninguna leguminosa. Podemos imaginar que la administración palacial no se preocupaba de estos productos. Sin embargo, los guisantes, las lentejas, las arvejas, las habas y los garbanzos están demostrados en los asentamientos. En algunas regiones el pescado proporcionaba un complemento de proteínas animales.

El sabor de los alimentos debe de realzarse mediante las especias y los productos aromáticos. Cilantro, comino, hinojo, apio, hierbabuena, azafrán y sésamo son los mencionados esencialmente en las tablillas de la casa de las Esfinges de Micenas (serie Ge). Estos condimentos entraban también en la composición de perfumes.

2. El artesanado

Las materias primas y la organización de la producción

La Grecia micénica, que por lo menos hasta 1200 parece ser ampliamente autosuficiente en su alimentación, necesitaba obtener del exterior las materias primas indispensables para fabricar ciertos objetos, especialmente metálicos. Por ello, la necesidad de garantizar de la manera más duradera el aprovisionamiento de cobre y de estaño ha podido parecer como una de las causas de la expansión micénica en el Mediterráneo (*supra*, p. 338). De manera correlativa, las dificultades para conseguir materias primas han acompañado seguramente, si es que no la han provocado, la erosión del poder económico y político característico del HR III C (*supra*, p. 355).

Mediante análisis fisicoquímicos seguimos tratando de determinar el origen de las materias primas utilizadas. Así, parece seguro que las minas del Laurion en Ática continúan cubriendo la parte esencial de las necesidades de plomo y plata del continente, y ello hasta el final de la época micénica (*supra*, p. 268). Pero el problema del origen del cobre sigue en pie. Desde Cerdeña a la costa siriopalestina se han encontrado lingotes de cobre completos o en fragmentos, pero solamente algunos ejemplares han sido hallados en la Grecia continental.[24] El origen chipriota, comúnmente admitido, de estos lingotes, que casi siempre tienen la forma característica llamada de

24. Han sido hallados unos veinte agrupados, cerca de las costas de Eubea, así como un ejemplar completo y algunos fragmentos en Micenas [803, p. 61]. Un lingote de cobre rectangular y que pesaba 20 kg se encontró en Tirinto en un contexto HR III B2: Touchais, G.: «Chronique...», *BCH* 108 (1984), p. 758, fig. 38.

«piel de toro», sigue siendo verosímil, pero no ha podido ser demostrado de manera segura. También pueden considerarse otras fuentes, pero de manera general sólo el hallazgo de nuevos pecios, comparables a los del cabo Gelidonia y de Ulu Burun (*supra*, p. 339) podrá llegar a aclarar algo sobre la ruta de los minerales. El marfil asiático o africano, el lapislázuli de Afganistán, el ámbar báltico y los minerales orientales solamente pudieron llegar al Egeo mediante una cadena de intermediarios.

Paradójicamente, tenemos más información sobre la actividad productora de la que no subsiste casi ninguna huella arqueológica, como la fabricación de tejidos y de perfumes, que sobre las demás producciones. Así pues, a pesar de las enormes cantidades de cerámica halladas en algunos asentamientos, por ejemplo en el palacio de Pilos, que nos ofrece más de siete mil vasos completos de ochenta formas diversas, solamente aparecen en los archivos cuatro alfareros. Los talleres de alfarería se encontraban seguramente en la ciudad baja o escapaban al control palacial. Es interesante llamar la atención sobre la relativa escasez de alfares descubiertos en todo el continente, como el de Berbati.

Sin embargo en Micenas, Tebas y Pilos se encuentran varios talleres de marfil, de orfebre y de piedras finas [870, pp. 135-137; *supra*, pp. 364 y 369]. Los textos de Pilos nos informan también de la presencia de marfil en bruto en el palacio, pero no aportan información alguna sobre la organización de los talleres, la manera de trabajar y sobre un posible monopolio palacial en esta área.[25]

Por el contrario, la organización de la metalurgia se entrevé a través de la serie Jn de Pilos. Por lo menos se censan 400 herreros dispersos en más de 25 localidades y el palacio distribuye una tonelada de bronce a una parte de ellos. Como la asignación media es de 3,5 kg se puede suponer que el trabajo que se pedía a los artesanos por esta pequeña cantidad no les ocupaba completamente. Por otra parte, éstos no figuran en las listas de los que reciben raciones; su *status* podría pues ser más independiente que el de las obreras textiles.[26] En algunas ocasiones, el palacio se ve obligado a pedir a las comunidades o a los individuos bajo su autoridad, contribuciones de bronce y de oro (*supra*, p. 392). Esto podría significar que no controla completamente la distribución de estas materias primas.

En Pilos, como en Cnosos, la mayoría de las obreras del censo del palacio trabajan el lino y la lana. En las tablillas de Pilos se citan por lo menos quince especialidades, lo que nos hace suponer que hay una gran división del trabajo según las exigencias de una verdadera «industria». La serie Lc

25. [870, pp. 257-261]; un canino de hipopótamo se descubrió en la acrópolis de Micenas, KRZYSKOWSKA, O., *Antiquity*, 58 (1984), p. 124 y lám. XIII*a*.

26. [719, p. 48; 843, pp. 121-122]; sobre el *status* semidependiente de los herreros de Pilos véase [KILLEN, J., *in* 770, pp. 286-287, n. 42].

de Cnosos indica que seis toneladas de lana se reparten entre una treintena de talleres en los que trabajan entre 600 y 900 obreras, por lo que se podría considerar que el número de obreras necesarias para tratar las 45 toneladas aproximadas de la serie L está entre 2700 y 4000.

El lugar ocupado por el palacio en la organización de las producciones sigue siendo difícil de determinar. La importancia relativa de los archivos que se refieren a diferentes sectores puede inducirnos a error en cuanto a la importancia de estos sectores. El palacio no tiene ni el monopolio del aprovisionamiento ni el control de todos los productores. Incluso no se puede excluir que los artesanos itinerantes satisficieran las necesidades locales, transportando con ellos, por mar o por tierra, las materias primas necesarias (*supra*, p. 339). A pesar de ello, el «peso» económico real de los centros palaciales solamente puede apreciarse al detallar las diversas producciones.

La industria textil

La producción de textiles parece haber sido una de las actividades más importantes de los palacios micénicos. Las huellas que hallamos conservadas en las tablillas parecen incluso justificar que se hable de una verdadera industria. Así, resulta que cerca de mil tablillas de Cnosos, entre tres mil, se refieren a los ovinos, y su número puede calcularse en cien mil aproximadamente. La organización de los rebaños no aparece aún claramente; los de Cnosos, como los de Pilos, se identifican por el nombre del pastor y el distrito de pasto, pero también a veces por un segundo antropónimo, las más de las veces en genitivo. Cualquiera que sea la exacta función de estos personajes («recaudadores», propietarios, concesionarios o arrendatarios) su actividad está estrechamente controlada por los escribanos del palacio.

Se puede calcular que la producción media de los rebaños citados en la serie D de Cnosos es de unas cincuenta toneladas de lana. Si se calcula el peso medio de las piezas tejidas en 10 kg, estas cincuenta toneladas debían permitir la producción de unas 5000 piezas. Ahora bien, las tablillas de la serie L que se refieren al trabajo de la lana del año anterior, censan unas 5000 piezas tejidas, cuyo peso unitario varía entre 5 y 60 kg y el peso total alcanza las 45 toneladas. La concordancia entre estas dos series permite suponer que la producción no variaba mucho de un año a otro.

La industria lanera se encuentra también en Pilos, pero de manera mucho más fragmentaria. La serie Cn sólo censa 10 572 borregos, pero este censo no se refiere a todo el territorio. Dos oficinas del palacio se ocupaban de la producción textil y uno de los productos pedidos en la lista de imposición era seguramente un objeto de lana tejida (*146) (*supra*, p. 391). En Micenas, solamente la serie Oe cita los nombres de los tejidos y las huellas de una industria lanera.

Para fabricar tejidos también se recurría a fibras vegetales como el lino, *ri-no*, SA. Al contrario de la lana, cuya producción y transformación están controladas desde el principio al final por el palacio, el lino se obtiene por contribución fiscal. La cosecha y el principio del tratamiento de la fibra se realiza al final del invierno y principio de la primavera y se puede evaluar la producción de la provincia cercana de Pilos en cerca de 50 toneladas. Los tejidos obtenidos estaban, con seguridad, teñidos, pero los productos utilizados para el tinte no han podido ser identificados.

Los vasos de barro cocido

Después de haber sufrido y asimilado la influencia minoica, la cerámica micénica conoce una evolución propia. Técnicamente, la cerámica del HR III no se distingue casi de las producciones inmediatamente anteriores (*supra*, p. 253). Sin embargo, la aparición de nuevas formas, como las «copas de champán» (*kylix*, cílica: fig. 55*b*), podría ser debida a los progresos conseguidos en la cocción de los vasos.

La estandarización de las formas y la homogeneidad estilística de la decoración sugieren, para el período del «apogeo» (HR III A2-III B1), la existencia de un área de producción que influye radicalmente sobre las demás. Los análisis han demostrado incluso que la mayor parte de la cerámica micénica encontrada en esta época en la cuenca mediterránea estaba fabricada en el noreste del Peloponeso [71, pp. 468-519]. Esto es lo que sugiere la idea de una vasta comunidad cultural centrada en Argólida, lo que algunos llaman una *koiné*. Sólo en la segunda fase del HR III B aparecerán las variaciones locales o regionales.

Las formas y decoraciones aparecen muy variadas durante toda esta época. Las jarras de asa vertical (fig. 54*j*), forma muy extendida tomada de Creta, son de todos los tamaños, desde la gran jarra basta sin decoración que sirve para almacenar el aceite de oliva hasta el vasito de perfume decorado delicadamente. Con frecuencia, se hallan también pequeños cuencos profundos, copas de alto pie llamadas «copas de champán», jarras (fig. 54*g*), cráteras (fig. 55*a*) y alabastros (fig. 54*d*). Sobre los vasos cerrados la decoración es, generalmente limitada: fajas ocres se destacan en el centro de la panza, sobre fondo beige claro; la parte inferior sigue sin decorar y la parte superior a nivel del asa o sobre la curva está adornada por una hilera de motivos estilizados. En los vasos abiertos la decoración solamente se aplica en la parte superior del vaso. Sin embargo, las copas de pie alto siguen la tradición de los vasos «efireos» y están decoradas con un motivo muy estilizado en una sola cara (fig. 55*b*). Al final del HR III B, estas copas aparecen con frecuencia sin decoración alguna. Los cuencos hondos están decorados en paneles (fig. 55*h*).

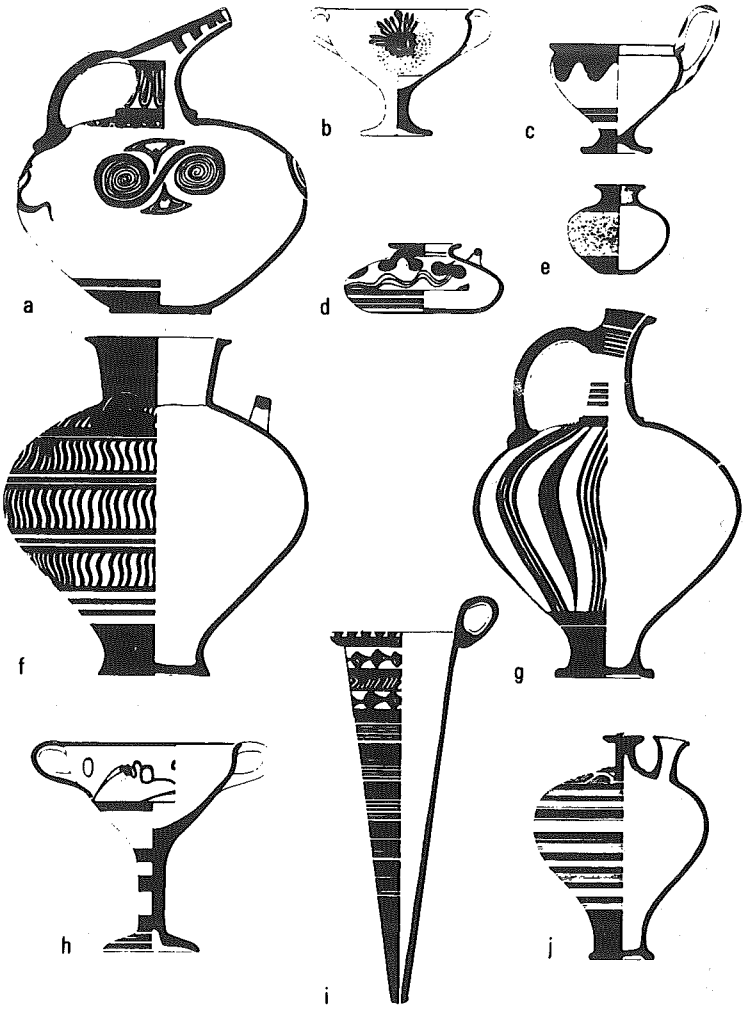


Fig. 54. Cerámica del HR II B-III A2.
a-c: vasos HR II B; *d-f*: vasos HR III A1; *g-j*: vasos HR III A2.

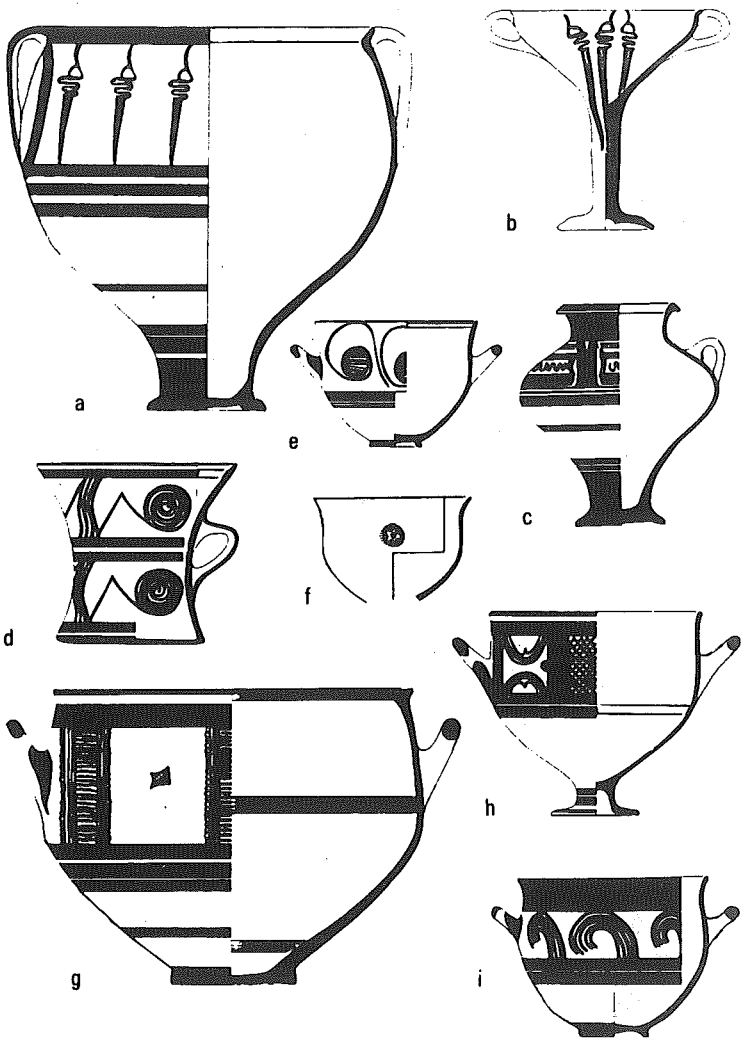


Fig. 55. Cerámica del HR III B.
a-d: vasos HR III B1; *e-i*: vasos HR III B2.

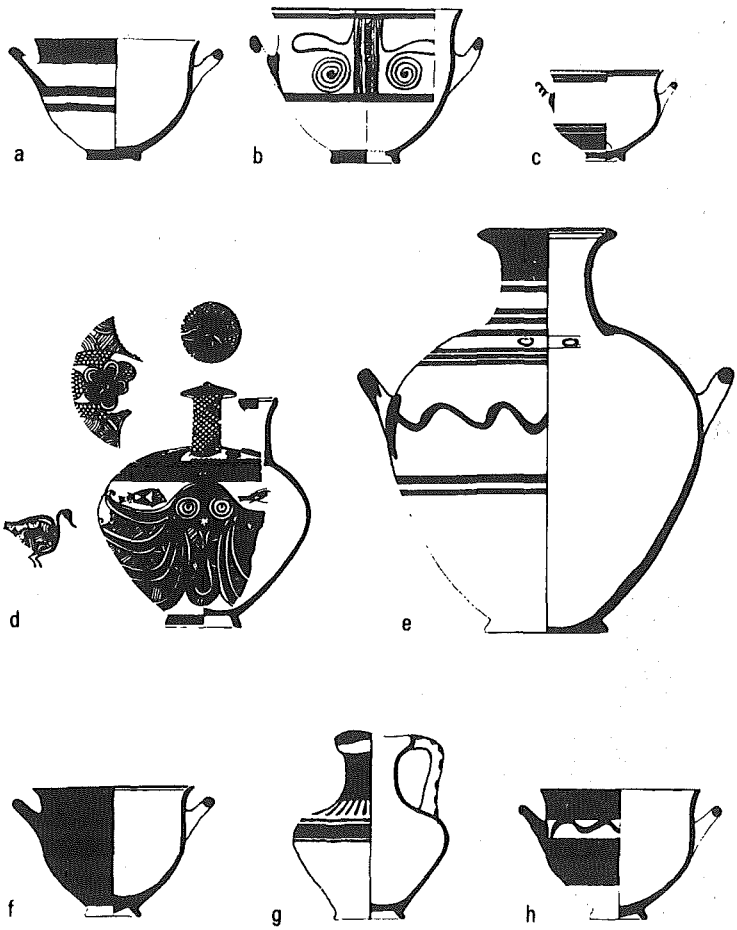


Fig. 56. Cerámica del HR III C.

Desde el HR III A1 los vasos micénicos hallados en Chipre y en Levante se adornan con figuras de variados temas: hombres, toros, cabras, pájaros, peces, esfinges, carros tirados por caballos. Estos temas presentan un parentesco con los temas de los frescos, pero su tratamiento estilístico es muy diferente. Estas producciones se encuentran igualmente en el continente pero en menor cantidad. Los análisis de arcillas no han resuelto el problema del origen geográfico de estos vasos: todas las hipótesis son posibles desde la importación de los vasos hasta la instalación de alfareros micénicos en Oriente, sin olvidar la hipótesis de artesanos itinerantes del transporte de determinadas arcillas.

El desarrollo de los estilos locales durante el HR III C no parece sinónimo de degeneración. La decoración sigue siendo muy sobria. Con mucha frecuencia se recubre el interior o el exterior de los vasos de una capa de engobe negro o marrón uniforme. Pero se observa un renovado interés por experimentar en la forma y en la decoración. De este interés nacerán el estilo denso (*close style*) de Argos (todo el espacio disponible está ocupado por los elementos decorativos) así como los vasos de asa vertical decorados con un pulpo, comunes en el Ática, en el Dodecaneso, en algunas de las Cícladas y en Creta (fig. 56*d*).

El estilo llamado del «granero» (*granary style*) caracteriza la última fase de Micenas: cuencos profundos enteramente pintados de un solo color o simplemente decorados con motivos muy sencillos, por ejemplo, una o dos líneas onduladas (figs. 56*f* y *h*). Este estilo anuncia el nacimiento de los estilos protogeométricos.

Los vasos metálicos

A pesar de que las fases protomicénicas se ilustran con numerosos vasos de oro y plata y con un amplio repertorio de recipientes de bronce (*supra*, p. 259), durante las siguientes fases los vasos de metal precioso se convierten en muy raros y el repertorio de las formas modeladas en bronce se modifica considerablemente.

Las tablillas del lineal B atestiguan, desde luego, la utilización de vasos de oro hasta la destrucción de los palacios (*infra*, p. 420), pero solamente algunos vasos de oro y de plata pueden ser atribuidos con certeza al HR III: la taza de plata incrustada con cabezas de toro de oro y nielado de Dendra se situaría en el período de transición entre el HR II y el HR III. Las cabezas de hombre de oro que decoran una copa de plata de Pilos pertenecen al horizonte de la destrucción del palacio, es decir, al final del HR III B. Los testimonios arqueológicos de los vasos de metal precioso posteriores a 1200 son aún más limitados [55, p. 170].

En cuanto a la vajilla de bronce, la casualidad de los hallazgos explica

seguramente la falta de calderos, cucharones y braseros en el material HR III. En cambio, parece segura la desaparición de las tazas bajas del tipo de Dendra y de los cubiletes cilíndricos del tipo de Vafio. En contrapartida, las «nuevas» formas se inspiran en formas ya conocidas de oro, plata o barro cocido: calderos, trípodes, barreños, copas de pie alto, cuencos con una o dos asas, copas con ombligo, lámparas.

Esta vajilla de bronce relativamente abundante, lo mismo que las herramientas, las armas y los objetos de adorno muestran que la utilización del metal está muy extendido entre la mitad del siglo XV y el final del siglo XIII. En cambio, después de 1200 las cantidades de metal disponible disminuyen y se intenta reciclar los objetos estropeados o inacabados; se depositan menos objetos metálicos en las tumbas. Los herreros producen los mismos tipos de objetos, con las mismas técnicas de antes pero a una escala mucho más limitada. Así, solamente catorce vasos de bronce pueden ser datados en el HR III C [Iakovidis, Sp., *in* 75, pp. 226-227].

Los vasos de cerámica vidriada, piedra y marfil

A menudo es difícil datar con precisión estos objetos y determinar su origen geográfico exacto, ya que parecen haber pasado de mano en mano. Las investigaciones actuales muestran que en el continente aparecieron verdaderas creaciones micénicas (*supra*, p. 260). Los pocos vasos de cerámica vidriada más o menos fragmentarios descubiertos en la casa de los Escudos de Micenas (con fecha HR III B1) representan una resurgencia de una forma de artesanado que declina.

Durante el HR III los micenios continúan procurándose vasos de piedra en Creta y en Oriente, pero también muestran interés por este tipo de producción al extraer el basalto de Laconia y el pórfido y manifestando su preferencia por las piedras multicolores. Las técnicas y las formas en uso siguen siendo las cretenses. No se ha identificado vaso alguno de piedra en los inventarios de las tablillas. Además, la media docena de fragmentos descubiertos en las ruinas del palacio de Pilos no dice nada en favor de una tradición artesanal local bien establecida.

Las píxides, cilíndricas o en forma de barco, son los únicos recipientes de marfil conocidos de la época micénica. Las píxides cilíndricas están cortadas en una sola pieza de los colmillos de elefante, provistas de un fondo en general añadido y de una tapa; su decoración está con frecuencia inspirada en los frescos [870, pp. 25-28].

Los objetos conocidos no proceden de los palacios destruidos y vaciados de su contenido, sino de las tumbas, las viviendas más sencillas y también de los tesoros. En relación con la fase precedente, los objetos hallados parecen menos refinados, pero más numerosos, más variados y con mayor difusión.

Están atestiguadas numerosas formas de herramientas; de éstas, varias hacen su aparición durante el HR III A: cuchillos de hoja curva o en forma de hoz, azadas, tajaderas, navajas de hoja curva, trinchante cóncavo con gran mango, pinzas, punzones, perforadoras, martillos, tijeras, anzuelos, ganchos. No se conoce el hacha sencilla en el ámbito micénico. En cambio, las dobles hachas parecen muy extendidas en Acaya, en la Grecia central, en el Peloponeso y en las islas: en el HR III el encaje es oval, la forma de la hoja, simétrica y el corte, redondeado y más ancho que el centro. Solamente pueden considerarse como hachas votivas tres ejemplares formados de hojas de metal y sin huella de haber sido utilizados. Las demás herramientas de hueso o de piedra no se conocen tan bien. El paso del HR III B al HR III C parece caracterizado por la desaparición de las azadas, los cuchillos hoz, los martillos y las hachas.

Las armas ofensivas evolucionan rápidamente. Ya en el HR III A las espadas permiten golpear de estoque y de filo, al tiempo que protegen mejor la mano. Primeramente se adopta un arma cuya hoja, más corta, está reforzada por una nervadura central y cuyo puño con remaches tiene dos proyecciones oblicuas en forma de cuerno, que sirven de protección (tipo C: fig. 57*a*). Más adelante, se pasa a un tipo cruciforme de hoja más ancha y nervadura central reforzada; las proyecciones del puño se sustituyen por dos grandes lóbulos laterales (tipo D: fig. 57*b*). A partir del HR III A2 y por lo menos durante todo el HR III B las dagas son la forma dominante. En el tipo D2 el pomo ya no está separado y el puño toma la forma de una *T* (fig. 57*c*). En el tipo F, introducido al principio del siglo XIII, los lóbulos salientes son sustituidos por unas hombreras anchas y cuadradas. La hoja se acorta considerablemente hasta 40 cm; muy sólida, parece adaptarse bien a la lucha cuerpo a cuerpo (figs. 57*d-e*). Al final del siglo XIII se añaden a las hombreras dos ganchos dirigidos hacia abajo, destinados a bloquear la hoja contraria (tipo G: fig. 57*f*). Los puñales imitan las formas de las espadas contemporáneas. El tipo E, cercano al tipo F, parece una herramienta de corte. A partir del siglo XIII, los tipos F y G, y sus variantes son los que dominan. Pero se extiende por todo el mundo egeo y hasta el Próximo Oriente un nuevo tipo procedente del norte. Es una espada para golpear de estoque y de filo con una larga hoja puntiaguda, hombreras caídas y mango ahorquillado en forma de lengua (tipo H: fig. 57*g*). Este será el único tipo que perdurará en la edad del hierro.

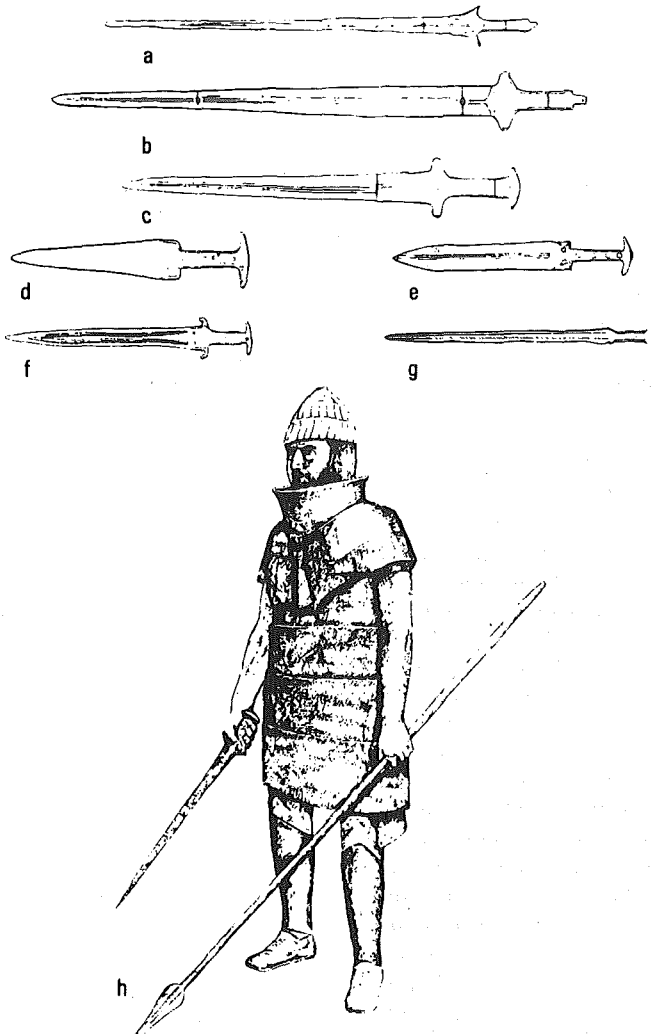


Fig. 57. Armas del HR III A-C.
a: espada tipo C; *b*: espada tipo D1; *c*: espada tipo D2; *d*: puñal tipo F1; *e*: puñal tipo F2; *f*: espada tipo G; *g*: espada tipo H; *h*: el guerrero de Dendra (HR II-III A2).

Las puntas de lanza siguen siendo las mismas hasta la mitad del siglo XIII, largas hojas foliáceas con una gran nervadura central y un largo encaje tubular moldeado o martillado. Más adelante, tienen tendencia a acortarse y a ser más puntiagudas, mientras que la hoja toma la forma de dos alas cortas y llanas; un agujero para el remache situado cerca del talón permite fijarla en el asta. Las jabalinas van siendo cada vez más ligeras y mejor equilibradas. Dos frescos de Tirinto muestran que las transportaban por pares [141 (1983), p. 307 y fig. 34; 144, lám. I.6, XI.5]. Las puntas de flecha de sílex o de obsidiana siguen utilizándose, pero se encuentran generalmente puntas de bronce fundido en molde o recortadas de una hoja de metal.

La existencia de corazas es probable antes del HR II, pero no puede ser demostrada. Efectivamente, la tumba de cámara número 12 de Dendra, que proporcionó el único ejemplar completo de coraza micénica, se puede datar, por la cerámica, del HR II-III A1. Sin embargo, algunos investigadores creen que la coraza podría ser claramente más antigua que la inhumación. Esta coraza está formada por placas de bronce que se cosían sobre un forro de cuero. Estas placas protegían los dos lados del cuerpo desde el cuello hasta las rodillas [120 (I), pp. 28-49]. Su peso relativamente elevado pone en duda su carácter práctico: quizá se trataba de una ropa de gala. Fragmentos parecidos de coraza, cuya datación con frecuencia es poco segura, se encontraron en la misma Dendra, en Tebas, en Micenas y en Nicoria. Como en el caso de los carros, los palacios controlaban la fabricación, el mantenimiento y el almacenaje de grandes cantidades de equipos militares [Godart, L., *in* 78, pp. 243-251].

El casco de dientes de jabalí que apareció durante la fase protomicénica (*supra*, p. 255) parece el único demostrado hasta el principio del HR III C. El hallazgo de placas curvadas, talladas en dientes de jabalí en las tumbas de Argólida, de Ática o de Mesenia, las representaciones de los frescos de los palacios, de los marfiles o de los sellos, así como los inventarios de Pilos y de Cnosos, muestran que se trataba de un tipo muy extendido. Desaparece antes del final del siglo XIII [760, pp. 40-47]. En el HR III C solamente se conoce un ejemplar de casos calado y decorado de repujados[27] y dos ejemplares de perneras cuyo decorado parece de origen europeo.[28] Los escudos hechos de varias pieles de buey cosidas unas encima de otras sobre una armadura de madera tienen una forma rectangular, con un redondeado en la parte superior (escudo torre) o un perfil pinzado (escudo en ocho). No se mencionan en las tablillas.

El vaso de los guerreros de Micenas hallado en una casa cercana al Círculo A muestra, suponiendo que se trate de una representación realista

27. VERDELIS, N., *AM*, 78 (1963), p. 19, fig. 9, láms. 6-7.
28. [50, p. 58, n.° 711] (Kallitea); MOUNTJOY, P., *OpAth*, 15 (1984), pp. 135-146 (Atenas).

datable del siglo XII, una evolución del armamento. Un grupo de guerreros lleva un casco adornado de cuernos y una cimera, así como un escudo redondeado por arriba y abierto por abajo. Un segundo grupo lleva una especie de gorro de piel o con pinchos [878, pp. 130-132 y 222].

Vestidos, joyas y adornos

La forma de los vestidos conocida por algunas representaciones no parece evolucionar mucho durante toda la época micénica. Los hombres llevan generalmente un paño o una túnica ceñida; las mujeres, una blusa de manga corta que con frecuencia deja ver el pecho, pero con un chal con flecos que cubre los hombros. Los trajes y faldas están fruncidos a la moda cretense [743, pp. 115-118]. La parte baja de las faldas o de los vestidos lleva unos pesos, pequeños objetos cónicos o semiglobulares perforados verticalmente. Dichos objetos, moldeados en arcilla o tallados en piedras blandas, se consideraron durante mucho tiempo botones o pequeños pesos de huso.[29]

Los talleres encontrados en algunos puntos y su equipamiento muestran que durante la época micénica se extendió un artesanado regional del adorno especialmente para el servicio del palacio (*supra*, p. 397). Durante el HR III la producción se estandariza: la pasta de vidrio moldeada se extiende un poco por todas partes, se dominan perfectamente las técnicas del granulado y la incrustación y se utiliza el oro en hojillas para el chapado en oro. Las perlas de oro, de cerámica vidriada multicolor, de pasta de vidrio o de barro cocido toman innumerables formas: esfera, disco, grano de trigo, roseta, lirio, flor de papiro, concha.[30] Algunos collares están formados por hilos de oro retorcidos. Los aros, pendientes o anillos están formados por un hilo de metal curvado cuyas dos extremidades se montan, o se moldean, sin huella alguna de soldadura.

Hasta una fecha bastante avanzada, son pocos los alfileres que no sean de hueso o de marfil. Los largos alfileres de bronce, bastante frecuentes en las tumbas de fosa de Micenas, no reaparecen hasta el final del HR III B y durante el HR III C: miden 20-35 cm de largo, su vástago es redondo y su talón tiene forma de disco, con un grosor más o menos esférico situado bajo este disco. En el período más tardío se conocen también vástagos acabados en una esfera de pasta de vidrio. Una innovación del HR III C llegará hasta la edad del hierro: la fíbula en arquillo, que no servía seguramente para sujetar el vestido propiamente dicho sino para sujetar una especie de

29. Iakovidis, Sp., *BSA*, 72 (1977), pp. 113-119.

30. Para las formas de perla, véase [54, pp. 75-81] [108, pp. 209-213] (Argos) [139, pp. 292-312] (Micenas) [210, p. 85, fig. 98] (Perati).

chal que se llevaba encima. Esta innovación puede ser micénica, lo mismo que el llevar alfileres de bronce a pares.

Algunos objetos de tocador de marfil han servido de soporte para decoraciones esculpidas en relieve. Los motivos decorativos están a veces estrechamente asociados a la forma del soporte. Por ejemplo, los mangos de espejo, sobre los cuales están fijados discos de bronce, mediante remaches, llevan todos en la parte superior del mango una decoración vegetal; además, el mismo motivo —leones y toros, esfinges, nautilus, cocodrilos— se repite en las dos plaquillas que forman el mango. De igual manera, los mangos rectangulares de los peines en uso durante el HR III tienen todos una decoración en dos registros superpuestos y una roseta en el centro del registro superior. Además de estos objetos se conocen en Tebas y en Micenas una media docena de peinetas. El grabado e incisión de marfiles se limita a piezas de incrustación decoradas con motivos geométricos y a algunas placas excepcionales como la de Delos.

Las estatuillas y las figuritas

Los hallazgos de Filakopi permiten precisar la tipología de las estatuillas y figuritas. En realidad, cinco estatuillas de barro cocido halladas en este asentamiento son indiscutiblemente masculinas: tienen un cuerpo filiforme, los brazos estirados a la altura de los hombros y, sobre todo, en cuatro casos de cinco, el sexo claramente representado. Estas estatuillas, decoradas con hilillos de pintura, no contienen ningún otro signo de diferenciación sexual. Cuatro de ellas han sido consideradas como votivas (dos de 15-20 cm de alto y dos rotas); la quinta, que mide 35 cm de alto, se interpreta como una estatua de culto [French, E., *in* 318, pp. 223-230]. Solamente cuatro representaciones en bronce de «dioses del rayo» de tipo oriental proceden de contextos micénicos seguros: dos de los mismos santuarios de Filakopi, una de Micenas y una de Tirinto.[31]

Gracias a las estatuillas masculinas de Filakopi, se puede afirmar ya que se trata de representaciones femeninas siempre que no están claramente representados los órganos masculinos y esto a pesar de la presencia de elementos, como la «perilla», que constituían antes el único signo sexual distintivo. Existen dos grupos de estatuillas femeninas. Unas tienen un decorado pintado de arriba a abajo: por ejemplo, la «Dama de Filakopi» considerada como una importación continental del HR III A (fig. 58*b*), las dos estatuillas de Micenas datadas en el HR III B [891, lám. XIII*c*, y 892, lám.

31. [318, pp. 303-310 y 420-425]; véase también GALLET DE SANTERRE, H.: «Les statuettes de bronze mycéniennes au type dit du "dieu Reshef" dans leur contexte égéen», *BCH*, 111 (1987), pp. 7-29.

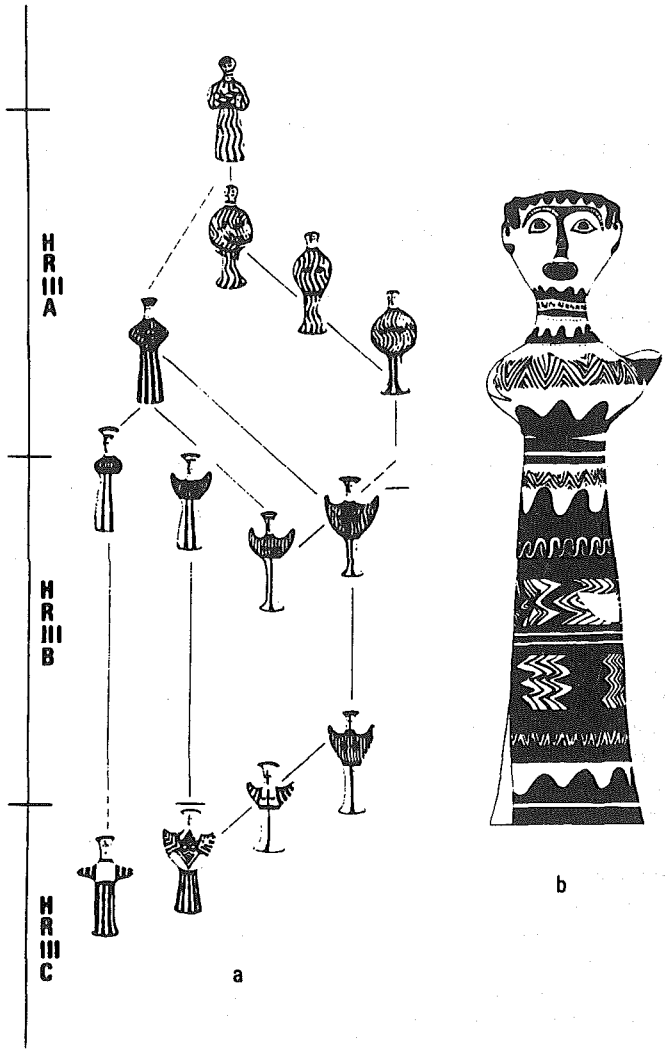


Fig. 58.
a: las figuritas antropomórficas del HR III; *b*: estatuilla de Filakopi.

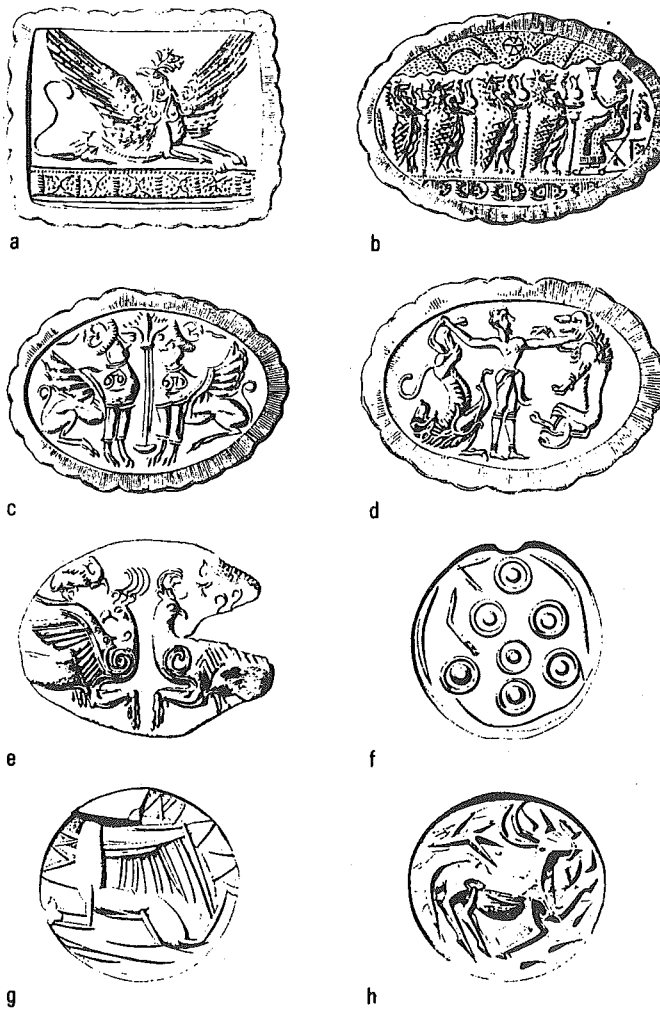


Fig. 59. Sellos del HR III.
a: cilindro aplanado de oro; *b-d*: anillos de oro; *e*: huella; *f-h*: lentoides.

XLIII*b*], las estatuillas HR III C de Tirinto de las piezas 110 110*a* [Kilian, Kl., *in* 96, p. 54, figs. 6-7 y 141 (1978), p. 461, fig. 17], así como la cabeza hallada sobre un banco de la casa de Asini [Hägg, R., *in* 96, p. 92, fig. 2]. Las demás tienen la parte inferior monocroma; los cabellos y la cara están representados por zonas reservadas y plásticamente. Este tipo solamente está representado en el depósito de los ídolos de Micenas. En ambos casos, la parte superior del objeto está sujeta sobre una base girada y la cintura está comprendida entre los 25 y los 35 cm. Se representan varias actitudes: los brazos levantados, los brazos extendidos y unidos a nivel de los hombros y los brazos plegados sobre el pecho. La cabeza de yeso de Micenas, decorada de pintura roja, azul y negra, tiene con 16 cm de alto una dimensión más monumental aún [55, p. 102 y fig. 83].

Las figuritas femeninas de barro cocido de pequeñas dimensiones, modeladas simplemente, son muy raras en el continente antes del siglo XIV. La figurita micénica más antigua de este tipo procede de una tumba de Pilos del HR III A1. Este tipo, creado y desarrollado en la Grecia continental bajo la influencia cretense y levantina, sólo se extiende verdaderamente a partir del HR III A2. Dichas figuritas, de unos diez centímetros de alto, toman sucesivamente tres actitudes distintas (fig. 58*a*): durante el HR III A las manos reposan sobre las caderas o están plegadas sobre el pecho (tipo en phi [Φ]); a partir del HR III B los brazos están levantados (tipo en psi [ψ]); se encuentra igualmente la forma parecida a la de una *T* y mucho más raramente un tipo con las manos apoyadas sobre la cabeza.[32] También están registradas un centenar de figuritas femeninas sentadas [Amandry, P., *in* 14 (I), pp. 167-184].

Se conocen igualmente estatuillas y figuritas de forma animal. La mayoría de ellas representan bóvidos de sexo indeterminado. En Filakopi una decena de estas estatuillas están asociadas a las estatuillas y figuritas humanas descritas anteriormente. Su modo de fabricación —su cuerpo hueco está hecho al torno— las hace derivar de los ritones naturalistas cicládicos y minoicos del principio del bronce reciente. Algunas de ellas, que están provistas de una abertura o de un vaso fijado sobre la espalda del animal, podrían interpretarse como ritones. Su datación precisa en el HR III B o C sigue siendo difícil de determinar [French, E., *in* 318, pp. 236-252]. Una serpiente en Micenas y un caballo en Ialysos, son los otros dos únicos animales que están representados en estatuillas [294, p. 44; 891, lám. IX y 892 lám. XXXIX*d-e*].

La decoración de las figuritas animales permite seguir su evolución: primeramente líneas onduladas recorren longitudinalmente el cuerpo, luego las líneas son rectas y, finalmente, pequeños trazos paralelos salen de la espina dorsal del animal. Estas figuritas animales se encuentran tanto en

32. [294, lám. 40]; Iakovidis, Sp.: *AJA*, 70 (1966), pp. 43-50.

los lugares de culto, en Filakopi o en Tirinto (*infra*, p. 415) como en las tumbas en Prosimna. A veces, aparecen bóvidos enganchados en carros.

Los sellos

El uso de los sellos es igualmente un rasgo característico de la civilización micénica (*supra*, p. 337). Este uso se demuestra por las huellas encontradas principalmente en Micenas, en Pilos (fig. 59*c*) y en Tebas[33] y por algunos sellos que parecen haber sido dedicados como exvotos en los lugares de culto de Micenas, de Filakopi y de Aguia Irini; y, sobre todo, por los centenares de ejemplares hallados en las tumbas del continente. El sello, que se llevaba alrededor del cuello, alrededor de la muñeca o en la mano, pudo servir para marcar las mercancías, pero también para transmitirse, para dedicarse e incluso coleccionarlo, como lo demuestran algunas extraordinarias acumulaciones en las tumbas de Vafio, Micenas, Nicoria o Medeon de Fócida.

Los anillos metálicos con sello grabado continúan fabricándose durante el HR III (figs. 59*c-d*) pero los tipos de sellos más corrientes tienen la forma de una lenteja o de una almendra tallada en ágata veteada, cornalina, serpentina o esteatita, más raramente en hematita, lapislázuli, marfil o ámbar o bien moldeada en pasta de vidrio.

En cuanto a la iconografía y al estilo de las escenas grabadas durante el HR III A y B se asiste a la estandarización del repertorio micénico que se constituyó durante la fase protomicénica: las formas son menos equilibradas, los contornos y los dibujos, menos definidos, los motivos del relleno, más frecuentes, y las composiciones concéntricas no sugieren el movimiento que se observaba especialmente en los sellos de Vafio. Las composiciones heráldicas adquieren una estructura rígida. Algunos temas, como los combates entre hombres y leones, aparecen con más frecuencia en el continente que en Creta pero las tradiciones cretenses antiguas siguen vivas, como lo demuestra el carácter mezclado de las huellas de Pilos. Aun en el caso de que los elementos propiamente micénicos puedan distinguirse, es muy difícil reconocer talleres y artistas. Las más de las veces nos vemos limitados a constituir grupos estilísticos. Además, sólo se dispone de muy pocos ejemplares bien datados.

En el HR III C, o quizá desde el final del HR III B, se empobrece el repertorio figurativo (por ejemplo, el león desaparece) y dicho repertorio se esquematiza considerablemente mientras que los motivos decorativos (rosetones, círculos, etc.), desconocidos en épocas anteriores, lo van in-

33. Micenas: *CMS*, I, n.° 19, pp. 160-165 y 170; V.2, n.° 594-596, y [134, pp. 125-126]. Pilos: *CMS*, I, n.° 302-382; *supl.* n.° 173-205. Tebas: n.° *CMS*, I, n.° 669 y *supra*, p. 296, n. 8.

vadiendo todo (figs. 59*f-h*). En realidad las huellas de sello ya no se encuentran de manera segura después del siglo XIII. Se siguen llevando sellos como adorno pero solamente se fabrican de modo esporádico. Así, solamente se cuenta con diecinueve sellos, en los quinientos enterramientos de la necrópolis de Perati, tres de los cuales son de origen extranjero y los nueve restantes muy anteriores a las tumbas. El magnífico sello de oro de Tirinto, con un peso de 78 g y cuyo escudo está adornado con un desfile de cuatro genios con caparazón adelantándose hacia un personaje femenino sentado (fig. 59*b*), descubierto en medio de un tesoro posterior a 1200, podía haber sido fabricado a principios del siglo XIV, incluso en la segunda mitad del XV.

3. El funcionamiento económico y los intercambios

Por sus porcentajes y por las producciones de sus propias tierras o talleres el palacio almacena una gran cantidad de productos. Algunos de ellos se vuelven a distribuir a una población más o menos dependiente en forma de raciones alimentarias (trigo o higos, por ejemplo), de materias primas o de productos terminados (vestidos, armas). Sin duda, no se redistribuye el total porque el centro palacial debe separar un excedente intercambiable por los productos o materias primas de los que carece. Las modalidades de estos intercambios entre los diferentes centros o con regiones exteriores al continente griego se conocen muy mal. Los pocos pesos encontrados en Vafio, Micenas, Atenas o Perati no permiten aún reconstruir un sistema de medidas [88, pp. 142-157] y los elementos de balanzas hallados en las tumbas no tenían seguramente ninguna utilidad práctica [760, pp. 154-160]. Los testimonios epigráficos nos dicen solamente que tejidos y aceite se fabricaban especialmente para exportarlos [Killen, J., *in* 770, pp. 262-264], lo que ya se sabía respecto a la alfarería. Sólo un intercambio (?) interno del continente está demostrado: en la tablilla MY X 508, que menciona el envío de tejidos a Tebas.[34] Las palabras *mercader* y *precio* no constan en las tablillas, lo mismo que el verbo *comprar*, excepto en el contexto particular de la compra de esclavos.

Naturalmente, el volumen de intercambios es imposible de evaluar. Sin embargo, se ha establecido un paralelo interesante entre las cantidades de bronce entregadas a los herreros de Pilos (serie Jn) y la cantidad de cobre hallada en el pecio del cabo Gelidonia: una tonelada aproximadamente [719, p. 48; Killen, J., *in* 770, p. 266]. Por su capacidad para organizar las producciones especializadas, de almacenar y redistribuir los productos, el

34. Killen, J. [*in* 770, pp. 266-270]; su interpretación final, que supone que todos los productos pasaban por Micenas, parece discutible.

sistema palacial micénico recuerda mucho a los sistemas contemporáneos o más antiguos conocidos en el Próximo Oriente. Mientras los centros palaciales funcionan, su poder económico y político aparece relativamente fuerte y centralizado, lo que resulta lo contrario de un sistema propiamente feudal.[35] Pero, si hemos de creer a las tablillas de Pilos, este poder no parece haber pasado de un marco estrictamente regional. Incluso en este marco, no se debe asimilar la actividad económica del palacio a la de la sociedad en conjunto.

E. *LA RELIGIÓN*

El estudio de los fenómenos religiosos, que para las fases protomicénicas se basaba fundamentalmente en la iconografía (*supra*, p. 265), encuentra en las fases siguientes una base más amplia. A las representaciones figuradas en los sellos y en los frescos se añaden los vestigios arquitecturales, algunos objetos y determinadas citas en las tablillas escritas en lineal B. Por desgracia, los estudios sobre este campo dependen más de la pura especulación que de hechos claramente establecidos. Al superinterpretar los datos literarios y legendarios, al proyectar sin precaución sobre la época micénica elementos tomados de la época histórica e incluso concepciones modernas, se acentúa la confusión creada por la falta de definiciones claras y por el abuso de razonamientos en círculo vicioso.

Se puede concretar la naturaleza de los fenómenos religiosos micénicos y poner en claro las precauciones metodológicas necesarias en su interpretación a través de tres series de datos, los objetos y las representaciones, los lugares de culto y las menciones epigráficas, y una cuestión, el sincretismo cretomicénico.

Los objetos y las representaciones

Con gran frecuencia, el carácter excepcional o inhabitual de un objeto es el que lleva a darles un valor religioso. La interpretación de las estatuillas y figuritas (*supra*, p. 409) plantea este género de problemas. La rareza de las estatuillas encontradas en Filakopi, Asini, Micenas y Tirinto debe incitar, sin duda alguna, a considerarlas atentamente. Sin embargo, esta rareza está sometida a la casualidad de los hallazgos y estos objetos, por raros que sean, no demuestran por ellos mismos la naturaleza del material que les rodea o de la habitación en la que han sido hallados.

35. KILLEN, J. [*in* 770, pp. 241-242 y 274, n. 4] critica las analogías propuestas con un sistema económico de estilo feudal; sobre este problema, véase también [745, p. 121].

De manera algo contradictoria, se considera igualmente que la acumulación de material en una habitación o en un edificio tiene un significado religioso: grupos de figuritas bajo el santuario de Atena Pronaia en Delfos [962, p. 136], en Amiclees,[36] amontonamiento de vasos en un nicho de la habitación B 69 de Malti, en el edificio de Vurulia Tragana y en el palacio de Pilos (*supra*, p. 367, e *infra*, p. 418). De hecho, las figuritas que se encuentran con frecuencia y a veces en gran cantidad en las viviendas y en las tumbas [882, sp. p. 107] tienen seguramente significados variados: representaciones de divinidades antropomórficas o zoomórficas, de personas reales, ofrendas animales, amuletos o sencillamente juguetes. En cuanto a los vasos, ningún tipo tiene *a priori* significado especial y las acumulaciones de material pueden explicarse por razones corrientes: almacenaje en estanterías, amontonamiento de cascotes o relleno de cimientos, a veces efectuados en fecha posterior a la época micénica.

De la misma manera, hay que estar en guardia frente a una interpretación en sentido único de los ritones, vasos provistos de una abertura en un lado y de un agujerito en otro (fig. 54*i*). Si la mayoría de los ritones cretenses proceden de viviendas, la mayor parte de los ritones micénicos se descubrieron en tumbas. Éstos pudieron, pues, tener un papel en un rito funerario sin que lleguen a tener significado religioso en el sentido estricto de la palabra. En las viviendas se utilizan comúnmente ritones como cacillos o coladores. La dificultad estriba, por consiguiente, en la ambivalencia de dichos objetos (utensilios domésticos o vasos «de libación») y del significado que se conceda al paso de un líquido a través de un vaso.

Se podría afirmar, sin duda alguna, que todos estos objetos tienen un valor religioso cuando se encuentran en un lugar de culto. Pero como generalmente se identifica un lugar de culto por el material que contiene, el problema sigue en pie. En todos los casos se plantean las preguntas del significado de los objetos y su eventual acumulación: ¿a partir de qué cantidad hay que conceder un sentido especial a un determinado tipo de material? ¿Qué tipo de objeto tenía un valor religioso a los ojos de los micenios? ¿En qué condiciones los objetos «corrientes» llegaban a adquirir un rango especial? Por el momento, estas preguntas no tienen respuesta.

Para muchos investigadores, las representaciones figuradas que aparecen en los sellos, los frescos o en forma de estatuillas o figuritas, tienen *a priori*, como las representaciones minoicas y cicládicas del mismo tipo (*supra*, p. 229 y 265), un significado religioso, pero si dejamos de lado este postulado las representaciones figuradas son muy poco útiles en la interpretación de las concepciones religiosas que dominaban en el mundo micénico. Efectivamente, la influencia minoica no deja de hacerse sentir bajo

36. DIMAKOPOULOU, K., *Le sanctuaire mycénien de l'Amyklaion et la période HR III C en Laconie*, Atenas, 1982 [en griego, res. inglés].

variadas formas y nada asegura que los habitantes del continente micénico vieran lo mismo que los minoicos en los motivos que tomaron de ellos o que adaptaron. En cualquier caso, resulta difícil determinar si una representación (el desfile de los genios del anillo de Tirinto, las procesiones de mujeres en los muros de los palacios de Tirinto y Tebas, el tocador de lira de Pilos o el grifo representado en el sello de oro del mismo asentamiento) tiene un valor ornamental, simbólico o de culto.

La identificación de las divinidades se basa raramente en criterios indiscutibles. El personaje femenino representado con una espiga de trigo en la mano en el fresco descubierto en Micenas puede interpretarse como una sencilla mortal que cumple un rito de fertilidad [French. E., *in* 96, fig. 14, p. 47]. Los argumentos que defienden la representación de una diosa guerrera en la placa pintada de la casa Tsuntas no parecen tampoco decisivos.[37] En realidad, nos hallamos en la misma situación que los investigadores que trataran de reconstruir la religión cristiana a partir solamente de representaciones figuradas, es decir, a partir de una imaginería muda.

Los lugares de culto

Como vamos viendo, resulta casi imposible escapar al círculo vicioso: los objetos, las representaciones y los arreglos en las habitaciones toman un significado religioso cuando se descubren en un lugar de culto, y éste se identifica precisamente por la presencia de aquéllos.

De manera general, pues, se reconoce un lugar de culto en una habitación que contiene una decoración, una distribución o un material que no pueden ser interpretados en términos estrictamente funcionales, que se «salen de lo común». La interpretación presenta, naturalmente, más garantías cuando se combinan varios factores. Así, los lugares de culto cuya identificación parece menos dudosa son las habitaciones alargadas, de una superficie comprendida entre 15 y 50 m^2, de plano simétrico, con un banco o unas plataformas en el lado opuesto a la entrada; a veces, se encuentran adosadas a las primeras pequeñas habitaciones separadas; una o varias estatuillas están asociadas a estas distribuciones. Las habitaciones 117, 110 y 110*a* de la ciudadela baja de Tirinto, que corresponden a fases sucesivas del HR III C; los dos edificios de Micenas destruidos al final del HR III B2 que contienen, respectivamente, la habitación con el fresco y la habitación de los ídolos; lo mismo que los dos santuarios de Filakopi, cuya actividad abarca todo el período comprendido entre el HR III A2 y la mitad del HR III C; todos tienen estos caracteres en común y contienen un importante material asociado que puede ser considerado como votivo.

37. Rehak, P.: *AA*, 1984, pp. 535-545.

Estos santuarios, estrechamente insertados en el tejido construido, no son en ningún caso templos en el sentido clásico de la palabra, es decir, territorios sagrados separados del ámbito profano. El aislamiento de un edificio micénico no puede, pues, por sí solo, establecer su carácter religioso. El «aislamiento» de los ejemplares que se citan generalmente en este sentido, los edificios Ac y Gama de Delos [962, pp. 141-142] o los restos descubiertos bajo el Telesterion de Eleusis [889], resulta de una interpretación abusiva de hechos de arqueología.

Al lado de estos santuarios que podrían llamarse «urbanos» hay que tratar de encontrar la huella de lugares de culto en los demás edificios, tanto en los palacios como en las casas. Algunos consideran que la habitación del fresco y la de los ídolos de Micenas pertenecen a un verdadero «centro cultual», él mismo incluido en el complejo palacial que coincide con las dimensiones de toda la ciudadela (fig. 51*d*). En cuanto a Pilos, se han propuesto varias teorías. Una de ellas presenta el conjunto del palacio como un lugar sagrado en el cual tenían lugar juergas y banquetes rituales.[38] Esta teoría se basa únicamente en la idea, sin fundamento, de que las copas de pie alto (*kylikes*) (cílicas) halladas en gran cantidad en el edificio tienen un significado religioso. Pero se considera más generalmente que en el palacio funcionaban dos lugares de culto: la gran habitación de la unidad principal, por su decoración y sus arreglos interiores (hogar, canalillos cerca del lugar supuesto del trono) (*supra*, p. 367), y por su mobiliario (mesa de «ofrendas»); y los espacios 92-93, a causa del bloque de caliza con revoque y pintura colocado en el patio 92. La comparación de estos elementos con la documentación disponible actualmente en Tirinto, Micenas y Filakopi autoriza a dudar seriamente de esta interpretación. Un hogar, por monumental que sea, un banco o una plataforma no significan nada por sí mismos: solamente los materiales asociados a ellos pueden conferirles un carácter especial.

A veces, un lugar de culto se encuentra incluido en una habitación o en un edificio corriente. Este parece ser el caso de la casa G de Asini: la habitación XXXII de este edificio, datado en el HR III C, contiene un banco adosado a la pared oriental, banco al que se asocian una media docena de vasos completos, varias figuritas y una cabeza de estatuilla provista de perilla. Como no hay razón alguna para extender el carácter de esta instalación al conjunto de la habitación, ni tampoco *a fortiori* al conjunto del edificio, es probable que se trate de una casa particular provista de una instalación para el culto. Existen igualmente otros lugares en los cuales la presencia de depósitos votivos puede dar lugar a una interpretación religiosa: grutas [179 (II), pp. 3-25 y 396; 888, pp. 49-52] y quizá un santuario de cumbre en el monte Kinortion, cerca de Epidauro (*supra*, p. 265).

38. SÄFLUND, G.: *OpAth*, 13 (1980), pp. 237-246.

En todos estos casos, la identidad de las divinidades honradas resulta imposible de establecer. El significado de las estatuillas y de las figuritas sigue siendo ambiguo; solamente las citas religiosas encontradas en las tablillas podrían superar esta ambigüedad.

Las citaciones epigráficas

Sin embargo, aún a costa de mermar algo la esperanza que nació al descifrar el lineal B, los documentos de que disponemos siguen siendo muy difíciles de interpretar, sobre todo cuando se trata de descubrir las huellas de las creencias y de los ritos tras el vocabulario de los contables micénicos. Aquí, como en los restos arqueológicos, el círculo vicioso y la superinterpretación constituyen graves escollos.

Se pueden reconocer en las tablillas el nombre de determinadas divinidades de la época histórica: Zeus, Hera, Poseidón, Artemisa, Atenea, Hermes, Ares, Eileithya, Erinys, Enyalos, Dionisos y Potnia (la señora de la casa). De ello se han sacado argumentos para establecer, si no una perfecta continuidad, por lo menos un cierto parentesco entre la religión micénica y la religión griega. El razonamiento parece sin fallos. Sin embargo, basta remontarse a la fuente de información para comprender que se imponen los matices.

En primer lugar, parece difícil demostrar que todos estos nombres son realmente nombres de dioses. Varios de estos nombres se citan en contextos difíciles de interpretar. Así, en PY Un 219 se envían productos designados por abreviaturas a *a-ti-mi-te* (1.5) = Artemisa, *po-ti-ni-ja* (1.7) = Potnia, *e-ma-a* (1.8) = Hermes. Si estos tres destinatarios son considerados como divinidades, ¿cómo se explica que estén en el mismo nivel que varios destinatarios más que no pueden ser de la misma naturaleza: *ka-ru-ke* (1.3) = heraldo, *a-ke-ti-ri-ja-i* (1.4) = obreras textiles, *di-pte-ra-po-ro* (1.6) = el que transporta piel y el *ra-wa-ke-ta* (1.10)?[39]

Por otra parte, hay que observar la ausencia en las tablillas de nombres tan importantes como Afrodita, Apolo, Hefestos y Deméter. Sin llegar a aventuradas conclusiones que estarían a la merced de nuevos hallazgos, esta ausencia parece sorprendente, si nos situamos en el marco de una continuidad religiosa perfecta con la época histórica.

A pesar de que se atribuyan rebaños o grupos de obreros a los dioses y diosas, especialmente a Potnia, la existencia de un sector económico «religioso» no parece seguro. De hecho, los rebaños de Cnosos o los herreros de Pilos que se supone que pertenecen a Potnia se tratan de la misma ma-

39. [CHADWICK, J., *in* 770, pp. 197-198]. La «homogeneidad religiosa» de ese documento es defendida por CARLIER, P. [*in* 78, pp. 260-261].

nera que los demás. Además, no se conocen, al contrario de lo que ocurre en el Próximo Oriente, archivos de santuarios aislados.

Cuando se menciona en las tablillas a un sacerdote, *i-je-re-u*, o una sacerdotisa, *i-je-re-ja*, se omite precisar de qué religión dependen, excepto en el caso de la «diosa de los vientos», *a-ne-mo-i-je-re-ja*, de Cnosos (Fp 1 y 13). Por lo demás, es uno de los pocos casos en el que se deja traslucir una actividad religiosa claramente definida, puesto que el aceite se encuentra regularmente atribuido a esta sacerdotisa, así como a varios «santuarios» distintos.

De manera general, sin embargo, las menciones «religiosas» representan una fuente de información imprecisa, en la medida en que las palabras o grupos de palabras micénicas que pueden ser interpretadas en griego como nombres de divinidad, de personal o de ceremonia religiosa, pueden también ser interpretados de forma contraria. De hecho, los nombres de determinados personajes se relacionan con frecuencia con una actividad religiosa por encadenamiento de hipótesis. Así, el bronce censado en la tablilla de Pilos Jn 829 se llama *ka-ko-na-wi-jo*. Según se traduzca por «bronce (para la construcción) de los barcos», «bronce doméstico» o «bronce de los santuarios» [*in* 768, Leukart, A., pp. 183-187, y Hiller, St., pp. 189-195], se atribuirá a las personas mencionadas en esta tablilla una función religiosa o civil (*supra*, p. 385).

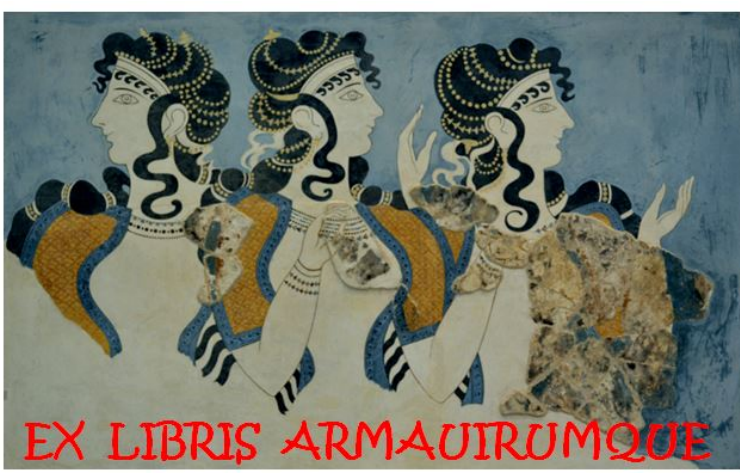
Por fin, es importante llamar la atención sobre el contraste asombroso entre el número de «santuarios» descubierto en los textos, especialmente en Pilos, y la realidad arqueológica. Pero este contraste no es seguramente más que aparente, porque las palabras que designan los «santuarios» no nombran quizá lugares de culto bien definidos, provistos de construcciones, sino entidades más vagas, a las que estarían ligadas esclavos, artesanos y «encargados del culto». Y lo que se califica de «ofrendas», como las descritas en la tablilla PY Tn 316 (trece vasos de oro y diez individuos «ofrecidos» a una docena de divinidades [745, pp. 284-289 y 458-464, y Carlier, P., *in* 78, pp. 265-267]), podría sencillamente inscribirse en el marco general de un sistema de redistribución y de administración en el cual el palacio tenga un papel central.

El sincretismo de los ritos

La importación o imitación de numerosas producciones minoicas que caracterizan la fase de transición entre el HM y la época micénica propiamente dicha; y la gran influencia de la estética minoica sobre la iconografía micénica llevan a la identificación de las concepciones religiosas minoicas y micénicas. Pero la falta de «piscinas lustrales», de *snake-tubes*, de figuritas de bronce, de cálices de piedra; la rareza de los santuarios de cumbre, de

«los cuernos de consagración», de las dobles hachas, son también importantes. La importación de objetos minoicos, cuyo carácter cultual no siempre está demostrado, no significa en absoluto que las concepciones religiosas de los minoicos se hayan introducido en el continente. Igualmente, la influencia minoica predominante en la elección de los temas representados en los frescos, en los sellos y en el estilo de estas representaciones, no implica que los micenios vieran en ellas lo que veían los minoicos. En numerosos casos se tiene la impresión de que los artesanos continentales fueron, sobre todo, sensibles a los aspectos exteriores de la cultura y religión minoicas. Por el contrario, es seguro, gracias a los archivos de Cnosos, que el continente micénico ejerció su influencia en el ámbito religioso de Creta.

En resumen, las grandes dificultades que experimentamos para aclarar los fenómenos religiosos de la época micénica se deben quizá a que la separación entre un ámbito religioso y un campo profano no tienen ni la claridad ni la realidad que tratan de descubrir mentalidades marcadas a la vez por la religión griega del primer milenio y por una concepción cristiana del mundo. La interpretación de los restos arqueológicos sigue siendo especulativa, mientras que los documentos epigráficos no permiten en absoluto definir un campo sagrado autónomo.


EX LIBRIS ARMAUIRUMQUE

CAPÍTULO IV

La Creta micénica

La expresión de *Creta micénica* que se aplica a las últimas fases de la historia cretense a partir del MR II inclusive, es exacta pero ambigua. Indica que a partir de ahora Creta forma parte del mundo micénico. Esto no quiere decir que haya perdido su propia originalidad; desde muchos puntos de vista se trata aún de una civilización minoica; desde el punto de vista político, no implica que durante todo el período considerado Creta haya estado bajo la tutela de Micenas: la naturaleza del poder micénico en Creta, su extensión geográfica y cronológica, son aún objeto de discusiones y treinta años de investigaciones sobre la fecha de las tablillas escritas en lineal B en Cnosos, piezas capitales para la historia de este período, no han permitido todavía a los arqueólogos y lingüistas llegar a un acuerdo sobre este punto. Sin embargo, si nos basamos en los datos arqueológicos, son los documentos inscritos los que marcan más claramente una ruptura con la época precedente: ningún documento de archivo en lineal A se ha descubierto para este período que, en cambio, ha producido las tablillas en lineal B y las jarras con inscripciones pintadas de Armeni, Cnosos y La Canea.

La polémica sobre la fecha de las tablillas descubiertas por Evans, es decir, sobre la fecha de la destrucción final del palacio de Cnosos, tuvo la ventaja de estimular las investigaciones sobre una época considerada, durante largo tiempo, como una fase de decadencia de la civilización minoica, dejada de lado por esta razón, y que sigue insuficientemente conocida por falta de excavaciones y de publicaciones. Estas investigaciones han mostrado la complejidad de los problemas de un período que se ve atravesado por

cambios de civilización más profundos y rápidos que los de los siglos precedentes.

A. *LOS PROBLEMAS CRONOLÓGICOS*

La cronología relativa

La cronología relativa de los dos últimos períodos de MR (MR II y III) plantea pocos problemas, ya que la sucesión de fases cerámicas está bien establecida. El MR II se caracteriza principalmente por la creación en Cnosos del estilo del Palacio (*infra*, p. 427) y la aparición en Creta de los vasos efíreos, cuya utilización se limita a este período ([908]; *supra*, p. 328). A pesar de que solamente un número restringido de asentamientos haya dado cerámica MR II, conocida antes solamente en Cnosos, parece muy claro que ésta no puede ser definida como un simple estilo, sino que corresponde a un período cronológico. Hoy se está de acuerdo en considerar que las divisiones del MR III (III A1, III A2, III B, III C) coinciden, sin diferencias importantes, con las fases del HR III; siendo el MR II contemporáneo del HR II B. Solamente las subdivisiones establecidas en la Grecia continental para el HR III B (III B1 y III B2) y el HR III C siguen, quizá a causa de una investigación insuficiente, siendo dudosas o aproximativas en Creta para el MR III B y C.

La cronología absoluta

La cronología absoluta de todo el período está, por consiguiente, ligada a la cronología micénica (*supra*, p. 328). En la misma Creta, un cartucho de Tutmosis III (1479-1425) en Katsambas y un escarabeo de Amenofis III (1390-1352) en Cnosos [901, pp. 30-32], descubiertos en los contextos del MR III A1, ayudan a definir este marco cronológico. Las fechas del principio del MR II y del MR III B y C están bastante bien fijadas, aunque, desde luego, sigan siendo aproximadas. Los principales puntos dudosos son el principio y el final del MR III A1: el principio sigue indeterminado; el final se sitúa en el reino de Amenofis III. La tabla siguiente indica la situación cronológica global establecida a partir de las diversas correlaciones:

MR II : 1450-1400
MR III A1 : 1400-1375
MR III A2 : 1375-1325

MR III B : 1325-1190
MR III C : 1190-1100/1050.

El paso progresivo del MR III al subminoico tiene lugar, sin que sea posible dar una fecha precisa, al principio del siglo XI. Conviene, sin embargo, señalar que se trata de una cronología baja, comparada con la que podrían sugerir las dataciones de C 14 (*supra*, p. 328), que tienden a remontar sensiblemente las fechas del principio del MR II y del MR III A y B [41].

Las principales dificultades cronológicas corresponden a dos problemas fundamentales de la historia de este período, que la discusión sobre las tablillas de Cnosos tuvo tendencia a asociar y confundir: la fecha del final del sistema palacial en Creta y la fecha del poder micénico sobre la isla. La solución de estos problemas está efectivamente relacionada con la datación e interpretación histórica de los documentos epigráficos de este período.

a) *La fecha de las tablillas de Cnosos.* Hoy en día hay acuerdo en admitir que una destrucción del palacio de Cnosos tuvo lugar en la primera mitad del siglo XIV, muy al principio del MR III A2, durante el reino de Amenofis III en Egipto, o sea, hacia el 1370. La cuestión, de gran importancia, puesto que manda sobre nuestra reconstrucción de la historia cretense de este período, es saber si las tablillas en lineal B, es decir, en griego micénico, descubiertas por Evans en Cnosos, que demuestran la presencia de un poder micénico en Cnosos y la existencia en Creta de un sistema palacial centralizado, proceden de manera segura de la capa correspondiente a esta destrucción, o de una destrucción más tardía, durante la parte central o final del siglo XIII.

Reinterpretaciones, correcciones, reconstituciones de la estratigrafía presentada por Evans, no han conseguido llegar a una solución admitida por todos y seguramente habrá que renunciar a encontrar una prueba estratigráfica decisiva a favor de una u otra hipótesis. Es el conjunto de los demás datos arqueológicos lo que nos lleva a adoptar para la destrucción final del palacio de Cnosos la fecha de 1370.

El hallazgo de tablillas en lineal B en la Grecia continental, sobre todo en Pilos, cuya fecha (hacia el final del siglo XIII) es segura (*supra*, p. 298), provocó rápidamente la hipótesis de una contemporaneidad entre los archivos de Cnosos y los de Pilos, propuesta por el arqueólogo americano C. Blegen y el filólogo inglés L. Palmer, poco después de haber sido descifrado el lineal B en 1952. El parecido del contenido de algunas tablillas en los dos conjuntos, y el hecho de que las demás inscripciones en lineal B de Creta (*infra*, p. 438) parecen ser también del siglo XIII contribuyeron a reforzar dicha hipótesis.

El reexamen de los cuadernos de excavación de Evans, que dejaban entrever algunas insuficiencias o errores en el registro de los datos, y el minucioso estudio del

material susceptible de ser asociado a las tablillas, provocaron una abundante literatura a la medida del problema histórico en juego. Algunos arqueólogos se convencieron de que las dudas planteadas por Blegen y Palmer estaban bien basadas; sin embargo, la mayoría, y especialmente los excavadores de Cnosos, siguen fieles a la datación de Evans, precisada hoy gracias a los progresos en el estudio de la cerámica.

b) *Las jarras de asa vertical con inscripciones pintadas.* La fabricación en Creta, especialmente en La Canea (Kydonia) y en Cnosos, y la exportación hacia asentamientos continentales, como Micenas, Tebas, Tirinto, de grandes jarras con asa vertical que seguramente contenían aceite de oliva y algunas de ellas con inscripciones pintadas en lineal B, parece tener lugar durante todo el MR III B, posteriormente, en cualquier caso, a la destrucción del palacio de Cnosos hacia el 1370. La importancia de esta datación reside en los problemas históricos que de ella se deducen, puesto que las inscripciones implican la existencia en Creta de dos centros, por lo menos, que utilizaban aún en el siglo XIII el lineal B, y plantean la cuestión de la organización política de Creta en aquella época.

c) *La lista «egea» de Kom el-Hetan de Tebas de Egipto.* La lista «egea» del monumento funerario de Amenofis III en Kom el-Hetan, que contiene una serie de topónimos egeos, entre ellos Citera, Micenas, Nauplia (*supra*, p. 390) y en particular cretenses (Amnisos, Cnosos, Kydonia), ¿está, efectivamente, fechada en el reino de Amenofis III o es posterior a él? El hallazgo de objetos marcados a nombre de Amenofis III en los contextos del MR/HR III A1 hace más verosímil que sea contemporánea del reino de este faraón y refleja el conocimiento directo, por parte de los egipcios, del mundo egeo anterior a la destrucción de Cnosos hacia 1370. En la medida en la que estos objetos proceden en su mayoría de Micenas, la lista ha podido ser considerada como un índice posible del poder micénico sobre Creta en esta época [Stella, L., *in* 328, pp. 600-605; 901, pp. 21-23].

El problema de la llegada a Creta de los micenios, con una administración que utilizaba el lineal B —desde 1450 o solamente después de 1370— se encuentra así unida de manera compleja al del final del sistema palacial en Creta —desde 1370 o solamente hacia el final del siglo XIII—, sin que los documentos epigráficos puedan proporcionar por sí solos una respuesta decisiva.

B. *EL ÚLTIMO PALACIO DE CNOSOS*

Las destrucciones de 1450 parecen haberse seguido rápidamente por una fase de reocupación en los asentamientos de importancia, especialmente en Festos, Malia y Zakros. Sin embargo, solamente un palacio continúa funcionando. Esto explica el calificativo de *monopalacial* que se aplica al período del MR II y principio del MR III [912, p. 233]. Luego, hacia el final del MR II, período corto que no llega seguramente a unos cincuenta años, se observan en Cnosos nuevas destrucciones, con incendios (palacio, *Unexplored Mansion*, zona del Museo Estratigráfico) así como en Malia (casa Épsilon): podrían indicar un primer intento abortado contra el poder de Cnosos [356, p. 264]. Sólo al principio del MR III A2, una grave destrucción afectará al palacio de Cnosos y significará una ruptura en la historia minoica.

La documentación arqueológica relativa a este período procede principalmente de la región de Cnosos y está limitada en casi todos los demás asentamientos a los hallazgos de cerámica. Esto parece corresponder a una preeminencia real de Cnosos, y los cambios, sobre todo en las costumbres funerarias, son suficientemente característicos para que se haya podido ver en ellos, siguiendo a Evans, el signo de la instalación en Creta de un nuevo poder.

1. Los cambios del MR II-III A1

Los enterramientos

En la segunda mitad del siglo XIV aparecen en Creta dos tipos de tumbas y de costumbres funerarias nuevas: ya en el MR II se construye en el lugar llamado Kefala, cerca de Cnosos, una tumba de tolos de tipo micénico [65, pp. 263-265]; otra, en Arcanes, es anterior a la destrucción de Cnosos, hacia 1370 [905, p. 255]. A partir del MR II se construyen en Creta tumbas de fosa o de pozo, tumbas de cámara con un *dromos* de paredes inclinadas, diferentes de las tumbas de cámara múltiples del MM III-MR I. La utilización de sarcófagos de madera se extiende por las diversas necrópolis. La aparición, desde el principio del período, de «tumbas de guerreros» es el elemento más espectacular de este cambio en las costumbres funerarias.

Las «tumbas de guerreros», conocidas principalmente alrededor de Cnosos, pero también en el MR III A en Arcanes, Festos y La Canea [905, p. 254], no se definen por su tipo —puede tratarse de tumbas de fosa, o de cámara— sino por la presencia de un rico material metálico: armas (espadas, puñales, lanzas) que les han dado el nombre, pero también vasos de bronce o de metales preciosos, navajas, espejos, joyas. Estas tumbas de-

saparecen, lo mismo que los sarcófagos de madera, en el período siguiente. Se trata, pues, de un fenómeno limitado unido a condiciones sociales especiales: más que de tumbas de guerreros propiamente dichas, parece que se trata de enterramientos de personajes de diverso rango dependientes del palacio.

Las artes palaciales y la cultura material

El material recogido en estas tumbas ilustra las producciones más características de la época, que se distinguen claramente de los objetos del período precedente y ponen de relieve el papel de los talleres palaciales de Cnosos.

En cerámica, el «estilo de Palacio» es una creación de Cnosos que se difunde por toda Creta, de Paleocastro a Festos y La Canea. Las grandes jarras de tres asas, características de este estilo, añaden a los motivos del MR I, en composiciones más formalistas y monumentales, elementos decorativos tomados de las demás artes, frescos o artes del relieve (figs. 61*a-b*). Aparecen otras formas: cuencos de asas horizontales, cráteras, alabastros planos. Un cubilete (*kylix*) (cílica), imitado del cubilete «efireo» continental (*supra*, p. 328), se introduce al principio del período y su utilización no alcanza más que hasta el final del MR II (*supra*, p. 423). También a imitación del continente se depositan entonces en las tumbas vasos de barro cocido recubiertos de estaño (*supra*, p. 380). La cerámica del MR III A1, de mejor calidad técnica, contemplará la aparición de la taza con reborde, caracterizada por una mayor tendencia a estilizar (figs. 61*i-k*).

Las artes del metal son especialmente importantes. Observaremos la fabricación de armas y, sobre todo, de espadas de nuevos tipos (espadas «de cuernos»: tipos C1 y G; cruciformes: tipos D1, figs. 57*a-b*. *supra*, p. 406), que en determinados casos pueden ser armas de lujo, con el pomo trabajado y una decoración de espirales, y cuyo contexto pertenece solamente a este período. La concentración de estas espadas alrededor de Cnosos nos lleva a creer que su origen es un taller del mismo Cnosos, situado quizá en la *Unexplored Mansion* [Mac Donald, C., *in* 600, pp. 293-295].

Cnosos sigue teniendo un gran papel en las artes del relieve, que se inscriben en la línea de las tradiciones minoicas. En el interior del palacio se ha reconocido un taller de vasos de piedra, al cual caracteriza el material utilizado (yeso cristalizado) y la decoración de espirales de tipo micénico [76, p. 157]. No se ha localizado ningún taller de trabajo del marfil, pero una serie de ejemplares hallados en los contextos del MR III A en Cnosos, Arcanes y Filaki y muy próximos a los marfiles micénicos continentales,

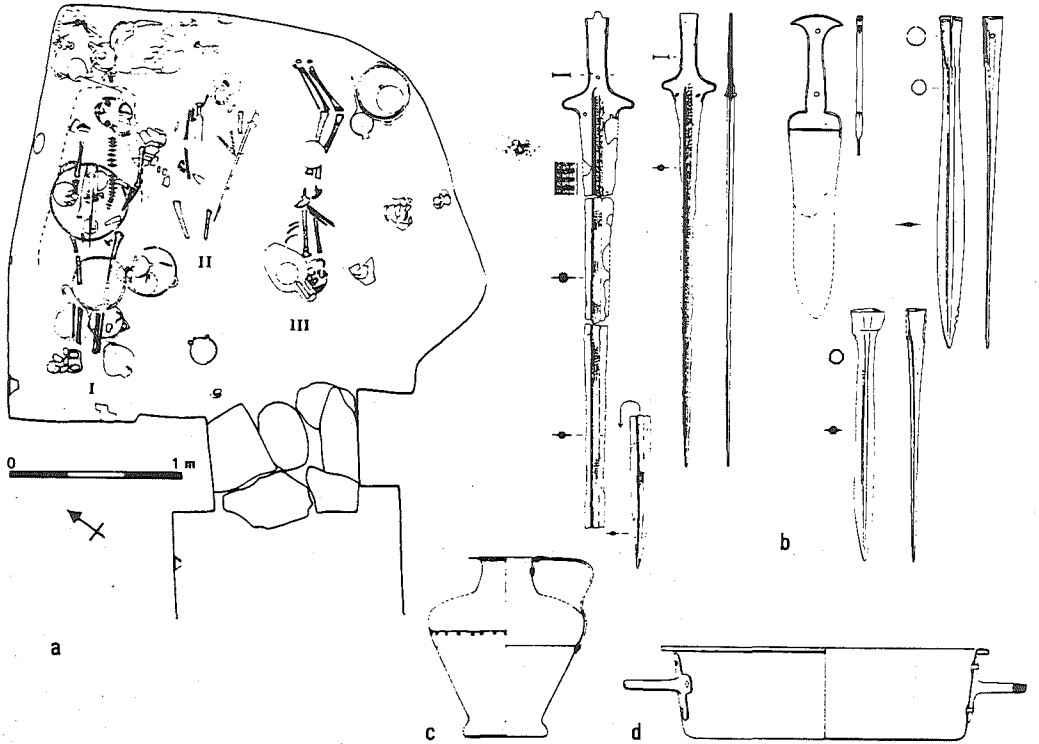


Fig. 60. *«Tumba de guerreros» de Cnosos (Sellopulo, tumba 4).*
a: plano; *b*: las armas; *c*: vasos de bronce.

Fig. 61. Cerámica del MR II-III A1.
a-h: vasos del MR II; *i-k*: vasos del MR III A1.

probablemente son de este período.[1] Lo mismo puede decirse de la glíptica, en la cual se suceden varios grupos estilísticos en el MR II y en el MR III A1 ([618; 910]; figs. 33*o-r*, *supra*, p. 221). Está bien demostrada la joyería y la orfebrería: continúan fabricándose anillos sello de oro en los talleres de Cnosos; se encuentran collares de oro o de perlas de pasta de vidrio entre el material habitual de las «tumbas de guerrero»; colgantes globulares adornados con granulados parecen también creaciones cretenses [905, p. 216].

Los frescos siguen teniendo un lugar importante en la actividad artística. En el palacio de Cnosos se realiza un nuevo programa artístico después de la destrucción del MR II: seguramente forman parte de él el gran fresco de la Procesión, así como los frescos de las Habitaciones domésticas [621]. El sarcófago de caliza pintado de Aguia Triada pertenece a este mismo período [367].

2. ¿Micenios o minoicos?

Los cambios observadores ya habían sido interpretados por Evans como prueba de la instalación en Cnosos, después de 1450, de una nueva «dinastía», de la cual señalaba su carácter militar. Al descifrar el lineal B se observó que esta nueva dinastía no podía ser más que micénica. Sin embargo, los partidarios de una datación baja para las tablillas de Cnosos discuten la existencia de un poder micénico en Cnosos antes de 1370 e insisten, por el contrario, en lo que marca la continuidad de la civilización minoica hasta esta fecha [909].

En el ámbito de la religión, donde las informaciones siguen siendo muy limitadas, la persistencia de una tradición minoica parece más segura. El santuario de cumbre del monte Iuktas continúa frecuentándose, lo mismo que el santuario de Kato Simi o la gruta de Psicro. Las formas anteriores del culto persisten en Cnosos. Las «pistas de baile» circulares descubiertas cerca del Museo Estratigráfico, destinadas con seguridad a ceremonias religiosas, se construyeron a finales del MR II.[2] La iconografía del sarcófago pintado de Aguia Triada fechado en el MR III A1, podría asociar elementos cretenses y micénicos [367, p. 74].

Un cierto número de argumentos primitivos presentados a favor de la presencia micénica en Cnosos entre 1450 y 1370 deben dejarse de lado actualmente [909, pp. 195-216]: la sala del Trono del palacio no es una creación micénica tardía, sino que prolonga formas anteriores [602]; las influencias continentales muy claras en la cerámica u otras artes pueden no indicar

1. [870, p. 166] Marfiles de Filaki (región de La Canea): Catling, H., *ArchRep*, 28 (1981-1982), p. 58.

2. Warren, P., *BSA*, 79 (1984), pp. 307-323.

una presencia micénica, sino solamente contactos más importantes o simplemente el desarollo de una *koiné*. Pero hace falta explicar por qué estas influencias se manifiestan tan fuerte y repentinamente después de 1450 y aún más hacia 1400.

Todos los nuevos aspectos de la cultura material indican, en realidad, mayores semejanzas con la cultura micénica continental. Los cambios en las costumbres funerarias constituyen, sin duda alguna, uno de los argumentos más poderosos a favor de la idea de un poder micénico en Cnosos, incluso a pesar de que la escasez de tumbas conocidas en Creta en el período precedente no ayuda a apreciar la importancia real de la transformación. Hay que añadir también después del 1450 la falta de documentos en lineal A (*supra*, p. 165).

3. La organización de Cnosos

La administración

La organización territorial del poder de Cnosos se inspira sin duda alguna en la organización minoica del MR I pero con notables modificaciones. El sistema administrativo de «grandes residencias» y de «villas» aisladas, característico de la época de los segundos palacios parece desaparecer con las destrucciones de 1450. Sin embargo, la continuidad de la ocupación en Malia (casa Épsilon), Kommos, Aguia Triada y La Canea parece indicar la permanencia de posiciones de Cnosos sobre algunos de los asentamientos importantes de la isla. La extensión del control ejercido por Cnosos no puede ser determinado por ahora: a pesar de que el mapa de los asentamientos habitados en el MR II (mapa VIII) no comprenda más que algunos puntos, es importante observar que no se ha descubierto en el este de Creta, ni en Gurnia, Zakros o Paleocastro ninguna huella de hábitat MR II [Bennet, J., *in* 773, pp. 77-88]. Solamente en el MR III A1 aumenta el número de asentamientos habitados y las ciudades de Creta oriental vuelven a tener importancia; entonces la cerámica micénica se difunde por toda Creta. Esta difusión de las producciones y estilos de Cnosos no implica, sin embargo, un control directo o indirecto de Cnosos sobre toda la isla. Más significativos seguramente a este respecto son los jalones que constituyen las «tumbas de guerrero» (Festos, La Canea) o las ofrendas de los santuarios (cueva de Psicro, santuario de Kato Simi).

La «aristocracia militar» que debió surgir en Cnosos, si tenemos en cuenta el rico material de las «tumbas de guerreros», parece ser el elemento más característico de la nueva clase dirigente. Esta idea, sin embargo, debe precisarse. El material de las tumbas, muy variables en cuanto a cantidad y calidad de un enterramiento a otro, indica más bien la aparición de nuevos

símbolos de nivel social para personajes que pertenecen seguramente a diferentes clases de la sociedad y cuyas funciones no parecen exclusivamente militares pero que debían de ocupar en una organización palacial militar un rango de tipo nuevo en Creta [911]. Las relaciones entre esta «aristocracia» con mando y el resto de la población son desconocidas, así como el grado de «micenización» de Creta.

Las informaciones proporcionadas por las tablillas de lineal B sobre todos estos puntos son evidentemente más precisas que los testimonios arqueológicos. El estudio sistemático del centenar de topónimos cretenses mencionados en los textos de Cnosos ha permitido llegar a la conclusión del control de Cnosos sobre una parte importante de Creta que se extiende por el oeste hasta La Canea, abarca en el oeste Lasizi y Malia pero no comprende Creta oriental. Algunos centros secundarios (Kydonia, Festos, Amnisos especialmente) poseen también un sistema de administración y de control [912]. Esta organización cnosense parece estar ligada sobre todo a una explotación económica de la isla, en la cual el ganado lanar, la producción de lana y la de textiles son muy importantes (*supra*, p. 398).

La presencia de numerosos nombres griegos en las tablillas aporta una importante indicación sobre la «micenización» de Creta y la mezcla de los diversos elementos de la población. Una de las hipótesis sobre la creación del lineal B (*supra*, p. 302) supone además la presencia de micenios en la región de Cnosos desde el principio del MR I.

Las relaciones exteriores

En el ámbito de los contactos exteriores parece que los cambios ocurridos hacia 1450 en Creta afectaron a unas relaciones que no se restablecerán, de manera esporádica y limitada al parecer, hasta después de 1400. Ningún vaso ni trozo de cerámica del MR II ha sido encontrado por ahora en Egipto ni en el Mediterráneo oriental. No se sabe si se puede deducir de esta falta de documentación una interrupción de las relaciones con Egipto, a pesar de que, efectivamente, las citas o representaciones de Keftiú desaparezcan después de Tutmés III para reanudarse solamente con Amenofis III (*supra*, p. 233). Hasta el MR III A1 no llegarán de nuevo algunos vasos minoicos a las islas del Dodecaneso, a Chipre[3] y a la costa levantina. El puerto de Kommos recibe en aquel momento vasos chipriotas y jarras cananeas, así como cerámica egipcia.

Durante este período Creta no carece de metal ni de materias semipreciosas como el marfil. Se han encontrado en Cnosos perlas de ámbar [724, p. 167]. Las relaciones con la Grecia continental demostradas por impor-

3. Los fragmentos citados por PORTUGALI, Y., y KNAPP, A., *in* [86, pp. 72-73 (n.os 30-43)] y atribuidos al MR II parecen pertenecer de hecho al MR III A1: véase *TUAS*, 5 (1980), pp. 22-24.

taciones de cerámica pueden indicar la fuente de aprovisionamiento. ¿Es necesario llegar a suponer que el poderío micénico de Cnosos estaba así mismo colocado bajo el control de un reino de Argólida [911, p. 68]? Seguramente sería forzar los datos de que disponemos en la actualidad.

4. El final del sistema palacial en Creta

La falta de «tumbas de guerreros» en la región de Cnosos en el MR III A2 corresponde seguramente a un nuevo cambio de las estructuras administrativas y sociales a finales del sistema palacial en Creta. Las transformaciones en la producción artística parecen la prueba de ello: en el mismo Cnosos, la fabricación de vasos de piedra, de marfiles esculpidos, de sellos grabados sobre piedras duras cesa definitivamente después de 1370. La decadencia del trabajo del bronce, la simplificación del decorado de la cerámica del MR III A2 tienden a confirmar la desaparición de los talleres palaciales.

La destrucción del palacio de Cnosos es un caso aislado en Creta. Sus causas son dudosas. Ha podido ser interpretada como una acción dirigida contra la dominación cnosense, procedente con más probabilidad de centros cretenses secundarios que de un reino micénico de Grecia. Esta hipótesis no supone, sin embargo, que se trate de una revuelta minoica contra el poder micénico [334, p. 319].

C. *CRETA EN LA ÉPOCA DE LOS PALACIOS MICÉNICOS CONTINENTALES*

Así pues, el sistema palacial cretense desaparece en el momento en que observamos el desarrollo de los palacios micénicos de la Grecia continental (*supra*, p. 332). Sin embargo, no hay que pensar que esta desaparición hubiera provocado inmediatamente una decadencia de la civilización minoica, como se ha dicho siguiendo a Evans. Las investigaciones recientes muestran que el período del MR III A2 y B —hasta la destrucción de los palacios micénicos— había sido en toda Creta una fase de desarrollo demográfico y de relativa prosperidad. El problema principal planteado es el de la nueva organización política de la isla.

1. La «reocupación» en el MR III A y B

Poblamiento y hábitat

La *reocupación* (la palabra ha tomado un valor específico para designar el período que sigue a la destrucción de Cnosos), limitada y con frecuencia mal conocida, de los principales asentamientos en el MR III A condujo a la idea, desarrollada por Evans respecto a Cnosos, de una simple instalación de *squatters*. La presencia frecuente de santuarios entre las construcciones idenfiticadas ha suscitado incluso la hipótesis de un «culto de las ruinas» como explicación a esta reocupación [334, p. 324].

La documentación arqueológica ofrece grandes lagunas y en el mismo Cnosos es difícil tener una idea clara de lo que ocurrió con el antiguo palacio, parcialmente reconstruido hasta su abandono a finales del MR III B. En realidad, todos los asentamientos principales ocupados antes de 1450 se ocupan de nuevo en el MR III A2 y B, algunos a una escala más reducida, como Aguia Triada o La Canea. Al mismo tiempo, se crea un número apreciable de asentamientos nuevos; por ejemplo, los pueblos de Kefala Chondru, en el borde suroeste del Lasiti, o el de Plati en el Lasizi mismo, cuya explotación agrícola se reemprende después de un período de casi deserción desde 1450. El mapa del poblamiento da la impresión de una progresión continua de la ocupación del territorio y sin duda de una expansión demográfica, especialmente en el MR III B en la Creta occidental, en las regiones de La Canea y Rezimnon.

En la organización de los hábitat de este período, que han sido poco excavados extensivamente, pueden observarse dos puntos principales. Los tipos de casas neopalaciales ya no existen, incluso en su forma más sencilla, y esto no puede explicarse del todo por la desaparición de la arquitectura palacial. Han podido ser aislados nuevos rasgos del hábitat en el MR III: casas compuestas sencillamente de dos a tres habitaciones dispuestas axialmente, frecuentes patios interiores, planos irregulares. Por otro lado, en varios asentamientos aparecen desde el final del MR III A edificios relativamente importantes que asocian rasgos de tradición minoica y de tradición micénica: se trata en Aguia Triada del vasto complejo con el nuevo *megaron* de tipo micénico; en La Canea, de una sala con un gran hogar que ha sido comparado por sus mismas dimensiones con el hogar del palacio de Pilos; en Gurnia o Plati, de grandes edificios que se interpretan como viviendas de los jefes locales [914]. En todos estos casos existe una constante transformación de las construcciones tradicionales.

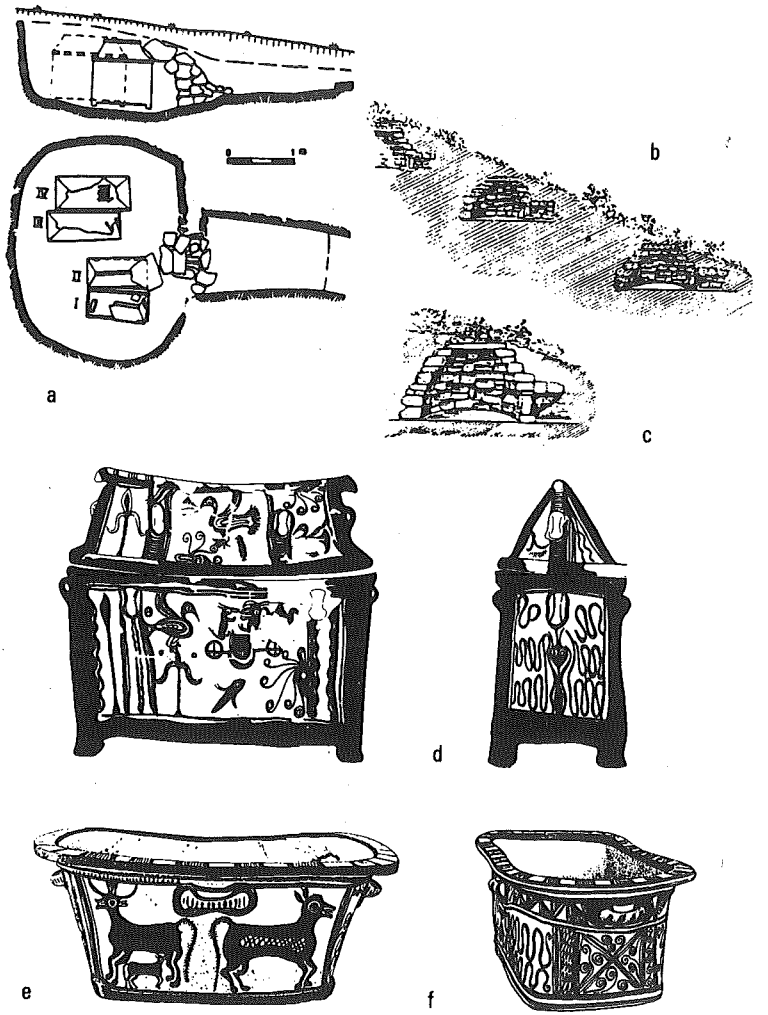


Fig. 62. Tumbas y sarcófagos del MR III.
a: tumba de cámara de Cnosos (Gypsades); *b-c*: tumbas de tolos de Erganos; *d*: sarcófago en forma de cofre; *e-f*: sarcófago en forma de bañera.

Las necrópolis

Las necrópolis son a menudo mejor conocidas que los hábitats, como en la época precedente. Así, en el asentamiento de Armeni, cerca de Rezimnon, se identificó primeramente una vasta necrópolis de tumbas de cámara conteniendo sarcófagos pintados. Este tipo de enterramiento familiar se convierte en regla durante todo el período: la cámara, de forma rectangular, precedida de un *dromos* de largo variable, con frecuencia con escalones, contiene varios sarcófagos de barro cocido, de forma oval (sarcófagos de bañera) o cuadrangular (sarcófagos de forma de cofre) (figs. 62*d-f*). Las ofrendas están constituidas esencialmente por vasos de barro cocido; algunas tumbas, sin embargo (en Gurnes y en La Canea), ofrecen un material más rico, armas, vasos de bronce, sellos y joyas heredados con frecuencia de la época precedente. Las tumbas de tolos, menos frecuentes, a veces agrupadas como en Erganos (figs. 62*b-c*) o en Apudulu, se caracterizan por su pequeñez (de 2 a 3 m de diámetro) y su entrada es de altura reducida (65, p. 423). Algunas necrópolis con jarras muestran aún la prolongación de una tradición del minoico medio.

Los santuarios

En todo este período se manifiesta, si no una verdadera acentuación de la vida religiosa, por lo menos una cierta renovación de las formas de culto, que se caracterizan por el tipo de la «diosa con los brazos levantados» que se generaliza entonces en los santuarios (viñeta del capítulo). El santuario de las Dobles Hachas en el palacio de Cnosos puede tomarse como ejemplo de estos pequeños santuarios, formados por una sola habitación, con una banqueta con figuritas en uno de sus lados, de la «diosa con los brazos levantados» que se multiplican en Creta en aquel momento (Gazi, Kommos, Mitropolis por ejemplo) y son testimonio de un desarrollo de las formas locales de la religión. Estas figuritas, a veces de tamaño bastante importante (hasta 0,85 m) son parte de los elementos nuevos que al lado de los símbolos tradicionales de la religión minoica caracterizan el culto pospalacial en Creta: en numerosos santuarios de esta época se han encontrado soportes con asas en forma de serpiente (*snake-tubes*) así como quemadores de perfume con una tapa cónica y alta que se encuentran también con frecuencia en las tumbas.

Las producciones artesanales

En el arte, que después de la desaparición de Cnosos está principalmente representado por la cerámica, se manifiesta una tendencia doble: el

desarrollo de variantes locales, al mismo tiempo que una integración creciente de las producciones minoicas en la *koiné* micénica. A partir del final del MR III A aparecen efectivamente en las diferentes provincias cretenses estilos locales sobre los cuales la influencia cnosiense es aún claramente visible al principio. Estos talleres (La Canea, Cnosos, Episkopi, Paleocastro especialmente) mantienen los progresos técnicos adquiridos al principio del MR III A pero limitan y simplifican el repertorio anterior y se distinguen por sus motivos característicos o por sus formas favoritas. Las mismas diferencias regionales son visibles en la pintura de los sarcófagos, la cual, a excepción de determinadas series polícromas como en Armeni, se inspira principalmente en el decorado de la cerámica. Estas variantes se integran, sin embargo, en un fondo común de formas y decorados y la amplitud de la difusión de los productos de determinados talleres por toda Creta o por el Dodecaneso contribuye a la unidad cultural, uno de los rasgos que marcan el período. A pesar de que persistan algunas particularidades minoicas (frecuencia del motivo del pulpo; jarras de asa vertical triple) la influencia micénica, especialmente sensible en los productos del taller de La Canea se observa durante todo el período, caracterizado sobre todo por el desarrollo de cubiletes de una sola asa bautizados con el nombre de «copas de champán».

Las novedades más notables de la cultura material se refieren a la armadura y a los adornos. Puntas de lanza más cortas, espadas sin nervadura central (tipo D2, fig. 57*c*, *supra*, p. 406) permiten golpear de estoque y de filo sin relación con la tradición anterior, que coexisten con supervivencias de estilos antiguos. Los «botones» cónicos de piedra blanda y los elementos de adorno de pasta de vidrio se multiplican imitando al continente (*supra*, p. 408).

2. Creta en el mundo micénico

A falta de documentos se pudo creer en un momento dado que los contactos de Creta con las civilizaciones vecinas, Egipto y Oriente, se habían interrumpido después de la destrucción del palacio de Cnosos hacia 1370: no se cita ya a Creta en los documentos egipcios después de Amenofis III y la cerámica del MR III B no aparece en absoluto en Egipto. Los pocos vasos recogidos en Chipre o en la costa siria no son suficientes para indicar una actividad comercial o contactos regulares.

Los hallazgos de Kommos y de La Canea en realidad tienden a demostrar que Creta continúa teniendo un papel activo en las relaciones con Egipto y Oriente. En Kommos, donde almacenes y cobertizos para guardar barcos marcan la importancia de la actividad marítima, las importaciones de vasos chipriotas, de ánforas cananeas y de cerámica egipcia son especial-

mente numerosos en el MR III A. Pueden indicar relaciones directas con Egipto, donde las excavaciones en el islote de Marsa Matruh[4] ofrecen trozos de cerámica del MR III A, así como fragmentos micénicos y chipriotas. Un texto de Mari que menciona viajes de barcos desde Ugarit a Creta y que podría ilustrar el hallazgo del pecio de Ulu Burun con su material chipriota y cananeo (*supra*, p. 339), indica, por otra parte, el lugar de Creta en la red de intercambios de la cuenca mediterránea. Las importaciones chipriotas o itálicas descubiertas en los contextos del MR III B en La Canea también deben situarse en este marco.

A partir de esta misma época la cerámica cretense ejerce una clara influencia sobre la cerámica de las islas del Dodecaneso, de Rodas y Karpazos. Pero el desarrollo de las relaciones con el mundo micénico se manifiesta en primer lugar en dirección a la Grecia continental. Gracias a los análisis de arcilla y con la ayuda de las inscripciones que llevan algunas de ellas, se encuentra sólidamente establecido el origen cretense de un gran número de jarras de asa vertical encontradas en Grecia [781]. Demuestran la existencia de un verdadero comercio organizado y controlado administrativamente entre La Canea y quizá en menor grado entre Cnosos y los palacios micénicos de Micenas, Tirinto o Tebas. Las bases económicas de este comercio siguen sin precisarse. Probablemente Creta exportaba aceite; ¿obtenía a cambio, mediante la intervención de los palacios micénicos, los metales, y especialmente el estaño que necesitaba? Es más difícil, más allá de las relaciones de tipo comercial, demostrar la existencia de los movimientos de grupos de población. Se ha planteado la cuestión de si los cretenses se habían instalado en la región de Tebas, donde se ha encontrado cerámica del MR III B y sarcófagos del tipo minoico cerca de Tanagra (*supra*, p. 379). Para Creta se ha expresado la idea de que los cambios observados en las formas arquitectónicas indicaban la existencia de comunidades mixtas [343, p. 18].

La utilización del lineal B en La Canea como en Cnosos y la «micenización» creciente de la cerámica indican en cualquier caso que Creta, en el MR III B se había convertido en una provincia del mundo micénico.

3. El florecimiento de Kydonia (La Canea) y la nueva organización política en Creta

El hallazgo en Cnosos y en La Canea (la antigua Kydonia) de jarras inscritas muestra la existencia de una administración que utilizaba el lineal B en Creta hasta el final del siglo XIII. Las inscripciones análogas a las de determinadas tablillas de Cnosos no pueden explicarse realmente más que

4. White, D., *AJA*, 90 (1986), pp. 205-206.

en el marco de un control en la etapa de producción: el adjetivo *wa-na-ka-te-ro* («real») figura en varias jarras procedentes de La Canea. Basándose en la hipótesis de una datación baja de las tablillas de Cnosos, ha podido plantearse la cuestión de si este adjetivo no podía referirse al rey de Cnosos que podía haber ejercido su poderío sobre Kydonia mediante «interventores» locales, como parece ser el caso de las tablillas. Esta hipótesis, que supone un poder central cnosense, no puede, sin embargo, explicar el florecimiento considerable de Kydonia, cuya importancia en aquella época ha quedado demostrada por las excavaciones. Los productos del taller local de cerámica han podido identificarse técnica y estilísticamente. Su difusión, que llega hasta Chipre, supera, en Creta misma, el marco regional y se extiende por toda la isla. El mapa de su distribución indica una preeminencia, comercial por lo menos, de Kydonia. Es especialmente significativo que en el asentamiento de Kommos, cerca de Festos, esta cerámica parece sustituir, a partir del MR III B, la de Cnosos. Por consiguiente, si no podemos imaginar en estas condiciones que Kydonia haya estado sometida al poder de Cnosos, tampoco se puede creer que hubiera sustituido a Cnosos en su papel de capital de Creta. El final del palacio de Cnosos hacia 1370 podía haber dejado lugar para la creación de reinos autónomos en el mismo Cnosos y en determinados centros que tenían ya, dentro del marco del poder de Cnosos del MR II-III A1 un papel administrativo secundario, reinos poco diferentes seguramente de los múltiples reinos micénicos contemporáneos.

D. *EL FINAL DEL BRONCE RECIENTE EN CRETA*

A diferencia de lo que ocurre en la Creta continental, la transición entre el MR III B y el MR III C al principio del siglo XII, parece realizarse en Creta sin graves disturbios ni destrucciones generalizadas. Sin embargo, hacia el final del MR III B la construcción de una ciudadela con murallas «ciclópeas» sobre la acrópolis de Kastrokefala cerca de Aguia Pelagia, al oeste de Heraklion [923, pp. 3-5], sugiere la existencia de un peligro y el abandono de los asentamientos antiguos puede expresar la repercusión de los acontecimientos del continente. Notables cambios en la cultura material inician una transformación de la civilización cretense.

1. Los movimientos de población

Desde el principio del MR III C se observa una reducción extremadamente clara del número de asentamientos que, incluso teniendo en cuenta la insuficiencia de los hallazgos, corresponde con seguridad a un despobla-

miento de Creta. Las regiones del oeste, alrededor de La Canea y de Rezimnon, pierden toda su importancia y solamente La Canea parece aún estar ocupada, aunque su ocupación no está claramente determinada. El asentamiento de Malia se abandona definitivamente a final del MR III B. En la Creta central la ocupación se mantiene: alrededor de Cnosos, en Katsambas, Amnisos, Arcanes, Tilisos; en la Mesara, con Festos y el nuevo asentamiento de Gortine.

Al mismo tiempo, el desplazamiento y la modificación de la ocupación de determinados asentamientos parece corresponder a la llegada de nuevos grupos de población. En Paleocastro, se abandona el asentamiento antiguo y se instala una nueva aldea en las cercanías, sobre la cima defensiva de Kastri. En Cnosos la ocupación prosigue pero la zona del palacio se abandona, así como la necrópolis de Zafer Papura. En estos nuevos hábitat, los cambios de forma y del decorado de la cerámica no parecen solamente el resultado de una evolución local. Se puede observar, sin más, la presencia en la población de nuevos elementos micénicos cuya importancia numérica y condiciones de instalación son difíciles de precisar [388, p. 280].

La persistencia de los movimientos de población hacia la mitad del MR III C está demostrada por la ocupación de asentamientos escarpados de acrópolis, asentamientos de refugio característicos de la época y cuyo empleo mejor conocido es del de Karfi, y también por el rápido abandono de determinados establecimientos como el de Kastri.

2. Las transformaciones de la cultura material en el MR III C

No hay una transformación radical de la cultura material en el MR III C y persisten las tradiciones minoicas, especialmente en cuanto a la religión pero en todos los campos se observa la introducción de elementos nuevos que son generalmente interpretados como el signo de relaciones nuevas entre Creta y las demás partes del mundo egeo.

El hábitat, los santuarios y las tumbas

Dos asentamientos, que sirven de testigo para dos fases sucesivas del MR III C en la primera y en la segunda mitad del siglo XII, han sido excavados de manera extensiva: Kastri, cerca de Paleocastro, y Karfi, en el borde norte del Lasizi. Kastri nos ofrece la imagen de un pueblo de altura, con sus casas unas encima de otras, de pequeñas dimensiones, construidas de toba sobre zócalos de pared seca con suelos de tierra. Karfi, en una cima escarpada en la cual existía ya en el MM un santuario, es el tipo de las ciudades refugio de este período, numerosas en el este de Creta. Ambos

asentamientos han sido comparados con los pueblos cretenses actuales. El «templo» de Karfi, santuario público independiente, con su patio con el banco, sus figuritas de «diosa con los brazos levantados» parecidas a las de Gazi, manifiesta claramente la continuidad de la tradición religiosa minoica. Se observa, sin embargo, el aumento de las figuritas micénicas descubiertas en Creta durante este período [882, p. 139].

Las tumbas de cámara siguen siendo la forma habitual de enterramiento, sobre todo en la Grecia central, pero los tolos, sobre cimientos circulares o cuadrados, conocen un nuevo desarrollo en el este de Creta (en el mismo Karfi, en Futula, Muliana, Plati, Vasiliki). Reaparecen costumbres antiguas, inhumación de niños bajo el suelo de las viviendas, demostrado en Cnosos[5] y sobre todo la cremación, que se introduce en la Creta oriental, con raros ejemplos en la Creta central, paralelamente a su desarrollo en la Grecia continental [Davaras, C., *in* 11, p. 158-167]. En varios asentamientos, en Cnosos, Krya, Vrokastro, las mismas tumbas contienen a la vez inhumaciones y urnas cinerarias. La reutilización de las tumbas antiguas, relativamente frecuente, está ligada seguramente a los movimientos de población de este período.

El artesanado

Hacen su aparición nuevos objetos de metal. Se han hallado cuchillos de tipo itálico en Cnosos y en Festos;[6] dos tumbas de Tolos de Muliana, en la Creta oriental, que han podido ser comparadas a las «tumbas de guerreros» del MR II, ofrecen elementos de escudo, espadas, puntas de lanza, vasos de bronce, así como un trozo de hierro. Una máscara de oro cubría la cara de uno de los muertos [334, p. 175]. Largas fíbulas de bronce y fíbulas en arquillo revelan la transformación en el vestir. La presencia de pequeños anillos de bronce, de oro o de plata no es rara en las tumbas, lo mismo que en contextos más tardíos.

La cerámica del MR III C demuestra que se mantiene la originalidad y la actividad de los talleres cretenses: los vasos de «estilo festoneado» o del «estilo del pulpo», creaciones minoicas, se difunden por la Grecia continental e influyen todavía la cerámica del Dodecaneso (figs. 63*a, c-d*). Sin embargo, algunas formas cerámicas como los cuencos de dos asas y decorados de espirales antitéticas, se caracterizan por una clara influencia micénica que corresponde a la instalación de nuevas comunidades en asentamientos como Kastri y Karfi. Por otra parte, hay que observar la difusión en Creta, en varios asentamientos (Cnosos, Tilisos, Kommos especialmen-

5. Catling, H., *ArchRep*, 29 (1982-1983), p. 73.
6. Catling, H., *ArchRep*, 29 (1982-1983), p. 71.

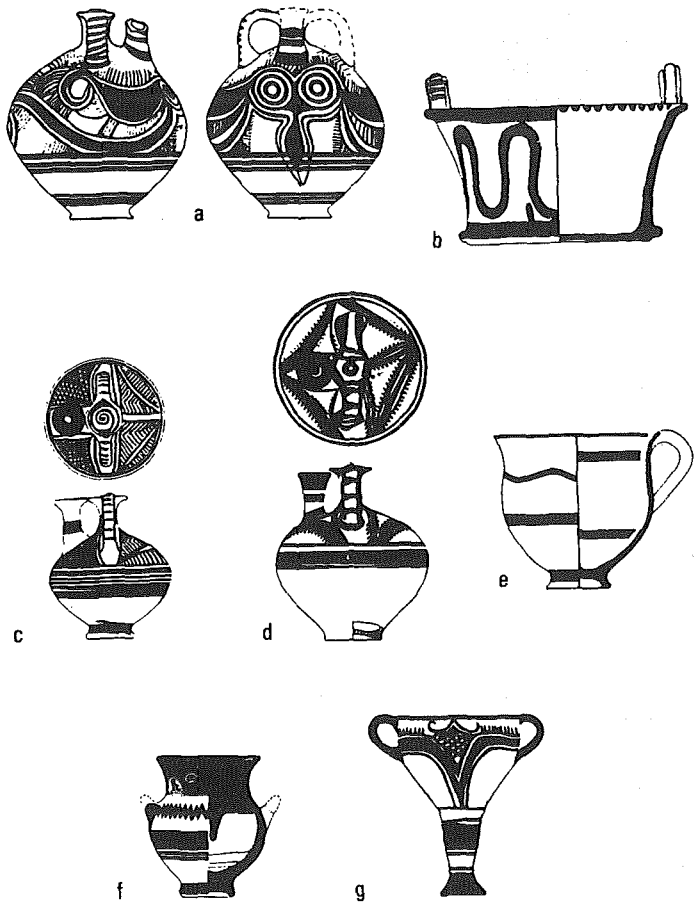


Fig. 63. Vasos del MR III C y subminoicos.
a-d: vasos del MR III C; *e-g:* vasos subminoicos.

te), de la cerámica «bárbara» ya conocida en el MR III B en La Canea (*supra*, p. 351).

3. Los contactos exteriores y la organización interna

La imagen de las ciudades refugio sobre sus acrópolis escarpadas, la reaparición de divisiones regionales que se expresan en las costumbres funerarias, han producido a veces la idea de un aislamiento o de un repliegue sobre sí misma de Creta, en el MR III C. En realidad el material que llega entonces hasta Karfi o a la gruta de Psicro (objetos de bronce que imitan los tipos chipriotas, fíbulas y cuchillos de tipos itálicos o de la Europa central, ámbar, una estatuilla egipcia) muestra que Creta no está aislada en el mundo micénico. No es seguro que tuviera en aquel momento intercambios directos con las regiones periféricas como las de Levante, Italia o incluso Chipre, pero las relaciones demostradas con el continente y las islas vecinas parecen indicar, por lo menos, una cierta actividad minoica en el Egeo. Jarras de asa vertical del «estilo del pulpo» llegan hasta Rodas y unos pocos ejemplares se importan en Kos y Kalimnos; su pequeña cantidad supone un comercio esporádico.

A pesar de la falta de violentos disturbios a finales del MR III B, la organización política y social de Creta sufrió sin duda alguna transformaciones análogas a las que tuvieron lugar en la Grecia continental. El MR III C se caracteriza por la desaparición del uso del lineal B mientras prosigue la ocupación de Cnosos sin interrupción; la fundación de ciudades refugio de la Creta oriental expresa probablemente menos la existencia de un peligro exterior que una modificación de un modo de vida. Su interpretación como base de piratas que vivían tanto de la piratería como de la ganadería y la agricultura no puede quizá desdeñarse [343, p. 19].

4. El subminoico y el final de la civilización minoica

El paso del MR III C a los «siglos oscuros» se realiza sin ruptura en un determinado número de asentamientos como Cnosos o Kavusi; éste, fundado durante el MR III C, se ocupa sin interrupción hasta el principio del protogeométrico medio. La fase del subminoico que corresponde aproximadamente al siglo XI resulta, pues, difícil de aislar. El final puede situarse en el momento del abandono de Karfi. Su inicio, caracterizado por cambios en las formas y decorado de la cerámica, corresponde a un período de inquietudes mal definidas: varios asentamientos, como el de Kastri, se abandonan hacia la mitad del MR III C y se supone que en este mismo momento hay una emigración cretense hacia Chipre. Los datos arqueoló-

gicos más precisos proceden de las tumbas, especialmente en Cnosos (cementerio Norte, Gypsades). Los vestigios de hábitat siguen siendo limitados, si exceptuamos Karfi, donde casas y santuarios subsisten hasta la mitad del siglo XI. La mejor definición de esta fase la proporciona la cerámica. El «estilo festoneado» desaparece, así como una gran parte de los motivos anteriores. Los elementos rectilíneos dominan en un decorado que disminuye de extensión en los vasos. Al lado de formas heredadas de la época anterior (jarras de asa vertical de diversos tipos, decoradas de triángulos, cuencos, tasas y crateras en forma de campana) algunas particularidades (píxides de asas altas o cílicas de pie hinchado) distinguen la cerámica cretense de este período (figs. 63*e-g*).

El material metálico abunda poco, y se compone esencialmente de fíbulas y anillos de bronce. Sin embargo, es importante observar la presencia de fíbulas de arquillo de un nuevo tipo y, sobre todo, la de objetos de hierro desconocidos aún en Creta en el MR III C, como los cuchillos con remaches de bronce de Cnosos y de Vrokastro. El período subminoico constituye, pues, claramente la transición hacia la edad del hierro.

Capítulo V

El bronce reciente en Macedonia y en Tracia

Hace unos años era casi inconcebible dedicar un capítulo a un campo tan mal conocido. Las recientes investigaciones lo han aclarado algo y actualmente se empiezan a dibujar sus contornos. La documentación de la que disponemos, exclusivamente arqueológica, es además muy poco abundante y está desigualmente repartida. Sin embargo, por suerte procede en gran parte de excavaciones recientes. En la Macedonia occidental prácticamente sólo se conoce el asentamiento de Bubusti (Platania), excavado antiguamente por Heurtley. En la Macedonia central, se dispone solamente de antiguas excavaciones de Heurtley en Kilindir (Kalindria), Tsauitsa (Cauchitsa), Vardina (Limnotopos), Vardaroftsa (Axiochori), Saratse (Perivolaki), Gona, Sedes y Aguios Mamas, pero también de las excavaciones realizadas de 1975 a 1980 en Kastanas (Karglú) por B. Hänsel y las realizadas por K. Wardle de 1975 a 1988 en Asiros (Guvezne). En la Macedonia oriental las investigaciones recientes han aportado algunos datos sueltos en Angista, Exochi, Potami, Diliki Tash y Kastri, en la isla de Tasos. Tracia, en cambio, sigue muy mal conocida, tanto del lado griego como del turco. En Bulgaria no se conocen más que unos pocos asentamientos y faltan recientes excavaciones.

A. *LA SECUENCIA CRONOLÓGICA*

Las recientes excavaciones han puesto las bases de una secuencia cronológica regional y aclarado las relaciones de Macedonia y Tracia con los Balcanes por un lado y el mundo micénico por otro.

La estratigrafía

Como en la Grecia continental y en los Balcanes, el paso del bronce medio al bronce reciente se realiza por una transición progresiva, hasta el punto de que es difícil a veces distinguir ambos períodos. Sin embargo, se puede admitir que el BR se define en la cerámica por la moda de los decorados con pintura mate y con engobe e incrustaciones. Las excavaciones de Angista, Asiros y, sobre todo, de Kastanas tienden a presentar la siguiente secuencia:

— El *principio* del período se representa por los niveles 19 y 18 de Kastanas (Kastanas III) y las fases anteriores a la fase 14 en Asiros, pero parece que falta en Angista. No se encuentra en ellas todavía ninguna importación micénica segura y por consiguiente no se sabe exactamente qué fase(s) del heládico reciente le pueden corresponder;
— la *segunda* fase se define por los niveles 17 y 14*a* de Kastanas (Kastanas IV), las fases 14 a 8 de Asiros y los niveles más antiguos de Angista; está datada por las importaciones de cerámica micénica del HR III B y parece incluso que se puede relacionar los niveles 16 y 15 de Kastanas con el principio de esta fase y el nivel 14 con su final;
— la fase de *transición* con la edad del hierro está representada por los niveles 13 a 11 de Kastanas (Kastanas V), las fases 7 a 5 de Asiros y los niveles más recientes de Angista. Está datada por las importaciones de cerámica micénica del HR III C y puede ser incluso que se pueda hacer corresponder por un lado el nivel 13 de Kastanas y la fase 7 de Asiros con el principio de esta fase, y por el otro los niveles 12 y 11 de Kastanas con su mitad.

La cronología

De las siete dataciones C 14 disponibles actualmente, seis se refieren a esta última fase. Obtenidas en Kastanas y en Asiros se dispersan entre 3000 y 2900 BP, lo que nos lleva, después de la corrección, a dataciones absolutas comprendidas entre 1200 y 1050-1000 a. de C. Estos valores concuerdan perfectamente con las que se admiten actualmente para el HR III C en la

Grecia continental (*supra*, p. 349), lo que sugiere que ambas regiones tuvieron una evolución paralela.

Las relaciones con los Balcanes y la Grecia continental

Macedonia y Tracia parecen formar parte en el bronce reciente de un conjunto cultural balcánico. La cerámica de decoración pintada con incrustaciones (*infra*, p. 453), que es su característica, es efectivamente más abundante en el interior que en las cercanías de la costa y se encuentra en la Macedonia septentrional, en Bulgaria y en Muntenia. ¿Deberá ya verse en este conjunto, llamado grupo de Plovdiv-Zimnicea o de Čercovna, o aún de Manole, el ámbito de pueblos tracios? Algunos ven la prueba de ello en los signos de continuidad que se pueden observar entre el BR y la edad del hierro. Pero se sabe cuán inútil es realmente, tratar de encontrar los pueblos a través de documentos exclusivamente arqueológicos. La misma objeción es válida, por lo demás, contra la antigua hipótesis, basada en la presencia de cerámica acanalada, de una invasión de pueblos originarios de Lusacia (entre Silesia y Sajonia).

Sin embargo, hacia el sur se establecen los contactos con el mundo micénico. La prueba la proporcionan la presencia en un determinado número de asentamientos de una pequeña cantidad de cerámica micénica importada. El fenómeno comienza quizá en el HR III A, se manifiesta claramente en el HR III B y culmina hacia la mitad del HR III C, después de lo cual cesa prácticamente por completo. A pesar de ello, al contrario de lo que se ha creído durante mucho tiempo, la presencia de cerámica importada no se limita a la Macedonia central y a la Calcídica, a pesar de que sea allí donde es más importante: se encuentra también actualmente en la Macedonia occidental (Kozani), en Pelagonia (Visoi-Beranci) y algo en la Macedonia oriental (Angista) y en Tasos (Kastri), pero, como ocurre a menudo, la imitación sucede a la importación y en el HR III C la mayor parte de la cerámica micénica, cuya proporción aumenta bruscamente, está producida localmente. No es sorprendente, pues, que se encuentre incluso en el Rodopi (Potami, Exochi) y en la Tracia meridional (Maronea). Del mismo modo, la imitación de las producciones micénicas alcanza el campo de las armas: las espadas de bronce que se encuentran en los Balcanes están fabricadas localmente, pero durante un tiempo recuerdan a las espadas micénicas. Pero la influencia micénica no se mantiene aparentemente en ningún otro campo: por consiguiente, no es solamente reciente sino también limitada.

El final del período no es fácil de caracterizar. Las capas de incendio observadas en Asiros (fases 6 y 5) y en Angista pueden ser tanto el resultado de acontecimientos muy localizados como de un fenómeno general. La evolución de la civilización, por lo demás, no impone ya una interpretación evidente porque los signos de continuidad se oponen a los de discontinuidad. Es verdad que los hábitat cambian de plano, que el ladrillo se sustituye por el adobe en Kastanas y que aparece un nuevo tipo de cerámica acanalada, identificada durante mucho tiempo erróneamente con la cerámica de Lusacia (*Lausitzer Ware*), pero también es verdad que el ladrillo sigue utilizándose en Asiros, que algunas formas de jarra que se remontan al bronce medio o incluso al bronce antiguo se perpetúan todavía y que la cerámica protogeométrica aparece en Kastanas desde los niveles 12 y 11 al lado de la del HR III C. Se puede decir que, como en la Grecia continental, una profunda continuidad en la civilización no impide una gran discontinuidad histórica.

B. *EL HÁBITAT Y LAS TUMBAS*

Al lado de aspectos que no se diferencian casi de los que se conocen para el inicio de la edad del bronce, poco a poco se ven aparecer otros aspectos que parecen muy nuevos.

Los asentamientos

Al contrario de lo que se observa en el resto del mundo egeo, la ocupación humana parece menos densa en Macedonia y en Tracia en el bronce reciente que en los anteriores períodos. No solamente parece disminuir el número de asentamientos sino que su superficie media parece reducirse. En la mayoría de los casos, la preferencia sigue dándose, como anteriormente, a los bordes de llanura y son con frecuencia antiguos *tells* los que continúan en su ocupación (Asiros), o bien se vuelven a ocupar después de un período de abandono (Kastanas, Angista, Dikili Tash); algunos están rodeados de marismas (Asiros, Dikili Tash). A veces se construyen en las pendientes, sobre todo en la Macedonia central y al parecer en Angista, terrazas aguantadas por muretes de apoyo, o por murallas que contribuyen a acentuar el declive de sus pendientes (Asiros).

Sin embargo, se manifiestan nuevas tendencias. En la Tracia septentrional, los antiguos *tells* (con algunas excepciones como Manole) se abandonan y la mayoría de los habitantes ocupan a partir de entonces en las

llanuras y los valles asentamientos más amplios y más espaciados, en los que los intervalos entre las viviendas parecen ensancharse. En otros casos, por el contrario, se instalan en las zonas rocosas o sobre alturas de acceso relativamente difícil y pueden ser fortificados, pero resulta aún difícil interpretar estos fenómenos aparentemente contradictorios.

La construcción

En Macedonia predomina la utilización del ladrillo de barro sin cocer y los muros pueden tener, como en el resto del mundo egeo, un basamento de piedra (Vardina, Angista, Dikili Tash). Pero las más de las veces el muro parece estar enteramente construido por ladrillos. Esta es por lo menos la técnica que se encuentra en todos los niveles de Kastanas y de Asiros, así como en un muro de Angista. El formato, variable, es generalmente rectangular pero se encuentran también igualmente ladrillos cuadrados no solamente en Kastanas, donde son los únicos que se utilizan durante todo el BR, sino también en Dikili Tash, donde coexisten con los ladrillos rectangulares.

Una técnica de construcción muy especial aparece en Asiros, Angista y Dikili Tash: consiste en intercalar entre las hiladas de ladrillos una capa de mortero arcilloso tan espesa o casi como los mismos ladrillos y generalmente de color diferente, aunque a veces sea de idéntico color. Puesto que no se conoce otro ejemplo de ello en el mundo egeo ni en las regiones limítrofes, en ninguna época, no estamos aún capacitados para precisar la difusión de esta técnica ni proponer una explicación sobre ella. En Asiros, por lo demás, podría ser que las hiladas de ladrillos y de mortero no fueran más que un relleno ya que los muros contienen, a intervalos del orden de dos metros, postes introducidos dentro de la obra y que son con seguridad los verdaderos elementos de resistencia. También se encuentran postes similares en Kastanas pero no se han encontrado huellas de ellos por el momento en Dikili Tash.

El adobe parece utilizarse mucho menos: solamente se encuentra aparentemente en Kastanas en el nivel 13 y luego, al parecer, en los niveles de la edad del hierro. Sin embargo, en los Balcanes continúa predominando como en las épocas anteriores.

Las viviendas

El tipo más extendido parece ser una casa rectangular de una sola habitación, precedida a veces por un porche con paredes que unen las columnas. Pero los ejemplares que se conocen en Angista y en Kastanas (nive-

les 16 y 13) son incompletos y poco seguros. En la Tracia septentrional, por el contrario, las casas rectangulares continúan coexistiendo con las casas de dorso curvilíneo (Manole), como en el bronce medio. Existe en efecto en Macedonia y en Tracia una serie confusa de casas que presentan un pequeño lado posterior curvilíneo. A veces, como en Kastanas (nivel 16), se trata solamente de dos ángulos vecinos que se han redondeado. Casi siempre, como en Dikili Tash y Manole, el lado menor está ligeramente curvado pero se encuentran también verdaderos ábsides, como en Vardina y en Kastri (Tasos) y quizá incluso casas ovales, en Kastanas (nivel 14) y en Kastri. Es posible que esto sea una herencia de las casas de ábside que se extendían en el bronce antiguo o medio desde Macedonia a la Grecia central, o bien casas de dorso curvilíneo que existían en la Tracia septentrional a finales del BA y en el BM o también una combinación de ambos tipos.

La existencia de viviendas de plano complejo parece segura. Solamente se conocen, es verdad, ejemplares incompletos como el edificio del nivel 12 de Kastanas que comprende por lo menos cuatro habitaciones, el conjunto de 13 (?) habitaciones de la fase 7 de Asiros y el análogo de la fase 6 (fig. 64*a*), y a pesar de la existencia en Asiros de un pasadizo o callejón, de 1,5 m de ancho, la organización general de estos edificios sigue dudosa. Ahora bien, su presencia por sí misma es ya una novedad y puede ser el signo de una influencia micénica.

No se sabe si todavía existen silos excavados pero se han encontrado silos construidos con ladrillos de barro sin cocer en Asiros (fase 6) y en Angista, así como jarras de provisiones: en Angista tienen el fondo puntiagudo y están parcialmente hundidas en el suelo. Algunas habitaciones están completamente dedicadas al almacenaje de cereales (viñeta del capítulo). En Asiros y en Angista se han reconocido hogares y hornos; en Angista, un horno oval presenta una salida exterior delante de la abertura. Pero la novedad principal parecen ser los dos dispositivos de barro sin cocer hallados en Dikili Tash sobre el suelo de un mismo edificio. De forma oval y poco relieve, comprenden un orificio central rectangular entre dos cúpulas circulares y están decorados por surcos curvilíneos. Se ha querido ver en ellos altares y, por consiguiente, identificar el edificio como santuario [270, pp. 668-672]. Sin embargo esta interpretación no se basa en ningún paralelo preciso.

Las tumbas

En el valle del Maritsa, los muertos se entierran en posición doblada en tumbas de fosa, a veces recubiertas por un túmulo. En Kastri (Tasos), están tendidos sobre la espalda o sobre el lado y enterrados con frecuencia varios juntos, en tumbas de construcción más o menos rectangulares, que se ado-

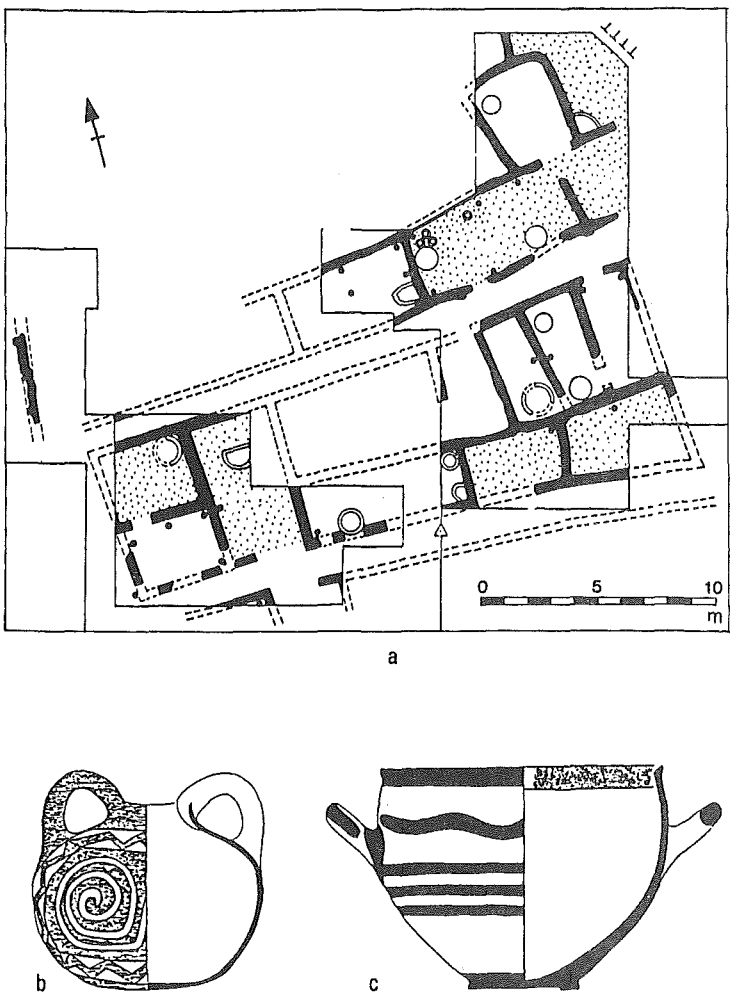


Fig. 64.
a: Asiros, fase 6; *b*: jarra con decorado de incrustaciones; *c*: cratera micénica de fabricación local.

san unas a otras y a veces con una lápida sobrepuesta que hace quizá el oficio de estela. En algunos casos han sido incinerados y colocados en vasos funerarios. Así y todo, la práctica de la cremación está extendida, sobre todo en el Rodopi, donde las tumbas están recubiertas de un túmulo (Potami, Exochi, Batak) y en el noroeste de Bulgaria. En cambio, se conocen muy mal las costumbres funerarias de la Macedonia central, a pesar de ser la región en la cual se ha localizado un mayor número de hábitat.

C. *LA AGRICULTURA Y LA GANADERÍA*

Las bases de la vida económica no parecen haber cambiado, por lo menos a grandes rasgos, desde la época neolítica.

La agricultura

Las producciones agrícolas, tal como se perciben en Kastanas y en Asiros, comprenden esencialmente el trigo (trigo de Asia Menor y almidonero) y la cebada, así como las leguminosas (arvejas, guisantes y lentejas). Están también demostrados los higos y la uva y el lino está presente, sin que se sepa más que en los períodos anteriores sobre su utilización. Las únicas novedades parecen ser la progresión del trigo en contra de la cebada, el cultivo del mijo, de la adormidera y del melón pero también, entre el principio y el final del período, la disminución general del tamaño del grano, lo que indica quizá una regresión de las técnicas agrícolas. Las hoces son aún normalmente de piedra en forma de largas láminas de sílex, excepto en la Tracia septentrional, donde predomina el bronce a partir de ahora. En este momento se almacenan grandes cantidades de cereales (Asiros) pero se siguen utilizando los trituradores y las muelas fijas para molerlo.

La ganadería

Tiene, desde luego, un papel más importante que la caza. La parte respectiva de las especies a que se refiere —cabra, borrego, cerdo, buey— parece variable. En Kastanas, efectivamente, predomina el buey sobre las demás especies, como es de esperar en un clima ya más bien templado; pero parece que finalmente fue suplantado por el cerdo. En Asiros y en Angista la cabra y el borrego parecen los mejor representados. El caballo no aparecerá hasta la edad del hierro. La caza está representada, sobre todo, por los cérvidos, como es normal, en regiones donde los bosques ocupan aún grandes extensiones.

D. *EL ARTESANADO*

Se muestra, en conjunto, fiel a las técnicas tradicionales.

Los textiles

No se percibe evolución alguna en este campo. Trozos de alfarería coexisten todavía con los verdaderos pesos de rueca, que son generalmente bicónicos o troncocónicos, y pocas veces llevan una decoración incisa. Los pesos de telar son también de barro cocido y de forma cónica. Los punzones, las agujas, las más de las veces son de hueso, a veces de bronce. Los alfileres en su mayor parte son de hueso y su cabeza a veces está decorada.

La cerámica[1]

La elaboración de los cacharros, de forma más o menos cuidada, se hace a mano en casi todos los casos y el torno de alfarero solamente se utiliza para las categorías llamadas *micénicas*. Solamente los vasos más finos presentan un engobe, de color variable, que está alisado más cuidadosamente cuanto más pequeño es el vaso. Los decorados pintados se ejecutan generalmente con una pintura oscura, marrón, roja o negra, que frecuentemente se deja mate. El cocido es más regular cuanto más fina es la cerámica. A veces, después de cocerlos se les aplica una decoración pintada en incrustaciones: la banda que se quiere decorar se ha hecho primero rugosa por una red de incisiones irregulares,[2] y luego se recubre de una espesa capa de pasta blanca, rosácea o roja (fig. 64*b*). El repertorio de formas se caracteriza igualmente por la continuidad. Sin embargo, algunas de ellas son características de Macedonia: son cuencos ahusados (*cántaras*) de asas elevadas y sobre todo cuencos de gran abertura con asas de luneta, que los sustituyen; son también las jarras de embocadura oblicua y los pitos de fondo puntiagudo. Otras formas mucho más raras son típicamente micénicas, como las jarras de asa vertical y las cráteras (fig. 64*c*). En la Tracia septentrional la continuidad sigue notándose y el único rasgo nuevo parece ser la aparición de jarros con asas elevadas.

Los decorados en pintura mate son relativamente frecuentes desde la Iliria oriental hasta Calcídica. Realizados en marrón o rojo oscuro en la Ma-

1. La producción de vasos de piedra parece extremadamente reducida; la de los cestos de mimbre, por el contrario, parece muy importante (Asiros, viñeta del capítulo).

2. Tomadas con frecuencia por una decoración en sí mismas a partir de HEURTLEY, W. [248, p. 95, y 258, p. 186].

cedonia occidental y central, son negros en Calcídica. En la Macedonia oriental, en cambio, son rojos y brillantes. Unos y otros utilizan preferentemente los triángulos, los apéndices espiraliformes y las bandas. Van perdiendo terreno a medida que se desarrolla la cerámica micénica local que utiliza motivos muy sencillos, como bandas horizontales y espirales, pero los motivos vegetales estilizados no se encuentran más que en la cerámica micénica importada. Los decorados con incrustaciones forman bandas espiraliformes o rectilíneas, a veces asociadas a triángulos o a círculos y con frecuencia encerradas en un marco rectangular. En la Macedonia oriental, se destacan con frecuencia de un engobe con grafito.

Las armas y las herramientas; los metales

Los moldes para tijeras, hachas y lanzadera que se han encontrado en Asiros demuestran la continuidad de las técnicas de la metalurgia del bronce; pero la existencia de una metalurgia del hierro, ya sugerida por la presencia de escorias en Vardaroftsa, está hoy confirmada por la existencia de una azuela (?) en Angista. La evolución de los tipos de armas y de los tipos de herramientas parece, sin embargo, más significativa. Mientras los cuchillos y los puñales continúan moldeándose en metal en Tasos y en la Tracia septentrional, como en las regiones danubianas, hacen su aparición las espadas de bronce: se trata, primeramente en los Balcanes y aún más en Epiro y en Iliria, de largos estoques, influidos claramente de los tipos micénicos; más tarde, de armas más cortas, que permiten fintar de estoque o de filo y corresponden más bien a tipos carpatodanubianos. Otras, que poseen por ejemplo un pomo de mármol (Asiros), son armas de gala. Mientras que, curiosamente, no se encuentran puntas de flecha, las puntas de lanza de bronce empiezan a extenderse por la Tracia septentrional. Para la mayoría de las hachas y tijeras predomina aún claramente la piedra, pero el bronce se utiliza ya corrientemente para un nuevo tipo de hacha hueca en la Tracia septentrional. A pesar de la aparente preeminencia de esta región en metalurgia, sin embargo, la única hacha de bronce que está bien datada ha sido hallada en Kilindir, en la Macedonia central.

Libro IV

LA HERENCIA MICÉNICA: CONTINUIDADES Y RUPTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

La lengua y la escritura

La lengua griega, representada en la época micénica por el dialecto de los textos en lineal B, se ha mantenido en Grecia hasta nuestros días. Gracias a haber descifrado el lineal B se puede seguir la historia del griego a través de treinta y cuatro siglos, situación única para el lingüista que estudia la evolución diacrónica de las lenguas. La escritura silábica lineal B, en cambio, desapareció con los palacios micénicos. En el primer milenio antes de Cristo los griegos tomaron la escritura alfabética de los fenicios adaptándola a las necesidades de su lengua. El alfabeto griego ha seguido utilizándose hasta nuestros días.[1]

A. *LOS DIALECTOS GRIEGOS EN EL PRIMER MILENIO ANTES DE CRISTO*

Existe una continuidad dialectal porque el dialecto protoaqueo representado por los textos micénicos se mantiene en Arcadia y en Chipre, isla a la que fue aportado por los colonos griegos llegados del Peloponeso hacia el final del siglo XII (*supra*, p. 307). Desde luego, este dialecto evolucionó con el tiempo. Así, tanto el arcadio como el chipriota tienen el tratamiento -ο > -υ a final de palabra y el tratamiento εν > ιν, cambios que deben de ser posteriores de la época de las tablillas pero anteriores a la salida de los colonos hacia Chipre. Esto significa que corresponderían al siglo XII.[2] Efectivamente, la inscripción más antigua en escritura silábica chipriota hallada en Pafos y datada de la segunda mitad del siglo XI,[3] proporciona ya la forma *o-pe-le-ta-u* 'Οφέλταυ. Se trata del genitivo en -αυ del antropónimo 'Οφέλ-

1. Para las abreviaturas específicas de la exposición lingüística, véase *supra*, p. 305, n. 18.

2. Véase RUIJGH, C.: «Sur le vocalisme du dialecte chypriote au premier millénaire avant J.-C.», *in* KARAGEORGHIS, V. (ed.): *The History of the Greek Language in Cyprus*, Nicosia, 1988, pp. 131-151.

3. KARAGEORGHIS, V., E. MASSON y O. MASSON: *Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, 1980, pp. 122-136.

τᾶς (mic. *o-pe-ta*). En micénico la desinencia era todavía -*ãho*. En cambio, existe ruptura en la distribución geográfica de los dialectos, sobre todo a consecuencia de las migraciones dorias del final del II milenio (*supra*, p. 307). A partir de este momento, lo que se habla en Argólida, Mesenia y Creta son los dialectos dóricos.[4] Se admite con frecuencia que las invasiones dóricas contribuyeron a la fundación de colonias griegas en la costa occidental de Asia Menor hacia el principio del primer milenio: colonias eólicas en Eolia (con Lesbos), colonias jónicas en Jonia (con Jios y Samos). Es lógico que esta nueva distribución tuviera consecuencias sobre la ulterior evolución de los dialectos. Así, la partícula aquea κάς («también», «y») surgida de *κασί (*supra*, p. 321) se mantuvo en Chipre y en Mantinea, pero los otros arcadios tomaron la forma καί, surgida de *κατί de sus vecinos dorios. En Asia Menor, el eolio y el jónico perdieron desde su época arcaica la *h* inicial (psilosis), mientras que en Grecia las hablas eólicas (Tesalia, Beocia) y el jónico-ático (Eubea, Ática), la conservaron hasta la época helenística plena. El lesbio, es decir, el eolio de Asia Menor, sufrió el tratamiento τι > σι (tipo τίθησι, «él pone»), seguramente por influencia del jónico vecino, mientras que τι se mantiene en tesalio y beocio (*supra*, p. 307). El lesbio creó el infinitivo atemático del tipo ἴμεναι («ir») al contaminar la desinencia protoeólica -μεν, conservada en tesálico y en beótico, con la desinencia jónica -ναι.

En la época arcaica (siglos VIII-VI) el griego se extiende fuera del mundo egeo en el marco de la fundación de colonias como Siracusa (dialecto corintio), Tarento (dialecto laconio), Cirene (dialecto de Zira). Después de las fundaciones, los dialectos de las colonias y los de su metrópoli evolucionan de forma divergente. Así, el dialecto de Cirene es muy diferente del de Zira al principio de la época helenística. Hacia el principio de la época imperial, la *koiné* ática suplanta poco a poco a los demás dialectos. Esta es la que llegará al griego moderno. Solamente el laconio sobrevivirá en el tsaconio moderno, habla de una región del este del Peloponeso.

Las diferencias más importantes entre el micénico (*supra*, p. 314) y el griego histórico se deben al hecho de que toda lengua evoluciona a lo largo del tiempo. Desde el punto de vista fonológico se observa, entre otras cosas, que el griego del primer milenio perdió las consonantes labiovelares, que se convirtieron en dentales o en labiales, así como la consonante *y*. Además, la *h* intervocálica se convierte en muda, lo que provoca las contracciones vocálicas (*o*h*α > ω, etc.). Estas contracciones han hecho que se viera poco claramente la estructura morfológica de ciertas formas flexionadas, lo que

4. Los débiles testimonios de una lengua bautizada como «eteocretense» por unas pocas inscripciones en escritura griega alfabética procedentes de Dreros (hacia el 650) y de Praisos (siglos VI-IV) muestran la existencia en esta época de una lengua que no era el griego. Nada prueba que se trate de la supervivencia de algún «minoico». Véase DUHOUX, Y.: *L'étéocrétois. Les textes. La langue*, Amsterdam, 1982. Para Tebas, véase *supra*, p. 308.

condujo a la creación de nuevas formas analógicas (μέζονα para μέζω < μέζοha etc.). Desde el punto de vista morfológico se observa, además, la desaparición de ciertas desinencias como -ει (dat. sg. 3.ª decl.), -εντι/ -ενσι (3.ª pers. pl. activa del presente atemático). La pérdida total del caso instrumental, cuyo valor a partir de entonces se expresa por la forma del dativo-locativo, causó cambios sintácticos. Efectivamente, después de la fusión de estos casos, la forma única del dativo-locativo-instrumental estaba sobrecargada, hasta el punto de que ciertas utilizaciones hubieron de desaparecer, especialmente la utilización final del dativo original y el uso comitativo del antiguo instrumental, para los cuales el griego histórico se sirve de expresiones preposicionales. Desde el punto de vista sintáctico el nacimiento del artículo definido constituye una innovación bastante radical. Finalmente, el vocabulario evolucionó: algunas palabras desaparecieron (*ke-ke-me-na, e-to-ni-jo*), otras recibieron un nuevo sentido (*a-mo* «rueda con radios», más tarde ἅρμα «carro»). La larga frase micénica PY Ep 704, 5-6 (*supra*, p. 320) ilustra bien hasta qué punto el griego cambió después de la época de las tablillas aunque conservando a grandes rasgos sus características esenciales.

B. *LA LENGUA HOMÉRICA*

Al describir el dialecto micénico se han señalado rasgos que no se encuentran ya en el primer milenio más que en Homero y en los poetas posteriores cuya lengua contiene elementos procedentes del lenguaje épico. Ahora debemos explicar la relación especial entre la lengua épica y el micénico [Ruijgh, C., *in* 770, pp. 143-190].

El estilo oral, formulario y tradicional

Milman Parry[5] reconoció el carácter esencialmente oral, formulario y tradicional de la antigua epopeya de los griegos, representada por la *Ilíada* y la *Odisea*. El aedo creaba su poesía oralmente, improvisando ante su auditorio, sin disponer de un texto previamente escrito. Su verso era el hexámetro dactílico, cuyo ritmo está muy lejos del del lenguaje corriente. En el griego corriente, efectivamente, las secuencias yámbicas (∪ —) o trocaicas (— ∪) son mucho más frecuentes que las secuencias dactílicas (— ∪ ∪). Esto es lo que conducía a los aedos a utilizar frecuentemente fórmulas, es decir, expresiones ya hechas para rellenar partes del verso, especialmente

5. Parry, M.: *L'épithète traditionnelle dans Homère*, París, 1928; «The homeric language as the language of an oral poetry», *Harvard Studies in Classical Philology*, 43 (1932), pp. 1-50.

aquellas que se encuentran entre una cesura (principal o secundaria) y el principio o el final del verso. A menudo dichas fórmulas contenían epítetos ornamentales cuya utilización estaba más o menos fijada. El difícil arte de la versificación se transmitía de generación en generación: los alumnos adoptaban el lenguaje poético de sus maestros, adaptándolo en la medida que era posible al lenguaje contemporáneo.

En cuanto a sus rasgos fundamentales, el dialecto de la epopeya homérica se identifica con el jónico oriental, es decir, el habla de los jonios de Asia Menor. Así y todo, el lenguaje épico contiene también numerosos elementos eólicos, especialmente en las expresiones formularias. Así, encontramos la desinencia eólica -εσσι del dativo plural (3.ª decl.) en la fórmula ταχέεσσι πόδεσσι («de pies veloces»). Estas formas eólicas no podían sustituirse por sus equivalentes jónicos sin destruir la estructura métrica del verso. Por ello se ha llegado a la conclusión de que los jonios tomaron la versificación épica de sus vecinos eolios, sustituyendo, allí donde la estructura métrica lo permitía, las formas eólicas por las formas jónicas, y creando con ello nuevas expresiones jónicas.

Esta adaptación produjo a veces formas híbridas. Así, la sustitución del jónico νηΐ θοῇ, «navío rápido» (dat. sg.) por el eólico νᾶϜι θόϜᾳ llevó a la de νήεσσι θοῇ (dat. pl.) al eólico νάϜεσσι θόϜαισι. Ahora bien, la forma νή-εσσι contiene por un lado el tema jónico νη-; por otro, la desinencia eólica -εσσι. Y ésta nunca ha existido en ningún dialecto griego hablado. Esto indica el carácter necesariamente artificial del lenguaje épico. Se trata de un lenguaje «superior» al lenguaje corriente y considerado como «arcaico»; por lo tanto, apropiado al mundo de los héroes del pasado y al de los dioses descritos en la epopeya. A veces la adaptación produjo irregularidades métricas. Así, la expresión jónica ἡδέϊ οἴνῳ, «vino suave» (dat. sg.) contiene un hiato, causado por la pérdida del digama inicial, que todavía existía en la expresión eólica ϜᾱδεϜι Ϝοίνῳ. Por otra parte, la expresión ἡδέος οἴνου (gen. sg.), que métricamente es regular, es una creación jónica. No puede sustituirse por la expresión eólica ϜᾱδεϜος Ϝοίνω, ya que ésta no cabría en el verso.

Formas del infinitivo atemático como ἔμμεναι, «ser», alternativa métrica para el jónico εἶναι, demuestran que los jonios tomaron de los eolios de Asia Menor la tradición épica: la desinencia -μεναι es específicamente lesbia (*supra*, p. 458). Otro argumento lo proporcionan formas como υἷος y υἷι, genitivo y dativo singulares del nombre del hijo (jónico υἱέος y υἱέϊ), cuya acentuación recesiva es característica del lesbio. Por otro lado, Homero utiliza también el infinitivo atemático del tipo ἴμεν «ir», ἔμμεν, «ser», y el infinitivo temático del tipo φερέμεν «llevar» (jónico φέρειν, lésbico φέρην), que son característicos del eolio continental (tesalio y beocio). Así pues, la tradición épica habría sido transportada a Asia Menor por colonos originarios de Beocia y Tesalia.

El hecho de que Homero utilice algunas palabras que solamente se encuentran en el arcadio o en el chipriota, dialectos aqueos (*supra*, p. 457), llevó a A. Meillet y M. Parry a admitir una fase aquea de la tradición épica, anterior a la fase eólica. Algunas de estas palabras se encuentran indiscutiblemente en los textos micénicos: *a-ro-u-ra*, ἄρουρα, «tierra arable», *a$_3$-sa*, αἶσα «porción», *i-ja-te*, ἰᾱτήρ «médico», etc. Por lo tanto, se puede suponer que la tradición épica nació, en dialecto protoaqueo, en los centros de la civilización micénica. Después de su destrucción hacia finales del siglo XIII, esta tradición fue continuada por los eolios en el noreste de Grecia. Más tarde, éstos la transportaron a Asia Menor a principios del primer milenio. De allí la tomaron los jónicos (¿hacia 900?) para recibir su forma lingüística definitiva en la epopeya de Homero.

La estructura del hexámetro dactílico responde mal al ritmo natural de la lengua griega (*supra*, p. 459). A. Meillet [941] ha observado que su estructura general se distingue esencialmente de la de los versos eólicos de Safo y de Alceo, versos griegos heredados de la tradición indoeuropea, como lo demuestra la estructura comparable de los versos védicos. Por ejemplo, en el verso glicónico xx—UU—U—, que es estrictamente isosilábico, por lo menos en los poetas lesbios, una sílaba larga no puede sustituirse por una secuencia de dos breves, ni inversamente, mientras que cada una de las dos primeras sílabas del verso es tan pronto larga como breve, lo que indica el símbolo x del esquema. Además, el coriambo (—UU—), parte característica de los versos eólicos, figura en la mitad del verso. El verso no se basa, pues, sobre el principio de la repetición continua de un mismo pie.

El hexámetro dactílico, —UU—UU—UU—UU—UU— (—UU es sustituible por — —), no es un verso isosilábico. Cada secuencia de dos breves puede ser sustituida por una sola larga, según el principio de la isocronía, de duración aproximadamente igual. Además, el verso se basa enteramente en el principio de la repetición continua del mismo pie, a saber, el dáctilo (— UU), sustituible por el espondeo (— —). Todo esto nos invita a admitir un origen extranjero para los versos de la tradición épica. Si la epopeya griega nació en el marco de la tradición micénica, es tentador admitir que los griegos micénicos tomaron el verso épico del mundo minoico.

Las ideas de Meillet y de Parry están plenamente corroboradas por los datos del dialecto micénico. Desde luego, palabras aisladas como ἄρουρα (*supra*) no proporcionan una prueba decisiva. Igualmente, las desinencias -οιο (gen. sg. 2.ª decl.), -ᾱο (gen. sg. 1.ª decl. masc.), -ᾱων (gen. pl. 1.ª decl.), utilizadas por Homero como alternativas métricas para el jónico -ου, -εω, έων (con pronunciación monosilábica de εω: sinicesis), pueden muy bien remontarse al micénico (*supra*, pp. 320, 322 y 458) pero

también se encuentran en el eolio continental (tesalio -οιο, beocio -ᾶο, άων).

La utilización homérica del sufijo -φι es más demostrativa. En micénico, -φι es la desinencia del instrumental plural que tiene a veces un valor locativo (*supra*, p. 317). Se utiliza en la primera y en la tercera declinación (-ᾱ-φι y -φι), pero se encuentran en Cnosos algunos ejemplos en -ο-φι para la segunda declinación. En el primer milenio el instrumental no existe como caso diferente y su valor está a partir de entonces expresado por la forma del dativo. Esto es lo que permitió a los aedos las utilizaciones puramente artificiales de -φι. El uso original no tenía utilidad métrica, puesto que la estructura métrica de -φι es idéntica a la de -σι (3.ª decl.) y la de -ηφι a la de -ησι (1.ª decl.). La forma en -οφι, por el contrario, era una alternativa métrica para -οισι (2.ª decl.). Globalmente se observa que Homero utiliza -φι no solamente para el dativo sino también para el genitivo, y no solamente para el plural sino también para el singular. Casi siempre encontramos -φι en lugar de -ων en el genitivo plural de la tercera declinación para las construcciones preposicionales y el uso de -ηφι en lugar -η en el dativo singular de la primera declinación en las construcciones sin preposición.

Veamos la explicación histórica de esta situación. Una expresión como ἀπὸ ναῦφι, «viniendo de las naves», cubre la expresión micénica ἀπὺ ναυφί. La construcción de ἀπύ con una forma con valor locativo es específicamente protoaquea, puesto que no se encuentra en arcadio-chipriota (*supra*, p. 324, n. 34). Para los aedos eolios y jonios, la expresión equivalía respectivamente a ἀπὺ νᾶϜων y a ἀπὸ νηῶν (=νεῶν) y ofrecía, por consiguiente, una alternancia métrica útil. Esto es lo que les llevó a utilizar -φι en lugar de -ων en otras expresiones preposicionales. Así, παρὰ ναῦφι equivale a παρὰ νηῶν, «viniendo de junto a las naves», con el valor ablativo que se opone al valor localtivo de παρὰ νηυσί «junto a las naves». Por otro lado, una expresión locativa como θύρηφι, «en la puerta, fuera», que se refería originalmente al plural θύραι, podía ponerse en relación con el singular θύρη, «puerta». Así, los aedos pudieron crear la forma φθίηφι como locativo del topónimo φθίη, alternativa métrica para φθίη. Una fórmula como ἶφι κταμένοιο «matado con fuerza» (gen. sg. masc. del part. aor. pasivo) sustituye sin duda el micénico Ϝῑφὶ κταμένοιο. Se trata del instrumental plural del nombre Ϝίς, «fuerza», que se encuentra en Homero. En la epopeya el plural de este nombre es ἶνες, forma analógica que tiene el valor especializado de «músculos». Por consiguiente, ἶφι ha sido reinterpretado como un singular, de manera que los aedos pudieron fabricar βίηφι, «con violencia», alternativa métrica para βίη. A fin de cuentas, son sobre todo esas expresiones del tipo ἀπὸ ναῦφι las que demuestran la existencia de una fase aquea o micénica en la tradición épica.

Visto el valor pasivo del participio perfecto en -Ϝώς (*supra*, p. 323) del

tipo *te-tu-ko-wo-a*$_2$, θεθυχϜόηα, «completamente fabricados» (nom. pl. neutro.), es una tentación admitir que la expresión homérica βοὸς ῥῖνοῖο τετευχώς, «hecho con una piel de buey», sustituye a una fórmula micénica γ^{w}οϜὸς Ϝρῖνοῖο θεθυχϜώς.

Veamos ahora algunos argumentos de orden fonológico. En Homero, los adjetivos en -(Ϝ)εντ-, derivados de nombre, son específicamente poéticos. Fuera de la poesía, no se encuentran más que en algunos usos sustantivados. En micénico, por el contrario, la formación de los mismos adjetivos es aún muy productiva: tipo *ku-pa-ro-we*, κυπαρόϜεν, «perfumado de juncia» (ntr.); *mi-to-we-sa*, μιλτόϜεσσα, «pintada de bermellón» (fem.); *ko-ma-we*, Κομᾶ Ϝενς, «cabelludo» (masc. antr.). Homero utiliza algunos adjetivos en -ή-εντ- derivados de temas en -εσ-, por ejemplo, τελήεντ, «costoso» (= πολυτελής), derivado de τέλος, «carga, costo». Este adjetivo figura en la fórmula τεληέσσας ἑκατόμβας, «grandes y costosos sacrificios» (ac. pl.). En Homero, ἑκατόμβη significa *gran sacrificio*, sin especificar la especie de animales, ni su número. El sentido original es «sacrificio de cien bueyes», sentido al que conviene el epíteto ornamental τελήετ-, «que cuesta caro». Ahora bien, el final fonético de *τελέσϜεντ- sería *τελείεντ- en jonio (ει = *ē* cerrada) y *τελεύετ- (ευε = *ewwe*) en eolio. El tratamiento -η-(Ϝ)εντ- (η = *ē* abierta), por el contrario, responde al tratamiento arcádico del tipo *ἐσμι > ἦμι «yo soy» (jón.-át. εἰμι, tes. lesb. ἐμμι). Así pues, hay que llegar a la conclusión de que el vocalismo -η- del tipo τελήεντ- es un elemento aqueo o micénico que se mantuvo a través de las fases eólica y jónica de la tradición épica gracias a que la formación de adjetivos en -εντno subsistía ya en el griego posmicénico.

La fórmula πότνια Ἥρη, «la dueña Hera» contiene un hiato que no se explica por la pérdida de un digama inicial (*supra*, p. 460). Los textos micénicos presentan el teónimo *e-ra*, Ἥρᾱ, y el uso de *po-ti-ni-ja*, πότνια, para designar a una diosa (*supra*, p. 312). Ahora bien, en micénico la *h* inicial se comporta aún como una consonante normal. Es lo que demuestra la forma *o-pi-a*$_2$*-ra*, ὀπί*h*αλα, «regiones situadas a la orilla del mar» (ac. pl. ntr.; ὀπί = ἐπί, «sobre»). Más tarde la *h* se hace tan débil que ya no impide la elisión de una vocal breve final. Ya desde Homero se encuentra normalmente el tipo ἔφαλος (= mic. ὀπί*h*αλος) y ἐφᾰ́λός, «sobre el mar». Ello invita a partir de una fórmula micénica πότνια *h*ήρᾱ sin hiato. Una fórmula como λευκώλενος Ἥρη «Hera de los brazos blancos», en cambio, debe de ser de fecha posmicénica, puesto que la *h* no cuenta como una consonante normal.

La fórmula Διῒ μῆτιν ἀτάλαντος, literalmente «teniendo el mismo peso que Zeus en lo que se refiere a la inteligencia práctica» contiene dos sílabas alargadas por necesidades métricas. Ésta invita a partir de una fórmula micénica ΔιΕὶ μῆτιν *h*ατάλαντος que no contiene irregularidad métrica. Efectivamente, ante *h* inicial, -τιν constituía una sílaba larga. A este res-

pecto, las fórmulas homéricas como εἰνάλιος, «situado en el mar» y εἰν ἁλί, «en el mar» (con ει por ε métricamente alargada), tienen la posibilidad de sustituir al micénico ἐν *-hálios* y ἐν *halí*. Según una glosa, el chipriota ha continuado designando el mar por ἁλ- «sal».

En Homero, los epítetos δῖος, «noble» (orig. «descendiente de Zeus» y θεῖος, «divino», tiene la misma estructura métrica. A primera vista asombra que después de la diéresis bucólica Homero utilice siempre δῖος Ὀδυσσεύς, δῖος Ἀχιλλεύς, etc. (nom.) pero después de la cesura trocaica Ὀδυσσῆος θείοιο, Ἀχιλλῆος θείοιο, etc. (gen.) Se sabe que en las fórmulas nombre-epíteto, Homero utiliza normalmente el mismo epíteto genérico que en condiciones métricas idénticas; comparar Ἕκτορα δῖον, Διομήδεα δῖον etc. (ac.) a final del verso. El problema se resuelve si se admite un origen micénico para las fórmulas de que se trata. En micénico el tema del adjetivo Δίϝyος, «perteneciendo a Zeus», escrito como *di-u-jo* o *di-wi-jo* (*supra*, p. 316) es disilábico, pero el de θέ*h*ιος, «perteneciente a los dioses» es trisilábico (dat. sg. fem. *te-i-ja*). Esto explica la elección del tipo δίϝyος Ὀδυσσεύς: el uso de θέ*h*ιος es aquí métricamente imposible. Esto explica también la elección del tipo Ὀδυσσῆϝος θε*h*ίοιο: el uso de δίϝyοιο era indeseable en este caso. En efecto, ante el último pie obligatoriamente espondaico, los aedos evitaban el uso de un penúltimo pie espondaico, sobre todo cuando el cuarto pie es también un espondeo.

Después de la contracción de εῖ en ει, los aedos continuaron utilizando el tipo Ὀδυσσῆος θείοιο a pesar de su defecto métrico. Así, Homero utiliza también Ἡρακλῆος θείοιο, fórmula que sustituye el micénico Ἡρακλέ-ϝε*h*ος θε*h*ίοιο. La forma Ἡρακλῆος es una adaptación artificial de la forma jónica corriente Ἡρακλέος (< -κλέεος) según el tipo Πηλῆος, forma épica que responde al jónico Πηλέος. Esto nos lleva a la fórmula Βίη Ἡρακληείη, literalmente «la fuerza de Hércules». Contiene el defecto métrico indicado anteriormente y, además, un hiato. La expresión es paralela a ἰερὴ ἴς Τηλεμάχοιο, literalmente «la fuerza sagrada de Telémaco», y ἰερὸν μένος Αλκινόοιο, literalmente «el vigor sagrado de Alcinoo». Se pueden comparar expresiones como *Su Excelencia*, *Su Majestad*, *Su Alteza*. Efectivamente, es atrayente ver en ello supervivencias de títulos de los diferentes miembros de las familias reales en la época micénica. El epíteto ἱερός, «sagrado», recuerda el uso del título *wa-na-ka*, ϝάναξ, que se daba tanto al rey como a los dioses (*supra*, p. 313). Es, pues, probable que Βίη Ἡρακληείη sustituye al micénico γʷίᾱ ηρακλεϝε*h*είᾱ (sin hiato). Se encuentra en ella el sufijo posesivo -ειο-, bien demostrado en micénico (*supra*, p. 313). Todo ello corrobora la hipótesis de una fase aquea o micénica de la tradición épica.

En el verso formulario

Μηριόνης ἀτάλαντος Ἐνυαλίῳ ἀνδρειφόντῃ

«Meriones que tiene el mismo peso que Enyalios, el matador de hombres», fórmula no epíteta para el héroe cretense Meriones, hay una irregularidad métrica sorprendente: el diptongo final -φ y la vocal inicial ἀ- constituyen la parte vocálica de una sola sílaba, tipo de crusa que es muy poco frecuente. Además, la estructura morfológica de ἀνδρειφόντης es extremadamente irregular. Nos esperaríamos ἀνδροφόντης, nombre que responde al adjetivo homérico ἀνδροφόνος, «el que mata a los hombres». Todo ello invita a admitir que la forma original de la fórmula fue Μηριόνᾱς *hατάλαντος* Ἐνῡαλίῳ *ἀνϝχ*^{w}*όντα*. Hemos encontrado ya *hατάλαντος* en otra fórmula micénica (*supra*, p. 463). El teónimo Ἐνῡάλιος (dios de la guerra) está demostrado en Cnosos (*e-nu-wa-ri-jo*). Están también bien atestiguados compuestos en -χ^{w}όντᾱς en las tablillas,[6] sobre todo antropónimos como *da-i-qo-ta*, Δα*hι*χ^{w}όντας, literalmente «hombre que mata en combate». El verso exige la presencia de la vocal líquida *r̥* que tiene el valor de una vocal breve, como en sánscrito. La fórmula debe remontarse, pues, a una época anterior a la de las tablillas, que tienen ya el tratamiento *r̥* > ρο (*supra*, p. 307). Este tratamiento equivale al tratamiento *r̥* > ρα en el jónico-ático ἀνδράσι < *ἀνράσι < *ἀνr̥σι (dat. pl.). El tratamiento -νρ- > -νδρ- es igualmente ya un hecho en la época de las tablillas, indicado en fórmulas como el antropónimo femenino *a-re-ka-sa-da-ra*, Ἀλεξάνδρᾱ. Como antes de la época de las tablillas la consonante *y* estaba sin duda completamente intacta (*supra*, p. 322), el valor largo de -φ = -ω*y* ante vocal inicial no es extraño.

Así pues, la fórmula ha sido creada muy anteriormente a las tablillas, es decir antes del siglo XIV. El cambio *ἀνr̥- > *ἀνρο- > ἀνδρο, forma de la época contemporánea de las tablillas, tenía como consecuencia que la sílaba inicial era desde entonces larga, lo que no convenía al verso. Los aedos trataron de remediarlo pronunciando -φ ά- con contracción. Esta pronunciación les obligaba, a su vez, a sustituir -ο- en ἀνδρο- por una serie de dos breves. Así fabricaron la forma artificial *ανδρε*hι*χ^{w}*όντα* (> ἀνδρειφόντη sobre el modelo de *ἀργε*hι*χ^{w}*όντᾱς* (> ἀργειφόντης), epíteto de Hermes cuyo sentido original puede haber sido «dios que mata por su resplandor».

Bajo su forma original el verso formulario era perfectamente regular. Contiene cinco pies dactílicos puros y las cesuras son regulares: cesura principal después del troqueo del tercer pie y de dos cesuras secundarias triemimera y eneaemimera). El verso está formado completamente por una larga fórmula nombre-epíteto. Esto indica la integridad de un todo constituido por el hexámetro dactílico desde esta época. Es, pues, atrayente llegar a la conclusión de que ya en el período protomicénico (siglos XVI-XV) los griegos habían tomado el hexámetro dactílico de los minoicos, lo

6. RUIGH, C.: *Minos*, 19 (1985), pp. 149-151 y 160-165.

mismo que la escritura silábica. En esta hipótesis, se llega ya al cuadro cronológico siguiente para la tradición épica:

I. 1550-1400 : protomicénico (Peloponeso)
   1400-1200 : micénico histórico (sobre todo, Peloponeso)
II. 1200-1000 : eólico continental (Beocia, Tesalia)
   1000- 900 : eólico oriental (Lesbos, Eólida)
III. 900- 800 : jónico oriental (Jonia).

Desde luego, las fechas indicadas aquí son muy aproximadas. Además, posiblemente existieron períodos de transición más o menos largos entre la fase aquea o micénica (I), la fase eólica (II) y la fase jónica (III). Después de Homero, el dialecto artificial de la poesía épica ya no sufrió más cambios, excepto para algunos detalles. Ello se explica evidentemente por la extraordinaria calidad de la *Ilíada* y la *Odisea* que impuso el dialecto homérico a los sucesores del poeta y que invitó a poner por escrito ambas epopeyas. A pesar de que, según la opinión más corriente, la *Ilíada* y la *Odisea* deben datarse en el siglo VIII, preferimos admitir la fecha dada por Herodoto (II,53,2), que sitúa a Homero en el siglo IX a. de C. En esta discusión el problema de la fecha de la introducción del alfabeto griego tiene un papel esencial.

C. *LA ESCRITURA SILÁBICA Y LA ESCRITURA ALFABÉTICA*

La escritura silábica lineal B no sobrevivió a la destrucción de los palacios micénicos. A diferencia del lineal A, no se tienen testimonios de su existencia en otros materiales que no sean los vasos, las tablillas y los precintos (*supra*, p. 293). Aquí pues, la ruptura es evidente y se explica posiblemente porque el lineal B solamente se utilizaba en la administración palacial. Algunos siglos después de la destrucción de los palacios micénicos, los griegos toman de los fenicios la escritura alfabética. La única excepción es la isla de Chipre, donde desde el siglo XI (*supra*, p. 457) se utiliza la escritura silábica chipriota, que se remonta a la escritura chiprominoica emparentada con el lineal A. Las inscripciones de Kafizin muestran que en el último cuarto del siglo III a. de C. el silabario chipriota se utilizaba aún para escribir el dialecto griego de Chipre. Puesto que, a diferencia de los demás griegos, los de Chipre disponían de escritura desde el siglo XI, pudieron permitirse no adoptar el alfabeto de origen fenicio, a pesar de que hubiera también fenicios instalados en Chipre desde el siglo IX. En el primer milenio, la escritura silábica chipriota se utiliza tanto para la lengua «autóctona» que se llama *eteochipriota*, como para el dialecto de los griegos chipriotas.

Después de la inscripción más antigua en griego chipriota, datada de la segunda mitad del siglo XI (*supra*, p. 457), la escritura chipriota no reaparece para nosotros más que hacia el final del siglo VIII, o sea, tres siglos más tarde. Sin embargo, es evidente que su utilización debió de continuar a través de esos «siglos oscuros». Es muy posible que durante este período las inscripciones sobre piedra o sobre bronce fueran muy escasas y naturalmente las que se habían escrito sobre materiales perecederos, como las tablillas de madera, cubiertas o no de cera, no pudieron sobrevivir. La lección que nos da la historia de la escritura chipriota es muy clara: la falta de documentación epigráfica para el primer cuarto del primer milenio no implica la falta de escritura durante este período.

Mientras que los griegos chipriotas continúan sirviéndose de la escritura silábica hasta el final del siglo III a. de C., los demás griegos utilizan el alfabeto griego, que es una adaptación del alfabeto fenicio. Las inscripciones más antiguas también son del último cuarto del siglo VIII a. de C. Según la opinión corriente [Heubeck, A., *in* 1, cap. III, X, pp. 75-80, y 948, pp. 12-21], la creación del alfabeto griego se remontaría a la primera mitad del siglo VIII: no se puede pensar en una fecha anterior, debido a la falta de documentación epigráfica anterior aproximadamente a 725 años a. de C. A pesar de todo, la lección de Chipre muestra que este argumento no es de recibo. Como los contactos entre griegos y fenicios deben de remontarse por lo menos al principio del primer milenio, nada excluye como fecha para utilizar el alfabeto el siglo X o el IX.

Las dos inscripciones más antiguas figuran en vasos (el enócoe del Dipilo en Atenas y el escifo de Ischia) y están constituidos por versos (hexámetros dactílicos, trimetre yámbico). Ahora bien, se trata en este caso de una utilización avanzada de la escritura. Seguramente la utilización primitiva era la de la administración comercial. Además, las numerosas diferencias entre los diversos alfabetos locales de la época arcaica se explican mejor por una evolución divergente de varios siglos (*infra*, p. 468). Finalmente, una fecha más alta en la introducción del alfabeto permite aceptar la fecha asignada por Herodoto a Homero (siglo IX). De igual forma, permite admitir la fecha asignada por los antiguos al poeta corintio Eumelos (mitad del siglo VIII), el cual, según los fragmentos conservados, tuvo una profunda influencia de la epopeya homérica [Ruijgh, C., *in* 770, p. 172]. Además el mundo descrito en la *Ilíada* y en la *Odisea* no contiene elementos que obliguen a admitir una fecha posterior al ochocientos. Por el contrario, conviene más una fecha anterior; efectivamente, el carácter bastante vago de la descripción geográfica del mundo situado al oeste de la Grecia continental, comparado con la descripción bastante precisa del mundo egeo, invita más bien a pensar en una fecha anterior a la intensa navegación que tuvo que preceder a la instalación de las colonias griegas en Sicilia e Italia meridional en el siglo VIII.

A pesar de las numerosas diferencias entre los alfabetos locales de la época arcaica, la creación del alfabeto griego tuvo que hacerse de una vez.

El principal argumento lo proporcionan las letras *A, E, I, O, Y* que expresan las vocales en griego. Se sabe que el alfabeto fenicio no escribía en principio más que las consonantes. La notación sistemática de las vocales es una innovación debida a los griegos. La escritura fenicia contenía cuatro letras para los fonemas guturales: ' (golpe de glotis), *h* (fricativa gutural no enfática), *ḥ* (fricativa gutural enfática) y ' (fricativa gutural sonora). Los nombres hebreos de estas letras son *'ālep, hē', ḥêt* y *'ayin*.[7] El griego no tenía más que un solo fonema gutural, es decir, *ḥ*. En griego, el golpe de glotis no era un fonema, sino un sonido producido automáticamente ante una vocal inicial después de un silencio. Según el principio «acrofónico» de los nombres de las letras (βῆτα, γάμμα, δέλτα, etc. por β, γ, δ, etc.), el valor de la primera letra del alfabeto, *A*, llamada ἄλφα, era *a* para los griegos. Este es el inicio de la utilización de ciertas letras para notar las vocales del griego. Así, al omitir la gutural inicial del nombre de la letra fenicia *he*, los griegos utilizaron la letra *E* para la vocal *e*, llamándola *ĕ* (*ē* cerrada, grafía posterior εἶ). Esto les condujo a utilizar la letra que anota la cuarta gutural fenicia, el *'ayin (O)*, para notar la vocal *o*; llamaban a esta letra *ŏ* (ō cerrada, grafía posterior οὖ). Como la semivocal *y* ya no subsistía en griego posmicénico (*supra*, p. 458), los griegos pudieron utilizar la letra *yôd* fenicia para la vocal *i* correspondiente, llamándola ἰῶτα (dibujo simplificado *I*). La semivocal *w*, por el contrario, subsistía todavía en griego. Por ello los griegos utilizaron dos dibujos distintos de la letra *wāw*, uno para la semivocal *w*, llamada Ϝαῦ *(F)*, el otro para la vocal *u*, llamada ὗ *(Y)*. En el orden canónico de las letras del alfabeto, *Y* se situó después de *T*, la última letra del alfabeto fenicio.

Como todos los alfabetos locales presentan los mismos valores para las letras *A, E, I, O, Y*, debe de tratarse en principio de una creación única. Otro argumento lo proporciona el uso común a todas las escrituras de las letras fenicias *ṭêt* y *qôp*, que anotan las oclusivas enfáticas *ṭ* y *q* (= *ḳ*), que se oponen en fenicio a las oclusivas no enfáticas *t* y *k*, anotadas por las letras *tāw* y *kap*. En escritura griega, Θ (θῆτα) anota la oclusiva dental aspirada frente a *T* (ταῦ), que anota su equivalente no aspirada. La utilización griega de las letras Ϙ (κόππα) y Κ (κάππα) difiere radicalmente: ambas anotan el mismo fonema no aspirado *k*. La κόππα se utiliza ante vocales *o* y *u*, posición en la cual *k* se pronuncia como una velar; y la κάππα en las demás posiciones, respondiendo a una pronunciación más bien palatal. Puesto que esta distinción era puramente fonética y no fonológica, una sola letra era suficiente. De hecho, la κόππα fue suplantada por la κάππα después de la época arcaica.

El alfabeto griego más antiguo se acababa, pues, por la letra *Y*. Este estado subsiste en Creta, en Zira y en Melos. En las dos Cícladas, las oclusivas aspiradas φ = *ph* y χ = *kh* se anotan con los dígrafos ΠΗ y ΚΗ. En Creta, por el contrario, se anotan simplemente por Π y Κ. Efectivamente, como el cretense central es un dialecto psilótico, es decir, que ha perdido la *h* inicial, los habitantes de la isla acaban

7. Puesto que los nombres fenicios de las letras del alfabeto son desconocidos, se utilizan los nombres hebreos que son de fecha más reciente. Los nombres fenicios antiguos eran seguramente más cercanos a los griegos ἄλφα, βῆτα, γάμμα, δέλτα, etc..

por utilizar la letra *H*, cuyo nombre a partir de entonces es ἦτα, para *ē* abierta, conforme al principio acrofónico.

En las demás regiones, los griegos utilizan letras adicionales añadidas después del *Y* en el orden del nombre de las letras, para anotar φ y χ. La letra Φ llamada φεῖ = *phē*, parece ser una variante del dibujo original de la letra Π, llamada πεῖ = *pē* (fenicio *pē'*). Para la letra que anota χ y llamada χεῖ = *khē* se encuentran dos dibujos diferentes, que pueden explicarse como variantes del dibujo de la letra *K*, es decir *X* y Ψ. El dibujo *X* se utiliza en una zona que comprende Jonia, las Cícladas septentrionales, el Ática, Corinto y la Argólida occidental, el dibujo Ψ en Eubea y en las demás regiones de la Grecia continental. Así el alfabeto ático se termina por Φ, *X*. Los grupos de consonantes χσ y φσ están anotados como ΧΣ y ΦΣ, lo que es lógico. Los jónicos orientales, por el contrario, acaban por anotarlas por las letras Ξ y Ψ. La primera es el antiguo *sāmek* del alfabeto fenicio que anotaba una especie de sibilante. La segunda es la letra que en el alfabeto eubeo anotaba χ. Inversamente, la escritura de Eubea utilizó la letra χ, que en el alfabeto jónico anota X para anotar el grupo χσ. Como el jónico oriental era un grupo psilótico, para la *ē* abierta los jónicos orientales, igual que los cretenses, utilizan la letra *H*. Por simetría, crearon la letra Ω, cuyo dibujo es una variante del de la letra O, para anotar *ō* abierta. Así, el alfabeto jónico oriental termina con Φ, X, Ψ, Ω. Este alfabeto acabó suplantando a los demás alfabetos locales en el siglo IV a. de C.

Los hechos mencionados presuponen una evolución divergente de duración bastante larga, entre la creación del alfabeto griego original y las inscripciones más antiguas conservadas. Desgraciadamente, no es posible reconstruir con certeza las etapas de la evolución de la escritura en cada región, es decir, establecer el orden de los cambios sobrevenidos a lo largo de los siglos en los contactos entre los griegos de diferentes regiones.

Del mismo modo, no es posible determinar el lugar de la creación del alfabeto griego original ni el lugar de origen de sus creadores. L. Jeffery [948, pp. 5-12] piensa en Al Mina, asentamiento de la costa siria donde se encontraba un establecimiento griego desde el final del siglo IX a. de C. Heubeck [*in* 1, cap. III, X, pp. 80-87] prefiere la isla de Chipre, donde coexistieron griegos y fenicios. En cualquier caso, el que el alfabeto cretense no contenga letras adicionales, no demuestra que el alfabeto griego haya sido creado por los cretenses. Efectivamente, es muy posible que éstos hubieran tomado su alfabeto de los griegos de otra región, en época anterior a la adición de las letras Φ y X/Ψ. Puede pensarse en los eubeos. Este pueblo navegante debió de tener en fechas antiguas frecuentes contactos con los comerciantes fenicios. Las recientes excavaciones de Lefkandi (*infra*, p. 472) demuestran que en Eubea el nivel de la cultura material era relativamente elevado desde el final del II milenio. Sobre ellos, uno no puede dejar de pensar en la leyenda de Palamedes que sería el inventor de algunas de las letras del alfabeto griego, sobre todo de la letra *Y*. Su padre, Nauplio, gran navegante, tiene un importante papel en las leyendas argienses y eubeas.

La lengua que se encuentra en los textos micénicos continúa utilizándose en Grecia, evolucionando a través del tiempo. El dialecto específico de los textos micénicos, por el contrario, sólo sobrevive en Arcadia y en Chipre. En el primer milenio el habla que se encuentra en las regiones de los antiguos palacios de Micenas es el dórico. Por otro lado, elementos específi-

camente micénicos sobreviven en el lenguaje artificial, formulario y tradicional. A excepción de Chipre, los griegos utilizan a partir de este momento una forma adaptada del alfabeto fenicio, es decir, del alfabeto griego, escritura más apropiada a la estructura fonológica del griego de lo que lo había sido la escritura silábica tomada de los micenios.

CAPÍTULO II

La civilización

La destrucción de los palacios micénicos y el final del bronce reciente fueron seguidos en el mundo griego de un período llamado impropiamente «los siglos oscuros» (*dark ages*). Esta época se caracteriza primeramente por la utilización de una cerámica llamada de estilo *protogeométrico* (1050-900 a. de C.) que anuncia el florecimiento de los estilos geométricos (900-700). Pero los cambios culturales heredados de la edad del bronce, especialmente su fase más reciente, plantean el problema de las continuidades y de las rupturas entre la civilización micénica y el principio de la edad del hierro. El estudio de estas cuestiones debe tener en cuenta los datos lingüísticos (*supra*, p. 457) tanto como las realidades arqueológicas.

Si se considera que la destrucción de los palacios micénicos representa el «final de un sistema» y no de una civilización (*supra*, p. 355), la permanencia de numerosos hechos culturales parece lógica. En cambio, en un mundo debilitado por las destrucciones y las mutaciones políticas y económicas, recorrido por pueblos en movimiento, debemos esperar la aparición de numerosas innovaciones, sin que sea necesario asociar sistemáticamente estos cambios con causas externas, especialmente migraciones [Blackman, D., Sp., Marinatos, y T. Powell, *in* 580, pp. 315-319]. En efecto, una sociedad puede cambiar, crear modos de vida nuevos e ideas originales sin ser estimulada por otras causas que no sean su propia evolución. Dicho de otra forma, incluso basándose en el conjunto de datos lingüísticos y arqueológicos, y teniendo en cuenta modelos antropológicos e históricos, algunos cambios culturales y determinadas continuidades siguen siendo inexplicables.

Paralelamente la terminología usual sigue siendo equívoca: entre los términos *continuidad* y *ruptura* hay toda una gama de palabras más apropiadas a los distintos casos. Una *continuidad* puede representar la persistencia de un dato cultural pero también su supervivencia, su retorno o incluso su recuerdo, que se inscribe en la memoria de la sociedad, en lo que se llama la tradición. Una *ruptura* puede ser el resultado de un cambio cultural pro-

fundo, pero también de un invento, de una innovación o de una simple transformación.

El hábitat y la vivienda

Se conocen pocos asentamientos datados al principio de la edad del hierro. En la mayoría de ellos, los restos de viviendas son escasos. Con frecuencia solamente las necrópolis sugieren la importancia de una aglomeración, como ocurre por ejemplo en Volos, Atenas, Lefkandi, Argos, Ialysos y Cnosos. No se puede verdaderamente medir la extensión de las zonas construidas más que en Zagora, en la isla de Andros, que data de la época geométrica. En otros puntos, entre unos treinta asentamientos de la Grecia continental o en el mar Egeo, se observa sobre todo la falta de disposiciones de defensa, a excepción de la antigua Esmirna, que posee una muralla desde la mitad del siglo IX. Esta situación difiere sensiblemente de la de numerosos asentamientos micénicos dominados por una acrópolis fortificada. Podría explicarse por un estado de paz durante los primeros siglos de la edad del hierro. Así y todo, en determinados asentamientos como Atenas y Argos, la acrópolis fortificada de la época micénica puede aún servir de refugio a los pueblos de las aglomeraciones vecinas.

Aunque los asentamientos micénicos se agruparon frecuentemente en la época histórica, los ejemplos de una ocupación continua desde el bronce reciente a la época geométrica son poco numerosos. Podemos retener el caso de Lefkandi, ocupada sin interrupción desde las últimas fases del HR III (*supra*, p. 349) hasta el geométrico reciente (segunda mitad del siglo VIII). Una continuidad análoga se encuentra también en Ítaca, en Grotta, en la isla de Naxos, y probablemente en Volos, pero casi siempre se eligen nuevos emplazamientos al principio de la edad del hierro, mientras que determinados emplazamientos importantes de la época micénica, como Micenas, pierden toda su importancia.

Las técnicas de construcción siguen siendo sencillas. La piedra, habitual en la época micénica, se emplea rara vez. Los ladrillos de barro crudo, o adobes, de forma rectangular, constituyen la materia básica en las viviendas. Se ha querido ver en las casas rectangulares con un porche con columnas unidas por una pared a la fachada, y a veces provistas de un hogar —por ejemplo, en Zagora (Andros), Tsilakario (Naxos) y Emporio (Jios)— una supervivencia micénica. Pero este plano no es verdaderamente característico de la época micénica (*supra*, p. 359). Las casas de forma absidial son las que se encuentran más frecuentemente en las épocas protogeométrica y geométrica. Esta forma apareció en Grecia al final del III milenio, se extendió durante el HM y sobrevivió a la época micénica (*supra*, pp. 103, 190 y 359). Al principio de la edad del hierro los ejemplos más característicos

se encuentran en Asini, Lefkandi y en la antigua Esmirna. Este plano aparece también reproducido en modelos de barro cocido, como el del santuario de Hera Akraia en Peracora (principios del siglo VIII).

Entre los edificios de ábside, los más grandes han sido a veces interpretados como lugares de culto, o como viviendas reales. Así, por ejemplo, un edificio descubierto en Lefkandi, en el lugar llamado Tumbas, mide 50 × 10 m; unos postes sostienen la parte interna de los muros construidos de adobe. En el interior está enterrada una pareja, así como cuatro caballos.[1] Este edificio excepcional, datado en el siglo X, se identificó primeramente como un *herôon* por los excavadores, pero puede también ser considerado como la mansión del *basileus* de Lefkandi y los restos mortuorios como los de la pareja real [955]. Las construcciones con ábside de Termos, Eretria, así como otros ejemplares hallados en Nicoria, en Asini, en Olimpia o en el nivel VIII de Troya entrarían en la misma categoría. Serían en su origen templos griegos, puesto que en esta época es el *basileus* el que preside, en su casa, las ceremonias religiosas. Esta hipótesis dejaría de lado la idea según la cual el templo griego tiene su origen en la unidad principal del palacio micénico (*megaron*).

Las costumbres funerarias

En el ámbito funerario es donde los restos son más numerosos. El enterramiento individual se convierte en la costumbre más corriente, por más que se encuentran aún enterramientos múltiples de tipo micénico en Tesalia, por ejemplo, en Kapakli (Volos), en Mesenia y, sobre todo, en Creta en tumbas de cámara o en forma de tolos [950, pp. 266-274]. Las tumbas de cista y de pozo, que no eran desconocidas en la época micénica, sobre todo durante el HR III C, en el cual las primeras representan la supervivencia de una práctica funeraria del HM, se convierten en uno de los tipos más frecuentes en las épocas protogeométrica y geométrica.

La inhumación de los muertos, rasgo dominante en la época micénica, se sustituye por la incineración, ya practicada esporádicamente en los períodos precedentes (*supra*, pp. 250 y 380). En Atenas como en Lefkandi o en Medeon de Fócida, la incineración es casi exclusiva para los adultos, mientras que los niños continúan siendo enterrados en tumbas de cista, así como en jarras.

Los cultos heroicos que se desarrollan en la época geométrica tienen un lugar original entre las costumbres funerarias. Pueden realizarse primera-

1. TOUCHAIS, G.: «Chronique...», *BCH* 105 (1981), p. 850; 106 (1982), pp. 588-592; 107 (1983), p. 807, y 108 (1984), p. 813; véase también POPHAM, M., E. TOULOUPA, y L. SACKETT: *Antiquity* 56 (1982), pp. 169-174.

mente cerca de una tumba de la época micénica, tolos o tumba de cámara. Las primeras manifestaciones de estos cultos, concentrados sobre todo en Argólida, en Mesenia y en Ática, datan aproximadamente del 750, siendo las más recientes de la mitad del siglo VII. En general, se depositan algunas ofrendas, principalmente cerámica, a la intención de un muerto de una época «heroica», pero estas ofrendas son impersonales.[2] Una sola inscripción, sobre un fragmento de cerámica arcaica, ha sido encontrada en Micenas más arriba del círculo A; lleva una dedicatoria a un héroe anónimo: τοῦ ἥρωός ἐμι.

Pero el culto heroico puede tomar también un aspecto personal. El héroe, que en este caso se nombra, se honra no ya en una tumba sino en un santuario. En la Academia de Atenas, el culto de Academos, héroe fundador de la ciudad, se inicia en el geométrico antiguo I (900-875). Ulises se honra en Ítaca, en la gruta de Polis, donde están depositados trípodes de hacia el 800. A partir del 700, se celebra un culto en Micenas en honor de Agamenón y en Esparta a la intención de Menelao y de Helena. Todos estos cultos pueden relacionarse con la difusión de la poesía épica en un momento en el cual el recuerdo de la época micénica está aún vivo.[3] Estos cultos heroicos aparecen en Homero bajo sus dos formas.

Los santuarios, la mitología y la religión

Después del desciframiento del lineal B, que reveló los nombres de varias divinidades conocidas en la época histórica (*supra*, p. 419), los problemas referentes a las continuidades y rupturas entre la religión micénica y la religión griega del primer milenio han suscitado numerosas polémicas. Por ejemplo, la idea de que existe una total continuidad entre la época micénica y los períodos posteriores llevó a determinados arqueólogos a buscar bajo el emplazamiento de los principales santuarios de la época histórica los lugares de culto micénicos que, según ellos, debían de haberles precedido. Por esto se consideran frecuentemente los restos micénicos descubiertos bajo los santuarios helénicos como de naturaleza religiosa y que atestiguan prácticas cultuales en honor de la misma divinidad, muy arcaicas.

Pero las investigaciones llevadas a cabo en Olimpia, Delfos, Delos y Eleusis muestran que no está clara la existencia de ningún culto de la época

2. Sin embargo nos podemos preguntar a veces si todo el material de época geométrica descubierto en la proximidad de las tumbas micénicas representa verdaderamente una ofrenda funeraria.

3. Para otras interpretaciones véase en GNOLI, G. y J.-P. VERNANT (dir.): *La mort dans les sociétés anciennes*, Cambridge-París (1982), SNODGRASS, A., pp. 107-119 (los cultos heroicos no serían más que cultos familiares en relación con la ocupación de la tierra) y BÉRARD, CL., pp. 89-105 (la heroización tendría un carácter político y estaría unida a la formación de la ciudad).

micénica. La naturaleza religiosa de los restos de la edad del hierro no puede, pues, admitirse como demostración de la naturaleza religiosa de los restos descubiertos en los niveles inferiores. Deberían realizarse investigaciones comparables sobre los restos micénicos —figuritas o, a veces, solamente cerámica— descubiertos bajo los santuarios de Hera en Samos, de Apolo en Egina, de Artemis Elafebolia en Kalapodi (Fócida)[4] y de Jacinto en Amiclas (Laconia) (*supra*, p. 416, n. 36). Sobre todos estos asentamientos, los testimonios arqueológicos en favor de una actividad cultual en la época micénica parecen débiles, porque el material descubierto no se caracteriza en manera alguna como depósito votivo. Así y todo, en Amiclas se podría aprovechar como argumento el nombre de Jacinto, que es «prehelénico».

Por lo demás, algunos santuarios de importancia local se inscriben en una tradición muy antigua. Este es el caso de Epidauro para el santuario de Apolo Maleatas, situado en el monte Kinortion, cuyo funcionamiento está demostrado en la época micénica, único ejemplo de lo que podía haber sido un santuario de cumbre en el continente griego (*supra*, p. 265); y luego está demostrada su continuidad a partir del geométrico reciente.

Pero se encuentran los únicos ejemplos de una práctica cultual ininterrumpida entre el II y I milenio fuera de la Grecia continental. En Kato Simi, en Creta, el santuario consagrado en época histórica a Hermes y Afrodita está sobre un lugar de culto minoico caracterizado por vestigios arquitectónicos e importantes depósitos votivos del MM III B y del MR III B (*supra*, p. 229). El culto parece continuo desde el MR III B (siglo XIII) hasta el siglo VI pero la ocupación del asentamiento perdura desde el siglo XVI a. de C. hasta el siglo III de nuestra era [960]. En la isla de Keos, en Aguia Irini, bajo un santuario consagrado a Dionisos desde el final del siglo VI hasta el final de la época clásica, parece demostrada la permanencia de un culto a partir del siglo XV y en el siglo VIII se vuelve a utilizar una cabeza de estatuilla del bronce reciente instalándola sobre una base circular [Caskey, M. *in* 96, pp. 129-130, y 309, p. 39], práctica alrededor de una reliquia que evoca idénticos mecanismos que los cultos heroicos hallados alrededor de las tumbas micénicas.

Como podemos ver, pocos son los cultos de la época histórica que sucedieron a cultos micénicos y cuando hubo continuidad, no se sabe si estos cultos estaban dedicados a las mismas divinidades, pero ello no quiere decir que no exista un parentesco religioso entre los micenios y los griegos de la época histórica. Este parentesco es especialmente reconocible en el campo de la mitología, gracias a las menciones de divinidades griegas en las tablillas de lineal B (*supra*, p. 419). La mitología griega aparece ya enteramente constituida en la época de los poemas homéricos (siglos IX y VIII), pero las tablillas micénicas demuestran que está formada por lo menos desde la edad

4. FELSCH, R.: *AA*, 1987, pp. 1-99, e *in* [96, pp. 81-89].

del bronce. La tradición oral permitió la transmisión a través de los siglos. La herencia micénica aparece manifiesta incluso en determinadas funciones atribuidas a las divinidades, como Atenea, cuyos epítetos, reconocidos en las tablillas anuncian relaciones con los caballos (*i-qe-ja* Ἱππία) o con los oficios artesanos (la Atenea Ergane de la Grecia histórica). Sin embargo, las formas del pensamiento religioso, las prácticas rituales, así como los diversos aspectos de la cultura material, siguen siendo difíciles de interpretar.

La tradición poética y la sociedad

Es en la sociedad donde se pueden observar los más grandes cambios de una a otra época. Pero Homero nos presenta un mundo compuesto, imposible de disociar completamente del mundo micénico (*supra*, p. 461). A estos rasgos micénicos transmitidos por la tradición oral a través de la poesía épica, también ella de origen micénico, se habrían añadido los temas de una poesía igualmente formularia pero de expresión minoica [964, pp. 366-367]. Esta tradición poética se enriqueció, además, con elementos propios de la Grecia arcaica, inspirados en hechos contemporáneos de Homero. La sociedad «homérica» no representa, pues, una instantánea histórica.

De hecho, se toma más exactamente la medida de los cambios sociales al principio de la edad del hierro al examinar el vocabulario institucional. La organización política parece radicalmente diferente de las estructuras palaciales micénicas. Incluso cuando el vocabulario conserva algunos términos que se encuentran en las tablillas, las realidades designadas por estos términos son muy diferentes. Por ejemplo, es el caso de la palabra *qa-si-re-u*, que designa un jefe local en la época micénica y se convierte en el primer milenio en el título del rey —βασιλεύς— (*supra*, p. 325). Es también el caso de la palabra *te-me-no*, que en las tablillas designa una propiedad de la cual disfrutan el *wa-na-ka* o el *ra-wa-ke-ta* (*supra*, p. 383) mientras que en la Grecia arcaica y clásica la palabra τεμένος se aplica al santuario de una divinidad, utilización que se encuentra ya en algunos pasajes homéricos. Las permanencias del vocabulario enmascaran las transformaciones de la sociedad.

El arte y el artesanado

En el campo artístico y artesanal el resultado parece muy contrastado: se observan numerosos cambios, pero determinadas producciones se inscriben en un marco tradicional. Así ocurre con el trabajo de los metales

preciosos, especialmente el oro, que desaparece. Por el contrario, el trabajo del marfil en relieve prosigue, mediante los talleres de Chipre y de Ras Shamra, que prolongan la tradición micénica hasta la época arcaica. Se trata de un hecho importante, puesto que en la misma Grecia el arte del relieve permanece ignorado durante los primeros siglos de la edad del hierro y no resurgirá hasta el siglo VIII bajo la influencia oriental.

La cerámica sigue igualmente un camino rico en innovaciones, pero durante su primera fase, el protogeométrico, las formas y decorados tienen la huella de las últimas producciones micénicas (*supra*, p. 348). Este es el caso de la cerámica protogeométrica de Atenas y de las variantes locales encontradas en toda Grecia. Es también lo que ocurre en las Cícladas, como en Naxos, donde ha podido reconocerse una tradición micénica tardía.[5] Así y todo, debe de llamarse la atención sobre el carácter tan original de esta cerámica: el decorado se enriquece especialmente con círculos concéntricos y semicírculos trazados con el compás y con motivos pintados con un pincel múltiple.

En el arte del barro cocido se manifiesta igualmente un cierto conservadurismo: en numerosas regiones, las estatuillas de animales hechas al torno, en las que figuran, sobre todo, toros (*supra*, p. 412), sobreviven en los primeros siglos de la edad del hierro. Este tipo de producciones se muestra muy refractaria a las innovaciones, como lo demuestran también las figuritas femeninas halladas en las tumbas, tanto en la época micénica como en las épocas geométrica y arcaica. El gesto de las plañideras se encuentra aquí fijado por las costumbres.

La historia de la metalurgia muestra igualmente que la ruptura no es total. En el trabajo del bronce, las técnicas e incluso las formas de la edad del hierro son ya conocidas en el siglo XII; quizá, desde el XIII. Así ocurre con los trípodes de cubeta clavada y soportes calados, que ocupan un lugar tan característico en la metalurgia del período arcaico, y que tienen su origen en la época micénica. En cambio, a pesar de que el hierro ya era conocido en la edad del bronce, su uso no se difundirá hasta el primer milenio, en que sustituirá al bronce.

En cuanto al armamento, la creación del casco «corintio», el tipo de coraza, el empleo del carro de combate, la utilización del arco y la fabricación de espadas de hierro representan las principales innovaciones. La tradición micénica se manifiesta en la utilización de largas lanzas y en la forma de los escudos. El escudo rectangular, el escudo llamado «del Dipilón» y el escudo redondo responden a los modelos micénicos «en torre», «en ocho» y redondo; el tipo con escotadura «del Dipilón» solamente se encuentra en las miniaturas de barro cocido y por representaciones en vasos geométricos; así pues, la realidad de su existencia ha sido puesta en duda.

5. ZAPHIROPOULOU, PH.: *AnnScAtene*, 45 (1983), pp. 121-136.

Podría ser solamente un recuerdo artístico de la época de los héroes; así y todo, hay argumentos convincentes a favor de su utilización durante la época geométrica y su aparente ineficacia quizá sólo sería el resultado de la estilización habitual del arte del período geométrico. El escudo redondo micénico que sobrevive al protogeométrico y al geométrico se convierte, al añadirle una segunda empuñadura, en el escudo del hoplita.

¿Deberán reconocerse también recuerdos micénicos en la iconografía de los vasos de la época geométrica? Efectivamente, en este momento vuelven a aparecer las representaciones figuradas en toda la cerámica, después de varios siglos (en el protogeométrico) de decorados puramente geométricos. No se puede realmente disociar este fenómeno de su contexto, puesto que se produce en el momento de la gran expansión de los griegos hacia el Próximo Oriente, pero hay ciertos motivos que recuerdan el arte micénico: las plañideras, cuya representación plástica se conocía ya en el mundo micénico y en el de la época arcaica, las carreras de carros, los desfiles de guerreros, las escenas de combates. Sin llegar a hablar de una filiación perfecta de estas reproducciones geométricas a partir del arte micénico, se puede pensar que los artesanos habían preservado una tradición a través de varios siglos y que se transmitió de generación en generación.

Esta memoria del artesano corresponde al proceso observado en la transmisión oral de la poesía épica. En ambos casos la herencia micénica representa una aportación original y ocupa un lugar especial en la historia cultural del helenismo.

Bibliografía

ABREVIATURAS BIBLIOGRÁFICAS

AA	*Archäologischer Anzeiger*
AAA	*Athens Annals of Archaeology*
AJA	*American Journal of Archaeology*
AM	*Athenische Mitteilungen*
AnatSt	*Anatolian Studies*
AnnScAtene	*Annuario della Scuola archeologica di Atene e delle Missioni in Oriente*
ArchDelt	*Archaiologikon Deltion*
ArchEph	*Archaiologikè Ephèméris*
ArchRep	*Archaeological Reports.* Suplemento del *Journal of Hellenic Studies*
BCH	*Bulletin de Correspondance hellénique*
BICS	*Bulletin of the Institute of Classical Studies*
BollArte	*Bolletino d'Arte*
BSA	*Annual of the British School at Athens*
CMS	*Corpus der minoischen und mykenischen Siegel* [67]
Ergon	*To Ergon tès en Athènais Archaiologikès Hétaireias*
JdI	*Jahrbuch des deutschen archäologischen Instituts*
JFA	*Journal of Field Archaeology*
JRGZM	*Jahrbuch des römisch-germanischen Zentralmuseums Mainz*
Mém	LEJEUNE M. [759]
OphAth	*Opuscula Atheniensia*
OxJournArch	*Oxford Journal of Archaeology*
PPS	*Proceedings of the Prehistoric Society*
PraktAE	*Praktika tès en Athènais Archaiologikès Hétaireias*
PZ	*Prähistorische Zeitschrift*
RA	*Revue archéologique*
REA	*Revue des Études anciennes*
REG	*Revue des Études grecques*
SMEA	*Studi micenei ed egeo-anatolici*
TUAS	*Temple University Aegean Symposium*

La bibliografía comprende:

a) los estudios generales o temáticos sobre un conjunto de períodos [1-100];
b) los estudios sectoriales y las principales publicaciones de campo [101-405];
c) las referencias a los temas tratados en cada uno de los capítulos, en el mismo orden que en el texto [406-972].

Para no alargar una lista ya extensa de por sí, hemos destacado por una parte los estudios «fundamentales» y por otra los trabajos más recientes que comportan una bibliografía completa y permiten acceder a tal o cual sector especializado. En el texto solamente figuran las referencias de interés puntual.

OBRAS GENERALES, SÍNTESIS, MANUALES

[1] *Archaeologia Homerica*, Gotinga (a partir de 1967) (fascículos monográficos con documentación arqueológica y textos testimoniales).

[2] *Histoire de la nation grecque*, I: *Préhistoire et protohistoire*, Atenas (1970) [en griego; edición inglesa, Atenas (1974)].

[3] *The Cambridge Ancient History,*[3] vol. I, 1: *Prolegomena and prehistory*; 2: *Early history of the Middle East*; vol. II: *History of the Middle East and the Aegean region*, 1: *c. 1800-1380 BC*; 2: *c. 1380-1000 BC*, Cambridge, 1970-1973.

[4] DESHAYES, J.: *Les civilisations de l'Orient ancien*, París, 1969.

[5] FINLEY, M.: *Les premiers temps de la Grèce: l'Age du Bronze et l'époque archaïque*, París, 1973.

[6] HOOD, S.: *L'Egée avant les Grecs*, París, 1969 (edición inglesa, Londres [1967]).

[7] PLATON, N.: *La civilisation égéenne*, París, 1981.

[8] SCHACHERMEYR, Fr.: *Die ägäische Frühzeit*, 1: *Die vormykenischen Perioden des griechischen Festlandes und der Kykladen*; 2: *Die mykenische Zeit und die Gesittung von Thera*; 3: *Kreta zur Zeit der Wanderungen: vom Ausgang der minoischen Ära bis zur Dorisierung der Insel*; 4: *Griechenland im Zeitalter der Wanderungen vom Ende der mykenischen Ära bis auf die Dorier*, Viena, 1976-1980.

[9] VAN EFFENTERRE, H.: *Les Egéens. Aux origines de la Grèce, Chypre, Cyclades, Crète et Mycènes*, París, 1986.

[10] VERMEULE, E.: *Greece in the Bronze Age,*[5] Chicago-Londres, 1972 (estado de las investigaciones en 1964).

OBRAS COLECTIVAS

[11] *Antichità Cretesi: Studi in onore di Doro Levi* I, Catania, 1978.

[12] *Aux origines de l'hellénisme. La Crète et la Grèce. Hommage à Henri Van Effenterre*, París, 1984.

[13] BUCHHOLZ, H.-G. (ed.): *Ägäische Bronzezeit*, Darmstadt, 1987.

[13 bis] FRENCH, E., y K. WARDLE (eds.): *Problems in Greek Prehistory. Papers presented at the centenary Conference of the British School of Archaeology at Athens, Manchester, April 1986*, Bristol, 1988.

[14] *Philia Epè [Mélanges G. Mylonas]*, Atenas, 1986-1987.
[15] *Eilapinè [Mélanges N. Platon]*, Heraklion, 1987.
[16] *Greece and the Eastern Mediterranean in Ancient History and Prehistory. Studies presented to Fritz Schachermeyr*, Berlín-Nueva York, 1977.
[17] WILKIE, N., y W. COULSON (eds.): *Contributions to Aegean Archaeology. Studies in honor of William A. McDonald*, Minneapolis, 1985.

ESTUDIOS TEMÁTICOS

Geografía, entorno

[18] ANGELIER, J.: «Sur l'évolution tectonique depuis le Miocène supérieur d'un arc insulaire méditerranéen: l'arc égéen», *Revue de Géographie physique et de Géologie dynamique* 19 (1977), pp. 271-294.
[19] BARBERO, M., y P. QUEZEL: «La végétation de la Grèce et l'action de l'homme», *Méditerranée* (1983) (2), pp. 65-71.
[20] BELLIER, P. *et al.*: *Paysages de Macédoine* (obra presentada por J. LEFORT), París, 1986.
[21] BINTLIFF, J.: *Natural environment and human settlement in Prehistoric Greece*, Oxford, 1977.
[22] BINTLIFF, J. (ed.): *Mycenaean geography. Proceedings of the Cambridge Colloquium, September 1976*, Cambridge, 1977.
[23] BINTLIFF, J., y W. VAN ZEIST (eds.): *Palaeoclimates, palaeoenvironments and human communities in the Eastern Mediterranean region in Later Prehistory*, Oxford, 1982.
[24] BIROT, P., y J. DRESCH: *La Méditerranée et le Moyen-Orient*, II: *La Méditerranée orientale et le Moyen-Orient*, París, 1964.
[25] BIROT, P. *et al.*: «Esquisse géomorphologique du sud-ouest de l'Asie Mineure», *Méditerranée* (1968) (2), pp. 97-138.
[26] BOTTEMA, S.: «Palynological investigations on Crete», *Review of palaeobotany and Palynology* 31 (1980), pp. 193-217.
[27] BOTTEMA, S.: «Palynological investigations in Greece with special reference to pollen as an indicator of human activity», *Palaeohistoria*, 24 (1982), pp. 257-289.
[28] FAUGÈRES, L.: «Les complexes de loess et paléosols des bordures du golfe Thermaïque (Macédoine centrale, Grèce)», *Bulletin de l'Association française d'Études du Quaternaire*, 50 (1977) I, pp. 119-133.
[29] FAUGÈRES, L.: *Recherches géomorphologiques en Grèce septentrionale*, París, 1978.
[30] FAUGÈRES, L. (dir.): «Colloque sur l'évolution des paysages de la rive nord-méditerranéenne depuis la fin de la dernière période glaciaire», *Bulletin de l'Association des Géographes français* I (1980), pp. 3-48.
[31] HIGGS, E. *et al.*: «The climate, environment and industries of Stone Age Greece: Part III», *PPS*, 33 (1967), pp. 1-29.

[32] KRAFT, J., I. KAYAN, y O. EROL: «Geomorphic reconstructions in the environs of ancient Troy», *Science*, 209 (1980), pp. 776-782.
[33] KRAFT, J., S. ASCHENBRENNER, y G. RAPP: «Late Holocene paleogeomorphic reconstructions in the area of the bay of Navarino: Sandy Pylos», *Journal of Archaeological Science*, 7 (1980), pp. 187-210.
[34] *La mobilité des paysages méditerranéens*. Obra colectiva en memoria del profesor P. BIROT, *Revue géographique des Pyrénées et du Sud-Ouest, Travaux* II, Toulouse, 1984.
[35] LEROI-GOURHAN, A.: «Les analyses polliniques au Moyen-Orient», *Paléorient*, 6 (1980), pp. 79-91.
[36] PONCET, J.: «De Platon au problème de l'"environnement" méditerranéen», *Études offertes à Jean Despois*, París, 1973, pp. 325-330.
[37] WAGSTAFF, J. (dir.): *Landscape and culture. Geographical and archaeological perspectives*, Oxford, 1987.
[38] WIJMSTRA, T.: «Palynology of the first 30 metres of a 120 m deep section in Northern Greece», *Acta Botanica Neerlandica*, 18 (1969), pp. 511-527.

Cronología y terminología

[39] ÅSTRÖM, P. (ed.): *High, middle or low? Acts of an international colloquium on absolute chronology held at the University of Gothenburg, 20th-22nd August 1987*, Gotemburgo, 1987.
[40] ÅSTRÖM, P., L. PALMER, y L. POMERANCE: *Studies in Aegean chronology*, Gotemburgo, 1984.
[41] BETANCOURT, Ph.: «Dating the Aegean Late Bronze Age with radiocarbon», *Archaeometry*, 29 (1987), pp. 45-49.
[42] BETANCOURT, Ph., G. WEINSTEIN: «Carbon-14 and the beginning of the Late Bronze Age in the Aegean», *AJA*, 80 (1976), pp. 329-348.
[43] CASKEY, J.: «Aegean terminologies», *Historia*, 27 (1978), pp. 488-491.
[44] EHRICH, R. (ed.): *Chronologies in Old World archaeology*, Chicago-Londres, 1965.
[45] HANKEY, Vt., y P. WARREN: «The absolute chronology of the Aegean Late Bronze Age», *BICS* (1974), pp. 142-153.
[46] KOHLER, E., y E. RALPH: «C-14 dates for sites in the Mediterranean area», *AJA*, 65 (1961), pp. 357-367.
[47] MACNEAL, R.: «Helladic prehistory through the looking glass», *Historia*, 24 (1975), pp. 385-401.
[48] WARREN, P.: «Absolute dating of the Aegean Late Bronze Age», *Archaeometry*, 29 (1987), pp. 205-211.
[49] WATKINS, Tr.: *Radiocarbon: calibration and prehistory*, Edimburgo, 1975.

Historia del arte e iconografía

[50] BUCHHOLZ, H.-G., y V. KARAGEORGHIS: *Altägäis und Altkypros*, Tubinga, 1971 (edición inglesa, Londres, 1973).
[51] DARCQUE, P., y J.-CL. POURSAT (ed.): *L'iconographie minoenne. Actes de la Table ronde d'Athènes (21-22 avril 1983)*, París, 1985.

[52] DEMARGNE, P.: *Naissance de l'art grec*, París, 1964.
[53] EKSCHMITT, W.: *Kunst und Kultur der Kykladen*, I: *Neolithikum und Bronzezeit*, Maguncia, 1986.
[54] HIGGINS, R.: *Greek and Roman Jewellery,*[2] Londres, 1980.
[55] HOOD, S.: *The arts in Prehistoric Greece*, Norwich, 1978 (numerosas referencias).
[56] MARINATOS, Sp, y M. HIRMER: *Kreta, Thera und das mykenische Hellas,*[2] Múnich, 1973.
[57] MATZ, Fr.: *La Crète et la Grèce primitive: prolégomènes à l'histoire de l'art grec*, París, 1962 (edición alemana, Stuttgart, 1956).
[58] ZERVOS, Chr.: *L'art de la Crète néolithique et minoenne*, París, 1956.
[59] ZERVOS, Chr.: *L'art des Cyclades du début à la fin de l'Age du Bronze, 2500-1100 avant notre ère*, París, 1957.

Hábitat y vivienda

[60] GUEST-PAPAMANOLI, A.: «L'emploi de la brique crue dans le domaine égéen à l'époque néolithique et à l'Age du Bronze», *BCH*, 102 (1978), pp. 3-24.
[61] NAUMANN, R.: *Architektur Kleinasiens, von ihrer Anfängen bis zum Ende der hethitischen Zeit,*[2] Tubinga, 1971.
[62] SINOS, St.: *Die vorklassischen Hausformen in der Ägäis*, Maguncia, 1971.
[63] UCKO, P., G. DIMBLEDY, y R. TRINGHAM (eds.), *Man, settlement and urbanism*, Londres, 1972.

Arquitectura y costumbres funerarias

[64] LAFFINEUR, R. (ed.): *Thanatos. Les coutumes funéraires en Égée à l'Age du Bronze. Actes du Colloque de Liège* (21-23 abril 1986), Lieja, 1987.
[65] PELON, O.: *Tholoi, tumuli et cercles funéraires*, París, 1976.
[66] PINI, I.: *Beiträge zur minoischen Gräberkunde*, Wiesbaden, 1968.

Producciones artesanales

[67] *Corpus der minoischen und mykenischen Siegel*, Berlín (desde 1964).
[68] BETANCOURT, Ph.: *The history of Minoan pottery*, Princeton, 1985.
[69] DESHAYES, J.: *Les outils de bronze de l'Indus au Danube (IVe au IIe millénaire)*, París, 1960.
[70] FRENCH, D.: *Notes on prehistoric pottery groups from Central Greece*, Atenas, 1972 (poligrafiado).
[71] JONES R. (ed.): *Greek and Cypriot pottery: a review of scientific studies*, Atenas, 1985.
[72] KILIAN-DIRLMEIER, I.: *Nadeln der frühhelladischen bis archaischen Zeit von der Peloponnes*, Múnich, 1984.
[73] LEROI-GOURHAN, A.: *L'homme et la matière,*[2] París, 1943.
[74] LEROI-GOURHAN, A.: *Milieu et techniques,*[2] París, 1945.
[75] MUHLY, J., R. MADDIN, y V. KARAGEORGHIS (eds.): *Early metallurgy in Cyprus, 4000-500 BC*, Nicosia, 1981.

[76] WARREN, P.: *Minoan stone vases*, Cambridge, 1969.
Véase también [611].

Sociedad

[77] KRZYSZKOWSKA, O., y L. NIXON (eds.): *Minoan Society. Proceedings of the Cambridge Colloquium 1981*, Bristol, 1983.
[78] LÉVY, E. (ed.): *Le système palatial en Orient, en Grèce et à Rome. Actes du Colloque de Strasbourg,* 19-22 junio 1985, Estrasburgo, 1987.

Economía, intercambios, relaciones

[79] *Acts of the International Archaeological Symposium «The Mycenaeans in the Eastern Mediterranean»*, Nicosia, 27 de marzo-2 de abril de 1972, Nicosia, 1973.
[80] *Magna Grecia e mondo miceneo. Atti del XXII Convegno di Studi sulla Magna Grecia*, Tarento, 7-11 octubre de 1982, Tarento, 1985.
[81] *The relations between Cyprus and Crete, ca. 2000-500 BC. Acts of the International Archaeological Symposium*, Nicosia, 16-22 de abril de 1978, Nicosia, 1979.
[82] BASCH, L.: *Le musée imaginaire de la marine antique*, Atenas, 1987, esp. cap. IV.
[83] BENDER, B.: *Farming in Prehistory: from hunter-gatherer to food-producer*, Londres, 1975.
[84] HÄGG, R., y N. MARINATOS (eds.): *The Minoan thalassocracy. Myth and reality. Proceedings of the Third International Symposium at the Swedish Institute in Athens*, 31 de mayo-5 de junio de 1982, Estocolmo, 1984.
[85] HANSEN, J.: «Agriculture in the Prehistoric Aegean: data versus speculation», *AJA*, 92 (1988), pp. 39-52.
[86] KNAPP, A., y T. STECH (eds.): *Prehistoric production and exchange: the Aegean and Eastern Mediterranean*, Los Ángeles, 1985.
[87] MARAZZI, M., S. TUSA, y L. VAGNETTI (eds.): *Traffici micenei nel Mediterraneo. Problemi storici e documentazione archeologica. Atti del Convegno di Palermo,* 11-12 mayo y 3-6 diciembre 1984, Tarento, 1986.
[88] PETRUSO, K.: *Systems of weight in the Bronze Age Aegean*, Ann Arbor, 1980.
[89] RENFREW, C., J. CANN, y J. DIXON: «Obsidian in the Aegean», *BSA*, 60 (1965), pp. 223-247.
[90] ROSS, HOLLOWAY R.: *Italy and the Aegean 3000-700 BC*, Louvain-la-Neuve, 1981.
[91] TORRENCE, R.: *Production and exchange of stone tools. Prehistoric obsidian in the Aegean*, Cambridge, 1986.
[92] VAGNETTI, L. (ed.): *Magna Grecia e mondo miceneo. Nuovi documenti*, Tarento, 1982.
[93] VERCOUTTER, J.: *L'Égypte et le monde égéen préhellénique*, El Cairo, 1956.

Religión

[94] FERNÁNDEZ, N.: «Les lieux de culte de l'Age du Bronze en Crète: questions de méthode», *RA* (1985), pp. 257-268.

[95] GESELL, G.: *Town, palace and house cult in Minoan Crete*, Gotemburgo, 1985.
[96] HÄGG, R., y N. MARINATOS (eds.): *Sanctuaries and cults in the Aegean Bronze Age. Proceedings of the First International Symposium at the Swedish Institute in Athens*, 12-13 mayo 1980, Estocolmo, 1981.
[97] NILSSON, M.: *The Minoan-Mycenaean religion,*[2] Lund, 1950.
[98] PICARD, Ch.: *Les religions préhelléniques (Crète et Mycènes)*, París, 1948.
[99] RUTKOWSKI, B.: *The cult places of the Aegean*, New Haven-Londres, 1986. Véase también (GUETTEL COLE, S., *in* 17, pp. 49-59).

BIBLIOGRAFÍAS E INSTRUMENTOS DE INVESTIGACIÓN

[100] NAVE, D., y O. PELON: «Bulletin bibliographique des études égéo-anatoliennes», *REG*, 94 (1981), pp. 76-146 (inventario de las principales publicaciones para el período 1952-1978 e índice analítico).

Para una investigación bibliográfica, consultar el periódico *Nestor*, así como las secciones especializadas de *L'Année Philologique* y de la *Archäologische Bibliographie*.

Para una investigación arqueológica, consultar la *Chronique des fouilles et découvertes archéologiques en Grèce* en el *BCH* y los *Acheological Reports* (suplemento del *Journal of Hellenic Studies*).

ESTUDIOS REGIONALES Y PUBLICACIONES DE EXCAVACIÓN

[101] DICKINSON, O., y R. HOPE SIMPSON: *A gazetteer of Aegean civilisation in the Bronze Age*, vol. I: *The mainland and islands*, Gotemburgo, 1979.

Peloponeso

[102] SYRIOPOULOS, K.: *La préhistoire du Péloponnèse*, Atenas, 1964 (en griego).

CORINTIA

[103] BLEGEN, C.: *Korakou, a Prehistoric settlement near Corinth*, Boston-Nueva York, 1921.
[104] BLEGEN, C.: *Zygouries, a Prehistoric settlement in the valley of Cleonae*, Cambridge (Mass.), 1928.

Corinto

[105] BLEGEN, C.: *Corinth*, XIII: *Corinth, the North cemetery*, Princeton, 1964, pp. 1-12.
[106] KOSMOPOULOS, L.: *The Prehistoric inhabitation of Corinth*, I, Múnich, 1948.

Nemea

[107] WRIGHT, J.: «Excavations at Tsoungiza (Archaia Nemea) 1981», *Hesperia*, 51 (1982), pp. 375-397.

ARGÓLIDA

Argos

[108] DESHAYES, J.: *Argos. Les fouilles de la Deiras*, París, 1966.
[109] PROTONOTARIOU-DEILAKI, E.: *Les tumuli d'Argos*, Atenas, 1980 (en griego).
[110] PROTONOTARIOU-DEILAKI, E.: «La céramique prémycénienne des tumuli d'Argos», en *Études argiennes*, París, 1980, pp. 41-52.
[111] TOUCHAIS, G.: [Informes preliminares sobre las nuevas excavaciones del Aspis], *BCH* 99 (1975), 100 (1976), 102 (1978), 104 (1980), 108 (1984).
[112] VOLLGRAFF, W.: «Fouilles d'Argos. Les établissements préhistoriques de l'Aspis», *BCH*, 30 (1906), pp. 5-45; 31 (1907), pp. 139-144 y 149-156.

Asini

[113] DIETZ, S.: *Asine*, II: *Results of the excavations east of the acropolis 1970-1974. Fasc I: General stratigraphical analysis and architectural remains*, Estocolmo, 1982.
[114] DIETZ, S.: *Asine*, II: ... *Fasc 2: The Middle Helladic cemetery. The Middle Helladic and Early Mycenaean deposits*, Estocolmo, 1980.
[115] FRÖDIN, O., y A. PERSSON: *Asine, results of the Swedish excavations 1922-1930*, Estocolmo, 1938.
[116] HÄGG, I., y R.: «Discoveries at Asine dating from the Shaft-Grave period», *AAA*, 8 (1975), pp. 151-160.
[117] HÄGG, I., y R.: *Excavations in the Barbouna area at Asine*, Upsala, 1973. Véase también [569].

Berbati

[118] ÅKERSTRÖM, Å.: *Berbati*, vol. 2: *The pictorial pottery*, Estocolmo, 1987.
[119] SÄFLUND, G.: *Excavations at Berbati 1936-7*, Estocolmo, 1965.

Dendra

[120] ÅSTRÖM, P. *et al.*: *The Cuirass tomb and other finds at Dendra*, I: *The chamber tombs*, Gotemburgo (1977); II: *Excavations in the cemeteries, the lower town and the citadel*, Gotemburgo, 1983.
[121] PERSSON, A.: *The royal tombs at Dendra near Midea*, Lund, 1931.
[122] PERSSON, A.: *New tombs at Dendra near Midea*, Lund, 1942.

Franchti

[123] JACOBSEN, Th.: «Franchthi Cave and the beginning of settled village life in Greece», *Hesperia*, 50 (1981), pp. 303-319.
[123 bis] JACOBSEN, Th., y W. FARRAND: *Excavations at Franchthi Cave, Greece*, 1: *Franchthi Cave and Paralia: Maps, plans, and sections*, Bloomington, 1987.
[124] VAN ANDEL, Tj., y S. SUTTON: *Excavations at Franchthi Cave, Greece*, 2: *Landscape and people of the Franchthi region*, Bloomington, 1987.

Lerna

[125] ANGEL, L.: *Lerna*, II: *The people*, Princeton, 1971.
[126] CASKEY, J.: [Informes preliminares], *Hesperia*, 23-28 (1954-1959).
[127] CASKEY, J.: «Lerna in the Early Bronze Age», *AJA*, 72 (1968), pp. 313-316.
[128] GEJVALL, N.-G.: *Lerna*, I: *The fauna*, Princeton, 1969.
[129] ZERNER, C.: *The beginning of the Middle Helladic period at Lerna*, Ann Arbor, 1986.

Micenas

[130] KARO, G.: *Die Schachtgräber von Mykenai*, Múnich, 1930-1933.
[131] KRITSELI-PROVIDI, I.: *Les fresques du centre cultuel de Mycènes*, Atenas, 1982 (en griego).
[132] MYLONAS, G.: *Mycenae and the Mycenaean Age*, Princeton, 1966.
[133] MYLONAS, G.: *Le cercle B des tombes de Mycènes*, Atenas, 1973 (en griego, resumen inglés).
[134] MYLONAS SHEAR, I.: *The Panagia houses at Mycenae*, Filadelfia, 1987.
[135] RODENWALDT, G.: *Der Fries des Megarons von Mykenai*, Halle, 1921.
[136] TAYLOUR, W., E. FRENCH, y K. WARDLE: *Well built Mycenae. The Hellenо-British excavations within the citadel at Mycenae (1959-1969)*, fasc. 1: *The excavations*, Warminster, 1981.
[137] WACE, A.: *Chamber tombs at Mycenae*, Londres, 1932.
[138] WACE, A. *et al.*: *Excavations at Mycenae 1939-1955*, Londres, 1979 (reimpresión de los informes publicados en los volúmenes 45-56 de *BSA* + índice).
[139] XÉNAKI-SAKELLARIOU, A.: *Les tombes à chambre de Mycènes. Fouilles de Chr. Tsountas (1887-1898)*, París, 1985 (en griego, traducción parcial en francés).

Prosimna

[140] BLEGEN, C.: *Prosymna. The Helladic settlement preceding the Argive Heraeum*, Cambridge, 1937.

Tirinto

[141] KILIAN, KL. *et al.*: (Informes preliminares sobre las nuevas excavaciones de la ciudadela base), *AA*, 1978-1979, 1981-1983 y 1988.

[142] MÜLLER, K.: *Tiryns*, III: *Die Architektur der Burg und des Palastes*, Augsburgo, 1930.
[143] MÜLLER, K.: *Tiryns*, IV: *Die Urfirniskeramik*, Múnich, 1938.
[144] RODENWALDT, G.: *Tiryns*, II: *Die Fresken des Palastes*, Atenas, 1912.
[145] *Tiryns, Forschungen und Berichte* V à IX, Maguncia, 1971-1980.

LACONIA

[146] CATLING, H.: «Excavations at the Menelaion», *ArchRep*, 23 (1976-77), pp. 24-42.
[147] DIMAKOPOULOU, K.: «Vases mycéniens provenant des tombes à chambre de la région d'Haghios Ioannis près de Monemvasia (Épidaure Liméra)», *ArchDelt*, 23 (1968) A, pp. 145-194 [en griego, resumen inglés, pp. 306-307].
[148] RUTTER, J. y S.: *The transition to Mycenaean. A stratified MH II to LH II A pottery sequence from Ayios Stephanos in Lakonia*, Los Ángeles, 1976.
[149] TAYLOUR, W.: «Excavations at Ayios Stephanos», *BSA*, 67 (1972), pp. 205-270.
[150] TSOUNTAS, Chr.: «Excavaciones en Laconia y en la tumba de Vafio», *ArchEph*, 1889, pp. 129-172 (en griego).

CITERA

[151] COLDSTREAM, N., y G. HUXLEY (eds.): *Kythera, excavations and studies*, Londres, 1972.

MESENIA

[152] MCDONALD, W., y G. RAPP (eds.): *The Minnesota Messenia expedition: reconstructing a Bronze Age regional environment*, Minneapolis, 1972.

Karpofora

[153] CHORÉMIS, A.: «Tumbas micénicas y protogeométricas en Karpofora, Mesenia», *ArchEph*, 1973, pp. 25-74 (en griego).

Malti

[154] VALMIN, N.: *The Swedish Messenia expedition*, Lund, 1938.

Nicoria

[155] RAPP, G., y ST. ASCHENBRENNER (eds.): *Excavations at Nichoria in Southwest Greece*, vol. I: *Site, environs and techniques*, Minneapolis, 1978.

Pilos

[156] BLEGEN, C., y M. RAWSON: *The palace of Nestor at Pylos in Western Messenia*, I: *The buildings and their contents*, Princeton, 1966.

[157] LANG, M.: *The palace of Nestor...*, II: *The frescoes*, Princeton, 1969.
[158] BLEGEN, C. *et al.*: *The palace of Nestor...*, III: *Acropolis and lower town, tholoi, grave circle, and chamber tombs. Discoveries outside the citadel*, Princeton, 1973.

Región de Pilos

[159] KORRÈS, G.: [Informes preliminares sobre las excavaciones complementarias de Kukunara, Peristeria, Voïdokilia, Tragana y Papulia], *PraktAE*, 1974 a 1981 (en griego).
[160] MARINATOS, Sp.: [Informes preliminares sobre las excavaciones de Volimidia, Tragana, Papulia, Voïdokilia, Rutsi, Kukunara, Guvalari, Muriatada y Peristeria], *PraktAE*, 1952 a 1966 (en griego).

ARCADIA

[161] HOLMBERG, E.: *The Swedish excavations at Asea in Arcadia*, Lund, 1944.
[162] HOWELL, R.: «A survey of Eastern Arcadia in Prehistory», *BSA*, 65 (1970), pp. 79-127.

ÉLIDA

[163] DÖRPFELD, W.: *Alt-Olympia*, Berlín, 1935, cap. III.
[164] KOUMOUZELIS, M.: *The Early and Middle Helladic periods in Elis*, Boston, 1980.
[165] SERVAIS, J.: «Le site helladique de Khlémoutsi et l'Hyrminè homérique», *BCH*, 88 (1964), pp. 9-50.
[166] THÉMÉLIS, P.: «Scillonte», *ArchDelt*, 23 (1968) A, pp. 284-288 (en griego, resumen en inglés, pp. 315-316; excavación del túmulo de Makrisia).
[167] WEEGE, F.: «Einzelfunde aus Olympia 1907-1909, I: Die Funde aus der Wohnhäuserschich», *AM*, 36 (1911), pp. 163-185.
[168] YALOURIS, N.: «Un tumulus mycénien à Samikon», *ArchDelt*, 20 (1965) A, pp. 6-40 (en griego, resumen en francés).
[169] ZACHOS, C.: *Ayios Dhimitrius, a Prehistoric settlement in the Southwestern Peloponnesos: the Neolitic and Early Helladic-periods*, Boston, 1987.

ACAYA

[170] DEGER-JALKOTZY, S., y E. ALRAM-STERN: «Aigeira-Hyperesia und die Siedlung Phelloë in Achaia. Akropolis I. Die mykenische Siedlung», *Klio*, 67 (1985), pp. 394-426.
[171] PAPADOPOULOS, TH.: *Mycenaean Achaea*, Gotemburgo, 1978.

Islas jónicas

[172] BENTON, S.: «The Ionian islands», *BSA*, 32 (1931-32), pp. 213-246.
[173] BENTON, S.: «Excavations in Ithaka», III, *BSA*, 39 (1938-39), pp. 1-16.

[174] DÖRPFELD, W.: *Alt-Ithaka*, Múnich, 1927.
[175] HEURTLEY, W.: «Excavations in Ithaka», II, *BSA*, 35 (1934-35), pp. 1-44.
[176] KALLIGAS, P.: «Képhallèniaka», III, *AAA*, 10 (1977), pp. 116-125 (en griego, resumen en inglés).

Grecia central

[177] SYRIOPOULOS, K.: *La prehistoria de la Grecia continental*, Atenas, 1968 (en griego).

ETOLO-ACARNANIA

[178] RHOMAIOS, K.: [Informes preliminares sobre las excavaciones de Termos], *ArchDelt* 1 (1915), pp. 225-279; 2 (1916), pp. 179-189 (en griego).

FÓCIDA

[179] *L'Antre corycien* I-II, París, 1981-1984.
[180] DOR, L. *et al.: Kirrha, étude de préhistoire phocidienne*, París, 1960.
[181] JANNORAY, J., y H. VAN EFFENTERRE: «Fouilles de Krisa», *BCH*, 61 (1937), pp. 229-326; 62 (1938), pp. 110-148.
[182] SOTIRIADIS, G.: «Fouilles préhistoriques en Phocide», *REG*, 25 (1912), pp. 253-299.
[183] WEINBERG, S.: «Excavations at Prehistoric Elateia, 1959», *Hesperia*, 31 (1962), pp. 158-209.

BEOCIA

Eutresis

[184] CASKEY, J. y E.: «The earliest settlements at Eutresis, supplementary excavations, 1958», *Hesperia*, 29 (1960), pp. 126-167.
[185] GOLDMAN, H.: *Excavations at Eutresis in Boeotia*, Cambridge (Mass.), 1932.

Lago Kopais

[186] KNAUSS, J. (ed.): *Die Wasserbauten der Minyer in der Kopaïs. Die älteste Flussregulierung Europas. Untersuchungen 1984*, Múnich, 1984.

Litares

[187] TZAVELLA-EVJEN, H.: *Lithares. An Early Bronze Age settlement in Boeotia*, Los Ángeles, 1985.

Orcomenos

[188] BULLE, H.: *Orchomenos*, I: *Die älteren Ansiedlungsschichten*, Múnich, 1908.
[189] KUNZE, E.: *Orchomenos*, II: *Die neolithische Keramik*, Múnich, 1931.

[190] KUNZE, E.: *Orchomenos*, III: *Die Keramik der frühen Bronzezeit*, Múnich, 1934.
[191] MOUNTJOY, P.: *Orchomenos*, V: *Mycenaean pottery from Orchomenos, Eutresis and other Boeotian sites*, Múnich, 1983.
[192] SPYROPOULOS, Th.: «El palacio de Minyas en Orcomenos de Beocia», *AAA*, 7 (1974), pp. 313-325 (en griego, resumen en inglés).

Tebas

[193] SYMEONOGLOU, S.: *The topography of Thebes from the Bronze Age to modern times*, Princeton, 1985.

EUBEA

[194] SAMPSON, A.: *El neolítico y el heládico antiguo I en Eubea*, Atenas, 1980 (en griego, resumen en inglés).

Lefkandi

[195] POPHAM, M., y L. SACKETT: *Excavations at Lefkandi, Euboea, 1964-66, a preliminary report*, Londres, 1968.

Manika

[196] SAPOUNA-SAKELLARAKIS, E.: «New evidence from the Early Bronze Age cemetery at Manika, Chalkis», *BSA*, 82 (1987), pp. 233-264.
[197] SAMPSON, A.: *Manika, villa del heládico antiguo en Calcis*, I, Chalcis, 1985 (en griego, resumen en inglés).

ESPÓRADAS

[198] EFSTRATIOU, N.: *Agios Petros. A Neolitic site in the Northern Sporades*, Oxford, 1985.
[199] PARLAMA, L.: *Skyros à l'Age du Bronze*, Atenas, 1984 (en griego).
[200] PLATON, N.: «La tumba de Estafilos y la colonización minoica de Peparetos», *Krètika Chronika*, 3 (1949), pp. 554-573 (en griego, excavación de Eskopelos).

ÁTICA

Afidna

[201] WIDE, S.: «Aphidna in Nord-Attika», *AM*, 21 (1896), pp. 385-409.

Atenas

[202] IMMERWAHR, S.: *The Athenian Agora*, XIII: *The Neolithic and Bronze Ages*, Princeton, 1971.

[203] PANTÉLIDOU, M.: *Atenas prehistórica*, Atenas, 1975 (en griego, resumen en inglés).
Véase también [838], pp. 73-90.

Eleusis

[204] MYLONAS, G.: *Eleusis prehistórico*, Atenas, 1932 (en griego).
[205] MYLONAS, G.: *El cementerio oeste de Eleusis*, Atenas, 1975 (en griego, resumen en inglés).
Véase también [889].

Aguios Kosmas

[206] MYLONAS, G.: *Aghios Kosmas, an Early Bronze Age settlement and cemetery in Attica*, Princeton, 1959.

Kitsos

[207] LAMBERT, N. (ed.): *La grotte préhistorique de Kitsos (Attique)*, París, 1981.

Nea Makri

[208] THEOCHARIS, D.: «Nea Makri, eine grosse neolithische Siedlung in der Nähe von Marathon», *AM*, 71 (1956), pp. 1-29.

Perati

[209] IAKOVIDIS, Sp.: *Perati, la necrópolis*, I: *Las tumbas y el mobiliario*; II: *Observaciones generales*; III: *Planches*, Atenas, 1969-1970 (en griego, resumen en inglés).
[210] IAKOVIDIS, Sp.: *Excavations of the necropolis at Perati*, Los Ángeles, 1980.

Torikos

[211] GASCHE, H., y J. SERVAIS: «Les fouilles sur le haut du Vélatouri», *Thorikos*, 5 (1968), pp. 17-102.
[212] SERVAIS, J.: «Le secteur mycénien sur le haut du Vélatouri», *Thorikos*, 1 (1963), pp. 27-46.
[213] SERVAIS, J.: «Les fouilles sur le haut du Vélatouri», *Thorikos*, 3 (1966), pp. 9-30.
[214] SERVAIS, J. et B.: «La tholos "oblongue" (tombe IV) et le tumulus (tombe V) sur le Vélatouri», *Thorikos*, 8 (1984), pp. 14-71.
[215] SPITAELS, P.: «Final Neolithic pottery from Thorikos», en SPITAELS, P. (ed.): *Studies in South Attica* I, Gante, 1982, pp. 9-45.
[216] SPITAELS, P.: «The Early Helladic period in Mine n.° 3 (Theatre sector)», *Thorikos*, 8 (1984), pp. 151-174.

EGINA

[217] HILLER, St.: *Alt-Ägina*, IV, I: *Mykenische Keramik*, Maguncia, 1975.
[218] WALTER, H.: *Die Leute im alten Ägina, 3000-1000 v. Chr.*, Stuttgart, 1983.
[219] WALTER, H., y Fl. FELTEN: *Alt-Ägina*, III, I: *Die vorgeschichtliche Stadt. Befestigungen, Häuser, Funde*, Maguncia, 1981.
[220] WÜNSCHE, R.: *Studien zur äginetischen Keramik der frühen und mittleren Bronzezeit*, Múnich-Berlín, 1977.

EPIRO, ILIRIA, TESALIA

EPIRO, ILIRIA

[221] *IIe Colloque des Études Illyriennes (Tiranë, 20-23. XI. 1985)* = *Iliria* 15 (1985) 2.
[222] CABANES, P.: «Recherches archéologiques en Albanie 1945-1985», *RA* (1986), sp. pp. 107-115.
[223] HAMMOND, N.: *Epirus*, Oxford, 1967.
[224] PRENDI, Fr.: «Le néolithique et l'énéolithique en Albanie», *Iliria*, 6 (1976), pp. 49-99.
[225] PRENDI, Fr.: «L'Age du Bronze en Albanie», *Iliria*, 7-8 (1977-78), pp. 27-58.

TESALIA

[226] FEUER, B.: *The Northern Mycenaean border in Thessaly*, Oxford, 1983.
[227] MILOJČIĆ, Vl.: *Hauptergebnisse der deutschen Ausgrabungen in Thessalien 1953-1958*, Bonn, 1960 [= *JRGZM*, 6 (1959), pp. 1-56].
[228] MILOJČIĆ, Vl. *et al.: Die deutschen Ausgrabungen auf Magulen um Larisa in Thessalien, 1966: Agia Sofia-Magula, Karagyös-Magula, Bunar Baschi*, Bonn, 1976.
[229] WACE, A., y M. THOMPSON: *Prehistoric Thessaly*, Cambridge, 1912.

Aquileon

[230] GIMBUTAS, M.: «Achilleion: A Neolithic mound in Thessaly; preliminary report on 1973 and 1974 excavations», *JFA*, 1 (1974), pp. 277-302.

Arapi

[231] HAUPTMANN, H., y Vl. MILOJČIĆ: *Die Funde der frühen Dimini-Zeit aus der Arapi-Magula, Thessalien*, Bonn, 1969.

Argisa

[232] HANSCHMANN, E.: *Die deutschen Ausgrabungen auf der Argissa-Magula in Thessalien*, IV: *Die mittlere Bronzezeit*, Bonn, 1981.

[233] HANSCHMANN, E., y Vl. MILOJČIĆ: *Die deutschen Ausgrabungen auf der Argissa-Magula in Thessalien*, III: *Die frühe und beginnende mittlere Bronzezeit*, Bonn, 1976.
[234] MILOJČIĆ, Vl., J. BOESSNECK, y M. HOPE: *Die deutschen Ausgrabungen auf der Argissa-Magula in Thessalien* I: *Das präkeramische Neolithikum sowie die Tier- und Pflanzenreste*, Bonn, 1962.

Dimini

[235] HOURMOUZIADIS, G.: *Dimini néolithique*, Volos, 1979 (en griego).
[236] TSOUNTAS, Chr.: *Las acrópolis prehistóricas de Dimini y de Sesklo*, Atenas, 1908 (en griego).

Otzaki

[237] HAUPTMANN, H.: *Die deutschen Ausgrabungen auf der Otzaki-Magula in Thessalien*, III: *Das späte Neolithikum und das Chalkolithikum*, Bonn, 1981.
[238] MILOJČIĆ, Vl.: *Die deutschen Ausgrabungen auf der Otzaki-Magula in Thessalien*, II: *Das mittlere Neolithikum: Die mittelneolithische Siedlung*; III: *Das späte Neolithikum und das Chalkolithikum, Stratigraphie und Bauten*, Bonn, 1983.
[239] MILOJČIĆ-VON ZUMBUSCH, J., y Vl. MILOJČIĆ: *Die deutschen Ausgrabungen auf der Otzaki-Magula*, I: *Das frühe Neolithikum*, Bonn, 1971.
[240] MOTTIER, Y.: *Die deutschen Ausgrabungen auf der Otzaki-Magula in Thessalien*, II: *Das mittlere Neolithikum*, Bonn, 1981.

Prodromos

[241] HOURMOUZIADIS, G.: «Dos nuevas aglomeraciones del neolítico antiguo en Tesalia occidental», *AAA*, 4 (1971), pp. 164-174 (en griego).

Sesklo

[242] KOTSAKIS, K.: *Tecnología cerámica y diferenciación cerámica. Problemas de la cerámica pintada del neolítico medio de Sesklo*, Salónica, 1983 (en griego). Véase también [236].

Sufli

[243] BIESANTZ, H.: «Die Ausgrabung bei der Soufli-Magula», *in* «Bericht über Ausgrabungen in Thessalien 1958», *AA*, 1959, col. 56-74.
Véase también [440].

Volos-Pefkakia

[244] THÉOCHARIS, D.: [Informes preliminares], *PraktAE*, 1956, pp. 119-130; 1957, pp. 54-69 (en griego).

[245] THEOCHARIS, D.: «Iolkos, whence sailed the Argonauts», *Archaeology*, II (1958), pp. 13-18.
[246] WEISSHAAR, H.-J.: «Ausgrabungen auf der Pevkakia-Magula und der Beginn der frühen Bronzezeit in Griechenland», *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 9 (1979), pp. 385-392.

MACEDONIA, TRACIA

[247] GRAMMÉNOS, D.: *Recherches sur le Néolithique en Macédoine centrale et orientale*, Salónica, 1984 (en griego, con bibliografía; incluye la publicación de los sondeos efectuados en Dimitra [Macedonia oriental] y en Vasilika [Macedonia central]).
[248] HEURTLEY, W.: *Prehistoric Macedonia*, Cambridge, 1939.
[249] HAMMOND, N.: *A History of Macedonia*, I: *Historical geography and prehistory*, Oxford, 1972.
[250] *Thracia Praehistorica. Supplementum Pulpudeva 3*, Sofía, 1982.

MACEDONIA OCCIDENTAL

Malik

[251] PRENDI, Fr.: «La civilisation préhistorique de Maliq», *Studia Albanica*, 3 (1966) I, pp. 255-280.

Porodin

[252] GRBIČ, M.: *Porodin, hábitat del neolítico reciente sobre el tell cerca de Bitola*, Bitola, 1960 (en macedoniano, resumen en alemán).

Serbia

[253] RIDLEY, Cr., K. WARDLE: «Rescue excavations at Servia 1971-1973: a preliminary report», *BSA*, 74 (1979), pp. 185-230.

MACEDONIA CENTRAL, CALCÍDICA

[254] FRENCH, D.: *Index of Prehistoria sites in Central Macedonia, and catalogue of sherd material in the University of Thessaloniki*, Atenas, 1967.

Asiros

[255] WARDLE, K.: «Excavations at Assiros 1975-9», *BSA*, 75 (1980), pp. 229-267.
[256] WARDLE, K.: «Excavations at Assiros Toumba 1986. A preliminary report», *BSA*, 82 (1987), pp. 313-329.

Kastanas

[257] ASLANIS, I.: *Kastanas, Ausgrabungen in einem Siedlungshügel der Bronze und Eisenzeit Makedoniens 1975-1979. Die frühe und beginnende mittlere Bronzezeit*, Berlín, 1986.
[258] HÄNSEL, B.: «Ergebnisse der Grabungen bei Kastanas in Zentralmakedonien 1975-1978», *JRGZM*, 26 (1979), pp. 167-202 y 270-271.
[259] HOCHSTETTER, A.: *Kastanas... Die Handgemachte Keramik. Schichten 19 bis 1*, Berlín, 1984.
[260] KROLL, H.: *Kastanas... Die Pflanzenfunde*, Berlín, 1983.
[261] PODZUWEIT, Chr.: «Spätmykenische Keramik von Kastanas», *JRGZM*, 26 (1979), pp. 203-223.
Véase también [248, pp. 17-22].

Nea Nikomedia

[262] RODDEN, R.: *Excavations at the Early Neolithic site at Nea Nikomedeia, Greek Macedonia (1961 season), PPS*, 28 (1962), pp. 267-288.
[263] RODDEN, R.: «Recent discoveries from Prehistoric Macedonia: an interim report», *Balkans Studies*, 5 (1964), pp. 109-124.

Olinto

[264] MYLONAS, G.: *Excavations at Olynthus*, I: *The Neolitic settlement*, Baltimore-Londres-Oxford, 1929.

MACEDONIA ORIENTAL, TASOS

[265] GRAMMÉNOS, D.: «Túmulos del bronce reciente y otras antigüedades en la región de Neurokopi (Drama)», *ArchEph* 1979 *Chron.*, pp. 26-71 (en griego, resumen en inglés).
[266] GRAMMÉNOS, D., y M. PHOTIADIS: «Hábitats prehistóricos de Macedonia oriental», *Anthrôpologika*, 1 (1980), pp. 15-53 (en griego, resumen en inglés).
[267] KOUKOULI-CHRYSANTHAKI, H.: «Tasos prehistórica», *ArchEph*, 1970 *Chron.*, pp. 18-22 (en griego).
[268] THEOCHARIS, D.: *Prehistory of Eastern Macedonia and Thrace*, Atenas, 1971.

Angista (Estación de)

[269] KOUKOULI-CHRYSANTHAKI, H.: «Hábitat del bronce reciente en la estación de Angista», *Anthrôpologika*, 1 (1980), pp. 54-85 (en griego, resumen en inglés).

Dikili Tash

[270] SÉFÉRIADÈS, M.: «Dikili Tash: introduction à la préhistoire de la Macédoine orientale», *BCH*, 107 (1983), pp. 635-677.

Pentapolis

[271] GRAMMÉNOS, D.: «Fouille dans un habitat de l'Age du Bronze à Pentapolis (département de Serrès)», *ArchEph*, 1981 *Chron.*, pp. 91-153 (en griego).

Sitagri

[272] RENFREW, C., M. GIMBUTAS, y E. ELSTER (eds.): *Excavations at Sitagroi: a prehistoric village in Northeast Greece*, I, Los Ángeles, 1986.

TRACIA MERIDIONAL

Paradisos

[273] HELLSTRÖM, P. (ed.): *Paradeisos. A Late Neolithic settlement in Aegean Thrace*, Estocolmo, 1987.

Paradimi

[274] BAKALAKIS, G., y A. SAKELLARIOU: *Paradimi*, Maguncia, 1981.

TRACIA SEPTENTRIONAL

Azmak

[275] GEORGIEV, G.: «Die äneolithische Kultur in Südbulgarien im Lichte der Ausgrabungen vom Tell Azmak bei Stara Zagora», *Studijné Zvesti*, 17 (1969), pp. 141-158.
[276] GEORGIEV, G.: «The Azmak mound in Southern Bulgaria», *Antiquity*, 39 (1965), pp. 6-8.

Ezero

[277] GEORGIEV, G. *et al.: Ezéro, habitat du Bronze Ancien*, Sofía, 1979 (en búlgaro, resumen en alemán).

Karanovo

[278] HILLER, St., GEORGIEV G.: *Tell Karanovo 1984. Vorbericht über die 1. Kampagne der Österreichisch-Bulgarischen am Tell von Karanovo*, Salzburgo, 1984.
[279] HILLER, St., GEORGIEV G.: *Tell Karanovo 1985...*, Salzburgo, 1985.
[280] HILLER, St., GEORGIEV, G.: *Tell Karanovo 1986...*, Salzburgo, 1986.
[281] HILLER, St., GEORGIEV, G.: *Tell Karanovo 1987...*, Salzburgo, 1987.
Véase también [GEORGIEV G., *in* 408, pp. 45-100].

Manole

[282] DETEV, P.: «Le tell Razkopanica», *Cultures préhistoriques en Bulgarie*, Sofía, 1981, pp. 141-188.

NORESTE EGEO

JIOS

[283] HOOD, S.: *Excavations in Chios 1938-55. Prehistoric Emporio and Ayio Gala*, Oxford 1981-82.

LESBOS

[284] LAMB, W.: *Excavations at Thermi in Lesbos*, Cambridge, 1936.

LEMNOS

[285] BERNABÒ-BREA, L. (ed.): *Poliochni, città preistorica nell'isola di Lemnos*, vol. I-II, Roma, 1964-1976.

TRÓADE

Kum Tepe

[286] SPERLING, J.: «Kum Tepe in the Troad: trial excavation, 1934», *Hesperia*, 45 (1976), pp. 305-364.

Troya

[287] BLEGEN, C.: *Troy and the Trojans*, Londres-Nueva York, 1963.

[288] BLEGEN, C. *et al.*: *Troy. Excavations conducted by the University of Cincinnati, 1932-38*, I: *General introduction. The first and second settlements*, Princeton, 1950.

[289] BLEGEN, C., J. CASKEY, y M. RAWSON: *Troy...*, II: *The third, fourth and fifth settlements*, Princeton, 1951.

[290] BLEGEN, C., J. CASKEY, y M. RAWSON: *Troy...*, III: *The sixth settlement*, Princeton, 1953.

Túmulo «de Protésilas»

[291] DEMANGEL, R.: *Le tumulus dit de Protésilas*, París, 1926.

DODECANESO

[292] BUCHHOLZ, H.-G., y E. ALTHAUS: *Nisyros-Giali-Kos. Ein Vorbeticht über archäologisch-mineralogische Forschungen auf griechischen Inseln*, Maguncia, 1982.
[293] FURUMARK, A.: «The settlement at Ialysos and Aegean history 1550-1400 BC», *Opuscula Archaeologica*, 6 (1950), pp. 150-271.
[294] MEE, Chr.: *Rhodes in the Bronze Age. An archaeological survey*, Warminster, 1982.
[295] MELAS, E.: *The islands of Karpathos, Saros and Kasos in the Neolitic and Bronze Age*, Gotemburgo, 1985.
[295 bis] SAMPSON, A.: *El período neolítico en el Dodecaneso*, Atenas, 1987 (en griego, resumen en inglés).

SAMOS

[296] MILOJČIĆ, Vl.: *Samos*, I: *Die prähistorische Siedlung unter dem Heraion. Grabung 1953 und 1955*, Bonn, 1961.

CARIA

Mileto

[297] SCHIERING, W.: «Die minoisch-mykenische Siedlung in Milet vor dem Bau der grossen Mauer», *Istanbuler Mitteilungen*, 25 (1975), pp. 9-15.
[298] WEICKERT, C. *et al.*: «Die Ausgrabung beim Athena-Tempel in Milet 1957», *Istanbuler Mitteilungen* 9/10 (1959/60), pp. 1-96.
[299] VOIGTLÄNDER, W.: «Umrisse eines vor- und frühgeschichtlichen Zentrums an der karisch-ionischen Küste», *AA*, 1986, pp. 613-667, sp. pp. 642-651.

Iasos

[300] PECORELLA, P.: *La cultura preistorica di Iasos in Caria*, Roma, 1984.

CÍCLADAS

[301] *Les Cyclades. Matériaux pour une étude de géographie historique*, París, 1983.
[302] BARBER, R.: *The Cyclades in the Bronze Age*, Londres, 1987.
[303] BARBER, R.: «The Late Cycladic period: a review», *BSA*, 76 (1981), pp. 1-21.
[304] DAVIS, J., y J. CHERRY (eds.): *Papers in Cycladic Prehistory*, Los Ángeles, 1979.

[305] MacGillivray, J., y R. Barber (eds.): *The Prehistoric Cyclades. Contributions to a workshop on Cycladic chronology*, Edimburgo, 1984.

Amorgos

[306] Tsountas, Chr.: «Kykladika», *ArchEph* 1898, col. 137-212 (en griego).

Delos

[307] MacGillivray, J.: «Mount Kynthos in Delos. The Early Cycladic settlement», *BCH*, 104 (1980), pp. 3-45.

Keos

[308] Caskey, J.: [Informes preliminares], *Hesperia*, 31 (1962), 33 (1964), 35 (1966), 40 (1971), 41 (1972).
[309] Caskey, M.: *Keos*, II: *The temple at Ayia Irini, Part I: The statues*, Maguncia, 1986.
[310] Coleman, J.: *Keos*, I: *Kephala, a Late Neolithic settlement and cemetery*, Princeton, 1977.
[311] Cummer, W., y E. Schofield: *Keos*, III: *Ayia Irini: House A*, Maguncia, 1983.
[312] Davis, J.: *Keos*, V: *Ayia Irini: period V*, Maguncia, 1986.
[313] Georgiou, H.: *Keos*, VI: *Ayia Irini: Specialized domestic and industrial pottery*, Maguncia, 1986.
[314] Halepa, Bikaki, A.: *Keos*, IV: *Ayia Irini: The potters'marks*, Maguncia, 1984.

Melos

[315] Atkinson, T. *et al.: Excavations at Phylakopi in Melos*, Londres, 1904.
[316] Barber, R.: «Phylakopi 1911 and the history of the Later Cycladic Bronze Age», *BSA*, 69 (1974), pp. 1-53.
[317] Dawkins, R., y Droop, J.: «The excavations at Phylakopi in Melos», *BSA*, 17 (1910-11), pp. 1-22.
[318] Renfrew, y C. *et al.: The archaeology of cult. The sactuary at Phylakopi*, Londres, 1985.
[319] Renfrew, C., y M. Wagstaff (eds.): *An island polity: the archaeology of exploitation in Melos*, Cambridge, 1982.
Véase también [Renfrew C., *in* 728 I, pp. 403-421].

Naxos

Véase [Fotou, V., *in* 301, pp. 15-57].

Paros

[320] Rubensohn, O.: «Die prähistorische und frühgeschichtliche Funde auf dem Burghügel von Paros», *AM*, 42 (1917), pp. 1-72.

Saliagos

[321] Evans, J., y C. Renfrew: *Excavations at Saliagos near Antiparos*, Londres, 1968.

Siros

[322] Bossert, E.-M.: «Kastri auf Syros», *ArchDelt*, 22 (1967) A, pp. 53-76.

Zira

[323] Doumas, Chr.: *Thera. Pompeii of the Ancient Aegean*, Londres, 1983.
[324] Marinatos, Sp.: *Excavations at Thera*, I-VII, Atenas, 1968-1976.

CRETA

[325] *Actes du 1er Congrès Crétologique, Hérakléion 1961 = Krètika Chronika* 15-16 (1961-1962).
[326] *Actes du 2e Congrès Crétologique, La Canée 1966*, I, Atenas, 1968.
[327] *Actes du 3e Congrès Crétologique, Réthymnon 1971*, I, Atenas, 1973.
[328] *Actes du 4e Congrès Crétologique, Hérakléion 1976*, I, Atenas, 1980-1981.
[329] *Actes du 5e Congrès Crétologique, Haghios Nikolaus 1981*, I, Heraklion, 1985.
[330] Hiller St., *Das minoische Kreta nach den Ausgrabungen des letzten Jahrzehnts*, Viena, 1977.
[331] Pendlebury, J.: *The archaeology of Crete. An introduction*, Londres, 1939.

ESTUDIOS REGIONALES, CRONOLÓGICOS Y PROSPECCIONES

[332] Faure, P.: «Sur trois sortes de sanctuaires crétois (suite)», *BCH*, 93 (1969), pp. 174-213 (con bibliografía de las investigaciones anteriores del mismo autor).
[333] Hood, S., P. Warren, y G. Cadogan: «Travels in Crete 1962», *BSA*, 59 (1964), pp. 50-99.
[334] Kanta, A.: *The Late Minoan III period in Crete. A survey of sites, pottery and their distribution*, Gotemburgo, 1980.
[335] Pendlebury, J., M. Money-Coutts, y E. Eccles: «Journeys in Crete, 1934», *BSA*, 33 (1932-33), pp. 80-100.

Creta occidental

[336] Hood, S.: «Minoan sites in the far West of Crete», *BSA*, 60 (1965), pp. 99-113.
[337] Schiering, W.: «Landbegehungen in Rethymnon und Umgebung», *AA*, 1982, pp. 15-54.

[338] TREUIL, R.: «Les sites néolithiques de Crète occidentale», *BCH*, 94 (1970), pp. 5-25.

MESARA Y REGIONES VECINAS

[339] BLACKMAN, D., y K. BRANIGAN: «An archaeological survey of the south coast of Crete between Ayiofarango and Chrisostomos», *BSA*, 70 (1975), pp. 17-36.
[340] BLACKMAN, D., y K. BRANIGAN: «An archaeological survey of the lower catchment of the Ayiofarango valley», *BSA*, 72 (1977), pp. 13-80.
[341] HOOD, S., y P. WARREN: «Ancient sites in the province of Ayios Vasilios, Crete», *BSA*, 61 (1966), pp. 163-191.
[342] XANTHOUDIDES, St.: *The vaulted tombs of Mesarà. An account of some early cemeteries of Southern Crete*, Londres, 1924.
Véase también [65, pp. 7-71, y 480].

LASIZI

[343] WATROUS, L.: *Lasithi. A history of settlement on a highland plain in Crete*, Princeton, 1982.

Amnisos

[344] RUTKOWSKI, B.: «Das Siedlungswesen von Amnisos in Neolithikum und Bronzezeit», *OpAth* 15 (1982), pp. 147-153.

Arcanes

Anemospilia, santuario

[345] SAKELLARAKIS, J., y E.: [Informe preliminar], *PraktAE*, 1979, pp. 347-392.

Iuktas Arjanon

Véase [KARETSOU, A., *in* 96, pp. 135-158] y [informes preliminares], *Ergon* y *PraktAE*, desde 1974.

Furni

[346] SAKELLARAKIS, J.: [Informes preliminares], *ArchDelt, Ergon, PraktAE* desde 1965.

Turkoguitonia

[347] SAKELLARAKIS, J.: [Informes preliminares], *ArchDelt, Ergon, PraktAE*, desde 1964.

Armeni

[348] TZEDAKIS, J.: «Larnakes of the Late Minoan cemetery of Armenoi», *AAA*, 4 (1971), pp. 216-222.
Véase también [informes preliminares], *ArchDelt*, de 1964, 1970 y ss.

Chamezi

[349] DAVARAS, C.: «The oval house at Chamaizi reconsidered», *AAA*, 5 (1972), pp. 283-288.

Cnosos

[350] EVANS, A.: *The prehistoric tombs at Knossos*, Londres, 1906.
[351] EVANS, A.: *The palace of Minos at Knossos*, I-IV e índ., Londres, 1921-1936.
[352] EVANS, J.: «Excavations in the Neolithic settlement of Knossos 1957-1960. Part I», *BSA*, 59 (1964), pp. 132-240.
[353] EVANS, J.: «The Early Minoan occupation of Knossos. A note on some new evidence», *AnatSt* 22 (1972), pp. 115-128.
[354] HOOD, S., D. SMYTH, y W. TAYLOR: *The Bronze Age palace at Knossos: plan and sections*, Londres, 1981.
[355] HOOD, S., y D. SMYTH: *An archaeological survey of the Knossos area*, Londres, 1981.
[356] POPHAM, M. *et al.: The Minoan unexplored mansion at Knossos*, Londres, 1984.
[357] WARREN, P.: «Knossos: Stratigraphical Museum excavations 1978-1980. Part I», *ArchRep*, 27 (1980-1981), pp. 73-92.
[358] WARREN, P.: «Knossos: Stratigraphical Museum excavations 1978-1982. Part II», *ArchRep*, 29 (1982-1983), pp. 63-87.
[359] WARREN, P. *et al.*: «Knossos Neolithic, Part II», *BSA*, 63 (1968), pp. 239-276.
[360] WILSON, D.: «The pottery and architecture of the EM IIA West Court house at Knossos», *BSA*, 80 (1985), pp. 281-364.

Gurnia

[361] BOYD HAWES, H. *et al.: Gournia, Vasiliki and other prehistoric sites on the Isthmus of Hierapetra (Crete)*, Filadelfia, 1908.
[362] SOLES, J.: «The early Gournia town», *AJA*, 83 (1979), pp. 150-167.

Aguia Triada

[363] BANTI, L.: «La grande tomba a tholos di Haghia Triada», *AnnScAtene*, 13-14 (1930-1931), pp. 155-251.
[364] HALBHERR, F., E. STEFANI, y L. BANTI: «Haghia Triada nel periodo tardo palaziale», *AnnScAtene*, 55 (1977), pp. 14-296.
[365] LA ROSA, V.: «La ripresa dei lavori ad Haghia Triada: relazione preliminare sui saggi del 1977», *AnnScAtene*, 55 (1977), pp. 297-342.

[366] La Rosa, V.: «La ripresa dei lavori ad Haghia Triada, II: relazione preliminare sui saggi del 1978 e 1979», *AnnScAtene* 57-58 (1979-1980), pp. 49-164.
[367] Long, Ch.: *The Ayia Triadha sarcophagus*, Gotemburgo, 1974.

Karfi

[368] Nowicki, K.: «The history and setting of the town at Karphi», *SMEA*, 26 (1987), pp. 235-256.
[369] Pendlebury, J.: «Karphi, a city of refuge of the Early Iron Age in Crete», *BSA*, 38 (1937-1938), pp. 57-145.
[370] Rutkowski, B.: «The temple at Karphi», *SMEA*, 26 (1987), pp. 257-279.
[371] Seiradaki, M.: «Pottery from Karphi», *BSA*, 55 (1960), pp. 1-37.

Kato Simi

[372] Lembesi, A.: [Informes preliminares], *Ergon*, *PraktAE*, desde 1972.

Katsambas

[373] Alexiou, St.: *Tumbas del minoico reciente del puerto de Cnosos (Katsambas)*, Atenas, 1967 (en griego).

Kavusi

[374] Boyd Hawes, H.: «Excavations at Kavousi, Crete», *AJA*, 5 (1901), pp. 125-158.
[375] Coulson, W., L. Day, y G. Gesell: «Excavations and survey at Kavousi, 1978-1981», *Hesperia*, 52 (1983), pp. 389-420.
[376] Day L., W. Coulson, y G. Gesell: «Kavousi, 1983-1984: the settlement at Vronda», *Hesperia*, 55 (1986), pp. 355-387.

Kommos

[377] Shaw, J.: [Informes preliminares, sobre las excavaciones desde 1976 a 1985], *Hesperia*, 46-51 (1977-1982), 53 (1984) y 55 (1986).

La Canea (Kydonia)

[378] Jantzen, U.: «Die spätminoische Nekropole von Kydonia», en Matz, Fr. (ed.): *Forschungen auf Kreta 1942*, Berlín, 1951, pp. 72-81.
[379] Tzedakis, I., y A. Kanta: *Kastelli Chaniôn 1966*, Roma, 1978 (en griego).
Véase también [Hallager, E., *in* 329, pp. 139-154].

Malia

[380] *Études Crétoises*, París.
Palacios: *EtCrét* I (1928), IV (1936), VI (1942), XII (1962), XXV (1980).

Sondeos en el suroeste del palacio: *EtCrét* XX (1975).
Casas: *EtCrét* IX (1953), XI (1959), XVI (1970), XXII (1976).
«Grandes conjuntos»: *EtCrét* XVII (1969), XVIII (1970), XXIII (1978), XXVI (1980).
Necrópolis: *EtCrét* VII (1945), XIII (1962).

[381] PELON, O.: «Maison d'Hagia Varvara et architecture domestique à Mallia», *BCH*, 90 (1966), pp. 552-585.

[382] POURSAT, J.-Cl.: «Un sanctuaire du Minoen Moyen II à Mallia», *BCH*, 90 (1966), pp. 514-551.

[382 bis] POURSAT, J.-Cl.: «La ville minoenne de Malia: recherches et publications récentes», *RA*, 1988, pp. 61-82.

[383] VAN EFFENTERRE, H.: *Le palais de Mallia et la cité minoenne*, Roma, 1980.

Mochlos

[384] SEAGER, R.: *Explorations in the island of Mochlos*, Boston-Nueva York, 1912.

Monastiraki

[385] KIRSTEN, E.: «Die Grabung auf der Charakeshöhe bei Monastiraki, I», en MATZ, Fr. (ed.): *Forschungen auf Kreta 1942*, Berlín, 1951, pp. 27-61.

[386] GRUNDMAN, K.: «Die Grabung auf der Charakeshöhe bei Monastiraki, II», en MATZ, Fr. (ed.): *Forschungen auf Kreta 1942*, Berlín, 1951, pp. 62-71.

Mirtos (Furnu Korifi)

[387] WARREN, P.: *Myrtos: an Early Bronze Age settlement in Crete*, Londres, 1972.

Paleocastro

[388] POPHAM, M., L. SACKETT, y P. WARREN: «Excavations at Palaikastro, VI», *BSA*, 60 (1965), pp. 248-315.

[389] SACKETT, L., y M. POPHAM: «Excavations at Palaikastro, VII», *BSA*, 65 (1970), pp. 203-242.

[390] MACGILLIVRAY, J., y L. SACKETT *et al.*: «An archaeological survey of the Rousolakkos area at Palaikastro», *BSA*, 79 (1984), pp. 129-159.

[391] MACGILLIVRAY, J., y L. SACKETT *et al.*: «Excavations at Palaikastro 1986», *BSA*, 82 (1987), pp. 135-154.

Petsofas

[392] MYRES, J.: «Excavations at Palaikastro, II. The sanctuary-site at Petsofa», *BSA*, 9 (1902-1903), pp. 356-387.

Festos

[393] LEVI, D.: *Festòs e la civiltà minoica*, I, Roma, 1976; II.1, Roma, 1981.

[394] LEVI, D.: «L'abitato di Festòs in località Chalara», *AnnScAtene*, 29-30 (1967-1968), pp. 55-166.

[395] PERNIER, L.: *Il palazzo minoico di Festòs*, I, Roma, 1935.
[396] PERNIER, L., y L. BANTI: *Il palazzo minoico di Festòs*, II, Roma, 1951.
[397] SAVIGNONI, L.: «Scavi e scoperte nella necropoli di Phaestos», *Monumenti Antichi*, 14 (1904), col. 501-666.
[398] VAGNETTI, L.: «L'insediamento neolitico di Festòs», *AnnScAtene*, 34-35 (1972-1973), pp. 7-138.

Pseira

[399] SEAGER, R.: *Excavations on the island of Pseira, Crete*, Filadelfia, 1910.
[399 bis] BETANCOURT, Ph., y C. DAVARAS: «Excavations at Pseira, 1985 and 1986», *Hesperia*, 57 (1988), pp. 207-225.

Pirgos (Mirtos)

[400] CADOGAN, G.: «Pyrgos, Crete, 1970-7», *ArchRep*, 24 (1977-1978), pp. 70-84.
Véase también [CADOGAN G., *in* 96, pp. 169-171).

Esclavokambos

[401] MARINATOS, Sp.: «El *megaron* minoico de Esclavokambos», *ArchEph*, 1939-1941, pp. 69-96 (en griego).

Tilisos

[402] HAYDEN, B.: «Late Bronze Age Tylissos. House plans and cult center», *Expedition*, 26 (1984), pp. 37-46.
[403] HAZZIDAKIS, J.: *Les villas minoennes de Tylissos*, París, 1934.

Vasiliki

[404] ZOÏS, A.: *Vasiliki*, I, Atenas, 1976 (en griego).
Véanse también [SEAGER R., *in* 361, pp. 49-50, y A. ZOÏS: *PraktAE*, 1972, 1974-1982 (nuevas investigaciones)].

Zakros

[405] PLATON, N.: *Zakros. The discovery of a lost palace of ancient Crete*, Nueva York, 1971 (edición griega, Atenas, 1974).
Véanse también [CHRYSOULAKI St., y L. PLATON: *in* 600, pp. 73-83].

Libro I

El neolítico y el bronce antiguo

[406] MELLAART, J.: *The Chalcolithic and Early Bronze Ages in the Near East and Anatolia*, Beirut, 1966.
[407] TREUIL, R.: *Le Néolithique et le Bronze Ancien égéens. Les problèmes stratigraphiques et chronologiques, les techniques, les hommes*, París, 1983 (con bibliografía).

CAPÍTULO I. EL NEOLÍTICO

[408] *L'Europe à la fin de l'âge de la pierre*, Praga, 1961.
[409] CHAPMAN, J.: *The Vinča culture of South-East Europe. Studies in chronology, economy and society*, Oxford, 1981.
[410] GAUL, J.: «The Neolithic period in Bulgaria: early food-producing cultures of Eastern Europe», *Bulletin of the American School of Prehistoric Research*, 16 (1948), pp. 1-252.
[411] LICHARDUS, J., y M. LICHARDUS-ITTEN: *La protohistoire de l'Europe. Le Néolithique et le Chalcolithique entre la Méditerranée et la mer Baltique*, París, 1985 (con bibliografía).
[412] MELLAART, J.: *The Neolithic of the Near East*, Londres, 1975.
[413] THEOCHARIS, D.: *Neolithic Greece*, Atenas, 1973.
[414] TODOROVA, H.: *The Eneolithic period in Bulgaria in the fifth millennium BC*, Oxford, 1978.
[415] TRINGHAM, R.: *Hunters, fishers and farmers of Eastern Europe, 6000-3000 BC*, Londres, 1971.
[416] ZOÏS, A.: *Creta. Edad de piedra*, Atenas, 1973 (en griego).

El Paleolítico

[417] BAILEY, G. *et al.*: «Palaeolithic investigations at Klithi: preliminary results of the 1984 and 1985 field seasons», *BSA*, 81 (1986), pp. 7-35.
[418] KOURTESSI-PHILIPPAKIS, G.: *Le Paléolithique de la Grèce continentale*, París, 1986 (con bibliografía).
Véase también [31].

[419] Holmberg, E.: *The Neolithic pottery of mainland Greece*, Gotemburgo, 1964.
[420] Milojčić, Vl.: «Zur Chronologie der jüngeren Steinzeit Griechenlands», *JdI*, 65-66 (1950-1951), pp. 1-90.
[421] Neustupný, E.: «Absolute chronology of the Neolithic and Aeneolithic periods in Central and South-Eastern Europe», *Slovenská Archeológia*, 16 (1968) 1, pp. 19-56.
[422] Quitta, H., y G. Kohl: «Neue Radiocarbondaten zum Neolithikum und zur frühen Bronzezeit Südosteuropas und der Sowjetunion», *Zeitschrift für Archäologie*, 3 (1969), pp. 223-255.
[423] Renfrew, C.: «Sitagroi, radiocarbon and Prehistory of South-East Europe», *Antiquity*, 45 (1971), pp. 275-282.
[424] Renfrew, C.: «The tree-ring calibration of radiocarbon: an archaeological evaluation», *PPS*, 36 (1970), pp. 280-311.
[425] Vajsová, H.: «Stand der Jungsteinzeitforschung in Bulgarien», *Slovenská Archeológia*, 14 (1966), pp. 5-48.

1. La «neolitización» y el neolítico «acerámico»

[426] Cauvin, M.-Cl. (ed.): *Traces d'utilisation sur les outils néolithiques du Proche-Orient*, Lyon, 1983.
[427] Milojčić, Vl.: «Präkeramisches Neolithikum auf der Balkanhalbinsel», *Germania*, 38 (1960), pp. 320-335.
[428] Tellenbach. M.: «Materialen zum präkeramischen Neolithikum in Süd-Ost-Europa. Typologisch-stratigraphische Untersuchungen zu lithischen Gerätschaften», *Bericht der Römisch-Germanischen Kommission des Deutschen Archäologischen Instituts*, 64 (1983), pp. 21.137.
Véanse también [Garašanin, M., *in* 14 I, pp. 50-58, 227 y Cauvin, J., *in* 411, pp. 141-206].

2. El neolítico antiguo y el medio

[429] Hourmouziadis, G.: «La cerámica decorada del neolítico antiguo en Tesalia», *ArchEph*, 1971, pp. 165-187 (en griego).
Véanse también [70, 227 y 242].

3. El neolítico reciente (calcolítico)

La definición estratigráfica

[430] Deshayes, J., y M. Garašanin: «Note sur la céramique de Galepsos», *BCH*, 88 (1964), pp. 51-66.
[431] Gallis, K.: «Die stratigraphische Einordnung der Larisa-Kultur: eine Richtigstellung», *PZ*, 62 (1987), pp. 147-163.
[432] Prendi, Fr.: «Traits du Néolithique Récent en Albanie, à la lumière des nou-

velles découvertes (la civilisation de Maliq-Kammik), *Studia Albanica*, 9 (1972) 1, pp. 3-13.
[433] RENFREW, C.: «The autonomy of the South-East European Copper Age», *PPS*, 35 (1969), pp. 12-47.
Véanse también [70 y 242].

La cuestión del neolítico «final»

[434] VAGNETTI, L., y P. BELLI: «Characters and problems of the Final Neolithic in Crete», *SMEA*, 19 (1978), pp. 125-163.

La cronología

[435] COLEMAN, J.: «The chronology and interconnections of the Cycladic islands in the Neolithic period and the Early Bronze Age», *AJA*, 78 (1974), pp. 333-344.
[436] WARREN, P.: «Radiocarbon dating and calibration and the absolute chronology of Late Neolithic and Early Minoan Crete», *SMEA*, 17 (1976), pp. 205-219.

B. La evolución de la civilización

1. El hábitat y las viviendas

[437] DESHAYES, J.: «Fours néolithiques de Dikili Tash», en *Mélanges helléniques offerts à Georges Daux*, París (1974), pp. 67-91.
[438] PERNIČEVA, L.: «Sites et habitations du Chalcolithique en Bulgarie», *Studia Praehistorica*, 1-2 (1978), pp. 163-169.
[439] TODOROVA, H.: *Kupferzeitliche Siedlungen in Nordostbulgarien*, Múnich, 1982.

2. Las prácticas funerarias

[440] GALLIS, K.: *Sepulturas e incineración de la época neolítica en Tesalia*, Atenas, 1982 (en griego, resumen en inglés).
[441] UCKO, P.: «Ethnography and archaeological interpretation of funerary remains», *World Archaeology*, 1 (1969-1970), pp. 262-280.

3. La sociedad y el pensamiento

Las maquetas y las figuritas

[442] GIMBUTAS, M.: *The gods and goddesses of Old Europe 7000 to 3500 BC. Myths, legends and cult images*, Londres, 1974.
[443] HÖCKMANN, O.: *Die menschengestaltige Figuralplastik der südosteuropäischen Jungsteinzeit und Steinkupferzeit*, Hildesheim, 1968.
[444] HOURMOUZIADIS, G.: *Los ídolos neolíticos de Tesalia*, Atenas, 1974 (en griego).
[445] UCKO, P.: *Anthropomorphic figurines of Predynastic Egypt and Neolithic Crete,*

with comparative material from the Prehistoric Near East and Mainland Greece, Londres, 1968.

Las notaciones simbólicas

[446] MAKKAY, J.: *Early stamp seals in South-East Europe*, Budapest, 1984.
[447] MASSON, E.: «L'"écriture" dans les civilisations danubiennes néolithiques», *Kadmos*, 23 (1984), pp. 89-123.

C. LA ECONOMÍA Y LAS TÉCNICAS

1. LAS BASES DE LA ECONOMÍA

[448] UCKO, P., y G. DIMBLEDY (eds.): *The domestication and exploitation of plants and animals*, Londres, 1969.

La agricultura y la recolección

[449] DENNELL, R.: *Early farming in South Bulgaria from the VI to the III millennia BC*, Oxford, 1978.
[450] DENNELL, R.: *European economic Prehistory. A new approach*, Londres, 1983.
[451] HIGGS, E.: *Palaeoeconomy*, Cambridge, 1975.
[452] HIGGS, E. (ed.): *Papers in economic Prehistory*, Cambridge, 1972.

Ganadería, caza y pesca

[453] MATOLCSI, J. (ed.): *Domestikationsforschung und Geschichte der Haustiere*, Budapest, 1973.
Véanse también [BUCHHOLZ, H.-G., G. JÖHRENS, y I. MAULL, *in* 1, cap. II J, y PAYNE, S.: *in* 17, pp. 211-244 (con bibliografía)].

2. LAS TÉCNICAS Y LAS PRODUCCIONES

[454] RADUNCHEVA, A.: *Prehistoric art in Bulgaria from the fifth to the second millennium BC*, Oxford, 1976.
[455] ZERVOS, Chr.: *Naissance de la civilisation en Grèce*, París, 1962-1963.

Cestería y textiles

Véase [CARINGTON SMITH, J., *in* 310, pp. 114-127].

Las materias primas minerales

Véanse [89 y 91].

[456] ČERNYCH, E.: «Aibunar — a Balkan copper mine of the fourth millennium BC», *PPS*, 44 (1978), pp. 203-218.
[457] ČERNYCH, E.: *La explotación minera y la metalurgia en la Bulgaria antigua*, Sofía, 1978 (en ruso).
[458] JOVANOVIĆ, B.: *Metalurgia del período eneolítico en Yugoslavia*, Belgrado, 1971 (en serbocroata, resumen en inglés).
[459] JOVANOVIĆ, B., y B. OTTAWAY: «Copper mining and metallurgy in the Vinča group», *Antiquity*, 50 (1976), pp. 104-113.

CAPÍTULO II. EL BRONCE ANTIGUO

[460] BRANIGAN, K.: *The foundations of palatial Crete. A survey of Crete in the Early Bronze Age*, Londres, 1970.
[461] DOUMAS, Chr.: *The N.P. Goulandris collection of Early Cycladic art*, Atenas, 1968.
[462] FITTON, L. (ed.): *Cycladica. Studies in memory of N. P. Goulandris*, Londres, 1984.
[463] KATINČAROV, R.: «État des recherches sur l'Age du Bronze en Bulgarie du sud-est», en *Cultures préhistoriques en Bulgarie*, Sofía, 1981, pp. 117-140.
[464] RENFREW, C.: *The emergence of civilisation. The Cyclades and the Aegean in the third millennium BC*, Londres, 1972.
[465] THIMME, J., P. GETZ-PREZIOSI, y Br. OTTO (eds.): *Art and culture of the Cyclades in the third millennium BC*, Chicago-Londres, 1977 (edición alemana, Karlsruhe, 1976).

A. LOS ASPECTOS REGIONALES Y LA SECUENCIA CRONOLÓGICA

[466] BARBER, R., y J. MACGILLIVRAY: «The Early Cycladic period: matters of definition and terminology», *AJA*, 84 (1980), pp. 141-157.
[467] CASKEY, J.: «The Early Helladic period in the Argolid», *Hesperia*, 29 (1960), pp. 285-303.
[468] DESHAYES, J.: «A propos du Minoen Ancien», *BCH*, 86 (1962), pp. 543-568.
[469] EASTON, D.: «Towards a chronology for the Anatolian Early Bronze Age», *AnatSt*, 26 (1976), pp. 145-173.
[470] PODZUWEIT, Chr.: *Trojanische Gefässformen der Frühbronzezeit in Anatolien, der Ägäis und angrenzenden Gebieten. Ein Beitrag zur vergleichenden Stratigraphie*, Maguncia, 1979.
[471] SAMPSON, A.: «Early Helladic contacts with the Cyclades during the EBA 2», *Aegaeum*, 2 (1988), pp. 5-10.
Véanse también [68, pp. 16-52, 70, 435 y 436].

1. El hábitat y las viviendas

[472] Hägg, R., y D. Konsola (eds.): *Early Helladic architecture and urbanization. Proceedings of a seminar held at the swedish Institute in Athens, June 8, 1985*, Gotemburgo, 1986.

El hábitat

[473] Konsola, D.: *Los inicios de la urbanización en los hábitat de la Hélade antigua. Análisis sistemático de sus características*, Atenas, 1984 (en griego, resumen en inglés).
[474] Konsola, D.: «Beobachtungen zum Wegenetz in frühhelladischen Siedlungen», *AA*, 1984, pp. 197-210.

La construcción

Véanse [60 y 529].

La casa

[475] Doumas, Chr.: «Notes on Early Cycladic architecture», *AA*, 1972, pp. 151-170.
[476] Shaw, J.: «The Early Helladic II corridor house: development and form», *AJA*, 91 (1987), pp. 59-79.
[477] Themelis, P.: «Early Helladic monumental architecture», *AM*, 99 (1984), pp. 335-351.
[478] Warner, J.: «The megaron and apsidal house in Early Bronze Age Western Anatolia: new evidence from Karatas», *AJA*, 83 (1979), pp. 133-147.

2. Las prácticas funerarias

[479] Belli, P.: «Nuovi documenti per lo studio delle tombe circolari cretesi», *SMEA*, 25 (1984), pp. 91-142.
[480] Branigan, K.: *The tumbs of Mesara. A study of funerary architecture and ritual in Southern Crete, 2800-1700 BC*, Londres, 1970.
[481] Branigan, K.: «The round graves of Levkas reconsidered», *BSA*, 70 (1975), pp. 37-49.
[482] Doumas, Chr.: *Early Bronze Age burial habits in the Cyclades*, Gotemburgo, 1977.
[483] Hood, S.: «Tholos tombs of the Aegean», *Antiquity*, 34 (1960), pp. 166-176.
[484] Katinărov, R.: «Les rites funéraires pendant l'Age du Bronze en Bulgarie», en *Thracia* V, Sofía, 1980, pp. 167-172.

[485] WHEELER, T.: «Early Bronze Age burial customs in Western Anatolia», *AJA*, 78 (1974), pp. 415-425.
Véanse también [PETIT, Fr., *in* 64, pp. 35-42, 65, 342, 441 y 571].

3. LA SOCIEDAD Y EL PENSAMIENTO

La diversificación social

[486] ROWLANDS, M.: «The archaeological interpretation of Prehistoric metalworking», *World Archaeology*, 3 (1971-1972), pp. 210-224.

Las maquetas, las figuritas y las estatuillas

[487] BRANIGAN, K.: «Cycladic figurines and their derivatives in Crete», *BSA*, 66 (1971), pp. 57-78.
[488] GETZ-PREZIOS, P.: *Early Cycladic sculpture: an introduction*, Malibú, 1985.
[489] RENFREW, C.: «The development and chronology of the Early Cycladic figurines», *AJA*, 73 (1969), pp. 1-32.
[490] TAMVAKI, A.: «On the interpretation of Cycladic and Mycenaean figurines», en ANATI, E. (ed.): *Les religions de la préhistoire*, Capo de Ponte, 1975, pp. 227-241.

La religión

[491] BRANIGAN, K.: «The genesis of the household goddes», *SMEA*, 8 (1969), pp. 28-38.

Las notaciones simbólicas

[492] HEATH, M.: «Early Helladic clay sealings from the House of the Tiles at Lerna», *Hesperia*, 27 (1958), pp. 81-121.
[493] WIENCKE, M.: «Further seals and sealings from Lerna», *Hesperia*, 38 (1969), pp. 500-521.

C. LA ECONOMÍA Y LAS TÉCNICAS

1. EL MODO DE SUBSISTENCIA

Véase [448].

La agricultura

Véase [450].

Ganadería y caza

Véanse [BUCHHOLZ, H.-G., G. JÖHRENS, y I. MAULL *in* 1, cap. II J, y PAYNE, S., *in* 17, pp. 211-244].

La alimentación

[494] MARINATOS, Sp.: «Greniers de l'Helladique Ancien», *BCH*, 70 (1946), pp. 337-351.
Véase también [KILIAN, Kl., *in* 472, pp. 65-71].

2. LAS TÉCNICAS Y LAS PRODUCCIONES

Las materias primas minerales

Véanse [89 y 91].

Las técnicas de la cerámica

[495] BETANCOURT, Ph.: *Vasilike ware. An Early Bronze Age pottery style in Crete*, Gotemburgo, 1979.

La producción de recipientes: las formas

[496] COLEMAN, J.: «"Frying Pans" of the Early Bronze Age Aegean», *AJA*, 89 (1985), pp. 191-219.
Véase también [76].

La decoración de los vasos y los objetos

[497] BOSSERT, E.-M.: «Die gestempelten Verzierungen auf frühbronzezeitlichen Gefässen der Ägäis», *JdI*, 75 (1960), pp. 1-16.

Los metales: el principio de la edad del bronce

[498] BRANIGAN, K.: *Aegean metalwork of the Early and Middle Bronze Age*, Oxford, 1974.
[499] BRANIGAN, K.: *Copper and bronze working in Early Bronze Age Crete*, Lund, 1968.
[500] MACGEEHAN-LIRITZIS, V., y J. TAYLOR: «Yugoslavian tin deposits and the Early Bronze Age industries of the Aegean region», *OxJournArch*, 6 (1987), pp. 287-300.

Los vestidos y los adornos

[501] DAVARAS, C.: «Early Minoan jewellery from Mochlos», *BSA*, 70 (1975), pp. 101-114.

3. LOS INTERCAMBIOS

Los transportes

Véase [82].

Libro II

El período de los palacios cretenses

CAPÍTULO I. EL BRONCE MEDIO EN CRETA

A. La cronología del minoico medio

1. El MA III y el inicio del MM I

[502] Betancourt, Ph.: *East Cretan white-on-dark ware*, Filadelfia, 1984.
Véase también [Zoïs, A., *in* 326, pp. 141-156].

2. Las fases de la cerámica del MM

[503] Andreou, St.: *Pottery groups of the Old Palace period in Crete*, Ann Arbor, 1983.
[504] Betancourt, Ph.: «Some chronological problems in the Middle Minoan dark-on-light pottery of Eastern Crete», *AJA*, 81 (1977), pp. 341-353.
[505] Carinci, F.: «Sulle suddivisioni del Medio Minoico III», *Archeologia classica*, 35 (1983), pp. 119-137.
[506] Zoïs, A.: *Problèmes de la chronologie de la céramique minoenne. Gournès. Tylissos. Malia*, Atenas, 1969 (en griego).
Véanse también [68 y 535].

3. Los hitos cronológicos

[507] Cadogan, G.: «Early Minoan and Middle Minoan chronology», *AJA*, 87 (1983), pp. 507-518.
[508] Maran, J.: «Die Silbergefässe von et-Tôd und die Schachtgräberzeit auf dem griechischen Festland», *PZ*, 62 (1987), pp. 221-227.
[509] Palmer, L.: «The Khiyan lid deposit at Knossos», *Kadmos*, 20 (1981), pp. 108-128.
[510] Walberg, G.: «The Tod treasure and Middle Minoan absolute chronology», *OpAth*, 15 (1984), pp. 173-177.

[511] WARREN, P.: «Problems of chronology in Crete in the third and earlier second millennium B. C.», *AJA*, 84 (1980), pp. 487-499.
[512] WARREN, P.: «Minoan pottery from Egyptian sites», *Classical Review*, 35 (1985), pp. 147-151.
[513] YULE, P.: «Notes on scarabs and Aegean chronology», *BSA*, 78 (1983), pp. 359-367.
Véanse también [39, 129 y 525].

B. El desarrollo urbano y la aparición de los palacios

[514] ALEXIOU, St.: «Muros y acrópolis de la Creta minoica», *Krètologia*, 8 (1979), pp. 41-56 (en griego).
[515] PELON, O.: «L'épée à l'acrobate et la chronologie maliote», II, *BCH*, 107 (1983), pp. 679-703.
[516] PELON, O.: «Un dépôt de fondation au palais de Malia», *BCH*, 110 (1986), pp. 3-19.
[517] SOLES, J.: «The early Gournia town», *AJA*, 83 (1979), pp. 149-167.
Véanse también [CADOGAN, G., *in* 553, pp. 153-187; *in* 600, CADOGAN, G., pp. 71-74, WARREN, P., pp. 47-56, y WATROUS, L., pp. 65-70].

C. Las estructuras políticas, socioeconómicas y religiosas

1. La organización política

Véanse [383 y POURSAT, J.-Cl., *in* 600, pp. 75-76].

2. La sociedad

Véanse [BRANIGAN, K., *in* 12, pp. 29-37, y POURSAT, J.-Cl., *in* 77, pp. 277-280].

3. Las formas de la religión y las costumbres funerarias

Los santuarios

[518] PEATFIELD, A.: «The topography of Minoan peak sanctuaries», *BSA*, 78 (1983), pp. 273-280.
[519] TYREE, L.: *Cretan sacred caves: archaeological evidence*, Ann Arbor, 1975.
Véanse también [WARREN, P., *in* 11, pp. 137-147, 94, 95, 99, 332 y PEATFIELD, A., *in* 600, pp. 89-93].

Las costumbres funerarias

[520] RUTKOWSKI, B.: «The origin of the Minoan coffin», *BSA*, 63 (1968), pp. 219-227.
Véanse también [65, pp. 7-71, y 66].

La economía

[521] Fiandra, E.: «Ancora a proposito delle cretule di Festòs», *BollArte*, 60 (1975), pp. 1-25.
[522] Muhly, J.: «Sources of tin and the beginnings of bronze metallurgy», *AJA*, 89 (1985), pp. 275-291.
[523] Weingarten, J.: «Some unusual Minoan clay nodules», *Kadmos*, 25 (1986), pp. 1-21.
[524] Wiencke, M.: «Clay sealings from Shechem, the Sudan, and the Aegean», *Journal of Near Eastern Studies*, 35 (1976), pp. 127-130.
Véanse también [Branigan, K., *in* 75, pp. 203-211, 77, Fiandra, E., *in* 326, pp. 383-397, 383, 498; *in* 600, Branigan, K., pp. 245-249, y Alexiou, St., pp. 251-253].

Las relaciones exteriores

[525] Kemp, B., y R. Merrillees: *Minoan pottery in second millennium Egypt*, Maguncia, 1980.
[526] Yule, P.: «Early and Middle Minoan foreign relations: the evidence from seals», *SMEA*, 26 (1987), pp. 161-177.
Véanse también [81, Rutter, J., *in* 84, pp. 75-83, 129, 294, 295, Branigan, K., *in* 327, pp. 22-27 y Godart, L., *in* 769, pp. 131-139].

D. La evolución de la cultura material

1. La arquitectura

[527] Hirsch, E.: *Painted decoration on the floors of Bronze Age structures on Crete and the Greek mainland*, Gotemburgo, 1977.
[528] Preziosi, D.: *Minoan architectural design*, Berlín, 1983.
[529] Shaw, J.: «Minoan architecture: materials and techniques», *AnnScAtene*, 33 (1971), pp. 5-256.
Véanse también [65, Waterhouse, H., *in* 77, pp. 311-321, Shaw, J., *in* 327, pp. 319-331 y 517].

2. Las producciones artesanales

[530] Polinger Foster, K.: *Minoan ceramic relief*, Gotemburgo, 1982.
[531] Poursat, J.-Cl.: «Outils de charpentier et de menuisier au Quartier Mu de Malia (Crète)», en Huot, J.-L., M. Yon, y Y. Calvet (eds.): *De l'Indus aux Balkans. Recueil à la mémoire de J. Deshayes*, París, 1985, pp. 119-125.
[532] Yule, P.: *Early Cretan seals: a study of chronology*, Maguncia, 1981.
Véanse también *CMS*, II.1, [76, 498, 535 y 611].

3. El arte palacial y las culturas regionales

El arte palacial en la época de Camares

[533] Bisson de la Roque, F., G. Contenau, y F. Chapouthier: *Le trésor de Tôd*, El Cairo, 1953.
[534] Charbonneaux, J.: «Trois armes d'apparat du palais de Mallia (Crète)», *Monuments et Mémoires (Fondation Eugène Piot)*, 28 (1925-1926), pp. 1-18.
[535] Walberg, G.: *Kamares. A study of the character of palatial Middle Minoan pottery*, Upsala, 1976.
Véanse también [76 y 625].

Las culturas regionales

[536] Walberg, G.: *Provincial Middle Minoan pottery*, Maguncia, 1983.
Véase también [503].

E. El final de los primeros palacios y la fase final del minoico medio

1. El final de los primeros palacios

Véanse [Platon, N., *in* 325, pp. 127-136, 393 y 515].

2. La fase final del minoico medio

[537] Lembesi, A.: «El modelo de la casa de Arcanes», *ArchEph* 1976, pp. 12-43 (en griego).
Véanse también [MacGillivray, J., *in* 84, pp. 153-158, 617 y 629].

CAPÍTULO II. LAS ESCRITURAS CRETENSES

Véase [Heubeck, A., *in* 1, cap. III X].

Ediciones de textos

Escritura jeroglífica cretense

Cnosos

[538] Evans, A.: *Scripta Minoa. The written documents of Minoan Crete*, I: *The hieroglyphic and primitive linear classes*, Oxford, 1909.

Malia

[539] Chapouthier, F.: *Les écritures minoennes au palais de Mallia*, París, 1930.
Véase también [380, XXIII].

Escritura lineal A

[540] GODART, L., y J.-P. OLIVIER: *Recueil des inscriptions en linéaire A*, 1-5, París, 1976-1985.

Escritura lineal B

Véanse *infra* [774-783].

REPERTORIOS BIBLIOGRÁFICOS

Acumulativos

[541] GRUMACH, E.: *Bibliographie der kretisch-mykenischen Epigraphik*, Múnich, 1963 (hasta 1961).

[542] GRUMACH, E.: *Bibliographie der kretisch-mykenischen Epigraphik, Supplement* I, 1962-1965, Múnich, 1967.

[543] BAUMBACH, L.: *Studies in Mycenaean inscriptions and dialect 1953-1964*, Roma, 1968.

[544] BAUMBACH, L.: *Studies in Mycenaean inscriptions and dialect 1965-1978*, Roma, 1986.

Anual

[545] RICHARDSON, L., y J. KILLEN: *Studies in Mycenaean inscriptions and dialect*, Londres, después Cambridge, 1965.

Bibliografía crítica

[546] RAISON, J.: «Bulletin des études égéo-anatoliennes», *REG*, 97 (1984), pp. 84-134 [sobre unos 300 estudios publicados entre 1979 y 1982].

De la creación a la desaparición de las escrituras cretenses

[547] GODART, L.: «Le linéaire A et son environnement», *SMEA*, 20 (1979), pp. 27-42.

[548] VANDENABEELE, Fr.: «La chronologie des documents en linéaire A», *BCH*, 109 (1985), pp. 3-20.

Las lenguas y los problemas del descifre

[549] OLIVIER, J.-P.: «"Lire" le linéaire A?», en BINGEN, J., G. CAMBIER, y G. NACHTERGAEL (eds.): *Hommages à Claire Préaux*, Bruselas, 1975, pp. 441-449.

[550] OLIVIER, J.-P.: «Les sceaux avec des signes hiéroglyphiques. Que lire?», en W.-D. NIEMEIER (ed.): *Studien zur minoischen und helladischen Glyptik*, Berlín, 1981, pp. 105-115.

La fortuna de las escrituras cretenses

[551] MASSON, E.: *Cyprominoica*, Gotemburgo, 1974.
[552] MASSON, O.: *Les inscriptions chypriotes syllabiques*[2], París, 1983.
Véase también [CHADWICK J., *in* 81, pp. 139-143].

CAPÍTULO III. EL BRONCE MEDIO FUERA DE CRETA

[553] CADOGAN, G. (ed.): *The end of the Early Bronze Age in the Aegean*, Leyde, 1986.

A. LOS ASPECTOS REGIONALES Y LA SECUENCIA CRONOLÓGICA

La Grecia central y meridional

[554] BUCK, R.: «The Middle Helladic period», *Phoenix*, 20 (1966), pp. 193-209.
Véase también [HOWELL, R., *in* 580, pp. 73-99].

EL paso del HA al HM

[555] PULLEN, D.: «Asine, Berbati, and the chronology of Early Bronze Age Greece», *AJA*, 91 (1987), pp. 533-544.
[556] RUTTER, J.: «The sharpness of the Early Helladic II/III cultural break», en *The Bronze Age in the Thracian lands and beyond, International Thracian Conference, Boston, 1984*, Milán, 1986, pp. 95-103.
[557] VAN EFFENTERRE, H. y M.: «Comment croire à l'Helladique Ancien III?», *BCH*, 99 (1975), pp. 35-50.
Véanse también [184, 467 y CASKEY, I., *in* 553, pp. 9-30].

La secuencia cerámica

[558] BUCK, R.: «Middle Helladic mattpainted pottery», *Hesperia*, 33 (1964), pp. 231-313.
[559] RUTTER, J.: *Ceramic change in the Aegean Early Bronze Age: the Kastri group, Lefkandi I and Lerma IV. A theory concerning the origin of Early Helladic III ceramics*, Los Ángeles, 1979.
[560] RUTTER, J.: «A group of distinctive pattern-decorated Early Helladic III pottery from Lerna and its implications», *Hesperia*, 51 (1982), pp. 459-488.
[561] RUTTER, J.: «Fine gray-brunished pottery of the Early Helladic III period: the ancestry of gray minyan», *Hesperia*, 52 (1983), pp. 327-355.
[562] WÜNSCHE, R.: «Die Entwicklung der mittelhelladischen mattbemalten Keramik», *Münchener Jahrbuch der Bildenden Kunst*, 28 (1977), pp. 7-27.
Véanse también [70 y 676 I, pp. 214-235].

La Grecia septentrional

Véanse [223 y 249, pp. 251-268].

Las Cícladas

[563] BARBER, R.: «The definition of the Middle Cycladic period», *AJA*, 87 (1983), pp. 76-81.
[564] MACGILLIVRAY, J.: «On the relative chronologies of the Early Cycladic III A and Early Helladic III», *AJA*, 87 (1983), pp. 81-83.
[565] RUTTER, J.: «Some observations on the Cyclades in the later third and early second millennia», *AJA*, 87 (1983), pp. 69-76.
Véanse también [OVERBECK, J. y G., *in* 304, *pp. 106-121*; *in* 305, BARBER, R., pp. 88-94, MACGILLIVRAY, J., pp. 70-77, OVERBECK, J., pp. 108-113, RUTTER, J., pp. 95-107, 316, 466 y BARBER R., *in* 728 I, pp. 367-379].

El Egeo oriental

[566] SPANOS, P.: *Untersuchung über den bei Homer «depas amphikypellon» genannten Gefässtypus*, Tubinga, 1972.
Véanse también [470 y MELLINK, M., *in* 553, pp. 139-152].

B. LA CULTURA MATERIAL

La arquitectura y el hábitat

[567] CASKEY, J.: «Houses of the fourth settlement at Lerna», en *Charistèrion eis A. K. Orlandon*, III, Atenas, 1966, pp. 144-152.
[568] KONSOLA, D.: *Tebas premicénica. Análisis del medio ambiente y el hábitat*, Atenas, 1981 (en griego).
[569] NORDQUIST, G.: *A Middle Helladic village. Asine in the Argolid*, Upsala, 1987.
Véase también [473].

Las tumbas y las prácticas funerarias

[570] BLACKBURN, E.: *Middle Helladic graves and burial customs, with special reference to Lerna in the Argolid*, Ann Arbor, 1970.
[571] MYLONAS, G.: «The cult of the dead in Helladic times», en MYLONAS, G., y D. RAYMOND (eds.): *Studies presented to D. M. Robinson*, I, San Luis, 1951, pp. 64-105.
[572] VRANOPOULOS, E.: «Tumbas y costumbres funerarias en la época mesoheládica» en *Charistèrion eis A. K. Orlandon*, IV, Atenas, 1967-1968, pp. 280-294 (en griego).
[573] WACE, A., y C. BLEGEN: «Middle Helladic tombs», *Symbolae Osloenses*, 9 (1930), pp. 28-37.
Véanse también [65, OVERBECK, G., *in* 305, *pp. 114-118*, y 481].

El artesanado

[574] EVANS, J.: «Bossed bone plaques of the second millennium», *Antiquity*, 30 (1956), pp. 80-93.

[575] RUNNELS, C.: «The Bronze Age flaked stone industries from Lerna: a preliminary report», *Hesperia*, 54 (1985), pp. 357-391.
[576] VAN HORN, D.: *Bronze Age chipped stone tools from the Argolid and their relation to tools manufactured from other materials*, Ann Arbor, 1976.
[577] WEISSHAAR, H.-J: «Ägäische Tonanker», *AM*, 95 (1980), pp. 33-49.
Véanse también [72 y 498].

C. LOS HOMBRES

El poblamiento

[578] *The first arrival of Indo-European elements in Greece. Acta of the 2nd International Colloquium on Aegean Prehistory, Athens, 1971*, Atenas, 1972.
[579] BEST, J., y Y. YADIN: *The arrival of the Greeks*, Amsterdam, 1973.
[580] CROSSLAND, R., y A. BIRCHALL: *Bronze Age migrations in the Aegean. Archaeological and linguistic problems in Greek Prehistory. Proceedings of the 1st International Colloquium on Aegean Prehistory, Sheffield, 1970*, Londres, 1973, sp. FRENCH, D., pp. 51-57, HOOD, S., pp. 59-71 y GIMBUTAS, M., pp. 129-139.
[581] HAMMOND, N.: *Migrations and invasions in Greece and adjacent areas*, New Jersey, 1976, sp. pp. 113-122.
[582] HESTER, D.: «Recent developments in Mediterranean "substrate" studies», *Minos*, 9 (1968), pp. 219-235.
[583] MACNEAL, R.: «The Greeks in History and Prehistory», *Antiquity*, 46 (1972), pp. 19-28.
[584] MELLAART, J.: «The end of the Early Bronze Age in Anatolia and the Aegean», *AJA*, 62 (1958), pp. 9-33.
[585] MYLONAS, G.: «The Luvian invasions of Greece», *Hesperia*, 31 (1962), pp. 284-309.
[586] RENFREW, C.: *Archaeology and language. The puzzle of Indo-European origins*, Londres, 1987.
[587] SAKELLARIOU, M.: *Les Proto-Grecs*, Atenas, 1980.
[588] VAN ROYEN, R., y B. ISAAC: *The arrival of the Greeks. The evidence from the settlements*, Amsterdam, 1979.
Véanse también [*in* 553, HOOD, S., pp. 31-68, y MORPURGO-DAVIES, A., pp. 93-103].

La sociedad, la religión, el arte y las ideas

[589] CROUWEL, J.: «Pot-marks on grey minyan ware», *Kadmos*, 12 (1973), pp. 101-108.
Véase también [314].

La economía

Véase [GAMBLE, Cl., *in* 304, pp. 122-134].

[590] CAVALIER, M.: «Les cultures préhistoriques des îles Eoliennes et leur rapport avec le monde égéen», *BCH*, 84 (1960), pp. 319-346.
[591] HOOD, S.: «The Baden culture in relation to the Aegean», en *Symposium über die Entstehung und Chronologie der Badener Kultur*, Bratislava, 1973, pp. 111-130.
[592] OVERBECK, J.: «The hub of commerce: Keos and Middle Helladic Greece», *TUAS*, 7 (1982), pp. 38-49.
[593] PAPAGIANNOPOULOU, A.: «Were the South-East Aegean islands deserted in the Middle Bronze Age?», *AnatSt*, 35 (1985), pp. 85-92.
Véanse también [BERNABÒ-BREA, L., *in* 80, pp. 9-42, RUTTER, J., y C. ZERNER, *in* 84, pp. 75-83, DAVIS, J., *in* 304, pp. 143-157, y 653].

CAPÍTULO IV. EL INICIO DEL BRONCE RECIENTE EN CRETA

A. LA CRONOLOGÍA DEL FINAL DEL MM III Y DEL MR I

1. LAS FASES DE LA CERÁMICA

[594] POPHAM, M.: «Late Minoan pottery, a summary», *BSA*, 62 (1967), pp. 337-351.
[595] POPHAM, M.: «Notes from Knossos, Part I», *BSA*, 72 (1977), pp. 185-195.
[596] SILVERMAN, J.: «The LM I B painted pottery of Eastern Crete», *TUAS*, 3 (1978), pp. 21-35.
Véanse también [68 y 151].

2. LOS HITOS CRONOLÓGICOS

Véanse también [41, 45 y 48].

3. LA HISTORIA DE CRETA EN EL MR I

[597] GEORGIOU, H.: *The Late Minoan I destruction of Crete: metal groups and stratigraphic considerations*, Los Ángeles, 1979 (para un catálogo de los descubrimientos).
Véanse también [HOOD, S., *in* 728 I, pp. 681-690, y 734].

B. EL APOGEO DE LA CIVILIZACIÓN PALACIAL

1. LA ARQUITECTURA Y EL URBANISMO

Los segundos palacios

[598] CADOGAN, G.: *Palaces of Minoan Crete*, Londres-Nueva York, 1976.
[599] GRAHAM, J.: *The palaces of Crete*, Princeton, 1962.

[600] HÄGG, R., y N. MARINATOS (eds.): *The function of the Minoan palaces. Proceedings of the Fourth International Symposium at the Swedish Institute in Athens, 10-16 June, 1984*, Estocolmo, 1987, sp. DAVIS, E., pp. 157-161, NIEMEIER, W.-D., pp. 163-168, NORDFELDT, A., pp. 187-194.

[601] MARINATOS, N., y R. HÄGG: «On the ceremonial function of the Minoan polythyron», *OpAth*, 16 (1986), pp. 57-73.

[602] MIRIÉ, S.: *Das Thronraumareal des Palastes von Knossos*, Bonn, 1979.

[603] NIEMEIER, W.-D.: «Zur Deutung des Thronraumes im Palast von Knossos», *AM*, 101 (1986), pp. 63-95.

[604] PELON, O.: «Le palais de Malia et les jeux de taureaux», en HADERMANN-MISGUICH, L., y G. RAEPSAET (eds.), *Rayonnement Grec. Mélanges Ch. Delvoye*, Bruselas, 1982, pp. 44-57.
Véanse también [*in* 11, ALEXIOU, St., pp. 60-64, SHAW, J., pp. 47-59, GRAHAM, J., *in* 16, pp. 110-125, PELON, O., *in* 77, pp. 251-257 y 528].

La extensión de la arquitectura monumental

[605] DRIESSEN, J.: «The Minoan hall in domestic architecture on Crete: to be in vogue in Late Minoan I A?», *Acta Archaeologica Lovaniensia* 21 (1982), pp. 27-92.

[606] MCENROE, J.: «A typology of Minoan neopalatial houses», *AJA*, 86 (1982), pp. 3-19.

[607] WATROUS, L.: «Ayia Triada: a new perspective on the Minoan villa», *AJA*, 88 (1984), pp. 123-134.
Véase también [SHAW J., *in* 600, pp. 101-110].

Las ciudades palaciales

[608] HUTCHINSON, R.: «Prehistoric town planning in Crete», *Town planning review*, 21 (1950-1951), pp. 199-220.
Véanse también [DAMIANI-INDELICATO, S., *in* 12, pp. 47-54, BRANIGAN, K., *in* 63, pp. 751-759, y CHRYSOULAKI, St., y L. PLATON, *in* 600, pp. 77-84].

2. LA EVOLUCIÓN DE LAS TÉCNICAS

Herramientas y armas

Véanse [69, 498, 529, 680, 683 y 687].

Los vasos

[609] HASKELL, H.: «The origin of the Aegean stirrup jar and its earliest evolution and distribution (MB III - LB I)», *AJA*, 89, (1985), pp. 221-229.

[610] LEVI, D., y Cl. LAVIOSA: «Il forno minoico da vasaio di Haghia Triada», *AnnScAtene*, 57-58 (1979-1980), pp. 7-47.

[611] MATTHÄUS, H.: *Die Bronzegefässe der kretisch-mykenischen Kultur*, Múnich,

1980.
Véanse también [68 y 76].

Los sellos

[612] BETTS, J., y J. YOUNGER: «Aegean of the Late Bronze Age: masters and workshops. Introduction», *Kadmos*, 21 (1982), pp. 104-121.
[613] BOARDMAN, J.: *Greek gems and finger rings*, Londres, 1970, cap. II.
[614] KENNA, V.: *Cretan seals, with a catalogue of the Minoan gems in the Ashmolean Museum*, Oxford, 1960.
[615] ONASSOGLOU, A.: *Die «talismanischen» Siegel*, Berlín, 1985.
[616] WEINGARTEN, J.: *The Zakro master and his place in Prehistory*, Gotemburgo, 1983.
[617] YOUNGER, J.: «Aegean seals of the Late Bronze Age: masters and workshops, II. The first-generation Minoan masters», *Kadmos*, 22 (1983), pp. 109-136.
[618] YOUNGER, J.: «Aegean seals of the Late Bronze Age: stylistic groups, IV. Almond- and dot-eye groups of the fifteenth century BC», *Kadmos*, 24 (1985), pp. 34-73.
Véase también *CMS* II, 3.

3. LAS ARTES PALACIALES

Los frescos

[619] CAMERON, M.: «Unpublished paintings from the "House of the Frescoes" at Knossos», *BSA*, 63 (1968), pp. 1-31.
[620] CAMERON, M., R. JONES y S. PHILIPPAKIS: «Scientific analyses of Minoan fresco samples from Knossos», *BSA*, 72 (1977), pp. 121-184.
[621] HAWKE SMITH, C.: «The Knossos frescoes: a revised chronology», *BSA*, 71 (1976), pp. 65-76.
[622] SHAW, M.: «The miniature frescoes of Tylissos reconsidered», *AA*, 1972, pp. 171-188.
Véanse también [*in* 51, HÄGG, R., pp. 209-217, y WARREN, P., pp. 187-208].

El decorado de la cerámica

[623] MOUNTJOY, P.: «The marine style pottery of LM I/LH II A: towards a corpus», *BSA*, 79 (1984), pp. 161-219.
Véanse también [68 y 594].

El arte del relieve

[624] BAURAIN, Cl., y P. DARCQUE: «Un triton en pierre à Malia», *BCH*, 107 (1983), pp. 3-73.
[625] DAVIS, E.: *The Vapheio cups and Aegean gold and silver ware*, Nueva York-Londres, 1977.
[626] HÄGG, R.: «The bronze hair-locks from Knossos», *AA*, 1983, pp. 543-549.

[627] KAISER, B.: *Untersuchungen zur minoischen Relief*, Bonn, 1976.
[628] PILALI-PAPASTERIOU, A.: *Die bronzenen Tierfiguren aus Kreta*, Múnich, 1985.
[629] POLINGER FOSTER, K.: *Aegean faience of the Bronze Age*, New Haven, 1979.
[630] VERLINDEN, C.: *Les statuettes anthropomorphes crétoises en bronze et en plomb, du IIIe millénaire au VIIe siècle av. J.-C.*, Providence-Lovaina, 1984.
Véanse también [76 y 870].

C. LAS TRANSFORMACIONES POLÍTICAS, SOCIALES Y RELIGIOSAS

1. LAS «GRANDES RESIDENCIAS» DEL MR I Y EL PODER DE CNOSOS

[631] BONIAS, Z.: «Las villas minoicas», *ArchDelt*, 34 (1979) A, pp. 43-55 (en griego).
[632] PINI, I.: «Neue Beobachtungen zu den tönernen Siegelabdrücken von Zakros», *AA*, 1983, pp. 559-572.
[633] SHAW, J. y M. (eds.): *A great Minoan triangle in Southcentral Crete: Kommos, Hagia Triadha, Phaistos (Scripta Mediterranea* VI), Toronto (1985), sp. BETANCOURT, Ph., pp. 31-34, y LA ROSA, V., pp. 45-54.
[634] WEINGARTEN, J.: «The sealing structures of Minoan Crete: MM II Phaistos to the destruction of the palace of Knossos. Part I: the evidence until the LM IB destruction», *OxJournArch* 5 (1986), pp. 279-298 «Part II: the evidence from Knossos until the destruction of the palace», *OxJournArch*, 7 (1988), pp. 1-25.
[635] WEINGARTEN, J.: «Seal-use at LM I B Ayia Triada: a Minoan elite in action, I. Administrative considerations», *Kadmos*, 26 (1987), pp. 1-43.
Véanse también [HOOD, S., *in* 77, pp. 129-135, NIXON, L., *in* 699, pp. 95-98 y 607].

2. LA SOCIEDAD MINOICA DEL MR I

[636] VAN EFFENTERRE, H.: «Y a-t-il une noblesse crétoise?», en *Recherches sur les structures sociales dans l'Antiquité classique, Colloque CNRS Caen 1969*, París, 1970, pp. 19-28.
Véanse también [77, CHRYSOULAKI, St., y L. PLATON *in* 600, pp. 77-84 y 606].

3. LAS COSTUMBRES FUNERARIAS

Véase [66].

4. LAS FORMAS DE LA RELIGIÓN

Arte y religión

[637] RUTKOWSKI, B.: *Frühgriechische Kultdarstellungen*, Berlín, 1981.
Véanse también [MOUNTJOY, P., *in* 51, pp. 231-242, y KOEHL, R., *in* 96, pp. 179-187].

Los santuarios

[638] SHAW, J.: «Evidence for the Minoan tripartite shrine», *AJA* 82 (1978), pp. 429-448.
Véanse también [HOOD, S., *in* 16, pp. 158-172, 94, 95, 99 y 519].

Rituales y creencias

[639] HÄGG, R.: «Die göttliche Epiphanie im minoischen Ritual», *AM*, 101 (1986), pp. 41-62.
[640] MARINATOS, N.: *Minoan sacrificial ritual. Cult practice and symbolism*, Estocolmo, 1986.
[641] SAKELLARAKIS, I.: «Das Kuppelgrab von Archanes und das kretischmykenische Tieropferritual», *PZ*, 45 (1970), pp. 135-219.
[642] WALL, S., J. MUSGRAVE, y P. WARREN: «Human bones from a Late Minoan I B house at Knossos», *BSA*, 81 (1986), pp. 333-388.
Véanse también [MOUNTJOY, P., *in* 51, pp. 231-242, KOEHL, R., *in* 96, pp. 179-187, 345 y GESELL, G., *in* 600, pp. 123-128].

«Sacerdote-rey» y teocracia

[643] HALLAGER, E.: *The Master impression*, Gotemburgo, 1985.
[644] WATERHOUSE, H.: «Priest-kings?», *BICS*, 21 (1974), pp. 153-155.
Véase también [BENNETT, E., *in* 325, pp. 325-335].

D. LA EXPANSIÓN DEL PODER MINOICO

1. LA ECONOMÍA Y LOS INTERCAMBIOS

[645] GALE, N. y Z. STOS-GALE: «Oxhide copper ingots in Crete and Cyprus and the Bronze Age metal trade», *BSA*, 81 (1986), pp. 81-100.
[646] MUHLY, J.: «Metals and metallurgy in Crete and the Aegean at the beginning of the Late Bronze Age», *TUAS*, 5 (1980), pp. 25-36.
Véanse también [ALEXIOU, St., *in* 13, pp. 149-158, 88 y PETRUSO, K., *in* 304, pp. 135-142].

2. LAS RELACIONES CON ORIENTE Y EL PROBLEMA KEFTIÚ

[647] CATLING, H.: *Cyprus and the West 1600-1050 B. C.*, Sheffield, 1980.
[648] HELCK, W.: *Die Beziehungen Ägyptens und Vorderasiens zur Ägäis bis ins 7. Jahrhundert*, Darmstadt, 1979.
[649] KNAPP, B.: «Alashiya, Caphtor/Keftiu, and Eastern Mediterranean trade: recent studies», *JFA* 12 (1985), pp. 231-250.
[650] VINCENTELLI, I.: «Appunti sulle nuove proposte di localizzacione di Caphtor/Keftiw», *SMEA*, 24 (1984), pp. 263-269.
Véanse también [HELCK W., *in* 13, pp. 218-226, 81, SAKELLARAKIS, E. y Y., *in* 84, pp. 197-202 y HANKEY, Vr., *in* 327, pp. 104-110].

[651] Branigan, K.: «Minoan colonialism», *BSA*, 76 (1981), pp. 23-33.
[652] Buchholz, H.-G.: «The problem of Minoan relations with the West at the beginning of the Late Bronze Age», *TUAS*, 5 (1980), pp. 45-56.
[653] Davis, J.: «The earliest Minoans in the South-East Aegean: a reconsideration of the evidence», *AnatSt*, 32 (1982), pp. 33-41.
[654] Davis, J., *et al.*: «Keos and the Eastern Aegean: The Cretan connexion», *Hesperia*, 52 (1983), pp. 361-366.
[655] Stucynski, St.: «Cycladic "imports" in Crete: a brief survey», *TUAS*, 7 (1982), pp. 50-59.
[656] Themelis, P.: «Minoan evidence in Olympia», *AAA*, 2 (1969), pp. 248-256.
[657] Warren, P.: «Minoan stone vases as evidence for Minoan foreign connexions in the Aegean», *PPS*, 33 (1967), pp. 37-56.
Véase también [294, 295, 297-299, 706-711; Coldstream, N., *in* 13, pp. 137-148, Coldstream, N., y G. Huxley, *in* 84, pp. 107-112; *in* 728 I, Coldstream N., pp. 389-401, Davis, J., pp. 257-260 y Shaw J., pp. 429-436].

E. Las destrucciones de 1450 y el final del MR I

Véanse [Niemeier, W.-D.: *in* 84, pp. 205-215, Hood, S., *in* 329, pp. 170-178 y 726-736].

CAPÍTULO V. EL INICIO DEL BRONCE RECIENTE FUERA DE CRETA

[658] Dickinson, O.: *The origins of Mycenaean Civilisation*, Gotemburgo, 1977.
[659] Dietz, S.: «Kontinuität und Kulturwende in der Argolis von 2000-700 v. Chr.», *Kleine Schriften aus dem vorgeschichtlichen Seminar Marburg*, 17 (1984), pp. 23-52.
Véanse también [742, cap. 3 y 4, y 743].

A. La cultura material: tradición e innovaciones

La arquitectura doméstica y urbana

[660] Palyvou, Cl.: «Notes on the town plan of Late Cycladic Akrotiri, Thera», *BSA*, 81 (1986), pp. 179-194.
[661] Shaw, J.: «New evidence for Aegean roof construction from Bronze Age Thera», *AJA*, 81 (1977), pp. 229-230.
Véanse también [311, 312 y Sinos, St., *in* 13, pp. 288-313].

La arquitectura y las prácticas funerarias

[662] Dickinson, O.: «Cist graves and chamber tombs», *BSA*, 78 (1983), pp. 55-67.
[663] Hägg, R., y F. Sieurin: «On the origin of the wooden coffin in Late Bronze Age Greece», *BSA*, 77 (1982), pp. 177-186.

[664] IAKOVIDIS, Sp.: «A propósito de la forma de las tumbas de cámara de Volimidia en Mesenia», en *Charistèrion eis A. K. Orlandon*, II, Atenas, 1966, pp. 98-111 (en griego).
[665] IAKOVIDIS, Sp.: «Royal shaft graves outside Mycenae», *TUAS*, 6 (1981), pp. 17-28.
[666] KORRES, G.: «Burial customs in tholos tomb 2 at Routsi (Myrsinochori)», *Proceedings of the 16th Internat. Eirene Conference*, Praga, 1982, vol. 3, pp. 91-97.
[667] MELLINK, M.: «The royal tombs at Alaca Hüyük and the Aegean world», en WEINBERG, S. (ed.): *Studies presented to H. Goldman*, Nueva York, 1956, pp. 39-58.
[668] PELON, O.: «Origine de la culture des tombes à fosse en Grèce continentale: données archéologiques et rituelles», *Études indo-européennes*, 11 (1985), pp. 13-28.
[669] WILKIE, N.: «Shaft graves at Nichoria», *TUAS*, 6 (1981), pp. 56-66.
Véanse también [PELON, O., *in* 64, pp. 107-115, 65 y 483].

El arte y el artesanado: estudios estilísticos

[670] VERMEULE, E.: *The art of the shaft graves of Mycenae*, Cincinnati, 1975.
[671] YOUNGER, J.: «The Mycenae-Vaphio lion group», *AJA*, 82 (1978), pp. 285-299.
[672] YOUNGER, J.: «The Mycenae-Vaphio lion workshop III», *TUAS*, 6 (1981), pp. 67-71.
Véase también [LAFFINEUR, R., *in* 51, pp. 245-266].

La escultura

[673] KOPKE, G.: «Treasure and aesthetic sensibility — The question of the shaft grave stelae», *TUAS*, 6 (1981), pp. 39-45.
[674] MYLONAS, G.: «The figured Mycenaean stelae», *AJA*, 55 (1951), pp. 134-147.
Véanse también [309 y 882].

La cerámica

[675] DAVIS, J.: «The mainland pannelled cup and pannelled style», *AJA*, 82 (1978), pp. 216-221.
[676] FURUMARK, A.: *The Mycenaean pottery*, I: *Analysis and classification*; II: *Chronology*, Estocolmo, 1941.
[677] MARTHARI, M.: «The local pottery wares with painted decoration from the volcanic destruction level of Akrotiri, Thera», *AA*, 1987, pp. 359-379.
[678] MOUNTJOY, P.: *Mycenaean decorated pottery. A guide to identification*, Gotemburgo, 1986 (contiene numerosas referencias).
[679] MOUNTJOY, P., R. JONES, y J. CHERRY: «Provenance studies of the LM I B/LH II A marine style», *BSA*, 73 (1978), pp. 143-171.
Véase también [NIEMEIER, W.-D., *in* 12, pp. 110-119].

Las armas y las herramientas

[680] AVILA, R.: *Bronzene Lanzen- und Pfeilspitzen der griechischen Spätbronzezeit*, Múnich, 1983.
[681] BUCHHOLZ, H.-G.: «Die Pfeilglätter aus dem VI Schachtgrab von Mykene und die helladischen Pfeilspitzen», *JdI*, 77 (1962), pp. 1-58.
[682] CROUWEL, J.: *Chariots and other means of transport in Bronze Age Greece*, Amsterdam, 1981.
[683] HÖCKMANN, O.: «Lanze und Speer im spätminoischen und mykenischen Griechenland», *JRGZM*, 27 (1980), pp. 13-158.
[684] LAFFINEUR, R.: «L'inscrustation ă l'époque mycénienne», *L'Antiquité Classique*, 43 (1974), pp. 5-37.
[685] LITTAUER, M., y J. CROUWEL: «Chariots in Late Bronze Age Greece», *Antiquity*, 57 (1983), pp. 187-192.
[686] SANDARS, N.: «The antiquity of the one-edged bronze knife in the Aegean», *PPS*, 21 (1955), pp. 174-197.
[687] SANDARS, N.: «The first Aegean swords and tehir ancestry», *AJA*, 65 (1961), pp. 18-29.
[688] SNODGRASS, A.: *Arms and armour of the Greeks*, Londres, 1967, cap. I.
Véanse también [SAKELLARIOU, A., *in* 12, pp. 129-138, y IAKOVIDIS, Sp., *in* 75, pp. 213-233].

Las joyas y los adornos

[689] KLING, B.: «Evidence for local style on the shaft grave diadems», *TUAS*, 6 (1981), pp. 29-38.
[690] TÉLÉVANTOU, Chr.: «Joyas de la Zira prehistórica», *ArchEph*, 1984, pp. 14-54 (en griego, resumen en inglés).
[691] TÉLÉVANTOU, Chr.: «La indumentaria femenina en la Zira prehistórica», *ArchEph*, 1982, pp. 113-135 (en griego).
Véase también [54, cap. 9].

Las piedras y los anillos grabados

[692] BETTS, J.: «The seal from shaft grave Gamma — A "Mycenaean chieftain"?», *TUAS*, 6 (1981), pp. 2-8.
[693] SAKELLARIOU, A.: «A propos de la chronologie des gemmes mycéniennes» en *Die kretisch-mykenische Glyptik und ihre gegenwärtigen Probleme*, Múnich, 1974, pp. 133-142.
[694] YOUNGER, J.: «Aegean seals of the Late Bronze Age: masters and workshops, III. The first-generation Mycenaean masters», *Kadmos*, 23 (1984), pp. 38-64.
Véanse también *CMS* I y [612].

Los vasos metálicos

[695] DAVIS, E.: «Metal inlaying in Minoan and Mycenaean art», *TUAS*, I (1976), pp. 3-6.

[696] HURWIT, J.: «The Dendra octopus cup and the problem of style in the fifteenth century Aegean», *AJA*, 83 (1979), pp. 413-426.
[697] LAFFINEUR, R.: *Les vases en métal précieux à l'époque mycénienne*, Gotemburgo, 1977.
[698] MATTHÄUS, H.: «Die Amphora von Skopelos», *AM*, 97 (1982), pp. 1-16.
Véanse también [611 y 625].

Los objetos de piedra, de cerámica, de cristal y de marfil

[699] HAEVERNICK, T.: «Mycenaean glass», *Archaeology*, 16 (1963), pp. 190-193.
[700] POLINGER FOSTER, K.: «Faience from the shaft graves», *TUAS*, 6 (1981), pp. 9-16.
[701] SAKELLARAKIS, J.: «*Mycenaean stone vase*», *SMEA*, 17 (1976), pp. 173-187.
Véanse también [629, 870 y 871].

B. EL FLORECIMIENTO DEMOGRÁFICO Y LA EVOLUCIÓN DEL HÁBITAT

[702] DICKINSON, O.: «Parallels and contrasts in the Bronze Age of Peloponnese», *OxJournArch*, 1 (1982), pp. 125-138.
Véanse también [DICKINSON, O., *in* 22, pp. 18-21, 125 y 800].

C. LA APARICIÓN DE NUEVAS ESTRUCTURAS POLÍTICAS Y SOCIALES

La organización sociopolítica

[703] KILIAN-DIRLMEIER, I.: «Beobachtungen zu den Schachtgräbern von Mykenai und zu den Schmuckbeigaben mykenischer Männergräber — Untersuchungen zur Sozialstruktur in späthelladischer Zeit», *JRGZM*, 33 (1986), pp. 159-198.
[704] MEE, Chr., y W. CAVANAGH: «Mycenaean tombs as evidence for social and political organization», *OxJournArch*, 3 (1984), pp. 45-64.
Véanse también [WARREN, P., *in* 22, pp. 68-75, DAVIS, J., *in* 84, pp. 159-166, y SCHACHERMEYR, Fr., *in* 728 I, pp. 423-428].

La religión

[705] MARINATOS, N.: *Art and religion in Thera. Reconstructing a Bronze Age society*, Atenas, 1984.
Véanse también [*in* 84, HÄGG, R., pp. 119-121, MARINATOS, N., pp. 167-178, y RENFREW, C., *in* 96, pp. 27-33].

La economía

Véanse [DAVIS, J., y H. LEWIS, *in* 86, pp. 79-92].

D. EL DESARROLLO DE LOS CONTACTOS Y DE LOS INTERCAMBIOS

Véase [88].

Las relaciones entre Creta y el resto del Egeo

[706] DOUMAS, Chr.: «The Minoan thalassocracy and the Cyclades», *AA*, 1982, pp. 5-14.
[707] GRAZIADIO, G.: «Le influenze minoiche e cicladiche sulla cultura Tardo Medio-Elladica del Peloponneso», *SMEA*, 19 (1978), pp. 165-203.
[708] HÄGG, R.: «On the nature of the Minoan influence in Early Mycenaean Messenia», *OpAth*, 14 (1982), pp. 27-37.
[709] MATTHÄUS, H.: «Minoan influence on the Greek mainland during the 16th century B. C. and the origins of Mycenaean civilization», *TUAS*, 5 (1980), pp. 37-44.
[710] RUTTER, J.: «Stone vases and Minyan ware: a facet of Minoan influence on Middle Helladic Laconia», *AJA*, 83 (1979), pp. 464-469.
[711] SCHOFIELD, E.: «The Western Cyclades and Crete: a "special relationship"», *OxJournArch*, 1 (1982), pp. 9-25.
Véanse también [KORRÈS, G., *in* 84, pp. 141-152, y COLDSTREAM, N., *in* 728 I, pp. 389-401].

Los intercambios en el mar Egeo

[712] CHERRY, J., y J. DAVIS: «The Cyclades and the Greek mainland in LC I: the evidence of the pottery», *AJA*, 86 (1982), pp. 333-341.
[713] MARTHARI, M.: «Akrotiri. Vases of Middle Helladic tradition in the destruction level», *ArchEph*, 1980, pp. 182-211.
Véanse también [IMMERWAHR, S., *in* 16, pp. 173-191, y LAFFINEUR, R., *in* 84, pp. 133-139].

Las relaciones exteriores

[714] BAURAIN, Cl.: *Chypre et la Méditerranée orientale au Bronze Récent. Synthèse historique*, París, 1984.
[715] BÉRARD, J.: «Les Hyksos et la légende d'Io», *Syria*, 29 (1952), pp. 1-43.
[716] BILLIGMEIER, J.: *Kadmos and the possibility of a Semitic presence in Helladic Greece*, Ann Arbor, 1981.
[717] BOUZEK, J.: *The Aegean, Anatolia and Europe: cultural interrelations in the second millennium BC*, Gotemburgo, 1985.
[718] BRANIGAN, K.: «Wessex and the Common Market», *SMEA*, 15 (1972), pp. 147-156.
[719] HARDING, A.: *The Mycenaeans and Europe*, Londres, 1984.
[720] MELLAART, J.: «Anatolian trade with Europe and Anatolian geography and culture provinces in the Late Bronze Age», *AnatSt*, 18 (1968), pp. 187-202.
[721] MERRILLEES, R.: «Aegean Bronze Age relations with Egypte», *AJA*, 76 (1972), pp. 281-294.
Véanse también [93, 293, 807, 808, 814 y 817].

Ámbar y metales

[722] DAVIS, E.: «The gold of the shalt graves: the Transylvanian connection», *TUAS*, 8 (1983), pp. 32-38.

[723] GALE, N., y Z. STOS-GALE: «The sources of Mycenaean silver and lead», *JFA*, 9 (1982), pp. 467-486.
[724] HARDING, A., y H. HUGUES-BROCK: «Amber in the Mycenaean world», *BSA*, 69 (1974), pp. 145-170.
[725] MUHLY, J.: «Gold analysis and sources of gold in the Bronze Age», *TUAS*, 8 (1983), pp. 1-14.
Véanse también [522 y 646].

CAPÍTULO VI. LA ERUPCIÓN DEL VOLCÁN DE ZIRA (SANTORINI)

[726] *Acta of the 1st International Scientific Congress on the Volcano of Thera*, Atenas, 1971, sp. HEALEY, J., pp. 180-183, y VITALIANO, D., y Ch. VITALIANO, pp. 88-99.
[727] DOUMAS, Chr.: «Santorin et la fin du monde égéen», *La Recherche*, 143 (abril de 1983), pp. 456-463.
[728] DOUMAS, Chr. (ed.): *Thera and the Aegean World*, I-II, Londres, 1978-1980, sp. BLONG, R., II, pp. 217-226, HOOD, S., I, pp. 681-690, PICHLER, H., y W. FRIEDRICH, II, pp. 15-30, y SCHIERING, W., I, pp. 699-701.
[729] HILLER, St.: «Die Explosion des Vulkans von Thera», *Gymnasium*, 82 (1975), pp. 32-74.
[730] HÖCKMANN, B.: «Die Katastrophe von Thera: archäologische Gesichtspunkte», *JRGZM*, 21 (1974), pp. 46-92.
[731] KLEINMANN, B.: «Die Katastrophe von Thera: Geologie eines Vulkans», *JRGZM*, 21 (1974), pp. 12-45.
[732] MARINATOS, Sp.: «The volcanic destruction of Minoan Crete», *Antiquity*, 13 (1939), pp. 425-439.
[733] NIEMEIER, W.-D.: «Die Katastrophe von Thera und die spätminoische Chronologie», *JdI*, 95 (1980), pp. 1-76.
[734] PICHLER, H., y W. SCHIERING: «Der spätbronzezeitliche Ausbruch des Thera-Vulkans und seine Auswirkungen auf Kreta», *AA*, 1980, pp. 1-37.
[735] VANSCHOONWINKEL, J.: «Les fouilles de Théra et la protohistoire égéenne», *Les Études Classiques*, 54 (1986), pp. 223-252.
Véanse también [PLATON, N., *in* 12, pp. 101-109, 323, HOOD, S., *in* 327, pp. 111-118; *in* 305, MARTHARI, M., pp. 119-133, y PALYVOU, Cl., pp. 134-147].

El problema cronológico

[736] AITREN, M.: «The Minoan eruption of Thera, Santorini: a re-assessment of the radiocarbon dates», en JONES, R., y H. CATLING (eds.): *New aspects of archaeological science in Greece*, Atenas, 1988, pp. 19-24.
Véanse también [41 y 48].

¿La Atlántida en Santorini?

[737] MARTIN, H.: *Études sur la Timée*, I, París 1841, reed. 1981, pp. 257-333.
[738] RAMAGE, E. (ed.): *Atlantis: fact or fiction?*, Bloomington, 1978.

[739] RIVAUD, A. (ed.): PLATON, *Oeuvres complètes*, X, París, 1963.
[740] VIDAL-NAQUET, P.: «Athènes et l'Atlantide, structure et signification d'un mythe platonicien» en VIDAL-NAQUET, P.: *Le chasseur noir. Formes de pensée et formes de société dans le monde grec*, París, 1981, pp. 335-360.

Libro III

El mundo micénico y sus límites

[741] CHADWICK, J.: *The Mycenaean world*, Cambridge, 1976.
[742] HOOKER, J.: *Mycenaean Greece*, Londres, 1976.
[743] TAYLOUR, W.: *The Mycenaean*,[2] Londres, 1983.
[744] SCHACHERMEYR, Fr.: *Griechische Frühgeschichte*, Viena, 1984.
[745] VENTRIS, M., y J. CHADWICK: *Documents in Mycenaean Greece*,[2] Cambridge, 1973.
Véanse también [IAKOVIDIS, Sp., *in* 2, pp. 268-302, y 132].

CAPÍTULO I. LAS FUENTES DE LA HISTORIA MICÉNICA

A. LOS DOCUMENTOS LITERARIOS

[746] DICKINSON, O.: «Homer, the poet of the Dark Age», *Greece and Rome*, 33 (1986), pp. 20-37.
[747] EDWARDS, R.: *Kadmos the Phoenician. A study in Greek legends and the Mycenaean Age*, Amsterdam, 1975.
[748] FINLEY, M.: *Le monde d'Ulisse*,[2] París, 1983.
[749] FOXHALL, L., y J. DAVIES (eds.): *The Trojan war: its historicity and context (Papers of the first Greenbank Colloquium, Liverpool 1981)*, Bristol, 1985.
[750] LORIMER, H.: *Homer and the monuments*, Londres, 1950.
[751] LUCE, J.: *Homer and the Heroic Age*, Londres, 1975.
[752] PAGE, D.: *History and the Homeric Iliad*, Berkeley, 1959.
[753] SCHACHERMEYR, Fr.: *Die griechische Rückerinnerung im Lichte neuer Forschungen*, Viena, 1983.
[754] STELLA, L.A.: *Tradizione micenea e poesia dell'Iliade*, Roma, 1978.
[755] WACE, A., y Fr. STUBBINGS (eds.): *A companion to Homer*, Londres, 1962.
Véase también [716].

B. LOS DOCUMENTOS ARQUEOLÓGICOS

[756] HOPE SIMPSON, R.: *Myceanean Greece*, Park Ridge, 1981 [reproducida en gran parte en 101].
Véanse también [676 y 678].

[757] Deroy, L.: *Initiation à l'épigraphie mycénienne*, Roma, 1962.
[758] Hooker, J.: *Linear B. An introduction*, Bristol, 1980.
[759] Lejeune, M.: *Mémoires de philologie mycénienne*, I, París, 1958, II, Roma, 1971, III, Roma, 1972 [reúne 55 artículos fundamentales publicados entre 1955 y 1968].
[760] Vandenabeele, Fr., y J.P. Olivier: *Les idéogrammes archéologiques du linéaire B*, París, 1979.
Véanse también [745, Bartoněk A., *in* 769, pp. 15-27, y 790].

Congresos y mélanges *(por orden cronológico).*

[761] Lejeune, M. (ed.); *Études mycéniennes*, París, 1956 (coloquio de Gif-sur-Yvette).
[762] *Atti del 2° Colloquio Internazionale di Studi Minoico-Micenei [= Athenaeum 46*, 1958, pp. 295-440; coloquio de Pavía].
[763] Bennett, E. (ed.): *Myceanean Studies*, Madison, 1964 (coloquio de Wingspread, 1961).
[764] Palmer, L., y J. Chadwick (eds.): *Proceedings of the Cambridge Colloquium on Myceanean Studies*, Cambridge, 1966.
[765] Gallavotti, C., (ed.): *Atti e Memorie del 1° Congresso Internazionale di Micenologia*, Roma, 1968.
[766] Bartoněk, A. (ed.): *Studia Mycenaea*, Brno (1968) (simposium de Brno, 1966).
[767] Ruipérez, M. (ed.): *Acta Myceanea* [= *Minos* 11-12, 1970-1971 (coloquio de Salamanca).
[768] Risch, E., y H. Mühlestein (eds.): *Colloquium Mycenaeum*, Neuchâtel-Ginebra, 1979 (coloquio de Chaumont, 1975).
[769] Heubeck, A., y G. Neumann (eds.): *Res Mycenaeae*, Gotinga, 1983 (coloquio de Nuremberg, 1981).
[770] Duhoux, Y., y A. Morpurgo-Davies (eds.): *Linear B: a 1984 survey*, Louvain-la-Neuve, 1985 (coloquio de Dublín, 1984).
[771] Ilievski, P., y Lj. Crepajac (eds): *Tractata Mycenaea*, Skopje, 1987 (coloquio de Ohrid, 1985).
[772] Etter, A. (ed.): *«o-o-pe-ro-si. Festschrift für Ernst Risch*, Berlín-Nueva York, 1986.
[773] Killen, J., J. Melena, y J.-P. Olivier (eds.): *Studies in Myceanean and Classical Greek presented to John Chadwick = Minos 20-22*, 1987.

Edición de textos

Cnosos

[774] Chadwick, J., J. Killen, y J.-P., Olivier: *The Knossos tablets. A transliteration*,[4] Cambridge, 1971.
[775] Chadwick, J. *et al.: Corpus of Myceanean inscriptions from Knossos*, vol. I: *Tables 1-1063*, Cambridge-Roma, 1986.

Micenas

[776] OLIVIER, J.-P.: *The Mycenae tablets*, IV: *A revised transliteration*, Leyde, 1969.
[777] SACCONI, A.: *Corpus delle iscrizioni in lineare B di Micene*, Roma, 1974.

Pilos

[778] BENNETT, E., y J.-P. Olivier: *The Pylos tablets transcribed*, I: *Texts and notes*; II: *Hands, concordances, indices*, Roma, 1973-1976.

Tebas

[779] GODART, L., y A. SACCONI: *Les tablettes en linéaire B de Thèbes*, Roma, 1978.

Tirinto

[780] GODART, L., J. KILLEN, y J.-P. OLIVIER: «Eighteen more fragments of linear B tablet from Tiryns», *AA*, 1983, pp. 413-426 (contiene referencias a los restantes textos).

Inscripciones en vasos

[781] CATLING, H., *et al.*: «The linear B inscribed stirrup jars and West Crete», *BSA*, 75 (1980), pp. 49-113.
[782] RAISON, J.: *Les vases à inscriptions peintes de l'âge mycénien et leur contexte archéologique*, Roma, 1968.
[783] SACCONI, A.: *Corpus delle iscrizioni vascolari in lineare B*, Roma, 1974.

Lexicografía

[784] AURA JORRO, F.: *Diccionario micénico*, vol. I [A-N], Madrid, 1985.
[785] MORPURGO, A.: *Mycenaeae Graecitatis Lexicon*, Roma, 1963.
[786] OLIVIER, J.-P. *et al.*: *Index généraux du linéaire B*, Roma, 1973 (compilados a partir de [774], [776], [778], [782] e interrumpidos en 1970).

Léxicos especializados

[787] LINDGREN, M.: *The people of Pylos. Prosopographical and methodological studies in the Pylos archives*, Upsala, 1973.
[788] MACARTHUR, J.: «A tentative lexicon of Mycenaean place-names, I: The place-names of the Knossos tablets», *Minos*, 19 (1985), anexo, pp. 1-135.

Repertorios bibliográficos

Véanse [541-546].

1. El lineal B y su descifre

[789] Bennett, E.: «Some local differences in the linear B script», *Hesperia*, 35 (1966), pp. 295-309.
[790] Chadwick, J.: *Le déchiffrement du linéaire B. Aux origines de la langue grecque*, París, 1972 (2ª ed. inglesa, Cambridge, 1967).
[791] Olivier, J.-P.: «L'origine de l'écriture linéaire B», *SMEA*, 20 (1979), pp. 43-52.

2. La lengua micénica

[792] Heubeck, A.: *Kleine Schriften zur griechischen Sprache und Literatur*, Erlangen, 1984, pp. 317-534.
[793] Lejeune, M.: *Phonétique historique du mycénien et du grec ancien*, París, 1972.
[794] Lejeune, M.: «Pré-mycénien et proto-mycénien», *Bulletin de la Société de Linguistique*, 71 (1976) pp. 193-206.
[795] Palmer, L.: *The interpretation of Mycenaean Greek texts*, Oxford, 1963.
[796] Risch, E.: *Kleine Schriften*, Berlín-Nueva York, 1981, pp. 377-559.
[797] Ruijgh, C.: *Études sur la grammaire et le vocabulaire du grec mycénien*, Amsterdam, 1967.
[798] Ruijgh, C.: «La morphologie du grec», *SMEA*, 20 (1979), pp. 69-89.
[799] Vilborg, E.: *A tentative grammar of Mycenaean Greek*, Gotemburgo, 1960.
Véase también [Morpurgo-Davies, A., *in* 770, pp. 75-125].

CAPÍTULO II. LA HISTORIA DEL MUNDO MICÉNICO

A. El apogeo de la Grecia micénica

[800] Alden, M.: *Bronze Age population fluctuations in the Argolid from the evidence of Mycenaean tombs*, Gotemburgo, 1981.
Véanse también [Warren P., *in* 22, pp. 68-75, y 678, caps. 3-6].

B. La presencia micénica fuera de la Grecia continental

[801] Buchholz, H.-G., y V. Karageorghis: «Ägäische Funde und Kultureinflüsse in den Randgebieten des Mittelmeers», *AA*, 1974, pp. 325-462.
[802] Wright, J.: «Umpiring the Mycenaean empire», *TUAS*, 9 (1984), pp. 58-70.
Véanse también [87 y 717].

Las causas y los medios de la expansión micénica

[803] Bass, G. *et al.*: *Cape Gelidonya: a Bronze Age shipwreck*, Filadelfia, 1967.
[804] Bass, G.: «A Bronze Age shipwreck at Ulu Burun (Kas): 1984 campaign», *AJA*, 90 (1986), pp. 269-296.

[805] McCaslin, D.: *Stone anchors in Antiquity: coastal settlements and maritime traderoutes in the Eastern Mediterranean ca. 1600-1050 BC*, Gotemburgo, 1980.
[805 bis] Pulak, C.; «The Bronze Age shipwreck at Ulu Burun, Turkey: 1985 campaign», *AJA*, 92 (1988), pp. 1-37.
Véase también [82].

Europa y el Mediterráneo occidental

[806] Gras, M.: *Trafics tyrrhéniens archaïques*, París, 1985, sp. pp. 26-111.
[807] Smith, Th.: *Mycenaean trade and interaction in the West Central Mediterraneum 1600-1000 BC*, Oxford, 1987.
[808] Taylour, W.: *Mycenaean pottery in Italy and adjacent areas*, Cambridge, 1958.
Véanse también [90, 92 y 719].

Las Cícladas

Véanse [302, sp. pp. 224-246, y 303].

El Dodecaneso y Anatolia

[809] Güterbock, H.-G., y M. Mellink: «The Hittites and the Aegean world», *AJA*, *87* (1983), pp. 133-143.
[810] Mee, Chr.: «Aegean trade and settlement in Anatolia in the second millennium B.C.», *AnatSt*, 28 (1978), pp. 121-156.
Véanse también [Re, L., *in 87*, pp. 343-363, 287, caps. VI-VII, 294 y 295].

Chipre y el Mediterráneo oriental

[811] Dothan, Tr.: *The Philistines and their material culture*, New Haven-Londres, 1982.
[812] Karageorghis, V.: *Kition, Mycenaean and Phoenician discoveries in Cyprus*, Londres, 1976.
[813] Leonard, A.: «Considerations of morphological variations in the Mycenaean pottery from the Southeastern Mediterranean», *Bulletin of the American Schools of Oriental Research*, 241 (1981), pp. 87-101.
[814] Hankey, Vr.: «Mycenaean pottery in the Middle East: notes on finds since 1951», *BSA*, *62* (1967), pp. 107-147.
[815] Hankey, Vr.: «Pottery and people of Mycenaean III C period in the Levant», en *Archéologie au Levant. Recueil à la mémoire de R. Saïdah*, Lyon, 1983, pp. 167-171.
[816] Hult, G.: *Bronze Age ashlar masonry in the Eastern Mediterranean, Cyprus, Ugarit, and neighbouring regions*, Gotemburgo, 1983.
[817] Stubbings, Fr.: *Mycenaean pottery from the Levant*, Cambridge, 1951.
Véanse también [93 y 714].

[818] Ålin, P.: *Das Ende der mykenischen Fundstätten auf den griechischen Festland*, Lund, 1962.
[819] Desborough, V.: *The last Mycenaeans and their successors*, Oxford, 1964.
Véanse también [Ålin, P., *in 16*, pp. 31-38, Kilian, Kl., *in 80*, pp. 53-96, 950, 952 y 953].

La cerámica y la cronología

[820] Iakovidis, Sp.: «The chronology of LH III C», *AJA*, 83 (1979), pp. 454-462.
[821] Rutter, J.: «A plea for the abandonment of the term "submycenaean"», *TUAS*, 3 (1978), pp. 58-65.
[822] Styrenius, C.-G.: *Submycenaean studies*, Lund, 1967.
Véanse también [8, vol. 4, Iakovidis, Sp., *in* 14 I, pp. 233-260, y 678, caps, 7-11].

Las hipótesis

a / Las invasiones

[823] Buck, R.: «The Mycenaean time of trouble», *Historia*, 18 (1969), pp. 276-298.
[824] Bloedow, E.: «Handmade burnished ware or "barbarian" pottery and Troy VII B», *La Parola del Passato*, 222 (1985), pp. 161-199.
[825] Catling, H.: «"Barbarian" pottery from the Mycenaean settlement at the Menelaion, Sparta», *BSA*, 76 (1981), pp. 71-82.
[826] Hooker, J.: «New reflexions on the Dorian invasions», *Klio*, 61 (1979), pp. 353-360.
[827] Kilian-Dirlmeier, I.: «Der dorische Peplos: ein archäologisches Zeugnis der dorischen Wanderung», *Archäologisches Korrespondenzblatt*, 14 (1984), pp. 281-291.
[828] Sandars, N.: *The Sea Peoples. Warriors of the ancient Mediterranean 1250-1150 BC*, Londres, 1978.
[829] Sandars, N.: «North and South at the end of the Mycenaean age: aspects of an old problem», *OxJourn Arch, 2* (1983), pp. 43-68.
[830] Uchitel, A.: «On the "military" character of the O-KA tablets», *Kadmos*, 23 (1984), pp. 136-163.
Véase también [Baumbach L., *in* 769, pp. 28-40].

b / Los factores naturales

[831] Carpenter Rh.: *Discontinuity in Greek civilization*, Londres, 1966.
[832] Kilian, Kl.: «Zum Ende der mykenischen Epoche in der Argolis», *JRGZM*, 27 (1980), pp. 166-195.

[833] BETANCOURT, Ph.: «The end of the Greek Bronze Age», *Antiquity*, 50 (1976), pp. 40-47.
[834] HOOKER, J.: «The end of Pylos and the linear B evidence», *SMEA*, 23 (1982), pp. 209-217.

CAPÍTULO III. LA CIVILIZACIÓN MICÉNICA

A. EL HÁBITAT Y LAS VIVIENDAS

Véase [62, cap. V].

Los palacios

[835] PALAIMA, Th., y C. SCHELMERDINE (eds.): *Pylos comes alive. Industry + administration in a Mycenaean palace*, Nueva York (1984), sp. WRIGHT, J., pp. 19-30.
[836] PALAIMA, Th, y J. WRIGHT: «In and outs of the archives rooms at Pylos: form and function in a Mycenaean palace», *AJA*, 89 (1985), pp. 251-262.
Véanse también [KILIAN, Kl., *in* 78, pp. 203-217, *in* 600, pp. 21-38, y 132, pp. 46-78 y 83-85].

Las técnicas de construcción y la decoración

[837] WRIGHT, J.: «Mycenaean palatial terraces», *AM*, 95 (1980), pp. 59-86.
Véanse también [60 y 527, pp. 23-42].

Las fortificaciones y las ciudadelas

[838] IAKOVIDIS, Sp.: *Late Helladic citadels on Mainland Greece*, Leyde, 1983 (la síntesis más completa sobre las ciudadelas de Tirinto, Midea, Micenas, Atenas y Gla].
[839] SCOUFOPOULOS, N.: *Mycenaean citadels*, Gotemburgo, 1971.
Véase también [132, cap. II).

El urbanismo y el hábitat

Véase [MCDONALD, W., *in* 763, pp. 217-240].

B. LA ARQUITECTURA Y LAS PRÁCTICAS FUNERARIAS

Véase [132, cap. V].

Los tipos de tumbas

Tolos

[840] CAVANAGH, W., y R. LAXTON: «The structural mechanics of the Mycenaean tholos tomb», *BSA*, 76 (1981), pp. 109-140.

[841] SANTILLO FRIZELL, B., y R. SANTILLO: «The construction and structural behaviour of the Mycenaean tholos tomb», *OpAth*, 15 (1984), pp. 45-52
Véase también [65, cap. IV].

Tumbas de cámara y otras

Véanse [*in* 64, CAVANAGH, W.: pp. 161-169, KONTORLI-PAPADOPOULOU, L., pp. 145-160, y 662].

Las prácticas funerarias

[842] CAVANAGH, W., y Chr. MEE: «The re-use of earlier tombs in the LH III C period», *BSA*, 73 (1978), pp. 31-44.

La interpretación sociopolítica de las prácticas funerarias

Véanse [DARCQUE P.: *in* 64, pp. 185-205, y 704].

C. LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA, ADMINISTRATIVA Y SOCIAL

Las instituciones

[843] CARLIER, P.: *La royauté en Grèce avant Alexandre*, Estrasburgo (1984), sp. pp. 1-134 (contiene numerosísimas referencias).
Véanse también [*in* 768, GSCHNITZER, F., pp. 109-134, MORPURGO-DAVIES, A., pp. 87-107, y HOOKER, J., *in* 773, pp. 257-267].

Los escribanos y las oficinas

[844] OLIVIER, J.-P.: *Les scribes de Cnossos*, Roma, 1967.

[844 bis] PALAIMA, Th.: *The sribes of Pylos* Roma, 1988.

[845] SJÖQUIST, K.-E., y P. ÅSTRÖM: *Pylos: palmprints and palmleaves*, Gotemburgo, 1985.
Véase también [OLIVIER J.-P.; *in* 835, pp. 11-18, y 836].

La organización militar

[846] LEJEUNE, M.: «Chars et roues à Cnossos: structure d'un inventaire», *Minos*, 9 (1968), pp. 9-61 (= *Mém.* III, pp. 287-330).

[847] LEJEUNE, M.: «La civilisation mycènienne et la guerre», en VERNANT, J.-P.

(dir): *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, 1968, pp. 31-51 (= *Mém.* III, pp. 57-77).

[848] PALMER, L.: «War and society in a Mycenaean kingdom» en *Armées et fiscalité dans le monde antique* París, 1977, pp. 35-64.
Véanse también [GODART, L., *in* 78, pp. 237-253, y 682].

La sociedad

[849] DEBORD, P.: «Esclavage mycénien, esclavage homérique», *REA*, 75 (1973), pp. 225-240.

[850] LEJEUNE, M.: «Textes mycéniens relatifs aux esclaves», *Historia*, 8 (1959), pp. 129-144 (= *Mém.* II, pp. 65-81).

[851] LEJEUNE, M.: «Le *damos* dans la société mycénienne», *REG*, 78 (1965), pp. 1-22 (= *Mém.* III, pp. 137-154).

[852] LENCMAN, J.: *Die Sklaverei im mykenischen und homerischen Griechenland*, Wiesbaden, 1966.
Véanse también [PALMER, L., *in* 12, pp. 151-159, y OLIVIER, J.-P., *in* 773, pp. 479-498].

La población

[853] CARLIER, P.: «La femme dans la société mycénienne d'après les archives en linéaire B», en LÉVY, E. (ed.): *La femme dans les sociétés antiques. Actes des colloques de Strasbourg (mai 1980 et mars 1981)*, Estrasburgo, 1983, pp. 9-32.

La geografía política de los reinos continentales

[854] GIOVANNINI. A.: *Étude historique sur les origines du Catalogue des vaisseaux*, Berna, 1969.

[855] LEJEUNE, M.: «Les circonscriptions administratives de Pylos», *REA*, 67 (1965), pp. 5-24 (= *Mém.* III, pp. 115-133).

[856] RUIJGH, C.: «A propos de *de-we-ro-a$_3$-ko-ra-i-ja*», *Minos*, 12 (1971), pp. 441-450.

[857] SERGENT, B.: «La liste de Kom el-Hetan et le Péloponnèse», *Minos*, 16 (1977), pp. 126-173.
Véanse también [*in* 22, CHADWICK, J., pp. 36-40, y DICKINSON, O., pp. 18-23].

D. La organización y las producciones económicas

[858] DUHOUX, Y.: *Aspects du vocabulaire économique mycénien (cadastre, artisanat, fiscalité)*, Amsterdam, 1976.
Véase también [KILLEN, J., *in* 770, pp. 241-298 (artículo de referencia)].

La fiscalidad

[859] DE FIDIO, P.: *I dosmoi pilii a Poseidon. Una terra sacra di età micenea*, Roma, 1977.

[860] De Fidio, P.: «Fiscalità, redistribuzione, equivalenze: per una discussione sull'economia micenea», *SMEA*, 23 (1982), pp. 83-136.
[861] Melena, J.: «On the Knossos Mc tablets», *Minos*, 13 (1972), pp. 29-54.
[862] Olivier, J.-P.: «Une loi fiscale mycénienne», *BCH*, 98 (1974), pp. 23-35.

1. La agricultura

Las formas de la propiedad

[863] Carpenter, M.: «*ki-ti-me-na* and *ke-ke-me-na* at Pylos», *Minos*, 18 (1983), pp. 81-88.

Los cereales

[864] Cremona, M.-V.: «I cereali nelle tavolette in lineare B di Cnosso», *SMEA*, 23, 1982, pp. 73-82.
[865] Godart, L.: «Le grain à Cnossos», *SMEA*, 5, 1968, pp. 56-63.

Las oleaginosas

[866] Melena, J.: «Olive oil and other sorts of oil in the Mycenaean tablets», *Minos*, 18, 1983, pp. 79-123.
[867] Shelmerdine C.: *The perfume industry of Mycenaean Pylos*, Gotemburgo, 1985.
Véase también [Haskell, H., *in* 835, pp. 97-107].

La viticultura

[868] Perpillou, J.-L.: «Vinealia I. Vignes mycéniennes, homériques, historiques: permanence des formules?», *Revue de Philologie, de Littérature et d'Histoire Anciennes*, 55 (1981), pp. 41-55.

La alimentación

Véanse [Bisel, S., y J. Angel, *in* 17, pp. 197-209, y Killen, J., *in* 769, pp. 216-233].

2. El artesanado

[869] Catling, H.: *Cypriote bronzework in the Mycenaean world*, Oxford, 1964.
[870] Poursat, J.-Cl.: *Les ivoires mycéniens*, París, 1977.
[871] Poursat, J.: *Catalogue des ivoires mycéniens du Musée national d'Athènes*, París, 1977.
Véase también [Iakovidis, Sp., *in* 75, pp. 213-233].

Las materias primas y la organización de las producciones

[872] Lejeune, M.: «Les forgerons de Pylos», *Historia*, 10 (1961), pp. 409-434 (= *Mém.* II, pp. 169-195).

La industria textil

[873] FOSTER, E.: «The flax impost at Pylos and Mycenaean land holding», *Minos*, 17 (1981), pp. 67-121.
[874] KILLEN, J.: «The wool industry of Crete in the Late Bronze Age», *BSA*, 59 (1964), pp. 1-15.
[875] OLIVIER, J.-P.: «La série Dn de Cnossos», *SMEA*, 2 (1967), pp. 71-93.
[876] OLIVIER, J.-P.: «La série Dn de Cnossos reconsiderée», *Minos*, 13 (1972), pp. 22-28.
[877] ROBKIN, A.: «The agricultural year, the commodity SA and the linen industry of Mycenaean Pylos», *AJA*, 83 (1979), pp. 469-474.
Véase también [KILLEN, J., *in* 835, pp. 49-63].

Los vasos de barro cocido

[878] KARAGEORGHIS, V., y E. VERMEULE: *Mycenaean pictorial vase painting*, Cambridge (Mass), 1982.
Véase también [678].

Los vasos metálicos

Véase [611]

Los vasos de piedra

Véase [701]

Las armas y las herramientas

[879] CASSOLA, GUIDA P.: *Le armi difensive dei Micenei nelle figurazioni*, Roma, 1973.
[880] SANDARS, N.: «Later Aegean bronze swords», *AJA*, 67 (1963), pp. 117-153.
Véanse también [680, 683, 688 y 911]

Los vestidos, las joyas y los adornos

[881] KILIAN, Kl.: «Violinbogenfibeln und Blattbügelfibeln des griechischen Festlandes aus mykenischer Zeit», *PZ*, 60 (1985), pp. 145-203.
Véanse también [54, pp. 72-87, 72 y 827].

Las estatuillas y las figuritas

[882] FRENCH, E.: «The development of Mycenaean terracota figurines», *BSA*, 66 (1971), pp. 101-187.
Véase también [AMANDRY, P., *in* 14 I, pp. 167-184, y FRENCH, E., *in* 96, pp. 173-178].

Los sellos

[883] SAKELLARIOU, A.: «Une esquisse de la glyptique de Mycènes à l'HR III A/B d'après les cachets des "tombes de Tsountas" à Mycènes», en NIEMEIER, W.-D. (ed): *Studien zur minoischen und helladischen Glyptik*, Berlín, 1981, pp. 181-188.

[884] YOUNGER, J.: «Non-sphragistic uses of Minoan-Mycenaean sealstones and rings», *Kadmos*, 16 (1977), pp. 141-159.

[885] YOUNGER, J.: «Aegean seals of the Late Bronze Age: stylistic groups VI. Fourteenth-century Mainland and Later fourteenth century Cretan work-shops», *Kadmos*, 26 (1987), pp. 44-73.
Véanse también [612, 618, PALAIMA, Th., *in* 771, pp. 249-266, *CMS* I, *CMS* I Suppl., *CMS* V, 1-2].

E. LA RELIGIÓN

[886] DIETRICH, B.: *The origins of Greek religion*, Berlín-Nueva York, 1974.

[887] MYLONAS, G.: *Mycenaean religion, temples, altars and temena*, Atenas, 1977 (en griego, traducción en inglés).
Véanse también [97, 98, 99 y 132, cap. VI].

Los objetos y las representaciones

Véanse [*in* 96, FRENCH, E., pp. 173-178, KOEHL, R., pp. 179-187, 637 y 882].

Los lugares de culto

[888] HÄGG, R.: «Mykenische Kulstätten im archäologischen Material», *OpAth*, 8 (1968), pp. 39-60.

Asini

Véase [HÄGG, R., *in* 96, pp. 91-94].

Eleusis

[889] DARCQUE, P.: «Les vestiges mycéniens découverts sous le Télestérion d'Eleusis», *BCH*, 105 (1981), pp. 593-605.

Micenas

[890] MYLONAS, G.: *The cult center of Mycenae*, Atenas, 1972 (en griego resumen en inglés).

[891] TAYLOUR, W.: «Mycenae 1968», *Antiquity, 43* (1969), pp. 91-97.

[892] TAYLOUR, W.: «New light on Mycenaean religion», *Antiquity*, 44 (1970),

pp. 270-279.
Véase también [FRENCH, E., *in* 96, pp. 41-48].

Filacopi

Véase [318].

Tirinto

Véase [KILIAN, Kl., *in* 96, pp. 49-58].

Las menciones epigráficas

[893] ADRADOS, F.: «Les institutions religieuses mycéniennes», *Minos* II (1972), pp. 170-203.
[894] BAUMBACH, L.: «The Mycenaean contribution to the study of Greek religion in the Bronze Age», *SMEA*, 20 (1979), pp. 143-160.
[895] GÉRARD-ROUSSEAU, M.: *Les mentions religieuses dans les tablettes mycéniennes*, Roma, 1968.
[896] LEJEUNE, M.: «Prêtres et prêtresses dans les documents mycéniens», en *Hommage à G. Dumézil, Latomus* 45 (1960), pp. 129-139 [= *Mém.* II, pp. 85-93] Véanse también [CARLIER, P., *in* 78, pp. 255-282, HILLER, St., *in* 96, pp. 95-126. PALMER, L., *in* 769, pp. 338-336, y CHADWICK, J., *in* 770, pp. 191-202].

El sincretismo cretomicénico

Véase también [HÄGG, R., *in* 770, pp. 203-225].

CAPÍTULO IV. LA CRETA MICÉNICA

Véanse [8, vol. 3, y 334].

A. LOS PROBLEMAS CRONOLÓGICOS

La cronología relativa y absoluta

Véanse [39, 41, 45 y 48].

a / La fecha de las tablillas de Cnosos

[897] HALLAGER, E.: *The Mycenaean palace at Knossos. Evidence for final destruction in the III B period*, Estocolmo, 1977.
[898] NIEMEIER, W.-D.: «Mycenaean Knossos and the age of linear B», *SMEA*, 23 (1982), pp. 219-287.

[899] PALMER, L., y J. BOOARDMAN: *On the Knossos tablets*, Oxford, 1963.
[900] POPHAM, M.: *The destruction of the palace at Knossos. Pottery of the Late Minoan III A period*, Gotemburgo, 1970.

b / Los jarros de asa vertical con inscripción pintada

Véanse [781, 782, 783 y 922].

c / La lista de Kom el-Hetan en Tebas de Egipto

[901] CINE, E.: «Amenhotep III and the Aegean: a reassessment of Egypto-Aegean relations in the 14th century BC», *Orientalia*, 56 (1987), pp. 1-36.
[902] EDEL, M.: *Die Ortsnamentalisten aus dem Totentempel Amenophis III*, Bonn, 1966.
Véanse también [STELLA L., *in* 328, pp. 600-605, y 857].

B. EL ÚLTIMO PALACIO DE CNOSOS

[903] POPHAM, M.: «Cretan sites occupied between c. 1450 and 1400 BC», *BSA*, 75 (1980), pp. 163-167.
Véanse también [356, 380 XVI y 900].

1. LOS CAMBIOS DEL MR II-III A1

Las sepulturas

[904] KILIAN-DIRLMEIER, I.: «Noch einmal zu den Kriekerkräbern von Knossos», *JRGZM*, 32 (1985), pp. 196-213.
[905] POPHAM, M., *et al.*: «Sellopoulo tombs 3 and 4, two Late Minoan graves near Knossos», *BSA*, 69 (1974), pp. 195-257.
[906] POPHAM, M.: «A Late Minoan tomb on lower Gypsadhes», *BSA*, 75 (1980), pp. 169-173.
Véanse también [367, 663 y 911].

Las artes palaciales y la cultura palacial

[907] KOEHL, R.: «A marinescape floor from the palace at Knossos», *AJA*, 90 (1986), pp. 407-417.
[908] MOUNTJOY P.: «The Ephyraean goblet reviewed», *BSA*, 78 (1983), pp. 265-271.
[909] NIEMEIER, W.-D.: *Die Palaststilkeramik von Knossos*, Berlín, 1985.
[910] YOUNGER, J.: «Aegean seals of the Late Bronze Age: stylistic groups V. Minoan groups contemporary with LM III A1», *Kadmos*, 25 (1986), pp. 119-140.
Véanse también [68, 76, 356, MACDONALD, C., *in* 600, pp. *293-295*, *621*, *870* y 880].

2. ¿Micenios o minoicos?

[911] Driessen, J., y C. Macdonald: «Some military aspects of the Aegean in the late fifteenth and early fourtennth centuries BC», *BSA*, 79 (1984), pp. 49-74.

3. La organización de Cnosos

La administración

[912] Bennet, J.: «The structure of the linear B administration at Knossos», *AJA*, 89 (1985), pp. 231-249.

[913] Hallager, E.: «The history of the palace at Knossos in the Late Minoan period», *SMEA*, 19 (1978), pp. 17-33.
Véanse también [Hiller, St., *in* 13, pp. 388-405, Chadwick, J., *in* 327, pp. 39-45, Popham, M., *in* 600, pp. 279-299, Bennet, J., *in* 773, pp. 77-88, y 900].

Las relaciones exteriores

Véanse [*in* 81, Cadogan, G., pp. 63-68, y Hankey, Vr., pp. 144-157, 294, 295 y 781].

C. Creta en la época de los palacios micénicos continentales

1. La «reocupación» en el MR III A y B

[914] Hayden, B.: «Crete in transition: LM III A-III B architecture, a preliminary study», *SMEA*, 26 (1987), pp. 199-234.

[915] Popham, M.: *The last days of the palace at Knossos. Complete vases of the Late Minoan III B period*, Lund, 1964.

[916] Popham, M.: «Some Late Minoan III pottery from Crete», *BSA*, 60 (1965), pp. 316-342.

[917] Popham, M.: «Late Minoan III B pottery from Knossos», *BSA*, 65 (1970), pp. 195-202.

[918] Tzedakis, I.: «L'atelier de céramique postpalatiale à Kydônia», *BCH*, 93 (1969), pp. 396-418.
Véase también [66, 95, 334, 880 y 885].

2. Creta en el mundo micénico

[919] Pålson Hallager, B.: «Crete and Italy in the Late Bronze Age III period», *AJA*, 89 (1985), pp. 293-305.

[920] Vagnetti, L.: «Late Minoan III Crete and Italy: another view», *La Parola del Passato*, 220 (1985), pp. 29-33.
Véanse también [*in* 81, Hankey, Vr., pp. 144-157, Karageorghis, V., pp. 199-203, Popham, M.: pp. 178-191, y 805 bis].

3. El florecimiento de Kydonia (La Canea) y la nueva organización política en Creta

[921] Hallager, E.: «The inscribed stirrup jars: implications for Late Minoan III B Crete», *AJA*, 91 (1987), pp. 171-190.
[922] Palaima, Th.: «Inscribed stirrup jars and regionalism in linear B Crete», *SMEA*, 25 (1984), pp. 189-203.
Véanse también [633, 781 y 918].

D. El final del bronce reciente en Creta

[923] Hayden, B.: «Fortifications of Postpalatial and Early Iron Age Crete», *AA*, 1988, pp. 1-21.
[924] MacDonald, C.: «Problems of the twelfth century BC in the Dodecanese», *BSA*, 81 (1986), pp. 125-151.
Véanse también [Davaras C., *in* 11, pp. 158-167, 66, 95, Desborough, V., *in* 327, pp. 62-69, 824, 914, 950 y 953].

CAPÍTULO V. EL BRONCE RECIENTE EN MACEDONIA Y EN TRACIA

A. La secuencia cronológica

[925] Hänsel, B. (ed.): *Südosteuropa zwischen 1600 und 1000 v. Chr.*, Berlín-Bad Bramstedt, 1982.
[926] Katinčarov, R.: «Les civilisations en Bulgarie du Sud-Est pendant l'âge du bronze», en *Le monde thrace, Actes du IIe Congrès Internacional de Thracologie*, París-Roma-Montreal-Pelham, 1982, pp. 83-91.
Véanse también [Kilian, Kl., *in* 87, pp. 283-301, 249, 717 y 719].

B. El hábitat y las tumbas

[927] Hänsel, B.: «Siedlungskontinuität im spätbronzezeitlichen und früheisenzeitlichen Nordgriechenland», en *Thracia Praehistorica = Pulpudeva* 3 bis, Sofía, *1982*, pp. *270-287*.
[928] Katinčarov, R.: «Les rites funéraires pendant l'âge du bronze en Bulgarie», en *Thracia*, V, Sofía, 1980, pp. 167-172.
[929] Nikolov, V.: «Die Tradition in den Apsidenbauten in Bulgarien» en *Thracia*, V, Sofía, pp. 155-166.

C. La agricultura y la ganadería

[930] Jones, Gl.: «Crop-processing at Assiros Toumba — a taphonomic study», *Zeitschrift für Archäologie*, 15 (1981), pp. 105-111.
[931] Jones, Gl.: «Agricultural practice in Greek Prehistory», *BSA*, 82 (1987),

pp. 115-123.
Véanse también [260 y 457, pp. 207-228].

D. El artesanado

La cerámica

[932] Hochstetter, A.: «Die mattbemalte Keramik in Nordgriechenland, ihre Herkunft und lokale Ausprägung», *PZ*, 57 (1982), pp. 201-219.
[933] Koukouli-Chrysanthaki, H.: «Late Bronze Age in Eastern Macedonia», en *Thracia Praehistorica* = *Pulpudeva*, 3 bis, Sofía, 1982, pp. 231-258.

Las armas y las herramientas; los metales

[934] Hänsel, B.: «Bronzene Griffzungenschwerter aus Bulgarien», *PZ*, 45 (1970), pp. 26-41.
[935] Panayotov, I.: «Bronze rapiers, swords and double axes from Bulgaria» en *Thracia*, V, Sofía, 1980, pp. 173-189.
Véanse también [457, pp. 185-203, 719, pp. 151-187, y 880].

Libro IV

La herencia micénica: continuidades y rupturas

CAPÍTULO I. LA LENGUA Y LA ESCRITURA

[936] BUCK, C.: *The Greek dialects*,[3] Chicago, 1955.
[937] CHANTRAINE, P.: *Dictionnaire étymologique de la langue grecque*, París, 1968-1980.
[938] CHANTRAINE, P.: *Grammaire homérique, I: Phonétique et morphologie*,[3] París, 1958; *II: Syntaxe*, París, 1953.
[939] CHANTRAINE, P.: *Morphologie historique du grec*,[2] París, 1961.
[940] MEILLET, A.: *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*,[3] París, 1930.
[941] MEILLET, A.: *Les origines indo-européennes des mètres grecs*, París, 1923.
[942] PALMER, L.: *The Greek language*, Londres-Boston, 1980.
[943] RISCH, E.: *Wortbildung des homerischen Sprache*,[2] Berlín-Nueva York, 1974.
[944] RUIJGH, C.: *L'élément achéen dans la langue épique*, Assen, 1957.
[945] THUMB, A., y E. KIECKERS: *Handbuch der griechischen Dialekte*, I,[2] Heidelberg, 1932.
[946] THUMB, A., y A. SCHERER: *Handbuch der griechischen Dialekte*, II,[2] Heidelberg, 1959.
[947] WATHELET, P.: *Les traits éoliens dans la langue de l'épopée grecque*, Roma, 1970.
Véanse también [RUIJGH, C., *in* 700, pp. 143-190, y 793].

Escritura silábica y escritura alfabética

[948] JEFFERY, L.: *The local of Archaic Greece*, Oxford, 1961.
Véase también [HEUBECK A., *in* 1, cap. III X].

CAPÍTULO II. LA CIVILIZACIÓN

[949] COLDSTREAM, N.: *Geometric Greece*, Londres, 1977.
[950] DESBOROUGH, V.: *The Greek Dark Ages*, Londres, 1972.

[951] HÄGG, R. (ed.): *The Greek Renaissance of the eight century BC: tradition and innovation. Proceding of the Second International Symposium at the Swedish Institute in Athens, 1-5 June, 1981*, Estocolmo, 1983.
[952] MUSTI, D. (ed.): *Le origini dei Greci. Dori e mondo Egeo*, Roma, 1985.
[953] SNODGRASS, A.: *The Dark Age of Greece*, Edimburgo, 1971.

El hábitat y la vivienda

[954] FUSARO, D.: «Note di architettura domestica greca nel periodo tardogeometrico e arcaico», *Dialoghi di Archeologia*, 4 (1982), pp. 5-30.
[955] MAZZARAKIS-AINIAN, A.: «Geometric Eretria», *Antike Kunst*, 30 (1987), pp. 3-24.
Véase también [DRERUP H., *in* 1, cap. II O].

Las prácticas funerarias

[956] COLDSTREAM, N.: «Hero-cults in the age of Homer», *JHS*, 96 (1976), pp. 8-17.
[957] HADZISTELIOU-PRICE, Th.: «Hero-cult and Homer», *Historia*, 22 (1974), pp. 129-143.
[958] POPHAM, M., L. SACKETT y P. THEMELIS (eds.): *Lefkandi I. The Iron Age*, Londres, 1980.
Véase también [ANDRONIKOS, M., *in* 1, cap. III W].

Los santuarios, la mitología y la religión

[959] DIETRICH, B.: *Tradition in Greek religion*, Berlín-Nueva York, 1986.
[960] LEMBESI A.: «La continuidad de la religión cretomicénica. Supervivencias y renacimientos», *ArchEph*, 1981, pp. 1-24 (en griego).
[961] MAZZARAKIS-AINIAN, A.: *L'Antiquité Classique*, 54 (1985), pp. 5-48.
[962] ROLLEY, Cl.: *Fouilles de Delphes*, V. 3: *Les trépieds à cuve clouée*, París, 1977, esp. cap. VI, pp. 131-145 (Olimpia, Delfos y Delos).
Véanse también [*in* 96, CASKEY, M., pp. 127-136, FELSCH, R., pp. 81-89, LAMBRINUDAKIS, V., pp. 59-65, LE ROY, Chr., *in* 12, pp. 163-172, y 889].

La tradición poética y la sociedad

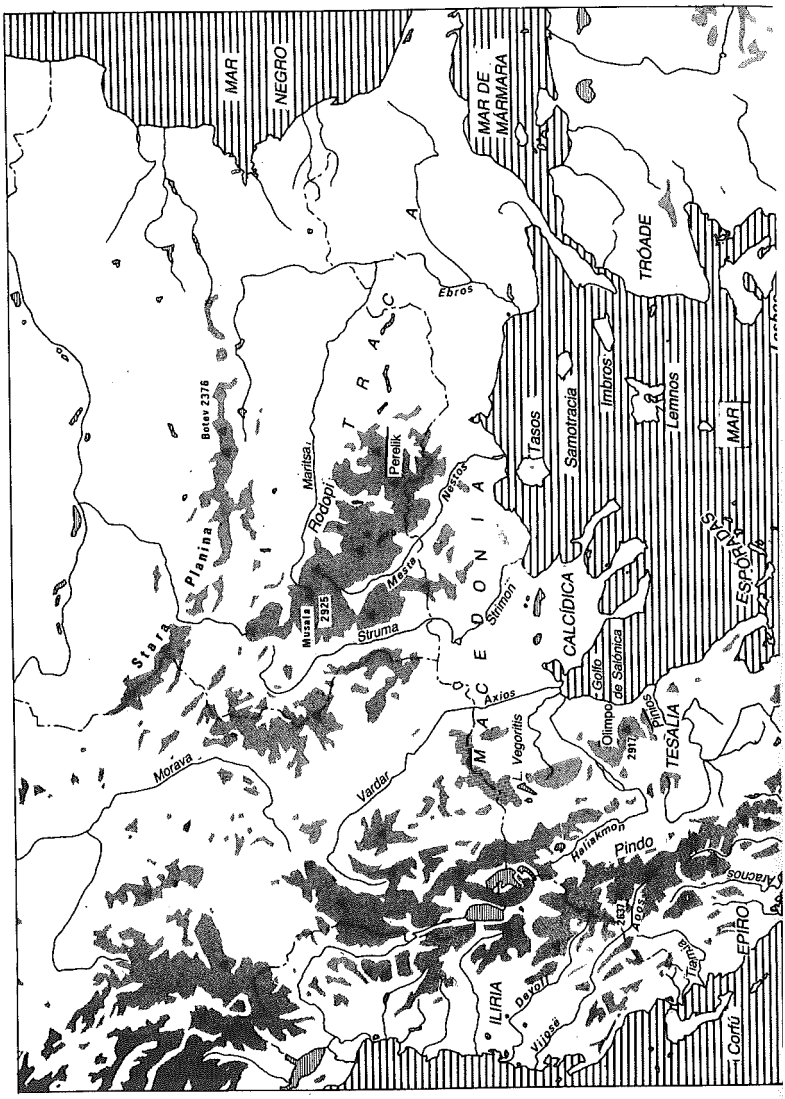
[963] FINLEY, M.: «Homer and Mycenae. Property and tenure», *Historia*, 6 (1957), pp. 133-159.
Véase también [*in* 768, GSCHNITZER, F., pp. 109-134, MORPURGO-DAVIES, A., pp. 87-107, 748 y 843].

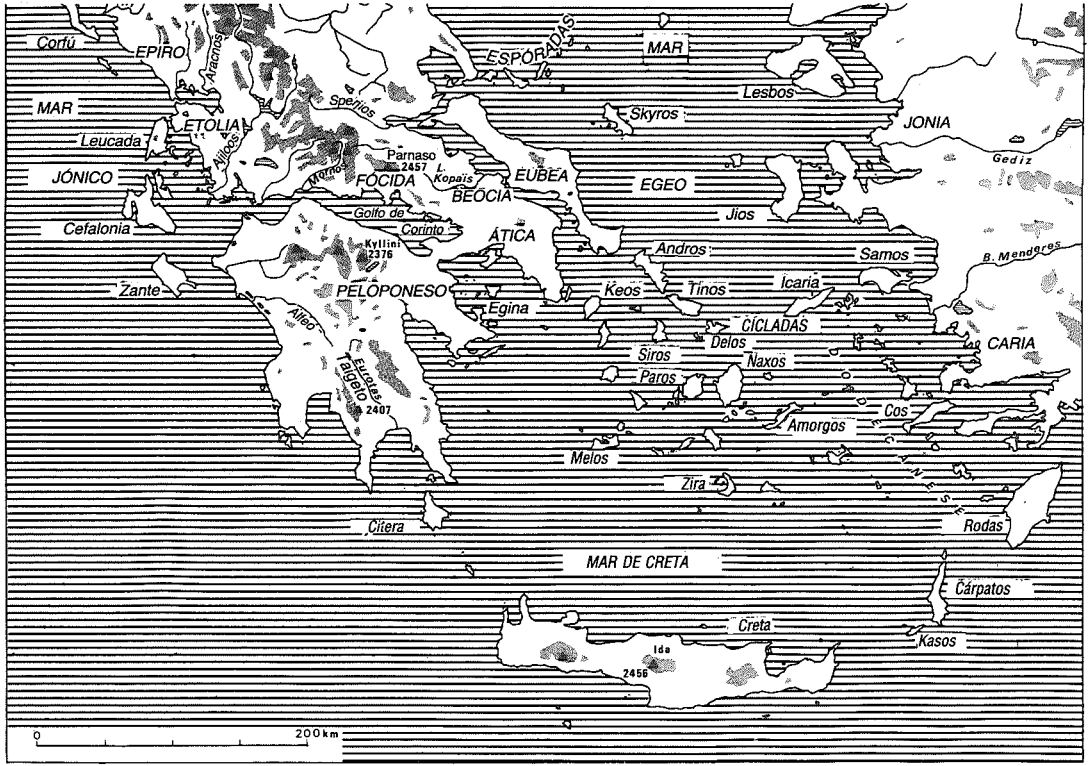
El arte y el artesanado

[964] BAURAIN, Cl.: «Recherche sur l'iconographie créto-mycénienne du lion iliadique», en SERVAIS, J., T. HACKENS y Br. SERVAIS-SOYEZ (eds.): *Stemmata. Mélanges de philologie, d'histoire et d'archéologie grecques offerts à J. Labarbe*, Lieja Louvain-la-Neuve, 1987, pp. 339-367.

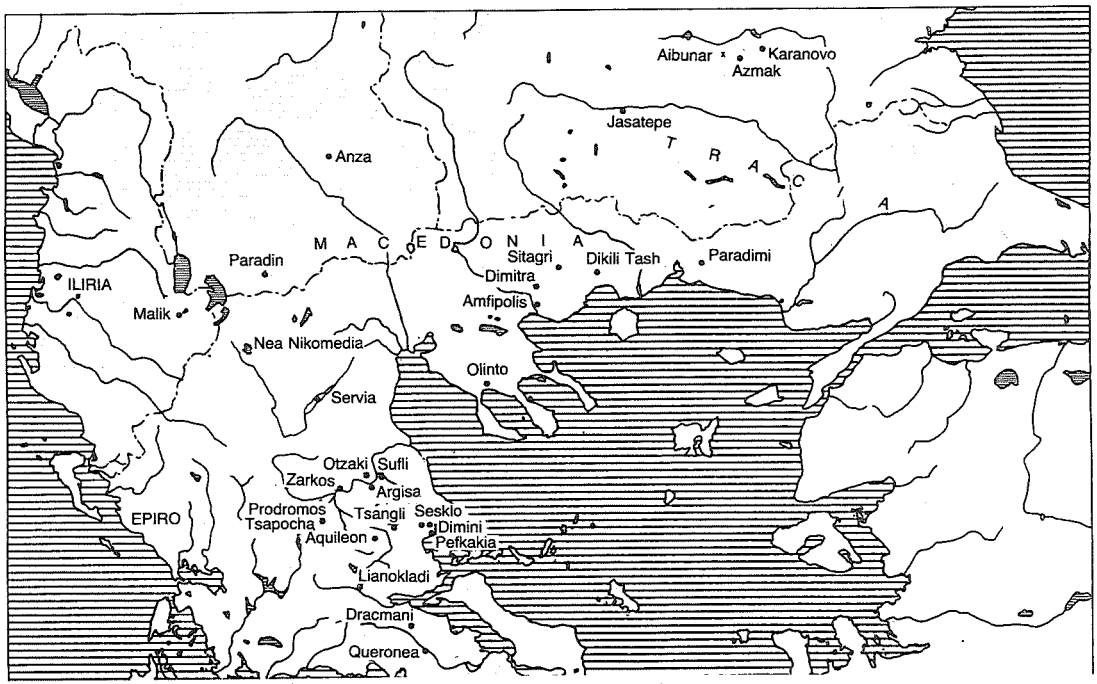
[965] BENSON, J.: *Horse, bird and man: the origin of Greek painting*, Amherst, 1970.
[966] BOARDMAN, J.: *The Cretan collection in Oxford. The Dictaean cave and Iron Age Crete*, Oxford, 1961.
[967] COURBIN, P.: «La guerre en Grèce à haute époque d'après les documents archéologiques», en VERNANT, J.-P. (dir): *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, 1968, pp. 69-91.
[968] DESBOROUGH, V.: *Protogeometric pottery*, Oxford, 1952.
[969] HAMPE, R., y E. SIMON: *The bird of Greek arts*, Londres, 1981.
[970] NAUMANN, U.: *Subminoische und protogeometrische Bronzeplastik auf Kreta*, Berlín, 1976.
[971] NICHOLLS, R.: «Greek votive statuettes and religious continuity c. 1200-700 BC», en *Auckland Classical Essays presented to E.M. Blaiklock*, Oxford, 1970, pp. 1-37.
[972] POURSAT, J.-Cl.: «Ivoires mycénisants et ivoires orientaux», en HADERMANN-MISGUICH, L., y G. RAEPSAET (eds.): *Rayonnement Grec. Mélanges Ch. Delvoye*, Bruselas, 1982, pp. 69-76.
Véase también [52 y LEVI, D., *in* 765, pp. 182-212].

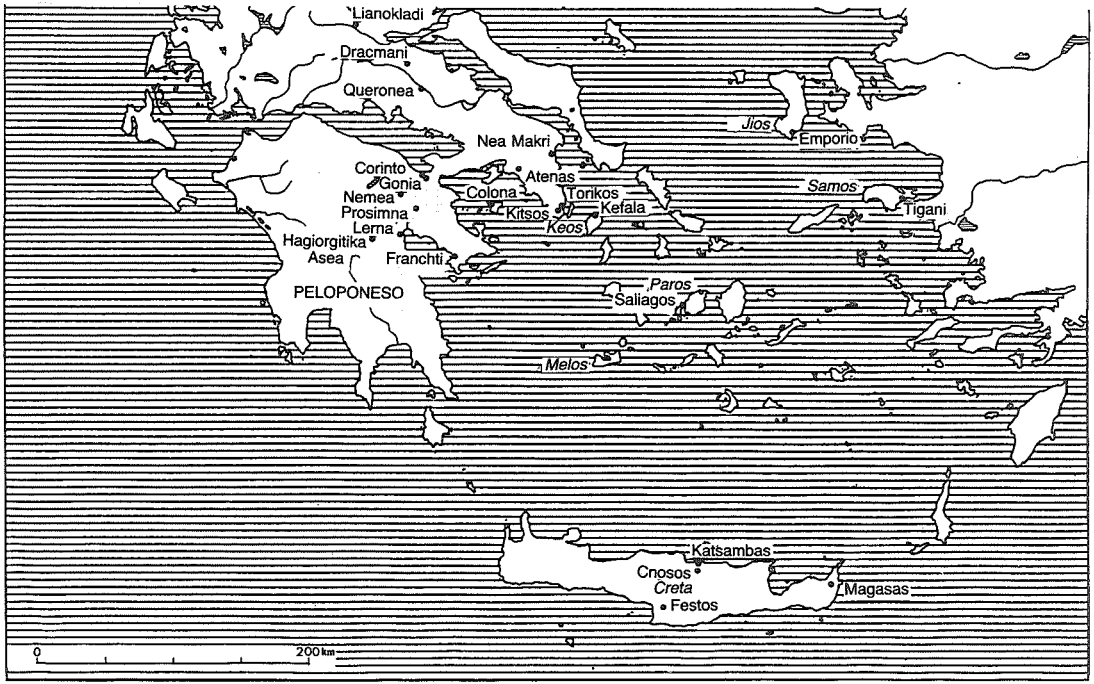
MAPAS


MAR NEGRO
MAR DE MÁRMARA
TRÓADE
Ebros
TRACIA
Botev 2376
Maritsa
Rodopi
Perelik
Nestos
Tasos
Samotracia
Imbros
Lemnos
MAR
ESPÓRADAS
Stara Planina
Musala 2925
Mesta
Struma
Strimon
MACEDONIA
CALCÍDICA
Golfo de Salónica
Axios
Olimpo 2917
Pinios
TESALIA
Morava
Vardar
L. Vegoritis
Haliakmon
Pindo
Aracnos
2637
Aoos
EPIRO
Tiamia
ILIRIA
Devoli
Vijosë
Corfú

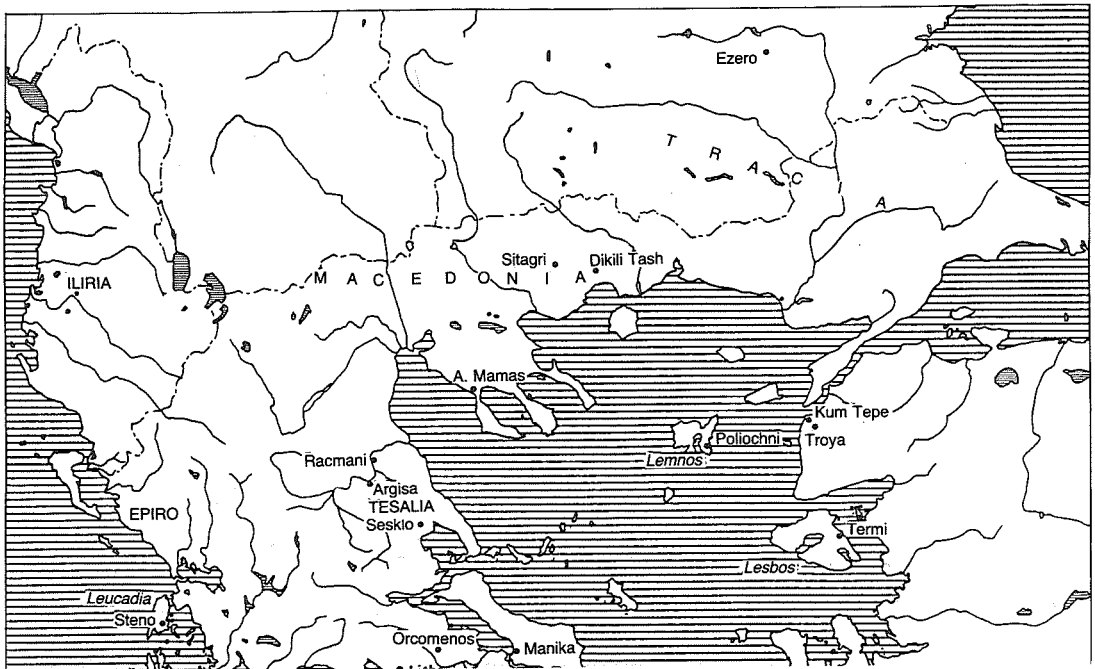


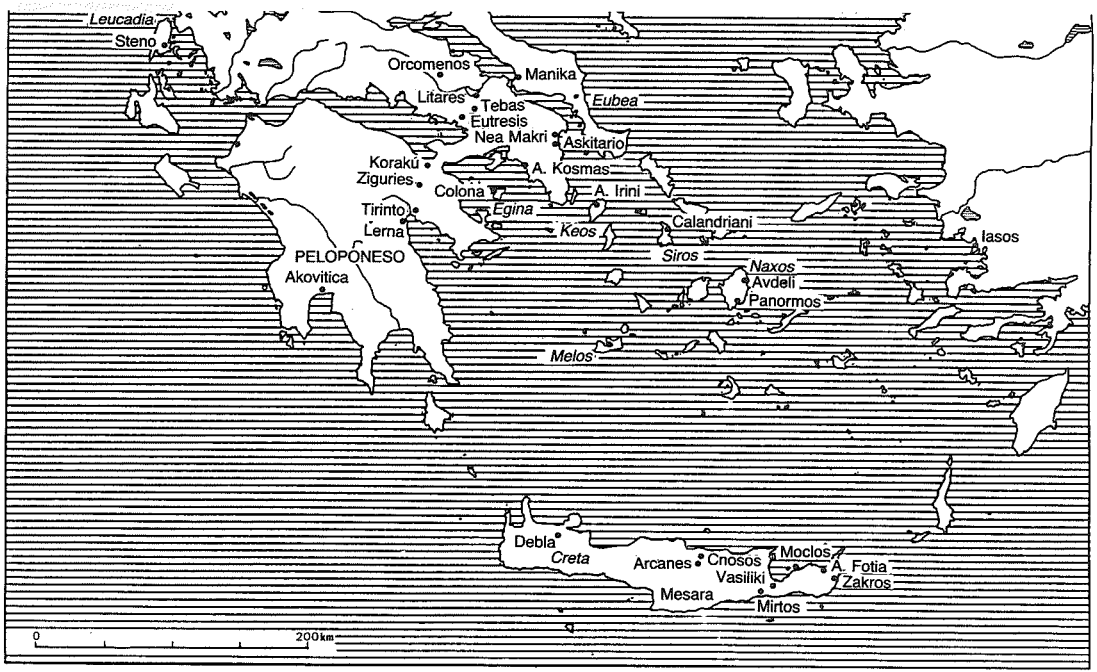
I. El mundo del Egeo: mapa geográfico


Aibunar
Karanovo
Azmak
Jasatepe
T R A C I A
Anza
M A C E D O N I A
Paradin
Sitagri
Dikili Tash
Paradimi
Dimitra
ILIRIA
Amfipolis
Malik
Nea Nikomedia
Olinto
Servia
Otzaki
Sufli
Zarkos
Argisa
EPIRO
Prodromos
Tsapocha
Tsangli
Sesklo
Dimini
Aquileon
Pefkakia
Lianokladi
Dracmani
Queronea

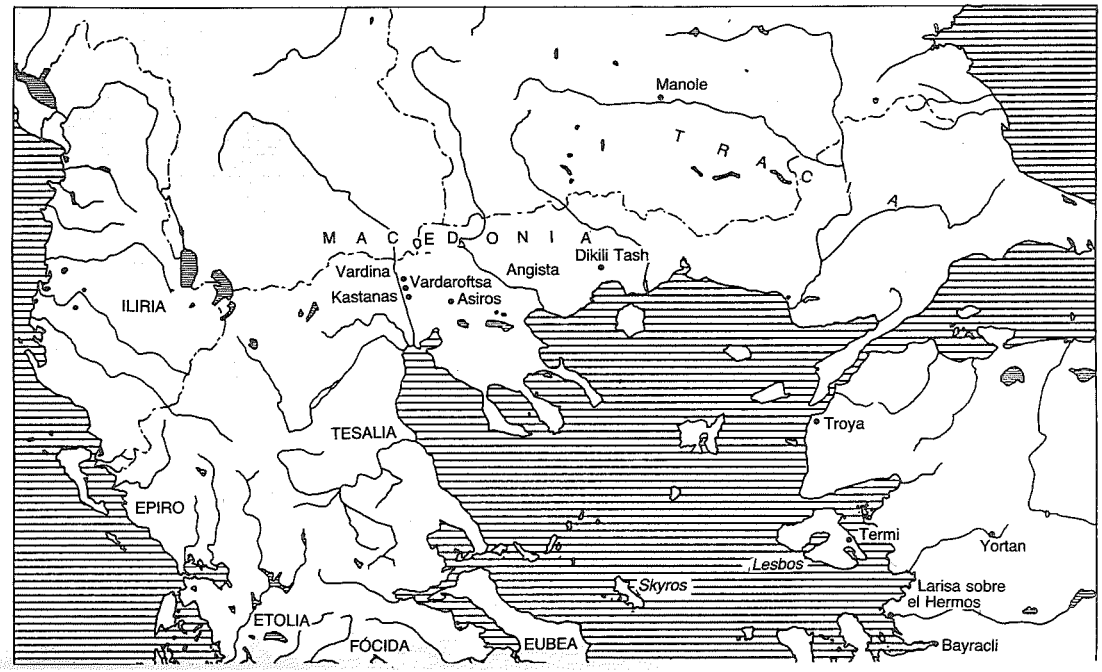


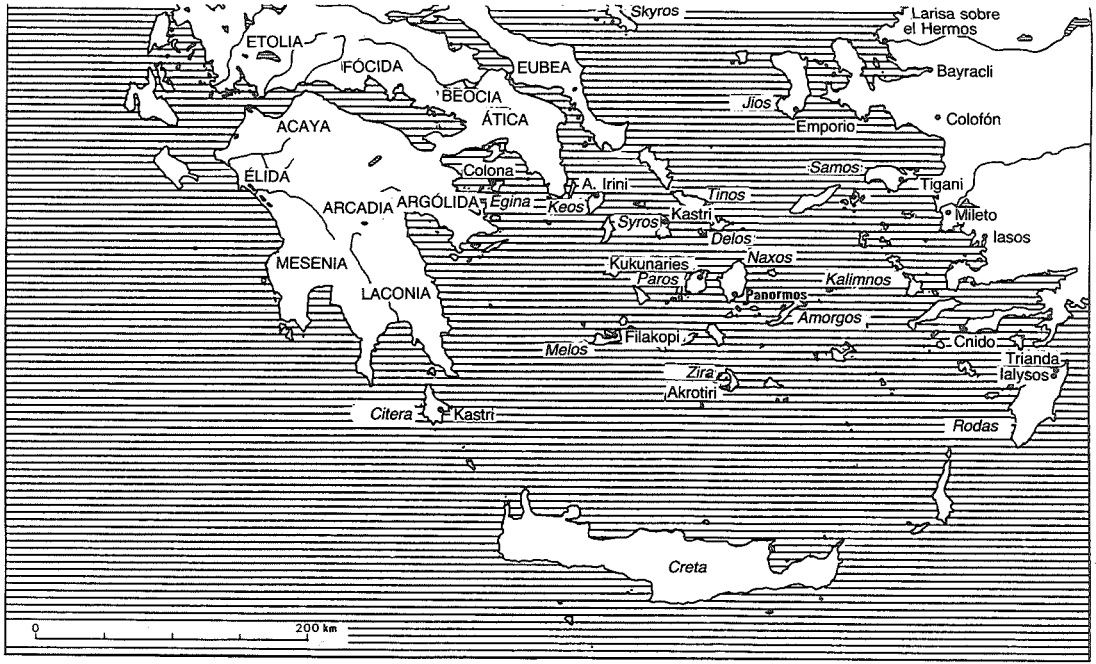
II. El mundo del Egeo en el neolítico


Ezero
T R A C I A
ILIRIA
M A C E D O N I A
Sitagri
Dikili Tash
A. Mamas
Kum Tepe
Troya
Poliochni
Lemnos
Racmani
Argisa
TESALIA
Seskio
EPIRO
Termi
Lesbos
Leucadia
Steno
Orcomenos
Manika

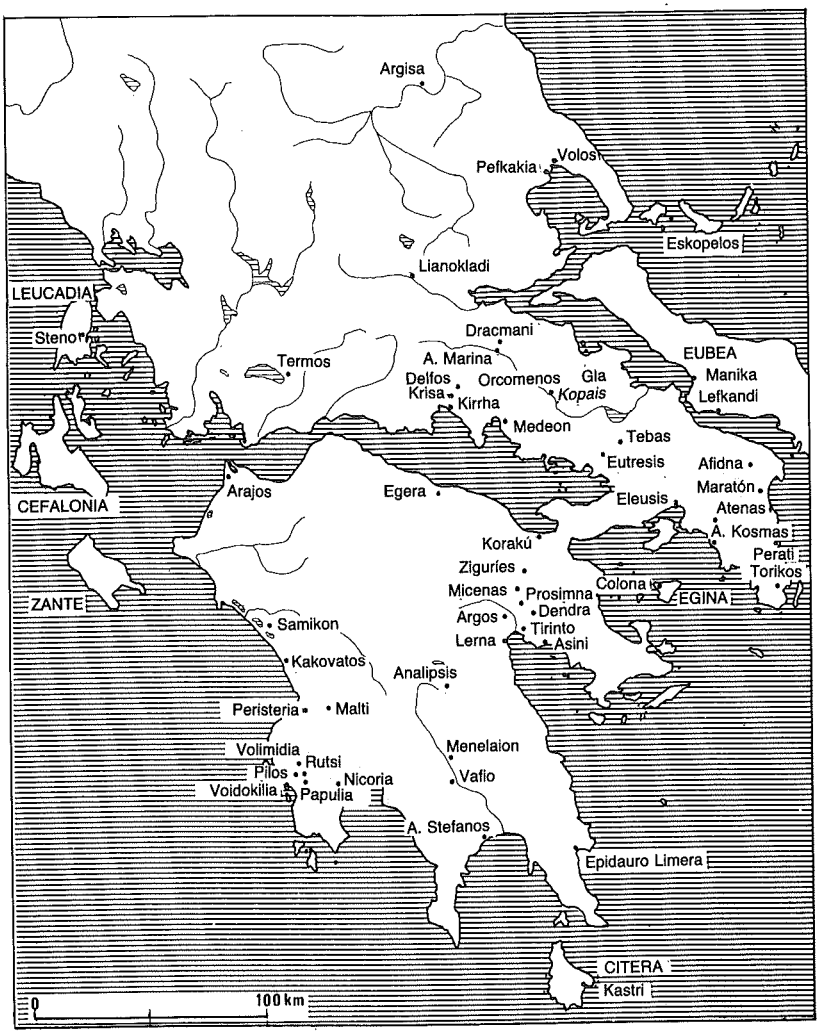


III. El mundo del Egeo en el bronce antiguo

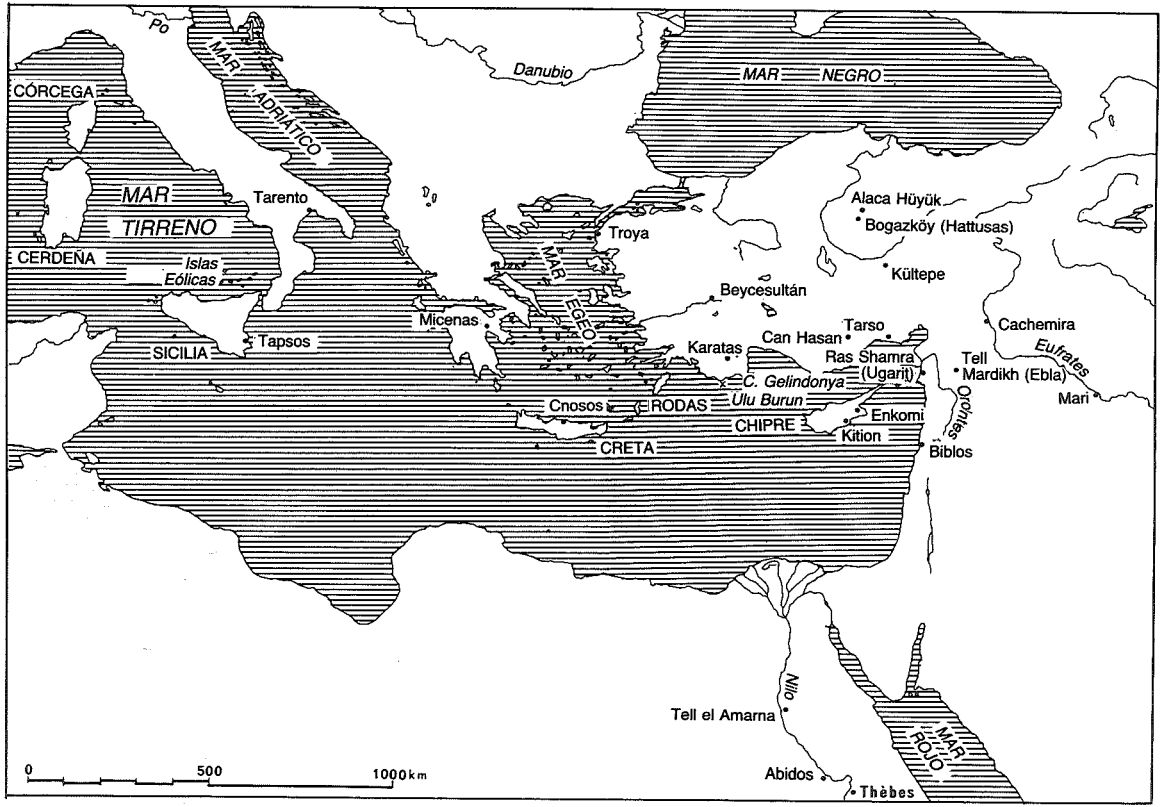

Manole
T R A C I A
M A C E D O N I A
Vardina
Kastanas
Vardaroftsa
Asiros
Angista
Dikili Tash
ILIRIA
TESALIA
EPIRO
ETOLIA
FÓCIDA
EUBEA
Troya
Termi
Yortan
Lesbos
Skyros
Larisa sobre el Hermos
Bayracli



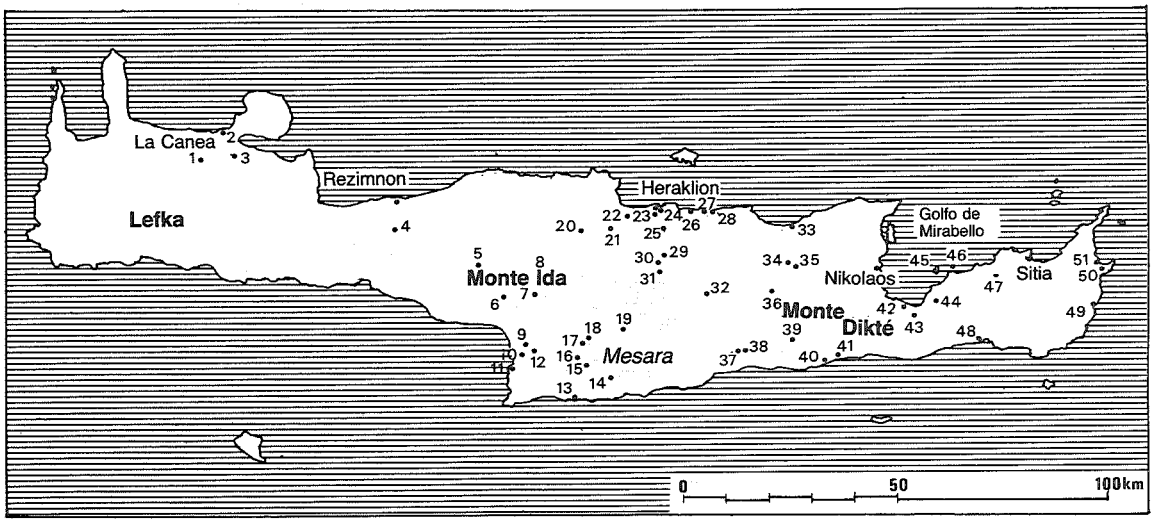
IV. El mundo del Egeo en el bronce medio y el bronce reciente



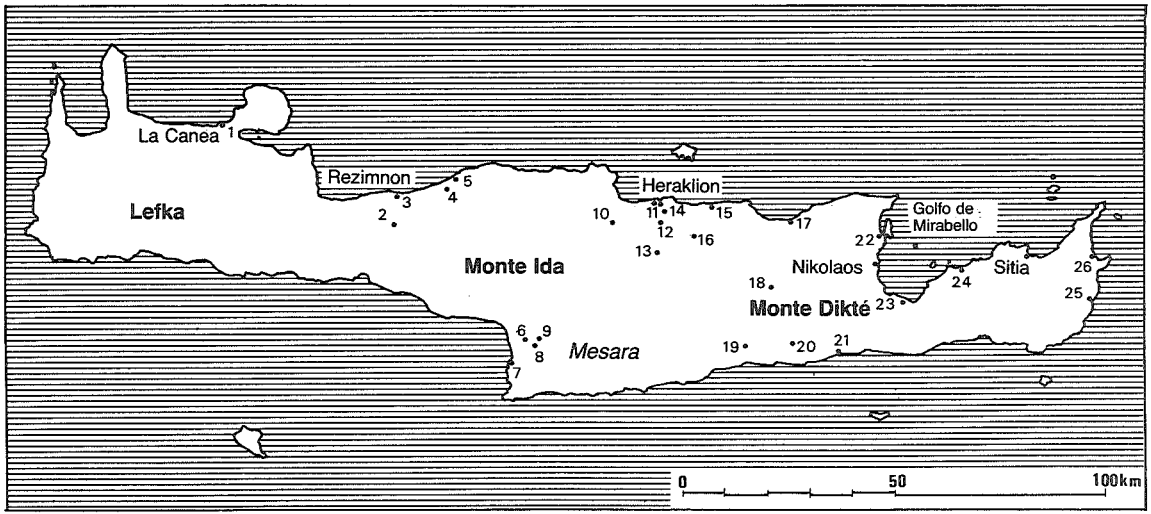
V. Grecia continental en el heládico medio y en el heládico reciente



VI. El mundo del Egeo y el Mediterráneo en la edad del bronce



Aguia Triada : 9.
Amnisos : 26.
Apesokari : 15.
Apudulou : 6.
Arcanes : 29.
Armeni : 4.
Chamezi : 47.
Cnosos : 25.
Cueva d'Arkalochori : 32.
Cueva de Camarès : 7.
Cueva de l'Ida : 8.
Cueva de Psychro : 36.
Cueva de Trapéza : 35.
Debla : 1.
Esclavokambos Festos : 12.
Festos : 12
Gazi : 22.
Gortine : 18.
Gurnes : 28.
Gurnia : 42.
Kamilari : 10.
Kania : 17.
Karfi : 34.
Katô Sîmi : 39.
Katsambas : 24.
Kavusi : 44.
Kefala Chondru : 38.
Kommos : 11.
Koumasa : 14.
Kydonia : 2.
Lebena : 13.
Makriguialos : 48.
Malia : 33.
Moclos : 46.
Monastiraki : 5.
Monteluktas : 30.
Mirtos : 41.
Nérokuru : 3.
Niru Chani : 27.
Paleocastro : 51.
Petsofas : 50.
Platanos : 16.
Poros : 23.
Pseira : 45.
Pirgos : 40.
Ruses : 37.
Tilisos : 21.
Vasiliki : 43.
Vazipetro : 31.
Voru : 19.
Zakros : 49.



Aguia Triada : 6.
Arcanes : 13.
Armeni : 2
Artsa : 14.
Jondros : 19.
Cnosos : 12.
Episkopi : 16.
Estavromenos : 5.
Festos : 8.
Gudies : 9.
Gurnes : 15.
Gurnia : 23.
Cueva de Psychro : 18.
Kalami : 20.
Katsambas : 11.
Kommos : 7.
Kydonia : 1.
Malia : 17.
Mirsinis : 24.
Mirtos : 21.
Glonte : 22.
Palcocastro : 26.
Pigui : 4.
Rezimnon : 3.
Tilisos : 10.
Zakros : 25.

ÍNDICE GEOGRÁFICO

Acarnania: 375
Acaya: 26, 355, 372, 380, 405
Acladia: 210
Afganistán: 397
Afidna: 193
Aftigori: 336
Aguia Fotia: 10, 106, 109, 134
Aguia Irini: 103, 122, 160, 162, 177, 184, 185, 190, 194, 198, 199, 232, 234, 235, 237, 243, 246, 251, 252, 265, 340, 341, 413, 475
Aguia Marina: 177-179
Aguia Pelagia: 439
Aguia Sofía: 61, 89, 90
Aguia Triada: 164-166, 172, 206, 210, 214, 215, 217, 220, 222-225, 227-229, 231, 430, 431, 434
Aguiofarango, valle del: 231
Aguios Andreas: 341
Aguios Dimitrios: 103
Aguios Kosmas: 102, 103, 107-109, 115, 333, 359, 371
Aguios Mamas: 124, 182, 445
Aguios Nikolaos: 222
Aguios Stefanos: 146, 166, 179, 203, 222, 235, 242, 251, 262
Aibunar: 84
Akones: 241
Akovitika: 104, 190
Akrotiri: 5, 46, 214, 218, 234, 235, 237, 238, 243, 246, 267, 272-274, 276, 278, 279, 370
Al Mina: 469
Aliakmon: 36, 40
Amarna: 50, 344, 345
Amfípolis: 61
Amiclea: 416, 475
Amman: 344
Amnisos: 209, 224, 279, 304, 318, 425, 432, 440
Amorgos: 112
Anafi: 281
Analipsis: 249
Anatolia: 6, 21, 23, 32, 58, 60, 61, 64-66, 69, 71, 73, 78, 83, 84, 90, 102, 103, 109, 111, 116, 120, 176, 177, 186, 188, 190, 191, 195, 196, 336-340, 342, 343, 346, 352, 353
Andros: 29, 472
Anemospilia: 158, 218, 230, 258
Angista: 445-450, 452, 454
Ano Englianos: 365
Anticitera: 27
Anza: 59, 60, 68, 71, 79, 88, 89, 92
Apamea: 284
Apidima: 54
Aplomata: 341
Apudulu: 229, 436
Apulia: 336, 340
Aquileon: 59, 64
Arajos: 355, 372
Arapi: 61, 89, 90
Arcadia: 307, 311, 335, 351, 390, 391, 457, 469
Arcanes: 109, 130, 143, 144, 149, 157, 158, 164, 166, 206, 212, 218, 220, 222-

224, 230, 337, 376, 382, 426, 427, 440
Argisa: 64, 68, 71, 83, 84, 95, 181, 182, 190, 200
Argólida: 53, 54, 56, 99, 102, 111, 116, 117, 146, 151, 179, 193, 236, 240, 249, 262, 267-269, 293, 308, 315, 328, 333, 335, 342, 349, 354, 375, 376, 379, 389, 390, 399, 407, 433, 458, 469, 474
Argos: 189, 190, 203, 242, 247, 250, 293, 332, 343, 348, 359, 365, 370, 378, 390, 403, 408, 472
Arkalojorion: 166, 174, 211, 229
Armeni: 296, 422, 436, 437
Arvi: 231
Asea: 59
Asini: 177, 189, 242, 246, 261, 293, 349, 350, 352, 359, 371, 373, 390, 412, 415, 418, 473
Asiros: 445, 446, 448-452, 454
Aspis: 242
Aspronisi: 277, 282
Atalanti: 32, 42
Atenas: 61, 284, 285, 335, 348, 352, 373, 374, 381, 382, 407, 414, 467, 472-474, 477
Atenas, Acrópolis de: 369
Ática: 32, 61, 62, 84, 109, 193, 201, 202, 236, 242, 245, 249, 262, 263, 308, 328, 333, 341-343, 349, 350, 354, 396, 403, 407, 458, 469, 474
Axiochori: 445
Axios: 102
Axios-Vardar: 40
Azmak: 59, 68, 69

Balcanes: 6
Basilicata: 336
Batak: 452
Bayracli: 188, 189
Beocia: 109, 290, 302, 328, 334, 342, 349, 361, 372, 375, 379, 390, 458, 460, 466
Berbati: 293, 370, 397
Beycesultán: 186
Biblos: 143, 146, 153
Broglio di Trebisacca: 336, 340
Bubanj-Hum: 203
Bubusti: 445

Cadmea: 369
Calabria: 336
Calandriani: 107, 109
Calcídica: 26, 32, 35, 54, 61, 70, 102, 118, 182, 447, 453, 454
Camares: 131, 132, 142, 146, 152, 153, 159, 205, 233
Can Hasan: 68
Canea, La: 134, 138, 164-166, 205, 215, 217, 223, 230, 231, 296, 299, 340, 422, 425-427, 430-432, 434, 436-440, 443
Caria: 202, 342
Cauchitsa: 445
Cefalonia: 118, 338
Cefalovriso: 249
Čercovna: 447
Cerdeña: 336, 337, 340, 347, 396
Chamezi: 140, 168
Chipre: 6, 84, 125, 132, 143, 146, 173, 174, 232, 270, 290, 291, 307, 321, 325, 339, 340, 343-346, 352, 403, 432, 437, 439, 443, 457, 458, 466, 467, 469, 470, 477
Chondru: 434
Chrisolakos: 141
Cícladas: 21, 23, 26, 28, 32, 61, 78, 81, 84, 89, 95, 97, 98, 103, 106-111, 113, 114, 118-122, 124, 125, 132, 145, 146, 160, 175, 182, 183, 185, 186, 188-191, 194, 195, 199, 201-203, 218, 233-237, 245, 256, 264, 266-268, 276, 280, 337, 338, 340, 341, 345, 351, 403, 468, 469, 477
Cilicia: 98, 186, 232, 291, 342, 343
Cirene: 458
Citera: 27, 146, 160, 166, 201, 202, 205, 206, 218, 233-237, 253, 267, 268, 425
Cnosos: 5, 56, 58, 59, 61, 64, 65, 68, 70, 71, 95, 102, 130-134, 136, 138, 139, 140, 142-147, 155-160, 164-166, 171, 204-212, 214, 215, 217, 218, 220-232, 235, 265, 280, 294, 296, 299, 301, 302, 304, 308, 312-314, 317-319, 332, 334, 337, 338, 358, 364, 365, 384-388, 391, 392, 394, 395, 398, 407, 419-428, 430-435, 437-441, 443, 444, 465, 472
Colofón: 337
Colona: 105, 177, 190, 195, 243

Corintia: 179, 293
Corinto, golfo de: 32, 40
Corinto: 26, 32, 35, 58, 61, 180, 194, 241, 293, 308, 348, 469
Creta: 6, 21, 26, 27, 32, 35, 36, 40, 42, 45, 53, 56, 58, 59, 61, 62, 65, 66, 68-70, 72, 78, 84, 88-90, 93, 95-98, 102, 106-108, 111, 113, 114, 116, 118-122, 124-134, 138, 140-146, 149, 151, 153, 155, 156, 159, 160-162, 165, 166, 172, 175, 176, 181, 188, 195, 197, 198, 201-207, 209, 210, 211, 214, 217, 218, 220, 222-224, 226, 230, 232-239, 241, 245, 251, 255, 258, 259, 265-272, 278-284, 299, 302, 308, 310-312, 328, 332, 337-340, 345, 347, 353, 365, 376, 382, 394, 399, 403, 404, 413, 421-427, 431-434, 436-441, 443, 444, 458, 468, 473
Cristiana: 282

Dalmacia: 179
Dardanelos: 23
Değirmentepe: 342
Debla: 100
Deiras: 355, 378, 380
Delfos: 32, 358, 416, 474
Delos: 184, 201, 234, 341, 409, 418, 474
Dendra: 193, 259, 333, 380-382, 387, 390, 403, 404, 406, 407
Derveni: 380
Devnja: 73, 76
Dikili Tash: 5, 40, 42, 56, 60, 61, 95-97, 99, 182, 445, 448-450
Dimini: 5, 61, 64, 70, 89, 90, 100
Dimitra: 65, 66
Dipilo: 467
Dodecaneso: 28, 32, 84, 118, 188, 189, 233, 236, 237, 280, 282, 337, 338, 340-342, 403, 432, 437, 438, 441
Dracmani: 59, 61, 73
Dreros: 458

Egera: 350, 352
Egina: 32, 61, 104, 105, 177, 190, 195, 201, 243, 247, 267, 475
Egipto: 50, 93, 117, 132, 145, 146, 160, 161, 173, 232, 233, 237, 241, 255, 260, 270, 271, 283, 328, 338, 344-346, 353, 424, 432, 437, 438
Elatea: v. *Dracmani*
Eleona: 342
Eleusis: 247, 296, 333, 378, 418, 474
Élida: 54, 179, 247, 390, 391
Emporio: 61, 186, 188, 189, 472
Enkomi: 173, 174, 337, 340
Eolia: 458, 466
Eólicas: 203, 269, 340
Epidauro: 236, 265, 418, 475
Epidauro Limera: 236, 249
Epiro: 21, 26, 39, 40, 45, 54, 59, 176, 201, 340, 454
Episkopi: 437
Eretria: 473
Erganos: 435, 436
Esclavokambos: 210, 223
Esfungaras: 144, 226
Eskopelos: 29, 247
Esmirna: 472, 473
Esparta: 242, 332, 352, 361
Espóradas: 26, 28, 29, 32, 35
Etolo-Acarnania: 328
Eubea: 29, 54, 64, 95, 99, 103, 109, 176, 180, 202, 328, 349, 396, 458, 469
Eutresis: 95, 97, 102, 103, 105, 114, 124, 179, 181, 191, 196, 242, 372, 373
Exochi: 445, 447, 452
Ezero: 95, 97, 99, 100, 103, 104, 106, 109, 190

Fenicia: 270, 290
Festos: 61, 131, 137-140, 142-145, 147, 151-153, 155, 156, 158, 159, 164-166, 174, 207-209, 217, 223, 224, 231, 302, 426, 427-432, 439-441
Filaki: 427, 430
Filakopi: 132, 184, 185, 190, 192, 234, 235, 237, 243-245, 265, 267, 276, 280, 340, 341, 349, 409, 410, 412, 413, 415, 417, 418
Filipos: 40, 42, 45
Fócida: 180, 193, 253, 296, 328, 349, 372, 375, 379, 391, 413, 475
Franchti: 54, 56, 58, 59, 61, 71, 84
Furnu Korifi: 100
Futula: 441

Gama: 248
Gazi: 436, 441
Gelidonia: 5, 397, 414
Giali: 92, 153, 220
Gla: 334, 348, 370, 372, 373, 387, 390
Goljamo Delčevo: 74, 76
Gomia: 293
Gona: 445
Gonia: 61
Gortine: 440
Grecia: 45, 58, 59, 61, 62, 65, 68, 73, 89-92, 95, 97-99, 103, 111, 114, 118, 124, 125, 175, 176, 177, 179, 180, 181, 191, 201, 202, 328, 336, 338, 343, 405, 441, 450
Grota: 341
Gurnia: 130, 131, 140, 144, 149, 153, 154, 157, 166, 210, 211, 213, 214, 217, 223, 225, 226, 431, 434
Guvalari: 241
Guvezne: 445
Gypsades: 444

Hagiorgitika: 73
Helike-Aigion: 32
Heraklion: 226, 439
Hermos: 337

Ia: 273
Ialysos: 337, 342, 343, 412, 472
Iasos: 109, 110, 160, 189, 234, 235, 267, 336, 342
Ida: 27, 229
Iliria: 26, 336, 454
Iolkos: 358
Iria: 293
Ischia: 340, 467
Isopata: 220, 226
Ítaca: 5, 289, 472, 474
Italia: 443
Iuktas: 142, 158, 160, 166, 229, 230, 430

Jaifa: 339
Jasatepe: 64
Jios: 458, 472
Jonia: 188, 458, 466, 469
Jónicas, islas: 26, 32, 35, 54, 176

Kafala: 72, 73
Kafizin: 466
Kakovatos: 258, 260
Kalamaki: 134
Kalambaka: 83
Kalapodi: 475
Kalavasos-Aguios: 346
Kalimnos: 189, 267, 443
Kalindria: 445
Kallitea: 407
Kamilari: 144
Kandia: 293
Kanli: 223
Kapakli: 473
Kaptara: 233
Karanovo: 56, 59, 60, 61, 64, 68, 71, 86, 89, 92, 182
Karfi: 440, 441, 443
Karglú: 445
Karkemish: 344
Karpazos: 27, 160, 234, 236, 438
Karpenisi: 32
Karpofora: 241
Kasos: 27, 160, 234
Kastanas: 181, 445, 446, 448-450, 452
Kastelli: 223
Kastri: 177, 183, 184, 205, 234, 235, 267, 440, 441, 443, 445, 447, 450
Kastrokefala: 439
Kato Simi: 166, 229, 230, 430, 431, 475
Katsambas: 217, 220, 227, 232, 423, 440
Kavusi: 140, 443
Kazarma: 249
Kefala: 61, 74, 89, 92, 337, 426, 434
Keos: 61, 72, 73, 103, 160, 162, 184, 193, 195, 198, 201, 202, 206, 218, 233, 235-237, 243, 246, 252, 265, 266, 268, 340, 475
Keros: 112, 113
Kiafa: 242
Kilindir: 445, 454
Killini: 26
Kim Tepe: 120
Kimnotopos: 445
Kinortion: 265, 475
Kirrha: 177, 203, 242
Kisos: 379
Kition: 346

Kitnos: 56, 123
Kitsos: 61, 89
Kofinas: 166, 229
Kokla: 293
Kom el Hetan: 233, 345, 390, 425
Kommos: 130, 131, 160, 210, 211, 217, 222, 223, 231, 232, 431, 432, 436, 437, 439, 441
Kopais: 334, 372, 375, 390
Kopais, lago: 40, 45
Korakú: 104, 179, 181, 192, 348, 349, 352, 359, 371
Kordatzis: 369
Koropulis: 369
Kos: 160, 189, 218, 233-236, 267, 280, 342, 343, 443
Kozani: 447
Krakatoa: 278, 281
Krisa: 359, 372
Krya: 441
Kukunara: 241, 371
Kukunares: 341
Kum Tepe: 97, 98, 186
Kydonia: 425, 432, 438, 439

Laconia: 146, 166, 177, 235, 249, 267-269, 349, 354, 375, 390, 391, 404, 475
Langada: 342
Larami: 166
Larisa: 61, 188
Lasizi: 134, 140, 142, 144, 223, 231, 432, 434, 440
Laurion: 118, 202, 231, 236, 266, 268, 338, 396
Ledro: 269
Lefkandi: 177, 179, 184, 292, 349-352, 355, 359, 371, 372, 381, 469, 472, 473
Lerna: 5, 56, 58, 59, 64, 71, 95, 99, 100-102, 111, 114, 115, 132, 146, 177, 179, 189, 190, 196, 199, 200, 203, 247, 261, 266, 293, 365
Lesbos: 32, 189, 458, 466
Leucada: 109, 193, 247
Levante: 270, 336, 338, 339, 344-346, 352, 403, 443
Lianokladi: 60, 181
Licia: 202
Lipari: 203, 336
Litares: 103, 114
Livaditi: 241
Lócrida: 42, 349
Lukos: 369
Lusacia: 447, 448

Macedonia: 30, 39, 53, 58, 59, 62, 66, 68, 69, 77, 78, 80, 84, 88, 89, 92, 97, 99, 100, 116, 118, 120, 122, 124, 181, 190, 194, 201, 336, 338, 347, 446-448, 450, 453
Macedonia central: 59, 60, 64, 88, 89, 102, 119, 182, 445, 447, 448, 454
Macedonia occidental: 32, 102, 445, 447, 453, 454
Macedonia oriental: 40, 44, 60, 61, 86, 89, 90, 93, 99, 104, 445, 447, 454
Macedonia yugoslava: 32
Madara: 83
Magasas: 69
Makriguialos: 222, 230
Makrisia: 247
Makronisos: 123
Malia: 5, 130, 131, 134-136, 138-141, 143, 144-149, 151-153, 155-159, 162, 164-166, 171, 173, 205, 207-211, 214, 217, 222, 223, 225-227, 229, 231, 234, 237, 426, 431, 432, 440
Maliq: 92
Mallos: 291
Malta: 203
Malti: 189, 190, 242, 244, 372, 416
Manika: 100, 103, 107, 110
Manole: 447-450
Mantinea: 321, 458
Maratón: 193, 245, 249, 380, 382
Mari: 139, 233, 438
Maritsa: 450
Mármara, mar de: 32
Maronea: 447
Marsa Matruh: 438
Mavro Spelio: 222, 226, 235
Medeon: 296, 379, 413, 473
Melos: 56, 83, 84, 93, 118, 125, 184, 185, 200-202, 218, 233, 235, 236, 243, 267-269, 276, 280, 340, 351, 468
Menelaion: 242, 332, 352, 361, 365
Menemen-Panaztepe: 337

Mesa Vuno: 277
Mesara: 5, 106, 107, 109, 110, 140, 144, 155, 159, 440
Mesenia: 5, 106, 189, 193, 197, 236, 240, 241, 249, 256, 260, 262, 263, 267-269, 290, 328, 332, 333, 335, 349, 354, 372, 375, 382, 387, 407, 458, 473, 474
Mesopotamia: 22, 78, 93, 117, 145, 146, 161, 290
Micenas: 5, 153, 206, 214, 235, 239, 240-242, 245, 247-250, 253, 256, 258-265, 270, 289, 290, 293, 296-298, 307, 308, 328, 332-335, 339, 343, 347-352, 354-355, 357, 359, 361-365, 369-373, 374, 376-382, 387, 390, 391, 397, 398, 403, 404, 407-409, 412-415, 417, 418, 422, 425, 438, 472, 474
Micenas-Kalkani: 333
Midea: 293, 373, 390
Mileto: 160, 234, 235, 267, 336, 342
Minos: 233
Mirabello, golfo de: 231
Mirsinojori: 258
Mirtos: 5, 95, 100, 101, 104, 114, 119, 166
Mitropolis: 436
Mochlos: 109, 124, 130, 131
Molivopirgos: 182
Monastiraki: 140, 145, 156
Monolitos: 277
Muliana: 441
Muntenia: 447
Muriatada: 348
Musguebi: 336, 342

Nauplia: 425
Navarino: 43
Naxos: 83, 104, 105, 109, 113, 184, 201, 218, 341, 343, 472, 477
Nea Makri: 59, 64, 68
Nea Nikomedia: 43-45, 59, 64, 68, 69, 71, 72, 79, 89
Nemea: 58, 293
Nicoria: 241, 333, 348, 358, 359, 379, 407, 413, 473
Niru Khani: 209, 223, 279
Nisiros: 32, 153

Olimpia: 32, 473, 474
Olimpo: 26, 27, 29, 30, 32, 36, 40
Olinto: 61, 69, 70
Orcomenos: 103, 104, 117, 296, 333, 334, 348, 361, 370, 375, 376, 379, 390
Oronte: 347
Orsomenos: 262
Osmanaga: 241
Otzaki: 59, 61, 64, 65, 67, 68, 69, 90

Pachiamos: 144
Pafos: 291, 457
Paleocastro: 140, 142, 144, 155, 165, 166, 206, 211, 217, 220, 225, 229, 234, 427, 431, 437, 440
Paleomanina: 375
Palestina: 346, 353
Panagia: 362
Panormos: 100, 104, 105
Papulia: 192, 193, 249
Papura: 164, 166
Paradimi: 60, 182
Parga-Kipari: 340
Parnaso: 26
Paroika: 184
Paros: 201, 234, 341
Pefkakia: 93, 181, 182, 196
Pelagonia: 66, 102, 447
Peloponeso: 26, 32, 33, 35, 58, 59, 61, 65, 73, 84, 89-91, 95, 98, 103, 111, 114, 118, 119, 121, 125, 146, 176, 179, 180, 181, 189, 196, 201-203, 233-237, 247, 253, 261, 307, 308, 310, 311, 328, 333, 335, 336, 338, 349, 351, 376, 379, 399, 405, 457, 458, 466
Pentápolis: 182
Peracora: 473
Perati: 349, 350, 352, 378, 379, 380, 381, 408, 414
Peristeria: 236, 241, 242, 249, 251, 332
Perivolaki: 445
Perseia: 374
Petralona, cueva de: 54
Petsofas: 142, 160, 166
Pilos: 236, 241, 242, 262, 290, 294, 297-299, 304, 305, 308, 313, 317, 318, 333-335, 348, 350, 351, 353, 354, 357, 358,

361, 364-366, 368-372, 384-392, 394, 395, 397-399, 403, 404, 407, 412-420, 424, 434
Pilos, bahía de: 43
Pindo: 21, 26, 29, 30
Pirgos: 97, 121, 131, 140, 155, 156, 164, 166, 205, 207, 210, 217, 226, 238
Plakas: 348
Platania: 445
Platanos: 108, 144, 166, 222
Plati: 434, 441
Plovdiv-Zimnicea: 447
Poliochni: 95-98, 100, 103, 104, 111, 122, 123, 186
Polis: 474
Porodin: 69
Poros: 226
Porto Perone: 336
Potami: 445, 447, 452
Praisos: 458
Prasa: 166
Prodromos: 59, 65, 68, 71
Prosimna: 61, 71, 73, 249, 293, 333, 413
Proto-Sesklo: 59
Pseira: 217
Psicro: 142, 166, 223, 229, 430, 443
Psira: 229, 279

Queronea: 59, 73

Rachmani: 104, 105
Ras Shamra: 146, 174, 344, 477
Rezimnon: 434, 436, 440
Rodas: 27, 32, 160, 189, 218, 233-235, 267, 280, 308, 321, 337-340, 342, 345, 351, 438, 443
Rodopi: 26, 27, 29, 30, 447, 452
Rudna Glava: 84
Rutsi: 258, 263

Sais: 283
Sajonia: 447
Salamina: 291, 350, 381
Saliagos: 61, 83, 86
Salónica, golfo de: 29, 40, 42, 43
Samikon: 247
Samos: 118, 189, 233, 267, 458, 475
Samotracia: 32
Santorini: v. *Zira*
Saratse: 445
Scoglio del Tonno: 336, 340
Sedes: 445
Seraglio: 234
Serbia: 45, 61, 68, 73, 84, 89, 90
Sesklo: 5, 64, 67-70, 86, 100, 103
Sicilia: 203, 336, 337, 340, 467
Sifnos: 201, 341
Silesia: 447
Sindos: 119
Siracusa: 340, 458
Siria: 22, 232, 255, 290, 346
Siros: 112, 115, 124, 183, 184
Sitagri: 5, 40, 56, 60, 61, 92, 95-97, 99, 104, 122, 123, 182
Sitia: 134, 166
Steno: 109, 110, 247
Sufli: 68, 71, 73, 74

Taigetos: 26
Tanagra: 379, 438
Tapsos: 336, 340
Tarento, golfo de: 340
Tarento: 458
Tarso: 98, 336, 342
Tasos: 445, 447, 450, 454
Taurus: 27, 33
Tebas: 104, 109, 190, 193, 206, 247, 262, 271, 290, 296, 297, 299, 308, 333-335, 345, 350, 358, 364, 369, 370, 382, 386, 371, 372, 378, 390, 391, 397, 407, 409, 413, 414, 417, 425, 438
Teijos Dimaion: 355, 372
Tell el-Amarna: 50, 328
Tell Abu Hawam: 338
Telos: 234
Terasia: 273
Termaica: v. *Salónica, golfo de*
Termi: 95, 98, 100, 102-104, 106, 111, 119, 123, 186, 189, 190
Termitio: 336
Termos: 242, 473
Tesalia: 45, 53, 54, 56, 59-62, 64-66, 68-70, 72, 73, 77, 78, 80, 84, 88-93, 95, 100, 118, 146, 176, 181, 182, 201, 253, 308, 328, 375, 379, 458, 460, 466, 473
Tigani: 61, 189

Tilisos: 164-166, 209, 210, 212, 217, 223, 227, 440, 441
Tinos: 184, 201, 293, 337
Tirinto: 5, 100, 102-104, 111, 117, 123, 177, 190, 242, 245, 290, 293, 296-299, 308, 332-335, 345, 348-352, 354, 355, 358-361, 365, 368, 369-374, 382, 387, 390, 391, 396, 407, 409, 412, 413, 415, 417, 418, 425, 438
Tirrenia: 283
Titi: 242
Tôd: 132, 133, 153, 154
Torikos: 61, 84, 245, 249
Toumba tou Skourou: 232
Tracia: 5, 53, 56, 61, 62, 66, 69, 84, 88-90, 95, 97, 100, 109, 120, 122, 124, 179, 182, 190, 336, 338, 352, 445-448, 450, 452-454
Tracia meridional: 60
Tracia oriental: 54
Tracia septentrional: 59, 60, 68-70, 86, 99
Tragana: 380, 381
Traostalos: 229
Trianda: 234-237, 267, 280, 342
Tróade: 111, 186, 202, 343
Troya: 5, 43, 95, 96, 97, 98, 100, 102, 103, 105, 111, 125, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 195, 196, 198, 202, 203, 243, 267, 268, 289-292, 336, 342, 343, 352
Trullos: 166
Tsangli: 60, 61, 67, 68, 90
Tsapocha: 60
Tsauitsa: 445
Tsilakario: 472
Tumbas: 473
Turkokivura: 241

Ugarit: 438, 344; v. t. *Ras Shamra*
Ulu Burun: 5, 338, 339, 397, 438

Vafio: 249, 251, 258, 259, 263, 270, 332, 375, 382, 404, 413, 414
Vagenas: 241
Vardaroftsa: 445, 454
Vardina: 445, 449, 450
Varna: 73, 74, 76, 92
Vasilika: 64
Vasiliki: 98, 104, 119, 130, 131, 144, 441
Vazipetro: 222, 229
Vegoritis, lago: 40, 45
Vermion: 43
Veselinovo: 60
Vinča-Pločnik: 92
Visoi-Beranci: 447
Vivara: 336, 340
Vlajos: 332, 359, 365, 370
Voidokilia: 193
Volimidia: 249
Volos Kastro: 358
Volos: 32, 181, 338, 375, 380, 386, 472
Vrana: 379
Vrisinas: 229
Vrokastro: 441, 444
Vurulia Tragana: 416

Yanista: 43, 45
Yarimburgaz, cueva de: 54

Zafer Papura: 440
Zagora: 472
Zakros: 106, 138, 140, 164-167, 172, 205-207, 211, 214, 215, 217, 219, 220, 222-225, 227-229, 231, 232, 279, 280, 426, 431
Zarkos: 73, 74
Ziguries: 111, 177, 293, 333, 347, 361, 370
Zira: 5, 24, 31, 32, 45-47, 50, 113, 166, 184, 201, 202, 206, 217, 227, 233, 235, 236, 237, 243, 245, 246, 250, 251, 253, 258, 259, 264, 267, 268, 272, 274, 275, 276, 277-284, 351, 354, 458, 468; v. t. *Akrotiri*
Zirasia: 274, 275, 277, 282

ÍNDICE DE FIGURAS

INTRODUCCIÓN

A. El marco geográfico

1. El juego de las placas en la zona egea, dibujo de J. Blécon según ANGELIER, J. [18] 34
2. Diagrama polínico simplificado (Épiro y Macedonia), realizado por BOTTEMA, S. 38
3. Evolución de los pisos vegetales en el noreste del Pindo desde 10 000 BP, según BOTTEMA, S. 39

B. El marco cronológico

Tabla cronológica I. El neolítico y el inicio de la edad del bronce 48
Tabla cronológica II. La edad del bronce 49

LIBRO I

Capítulo I. El neolítico

Viñeta. Cabeza de una figurina de Dikili Tash (Nm), dibujo de V. ANAGONSTOPOULOS 53
4. El mundo egeo en el paleolítico, mapa de J. BLÉCON 55
5. La acrópolis de Dimini (NR) según HOURMOUZIADIS, G. [235] 63
6. Las viviendas: *a* según SINOS, S. T. [62]; *b* según MILOJČIĆ, V. I. [227]; *c* según TSUNTAS, CHR. 67
7. *a* según COLEMAN, J. [310]; *b-c, e-h* según THÉOCHARIS, D. [413]; *d* según GIMBUTAS, M. [442] 72
8. Herramientas y cerámica: *a* según GEORGIEV, G.; *b* según *Evans, J., R, C. [321]; c* según TSUNTAS, CHR.; *d-e* según MELLAART, J.; *f, h-i* según RENFREW, C., GIMBUTAS, M., ELSTER, E. [272]; *g* según VAJSOVÁ, H. .. 86
9. Cerámica: *a-b, d-h* según THÉOCHARIS, D., [413]; *c* según JACOBSEN, TH. 91

Capítulo II. El bronce antiguo

Viñeta. Vaso compuesto de Melos, que figura una serie de graneros según BUCHHOLZ, H.-G. [13] 95
10. Las aglomeraciones: *a* según CASKEY, J. [126, 1958]; *b* según WARREN, P. [387] 101
11. Las viviendas: *a* según GOLDMAN, H. [185]; *b* según DOUMAS, CHR. [475]; *e* según WALTER, H., FELTEN, FL. [219] 105
12. Las tumbas: *a* según XANTHOUDIDES, ST., [342]; *b-g* según DOUMAS, CHR. [482]; *h-i* según MYLONAS, G. [206] 108

13. Figurinas y estatuillas cicládicas: *a, c-e* según HOOD, S. [55]; *d* según GETZ-PREZIOSI, P. 112
14. *a-e* según HEATH, M. [492]; *f-g* según BANIGAN, K. [498]; *h-i* según MYLONAS, G. *[206]*; *k según* BASCH, L. *[82]* 115
15. Vasos: *a* según LAMB, W. [284]; *b, f-i* según RENFREW, C. [465]; *c* según CASKEY, J. [126, 1960]; *d-e* según WARREN, P. [387] 121

LIBRO II

Capítulo I. El bronce medio en Creta

Viñeta. Cabeza de esfinge de Malia; relieve de aplique moldeado según [380, XXVI] 129
16. Malia; parte central del asentamiento según [380, XIX] 135
17. El palacio de Festos, dibujo de J. Blécon, según LEVI, D. [393, I] 137
18. Cerámica del final del MA y del MM: *a-b, e-g, k* según DAWKINS, R., *c-d, i-j, l* según BETANCOURT, PH. [68]; *h* según MACGILLIVRAY, J. [en 600] 150
19. Vasos de metal y sellos del MM: *a-e* según HOOD, S. [55]; *d-e, i-p* según YULE, P. [532]; *f-h* según KENNA, V. [614] 154

Capítulo II. Las escrituras cretenses

Viñeta. Alfiler de oro con inscripción en lineal A, CR (?) Zf I, según GODART, L., OLIVIER, J.-P. [540, 4] 161
20. La repartición de las inscripciones cretenses, mapa de *J. Blécon según* GODART, L., OLIVIER, J.-P. [540, 4] 163
21. La notación de las cifras en las escrituras cretenses 164
22. Documentos en jeroglífico cretense: *a* según *CMS* I, supl. núm. 73; *b* según [380, XXIII, núm. 35] 168
23. Documentos en lineal A, según GODART, L., OLIVIER, J.-P. [340, 2-4]: *a* HT 9*a*; *b* AP 2*a*2; *c* KH Wc 2011; *d* HT Wa 1127 169
24. Los silabogramas del jeroglífico cretense 170

Capítulo III. El bronce medio fuera de Creta

Viñeta. Cubilete mineo de pie acanalado, según DICKINSON, O. [658] 175
25. Cerámica del heládico antiguo III y del heládico medio: *a-b* según RUTTER, J. [559]; *c* según KUNZE, E. [190]; *d-g* dibujos de G. Touchais; *h* según NORDQUIST, G. [569]; *i-m* según ZERNER, C. 178
26. Las Cícladas en el bronce antiguo III y en el bronce medio: *a* según BOSSERT, E.-M. [322]; *b-h* según BARBER, R., MACGILLIVRAY, J. [466]; *i* según SCHOLEN, K.; *j* según CASKEY, J. [308, 1972]; *k-l* según BARBER, R. [302] 183
27. Troya en el bronce antiguo III y en el bronce medio según BLEGEN, C., *et al.* [288] 187
28. La cultura material del bronce antiguo III y del bronce medio: *a-b según* ATKINSON, T. [315]; *c* según BLEGEN, C. [103]; *d* según TAYLOUR, H.-G.

[13]; *g* según RUNNELS, C. [575]; *h* según BUCHHOLZ, H.-G. [681]; *i* según EVANS, J. [574]; *j* según BUCHHOLZ, H.-G. [13] 192

Capítulo IV. El principio del bronce reciente en Creta

Viñeta. Huella de sellos de La Canea, llamada «del señor de la ciudad», según HALLAGER, E. [643] 204
29. La arquitectura palacial: *a* según LEMMERS, A. [537]; *b-c* según CADOGAN, G. [598]; *d* según POPHAM, M. [356] 212
30. La ciudad de Gurnia según BOYD HAWEN, J. [361] 213
31. La cerámica del MR I: *a-f* según POPHAM, M. [356]; *g-h* según POPHAM, M. (en 15); *i* según ANDREADAKI-VLOSAKI, M. (en 15); *j-k* según HOOD [55]; *f* según COLDSTREAM, N. [151] 216
32. Ritones minoicos: *a-c, e* según EVANS, J.; *d, g* según BOYD HAWES, H. [361]; *f* según POPHAM, M., SACKETT, L., WARREN, P. [388]; *h* según SHAW, J. [638] 219
33. Sellos del MR: *a* según POPHAM, M. [356]; *b* según EVANS, A. [351, I]; *c* según KENNAS, V. [614]; *d-f, g* según YOUNGER, J. [618]; *g-n* según POPHAM, M., *et al.* [905]; *o-p* según POPHAM, M. [356]; *r* según YOUNGER, J. [910] 221

Capítulo V. El inicio del bronce reciente fuera de Creta

Viñeta. Sello del Círculo B de Micenas según MYLONAS, G. [67] 239
34. Las aglomeraciones: *a* según VALMIN, N. [154]; *b* según RENFREW, C. y WAGSTAFF, J. [319] 244
35. Las viviendas: *a* según FRÖDIN, O., PERSSON, A. [115]; *b* según CUMMER, W., SCHOFIELD, E. [311]; *c-d* según PALYOU, CL. [660]; *e* según MARINATOS, N. [705] 246
36. Las tumbas de fosa de Micenas: *a* según DICKINSON, O. [358]; *b-c* según MYLONAS, G. [133] 248
37. La escultura: la cerámica de tradición Hm: *a* según EVANS, A.; *b* según HOOD, S. [55]; *c-e* según NORDQUIST, G. [369]; *f-h* según MYLONAS, G. [133] 252
38. La cerámica continental de estilo micénico según MOUNTJOY, P. [678 y 623] 254
39. Las armas, las joyas y los vasos metálicos: *a-f* según DICKINSON, O. [658]; *g* según MYLONAS, G. [133]; *h-m* según WOOD, S. [55] 257

Capítulo VI. La erupción del volcán de Zira (Santorini)

Viñeta. Fresco de Akrotiri, remeros, según MARINATOS, S. P. [324, VI] 272
40. Zira y Zirasia. Morfología actual, mapa de J. Blécon 275
41. La extensión inicial de la nube de ceniza, mapa de J. Blécon 281

Capítulo I. Las fuentes de la historia micénica

Viñeta. La palabra micénica *ti-ri-po-de*, «vaso con tres pies» 289
42. La repartición de las inscripciones en lineal B, mapa de J. Blécon 294
43. Los documentos en lineal B: *a* KN K 778; *b* KN Da 1081; *c* PY Wa 1457 295
44. Ideogramas del lineal B 298
45. Los silabogramas del lineal B, esencialmente los del escribano 117 de Cnosos 301
46. Los «tripletes de Kober» 304
47. Los valores fonéticos de los silabogramas del lineal B 306

Capítulo II. La historia del mundo micénico

Viñeta. Vaso HR III A2 hallado en Rodas según MEE, CHR. [294] 327
48. La repartición de las tumbas en forma de Tolos en el continente según MEE, CHR. y CAVANAGH, W. [704] 331

Capítulo III. La civilización micénica

Viñeta. La unidad principal del Palacio de Pilos, dibujo de J. Blécon 357
49. La ciudadela baja de Tirinto según KILLIAN, KL. [en 96] 360
50. El asentamiento de Micenas, dibujo de J. Blécon según JAKOVIDIS, SP. 362
51. La acrópolis de Micenas, dibujo de J. Blécon según JAKOVIDIS, SP. [838] 363
52. El palacio de Pilos según PALAIMA, TH. y WRIGHT, J. [835] 366
53. Micenas, tumba en forma de tolos núm. 6, llamada «tesoro de Atreo»: perspectiva isométrica según HOOD, S. 377
54. Cerámica del HR II B-III A2 según MOUNTJOY, P. [678] 400
56. Cerámica del HR III B según MOUNTLOY, P. [678] 401
57. Armas del HR III A-C: *a-g* según IAKOVIDIS, SP. [en 73]; *h* según HARDING, A. [719] 406
58. *a* según FRENCH, E. [en 96], dibujo de T. McNicoll; *b* según RENFREW, C. [318] 410
59. Sellos del HR III según *CMSI* V 411

Capítulo IV. Creta micénica

Viñeta. Estatuilla de Cnosos, dibujo de J. Blécon según GESELL, G. [95] .. 422
60. «Tumba de guerreros» de Cnosos (Sellopulo, tumba 4) según POPHAM, M. *et al.* [905] 428
61. Cerámica del MR II-III A1: *a-b* según EVANS, A. [351, IV]; *c-j* según POPHAM, M. [356]; *k* según HOOD, S. 429
62. Tumbas y sarcófagos del MR III: *a* según HOOD, S.; *b-c* según PELON, O. [65]; *d* según RETHEMOITAKIS, G.; *e-f* según BOYD HAWES, H. [361] 435
63. Vasos del MR III C y subminoicos: *a-b, g* según BETANCOURT, PH. [68]; *c-d* según HOOD, S.; *e-f* según WARREN, P. [358] 442

Viñeta. Asiros, fase 9, almacén según WARDLE, K. [256], dibujo de D. Wardle 445
64. *a* según WARDLE, K. [256]; *b-c* según WARDLE, K. [225] 451

MAPAS
realizados por J. Blécon

I. El mundo egeo. Mapa geográfico 557
II. El mundo egeo en el neolítico 559
III. El mundo egeo en el bronce antiguo 561
IV. El mundo egeo en el bronce medio y en el bronce reciente 563
V. Grecia continental en el heládico medio y en el heládico reciente 564
VI. El mundo egeo y el Mediterráneo en la edad del bronce 565
VII. Creta en la edad del bronce 566
VIII. Creta en el minoico reciente II-III A1 567

Las figuras 7*a-b*, 9*c*, 10*a*, 14*a-e*, 15*c*, 26*j* y 28*g* han sido reproducidas con la amable autorización de la *American School of Classical Studies at Athens*. Las figuras 11*b*, 18*c-d*, *i-j*, *l*, 27, 63*a-b* y *g* han sido reproducidas con la autorización de *Princeton University Press*. Las figuras 31*k*, 32*a-c*, *e*, 33*f* y 61*a-b* han sido reproducidas con la autorización del *Sir Arthur Evans Trust*. Las figuras 28*d* y 53 han sido reproducidas con la autorización de *Thames and Hudson*, Londres. Las figuras 13*a*, *c-e*, 19*a-c*, 37*b* y 39*h-n* han sido reproducidas con la autorización de *Penguin Books Ltd*. Las figuras 10*b*, 15*d-e*, 18*a-b*, *e-g*, *k*, 26*i*, 29*d*, 31*a-f*, 33*g-n*, *o-p*, 35*c-d*, 38*l*, 58*b*, 60, 61*c-k*, 62*a*, 63*c-d*, 64 y la viñeta p. 445 han sido reproducidas con la autorización de la *British School at Athens*.